

# Adolfo Bueso

## Recuerdos de un cenetista II



En este segundo tomo de *Recuerdos de un cenetista*, el autor relata sus experiencias desde la II República hasta el final de la guerra civil. No pretende ser una historia de los acontecimientos que se narran, sino un anecdotario de los hechos vividos, vistos desde una perspectiva estrictamente personal.

Los juicios que saca el autor de sus experiencias, basados en una actuación directa en tantos hechos trascendentales para el movimiento obrero, representan una aportación de gran interés para la historia y para valorar las realizaciones de una época, en la que la CNT jugó un importante papel en la estructuración económica.

Su actitud y sus criterios pueden ser objeto de crítica, pero deben tenerse, necesariamente, en cuenta para llegar a una visión objetiva de lo que significó en aquellos momentos cruciales la actuación de las organizaciones y hombres representativos de la lucha obrera.

**Adolfo Bueso**  
**Recuerdos de**  
**un cenetista, II**  
**ariel**



Adolfo Bueso García

## **RECUERDOS DE UN CENETISTA**

Desde la II República hasta el final de la guerra civil

Sobrecubierta: Alberto Corazón

Marzo de 1978

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

## PALABRAS PREVIAS

1. LOS PRIMEROS PASOS DE LA REPÚBLICA
2. VIDA DEL MADRID DE ENTONCES
3. EL CONGRESO DE MADRID DE 1931
4. LA FAI Y LOS TREINTA. LAS DIFICULTADES DE LA REPÚBLICA
5. CONATOS REVOLUCIONARIOS
6. LA SANJURJADA
7. LA FAI EN ACCIÓN
8. INTERMEDIO PINTORESCO
9. LA PRIMERA ESCISIÓN DE LA CNT
10. EL 6 DE OCTUBRE
11. EN MARCHA HACIA LA IZQUIERDA
12. SE PREPARA LA SUBLEVACIÓN
13. LA SUBLEVACIÓN Y LA GUERRA CIVIL
14. LOS ANARQUISTAS SE SIENTEN SENSATOS
15. LOS ANARQUISTAS EN EL PODER
16. LOS SUCESOS DE MAYO DE 1937 Y SUS CONSECUENCIAS
17. LA DULCE VIDA EN VALENCIA
18. COMIENZA EL DESCENSO. OFENSIVA CONTRA EL POUM
19. LA OFENSIVA COMUNISTA CONTRA ARAGÓN
20. NEGRÍN CONTRA LARGO CABALLERO
21. TERUEL
22. NEGRÍN SIGUE MANIOBRANDO
23. EL GOBIERNO A BARCELONA
24. LOS BOMBARDEOS AÉREOS SOBRE BARCELONA
25. LA BATALLA DEL EBRO
26. LA FUGA

## APÉNDICES

## ACERCA DEL AUTOR

## PALABRAS PREVIAS

El primer escritor que tuvo la mala idea de prefaciarse un libro no prestó precisamente un buen servicio a cuantos después se han dedicado a cubrir cuartillas; ello porque ahora todos se ven –nos vemos– obligados a poner una regular cantidad de renglones antes del texto, a manera de explicación o disculpa.

Y la verdad es que, en muchos casos, esta rutina se presenta harto difícil para el autor que se encuentra ante las «albas cuartillas» sin saber qué decir.

Y menos mal que ahora ya no se estila aquello de dedicar las obras literarias a grandes señores, marqueses, duques, condes, vizcondes o simples barones de más o menos alcurnia, a fin de que tales señores se dignasen proteger la publicación de las obras.

Pero nos queda esto del proemio, el prolegómeno, prólogo o la advertencia preliminar, que, la verdad, resulta un engorro.

Claro que queda el recurso de buscar una víctima en la persona de un amigo más o menos fraternal a quien endosar el encarguito de escribir un prólogo, el cual, naturalmente, debe ser laudatorio, porque, ¿cómo un prologuista puede hacer otra cosa que usar y abusar de adjetivos calificativos alabadores de la obra y del autor que se digna presentar?

Sinceramente, no creo bueno el procedimiento de encargar un prólogo a nadie, y ello porque el lector no se llama a engaño y no suele hacer caso de lo que dice «fulanito de tal» en su prólogo, que, repito, no puede ser más que halagüeño. Y por otra parte, opino que al lector no se le debe coaccionar previamente a favor del libro. El criterio del lector debe ser libre y resultante de la lectura y no de lo que pueda decirle el prologuista.

Y véase como, atendiendo a lo que precede, me encuentro ante la necesidad de escribir un prólogo para esta segunda parte de los recuerdos de un cenetista independiente, cuyas andanzas debo suponer ya conoce el lector.

Esperanza tengo de que el primer libro haya complacido un tanto al «paciente lector», puesto que se atreve a «apechugar» con el segundo. Si así fuere, puedo asegurarle que en lo que sigue, encontrará la misma objetividad sincera que en el anterior.

Siendo más recientes los hechos, claro es que estarán más en la memoria de los lectores y, por ello, más sujetos a la crítica de la narración.



Y también es grave inconveniente el hecho de que todavía vivan –y por muchos años– bastantes de los personajes que desfilan por el libro; personas que, al verse aludidas o reseñadas, acaso encuentren que el autor es injusto con ellas. A todos pido mil perdones, ya que no quiero incurrir en el socorrido tópico de afirmar aquello de «los personajes son imaginativos y cualquier semejanza será puramente casual». No; los personajes son seres reales que han vivido o viven todavía. Lo que puede ocurrir es que yo los vea de una manera que, a ellos, o a familiares y a amigos no les guste, pero contra esto nada puedo hacer ni quiero argumentar. Aceptaré, paciente, cuanto quieran motejarme.

Y otra vez una advertencia: El libro no pretende ser una historia de los acontecimientos que se narran. Es, sencillamente, un anecdotario de hechos vividos, vistos desde un punto de vista estrictamente personal. De eso y de nada más respondo.

Y ya está el prólogo escrito, cumpliendo así con las normas corrientes y molientes.

EL AUTOR

## I. LOS PRIMEROS PASOS DE LA REPÚBLICA

Tras el advenimiento de la Segunda República, el Gobierno provisional convocó las primeras elecciones a Cortes Constituyentes, y en Catalunya el triunfo fue para la candidatura de la Esquerra Republicana, quedando solamente las minorías para la Lliga Regionalista.

En Nuria se acabó el proyecto del Estatut de Catalunya, que tenía que ser sometido a la aprobación de las Cortes. El proyecto fue sometido, primero, a referéndum, y votaron, en pro del proyecto, el 90% de los catalanes.

Para defender el Estatut en las Cortes, quedó nombrada una comisión de diputados formada por Companys, Abadal, Nicolau d'Olwer, Joan Lluhí i Vallescá y Josep M. Sbert.

En las Cortes Constituyentes las discusiones para el Estatut fueron largas y enojosas a causa de la oposición de muchos republicanos y algunos socialistas. En la votación, los socialistas, en mayoría, se abstuvieron. Tras muchas enmiendas, el Estatut votado por los catalanes quedó muy reducido en sus

atribuciones. Companys dijo en la Cámara «que lo aceptaba como un mal menor», pero que Catalunya no renunciaba al prístino proyecto.

Al poco tiempo se celebraron las elecciones para el Parlament catalán, triunfando también la Esquerra.

El primer gobierno catalán fue presidido por Francesc Maciá, que ejerció tal presidencia hasta su muerte, acaecida el 25 de diciembre de 1933, si bien no se hizo pública hasta dos días después, con motivo de las fiestas navideñas. Le sucedió en la presidencia Lluís Companys.

Los obreros acudían a los sindicatos en grandes masas. A diario se expendían millares de nuevos carnets sindicales. Los «moderados» aconsejaban no atosigar a la República con grandes conflictos, a fin de que llegara a aposentarse. Los faístas se preparaban para tratar de hacer la revolución. Sin ninguna preparación, sin ningún estudio, sin nada, sin saber lo que pudieran hacer al día siguiente de haber «apartado» al capitalismo. Da pena recordar tales absurdos que, a distancia en el tiempo, ahora parecen imposibles.

En medio de toda aquella agitación y aquella fiebre, Alfredo, paradójicamente, pasaba un período de calma sindical. Su sindicato, al ganar el conflicto a finales del año anterior, había «hecho el pleno» rápidamente y no sufría la llegada en gran número de nuevos afiliados. Además, siendo tan reciente el último aumento de salarios, no parecía oportuno plantear un nuevo conflicto laboral. Quedaba la cuestión batallona del abono del jornal íntegro en los casos de enfermedad y

accidente, pero los patronos insistían en que lo estudiaban detenidamente y pronto lo podrían discutir entre las dos partes.

Y fue esta relativa calma lo que dio ocasión a una aventura que le llegó a Alfredo como una fatalidad (como decía él), a la que no supo sustraerse. La fatalidad era el opio con que él tranquilizaba su conciencia.

Un día llegó al sindicato su antiguo amigo Serra, a quien debía varios favores, sobre todo aquel que, por medio del señor Junoy, le arrancó de las peligrosas manos de Martínez Anido y Arlegui. Serra era de la Junta del Sindicato Fabril y Textil, que, por entonces, recibía a diario la adhesión de miles y miles de nuevos asociados. Las mujeres acudían a las sucursales que el Fabril tenía en todas las barriadas de la Ciudad Condal, en grandes grupos, procedentes de las fábricas. Había que recibirles, hablarles, hacerles un poco de propaganda, rebajarles a muchas sus impaciencias reivindicativas, y, finalmente, extenderles los carnets sindicales. Cuantos en el Fabril eran capaces de hacer este trabajo, estaban verdaderamente desbordados, sin llegar a dar abasto a todo el trabajo. Por eso Serra acudió a pedir auxilio al Sindicato de Artes Gráficas, que sabía pasaba por un período de calma, y, además, seguramente, disponía de mayor número de militantes capacitados que ningún otro sindicato.

Por estas circunstancias Alfredo acudió, durante una temporada, al local del Sindicato Fabril de la barriada del Clot, donde se dedicó a ayudar a recibir a los obreros, discursarles un poco y entregar carnets. La tarea era un tanto difícil porque las trabajadoras del textil, de toda la vida, han tenido fama, por cierto bien ganada, de ser truculentas e incluso temibles por sus

lenguas. Aunque, en verdad de verdad, aquellas que entonces acudían al sindicato distaban mucho de las clásicas xinxes de principios de siglo. En tal época, la mayoría de las trabajadoras de las fábricas de hilados y tejidos solían vestirse harto modestamente, aunque siempre muy limpias, pero sin prescindir de amplios delantales, que las más presumidas adornaban con volantes y bordados. En los pies, las blancas alpargatas de cintas. Todos sus cuidados eran para sus locas cabecitas; se peinaban meticulosamente, llenas de rizos y peinetas. Todas, invariablemente, usaban arracadas que pendían de sus agujereadas orejas.

Aquellas muchachas, tratadas una a una, eran asequibles, pero cuando eran más de tres, nadie podía atreverse con ellas. Solían agruparse a la entrada o a la salida del trabajo, y si por casualidad algún hombre se arriesgaba a decirles algo, aunque fuera cordial, ya podía prepararse a escuchar una serie interminable de improperios de lo más crudo del lenguaje catalán.

Recordaba Alfredo haber visto todavía recorrer las calles de la barriada de Hostafranchs, a grupos de aquellas obreras de la fábrica La España Industrial, exhibiendo toda clase de utensilios de cocina colgados de largas cañas. Eran los regalos a una de ellas que se iba a casar. Sus compañeras habían ahorrado para comprar todos aquellos cacharros y se daban el gusto de pasearlos en medio de risas y algazara. Algunos de estos grupos llevaban incluso orinales y bidés, y era cosa de oír lo que ellas decían a propósito del uso de aquellos utensilios.

En 1931 todo aquello había desaparecido. Las muchachas del textil vestían bien, como cualquiera otra trabajadora barcelonesa, y ya casi no se distinguían, por la ropa, de las otras mujeres empleadas o amas de casa de clase burguesa. Pero allí, reunidas en los locales del sindicato, parecían resucitar el bravo humor de sus abuelas, y tanto Alfredo como los otros que las atendían, se las veían y se las deseaban para cumplir con su cometido.

Como excepción a la regla, ayudaba a los hombres una mujer harto seria, que apenas hablaba, limitándose a llenar los carnets con los nombres de las nuevas afiliadas. A Alfredo le intrigaba su seriedad, y, además, no dejaba de gustarle su presencia porque era guapa, pero guapa de verdad. Sin aparatosidad, pero perfecta. Más bien baja, pero admirablemente proporcionada. El pelo castaño, tirando a caoba; la frente alta, noble; los ojos, inmensos, no acertando Alfredo a descifrar si eran verdes o azules, acaso fueran cambiantes; la nariz recta, un tanto chica; la boca, un poco grande, de finos labios, apenas pintados con un rojo discreto; un hoyuelo adornaba su barbilla; el cuello largo, a la griega; las manos finas, de largos dedos, como manos de artista; la piel parecía transparente, como de porcelana.

Como Serra observaba la atención que la prestaba Alfredo, una noche, al salir le dijo:

–Me parece que te gusta la Florentina, ¿no?

–¿Te refieres a esa tan seria?

–Sí; la que te ayuda. Pues debo advertirte que vas a perder el tiempo. Es la mujer más seria que jamás he visto en las fábricas.

Desde que se quedó viuda, hace nueve años, nadie la ha visto con hombre alguno.

Y le explicó que aquella Florentina había casado muy joven con un compañero metalúrgico, asesinado por los pistoleros del Libre. Tenía una hija a la que parecía dedicar toda su vida. Vivía con ella y su madre en aquella barriada; trabajaba de anudadora. Y, repitió, aunque no le habían faltado pretendientes, hasta la fecha parecía guardar un culto de fidelidad al muerto.

Replicó Alfredo que no había cuidado de que, por su parte, hubiera peligro de seducción de aquella mujercita, aunque ello no obstaba para que le pareciera que era una lástima que se marchitara una flor tan bella.

Inconscientemente Alfredo y Florentina fueron adquiriendo cierta confianza natural en el asiduo contacto por el trabajo común. Alfredo se esforzaba en bromearla discretamente a propósito de su seriedad, consiguiendo hacerla sonreír, más con los ojos que con los labios. Solían salir juntos del sindicato y seguir uno al lado del otro hasta la carretera de San Andrés, donde Alfredo tomaba el tranvía que le conducía al centro de la ciudad. Invariablemente, se daban la mano en un apretón que siempre le pareció a Alfredo que no pasaba de ser fraternal.

Por aquellos días había surgido un serio conflicto en Calella, pueblo donde existía una industria de géneros de punto de bastante importancia. Acaso con el plan de sabotear a la República, a los propietarios de las fábricas de Calella se les ocurrió anunciar que se iba a cambiar el método de trabajo,

estableciéndose un sistema de producción a base de primas, que no era otra cosa, con otro nombre, que el trabajo a destajo, que tanto había costado abolir. En Calella el Sindicato Textil estaba controlado por la UGT, cosa rara pero auténtica, aunque también existía un sindicato minoritario de la CNT. Los ugetistas pensaron replicar seriamente a la maniobra patronal y lograron ponerse de acuerdo con los de la CNT. Esto, tan lógico, era posible en los pueblos, pero en las capitales hubiera parecido una herejía.

Ya de acuerdo los dos sindicatos, acordaron no admitir el nuevo método de trabajo, y, puesto que tenían que enfrentarse con la patronal, aprovechaban la ocasión para reivindicar otras mejoras, como un pequeño aumento en los jornales, el reconocimiento de los sindicatos y la intervención de éstos en los despidos y admisiones de personal. La patronal, confiando en que la mayoría del personal eran mujeres y no sostendrían mucho tiempo un paro, rompió brutalmente las negociaciones que se llevaban a cabo, y estalló la huelga en todas las fábricas. A las cuatro semanas, la patronal se las prometió muy felices, porque los síntomas de cansancio de las obreras eran evidentes. Además, se sabía que la mayoría de las familias afectadas por la huelga compraban al fiado y que los tenderos empezaban a quejarse.

Un día llegó al Sindicato Fabril de Barcelona una comisión de huelguistas de Calella a solicitar ayuda moral y material. La ayuda material no podía ser grande porque en la caja del sindicato había poco dinero, pero se acordó que, inmediatamente, se abriría una suscripción en todas las fábricas de la capital; además, en la parte moral, se organizó un gran



mitin en el que tomaron parte oradores de las dos tendencias. Entonces fue cuando Serra propuso a sus compañeros de junta que el orador de la CNT fuera Alfredo, teniendo en cuenta que la mayoría de los huelguistas eran de la UGT, y ya se sabía cómo pensaba Alfredo. Aceptada la idea, se lo comunicaron a Alfredo, que no puso inconveniente, aunque objetó que, además de él, debería acudir a Calella un obrero auténticamente del Fabril, y que fuera el que llevara el producto de la suscripción.

Todos convinieron en ello, pues, aunque los discursos estaban bien, si iban acompañados de dinero, era mucho mejor.

Se convino, pues, que el sábado siguiente, Alfredo tomaría el tren a las siete de la tarde, al salir del trabajo, y que en la estación ya encontraría al compañero que iría con él y que sería el portador del dinero.

Cuál no sería su sorpresa, cuando, al llegar a la estación de Francia, se encontró con Florentina, que le esperaba, vestida con un trajecito sastre, y con una pequeña maleta en la mano.

–¿No me esperaba, verdad?

–Pues, la verdad, no. ¿Es usted la oradora que me acompañará?

–Concretemos. Yo le acompaño, y llevo el dinero de la suscripción, pero nada de discursos. Yo no soy capaz de decir tres palabras seguidas.

–Bueno, pero ¿cómo ha sido esto?

-¿Le sabe mal?

-¡Qué idea, Florentina! ¡Estoy encantado!

-Bueno, pues he sido yo quien ha pedido venir. Y ha sido, sencillamente, porque tenía ganas de salir de la rutina de la vida. ¿No está bien?

-Admirablemente. Vamos a por los billetes.

Ya en el tren, Florentina se mostró muy contenta porque la suscripción había dado muy buen resultado, y, con un donativo del sindicato, llevaba a Calella cien mil pesetas, que darían moral a aquellas luchadoras.

Estaban sentados, frente a frente, junto a la ventanilla, y ella no dejaba de mirar y preguntar, a cada minuto, por todo lo que veía al pasar. Alfredo aclaraba lo que sabía, y otras veces no podía contestar porque no sabía de qué se trataba. Ella acabó por reírse francamente. ¡La primera vez!, confesando que, «a pesar de sus años», era la primera vez que salía de Barcelona. Alfredo estaba encantado de la vida. La casi infantil alegría que respiraba su compañera de viaje le llenaba de satisfacción. Además, se daba cuenta de que iba descubriendo nuevos aspectos en ella. Primero fueron sus dientes, blanquísimos y menudos, aunque los incisivos eran, acaso, un poco largos. Se le antojó en seguida que eran dientes de gata. Después el seno, que veía ahora más opulento de lo que había creído, bajo el sutil tejido de la blusa blanca, sin mangas, que llevaba debajo de la chaqueta. Por fin las piernas; sentada, la falda quedaba ajustada, ciñendo sus muslos rotundos, que se adivinaban

tersos, y después las pantorrillas finas, perfectamente modeladas, bajo las medias sedeñas.

Sin duda jugó la telepatía, porque, de pronto, ella volvió la cabeza, sabiéndose observada, y al sorprender la mirada admirativa del hombre, enrojeció como una amapola. Se cubrió el rostro con las manos, permaneciendo así un buen rato. Luego apartó las manos, sonrió y dijo:

–¡Qué idiota soy!

–¿Por?

–Por nada.

–¡Ah!

Callaron... Después volvieron a charlar del paisaje, pero parecía que lo hacían por compromiso. En el aire flotaban las palabras que no se habían dicho.

Cuando llegaron a Calella, les esperaban en el andén de la estación algunos compañeros huelguistas. Al ver a Florentina, se alegraron mucho por la presencia de una mujer. Después de los saludos de rigor, les condujeron a un hotel, enfrente mismo de la estación. Allí encontraron al orador que había acudido por la UGT; era un obrero del Textil del pueblo de Manlleu, en la comarca de Vic. La comisión, sabiendo cuántos eran los llegados, encargó la cena y las habitaciones. Por cierto, que rieron un tanto embarazados cuando la dueña del hotel les preguntó, muy naturalmente, si preparaba dos o tres habitaciones, porque –dijo– «no sé si ustedes son matrimonio».

-Tres, tres -se apresuró a decir Florentina.

Salieron todos para el local del Sindicato de la UGT, donde residía el comité de huelga. Como era natural, la animación era grande, abundando las mujeres, sobre todo jóvenes. Causó mucha curiosidad la presencia de Florentina, y satisfacción a medida que se enteraban que también era del ramo y que traía dinero para los huelguistas.

Entraron en una secretaría y hablaron con el comité de huelga sobre la marcha del conflicto. Los de Calella estaban un tanto desencantados, porque no habían creído en la resistencia de los burgueses, que, decían, muchos de ellos las pasaban ya peor que los huelguistas. Además, confesaban que la moral de los huelguistas bajaba cada día. Entonces Florentina abrió su misteriosa maletita y sacó un fajo de billetes.

-Ahí tenéis -dijo-, cien mil pesetas. Con esto los discursos parecerán mejores.

Los del comité de huelga quedaron asombrados. Jamás hubieran creído que se les ayudara de aquella manera.

Alfredo les hizo una advertencia.

-Bueno -dijo-, la cantidad es seria, pero comprenderéis que, como ayuda, hay para poco tiempo. Y será difícil volver a reunir otra cantidad igual. Hay que aprovechar la moral que esto produzca para asustar a los patronos.

El delegado y orador llegado de Manlleu dijo que traía el encargo de manifestar que las cooperativas de la comarca de

Vic, y también algunas de Barcelona, como las de El Reloj y La Flor de Mayo, se aprestaban a enviar a Calella, inmediatamente, una buena cantidad de víveres. El comité de huelga no cabía en sí de gozo. Ya contaban con el gran efecto que aquella ayuda produciría al ser anunciada en el mitin. Dos mujeres del comité lloraban, mientras besaban a Florentina, que juntó sus lágrimas a las de las demás.

Alfredo se preguntaba por qué aquella franca amistad no era posible en las capitales, y, sobre todo, entre los capitostes.

Salieron para acudir al hotel a cenar, antes del mitin. Siguiendo la tradición, les acompañaban dos del pueblo, esta vez un hombre y una mujer, en atención a Florentina. A pesar de que el pueblo era grande, por lo visto ya todo el mundo sabía la llegada de los oradores, y sobre todo, de una mujer, porque durante el trayecto hasta el hotel, fueron objeto de la atención general e incluso varias veces unas mujeres se acercaban a dar la bienvenida a Florentina. Alfredo bromeaba, diciendo que no volvería a salir de propaganda con una mujer, pues lo acaparaba todo, y los hombres no pintaban nada. La cena fue muy animada porque el optimismo se había apoderado de todos.

Desde el hotel fueron directamente al local donde se celebraría el mitin. Estaba repleto y la animación era extraordinaria. Cuando entraron en el pequeño escenario y se sentaron en torno a la mesa de la presidencia, se hizo un silencio casi religioso.

El compañero que presidía no se anduvo con preámbulos y dijo, en seguida, que allí estaban presentes los delegados de la

UGT y de la CNT, y añadió que no habían llegado solamente a hablar, sino que la CNT había entregado cien mil pesetas, producto de una suscripción en la capital, y la UGT y las cooperativas harían llegar una buena cantidad de víveres. Estalló una estruendosa ovación, en medio de vivas a la UGT y a la CNT. Cuando se hizo el silencio, tomó la palabra Alfredo, que se limitó a ensalzar la solidaridad entre los obreros, aprovechando la ocasión para ofrecer el ejemplo de la unidad de los dos sectores del sindicalismo. Después habló el obrero de Manlleu, que lo hizo más en el aspecto técnico que en el social, cosa que gustó mucho al público, porque sabía de lo que se trataba. Mientras hablaba el de la UGT, Alfredo murmuró unas palabras al oído del presidente, el cual asintió con la cabeza. Terminados los aplausos que premiaron el discurso del de Manlleu, el presidente se puso en pie, y volviendo la cabeza hacia Florentina, dijo:

–Ahora os hablará una compañera, obrera como vosotras, la compañera Florentina, del sindicato de Barcelona.

Todas las mujeres, puestas en pie, aplaudieron frenéticamente.

Florentina no salía de su asombro, pálida y temblorosa, porque en el sindicato ya había dicho que ella no iba a Calella a hablar. Pero ahora veía que no tenía escapatoria. Las mujeres seguían en pie, aplaudiendo, y viéndola indecisa muchas gritaron:

–Que parli! Que parli!

Alfredo no quería mirarla para no acabar de achararla. Por fin, ella avanzó a las candilejas, y cuando se hizo el silencio, dijo con voz firme y clara:

–Bueno, compañeras. Esto es como un atraco, porque yo no tenía que hablar. Sólo os diré una cosa. Si la huelga no la ganáis en la semana que entra, desde el lunes siguiente todas vosotras y vuestros hijos podéis venir a nuestras casas de Barcelona y estaréis a pan y cuchillo hasta que cedan los burgueses. Nada más. ¡Viva la huelga!

Después del dinero y el ofrecimiento de las cooperativas, este otro, espontáneo de Florentina, causó un apoteósico espectáculo. Se aplaudía, se gritaba, muchas mujeres lloraban, otras asaltaban el escenario y abrazaban y besaban a Florentina.

Poco a poco fue renaciendo la calma y pudieron salir del local. Alfredo le preguntó:

–Pero ese ofrecimiento, ¿le han dicho en el sindicato que lo haga?

–¡Qué me van a decir! Pero vosotros me habéis hecho una mala jugada y bien tenía que salir del apuro. Ahora me tenéis que ayudar a que sea verdad. Yo estoy segura que en el Clot y en San Andrés estarán todas las casas abiertas.

El orador de la UGT se había quedado rezagado, en compañía de unos huelguistas.

Se despidieron de los del pueblo a la puerta del hotel. Ya no se verían antes de partir, porque querían tomar un tren de primera

hora. Pidieron las llaves de las habitaciones y les dijeron que ya podían subir porque estaban abiertas. Eran dos habitaciones que estaban juntas, con una puerta de comunicación entre ellas, pero cerrada. Alfredo tuvo que entretenerse un rato en el lavabo. Cuando llegó a su habitación, encontró a Florentina, que se había quitado la chaqueta, quedando con los magníficos brazos al aire. También se había quitado los zapatos y se daba masaje a los pies. Alfredo le advirtió:

–Se ha equivocado. Esta habitación estaba destinada para mí, pero si la prefiere, yo me iré a la otra.

Ella se puso en pie, sin calzarse, se acercó lentamente al hombre, le puso las manos sobre los hombros y murmuró:

–¿Y si nos quedáramos aquí los dos?

Así, de repente, sin ningún síntoma precursor, la cosa le parecía a Alfredo casi irreal. La miró fijamente, y aquellos ojos misteriosos hasta entonces tomaron una expresión de suprema claridad que no dejaba lugar a dudas. Como ocurrirá siempre, por los siglos de los siglos, el cerebro del hombre se olvidó de todo en la vida para no ver más que la hembra magnífica que se ofrecía al macho, por encima de todas las consideraciones y prejuicios. La atrajo suavemente y besó los párpados cerrados por el éxtasis, y después la boca que se abrió francamente a la caricia.

Y la voz musical y quedísima volvió a interrogar:

–Así, ¿me quedo?



Alfredo la alzó en vilo y la depositó en el lecho, hundiendo su cabeza en el surco tentador de los senos...

La campana de alguna torre sonó tres veces.

–Las tres –dijo ella–. ¿Es que no vamos a dormir?

–Tengo miedo de dormirme y ver, al despertar, que todo ha sido un sueño.

–Y así debe ser, un sueño. Mañana, cada uno volverá a su vida y no nos quedará más que el recuerdo de esta gran noche.

–Imposible.

–No es imposible. Debe ser así. Tú tienes tu vida, de la que no ignoro nada, y no quiero perturbarla. Yo tengo que dedicarme absolutamente a mi hija. Esto de esta noche ha sido la realización de un deseo que me asaltó contra mi voluntad, a los primeros días de conocerte. Ahora ya se ha cumplido y te estoy muy agradecida, pero no podemos ni debemos seguir...

Su voz se acongojaba por momentos y acabó llorando francamente, mientras se apretaba contra él.

Alfredo secó sus lágrimas a besos...

Unos golpes discretos dados en la puerta les despertaron, y una voz femenina dijo desde fuera:

–Son las seis.

–Gracias; ya vamos...

Apenas lo había dicho, se dio cuenta de la coladura al hablar en plural.

–Bueno –se dijo–. Ahora ya está.

Sin duda la camarera comprendió perfectamente, porque se abstuvo de llamar a la puerta de la habitación destinada a Florentina. Ésta se frotaba los ojos perezosamente, luego los abrió y alargó los brazos al hombre. Después se desprendió y dijo:

–Se acabó. No podemos dejar escapar el tren.

E intentando jugar la comedia a la perfección, salió de la cama, enfiló su camisa de dormir y salió al pasillo, canturreando una canción. Alfredo se encaró consigo mismo, cara al espejo, y se recriminó:

–¡Eres un sinvergüenza!

Volvió la bella y le suplicó:

–Mira; sal un momento. Ya sé que es ridículo, pero es más fuerte que yo.

Alfredo, sin replicar, salió y se introdujo en la habitación de al lado. Tuvo el capricho de deshacer la cama para hacer creer que se había dormido en ella, aunque sabía perfectamente que aquella precaución era infantil. A través del débil muro se oía correr el agua en la otra habitación. Para aprovechar el tiempo, él mismo se lavoteó allí, secándose con una toalla que Florentina había dejado encima de la cama. Supo que era de ella porque

olía a Florentina. Sobre una silla estaba la pequeña maleta. Estos detalles hicieron pensar a Alfredo si la resolución de Florentina, había sido tomada repentinamente, en el último momento.

La llave de la puerta de comunicación de las dos habitaciones estaba en la cerradura por la parte de la habitación donde se encontraba Alfredo. Éste golpeó en esa puerta y preguntó:

-¿Ya puedo volver?

-¡Cuando quieras!

Alfredo abrió la puerta y entró, con gran sorpresa de ella, que le esperaba por la puerta del pasillo. Esto les hizo mucha gracia y rieron como dos chicos y empezaron a recoger sus cosas para marchar. Le sorprendió a él la manera rápida y eficaz como ella se peinaba. Tres o cuatro pasadas de peine por su espesa cabellera y la melena quedó perfecta. Después tuvo un gesto caprichoso. Se acercó a él, peine en mano, y le peinó meticulosamente sus claros cabellos, mientras Alfredo se entretenía en acariciarle las piernas, casi sin tocarlas.

Antes de salir al pasillo, se besaron, todavía, intensamente.

Abajo, en el comedor, tenían preparadas unas tazas y unos croissants. Les sirvieron café con leche. Tuvieron que darse prisa, porque la dueña del hotel les advirtió que sólo faltaban diez minutos para la llegada del tren. Cuando Alfredo pidió la cuenta, le dijeron que ya habían pagado «los del sindicato». Entraron en la estación al mismo tiempo que llegaba el tren. Les despacharon los billetes, acuciándoles a que pasaran rápidamente al andén y subieran a un coche. Mientras lo hacían

ya el tren se ponía en marcha. Buscaron departamento vacío, que encontraron fácilmente en aquella hora temprana.

En este viaje de vuelta no iban uno frente al otro, sino juntos. Ella le tomó una mano y recostó la cabeza sobre el hombro de él. Durante media hora guardaron silencio; ella parecía dormir y él respetaba aquel sueño real o fingido. Después ella habló:

–Mira, Alfredo. Me has hecho absolutamente feliz, pero te repito lo que ya te dije anoche. Sé de tu vida, de la mujer que te quiere, de tus hijos. Todo nos separa. Lo mejor es que no vuelvas por el Fabril y así no nos veremos. Guardaremos un recuerdo feliz y podremos mirarnos francamente cuando nos encontremos por casualidad.

Alfredo no replicó, limitándose a besarla largamente en la boca. Luego, otra vez el silencio. Después llegaron unas mujeres con cestas y se sentaron frente a ellos. Y ya no pudieron hablar con intimidad.

Al llegar a Barcelona, la acompañó hasta el Arco de Triunfo, donde se separaron, ella camino del Clot, en el autobús de San Andrés, él en el tranvía de la línea 29.

Al despedirse, con las manos enlazadas, ella insistió:

–Prométeme que no vendrás por el sindicato.

–No puedo prometer nada.

No pudieron hablar más por la llegada del autobús. Subió ella y quedó en el estribo, despidiéndose con la mano. Cuando el

autobús se alejó, Alfredo atravesó la calzada con el tiempo justo para subir a un tranvía de la línea 29 que pasaba en aquel preciso momento. Llevaba la cabeza como atontada; bailaban en ella la huelga, el mitin, la embriagadora noche, y en el fondo, casi difuminada, pero constante, la sonrisa amante y maternal de Pepita.

Estuvo dos días sin acudir al Sindicato Fabril; al tercero ya no pudo resistir y fue, aunque jurándose que la trataría como amiga. Ella no mostró sorpresa ni disgusto; se dieron la mano ante todo el mundo, muy naturalmente, pero el apretón fue como una promesa.

Una vez terminada la tarea, salieron a la calle, y en lugar de ir directamente a buscar el tranvía o el autobús que tomaba Alfredo, aquella noche se perdieron por unas estrechas calles que Alfredo no conocía. No se hablaban, sólo el roce de las manos establecía un diálogo entre ellos, todo él encaminado a la frase que, al final, dijo él:

–A las diez te espero en la plaza Urquinaona.

–No, Alfredo. No bajaré. No puede ser.

–Te espero.

Y como llegaba el autobús, le apretó la mano y subió al vehículo.

Y ella no faltó a la cita.

Un discreto reservado de un bar de la Ronda San Pedro les sirvió de refugio amoroso hasta la hora del último autobús. Y esto se repitió una docena de veces, hasta que, apenas pasado un mes, tuvo un final rotundo e imprevisto.

Un anochecer, estando Alfredo en el Sindicato Fabril, con Florentina en la misma mesa, despachando carnets, entró en la sala Pepita, que, muy serena, se dirigió directamente a Florentina y le preguntó:

–¿Usted se llama Florentina?

–Sí, ¿por qué?

–¿Quiere hacerme el favor de salir un momento? Le tengo que hablar.

–¿No puede ser aquí?

–No; es puramente particular.

Florentina dirigió una mirada angustiosa a Alfredo y se levantó de la silla, saliendo las dos mujeres de la sala.

Alfredo quedó aturdido. Conociendo bien a Pepita, sabía que no habría escándalo, pero comprendía que todo había acabado con Florentina... y, acaso, con las dos. Ardía en deseos de salir y enterarse de lo que trataban, pero tuvo el escrúpulo de que las cosas se complicaran y se enterara todo el mundo. Porque en la barriada y en el Sindicato Fabril, apenas si algunas mujeres, muy suspicaces, habían sospechado algo de lo que venía ocurriendo, pero nadie se había manifestado públicamente.

La entrevista entre las dos mujeres duró casi una hora, y cuando volvieron a entrar en la secretaría, sus ojos delataban francamente que las dos habían llorado. Alfredo hubiera preferido estar cien metros bajo tierra. Florentina guardó su estilográfica en su bolso, cerró el libro de registro y lo metió en el cajón de la mesa. Después, sin mirar a Alfredo, se acercó a Pepita y las dos mujeres se besaron, haciendo visibles esfuerzos para no llorar. Todo esto, que tanto atormentaba a Alfredo, pasó inadvertidamente para la demás gente que allí había. Cuando Florentina estuvo fuera, Pepita le preguntó:

–¿Ya has acabado?

–Sí; vámonos.

Salieron y, sin hablar, llegaron hasta la parada del autobús, subiendo en el primero que llegó. Y sin hablar también, hicieron el trayecto. Fue Pepita la que rompió el silencio, diciendo:

–Haces bien en callar, porque no tienes defensa. Yo he acudido allí a defender mi cariño, que no te mereces, pero que no puedo matar. Ahora tu conducta será la mía. No me digas nada. Si me quieres un poco, deben acabarse los viajes al Clot. Y cada tarde nos veremos al salir del trabajo. Si mañana no vienes, sabré, entonces, a qué atenerme.

Y sin esperar contestación, marchó camino de su casa con aquel andar tan garboso que tanto le gustaba a él.

Alfredo quedó lleno de confusión. La verdad era que quedaba muy mal. Ellas, por lo visto, se lo habían arreglado todo y su opinión no pintaba nada. En el fondo se sentía aliviado de un

gran peso, porque aquella situación anómala se había solucionado sin violencia, pero le amargaba como una tremenda acusación la grandeza de alma de las dos mujeres, que sin duda se habían entendido a maravilla.

Y en su confusión el pobre hombre ni siquiera sentía la vanidad del macho triunfador, porque se acusaba de pintar muy poco al lado de ellas.

Y nunca jamás pudo saber lo que ellas habían hablado aquella noche. Tantas veces como Alfredo, en horas de expansión, intentó sonsacarla sobre aquella conversación, otras tantas Pepita sonreía, diciendo:

–No te canses. No lo sabrás jamás. Si te lo dijera, no lo comprenderías, porque eso son cosas que sólo comprenden las mujeres.

Y tuvo que conformarse con esta explicación que no explicaba nada.

Tampoco supo de qué manera se había enterado ella. Todo lo que le dijo fue que ella lo «había sentido» desde el siguiente día del viaje a Calella, y que, una vez convencida, fue cosa bien fácil saberlo todo.



## II. VIDA DEL MADRID DE ENTONCES

Alfredo seguía trabajando intensamente en la tarea de montar la imprenta para *Solidaridad Obrera*. A pesar de los inconvenientes que representaba el sistema de que hicieran las obras los «compañeros», todo iba tomando forma y podía decirse, en el mes de mayo de 1931, que no faltaba más que la rotativa para que el periódico confederal apareciera confeccionado en imprenta propia. Una vez más, fue el inquieto y algo misterioso Santiago Fernández, quien indicó a Alfredo la posibilidad de encontrar una solución, hablando de una rotativa que se iba a poner en venta en los talleres del diario madrileño *La Libertad*, que había adquirido nueva maquinaria. Para tratar aquella posible compra, Fernández creía necesario se hiciera un viaje a Madrid, a fin de tratar directamente con la empresa de *La Libertad*. Alfredo comprendía las ventajas que ello podría reportar, pero también sabía que no disponía de dinero para tal viaje. Fernández, que tenía soluciones para todo, le sugirió la siguiente:

–Hazte nombrar delegado del sindicato al Congreso de la CNT que va a celebrarse en Madrid el mes que viene y todo queda arreglado.

La idea era bastante factible... si una asamblea del sindicato le votaba, cosa no muy segura.

La CNT, ya en plena reorganización, preparaba febrilmente un Congreso Nacional a celebrar en Madrid, en los primeros días del mes de junio. Se trataba, una vez más, de hacer acto de presencia en la capital, como un reto a la UGT. Claro es que ahora no se trataría de absorber a la otra central sindical, pero sí demostrar el enorme desarrollo adquirido por la CNT y hacer valer esta pujanza para tratar de tú a tú con la UGT.

Este criterio era el de los sindicalistas de buena fe. Por su parte, los anarquistas «puros» y los arribistas que se valían de ellos, preparaban sus baterías para dar la batalla a los «reformistas» y dejar bien sentada la hegemonía anarquista en la organización. El gran caballo de batalla iba a ser la organización de las federaciones nacionales de industria, idea con la que se habían encariñado Peiró, Pestaña, Arín, Piñón, Alfarache, Quintanilla y muchos más, pero que combatían la familia Urales y muchos inconscientes, que no sabían nada de nada.

En el Sindicato de Artes Gráficas, toda la parte técnica, es decir, las secciones de imprenta, de encuadernación, de litógrafos, estaban decididamente por las federaciones de industria, y a Alfredo le fue fácil, ayudado por sus amigos, hacer aprobar el acuerdo abogando por la creación de las mismas.

Pero frente a estas secciones constructivas, estaban las secciones de cajas de cartón y los papeleros, en su gran mayoría mujeres y peones, que eran diestramente manejados por los anarquistas «puros». No eran mayoría, pero los técnicos acudían poco a las asambleas, se corría el peligro de que, el día que se tuvieran que nombrar los delegados al Congreso, cartoneros, y papeleros, que acudían en casi su totalidad, pudieran votar a quienes les dirigían, quedando entonces la cuestión de las federaciones de industria mal parada, y, además, el viaje de Alfredo a Madrid bastante comprometido. Pero todo salió bien, por oportunismo. Un domingo se celebró asamblea del Sindicato de Artes Gráficas para discutir los últimos puntos del Orden del día del Congreso. La asistencia era escasa y Sagrera, que tenía que presidir, manifestó a Alfredo, a Saló, a Solé y a otros del Bloc Obrer i Camperol, así como a algunos otros tildados de reformistas, que, si se abreviaba la discusión, podíase, aquel mismo domingo, darla por terminada y, en consecuencia, nombrar los delegados. Y así se hizo; se abrevió todo lo posible la discusión y Sagrera pasó, reglamentariamente, al nombramiento de delegados. Solé propuso a Alfredo y a Joaquín Pijoan. Los anarquistas habían asistido, por aquella vez, en reducido número, confiados en que las discusiones necesitarían otra reunión, y sería en la segunda a la que asistirían en masa. Y propusieron a Doménech y a Padilla. La votación, por una buena mayoría, dio el triunfo a los primeros. Alfredo tuvo así la seguridad de su viaje a Madrid, pero no le gustaba su compañero de delegación. Por ello se quejó a Sagrera de que no le hubiera advertido de que se trataba de nombrar a Pijoan. Sagrera no tuvo más remedio que aclarar que ello era consecuencia de un acuerdo de la dirección del Bloc Obrer i Camperol. No quedó, Alfredo, convencido. Recordó a Sagrera

que no era bueno «enseñar tanto el plumero», y que ahora se había obrado de ligero, pues Pijoan había sido candidato del Bloc en las elecciones para concejales, y esta candidatura le produciría, seguramente, vetos en el Congreso, como así ocurrió.

Alfredo tuvo una idea un poco maquiavélica encaminada a desagraviar a Pepita del desgraciado episodio de Florentina. Se trataba, nada menos, que de llevarla con él a Madrid. Cuando le dijo la posibilidad a ella, Pepita quedó como quien ve visiones y se puso a reír, comentando la imposibilidad de llevar a cabo tal idea. Sin embargo, en días siguientes siguieron hablando de ello, pues un tal viaje no cabía duda que le encantaría. Había, claro está, dos serios inconvenientes. Por una parte, el gasto que reportaría el viaje y la estancia en la capital, y por otra, poder justificar, en casa de ella, tal desplazamiento. Alfredo afirmó que si podían encontrar el dinero, él resolvería el segundo inconveniente. Y como la vida está llena de sorpresas, resultó que, por primera vez en su vida, la lotería le resolvió la parte económica. El día antes del sorteo del 20 de mayo, Alfredo le entregó unas pesetas a Pepita para que comprara un décimo de la lotería y lo guardara sin decirle el número. Así lo hizo ella, y el día 28, en la prensa, leyó, casi sin creerlo, que le habían tocado nada menos que cinco mil pesetas. Ya puede imaginarse la alegría de los dos. Pepita le desafió, entonces, a que resolviera el conflicto de casa de ella, como había prometido. Todo lo que pudo hacer Alfredo fue conseguir que Sagrera le firmara y sellara un nombramiento de delegado al Congreso, a nombre de Pepita, documento, claro, que no tendría más virtud que intentar convencer al marido de ella para dejarla hacer el viaje. Alfredo comprendía que era muy poca cosa y que las posibilidades eran

mínimas. Mas, por lo visto, tenían el viento favorable. Pepita, nombramiento en mano, planteó la cuestión al marido, afirmando que era un acuerdo del sindicato, que ella había aceptado, que tenía muchas ganas de ir, que siempre esclava del taller y de la casa, bien se merecía aquella expansión, que no les costaría un céntimo. Y, aunque muy a regañadientes, el marido aceptó.

Como el Congreso estaba convocado para el día 11 de junio, la mayoría de los delegados salieron de Barcelona el día 9, en el tren rápido de la mañana. Alfredo y Pepita habían acordado llegar a la estación separadamente e incluso subir en coche diferente, juntándose, después, en ruta. Llegó Alfredo temprano y se instaló en un departamento, sentándose de cara a la entrada de viajeros, para verla venir. Además, reservó el asiento de al lado. Iban llegando conocidos sindicalistas con sus carteras y sus maletitas. Pijoan llegó acompañado de su mujer, que no cesaba de hacerle recomendaciones, por lo que comprendió que no iba más que a despedirle. Pasó un pequeño mal rato con la llegada de Gonzalo Sala y su versátil esposa, la conocida Bibiana Pino, los dos del Fabril. Sabía que Bibiana era muy caprichosa y que ya en diferentes ocasiones se le había insinuado claramente. Si iba a Madrid y no había otro más atractivo, sería una pesadilla, pues la presencia del marido no era un obstáculo para ella. Al pasar el matrimonio por delante del coche y ver a Alfredo, ella dijo inmediatamente:

–Mira, Gonzalo, ahí está Alfredo; si hay sitio, iremos juntos.

Y pasando del dicho al hecho, subió al coche, penetró en el departamento de Alfredo, y cogiendo la cartera que él había puesto a su lado, exclamó:

–Pondremos arriba la cartera, pues yo me siento aquí. El marido la miraba como embobado, sin decidirse a subir. Alfredo no tuvo más remedio que afrontar la situación, con mayor motivo cuanto que en aquel momento vio penetrar en el andén a Pepita, acompañada de su hermana y sus dos hijas. Así es que dijo a Bibiana, cogiéndole la cartera de las manos:

–Perdona, Bibi, pero este sitio está reservado.

–¿Precisamente aquí, a tu lado?

–Sí; precisamente aquí.

–Oye, ¿no será para la Reyes?

–No; ¿qué quieres que venga a hacer aquí la Reyes?

–Verás, como sois tan amigos...

–Pues no es para ella. Es para una delegada de mi sindicato.

–Pero hay sitio de sobra en otros departamentos...

–Pues no tienes más que ocuparlos.

Ella quedóse muy sorprendida, ya que no estaba acostumbrada a aquel modo de decirle que estorbaba. Todavía dijo:

-¿Quién es?

-No te preocupes. No la conoces.

-Bueno, guárdatela, monín.

Y de un salto bajó al andén, roja de ira, saliendo a lo largo del tren seguida de su marido que, o no comprendía nada, o era un cabrón consentido.

Alfredo se dejó ver en la ventanilla para que Pepita se diera cuenta. Ella pareció no verle, pues, sin mirarle, subió a otro coche, seguida de la hermana y de las pequeñas. Cuando el mozo de la estación pasó gritando a los viajeros que subieran a los coches, vio como descendían las hijas y la hermana, y como Pepita aparecía en la ventanilla, pero sin mirarle. Por fin arrancó el tren. En el departamento en que iba Alfredo viajaban también otros cinco delegados que él conocía, pero no podía recordar a qué sindicato pertenecían. Alfredo estaba un tanto inquieto por la actitud de Pepita, que parecía no haberle visto y que ahora no parecía buscarle, pero seguro de que no podía perderla, optó por esperar... un poco. El convoy paró unos momentos en el apeadero del Paseo de Gracia, reemprendiendo la marcha, y antes de que saliera de la zanja de la calle Aragón, apareció Pepita, maleta en mano, muy sonriente, diciendo:

-¿Creías que te dejaba marchar solo?

-No, porque te había visto; ya me preparaba para ver dónde estabas.

Al ver que los otros viajeros sonreían como si fueran amigos, comprendió que eran delegados y procuró arreglar las cosas.

–Verás –dijo–, he llegado cuando el tren iba a arrancar, por lo que he tenido que subir en el primer coche, empezando por la cola. Y he seguido, coche por coche, hasta encontrarte. Es natural que los delegados de un mismo sindicato vayan juntos, ¿no?

Y muy naturalmente se sentó al lado de él, después de colocar la maleta en la red.

Se generalizó la conversación, hablándose del Congreso y de Madrid. Pasada ya la estación de Gavá, apareció Pijoan. Quedó bastante sorprendido al ver a Pepita, pero no dijo una palabra sobre ella. Explicó que estaba dos vagones más hacia la cabeza del tren, con otros delegados, y volvió a marcharse. En casi todas las estaciones subían nuevos delegados que iban a Madrid. Después de Reus pasó la policía pidiendo la documentación, pero se conformaban con la presentación del carnet sindical.

Como Alfredo llevaba dinero gracias a la lotería, quiso hacer bien las cosas y llevó a Pepita a comer al coche restaurante. Apenas una docena de delegados hicieron lo mismo; la mayoría se habían traído la comida preparada de casa. Comieron con buen apetito, pero Pepita confesó que el cocinero no era precisamente un cordon-bleu, pues los platos no eran nada exquisitos. Comentaron el hecho de que, tras el tipo que iba cobrando, de mesa en mesa, siguiera otro con una bandeja en la mano, mendigando la propina. Pepita afirmaba que ello decía muy poco en favor de los sindicatos ferroviarios.



En Zaragoza añadieron al tren un vagón, ya lleno de viajeros, la mayoría delegados al Congreso. Después de Zaragoza ya no se vio aparecer delegado alguno. La «línea de demarcación» de la CNT, por lo visto, terminaba allí, para dejar la influencia a la UGT.

Con la caída de la tarde se aproximaron a Madrid. Se dieron cuenta de ello porque pasaron por los coches unos hombres repartiendo prospectos de fondas y hoteles de la capital. Contra lo que ocurre en todas las capitales, que muchos kilómetros antes ya se ven síntomas de su proximidad, como fábricas, pueblos importantes, barriadas populosas, multiplicidad de raíles etc., la llegada a Madrid es casi por sorpresa: se pasa de la aridez triste de la meseta castellana, de la vista de los pueblos, harto espaciados, de casas sucias, de adobes, al estruendo de la entrada en la magnífica estación de Atocha. Alfredo llevaba la dirección de una pensión de la calle Fuencarral, propiedad de un ex-ferroviario de los seleccionados cuando la huelga revolucionaria de 1917. La pensión se titulaba Pensión Fuencarral, tomada del nombre de la misma calle. A la salida de la estación había una doble fila de individuos, con gorras de plato, en las que se podían leer los nombres de los diferentes hoteles y pensiones que representaban. Además, los tipos decían, a grito pelado, los nombres de aquellos establecimientos. Uno de los que más gritaban era precisamente un joven robusto, con el pelo negro ensortijado y los ojos lánguidos, que era el representante de la pensión a la que iba destinado Alfredo. Se arrimaron a él Pepita y Alfredo, y después tres o cuatro delegados más. Cuando se acabó el desfile de viajeros, el afeminado joven se puso al frente de su «cosecha», y les dijo que, puesto que el metro tenía una estación muy cerca «de la casa», se podían ahorrar el alquilar un

taxi. Todos aceptaron la sugerencia y le siguieron a la próxima estación del metro. Vieron que los coches eran una réplica exacta de los del Gran Metro de Barcelona, y que ambos eran la copia de los vehículos del metro parisino. Llegaron en un periquete. Salieron al exterior en un ascensor y a pie fueron hasta la pensión, efectivamente bien cerca. Fueron muy bien acogidos por la mujer del ex ferroviario. A Alfredo y Pepita les alojaron en una amplia habitación con balcón a la calle. Sin ser de lujo, la habitación era limpia y confortable. Amplio el lecho y tras una mampara el lavabo y el bidé moderno.

Cuando se quedaron solos en la habitación, se abrazaron fuertemente, dándose el gran beso que habían esperado durante todo el viaje.

–Esto parece un sueño –dijo ella.

–Sí, es verdad. Ya lo ves, será la primera noche completa que pasaremos juntos.

–Un poco tardío, pero como un viaje de novios.

Se lavaron y arreglaron y Alfredo fue a preguntar la hora de las comidas y la forma de entrar de noche.

Como ya eran cerca de las nueve, cenaron antes de salir a ver un poco Madrid. Allí se comía al estilo de las fondas antiguas, es decir, en torno a una gran mesa oblonga en la que podían acomodarse una docena de comensales; de ellos, ocho eran delegados al Congreso. Se comía bien. Servía la mesa el mismo individuo que acudía a la estación a la «pesca» de clientes. Iba y venía del comedor balanceando las caderas y apartándose los

rizos que le caían sobre la frente. Antes de salir, les rogaron que llenaran las fichas para la policía. Alfredo llenó una con su nombre y apellidos, añadiendo «y esposa», evitando así escribir el nombre de Pepita.

Las calles estaban muy animadas y el aspecto de las gentes era, generalmente, de forasteros. El alumbrado les pareció deficiente. El tránsito de vehículos intenso, pero calmoso, como al ralentí, nadie parecía tener nada que hacer; todo el mundo parecía estar de paseo. Esto, que podía parecer normal a las diez de la noche, era lo mismo en pleno día y en todas partes. En Madrid todo el mundo parecía el clásico «paseante en Cortes».

No les gustó nada el edificio de la Telefónica, de que tan orgullosos estaban los madrileños, sin acordarse de que aquel rascacielos era propiedad de una compañía norteamericana, que había tenido el mal gusto de levantar aquella colmena a imagen y semejanza de los antiestéticos edificios de Nueva York. Falta que también habían cometido en Barcelona, con la complicidad culpable de los ayuntamientos primorriveristas de las dos capitales.

Llegados a la Puerta del Sol, Pepita comentó:

–¿Y «esto» es la famosa puerta?

Era la misma decepción que sentían cuantos la veían por vez primera. En realidad, aquello no pasaba de ser una calle un poco más ancha que las otras cercanas o que daban a ella, pero en nada se parecía a una gran plaza, como hacía presumir la fama que la habían dado escritores chirles. El edificio de la Gobernación (hoy Dirección General de Seguridad), horrible,

con su ridículo templete del arcaico reloj, que después de la guerra civil sería el reloj oficial que marcaría las doce en la noche de fin de año.

Subieron y bajaron por las calles del Carmen, de la Montera y de Alcalá, ésta ya más acorde con los humos de gran capital. Después volvieron a la Puerta del Sol y enfilaron por Fuencarral, camino de la pensión, porque, sin decírselo, les acuciaba a los dos el deseo de comenzar aquella su «primera noche completa».

A la puerta de la pensión, siguiendo las instrucciones recibidas, llamaron al sereno tocando palmas. El sereno no respondía. Alfredo comentó que debería ser el émulo del célebre sereno de *La verbena de La Paloma*. Tras un buen rato de espera y ya con las manos doloridas de aplaudir en vano, apareció el sereno, saliendo de una casa en íntima conversación con otro individuo. Al verle, Pepita no pudo contener una carcajada. Y no era para menos; se trataba de un hombre bajito, rechoncho, con una especie de gorra de uniforme, un bastón en la mano y, en pleno vientre, una linterna encendida, cuya utilidad nadie podía explicar. El hombre avanzaba pausadamente, haciendo paradas en la marcha, enfrascado en la conversación con su acompañante. Por fin llegó y tras dar las buenas noches, echó mano a un manojito de llaves, y sin mirar, eligió la de aquella puerta, abriendo y quedando en posición de firmes, esperando la inevitable propina. Alfredo no sabía qué cantidad era corriente para aquel servicio, y a trueque de hacer «el primo», le alargó al de la linterna cincuenta céntimos. Sin duda se había excedido, porque el hombre se inclinó al dar las gracias y,

entrando en el portal, encendió la luz de la escalera, volviendo a dar las gracias antes de salir y cerrar la puerta.

En la pensión les abrió la puerta el mismo afeminado de la estación y el comedor. Aquel individuo servía para todo, ¿cuándo dormiría?

Antes de acostarse, Pepita sacó de su maleta una camisa de dormir finísima y la puso encima de la cama. Alfredo la observó atentamente, y sin decir una palabra, la dobló cuidadosamente y la metió de nuevo en la maleta. Los dos soltaron la risa, mientras se besaban.

\*\*\*

Se despertaron al ruido de rudos golpes dados desde fuera, en la puerta, mientras una voz gritaba:

–¡Abran a la policía!

Alfredo brincó en la cama y encendió la luz, mientras decía:

–¿Quién hay?

–¡La policía!

Pepita se sentó en el lecho, mirándole con ojos asustados. Pero ya reía Alfredo, que había reconocido la voz y el acento andaluz de Santiago Fernández. Se puso los pantalones, y tras subir la sábana hasta el cuello de Pepita, abrió la puerta. No estaba allí Santiago solo, sino otros cuatro: Pau Sans, un tipógrafo de Tárrega, que tenía una pequeña imprenta en la

calle Gerona, el chófer Mascarell, el linotipista Molinero (a. el «Machacatrapos»), y Navarro, un hombre que se había metido a editor y representante de grandes editoriales. No pasaron de la puerta, respetuosos con la mujer, pero dijeron que se espabilaran, pues había que acudir al Congreso. Los llegados pasaron al comedor a desayunar, donde no tardaron en reunírseles Alfredo y Pepita.

Salieron todos juntos hacia el teatro del Conservatorio o de María Guerrero, que con los dos nombres se le conocía. Guiaba Fernández, que era el único que conocía la capital. En el vestíbulo del teatro se había instalado la comisión de credenciales, que recogía los nombramientos de delegados, tomaba nota y entregaba a los mismos una carpeta con el Orden del día del Congreso, unas cuartillas en blanco y un lápiz. Además, una tarjeta que llenaban en el mismo momento, acreditativa de su delegación. La animación era muy grande, pues los delegados llegaban en racimos. Como la primera sesión no tendría lugar hasta la tarde, cuando Alfredo tuvo su tarjeta, salieron con Fernández, Pablo y Navarro «a ver Madrid». En la calle se encontraron con Pijoan, quedando en encontrarse por la tarde en la entrada del teatro, para estar juntos durante la sesión.

En la calle de Alcalá casi tropezaron con Joaquín Maurín, que salía de un café. Al enterarse de que disponían del resto de la mañana, quiso hacer un poco de guía y subiendo con ellos en un tranvía amarillo, bastante desvencijado, dieron un amplio paseo dando la vuelta por la Ciudad Lineal. Como les quedaba tiempo, antes de comer, se despidieron de Maurín, que manifestaba impaciencia, y se aventuraron por una serie de calles estrechas

y no muy limpias. Allí el aspecto general era distinto que por el centro. Se veían menos gentes con aspecto de forasteros y los transeúntes parecía que marchaban más aprisa y como llevando una intención determinada. Fue por aquellas callejas que descubrieron, por vez primera, mujeres ataviadas con los famosos mantones o pañuelos de crespón negro con grandes flecos. En realidad, aquella prenda popular no desentonaba nada sobre los vestidos claros que lucían las mujeres, aunque Pepita hizo observar que aquel agradable contraste sólo era posible allí, en el Madrid popular, y por aquellas graciosas mujercitas.

Fernández, que sin duda conocía el barrio, les hizo entrar por una especie de puerta cochera, a un gran patio, que a la altura de un primer piso, rodeaba una estrecha galería con baranda de madera. Arriba y abajo muchas puertas daban, probablemente, acceso a los pequeños cuartos que ocupaban familias obreras. Junto a la pared del fondo, había una fuente de hierro, que en aquel momento servía de lavadero a una robusta matrona que aclaraba ropa blanca que sacaba de un amplio cubo. El conjunto le recordaba a Alfredo el decorado de la zarzuela *La revoltosa*, del maestro Chapí, que tanto éxito había tenido allá por los años 1907–1908.

Por el patio pululaban buen número de chiquillos de tres o cuatro años, con poca ropa, que no demostraban sorpresa alguna al verse observados.

Cuando la gruesa matrona que lavaba la ropa en la fuente, se dio cuenta de la presencia de los intrusos, llenó la cara con una amplia sonrisa, mientras gritaba:

–¡Vecinas, salir fuera un momento, que tenemos turistas!

Temiendo que aquello fuera el preludio de una manifestación de desagrado, todos, menos Fernández, iniciaron la retirada. Por el contrario, Santiago, sonriendo y haciendo gestos, se acercó a la mujer:

–Buenos días, seña Micaela, ¿cómo está usted? –dijo.

La mujer quedó un tanto sorprendida del gesto de Fernández, que le alargaba la mano, y secándose su diestra en el amplio delantal, se la estrechó francamente, mientras decía:

–Pues estoy perfectamente, señor Antonio, ¿y usted?

–De primera, pero, ¿quién le ha dicho que yo me llamo Antonio?

–Pues la misma persona que le ha dicho a usted que a mí me llaman Micaela.

Rieron todos francamente y se formó un corro con los visitantes y algunos vecinos que habían salido a ver lo que ocurría. Los visitantes explicaron que no eran turistas ni señoritos cursis, sino trabajadores, como ellas, y que estaban en Madrid para asistir a un congreso. Esto acabó de romper el hielo e incluso llegaron a hacerles entrar en un cuarto para que vieran cómo vivían. El espacio era muy reducido, pero todo respiraba limpieza, aunque el mobiliario era bastante modesto. Las mujeres interrogaban a Pepita sobre la manera de vivir en la Ciudad Condal, y ella les explicaba que, si bien en la capital de Catalunya no existían esos patios tan típicos, no era menos



cierto que en muchas barriadas los obreros vivían, poco más o menos, en las mismas condiciones que en Madrid.

Cuando se acercaron a la entrada para marcharse, el grupo era ya de diez mujeres que se esforzaban en hacerse simpáticas y agradables. Se dieron magníficos apretones de mano y algunas de ellas besaron a Pepita en las mejillas.

Calle abajo, Alfredo comentó:

–Si todo Madrid fuera así...

El comentario de Pepita fue de otra índole:

–Lo que más me ha chocado –dijo–, ha sido la actitud de la chiquillería, que ni siquiera nos ha mirado.

Era cierto. Los pequeñuelos de aquel patio no habían sentido curiosidad alguna por saber quiénes eran los visitantes, y habían seguido, impertérritos, sus misteriosos juegos, que sólo ellos comprendían.

### III. EL CONGRESO DE MADRID DE 1931

Aquella tarde empezaron las sesiones del Congreso. El teatro del Conservatorio era de viejo estilo, con sus palcos en dos pisos, sus gradas en otros dos y un «paraíso», arriba del todo, con incómodos bancos de madera.

Las butacas de platea eran de gutapercha roja y si se pegaba fuerte en los asientos, despedían espesas capas de polvo.

En el escenario, una larga mesa cubierta con una tela roja. En el fondo, cubriendo el decorado, el emblema de la CNT, esto es, un vigoroso atleta abriendo las fauces de un león. Nadie había podido, nunca, explicar qué simbolismo representaba aquello. Alfredo, bromeando, solía decir que el atleta, con el torso desnudo, era un veterinario y que el león tenía dolor de muelas.

Cuando Alfredo y Pepita entraron en el teatro, el patio de butacas ya estaba casi lleno, por lo que optaron por entrar en un palco del primer piso, donde pronto se les reunió Pijoan, el otro delegado del Sindicato de Artes Gráficas. La temperatura era

muy calurosa y casi todos los delegados estaban en mangas de camisa.

Imposible explicar bien lo que era aquel Congreso, porque, en realidad, aquella concentración de gentes de toda la península, era un barullo singular, sin orden ni concierto, en el cual eran raros los momentos de silencio. Los oradores se sucedían incansablemente, abundando en las más extravagantes afirmaciones que, por suerte, caían en el vacío, porque nadie prestaba atención. Solamente cuando el presidente de la mesa aporreaba fuertemente sobre la misma y anunciaba que tenía la palabra Pestaña, Peiró, Carbó, o algún otro líder conocido, se hacía un relativo silencio. Alfredo ya estaba acostumbrado a aquellos comicios cenetistas, por haber asistido a varios congresos y plenos regionales, pero lo que entonces presenciaba superaba en galimatías cuanto había visto. Cada punto del Orden del día era discutido por una buena veintena de delegados, que, generalmente, lo hacían al buen tuntún, sin saber, realmente, lo que discutían. Se notaba un interés marcado, en cada delegado, en pronunciar su discurso, que después constara en la posible *Memoria* a publicar. Para poder avanzar en la aprobación de los puntos del Orden del día, se seguía un procedimiento expeditivo muy singular. Cuando el que presidía se cansaba de escuchar discursos que no comprendía, se ponía en pie, aporreaba la mesa, y decía:

–Compañeros: Esta presidencia considera que el punto del Orden del día que estamos discutiendo está ya bastante discutido, y, por lo tanto, sería conveniente nombrar una ponencia para que redacte un dictamen, el cual será sometido a vuestra aprobación. ¿Lo entiende así el Congreso?

–¡Síííí! –gritaban ocho o diez delegados.

–Aprobado. Haced proposiciones de delegados para formar la ponencia.

Entonces podían ocurrir dos cosas. Si el asunto que se discutía no interesaba a los faístas, éstos se desinteresaban y dejaban nombrar a cualquier delegado. Pero si estaban interesados, entonces se apresuraban a proponer a ocho o diez delegados «probados» y que, previamente, ya se habían reunido y acordado lo que se debía hacer.

De una de las dos maneras quedaba formada la ponencia que se reunía y en otra sesión presentaba su dictamen, casi siempre anodino, pero que, invariablemente, se aprobaba por aclamación, aunque la mayoría de los delegados no se habían enterado de nada.

En la mañana del segundo día ocurrió lo de Pijoan. Se suspendió la discusión en curso para dar cuenta de la información de la Comisión de credenciales. El que habló en nombre de la misma afirmó que al Congreso asistían 418 delegados, representando 511 sindicatos y 535.565 afiliados. Después dijo que todas las credenciales de delegados estaban en regla, excepto la de un delegado del Sindicato de Artes Gráficas de Barcelona, Joaquín Pijoan, que era afiliado al Bloc Obrer i Camperol, y, además, había sido candidato a concejal en las elecciones del 12 de abril, por lo que la Comisión ponía el caso al criterio de los demás delegados.

Se produjo un barullo bastante serio. Muchos delegados empezaron a gritar «¡Fuera! ¡Fuera!» «¡Que se vayan los

políticos!». Otros clamaban que deberían seguir... Poco a poco fue restableciéndose una relativa calma. Alfredo aprovechó la ocasión para defender el caso de su compañero, aclarando que, de hecho, no existía acuerdo alguno que impidiera a un afiliado a un partido político representar a un sindicato, siempre que no haya «desempeñado» un cargo político. Pestaña vino en apoyo del criterio de Alfredo, pero ya se veía que no había nada que hacer. La mayoría de los delegados, puestos en pie, gritaban en contra de Pijoan. Aparte Pestaña, ningún capitoste se pronunció ni en pro ni en contra. Pero Federico Urales subió al escenario, abriendo los brazos para reclamar silencio. Cuando pudo hablar, hizo un discurso a su estilo, dándole cien vueltas al asunto, sin argumentar, sin citar acuerdo alguno que le apoyara, pero acabando haciendo un panegírico de la anarquía y aconsejando a Pijoan que se retirara de propia voluntad. Una gran aclamación acogió su perorata. Pijoan, rojo de ira, sacó el pecho, y gritó:

–Aneu a la merda!<sup>1</sup>

Y se marchó a la calle. El presidente intentó seguir la discusión anterior, pero Alfredo, en pie, vociferó que nada se discutiría si antes no se le escuchaba. El forcejeo duró un buen rato, pero Alfredo no cejaba y con su voz clara y potente, seguía reclamando la palabra. Poco a poco se fue restableciendo la calma, más que nada por la ausencia de Pijoan, y Alfredo pudo decir lo que quería, y que fue esto, poco más o menos:

–Si yo estuviera menos versado en los procedimientos que siguen los que no aman la organización, hubiera seguido al compañero Pijoan, retirándome del Congreso y dejando la

---

1 ¡Iros a la mierda!.

responsabilidad a quienes han cometido un atropello incalificable contra un delegado legítimo... (gritos), legítimo, sí, y que representa a 12.000 afiliados (más gritos). ¿Cuántos delegados, de los que gritan, pueden decir el número de afiliados que representan? ¿Quién puede presentar un acuerdo que impida a un delegado representar a un sindicato porque ha sido candidato a concejal? (silencio). Ya lo veis, habéis cometido un atropello. Yo debería retirarme, pero eso sería dar gusto a quienes obran como dictadores y no me da la gana de darles esa satisfacción. Pijoan volverá, si quiere, y no se retirará si no se nos presenta el texto de un acuerdo que le impida ser delegado. Y ahora, un ruego a la Comisión de credenciales: ¿Puede decirme a qué sindicato pertenece Federico Urales y qué representación ha traído?

Grandes murmullos acogieron estas palabras, pero nadie se opuso a la pregunta. El representante de la Comisión de credenciales pidió a sus compañeros la gran pila de credenciales y se puso a repasarlas febrilmente. La expectación era grande. Pestaña, que estaba en un palco cercano al que ocupaban Pepita y Alfredo, les miró, sonriendo, y se echó las manos a la cabeza. Por fin, el de la Comisión de credenciales avanzó en el proscenio, con evidentes muestras de satisfacción, y dijo:

–En la credencial presentada por Federico Urales, y que tengo a la vista, sólo se hace constar que representa al Sindicato de Campesinos de... no se lee claro, pero sí la provincia de Córdoba. No consta el número de afiliados, ni hay sello alguno.

Las risas estallaron por todas partes, pero Urales seguía imperturbable en su butaca, atusándose la barba. Alfredo cerró el incidente diciendo:

–Muchas gracias por el detalle. Resulta que esa Comisión ha impugnado a Pijoan, sin saber a ciencia cierta el motivo, y, en cambio, ha aceptado la credencial de Urales, que seguramente no puede presentar el carnet confederal, pero habla aquí en nombre de un sindicato de campesinos, lo cual está muy en armonía con sus actividades. No protesto siquiera, ¿para qué? Cada cual que juzgue, y, si puede ser, que todo esto se especifique bien en el acta.

Y aunque parezca mentira, las cosas quedaron así. Pijoan se marchó a Barcelona aquella misma noche, rechazando dar la batalla al día siguiente y rogando a Alfredo que siguiera en el Congreso para que el sindicato no quedara sin buena información.

Alfredo y Pepita, de acuerdo con Santiago Fernández y los otros amigos, convinieron en hacer apariciones diarias y repetidas en el teatro, pero aprovechar al máximo el tiempo para visitar Madrid. Es decir, se montó una especie de permanencia a fin de que Alfredo estuviera presente cuando fuera indispensable, para no soportar el suplicio de aguantar tantas barbaridades como allí se decían.

Cuando se discutió la gestión del Comité Nacional, Cinca, un faísta, representando al Sindicato de Artes Gráficas de Sabadell, preguntó qué había de cierto en los contactos de los dirigentes sindicales con los del Pacto de San Sebastián. Peiró negó tal

participación. Arín (que había estado en la capital donostiarra) fue menos preciso, puesto que dijo que si había habido concomitancias, habían sido puramente personales.

No dejaba de ser curioso que los anarquistas pidieran explicaciones y quisieran condenar los contactos con los republicanos, cuando precisamente si la CNT celebraba aquel Congreso, era porque estábamos en la República salida del acuerdo de San Sebastián.

Por cierto, que en la *Memoria* que más tarde se publicó del Congreso, esta intervención de Cinca fue atribuida al delegado del Sindicato de Artes Gráficas de Barcelona, es decir, a Alfredo.

Por fin se llegó al punto del Orden del día que trataba de la creación de las Federaciones Nacionales de Industria, caballo de batalla del Congreso, puesto que eran en gran número los sindicatos que representaban esa posición, principalmente en Catalunya y Asturias.

En esta discusión tomaron parte todas las «personalidades» de la CNT, o, por lo menos, cuantos eran partidarios de tales federaciones. Hablaron en pro, argumentando y razonando, Quintanilla, Pestaña, Peiró, Villaverde, Arín, Piñón, Alfredo y bastantes más. Los contrarios se limitaron a dejar hablar a los segundones, pues, faltos de argumentos, hubieran hecho mal papel los Urales, Carbó y demás puristas.

Las dos intervenciones principales en contra fueron las de Julio Roig y Albareda. El primero dijo cosas de este calibre:



–Sólo nos presentáis razones de tipo marxista para crear las federaciones de industria. Si en España no hay industria ¿para qué queremos esas federaciones? España es eminentemente agrícola y, por lo tanto, no hay obreros industriales que federar. Crear federaciones de industria nos puede llevar a las nacionalizaciones y eso es crear burocracias. Debemos ir a defender la causa, la finalidad, que vale más.

Albareda peroró largo rato sin argumentar, para acabar diciendo:

–Mejor que a las federaciones de industria, que tienden al «estatismo», debemos ir a la instauración de las «comunidades libres».

Peiró replicó a tales «argumentos» con palabras llenas de sentido común, aduciendo ejemplos patentes. Como al finalizar la discusión había pocos delegados en el teatro, tuvo que aplazarse la votación para la sesión siguiente, esto a propuesta de los faístas que, como esta vez no pudieron apelar al recurso de la consabida ponencia, esperaban aprovechar el intervalo para convencer a posibles delegados vacilantes. Sin embargo, verificada la votación, ganaron los «federalistas» por 302.343 votos contra 90.671, que obtuvieron los contrarios.

Pero, en realidad, jamás se aplicó tal acuerdo por el sabotaje sistemático, en todas partes y en todo momento, de los faístas.

Al tratarse, una vez más, del triángulo «principios, tácticas y finalidades», Juan García Oliver, desde el patio de butacas, pronunció un largo y altisonante discurso, al estilo castelano, defendiendo los «principios sacrosantos» de las ideas

anarquistas. Cuando por el tono y los considerandos se empezó a vislumbrar el final del discurso, Federico Urales fue avanzando hacia García Oliver, y al dejar éste de hablar, Urales le abrazó fuertemente, mientras exclamaba:

–Muchacho, me has dado la mayor alegría de mi vida. No, las ideas, nuestras grandes ideas, no están muertas, ni siquiera corren peligro, porque tú y tus hermanos en Acracia venís a reemplazar a los viejos maestros, unos muertos y otros que ya nos vamos. Aquí, con toda la emoción que me hace asomar lágrimas en los ojos, te reconozco como a mi hijo espiritual.

La comedia se remató con un prolongado abrazo entre «padre e hijo» y, contra la costumbre, en medio de grandes aplausos.

Y aquello fue el final del Congreso, por lo que afectaba al poco sentido común que quedaba.

A carrera tendida, muchos delegados se entregaron a la más insensata demagogia, propugnando las más absurdas y peregrinas teorías para llegar a la emancipación social.

La pequeña minoría de hombres sensatos que veían aquel caos, se fueron retirando poco a poco, convencidos de lo inútil que sería intentar llevar al ánimo de aquellos ilusos un poco de sensatez.

Lo peor de aquello era que no sólo era teoría o discursos, sino que más tarde se plasmaría en hechos luctuosos que costaron muchas vidas, aunque ninguna de los turiferarios lanzadores de humos ácratas.

Incapaces de seguir aguantando aquello, Alfredo, Pepita, Santiago, el chófer Mascarell y el tipógrafo Pablo, decidieron marcharse a tomar el fresco de la noche. Al salir a la calle se encontraron con un espectáculo imprevisto. Ángel Pestaña, sentado en el suelo, lloraba como un chiquillo, rodeado de cuatro o cinco delegados que no sabían qué hacer. Rápidos, Fernández y Alfredo se comprendieron con la mirada y levantaron al líder sindicalista, poniéndole el sombrero que yacía por el suelo. Se les juntaron los otros y, rodeando a Pestaña, echaron calle abajo. Lo esencial, de momento, era no dar aquel espectáculo. El pobre Pestaña se dejaba conducir dócilmente, pero no podía dejar de llorar. Le dejaron un buen rato sin preguntarle nada, como a un niño al que hay que dejarle desahogar. Fue él mismo quien empezó a explicarse, en tono dolorido:

–Me tenéis que perdonar, amigos. Ya sé que estaba dando un triste espectáculo, pero no lo he podido remediar. Tú sabes, Alfredo, que para mí todo en la vida es la organización. Lo he sacrificado todo por las ideas. He sufrido ataques, calumnias, desengaños, atentados, pero todo lo daba por bueno en bien de la prosperidad de la CNT. Pero ya lo habéis visto, vamos a la catástrofe; el espectáculo de este Congreso es descorazonador. Estamos bajo el imperio de los granujas y de los ineptos que explotan la buena fe de las gentes sencillas...

Y de nuevo las lágrimas asomaban a sus ojos.

Alfredo dijo:

–Tienes toda la razón, Ángel; pero en lugar de desesperarse, lo que hay que hacer es reaccionar vigorosamente. Cuando volvamos a Catalunya, desde «el primer día, hay que dar la batalla.

–No me veo capaz, Alfredo. Acabarán por asesinarnos. No sé qué maldición ha caído sobre nosotros...

El tono era desesperado. La pena que le aquejaba muy honda. Pepita dijo que deberían ir a sentarse en algún sitio hasta que se calmara Pestaña, que hacía mal en tomarse las cosas tan a pecho. Como habían llegado a la Puerta del Sol, Pablo propuso sentarse en un café. Fernández tuvo otra idea, que fue aceptada por todos.

–Vamos a La Bombilla –dijo–; allí se nos pasarán las penas.

Subieron todos, apretados, en un taxi, diciéndole al chófer les llevara a uno de los merenderos de «La Bombi». El coche les dejó a la puerta de un merendero, junto a la carretera, que lucía, en su entrada, un gran rótulo que decía: La Asturiana. Dentro vieron un amplio recinto encuadrado por una especie de palcos con mesas. En el centro había una pista de baile, rodeada por mesas. En un ángulo un piano de manubrio, que en aquel momento no funcionaba, porque el altavoz de un gramófono oculto atronaba el espacio, difundiendo unailable que seguían, con sus evoluciones, solamente tres parejas. En las mesas no más de una docena de clientes.

Se sentaron un tanto apartados y al camarero que acudió solícito, Santiago le dijo que, puesto que estaban en Asturias, lo mejor sería beber sidra, si todos estaban de acuerdo. Como no

hubo protestas, así se convino, aunque el camarero advirtió que también traería tapas, obsequio de la casa. La sidra, embotellada, estaba fresca y las tapas apetitosas. Pestaña iba serenándose poco a poco y los otros procuraban enfocar la conversación por senderos lejanos al Congreso.

Al poco rato entraron tres hombres y dos mujeres, que se sentaron a la mesa inmediata, saludando cortésmente al pasar; saludo al que contestaron los sindicalistas. Sin duda deberían ser clientes de la casa, porque llamaron al camarero por su nombre: ¡Paco!

Alfredo observó que le parecía curioso que en Madrid todos los camareros se llamaran Paco o Pepe. Como hablaban en catalán, ello llamó la atención de los recién llegados, que rieron un poco, y uno de ellos exclamó:

–Perdonen, pero veo que ustedes son catalanes, ¿verdad?

–No todos –respondió Alfredo–, pero estamos en mayoría.

–Bueno, pues verán; no es que todos los camareros se llamen Paco o Pepe, sino que lo que ocurre es que todos los Pepes y Pacos se meten a camareros. Pasa lo mismito que en Barcelona, donde todas las Nurias y los Jorges son dependientes de comercio.

Rieron todos la broma y se siguió la conversación, a intervalos, y de mesa a mesa.

Calló el altavoz y tomó su turno el organillo, cuyo manubrio estaba a cargo de un hombre lo más alejado posible del tipo

clásico del organillero castizo, puesto que este músico «rodado» era viejo, pitañoso y con grandes bigotes grises, quemados por los cigarrillos, pero, justo es confesarlo, cumplía su cometido como un virtuoso. Llegó el inevitable chotis y a bailar lo fueron las dos parejas de la mesa contigua, quedando solo el quinto en discordia, el cual dijo a los catalinos:

–Ahora verán ustedes canela fina. Estas dos parejas son los campeones del chotis.

Efectivamente, los bailarines lo hacían bien, contoneándose al perfecto compás y más serios que si estuvieran en un entierro.

El madrileño insistió:

–Para ustedes, esto no tiene mérito como la sardana, que para bailarla bien hay que saber matemáticas, pero no duden que sí tiene su mérito. Sobre todo, para marcarse así, tan chipén, hay que haber nacido en mi bendito pueblo, que es Madrid.

Sin darse cuenta, Pepita marcaba los compases de la música con los pies, pues era bailarina nata, y en sus tiempos de soltera había sido punto fuerte en los bailes de sociedad de Gracia y San Gervasio. Alfredo la observaba y maldecía, una vez más, no haber tenido tiempo de aprender a bailar. Pero se le ocurrió una idea que expuso en seguida a sus amigos:

–Vamos a ver, Pepita, ¿por qué no sales a bailar con Fernández o con Pablo? Los pies se te van a la pista. Yo, ya sabes que no doy ni una, pero mi egoísmo no llega a sacrificar tu afición.

Calló la bella, pero sonreía, complacida por la idea. Intervino Santiago:

–Me parece excelente la idea de éste. Yo no soy sospechoso, pero usted y yo, Pepita, podríamos intentar demostrar al amigo madrileño que también en Catalunya sabemos marcarnos un chotis.

Todos insistieron, incluso Pestaña. Ella dudaba, porque nunca había bailado en presencia de Alfredo y temía el carácter celoso de él. Sin embargo, la actitud del amado parecía sincera y sin reservas. La acabó de decidir el comentario del madrileño:

–No tenga miedo, señora, cada uno hace lo que puede, y nosotros no nos vamos a reír.

Se levantó la hembra, con gesto enérgico, y exclamó:

–Vamos, Fernández.

Y resultó que sí, que aquella pareja sabía lo que hacía. Santiago era un bailarín consumado, que llevaba a la mujer con una facilidad pasmosa, cumpliendo todos los ritos que requiere el popular baile madrileño. Además, la pareja superaba físicamente a las otras cuatro o cinco que danzaban en la pista, cuyas mujeres eran pequeñas y algo obesas, en contraste con la esbeltez augusta de Pepita, tan alta como Fernández, que era un buen mozo. Contrastaba también el cabello leonado de la catalana al lado del negro lustroso de las madrileñas, todavía en aquella época con reminiscencias de los rizados a la tenacilla de nuestras abuelas.

Como la entrada de Pepita y Fernández en la pista parecía un desafío en concurso, toda la atención se concentró en lo que pasaba, siguiéndose atentamente el desarrollo de la posible competencia.

Las otras parejas empezaron a observar a los catalinos con cierta curiosidad, que pronto se convirtió en seria atención. Una pareja dejó de bailar, quedando al borde de la pista, como en observación. Después siguieron las demás, con una sola excepción, quedando en competencia una pareja madrileña y la otra catalina. Realmente resultaba difícil juzgar quien lo hacía mejor, pues si los madrileños tal vez tenían más «alegría técnica», los catalanes demostraban una elegancia difícil de imitar. Cuando el pianillo calló, quedando el manubrio colgando desmayadamente, una salva de aplausos premió el arte de las dos parejas, que quedaron en el centro de la pista, un tanto azoradas por la ovación. Espontáneamente, la madrileña se llegó a la catalana y la besó ruidosamente en la mejilla. El hombre, al ver aquello, se acercó ceremoniosamente a Santiago y le ofreció cordialmente la mano, que el andaluz estrechó efusivamente, regresando los cuatro a las mesas.

El quinto madrileño se puso en pie, gritando:

–¡Pero que muy bien por los catalanes! Y no hay premio; lo que tenían unos de menos en una cosa, lo tenían de sobra en otra y viceversa; de modo que en paz. Y para festejarlo, vamos a beber todos juntos.

Y añadiendo la acción a la palabra, juntaron las mesas, acercaron las sillas y formaron un «corro ibérico» bien fraternal.



Efectivamente, como hicieron una especie de presentación, resultó que en torno a las mesas había un gallego, un andaluz, un leonés, un murciano, cuatro catalanes y dos madrileños, aunque todos los del grupo de Madrid se manifestaran madrileños de corazón.

Llegó el camarero con más sidra y más tapas. Las madrileñas asediaban a Pepita, preguntándole detalles de Barcelona. Casi insensiblemente, los hombres hablaron de política y de obrerismo. Los de Madrid, claro, eran socialistas y de la UGT, aunque uno de ellos se mostraba reticente sobre los líderes socialistas. Cuando supieron que el del sombrero era Pestaña, quedaron asombrados, pues nunca lo hubieran creído. Sobre todo, las mujeres no acababan de creerlo. Para ellas, un anarquista tenía que ser un tipo de aspecto feroz, con grandes bigotes, mirada trágica y manos peludas, vestido de azul mecánico y cubierto con una gorra a cuadros, y aquel hombre no parecía tal energúmeno, con tipo de seminarista, con una sonrisa que no acababa de ser irónica.

Repetidas veces bailaron los jóvenes, cambiando las parejas, aunque Pepita lo hizo una sola vez con uno de los madrileños, alegando cansancio. Casi de madrugada, aprovecharon la llegada de unos taxis, con unos «juerguistas» acompañados de «profesionales», para volver a la villa.

Se despidieron muy fraternalmente, besándose las mujeres y dándose fuertes apretones de manos y palmadas en la espalda los hombres. Uno de los madrileños, abrazando a Pestaña, dijo:

–Ya lo ves, compañero: lo que hace falta es conocernos, aunque sea de esta manera. Bueno sería establecer contacto.

–De acuerdo –aprobo Pestaña.

Acompañaron al líder hasta su hospedaje, en la calle de la Montera, y se dirigieron todos hacia la pensión de la calle Fuencarral. Al pasar por la Puerta del Sol, observaron que, como si fuera en pleno día, grupos de hombres se paseaban tranquilamente, o discutían, parados, frente al edificio del reloj. No faltaban los guardias con aspecto aburrido, ni los indispensables limpiabotas, seres que, por lo visto, no dormían.

Ya en el lecho, Pepita le susurró al oído de Alfredo:

–¿De veras no estás enfadado?

Él le disipó las dudas cubriéndole los labios con un beso.

Y quiero hacer constar que este episodio, en lo que se refiere al Congreso de la CNT, en el año 1931, en Madrid, y la actitud de amargura de Pestaña, «es rigurosamente cierto».

Al día siguiente fueron a la imprenta de *La Libertad*, para tratar de la compra de la rotativa para *Solidaridad Obrera*. *La Libertad* había sido un buen periódico, de espíritu ampliamente liberal, con una redacción brillantísima y muy buena colaboración. Pero económicamente no marchaba bien porque la publicidad era poca y la venta no llegaba a cubrir el presupuesto. Y pasó lo que antes había pasado con *El Sol* y *La Voz* esto es, ir a parar a manos de capitalistas, sin alma ni ideal. *La Voz* y *El Sol* fueron comprados por un consorcio de «almadraberos». *La Libertad* fue

peor, ya que la adquirió, nada menos, que don Juan March, más conocido después por «el último pirata del Mediterráneo». Fue aquel hombre de quien tuvo que decir el ministro Carner: «O la República acaba con March o March acabará con la República»... y lo peor es que acertó!

March tenía una verdadera flota contrabandista, y, además, una infinidad de negocios sucios que le habían hecho el hombre más rico de España. Durante la Dictadura de Primo de Rivera, dispuso a su antojo del Ministerio de Hacienda y los carabineros decían que don Juan era el verdadero ministro. Después, al llegar la República, se dispuso a seguir haciendo lo mismo, y empezó por comprar el gran diario *La Libertad*, acaso como una cosa simbólica.

Y a este hombre tenía Alfredo que comprar una rotativa, o de lo contrario, esperar quién sabe qué milagro que procurara una máquina. La cosa era muy fuerte, pero se iba dejando convencer por los peregrinos consejos de Santiago, tales como recordarle el viejo proverbio: «El que roba a un ladrón...», dándole a entender que la máquina no se acabaría de pagar nunca. En lo que acertó.

March no figuraba en la nueva empresa propietaria de *La Libertad*, pues como administrador general estaba un tal señor Ordinas, pariente del contrabandista. Y fue con este testaferro con quien trataron de la adquisición de la rotativa. Para enseñarles la máquina, pasaron a los talleres, dándose cuenta Alfredo de que March había hecho bien las cosas. Todo era nuevo, cajas, caballetes, galeras de cinc transportables, luz a

chorros... y para el tiraje dos magníficas rotativas MAN, alemanas, de último modelo.

En un rincón estaba la rotativa a vender. Era un modelo antiguo, que a lo sumo podía tirar ocho páginas, pero que, si funcionaba bien, sería una solución para la imprenta de la *Soli*. Llegó un mecánico y, tras saludar finamente, puso la máquina en marcha. Todo iba bien, aunque no era muy rápida, pero podía sacar hasta veinte mil ejemplares a la hora.

De los talleres pasaron al despacho del administrador, el mencionado Ordinas. Sirvieron jerez, pastas y refrescos. No se habló mucho de la compra, puesto que el contrato lo tendría que firmar Massoni, como administrador de la *Soli*, pero se convino que, aproximadamente, el precio sería de 142.000 pesetas, pagaderas en varios plazos en letras aceptadas anticipadamente. Si en Barcelona aceptaban, Massoni vendría a Madrid a cerrar el trato y firmar las letras. También se convino que, para el montaje en Barcelona, sería conveniente que se desplazaran a la Ciudad Condal un par de mecánicos madrileños, conocedores de la máquina y que serían los mismos que la desmontarían.

A la hora de comer, el editor Navarro les dijo que se había dado una vuelta por los conventos medio quemados unas semanas antes, y que «todavía olía a chamusquina». Afirmó que por Madrid se aseguraba que el promotor de aquellos incendios había sido Rada, el mecánico aviador, compañero de Ramón Franco, que tenía mucha popularidad por haber realizado el vuelo a Buenos Aires en el Plus Ultra.

Como a ninguno de ellos les había convencido la posición de Ramón Franco, como diputado «jabalí», Alfredo obtuvo la aprobación de los demás, suponiendo que aquella actuación incendiaria de Rada, muy bien podía ser un acto de provocación para empezar a desacreditar la República. Andando el tiempo, y no mucho, pudo comprobarse que las provocaciones fueron abundantes.

Después de comer y tomar café, se dirigieron todos al Ateneo, donde Joaquín Maurín daba una conferencia, pero no pudieron entrar en el edificio, pues el público lo había invadido, incluso la escalera. Por aquellos días Madrid hervía democráticamente y cuantos actos celebraban los republicanos o los socialistas atraían a grandes masas de oyentes.

Ante la imposibilidad de asistir a la conferencia de Maurín, decidieron ir al teatro del Conservatorio, a ver cómo marchaba el Congreso. Aquello era desolador. Más de la mitad de los delegados estaban ausentes; unos por haber regresado a sus puntos de origen, otros por preferir hacer el turista por la ciudad a tener que soportar el ambiente que se respiraba allí dentro: los oradores seguían perorando, en medio de la indiferencia de los delegados que formaban corros, discutiendo entre sí y fumando.

Volvieron a la calle antes de una hora y, subiendo a un tranvía, llegaron hasta el parque del oeste, muy bien cuidado, donde esperaron la hora de cenar. Como Navarro les anunció su propósito de regresar a Barcelona al día siguiente y ofrecía llevar en su coche a los que cupieran y quisieran aprovechar el viaje, se convino que irían con él, Pau, el tipógrafo, Pepita, Alfredo,

Molinero, Santiago y, naturalmente, el chófer, Mascarell, al que aconsejaron que durmiese bien aquella noche para poder estar espabilado a la noche siguiente, pues, dado el tórrido calor de aquellos días, sería mejor afrontar la carretera durante la noche. Irían en un automóvil que Navarro había adquirido de ocasión; se trataba de un Packard, bastante usado, color malva, espacioso para llevar a los seis. Navarro y Mascarell aseguraban que el viaje de Barcelona a Madrid había sido magnífico y que lo mismo ocurriría en el viaje de regreso, pero Santiago y Pau bromeaban a cuenta del «cacharro» y hacían augurios catastróficos.

Por la mañana del día siguiente el Congreso se moría por consunción, no faltando más que rematar un punto del Orden del día y elegir el Secretariado del Comité Nacional. Alfredo entregó a la mesa presidencial, en sobre cerrado, los votos que su sindicato adjudicaba para aquellos cargos y se despidieron de los pocos amigos que encontraron en el interior del teatro y en el vestíbulo.

Aprovecharon la tarde para visitar, harto someramente, el museo del Prado.

Desde el museo fueron a la pensión, a cerrar las maletas y a esperar al chófer Mascarell, que había quedado en acudir a las seis de la tarde, con el coche, para salir inmediatamente para Barcelona. En la pensión ya estaban preparados Navarro y Pau, pero el chófer no compareció hasta las siete, metiendo mucho ruido con aquel anticuado coche, cuyo motor parecía padecer de asma.

Después de despedirse de Molinero y de los dueños de la pensión, se dispusieron a meterse en el automóvil. Les chocó bastante que, junto al chófer, hubiera una gran lata de petróleo, por lo que supusieron que sería gasolina para el camino, en previsión de tardar en encontrar un surtidor público, pero lo que resultó era que llevaban la lata llena de agua, porque el radiador, por lo visto, sufría mucho de sed. En cambio, el interior del coche estaba bastante bien conservado y los viajeros cabían ampliamente. Junto al chófer se sentó Pau, y detrás, en los cuatro amplios asientos, el resto de los compañeros que se habían «expuesto» a aquella aventura.

Entre unas cosas y otras, ya eran más de las ocho de la noche, cuando abordaron la carretera, camino de Alcalá. El calor era sofocante, a pesar de llevar las ventanillas abiertas. Antes de llegar a la ciudad universitaria, ya el radiador empezó a echar vapor por el tapón, por lo que hubo que hacer un alto y cambiar el agua por la que llevaba en la lata de petróleo. Menos mal que todos se lo tomaban a broma. Pepita, sin embargo, tenía la mirada algo inquieta; debería tener un poquito de miedo, aunque procuraba disimularlo, bromeando sobre la perspectiva de pasar la noche en la carretera.

En aquel bendito año de 1931, el tránsito por las carreteras españolas era, todavía, escaso, y en aquella que llevaba a Barcelona, durante la noche era casi nulo. Pasaban kilómetros y kilómetros sin cruzarse con vehículo alguno. Todo lo más, algún que otro carro, tirado por mulos o borricos, con sus arrieros junto a las varas, para cuidar de los animales ante la proximidad del ruido de un motor de automóvil.

La carretera estaba en bastante mal estado, llena de baches, que hacían saltar al coche harto a menudo. Aseguraba Santiago que, si aquella carretera estaba tan mal, era porque llevaba a Barcelona, y en el Ministerio de Obras Públicas decían «que se jodieran los catalanes». En cambio, seguía diciendo, la carretera que conduce a San Sebastián está casi bien, porque es la que usaban los magnates del antiguo régimen para trasladarse al Norte o a Francia.

Pasaron por Alcalá, deteniéndose a su salida, ante un abrevadero, a fin de llenar con agua fría la lata «apaga-sed» del radiador. A todo esto, ya había cerrado la noche y Mascarell avanzaba más lentamente por aquella carretera que no conocía. Antes de llegar a Guadalajara, el chófer percibió un gran caserón, a la derecha de la carretera y al acortar la marcha, pudieron ver que sobre la amplia puerta, en arco, una luz eléctrica alumbrada un rótulo que decía «Parador».

–¿Paramos aquí? –interrogó Mascarell.

–Puesto que dice «Parador», no hay más remedio que parar, y, de paso, acaso podamos cenar aquí. En todo caso lo que sí podremos es beber nosotros y el radiador.

Descendieron todos, estirando las entumecidas piernas, y mientras Mascarell colocaba el coche fuera de la carretera y cambiaba el agua del radiador, entraron en el parador, cuando una garrida moza salía a recibirles, saludando con un sonoro:

–¡Buenas noches, señoritos!



Pasada la puerta, encontraron un amplio comedor, en el centro del cual había una gran mesa cuadrada, de nogal, cubierta con un mantel a cuadros rojos y blancos, que desdecía del resto del mobiliario, que imitaba, no del todo mal, el aspecto de los mesones de tiempos del Quijote. En el fondo había una alta chimenea, ahora apagada, con unos morillos dorados, que hacían honor al nombre porque, efectivamente, estaban rematados por dos cabezas de árabes, con turbante y todo. Las sillas eran oscuras, con asientos de enea y altos respaldos esculpidos. En las paredes, unos cuadros, pintados al óleo, representando escenas de caza y algunas naturalezas muertas. El techo estaba sostenido por grandes vigas, bien barnizadas, y sobre la mesa pendía una gran lámpara, con bujías falsas, que eran, en su remate, lámparas eléctricas.

Junto a la chimenea, sentada en amplio sillón con brazos y elevado respaldo, estaba una anciana de aspecto casi majestuoso. Representaba unos setenta años, pero bien llevados, con la tez sonrosada, unos ojos muy negros tras unas gafas con montura de metal. La cabeza cubierta con un pañuelo negro, del que asomaban unas mechadas de cabello blanquísimo. El vestido era también negro, cubierto con un amplio delantal moteado de blanco. Sus ágiles manos hacían media sin mirar jamás el trabajo. La anciana les acogió con amplia sonrisa, mientras decía:

–Sean bienvenidos los señores a esta casa, que es la suya. Siéntense, que en seguida llegará mi nuera para servirles en lo que deseen.

Contestaron todos al cordial saludo y se sentaron en torno a la mesa. Navarro se acercó a la anciana y le preguntó, bromeando, si allí podrían cenar sin miedo a un cólico.

–Pues eso depende del apetito que traigan. Aquí todo lo que servimos es bueno, pero si tragan sin método les puede hacer daño. Para comer es preciso, como para todo, ser inteligentes.

Rieron todos la salida de la anciana, y nada pudieron replicar porque en aquel momento entró en el comedor una arrogante mujer, vestida de claro, muy rubia, peinada aparatosamente, con grandes pendientes de diamantes, buenos o falsos, sortijas en casi todos los dedos, y luciendo un generoso escote que dejaba ver el comienzo de unos blanquísimos senos, al parecer firmes. Saludó muy cortésmente y a la pregunta de Navarro, respondió que, desde luego, podían refrescar inmediatamente y después cenar lo que buenamente les pudieran hacer, porque –añadió– «en estos tiempos no tenemos nada preparado por adelantado, pero las despensas están bien surtidas».

Convinieron en apagar la sed con cerveza y gaseosa y empezaron a parlamentar sobre lo que podrían cenar. Como todos hacían preguntas y Santiago bromeaba, y Navarro se interesaba más por la mesonera que por la comida, la anciana acabó por decir:

–Bueno, señores, veo que no se saben entender. ¿Me dejan a mí hacer el menú?

–Por unanimidad –dijeron Santiago y Navarro.

–Pues entonces van ustedes a cenar al estilo de mi tierra, que es Aragón. Empezarán por una buena ensalada de tomates, pimientos, con sardinas en escabeche y después tenemos chorizo y un jamón, que preparados por ésta (la mesonera) se van a chupar los dedos, y además unos huevos acabados de poner por nuestras propias gallinas. ¿Les parece bien?

Todos, menos Pepita, dijeron que sí. Ella le dijo a Alfredo que, con aquel calor, aquella cena le parecía explosiva, pero él se encogió de hombros, alegando que estaban en minoría.

Mientras la opulenta mesonera se metía en la cocina a preparar la cena, llegó la maritornes con una bandeja llena de vasos y botellas de cerveza y de gaseosa. Esta moza era la réplica, en moreno, de la rubia mesonera. Amplias caderas, generoso escote, mirada provocativa, los brazos al aire, y la amplia falda voleando a cada movimiento para dejar ver unas piernas gruesas pero bien torneadas. Alfredo hacía esfuerzos por parecer indiferente para no molestar a Pepita, que estaba muy seria, pero los otros hombres no cesaban de piropearlas y dirigirles preguntas capciosas, acogidas con risas por la criada y sonrisas indulgentes de la anciana.

Por fin empezó la moza a servir la cena y con el trabajo de comer aminoraron los requiebros y las miradas lascivas, aunque seguramente algunas manos se permitieron atrevimientos por debajo de la mesa. La conversación la dirigía la anciana, que rememoraba los buenos tiempos pasados. Decía recordar los tiempos de la revolución de septiembre de 1868, que costó la corona a la reina Isabel II.

–Por aquellos años, y muchos después, por la carretera no pasaban más que carros tirados por mulas, con sus arrieros, buenos mozos, que dormían en las cuadras, junto a las caballerías, y sabían comer y beber como era costumbre por entonces. También llegaban al parador, de tanto en tanto, bonitos coches tirados por caballos, que conducían señores y señoras bien ataviados, generalmente, con vestidos de caza, aunque pocas veces llevaban perros y escopetas. Venían aquí a pasar la noche y seguramente no eran todos matrimonios.

–Después –seguía la anciana–, con el invento de los automóviles, fueron cambiándose los carros por camiones, y los chuferos, esos, paran poco aquí, pues como corren tanto, pasan de largo. Todavía, a veces, llega un carro y eso me alegra las pajarillas, pues me recuerda mis buenos tiempos. Hasta que vino la República llegaban aquí, casi a diario, autos con señores y mujeres de la vida, que hacían buen gasto. Ahora, por lo visto, o se ha acabado el dinero, o se lo guardan por lo que pueda ocurrir.

Pepita preguntó si no había hombres en la casa. La vieja afirmó que sí, que tenían un mozo, que ahora estaba fuera, y, además, su hijo, el marido de la rubia mesonera, que estaba más en Madrid que en el mesón, porque se le había subido la política a la cabeza.

–¿Y no tienen miedo de estar aquí tres mujeres solas?

–¡Qué va! Aquí, como no vengan en cuadrilla, no hay nada que hacer. Mi nuera y la criada son capaces de hacer frente a unos cuantos tíos.

Al terminar la cena, todos los rostros estaban congestionados. El vino había corrido abundantemente para matar el picante y el salado. Seguramente que algunos hubieran preferido dormir que viajar, pero Navarro ordenó servir café bien fuerte para aguantar la noche, pues quería llegar a Barcelona a primera hora de la mañana.

La maritornes, sonriendo maliciosamente, dijo que tenían camas limpias y blandas para pasar una buena noche. Navarro le replicó que lo sentía en el alma, pues no dudaba de ello. Y al pagar, le dejó dos duros en la mano, para que no lo perdiera todo.

Con gestos lentos, llenos de galbana, fueron levantándose de la mesa. Se despidieron de la anciana, que les deseó a todos un buen viaje, y salieron a la carretera. En la puerta, la morena y la rubia les despidieron con grandes gestos de manos.

La noche era serena pero calurosa, y Navarro no dejaba de explicar chascarrillos y entonar canciones para que Mascarell no se durmiera sobre el volante. No pararon hasta Calatayud, donde repusieron el agua del radiador, que humeaba como una chimenea de fábrica. Aunque ya era muy avanzada la noche, todavía encontraron un bar abierto, donde tomaron café para espabilarse. Reemprendieron la marcha y a pesar del café, casi todos tenían que hacer grandes esfuerzos para no dormirse. Pepita acabó por apoyar la cabeza sobre el hombro de Alfredo y cerrar los ojos.

En Zaragoza pararon ante el célebre café Ambos Mundos, que, por lo visto, no cerraba durante las veinticuatro horas del día.

Otro café, agua al radiador, y de nuevo en marcha. Empezaron a ver la primera luz del día cerca de Fraga, donde pararon de nuevo, tomando, en un bar junto a la carretera, café con leche en grandes tazones, acompañado de unas pastas bastante duras, que podían masticarse gracias al líquido. En este bar de Fraga también había dos mujeres, las dos guapas, pero tan serias, que apenas desplegaban los labios, por lo que no supieron si eran madre e hija, o dos hermanas, o dueña y criada. Ni siquiera dieron las gracias por la propina.

Pau, el joven impresor, quiso que pasaran por Tárrega, donde vivían sus padres, en la casa solariega, y para allá se dirigieron. Llegaron cerca de las nueve. Los padres de Pau recibieron al hijo llenos de alegría y no quisieron dejarles marchar sin que tomaran un bocado. El «bocado» fue una ensalada de lechuga acompañada de jamón y aceitunas, y después unas costillas de cordero, a la brasa, con ali-oli, amén de unas peras tempranas y unos pasteles; todo ello rociado abundantemente con un vino del Priorato, que se podía cortar.

Tomaron la carretera de nuevo, después de aquel banquete, y un calor de 30 grados a la sombra, lo cual era una imprudencia, pero lo hicieron... y lo pagaron, aunque no gravemente.

Navarro ahora ya no se conformaba con charlar y cantar, sino que golpeaba la lata en que llevaban el agua, con intención de mantener despejado al chófer que, evidentemente, sentía invadirle el sueño. Navarro velaba atentamente, y a cada veinte o treinta kilómetros, en cualquier pueblo, mandaba parar, cambiarle el agua al radiador y hacía que Mascarell se remojava

la cabeza. Al llegar a Montserrat, derivaron por Esparraguera, para evitar la subida peligrosa de los Bruchs.

Alfredo no recordaba cómo habían pasado aquellos kilómetros, pues acabó por dormirse, lo mismo que los demás, puesto que todos despertaron al sentirse sacudidos por un choque violento, ruido de cristales rotos y grandes lamentos de Pau, que gritaba «que estaba degollado», al ver que le bajaba sangre del cuello. Renacida un tanto la tranquilidad, pudieron darse cuenta de lo ocurrido. El coche estaba quieto, derecho, y al parecer sin grandes averías; sólo se había roto el parabrisas, que no era de cristal inastillable, por la respetable edad del vehículo. Sólo había una víctima, Pau, al que un trozo de cristal le había cortado la piel del lado derecho del cuello, y sangraba abundantemente, por lo que el muchacho se había asustado. Descendieron todos, atendiendo a Pau, procurando cortarle la hemorragia, presionando la herida con pañuelos limpios. Al lado del coche estaba un carro con una rueda rota. Claro se veía que el automóvil le había alcanzado por un lado, estando en la misma dirección, y le había roto la rueda, mas, afortunadamente ni caballo ni carretero habían sufrido daño alguno. Pero el carretero gritaba como un energúmeno, diciendo que le habían arruinado. Navarro procuraba calmarle, ofreciendo pagarle el desperfecto y poco a poco los gritos fueron amainándose. Llegó un coche que procedía de Barcelona y se detuvo a ver qué pasaba. En el mismo viajaban unos hombres elegantes y unas damas que parecían de virtud barata. Inmediatamente, ellas sacaron de sus bolsos unos frascos de agua de colonia y lavaron la pequeña herida de Pau. Pepita ofreció un pañuelo de seda, que arrollado al cuello del herido, acabó con la ya pequeña hemorragia. En esto llegaron dos mozos de escuadra que, con

malos modales, preguntaron qué había ocurrido, con manifiestas ganas de molestar a los del auto agresor. Todos los ocupantes del mismo dieron sus nombres y domicilios y manifestaron el deseo de arreglar aquello por las buenas, pagando la rueda rota, ya que no hubo mala intención, sino sencillamente que el chófer se había dormido.

Los mozos de escuadra empezaron a mostrarse comprensivos, pero en esto llegaron dos carros más, cuyos conductores mediaron en el asunto, incitando al perjudicado a «no aflojar», a que llevara el asunto adelante, para sacar el máximo beneficio del accidente. El carretero perjudicado se dejó convencer y entonces los mozos de escuadra manifestaron que ni el coche ni los viajeros podían seguir adelante hasta que interviniera el juez. Los viajeros preguntaron por el alcalde, con la esperanza de obtener permiso para seguir su camino, puesto que ya habían dado sus nombres y domicilios, pero resultó que ni el alcalde ni el juez estaban en sus domicilios y seguramente no regresarían hasta la noche. Lo que más exasperaba a los amigos era la evidente complacencia de los carreteros y los mozos de escuadra, amén de otros curiosos, todos ellos muy satisfechos de retener, en plena carretera a aquells senyorets de Barcelona. Por fin a Alfredo se le ocurrió una idea que creía buena. Se acercó a los mozos de escuadra y les dijo que le acompañaran a telefonar, pues como tenía anunciada su llegada a la Ciudad Condal para primeras horas de la tarde, tanto su familia como «las autoridades» podrían estar inquietos. Como no podían negarse a demanda tan lógica, uno de los mozos de escuadra acompañó a Alfredo hasta el pueblo, distante más de un kilómetro, y le condujo a la tienda donde estaba el teléfono interurbano. Alfredo pidió conferencia con el Gobierno Civil de



Barcelona, y obtenida ésta, con el propio gobernador. No había cabina y el mozo de escuadra lo oía todo y empezó a poner cara de alarma. Por suerte, muy pronto estuvo al habla con el Gobierno Civil. Era el periodista Solsona, que conocía perfectamente a Alfredo. Éste le explicó el caso, solicitando nada más que la lógica orden de salir del atolladero, puesto que no se negaban a pagar los desperfectos. Solsona dijo que se pusiera al aparato el mozo de escuadra, y muy secamente le ordenó que dejaran en paz a «aquellos amigos», y se limitaran a tomarles sus nombres y direcciones. De nuevo empuñó el auricular Alfredo para dar las gracias a Braulio Solsona, y salir a la calle no sin cierto aire de triunfo. El mozo no dijo una palabra en todo el camino, y al llegar al sitio del accidente se acercó al otro mozo y conversaron un instante. Alfredo, entretanto, sin dar explicaciones, dijo a sus amigos que subieran al coche, y una vez todos instalados, emprendieron la marcha, en medio de la estupefacción de los carreteros.

En menos de media hora llegaron a Barcelona, entrando por la carretera de Pedralbes. Dejaron a Pepita frente a la calle Vic, cerca de su casa. Bajaron por la Rambla Catalunya y en el ángulo con la Gran Vía descendió Santiago. Navarro lo hizo ante su almacén sito entre las calles Viladomat y Entenza. A Alfredo le llevó Mascarell hasta su domicilio.

Aquel accidente tuvo un epílogo curioso. Cerca de un mes después todos los ocupantes del coche fueron citados al despacho de un juez en el Palacio de Justicia. Allí estaba Navarro con un abogado, amigo suyo, quien les explicó que sus declaraciones ya estaban escritas y que no tenían más que firmarlas. Efectivamente, en las hojas de papel del juzgado

constaba que, «estando el coche parado», un carro, cuyo caballo iba al galope, había tropezado con el auto, causándole averías y rompiéndose una rueda del carro. Firmaron, se marcharon, y ya nada más volvieron a saber del asunto. Era, evidentemente, una injusticia, que, en aquella ocasión, por las circunstancias, favorecía a los pobres. Los beneficiados de aquella injusticia a su favor, se consolaron pensando que si el carretero se hubiera avenido a cobrar el precio de la rueda, sin intervención judicial, eso habría ganado. La avaricia le había costado cara.

## **IV. LA FAI Y LOS TREINTA.**

### **LAS DIFICULTADES DE LA REPÚBLICA**

El poco sentido común que quedaba en algunos militantes de la CNT fue desbordado por los grupos anarquistas, los cuales, sin preparación alguna, sin fuerza efectiva, inmediatamente después del Congreso de Madrid, empezaron a sabotear los acuerdos del mismo, porque –decían– «como vamos hacia la revolución, no vale la pena de perder el tiempo en medias tintas».

El día 28 de junio de 1931 tuvieron lugar las elecciones para las Cortes Constituyentes. Las izquierdas obtuvieron un triunfo decisivo. La campaña antielectoral de los anarquistas no obtuvo éxito, con gran disgusto de los faístas, quienes emprendieron una campaña de descrédito de la República y de preparación –decían ellos– de la revolución social.

Tanta inconsciencia –si no era más que eso– preocupaba grandemente a los elementos conscientes de la Confederación, que veían, asustados, cómo los fanáticos y los demagogos

arrastraban la organización a empresas locas, sin pies ni cabeza, las cuales, no sólo exponían la vida de la CNT, sino, acaso, la de la propia República, acosada por todas partes. Ciertamente era que los republicanos no se atrevían a dar seriamente la batalla a los militares, al clero y a los terratenientes, que se aprestaban a asesinarla, pero no era un remedio atacarla desde otro frente, que era a lo que preparaban los anarquistas.

En la redacción y en la imprenta de *Solidaridad Obrera*, había muchos conciliábulos sobre lo que ocurría, y empezó a tomar cuerpo la idea de publicar un manifiesto, saliendo al paso de todo ello.

Tales inquietudes se plasmaron, por fin, en agosto, con la publicación del célebre *Manifiesto de los Treinta*, firmado por los más conocidos de la militancia confederal. El revuelo fue inmenso, y la consecuencia la escisión de la CNT en dos fracciones.<sup>2</sup>

En síntesis, el *Manifiesto* salía al paso de la demagogia revolucionaria que amenazaba arrastrar a la CNT a acciones suicidas; se veía el deseo de los firmantes de no aceptar responsabilidades sobre lo que pudiera ocurrir, y, además, dar la voz de alarma. En el documento se censuraba la conducta gubernamental, pero también se hacía lo mismo por lo que se refería a la inconsciencia de los anarquistas, esto sin nombrarlos.

Se hacía un serio análisis del concepto banal de la revolución por las llamadas minorías selectas, que no eran, en realidad, más que gentes sin preparación alguna, contra las fuerzas del Estado.

---

<sup>2</sup> Véase el *Manifiesto de los Treinta*, en Apéndices.

Se exponía, en cambio, un concepto más lógico de una posible revolución basada en la acción de masas. Propugnaban los firmantes que la revolución, cuando fuera posible, la haría la Organización y no los grupos irresponsables. Se abogaba también por capacitarse a fin de poder hacer frente a las responsabilidades que impondría un triunfo. Se rechazaba el concepto de «jugar al motín». Se afirmaba que un hecho de fuerza, si triunfaba sin la adhesión del pueblo, no significaría otra cosa que una dictadura, del color que fuera.

Que el manifiesto treintista llegaba a tiempo, pronto lo demostraron los hechos. Por un lado, las derechas, y por otro las extremas izquierdas, empezaron a provocar hechos violentos que obligaban al gobierno a defender el régimen, aunque, a fuer de sinceros, debemos decir que se empleaba mucha más energía reprimiendo a los anarquistas que a las derechas.

En Andalucía, los señoritos terratenientes, ante el anuncio de una posible «reforma agraria», emprendieron una ofensiva grave, despidiendo a los braceros antes de lo acostumbrado, diciéndoles, cínicamente: «¡Que os dé trabajo la República!» Los trabajadores andaluces estaban al borde de la desesperación, y el gobierno no se atrevía a tomar medidas enérgicas contra el señoritismo, verdadero causante de lo que iba llegando. Entonces se produjo en Andalucía, sobre todo en Sevilla, una rivalidad entre anarquistas y comunistas, para ver quién explotaba mejor la desesperación de los hambrientos. Los comunistas, como tenían más dinero, ganaban terreno a los anarquistas, que optaron por adelantarse, y empezaron a producir disturbios, con huelgas que nadie sabía quién había acordado. Los comunistas replicaban con manifestaciones

callejeras y explosión de petardos, que si no causaban víctimas, sí alarmaban a la población. Por entonces era Ministro de la Gobernación don Miguel Maura, el hijo del célebre don Antonio, de triste memoria como fusilador de Ferrer i Guardia, y este hijo, sin duda, conservaba el carácter agresivo de su padre, por lo que ordenó a las autoridades de Sevilla que reprimieran aquellas trifulcas. La guardia civil y los oficiales de la guarnición militar de Sevilla, encontraron en aquellas órdenes una magnífica ocasión para volver a sus instintos de venganza, adormecidos hacía poco tiempo, y empezaron una ofensiva aparatosa contra los revolucionarios. Los comunistas habían montado su cuartel general en una taberna muy conocida, llamada Casa Cornelio. La guardia civil «puso sitio» al edificio, con fuerzas abundantes y mandó un ultimátum a las «fuerzas comunistas». De la taberna contestaron que, si se atrevían, que avanzaran. Se inició el avance, desplegando en guerrilla, y parapetándose en las esquinas y portales de las casas. A los primeros tiros de la guardia civil, contestaron desde la taberna con tiros de pistola, pero tan certeros, que hirieron a dos guardias y a un oficial, este último, se dijo, que en las posaderas. Las fuerzas atacantes se replegaron y pidieron refuerzos al ejército. Por la tarde hizo su aparición nada menos que una batería de artillería rodada que enfiló sus cuatro cañones cara a Casa Cornelio. Un oficial, con un pañuelo blanco en la mano, se adelantó con ánimo de parlamentar con los defensores de la taberna. Antes de llegar, una bomba de mano cayó cerca de él, pero, ¡oh, milagro!, no le causó daño alguno. El oficial, claro, salió pitando, y sin más trámites, se ordenó el cañoneo de Casa Cornelio. Los cañones estuvieron un buen rato causando desperfectos en el edificio, destrozando la puerta de la taberna. Cuando los sitiadores consideraron que la «preparación artillera» era suficiente,

cesaron el fuego, y mandaron avanzar una sección de infantería, que lo hizo sin dejar de disparar y acercándose, según todas las reglas, saltando unos pasos y echándose al suelo en seguida. En la taberna, sin duda, todos los defensores habían muerto, pues no salía un solo disparo de ella. Por fin se dio el asalto definitivo con toda resolución... A los ojos de los victoriosos soldados se ofreció un espectáculo desolador: Todas las mesas y sillas estaban despanzurradas, las botellas de las estanterías habían estallado y los licores formaban charcos en el suelo. Un barril de amontillado estaba partido por gala en dos; pero lo más patético era ver el suelo cubierto de cadáveres... de jamones serranos, que se habían caído de sus perchas en el techo, bajo la terrible explosión de los obuses. En la toma de Casa Cornelio no hubo prisioneros, porque cuando entraron los soldados allí no había alma viviente. Todos los defensores habían salido, tranquilamente, por un patio posterior y se habían perdido por la amplia ciudad. Aquella epopeya quedó en los anales del ejército con el nombre de «la batalla de los jamones».

Más serio fue lo ocurrido en el parque de María Luisa. Las fuerzas represivas recibieron la confidencia de que los comunistas fugitivos de Casa Cornelio se habían refugiado en dicho parque. Ello no era cierto. Había allí, sí, hombres armados, pero eran los anarquistas.

La guardia civil y fuerzas del ejército acudieron al parque por diferentes direcciones, y atacaron a tiros y cañonazos. Los anarquistas contestaron vigorosamente con pistolas, algunos fusiles y bombas de mano. El primer ataque fracasó y pasó la noche con frecuentes disparos sin consecuencias, pues la oscuridad era completa. De madrugada, los anarquistas vieron

que estaban verdaderamente copados, y mientras unos decidieron vender caras sus vidas, otros optaron por rendirse, confiando en la caballerosidad de los soldados. Los «desesperados» lucharon hasta agotar las municiones, muriendo unos, cayendo heridos otros y siendo hechos prisioneros la mayoría. Y fue entonces cuando se produjo la gran vergüenza para la República y para su gobierno.

Los prisioneros fueron encuadrados por la guardia civil y fue dada la orden de avanzar. Iban sin atar, pero bien vigilados, de cerca, por los guardias. Poco a poco se estableció una cierta distancia entre prisioneros y guardias y éstos empezaron a disparar sobre los indefensos obreros prisioneros, matando a muchos; jamás se ha sabido el número exacto. Aquello no fue, ni más ni menos, que la aplicación, en grado superlativo, de la famosa «ley de fugas», tradicional de las fuerzas represivas españolas y que había resucitado, en 1921, en Barcelona, el entonces gobernador civil Marqués de Salvatierra, quien, por cierto, pagó con su vida.

Estos hechos tuvieron lugar entre el 15 y el 25 de julio de 1931, es decir, cuando la República daba, todavía, sus primeros pasos. Un mes más tarde, se producía en Barcelona un hecho similar, pero de manera más inopinada. En el local del Sindicato de la Construcción, en la calle Mercaders, se había reunido un número de gruperos, no sabemos, a ciencia cierta, para qué. Lo cierto es que el hecho fue «chivatado» a la policía, e inmediatamente salió de jefatura un grupo de guardias, acompañados por unos policías, que se dirigieron a dicho sindicato, con ánimo de «sorprender una reunión clandestina».



Como en aquellos tiempos todo el mundo vivía alerta, antes de llegar los guardias a la esquina de la calle Mercaders, ya se había dado la voz de alarma en el Sindicato, y la mayoría de los reunidos se dispusieron a escapar como pudieran, cuando un energúmeno, subido en una silla, empezó a vociferar que había que defender el local hasta la muerte y otras bravatas por el estilo. Hubo un momento de duda, que aprovecharon otros matones para cerrar la puerta de la calle, mientras gritaban que de allí nadie salía. En esto llegaron las fuerzas y los policías llamaron a la puerta. Los guardias estaban a lo largo de las aceras, en actitud expectante. La contestación a la llamada fue hacer unos cuantos disparos de pistola contra policías y guardias, hiriendo, según se dijo, a un par de ellos. Replicaron los guardias con sus fusiles, y las balas, rompiendo los cristales, causaron las primeras víctimas. Dos hombres cayeron heridos, que acaso se hubieran podido salvar, pero que murieron desangrados por falta de medios de curación, ya que, hasta cuatro horas más tarde, no pudieron ser sacados en camilla, cuando probablemente ya no tenían remedio. El asedio duró, ya lo hemos dicho, cuatro horas y otros cuatro hombres murieron en el acto bajo las balas de los máuseres. Fueron verdaderos suicidas, pues sin salir al balcón, dada la estrechez de la calle, era casi imposible que las balas tocaran a los que estaban dentro. Ya tarde, una sábana blanca apareció en un balcón, lo que fue interpretado como señal de rendición por las fuerzas asediadoras, que eran ya unos centenares de guardias de seguridad y civiles. Junto a la sábana apareció un hombre que hacía señales a la tropa. Se destacó un policía y le preguntó si se rendían. El hombre respondió que sí, pero que solamente lo harían a fuerzas del ejército. Sin duda no querían sufrir la suerte de los asesinados en el parque de María Luisa, en Sevilla. Los

policías telefonearon al gobernador civil, explicando las pretensiones de los amotinados; el gobernador obtuvo del capitán general que una compañía de soldados del Cuerpo de Ingenieros acudiese a detener a los que se rendían. Y mientras se hacía de noche, se llevó a cabo el relevo de fuerzas y después salieron los que se rendían... que fueron «trece». El capitán que mandaba la tropa, no pudiendo creer que tan reducido número de hombres, con sólo otras tantas pistolas, hubieran mantenido un cerco durante cuatro horas, mandó efectuar un minucioso registro, sin resultado alguno, sacando la consecuencia de que la mayoría habían escapado por la casa colindante y entonces se preguntaba por qué aquellos trece no habían escapado de la misma manera. Misterio. La policía tampoco se conformó con tan pocos detenidos y efectuó registros en todas las casas colindantes, deteniendo, incluso, a algunos pacíficos ciudadanos, que no hubo más remedio que ponerlos pronto en libertad.

El alcalde de la ciudad, señor Aiguadé, intervino para que los presos no fueran llevados a jefatura, sino conducidos, directamente, a la cárcel, como así se hizo. El espectro de Sevilla atosigaba a mucha gente.

El balance de aquella hazaña inútil fue triste: seis muertos y un buen número de heridos.

El segundo semestre de la República fue transcurriendo en una relativa calma, mejor dicho, en la incubación de todas las desdichas que pronto iban a sufrir los españoles, por ceguera de unos, apatía de otros, rabia de muchos y megalomanía de bastantes.

Alfredo, liberado de cargos importantes, como ocurría siempre que la organización «era legal», se dedicaba tranquilamente al trabajo rutinario de su sindicato, efectuado después de las horas de trabajo. La imprenta de la *Soli* ya estaba en marcha y había entregado el balance de su misión; balance que quiso ser impugnado por algunos «buenos amigos», pero que no encontraron seria materia para atacarle. Trabajaba, pues, de nuevo, en la imprenta de Barrera.

## V. CONATOS REVOLUCIONARIOS

A pesar de las diferencias y las rivalidades y la futura escisión que se estaba incubando, la CNT pudo publicar, a primeros del año 1932, que sus efectivos habían alcanzado la cifra de 1.200.000 afiliados, muy superior, decían, a la de la UGT. Esta otra central sindical no replicó ni publicó el número de sus afiliados.

La lucha de tendencias en la CNT se acentuaba cada día. Los que, ya entonces, eran motejados de «bomberos-apagafuegos», es decir, la tendencia treintista de Peiró–Pestaña, hacían grandes esfuerzos para evitar la catástrofe que veían venir, no cesando de advertir que la organización carecía de preparación para hacer la revolución a fondo. Enfrente, la FAI, dirigida por García Oliver y sus amigos, propugnaba la acción revolucionaria por encima de todo, con la peregrina teoría de las «minorías selectas», sin querer darse cuenta de que, en el mejor de los casos, corrían hacia una dictadura.

La FAI, dispuesta a todo, buscaba afanosamente momentos oportunos y gentes desesperadas, para perpetrar actos de

fuerza, que, a su criterio, no tenían más remedio que desencadenar, en todo el territorio nacional, la revolución manumisora que esperaban. Con este programa fomentaron el descontento en la zona minera de Figols, donde una compañía francesa explotaba unas minas de potasa, en condiciones verdaderamente infrahumanas. Los mineros trabajaban a más de mil metros de profundidad, con temperaturas de 50 a 60 grados, respirando durante horas y horas las miasmas mortales de la potasa. Y este trabajo inhumano era mal remunerado. La mano de obra era completamente forastera, es decir, procedente de las provincias de Murcia, Almería y una parte de Aragón. Casi todos analfabetos. De aquellas pobres gentes no se había preocupado nadie en ningún momento. En su simplicidad, creyeron que la República llegaría hasta aquellas montañas y mejoraría su condición, pero pasaban las semanas y los meses y su situación seguía siendo la misma. Fue cosa fácil, pues, gastando algún dinero y haciendo algunos viajes, proclamar la huelga que, empezada como reivindicatoria de mejoras, degeneró rápidamente en un movimiento rebelde y violento, sin pies ni cabeza. Empezó la huelga el 21 de enero de 1932 en las minas, pero pronto los agentes revolucionarios la propagaron por toda la cuenca del río Llobregat, principalmente en las fábricas de la industria textil de Manresa, Cardona, Sallent y otras. Hubo repercusiones en Balsareny, Puigreig, Gironella y Sant Vicents de Castellet.

Como, en realidad, aquel movimiento no había sido acordado por la organización, acabó en completa desbandada, cuando los pobres huelguistas se dieron cuenta de que en los pueblos grandes y en las ciudades, nadie se movía en su favor. El despliegue de fuerzas a la zona revuelta fue inusitado. Policía

armada, guardia civil a caballo y algunos regimientos de infantería y artillería, llegaron a «ocupar el terreno», pero nada más, porque no encontraron enemigo a quien combatir. El foco principal de Suria se había refugiado en el fondo de las minas, donde, indudablemente, no bajaría ningún policía, ni guardia, ni militar. Salieron únicamente cuando les dieron «palabra de honor» de que no habría represalias, palabra que no fue cumplida, como siempre que los obreros se rinden. El gobierno de la República, que se llevó un buen susto, se vengó, encarcelando a centenares de huelguistas y dejando a las empresas que despidieran a quien tuvieran por conveniente. Además, agravaron su idiotez deportando a Villa Cisneros, en África, a 104 faístas acusados de responsables. Pero los deportaron por «medidas gubernativas», sin proceso ni condena, es decir, siguiendo los peores procedimientos de los gobiernos de la monarquía. Tan torpe conducta sirvió solamente para aumentar el prestigio de la FAI, que hizo «mártires» a unos cuantos atrevidos.

Acaso para demostrar que la deportación de los capitostes de la FAI no había acabado con la energía de los faístas, éstos provocaron otro movimiento bien pronto, concretamente, el 15 de febrero siguiente, en Terrassa. Un grupo de incontrolados proclama nada menos que el régimen de Comunismo Libertario, se apodera de la calle y asedia el cuartel de la guardia civil, que se defiende a tiros y no quiere rendirse. Los revolucionarios destacan un grupo que desarma fácilmente a media docena de guardias civiles, provistos de viejos revólveres. Se apoderan del Ayuntamiento e izan la bandera roja y negra en su balcón. El alcalde, destituido, desde su casa, telefonea a Barcelona diciendo lo que ocurre, y lo mismo hacen los guardias civiles

asediados, enterando de su asedio a la guardia civil de Sabadell, donde la tranquilidad era completa. Inmediatamente salieron fuerzas de la guardia civil de Barcelona, en tren, y de Sabadell, en camiones. Los que asediaban el cuartel de la guardia civil, al enterarse de las fuerzas que llegaban, se retiraron al Ayuntamiento, delante del cual habían levantado una barricada, y en los balcones se parapetaron tras mesas y colchones. Salieron los guardias de su cuartel y junto con los que llegaron de Barcelona y Sabadell, asediaron a su vez a los revolucionarios del Ayuntamiento, instándoles a que se rindieran. Les contestaron a tiros. No se intentó el asalto, sino que se rodeó completamente el edificio, y por el teléfono, «siempre en servicio», se les dio un plazo para rendirse. Un cuarto de hora después, los faístas comunicaron que sólo se rendirían a las fuerzas del ejército. Es decir, lo mismo, que había ocurrido en el asalto al local del ramo de la Construcción, en Barcelona. Cumpliendo órdenes dadas desde Barcelona, una compañía de infantería, de guarnición en Manresa, se trasladó, en camiones, a Terrassa, donde se efectuó la rendición, sin incidentes graves, de todos los que estaban en el Ayuntamiento. Por cierto, que los soldados no discriminaron y se llevaron también a varios empleados municipales y al portero, que no habían podido salir cuando los revolucionarios invadieron los locales. Hubo que hacer bastantes gestiones para que aquellos pobres hombres volvieran a sus casas. Los otros llenaron la reducida cárcel de Terrassa, siendo más tarde trasladados a Barcelona. Hubo un proceso por rebelión, que pasó casi inadvertido y todos fueron condenados a penas que oscilaron de cuatro a veinte años de presidio. No los cumplieron, porque en 1936 salieron todos a la calle.

La lucha de tendencias en la CNT era más aguda que nunca. Los sucesos de Figols y Terrassa eran comentados en todos los medios sindicales, siendo ya franca la posición de una opinión contraria a las aventuras sin ton ni son. En abril tuvo lugar en Sabadell un Pleno Regional, y en el mismo se debatieron calurosamente las tendencias. No se logró llegar a ningún acuerdo concreto, saliendo de allí los militantes más divididos que nunca, pero los faístas se imponían en todos los comités y juntas que les era posible. En Sabadell, Manresa, Mataró, Manlleu, Tarragona, Lérida y provincia, en Gerona y provincia, los sindicatos, sin darse de baja en la CNT, obraban por cuenta propia, haciendo caso omiso de los Comités Regional y Nacional. Incluso muchos sindicatos dejaron de cotizar, por lo que empezó a sentirse una molestia económica en los comités superiores, y, sobre todo, en *Solidaridad Obrera*, que, naturalmente, no podía cubrir gastos y necesitaba el apoyo de la organización.



## VI. LA SANJURJADA

El día 10 de agosto de 1932 se produjo en Sevilla el golpe de mano militar, apoyado por el clero y los terratenientes. Todo fracasó porque los militares, por entonces, no concebían que nadie les ofreciera resistencia. Además, parece ser que no todos los generales estaban de acuerdo sobre quiénes ocuparían el poder. Mola, Queipo de Llano, Varela, Goded, Barrera, todos creíanse con méritos suficientes para ponerse al frente del movimiento. Franco, entonces, no dio su conformidad, porque, más cauto, prefería esperar a que el régimen se atrofiara todavía más.

Fracasó, pues, la sanjurjada, por falta de entendimiento y decisión de los militares, pues el momento era propicio, ya que una buena parte de los obreros se consideraban defraudados por la República y no hubieran hecho resistencia, y por lo que respecta a los gobernantes, es difícil creer que se dieran cuenta del peligro. Por ejemplo, menos de un mes antes de este intento de sublevación, es decir, el 28 de julio, el general Goded, en un banquete celebrado en Carabanchel, acabó su discurso

diciendo: «¡Viva España y nada más!», y no se le llamó la atención siquiera.

Sanjurjo, pues, se lanzó a la calle, seguido por una parte de la guarnición sevillana, pero la mayoría se quedó en los cuarteles, a la expectativa. En Madrid secundó el movimiento un solo regimiento y varios oficiales sueltos. El gobernador civil de Sevilla no se amilanó y sacó a la calle a toda la guardia civil de la ciudad, así como a la policía, y, lo que fue más decisivo, declaró inmediatamente la huelga general. Hubo pequeñas escaramuzas, pero pronto se vio que los soldados no tenían ganas de batirse contra guardias y pueblo.

En el manifiesto publicado por Sanjurjo se afirmaba que el movimiento se declaraba a fin de obtener el «regreso de los jesuitas», no dejar aplicar la reforma agraria en ciernes, y desahuciar el Estatut de Catalunya.

Y era comprensible ese intento de sublevación, si se tiene en cuenta que parte de la oficialidad creía que todo le estaba permitido y quería resarcirse de su inacción cuando se proclamó la República, y, sobre todo, de su sorpresa al ver que esa República «iba de veras».

La monarquía había dejado crecer harto anormalmente esa oficialidad compuesta de 15.000 jefes y oficiales, de ellos 800 generales. Había un teniente para cada seis hombres y un general para cada cien soldados.

En Madrid se pasó una noche agitada e incierta. Azaña, en su Ministerio, iba recibiendo noticias de la marcha de los acontecimientos, sin perder la calma ni un momento. Cuando

amaneció y se comprobó que las fuerzas sublevadas eran pocas, el gobierno ordenó atacar a fondo. Todo el aparato subversivo se desplomó. Sanjurjo salió huyendo hacia Portugal, con tan mala fortuna, que al pasar por Huelva, en automóvil, fue reconocido por un sencillo guardia de orden público, que, sin titubear, reclamó la ayuda de otros guardias, y sin contemplaciones llevó al general y sus acompañantes al Gobierno Civil, al frente del cual estaba entonces un periodista barcelonés, Braulio Solsona, el cual, sin andarse por las ramas, hizo encarcelar a los militares y después lo comunicó al Gobierno. Se dijo entonces que en Madrid se enfadaron por la conducta enérgica del gobernador de Huelva, porque hubieran preferido una huida ridícula. Lo cierto fue que Solsona no duró mucho en su cargo. Sanjurjo fue trasladado a Madrid, donde un Consejo de Guerra le condenó a una leve pena, siendo indultado poco después, «bajo palabra de honor» de no intentar, de nuevo, intervenir en política. Efectivamente, un mes más tarde emigraba a Portugal, donde en Estoril ya empezó a preparar, entonces, la nueva sublevación.

El gobierno republicano siguió manteniendo en puestos de mando a los generales bien conocidos como futuros rebeldes. Incluso Queipo de Llano estaba al frente de la casa militar del Presidente de la República.

## VII. LA FAI EN ACCIÓN

A decir verdad, en Catalunya, aparte la emoción que produjo la intentona de Sanjurjo, no se prestaba mucha atención a la política nacional, enfrascados los catalanes, como estaban, en el logro de su Estatut autónomo. El tal Estatut, al fin, fue «otorgado», y esta misma fórmula dice bien claro con las pocas ganas que le votaron, al fin, en las Cortes. La discusión duró diez meses y fueron bien pocos los diputados no catalanes que no se pronunciaron en contra, de una u otra forma. El día 6 de diciembre se constituyó el primer Gobierno efectivo de la Catalunya autónoma, y al mismo tiempo empezó la ímproba tarea de pasar los servicios, faena larga y engorrosa, que no acabó nunca. Fue nombrado, efectivamente, President de Catalunya, don Francesc Maciá, con una mayoría absoluta de su partido en el Parlament catalán, instalado en el antiguo palacio de la Reina, en el parque de la Ciudadel. El primer error que entonces se cometió fue admitir que la parte de Orden Público que se traspasó a la Generalitat siguiese constituida por policías y guardias forasteros en su mayoría, limitándose el cambio a que llevaran los guardias un escudo ovalado en el pecho con las cuatro barras. Los mandos, en general, siguieron siendo

castellanos. Y, sobre todo, la guardia civil seguía dependiendo de Madrid. Además, había un cuerpo especial de guardias de seguridad, mandados por un coronel, con sus locales aparte y absolutamente bajo las órdenes de Madrid. Todas estas circunstancias tenían que jugar un papel nefasto en los sucesos del 6 de octubre de 1934.

El primer escollo con que tropezó la Generalitat, con su incipiente Cuerpo de Seguridad, fue otra barrabasada de la FAI.

El año 1933 fue saludado, pues, por los faístas con otro intento de revolución, esta vez, según ellos, de carácter nacional. Los sindicatos no sabían nada, como tales sindicatos. Alfredo, que era Secretario del de Artes Gráficas de Barcelona, se enteró de lo que iba a ocurrir tres horas antes de producirse unas algaradas en la ciudad. Era domingo, y Alfredo había acudido a la tertulia del café Español hacia las tres de la tarde. Le llamó la atención de que apenas hubiera ningún tertuliano, y no acertaba a comprender el motivo. A las cuatro se presentó Santiago Fernández con su sonrisa irónica y le preguntó qué hacía allí, cuando se preparaba la «gran revolución». Ante la cara de asombro de Alfredo, Santiago le explicó que, aunque le pareciera mentira, lo cierto era que, a la caída de la tarde, esto era, antes de dos horas, se lanzarían a la calle los anarquistas para hacer una de las suyas. Y que tan cierto era, que su llegada al café no tenía otro objeto que ver si había allí algún inocente que nada supiese, a fin de avisarle para que se pusiera a buen recaudo, ya que era más que probable de que la policía acudiera allí a detener incautos. Alfredo se preocupó bastante porque ocurría que sus hijos habían salido, por la mañana, hacia Sabadell, a casa de su hermano Roberto, con ánimo de regresar

por la noche, y, lógicamente, temía que podría ocurrir que se encontraran con el jaleo al llegar a Barcelona, o peor, que tuvieran que quedarse en el trayecto, si el tren no podía llegar a la capital. Así pues, una vez hubo dado las gracias a Santiago, decidió salir para Sabadell inmediatamente. Santiago le dijo que había decidido pasar la noche en casa de una amiga y al día siguiente ya se vería todo más claro.

Alfredo tomó un tranvía de la línea 29, bajó en la plaza Catalunya y tuvo la suerte de llegar a tiempo de poder subir a un tren de los Ferrocarriles de Cataluña, que salía a las cinco de la tarde para el pueblo del Vallés. No encontró a nadie en casa de su hermano y una vecina le dijo que había salido toda la familia, seguramente al cine. Como que en Sabadell los domingos funcionaban tres cines, le era difícil saber a cuál habían acudido. No tuvo más remedio que meterse en el café Europa, en la Rambla, a esperar pacientemente la hora de la salida de los cines. Cuando salió el público del cine contiguo al café, no vio a nadie de la familia. Entonces volvió al domicilio de su hermano. Ya estaba allí su cuñada, Milagros, quien le dijo que los muchachos se habían ido al cine Principal, y que al salir habían marchado, directamente a la estación de l'elèctric, acompañados por sus primos. Sin pararse en dar explicaciones, Alfredo salió casi corriendo hacia la estación, que estaba bien cerca. El tren había salido hacía un cuarto de hora y, por lo tanto, había que esperar otros tres cuartos de hora para tomar el próximo tren. Ni siquiera encontró a sus sobrinos, ni en la estación ni en el camino. Resignado, compró un periódico y se sentó en la sala de espera hasta que llegó el tren procedente de Barcelona. Dado que el tren emprendía el regreso a Barcelona a los pocos minutos, no pudo interrogar a los viajeros que

llegaban para enterarse de si pasaba algo en Barcelona, pero, acaso por sugestión, le pareció que las caras acusaban preocupación.

El coche iba casi vacío y decidió interrogar al interventor. Éste le dijo que sí, que antes de la salida del tren se habían oído disparos y visto que la gente corría, pero que no sabía nada más.

Cuando llegó a la capital, ya pudo ver en el andén buen número de guardias, carabina en mano. Con los habituales malos modos, le cachearon y le dijeron, en tono conminador, que «se fuera derecho a casa». La plaza Catalunya aparecía desierta; la calle Pelayo ofrecía el aspecto de las dos de la madrugada, esto es, con bien pocos transeúntes. Los tranvías, no obstante, circulaban. Se fue Alfredo directamente a casa de su hermana, en la calle Valldonzella, por si sus hijos se habían refugiado allí a su llegada de Sabadell. Toda aquella parte de la izquierda de la Rambla estaba oscura, sin duda porque no habían alumbrado aquel sector de la ciudad. Avanzó prudentemente por en medio de la calzada para que no pareciera que se ocultaba. Sabía que, en circunstancias similares, más de una vez, el propio miedo de los guardias, les había hecho disparar al primer bulto. Pero en el corto trayecto que hizo no encontró más que otros tres ciudadanos que avanzaban con parecidas precauciones.

En casa de su hermana encontró, efectivamente, a sus hijos, que le explicaron que, a su llegada a Barcelona, había una buena trifulca en la plaza Catalunya, con tiros y carreras, pero que después todo se había calmado y ellos habían optado por acudir a casa de su tía, hasta ver si encendían el alumbrado público. En

esto, la emisora Radio Barcelona emitió algunas noticias oficiales, afirmando que la tranquilidad era general en toda Catalunya y que todo había sido obra de unos locos o unos provocadores, que inmediatamente habían sido «disueltos» por la fuerza pública. Las notas oficiales de las autoridades de la Generalitat eran copia exacta de las que, durante trescientos años, habían dado las autoridades centralistas.

Algo peor fue lo ocurrido en algunos pueblos de Andalucía, donde la miseria horrible de los campesinos fue explotada por algunos viajantes de la revolución. A aquellas pobres gentes se les hizo creer que la cosa estaba tan madura, que todo sería cosa de coser y cantar. No había más que aguantar unos días y ya verían como llegaría el comunismo libertario para acabar con todos los males. Como los braceros andaluces no tenían nada que perder, como no fuera su hambre, se aprestaron a la lucha con una abnegación digna de mejor suerte. Lo más trágico ocurrió en el pueblecito de Casas Viejas, donde un grupo de hombres y mujeres resistió desde el día 8 hasta el 11, con sólo unas escopetas de caza y unas pistolas. Alma de aquella resistencia fue el campesino conocido por «Seisdedos», hombre ya maduro, influido por las embrionarias lecturas de periódicos anarquistas y folletos incomprensidos pero que, por eso mismo, le hacían tener en ellos una fe sin límites. Con «Seisdedos» estaban su familia, hijos y yernos, y algunos otros vecinos. Les habían dicho que si el tren de la mañana no pasaba era señal inequívoca de que la revolución triunfaba en todo el país. Y el tren no pasó porque unos kilómetros antes había sufrido un sabotaje que le había impedido el paso. Entonces, en Casas Viejas, proclamaron el Comunismo Libertario, por las buenas; al cura y al alcalde les dijeron que se pusieran a trabajar como todo



el mundo. No hicieron daño a nadie. La iglesia fue cerrada; hasta que vieran para qué podía servir. La pareja de la guardia civil pudo escapar y dar la alarma. Al día siguiente se aproximaron unas parejas de la guardia civil, pero antes de llegar al pueblo, fueron atacados a tiros, y como no sabían qué fuerzas revolucionarias habían en el pueblo, decidieron retirarse.

Dominado el movimiento en todo el país, era absurdo que sólo en aquel pueblecito andaluz siguiera ondeando la bandera roja y negra. El gobierno de Madrid mandó toda una compañía de guardias de asalto, provistos de metralletas, al mando de un capitán. Ya de noche, se atacó el pueblo. Por raro que parezca, los guardias no se atrevieron a entrar en el caserío hasta que, ya de día, no vieron elementos que les ofrecieran resistencia. Pero, ya dentro, empezaron a dispararles desde tejados y ventanas. Hubo que avanzar calle por calle y casa por casa, contra un enemigo invisible, pero eficaz. Llegó otra noche y se paró el fuego, sin que se hubiera detenido un solo revolucionario. Al siguiente día los asaltantes se dieron cuenta de que los revolucionarios se habían concentrado en la propia casa de «Seisdedos». Indudablemente, podían haber escapado durante la noche, pero no quisieron hacerlo. Tenían fe en que llegarían «los compañeros» después de haber triunfado. El capitán mandó registrar todas las casas del pueblo y encerró a la mayoría de la población en la iglesia. Después, por altavoces, instó a los rebeldes a que se rindieran. No contestaron; la casa parecía vacía. El capitán hizo avanzar al alcalde para decir a los sitiados que la revolución había fracasado y que eran ellos solos los que estaban en armas, por lo que no tenían más remedio que rendirse. El mismo silencio. Entonces se ordenó el asalto con las debidas precauciones. Los primeros guardias que se

aproximaron a la casa fueron recibidos a tiros de escopeta, resultando heridos levemente. Y fue entonces cuando ocurrió aquella barbarie que conmovió a todo el mundo y acaso costó la vida al propio gobierno.

El capitán, una vez rodeada la casa de «Seisdedos», arrojó dentro, desde las casas colindantes, bombas incendiarias, sobre todo en un pajar, al mismo tiempo que las metralletas hacían fuego mortífero. La casa ardió totalmente y cuando los «heroicos» guardias lograron entrar entre los muros calcinados, sólo encontraron los cadáveres de ocho o diez hombres y mujeres; decimos ocho o diez, porque jamás se supo, ciertamente, el número exacto de ellos. «Seisdedos» todavía empuñaba, entre sus manos achicharradas, su vieja escopeta.

Aquella barbarie fue comentada por toda la prensa e incluso se discutió en las Cortes, donde el grupo conocido por «Los jabalíes» aprovechó la ocasión para atacar a los más prestigiosos hombres del gobierno, sobre todo a Azaña, de quien llegaron a decir que había telefoneado al capitán que mandaba las fuerzas atacantes de Casas Viejas para que «tirara a la barriga» de los revoltosos. Por cierto, que aquel grupo de «jabalíes», que tantos papanatas aplaudían, dieron, con el tiempo, muy mal resultado. Entre ellos, Ramón Franco, el hermano del después Jefe del Estado, ya se sabe cómo atacó a la República, muriendo durante un ataque nocturno, por avión, en Barcelona. Pérez Madrigal acabó falangista y cronista de las glorias de Francisco Franco. Eduardo Ortega y Gasset, indigno hermano de don José, fue nombrado, en Madrid, durante la guerra, como una especie de magistrado para averiguar lo que habían hecho, en Catalunya, los tribunales populares, y lo hizo tan bien, que después de su

paso por Barcelona, ya se paseaban por sus calles muchos elementos notorios por su adhesión a la sublevación, y que habían sido condenados a penas de prisión. Todos aquellos «inocentes» que mandó poner en libertad Ortega y Gasset, el malo, fueron glorificados al entrar los «nacionales» en la capital catalana, y actualmente figuran en las listas de honor de los excautivos. Y Ricardo Soriano se casó poco después con la hija de un hotelero de Tarragona, que tenía dinero, y se casó por la iglesia, bendiciendo el enlace nada menos que el cardenal-arzobispo de la diócesis; y durante el «bienio negro» se benefició de la situación, logrando que se le nombrara embajador en Chile.

En febrero de este año de 1933, después de los fracasos de la FAI, que tanto habían comprometido a la CNT, tuvo lugar un pleno regional en Sabadell, en el cual se enfrentaron los verdaderos sindicalistas con los incontrolados de la FAI. Los efectivos de la regional catalana habían sufrido mucha merma, hasta el punto de que el comité regional no pudo dar, como cifra de afiliados, más que 270.000, es decir, menos de la mitad de los que contaba después de la proclamación de la República.

Se había elegido Sabadell para celebrar el pleno, a fin de intentar reanimar lo que había quedado de los sindicatos de aquella ciudad, después de que la mayoría de sus afiliados se habían retirado de la CNT, cansados de aguantar la tiranía faísta. Los delegados faístas, en sus intemperancias, no dejaban siquiera hablar a los otros. Emilio Mira, de vieja solera anarquista, fue destituido de su cargo de secretario regional, siendo nombrado, en su lugar, Gilabert, faísta entonces. Ante la

actitud de los elementos de la FAI, los delegados de los sindicatos de Sabadell se retiraron del pleno.

Poco tiempo después, Pestaña y Arín dimitieron de sus cargos en el Comité Nacional, coaccionados, según se dijo entonces, por los «grupos».

Como los sindicatos de Sabadell dejaron de cotizar en la regional catalana, el 24 de septiembre apareció en *Solidaridad Obrera* un aviso advirtiendo que habían sido expulsados de la organización. El número de los expulsados se aproximaba a los veinte mil. Aquellos sindicatos permanecieron autónomos durante bastante tiempo, pero después cayeron bajo la influencia comunista, acaso sin darse cuenta sus propios dirigentes. Lo cierto es que ingresaron en la UGT, y hombres bien conocidos allí, como Moix y sus amigos, acabaron militando francamente en el Partido Comunista.

Fue por entonces cuando empezó la disgregación de la CNT en Catalunya. Un informe a los sindicatos, del comité regional, fechado el 5 de marzo de 1933, decía que habían tenido que ser expulsados los sindicatos de Sabadell; que, en Tarragona, Lérida y Gerona, los elementos del Bloc Obrer i Camperol hacían labor escisionista, pero que en muchos pueblos de la provincia de Lérida, se volvía a reorganizar con arreglo a los «principios». El mal era hondo y los descontentos de la FAI se aprestaban a la inevitable escisión.

En abril de este año 33 Pestaña rompe claramente con el anarquismo y se decide a fundar el Partido Sindicalista, seguido por buen número de sindicalistas e intelectuales inquietos. Sin

duda contaba con el apoyo de los sindicatos disidentes de la FAI, pero topaba con la creciente influencia que en ellos ejercían los bloquistas. En todo Levante los treintistas tenían una gran influencia, y en Valencia era casi total. En Galicia el «posibilismo» treintista hacía progresos. En Asturias seguían una actitud propia, equidistante de la FAI y del treintismo.

En la propia Barcelona, sede de la intransigencia faísta durante mucho tiempo, ocurría, en los principios de 1933, que los treintistas y los bloquistas, de acuerdo, habían logrado influir en los sindicatos de Artes Gráficas, así como en el Mercantil, teniendo una muy fuerte minoría en los de la Madera, Metalurgia y Textil.

## VIII. INTERMEDIO PINTORESCO

Aquella primavera y el verano que siguió fue como una sinfonía amorosa entre Alfredo y Soledad. Salían juntos casi todas las noches, volviendo a casa de ella, donde, a menudo, se quedaba hasta la madrugada. Algunas noches se enfrascaban en explorar el llamado, nadie sabe por qué, «barrio chino». La morbosa curiosidad que sienten las personas llamadas decentes por saber cómo viven las «gentes maleantes», acució también a Sole y fue ella la que le insinuó que le llevara por allí. Alfredo sabía bien que, en general, todo aquel barrio estaba montado como un teatro para «epatar» a los incautos, y así se lo dijo a ella, pero también le dijo que, «mirando bien», se podía observar lo que ocurría «entre bastidores», que era, acaso, lo más interesante.

Para sus exploraciones «chinescas» formaron un grupo en el que estaban, además de Solé y Alfredo, Santiago Fernández, Molinero (apodado el «Machacatrapos») y, a veces, Domínguez, un tipógrafo andaluz, que había vivido, de soltero, por aquella barriada.

Vieron así Andalucía en Cataluña, en la calle de las Tapias; un local largo y estrecho, con pista central para los «artistas» y un buen número de mesas, servidas por camareras ya muy veteranas. El público era, en general, de gente forastera. Payeses jóvenes que se dejaban saquear por las camareras y papellones que se hacían convidar a bebidas caras, que apenas tocaban. Casi todos acababan saliendo con una de las papellones, camino de uno de los muchos hoteles acogedores del barrio. A veces hacían su entrada algunos extranjeros, acompañados por agentes de viajes, que velaban para que no hicieran demasiado el primo. Por entonces el turismo no se había desarrollado en la forma de invasión con que lo hizo más tarde, por lo que la llegada de extranjeros era saludada como un pequeño acontecimiento. Era la sola ocasión en que sonaban los taponazos del champán, más o menos auténtico.

Los «artistas» se aprestaban a actuar de una manera especial para los turistas, y el propio encargado del mostrador, que hablaba el francés o el inglés, se mostraba solícito y amable con aquella clientela de precio.

Las papellones no gustaban de los extranjeros porque, por lo general, llegaban acompañados de sus respectivas esposas, lo que les impedía sentarse a la mesa y procurar ganarse la vida. El ceremonial era siempre el mismo. Entraba el grupo, un tanto extravagante por su vestimenta, y conducidos por el cicerone, solicitaban una mesa cerca de la pista. Solían beber caro y mucho. Casi siempre se alteraba el programa para que los visitantes pudieran ver lo mejor que podían encontrar. Si el número de extranjeros era algo crecido, solía salir un «enviado especial» a reclutar artistas por los otros establecimientos de la

barriada. Por ello ocurría, a veces, que, cambiando los visitantes de establecimiento, solían ver en unos u otros las mismas atracciones.

En Andalucía en Cataluña, para hacer honor al título, era el llamado flamenco lo que privaba. Cantaores, cantaoras y bailaores de tangos andaluces, seguidillas, sevillanas y otras danzas llamadas «modernas», que nada tenían que ver con la tradición andaluza. Los «iniciados» en el cante jondo y el flamenco no acudían jamás al local de la calle de las Tapias, sino que iban a otros «templos» de *jipíos*, como el cafetucho de Juanito el Dorado, a casa de Pepe Borrull o al café de El Manco. Juanito el Dorado se tenía por el representante auténtico del flamenco andaluz, afirmando que Pepe Borrull, en su Villa Rosa, de la calle Arco del Teatro, no hacía más que falsificar el verdadero arte.

El local de Juanito el Dorado, situado en la calle Lancáster, era una especie de sala grande, llena de mesas ordinarias y sillas medio desvencijadas. En unas paredes que en sus tiempos habían sido blancas, un artista desconocido había pintado la indispensable Torre del Oro y un patio que pretendía ser el de la Alhambra de Granada, con unas parejas de andaluces luciendo sus vestidos típicos, haciendo como que bailaban. El alumbrado era escaso. En el fondo había un tablado al que subían los cantaores y cantaoras, con sus guitarristas, a lamentarse de las penas de la vida. A veces, un hombre escuálido, vestido con pantalón entallado y chaqueta corta, se pasaba su buen cuarto de hora pataleando la tarima.



Como durante el tiempo que actuaban los artistas, los espectadores «entendidos» guardaban un silencio verdaderamente religioso y ni siquiera las camareras osaban desplazarse para servir a las mesas, los forasteros que allí llegaban, quedaban cohibidos y tampoco abrían la boca. Los artistas no solían alternar con la clientela a no ser que fueran repetidamente solicitados, y durante el tiempo que se «dignaban» tomar asiento con los payos, apenas si despegaban los labios.

Un tal ambiente solía impresionar a algún que otro intelectual nacional o extranjero, que después publicaba artículos «llenos de sabiduría», comparando a los flamencos con los sacerdotes hindúes o los descendientes de los incas americanos, cuando lo cierto era que allí no había más que una cantidad enorme de aburrimiento.

Estos espectáculos y las corridas de toros de cada domingo, en el verano, tienen la culpa de que muchos franceses y algunos ingleses vuelvan a sus países convencidos de que, de los Pirineos para abajo, todos los españoles son «chulos», tocan la guitarra, hacen repicar las *castagnettes* y se pasan la vida cantando, bailando y toreando.

Villa Rosa era otra cosa montada con más gusto y de cara a los catetos. Ya la entrada en la calle Arco del Teatro (antes de Trenta claus) era intimidante, al pasar de la luminosidad y la amplitud de las Ramblas y la plaza del Teatro, a aquel callejón oscuro, maloliente, pasando por debajo de un arco de piedra harto lúgubre. Las casas eran, y son, viejísimas, y en los balcones de las mismas solían, y suelen, colgarse prendas de ropa blanca, con

pretensiones de haber sido lavadas. Cada cuatro pasos solía encontrarse un tipo arrimado a la pared, meando tranquilamente. Parados al borde de la exigua acera, unos tipos siniestros ofrecían tabaco de contrabando, plumas estilográficas o relojes, todo ello pudiera suponerse procedente de robo.

Naturalmente, no faltaban las prostitutas en su lamentable decadencia. Eran mujeres ya viejas, pintarrajeadas, tripudas unas y alarmantemente delgadas otras, ataviadas con vestidos chillones, ofreciendo su mercancía con voz aguardentosa. Para completar el cuadro, se veían gatos sarnosos y perros famélicos, paseando como Pedro por su casa. A media calle, a la izquierda, un rótulo de gas neón indicaba que allí estaba Villa Rosa. En sus principios, allá por los años diez, aquel establecimiento era conocido por Can Maciá, que era el nombre del dueño, un gitano blanco, de Sants. Por aquella época, la «casa» no disponía de artistas contratados, sino que solían ser los propios clientes, aficionados al cante, los que, subiendo al tablado, lucían sus habilidades, coreados por sus amigos. Era centro favorito del grupo de toreros residentes en Barcelona. Éstos eran, generalmente, banderilleros y picadores, que solían completar las cuadrillas de los matadores modestos que llegaban a torear en las plazas de toros de Barcelona con los equipos incompletos.

Después el gitano propietario del establecimiento decidió retirarse a su casita de Sants y traspasó el negocio a la familia Borrull, de estirpe también gitana, pero completamente comercializados. La sala cambió de aspecto y el tablado se convirtió en escenario. Se pintó todo con colores tibios; las mesas viejas desaparecieron para dar paso a otras con pretensiones de estilo renacimiento. Los nuevos apliques de

cristal daban una luz discreta. Las camareras vestían a la andaluza, con corpiño, pañuelos de flores y faldas amplias con muchos volantes.

Para el espectáculo no había problema. Cantaban y bailaban exclusivamente los hombres y mujeres de la tribu Borrull, los cuales eran muy numerosos. El espectáculo estaba dividido en dos partes, una desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada, para el público «popular», compuesto de barceloneses curiosos, provincianos en plan de descubrir el «vicio», y extranjeros de poca monta. Los números iban desfilando por su orden de programa, y a la una en punto se apagaban las luces de la batería, indicando que había llegado la hora de pagar y marcharse.

A las dos empezaban a llegar los «iniciados», esto es, «entretendidas» de postín con un buen burgués pagano, algunos artistas pintores o literatos y los equipos de «extranjeros de precio», conducidos por los agentes de viaje. Para toda esta clase no había espectáculo preparado, sino que, a petición de unos u otros «señores», cantaban o bailaban estos o aquellos artistas, todos del clan Borrull, a los cuales los pedigüeños remuneraban largamente. A veces solía ocurrir que un artista «de verdad», de los que actuaban en los teatros barceloneses, tuviera el capricho de «hacer su número», en medio de las ovaciones de la concurrencia. De esta manera habían lucido sus cualidades gratis *et amore*. Pastora Imperio, Imperio Argentina, Raquel Meller, Mercedes Capsir, La Goya, La Cachavera, Mercedes Seros y otras tan conocidas, bien como cancionetistas, bien como artistas líricas. Solía ocurrir también que artistas dramáticas, como la María Fernanda Ladrón de

Guevara, Aurora Redondo o Mercedes Sanpedro, se arrancaran por cantes o bailes flamencos.

En esta parte «selecta» del espectáculo de Villa Rosa, las consumiciones eran todas de marca, coñac caro o champán francés auténtico. Los paganos eran siempre los mismos: fabricantes catalanes «protectores» de bellezas y los «extranjeros distinguidos», que estaban encantados de alternar con tantos artistas e intelectuales. Ni artistas ni intelectuales aflojaban, jamás, la mosca.

Una especialidad, de la que no se abusaba, era la «bronca preparada». Para que tuviera lugar, era preciso asegurar el pago de los desperfectos en el mobiliario y en el servicio de la mesa. Estas medidas de precaución hubo necesidad de tomarlas porque se comprobó que las broncas, a pesar de estar bien preparadas, solían, a veces, tomar variantes imprevistas por la excesiva euforia de algunos clientes que, a causa de la bebida, les daba por causar destrozos. Así pues, cuando un «corredor» de la casa solicitaba una bronca, empezaba por depositar una cantidad de pesetas suficiente para pagar posibles desperfectos. Según confesión de uno de estos «comisionistas», las broncas se organizaban de acuerdo con uno o varios de los amigos de los forasteros que tenían que ser sorprendidos por encontrarse un poco protagonistas de una «riña peligrosa». Cuando todos estaban de acuerdo, los hechos solían producirse de esta manera:

Desde luego, tenía que ser después de las dos de la madrugada, es decir, a la hora de la clientela de precio. Una de las camareras disfrazadas de gitanas solía «dejarse» convencer

por un cliente más o menos «encandilado» y se sentaba a su mesa; el cliente, claro, solía alargar las manos hacia los encantos más o menos turgentes de la gitana. Ésta protestaba por la forma, advirtiéndole, aunque fuera por señas, que su hombre era celoso y podía enfadarse. El cliente no hacía el menor caso y seguía insinuándose cada vez más. Entonces, destacándose del grupo de artistas, avanzaba un gitano, y con modales violentos ordenaba a su «novia» que se retirara de aquella mesa. La gitana protestaba y respondía que la dejase tranquila, ya que no hacía ningún mal haciendo compañía a aquellos señores. Nueva orden y nueva negativa, ahora ya con gritos. Los extranjeros empezaban a comprender y era corriente que el hombre que tenía a su lado a la gitana, se sintiera galante e hiciera señas al intruso de volver a su sitio. Inmediatamente, la bronca. El moreno cogía al payo por las solapas de la chaqueta y lo zarandeaba (esto para no hacerle daño); naturalmente, el agredido reaccionaba violentamente y la jarana era general. Sillas derribadas, mesas desplazadas, botellas y vasos por el suelo; gritos de las mujeres; juramentos de los hombres; alguna que otra bofetada auténtica... Si los clientes eran agresivos, uno de los artistas solía sacar una gran navaja de muelles, haciéndola sonar como una sierra. Como impulsadas por un resorte, dos o tres mujeres se le echaban encima, «impidiéndole» pinchar a nadie, dando gritos, como:

–¡Por Dios, Manué, no nos pierdas a todos! ¡Piensa en tus hijos! ¡No te pierdas por culpa de una mala mujer!

Cuando la cosa ya había durado lo suficiente, salía a escena el Borrull y, poniéndose entre los contendientes, ordenaba, lleno de autoridad:

–¡Basta ya! ¡Ya está bien! Aquí no quiero bravos, pues para bravo yo. Tú, Manuel, a guardar ese arma y a marcharte a casa. Y vosotras, mujeres, a achantar *la mui*. que me duele la cabeza...

Y dirigiéndose a los acompañantes de los extranjeros, solía decirles:

–Bueno; ustedes dispensarán y harán comprender a estos señores y señoras que les pedimos mil perdones por lo ocurrido, pero es que no hay que jugar con los sentimientos de los calés. Cada cual con sus costumbres, y nosotros no podemos aguantar que nos busquen las gachís. De modo que lo mejor será liquidar el gasto y retirarse cada cual por su lado y aquí no ha pasado nada.

Generalmente, con esta alocución, acababan las hostilidades, y los clientes se retiraban acompañados hasta la misma puerta por el dueño del local, que seguía excusándose solícitamente. Incluso, a veces, Borrull ofrecía una «ronda de la amistad», bebiendo todos unas copas de jerez, no siendo raro que los franceses, ingleses o americanos, se sintieran fraternales y besaran en las mejillas a todos los gitanos y gitanas, acabando todo de la mejor manera.

Pero también, a veces, ocurría que alguno de aquellos clientes tuviera mala uva y se empeñara en seguir riñendo y causando averías; entonces, invariablemente, una telefonada avisaba a la policía y pronto llegaban unos guardias y unos policías de la próxima comisaría de Atarazanas, los cuales amenazaban con llevarse detenidos a todos los presentes, lo que bastaba para tranquilizar a los díscolos. Para «redondear» el cuadro, Borrull

suplicaba a los policías que no fueran severos y dejaran salir a los revoltosos (después de pagar, claro), para que el crédito del establecimiento no padeciera. La policía se dejaba convencer; los clientes pagaban y se marchaban, contentos de salir de aquello a precio tan barato. Cuando quedaban solos «los de la casa» y los policías, todos juntos celebraban lo bien que se había arreglado todo y se bebía en corro. Antes de marcharse los policías, al dar la mano a Borrull, recibían discretamente unos billetes de Banco. Los guardias, que no recibían nada –aparte la bebida– solían volver a la comisaría murmurando de los policías, pero no pasaba nada más.

Y aquella comedia, tantas veces repetida, que ya no tenía ninguna falla, era seguramente comentada largo tiempo en París, Londres o Nueva York, entre los amigos y parientes de los «protagonistas», e incluso algún escritor la sacaba a relucir en alguna de esas «obras hispanófilas», a que tan aficionados son los novelistas franceses, a pesar de que, en general, no saben nada de nuestro país.

Bajando de categoría de la Barcelona de noche, Alfredo, Sole y sus amigos se llegaban hasta la calle del Cid, que iba desde la Puerta de Santa Madrona a la calle de Mediodía. En esta calle que evoca al campeador castellano, asustador de reyes, existían entonces varias casas de prostitución de última categoría, con sus pupilas sentadas a la puerta, cuando hacía buen tiempo, incitando a los transeúntes varones, no sólo con sus palabras, sino exhibiendo sus ya lacios encantos íntimos. Además de las prostitutas, existían allí dos establecimientos rivales: La Criolla y Casa Sacristán. Los dos rivalizaban en espectáculos más o menos atrevidos, pero, sobre todo, como centros especializados en

homosexualismo. Por aquellos años del principio de la República, dos «maricones artistas» se disputaban la clientela, uno en cada local. En La Criolla era el ya viejo transformista Bertini, que en sus buenos tiempos llegó a hacer dudar a la gente que no sabía, seguramente, si era hembra o macho. Entonces, ya con sus cuarenta años, todavía podía defenderse, sobre todo porque tenía las tablas de la veteranía. Enfrente, en Casa Sacristán, la estrella era Mirco, lleno de juventud, luciendo un vestuario deslumbrante, femenino, claro es, y que malas lenguas afirmaban que era pagado por un fabricante conocido que, harto del amor fácil, había derivado hacia el homosexualismo.

En La Criolla, además de Bertini, actuaban algunas artistas, auténticamente femeninas, y un par de hombres, más o menos sarasas, pero sin declararlo, pues Bertini quería tener la exclusiva del género. En cambio, en el otro establecimiento no eran admitidos, en tanto que artistas, más que los maricones «probados». Podía afirmarse que aquél era el templo o el paraíso de los invertidos. Actuaban todos vestidos ligeramente como hembras y con repertorio femenino. Y el público estaba compuesto, en gran parte, por maricones y «mariconas», como apelaban por allí a las lesbianas que por entonces empezaban a abundar. Afeminados y tortilleras se comprendían admirablemente. Lo que allí no tenía cabida eran los hombres que gustaban de las mujeres, o las mujeres que gustaban de los hombres.

Mientras que a La Criolla acudía un público popular, compuesto por trabajadores y clase media, con las naturales incursiones de extranjeros, Casa Sacristán era casi



exclusivamente un feudo de pseudo intelectuales, bohemios y la parte del sindicalismo que se tiene por ilustrado, y que disculpaban su presencia afirmando que «estudiaban los defectos burgueses». Pero el setenta por ciento de los asiduos eran incuestionablemente invertidos, más o menos declarados. Y la presencia allí de gente conocida en la ciudad, en los medios políticos, industriales, literarios y artísticos, alternando fraternalmente con los maricones declarados, era objeto de curiosa observación para nuestro pequeño grupo, que, por otra parte, no paraba mucho allí, para no correr el riesgo de «ser confundidos».

Más hacia abajo del llamado «barrio chino», en la calle Santa Madrona, frente a las Atarazanas, estaba el café cantante de El Manco, que no había que confundir con la casa de prostitución, del mismo propietario. La «casa» del Manco era conocidísima en toda Catalunya, porque las pupilas eran altamente especializadas en el «flautismo». Tanta era la popularidad y el crédito buco-sexual, que en sábados y domingos era cosa corriente ver una larga fila de hombres que se prolongaba por la calle, esperando, impacientes, su turno. Lo que era –o parecía– raro, era que las profesionales de aquella casa fueran jóvenes y guapas, en oposición a las albergadas en las otras casas de aquella parte baja del barrio. La explicación la había oído Alfredo de boca del propio Manco. Era, ni más ni menos que, con aquel procedimiento, las mujeres «no se estropean», no pierden firmeza las carnes, no hay peligro de un eventual embarazo, y como el resultado se obtiene más rápidamente, se pueden «hacer más hombres» que por el procedimiento natural.

El café cantante estaba instalado al lado mismo del prostíbulo, pero sin confundirse. Decían los habituales que El Manco perdía dinero en el café, pero que lo sufría a gusto por amor al cante, y podía aguantarlo porque los ingresos de la «casa» le permitían enjugar el déficit del café.

El célebre Manco era un hombre, en efecto, falto del brazo derecho; de unos cuarenta años, regordete, afeitado de cara, sonriente, amable y hasta un tanto culto, de origen valenciano, se expresaba perfectamente en catalán, y en muy raras ocasiones lo hacía en castellano.

Cerraban el café, cara a la calle, unas vidrieras ordinarias, con los cristales pintados para evitar la vista de los curiosos. El interior era lo corriente de los antiguos cafés de barrio, esto es, tres filas de mesas en mármol, sillas vulgares, y al fondo un tablado poco elevado. En las paredes unos espejos azulados por el humo del tabaco. El mostrador al lado derecho del tablado. Servían camareros con chaqueta blanca y pantalón negro. El público era de trabajadores y menestrales, abundando, claro, los andaluces, murcianos, madrileños y algunos castellanos viejos; es decir, de allí donde se rinde culto al flamenco puro. Pero también había catalanes que presumían de entender el cante y comprender cuándo el artista doblaba bien o redondeaba, como mandan los cánones. El grupo de amigos de Alfredo frecuentaba este café más asiduamente que los otros, porque, según aseguraba el más flamenco de ellos, Santiago, aquel café era lo único que en cante puro había en la ciudad.

Actuaba por entonces allí toda la familia de la que después fue famosa Carmen Amaya. Ésta era una muchachita escuchimizada

y feúcha, pero que era, en realidad, el sostén y la esperanza de la familia, porque cuando se arrancaba a bailar, los entendidos aseguraban que allí había la madera de una inconmensurable artista. Además de la pequeña, estaban allí el padre y el hermano, guitarristas mediocres, una hermana mayor, cantaora, del montón, y una tía, la Faraona, que había sido muy célebre años antes, y que todavía conservaba un tipo de gitana *de caliá*. Ojos inmensos y negros, pelo de azabache, peinado en crencha y cayendo en moño sobre la nuca. La piel en canela, los brazos impecables, las piernas estaban ya un tanto gruesas, pero todavía taconeaba impecablemente. La Faraona había servido de modelo a los pintores de la gitanería, como Vázquez Díaz y Romero de Torres, y aseguraba que en su piso guardaba un retrato suyo de este último, añadiendo que a no ser que *juera* a morir de hambre, no lo vendería, a pesar de que ya le habían ofrecido miles de duros por él.

Como la Carmen era, ya lo hemos dicho, la esperanza de la familia, todos la vigilaban estrechamente, a pesar de su corta edad, porque temían que le «entraran achares» por algún esaborío que se llevara la chica y el porvenir que ofrecía.

Santiago Fernández fue de los primeros que predijo el porvenir de la pequeña danzarina, y aconsejaba al padre y a la tía que se apresuraran a «darle salida», porque allí, en el café de El Manco, nunca sería nada.

–Y –explicaba– para «llegar» hay que presentarla en el centro, con todo el aparato requerido, y como eso cuesta dinero, una de dos, o buscáis un empresario que se lleva la mejor parte, o bien os resignáis a que tenga un «protector»...

Cuando llegaba aquí, los hombres se ponían muy serios y aseguraban que Carmen no sería más que del marido cañí que encontrarían.

Santiago reía, advirtiéndole que, si no se espabilaban, el peor día perderían la «mina». La Faraona aprobaba con la cabeza y después hablando en la mesa de Alfredo y sus amigos, explicaba que si ella no tenía millones entonces, fue porque había sido estúpidamente fiel a su raza, pues se le habían ofrecido muchas ocasiones de payos que estaban dispuestos a tirar fortunas por la ventana. Y que ahora, a los cuarenta años, se encontraba pobre como una rata, sin payo rico, ni cañí amante.

Más adelante, ya en Francia, vio Alfredo a la Amaya, dirigiendo todo un espectáculo famoso y con señales de tener dinero. La abordó en el escenario del teatro del Capitole de Toulouse, y la artista le reconoció perfectamente, riendo mucho de aquella época, explicándole que toda su «tribu» le apodaba el «Inglés», por su cabello rubio. A la pregunta de cómo había empezado a «subir», ella no quiso explicar más de que había un torero famoso por medio, al que estaba muy agradecida, pero que ahora cada cual había seguido por su camino; y no quiso dar el nombre.

El único artista que no era de la familia Amaya, era un gitano, casi negro, altamente feo, hasta el punto de que a fuerza de fealdad, casi resultaba hermoso. Le apodaban el «Garboso», nadie sabía por qué, ya que, en realidad, era muy desgarbado. Pero cuando subía al tablado, junto al guitarrista, a los primeros arpegios de la sonata, cerraba los ojos y cantaba sin gran voz, ni muchos jipíos, pero con un sentimiento no igualado por ningún

otro. Su repertorio era el clásico, sin enfrascarse jamás en los modernismos de los Angelillos de moda. Soleares, peteneras, martinetes, y cada noche, una guajira, cuya letra siempre era diferente. El hombre aseguraba, con toda modestia, que los días –es decir, las noches– que estaba centrao, todo lo que cantaba se lo sacaba, en aquel momento, de la propia cabeza.

–Porque –decía– yo tengo muchas cosas en la «pelota».

De aquellas cosas que tenía el «Garboso» en su «pelota», a Alfredo se le quedaron algunas en la memoria, como por ejemplo:

«Qué penita tengo,  
too me sale mal,  
que hasta los pasitos  
que p'alante doy  
se vuelven p'atrás»

«Ni la suor del rostro  
me puedo secar,  
porque llevo a la espalda  
con una caena  
las manos atás»

«Qué desgrasiaíto es  
el que come en casa ajena,  
siempre mirando a la cara  
si la ponen mala o güena»

## IX. LA PRIMERA ESCISIÓN EN LA CNT Y LA OFENSIVA DE LAS DERECHAS

Mientras tanto, la escisión de la CNT había tomado forma y eran en buen número los sindicatos que se separaban, formando una segunda organización sindical con el mismo nombre. Claro es que por cada sindicato que se separaba, los faístas creaban otro inmediatamente; lo malo para los intransigentes era que las figuras más conocidas y de más crédito se fueron a la escisión, e incluso fundaron su propio periódico, *Combate*, cuya redacción y administración fue instalada en un piso de la calle Valldonzella. Sin embargo, y sin duda por inercia, la gran masa de trabajadores seguía cotizando en los sindicatos primitivos, que se preciaban de ser los auténticos. Por ello, la vida de la CNT escisionista era precaria económicamente, sobre todo porque los sindicatos de las provincias de Lérida y Gerona se consideraban autónomos y no cotizaban a los organismos centrales. El periódico tuvo que suspender su aparición y en cambio la *Soli* seguía publicándose, aunque con una vida estrecha. De la *Soli* habían salido Peiró y otros redactores, y el administrador Pedro Massoni. El hijo de Alfredo, Ángel, que trabajaba en los talleres de la *Soli* desde que

se pusieron en marcha, se sintió solidario con ellos y también se marchó, buscándose trabajo en una imprenta particular.

El gobierno republicano no daba pie con bola. Las acometidas de derecha e izquierda le hacían la vida precaria. Se sucedían las crisis y si bien en Educación se efectuaban grandes avances, en los demás ministerios no se hacía nada práctico. Los militares se envalentonaban ante la lenidad con que habían sido tratados los sublevados de Sevilla, en la sanjurjada. Los jefes y oficiales que habían jurado fidelidad a la República, no dejaban de conspirar, ayudados por los pocos que habían preferido retirarse con la paga completa, acogiéndose al desdichado decreto de Azaña. Cansados de «descansar», sin ejercer mando, todos aquellos «retirados» añoraban los cuarteles y los «momios» africanos.

José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador, empieza una campaña francamente fascista, con el beneplácito de la policía, que, como casi toda era procedente de la monarquía, «no sabía cumplir» las órdenes que salían del Ministerio de la Gobernación.

Y la propaganda no era sólo de palabra, pues se empezaron a ensayar procedimientos brutales, copiados de los fascistas italianos y los nazis alemanes. Como ejemplo, citaremos el asalto y destrucción del local de los amigos de la URSS, en Cardona, agresión cometida y firmada por los «jóvenes de Falange».

La Iglesia no acababa de conformarse con la separación del Estado, y los terratenientes no querían que se aplicase en serio la reforma agraria, que ya amenazaba en Catalunya a pasar a

vías de hecho. Así pues, no les costó gran trabajo a esas tres clases el ponerse de acuerdo para dar la batalla a la República. Aunque no dejaba de prepararse una sublevación militar mejor que la sanjurjada, los católicos, aconsejados desde Roma, preferían dar la batalla con un aspecto de legalidad, aunque fuera a copia de millones. La campaña se podía haber titulado de «faldas y manteos». Todos los ensotanados, del Nuncio para abajo, empezaron a influir eficazmente en las mujeres legítimas así como en las otras de los hombres que gobernaban. La consigna era que, ya establecida la República, con su Constitución y todo, era necesario disolver las Cortes para que el pueblo dijera su palabra. Así, con esos fulgores de democracia, empezó la secreta tarea, y lo cierto es que muy rápidamente tal tarea fue tomando cuerpo, y en las alturas llegó a ser una obsesión.

En los conventos y en los palacios episcopales se frenaban las impacencias bélicas de los militares y los falangistas, aduciendo la verdad de que la violencia se sabe cómo empieza y no cómo acaba. Era mejor jugar, previamente, la carta electoral, y si por ese medio se llegaba al poder, después, desde arriba, sería cosa de coser y cantar el reformar la Constitución y abolir todas las «malas leyes»; además de obtener un Concordato con la Santa Sede, en virtud del cual la Iglesia recuperaría sus prerrogativas. Prevaleció este criterio y en verdad hay que decir que para obtener la victoria electoral se gastaron millones de pesetas a porrillo. Se afirmaba por entonces que don Juan March había hecho un donativo cuantioso. A pesar de ello, no hubiera triunfado la derecha a no ser por la inconsciencia de las izquierdas, que se presentaron a la lucha completamente divididas. Los republicanos estaban divididos, al menos, en tres



facciones y fueron muchos los distritos donde se presentaron diversas candidaturas republicanas, frente al bloque cerrado de las derechas. Los socialistas creían que toda España era Madrid, y decidieron ir, solos, a las elecciones, rompiendo la antigua coalición con los republicanos. Y para completar el cuadro, a principios de noviembre, la FAI lanza la consigna de «no votar», propagando el siguiente lema: «Cara a las urnas, la revolución social».

Lerroux, que había sido el más demagogo de los republicanos, el autor del artículo «¡Rebeldes! ¡Rebeldes!», en el que se aconsejaba a los jóvenes que entraran a saco en los registros de la propiedad, y que, asaltando los conventos, «levantaran el velo a las novicias y las elevaran a la categoría de madres» (¿?), ese hombre pactó con Gil Robles, el jefe de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), y se repartieron todas las actas posibles, apoyándose mutuamente en todos los distritos electorales.

De esta manera, aquellas elecciones a diputados del 19 de noviembre fueron un triunfo para las derechas, que, agrupando a los elegidos de la CEDA, de los agrarios y de los lerrouxistas, obtuvieron una confortable mayoría en las Cortes. En Catalunya todavía ganaron las izquierdas, aunque con merma de votos, y la Lliga Regionalista aumentó el número de sus representantes.

En Madrid, Alcalá Zamora, Presidente de la República, contempla, con completa satisfacción, el triunfo de las derechas, y llama al poder a Lerroux, el cual forma gobierno con Gil Robles, colocando al general Francisco Franco en el Ministerio de la Guerra. Eso era como meter el lobo en el aprisco.

Las derechas hicieron irrupción en la dirección del país como una banda de bandidos. Se creyeron los amos para siempre y no guardaron consideraciones ni disimulos. Con diversas crisis parciales, gobiernan dos años, conocidos por el «bienio negro».

Terminó el año 1933 con el último chispazo de la FAI. Efectivamente, no aleccionados con lo ocurrido el mes de enero, el 8 de diciembre los grupos, por sí y ante sí, organizaron otra «revolución social». En Barcelona, como en enero, salieron a la calle unos cuantos fanáticos armados de pistolas. Como los capitostes faístas vieron que no había posibilidad de arrastrar a la masa, procuraron escapar, pero su automóvil, en el que iban García Oliver y Jover, fue detenido y ambos cayeron en manos de la policía. Al día siguiente, en toda Catalunya, la tranquilidad era completa.

Este movimiento, más idiota que el anterior, de enero, fue organizado principalmente por el grupo «Los solidarios», cuyo cabecilla era Durruti, con Jover, Francisco Ascaso y García Oliver, secundados, a veces, por García Vivancos y Ricardo Sanz, aunque estos dos últimos no tomaron parte activa en la aventura rocambolesca de los tres primeros.

En Aragón y Rioja hubo disturbios en algunos pueblos, dominados fácilmente por la guardia civil. Se dijo por entonces que hubo «unas docenas» de muertos.

Después, durante todo el período del «bienio negro», la FAI no volvió a dar señales de vida.

En el Parlament de Catalunya se discute la ley de Contractes de conreu, favorable a los rabassaires, es decir, a aquellos

campesinos que trabajaban tierras que no eran suyas. Esta ley pretendía que fuera obligatorio para el propietario trabajar su tierra; de lo contrario, tendría que venderla al rabassaire, en las condiciones que se especificaban.

Los diputados de la Lliga Regionalista, representando a los propietarios, muchos de los cuales no habían visto jamás sus tierras, obstaculizaron cuanto pudieron la discusión, pero como eran minoría, finalmente la ley fue aprobada. La Lliga no se da por vencida, y apela al Tribunal de Garantías Constitucionales, en Madrid, el cual, naturalmente, declara la ley anticonstitucional y la devuelve al Parlament catalán, para su reforma. Inútil decir el tremendo efecto que esto produjo en Catalunya.

Por todo el campo catalán se despertó una rebeldía oral, harto demagógica, destacando en ella el esquerrista Amadeo Aragay, que no cesaba de viajar, propagando la franca rebeldía e insurrección contra Madrid. Por su parte, el médico Dencás, consejero de Gobernación, fomentaba también la revuelta, animando a los escamots (formaciones militarizadas de Estat Catalá). Eran jóvenes reclutados en los centros de Esquerra, a los que se les daba instrucción militar, y se les tenía reservado armamento, consistente en unas cuantas carabinas Winchester, para cuando «llegara el día». Badia era el jefe de estos escamots bélicos; hombre joven y apuesto, fuerte y, al parecer, lleno de audacia. Por dos veces había hecho desfilar por las Ramblas a sus huestes, bien formadas y enseñando, indiscretamente, las culatas de las pistolas en los bolsillos posteriores del pantalón.

El Bloc Obrer i Camperol, con Maurín y sus amigos, compitieron en demagogia con los de Estat Catalá, pero, más atrevidos y más prácticos, se dedicaron a efectuar actos de agresión contra los reaccionarios; uno de los que causaron más efecto fue el incendio del local del Institut Agrícola Catalá de Sant Isidre, instalado en la plaza San José Oriol. Asaltaron el local en pleno día, echaron por las ventanas el mobiliario y toda la documentación que encontraron, prendiendo fuego a todo en medio de la plaza. Luego se retiraron tranquilamente, sin ser molestados.

Fuera de Catalunya, los incipientes falangistas empezaron a dar muestras de su espíritu agresivo, cometiendo diversos atentados personales, como el asesinato de la muchacha socialista Juanita Rico, en Madrid, el día 10 de junio, seguido del de un obrero llamado Joaquín del Prado, también de Madrid. Y en septiembre del mismo año, asesinaron a Manuel Andrés, socialista, que había sido Director General de Seguridad al principio de la República.

Un domingo, Barcelona sufrió una concentración de rabassaires, para protestar de la devolución, por Madrid, al Parlament catalán, de la ley de Contractes de conreu. La manifestación tuvo lugar en la plaza y jardines adyacentes al edificio del Parlament catalán, sito en el parque de la Ciudadela, donde ondeaba la bandera tricolor. Los rabassaires, que bajaron a la ciudad en camiones y tractores, al encontrarse con las puertas del edificio cerradas, formaron una torre humana, al estilo de los Xiquets de Valls, llegando hasta el balcón del Parlament, arrancando la bandera republicana, sustituyéndola por una gran bandera catalana, ante los aplausos y vítores del

numeroso público que allí se había concentrado. Aunque la guardia de asalto estaba presente por los alrededores, no intervino y las cosas no pasaron a mayores, disolviéndose la concentración pacíficamente.

Era evidente que el gobierno salido de las últimas elecciones se proponía ser el puente que permitiera el paso a otro mucho más de derecha, francamente antirrepublicano, con el propósito de hacer reformar la Constitución en el sentido de dejar las cosas quietas respecto al problema de la tierra, así como ponerse de acuerdo con la Iglesia.

Mas no por ello los militares y capitalistas dejaban de preparar el golpe de fuerza, por si fracasaba el puramente político, pues ya en aquellas fechas (como se ha sabido después), el señor Goicoechea y el general Barrera, acompañados del carlista Olazábal, habían ido a visitar a Mussolini, con el propósito de pedirle su apoyo para efectuar una sublevación. Apoyo que el dictador italiano prometió y cumplió.

Los socialistas y los republicanos se alarmaron ante la gravedad de la situación, y enviaron una nota pública al Presidente de la República, advirtiéndole que era una locura entregar el poder a sus más declarados enemigos, muchos de los cuales se habían negado a acatar las leyes votadas por las Cortes. La nota iba firmada por todos los sectores sinceramente republicanos, desde los socialistas hasta los conservadores de Miguel Maura, pasando por la Unión Republicana, de Martínez Barrios, los federales y los republicanos nacionales de Sánchez Román.

Como el Presidente hacía oídos de mercader, el centro y la izquierda decidieron ponerse en contacto y ver lo que se podía hacer. Seguramente no pudo llegarse a un acuerdo efectivo, pero sí se logró agrupar a los republicanos de izquierda y a los socialistas, que, claro es, contaban con la UGT.

## X. EL 6 DE OCTUBRE

Se ha escrito y contado mucho sobre el origen y desarrollo de los acontecimientos de octubre de 1934. Alfredo, actor en Barcelona, no pudo jamás saber la realidad exacta. Supuso entonces que los socialistas se habían puesto de acuerdo con las logias masónicas (a las cuales pertenecen muchos dirigentes socialistas) y preparado un movimiento insurreccional, contando con la aquiescencia de la Generalitat, afectada por lo ocurrido con la ley de Contractes de conreu. El plan era, al parecer, apoderarse de los resortes del poder allí donde fuera posible, y si en Madrid fallaba el golpe contra el propio Presidente, entonces proclamar la República Federal desde Barcelona, donde se constituiría un Gobierno Provisional, protegido por la Generalitat.

Las gestiones cerca de la CNT para que secundara el movimiento no tuvieron éxito porque los «grupos» estaban muy quejosos de la represión de que habían sido objeto a consecuencia de sus algaradas. Sin embargo, en Asturias, los cenetistas no hicieron caso de las órdenes centrales y se batieron desde el primer momento al lado de los socialistas.

De momento, el movimiento fue un fracaso porque los rebeldes fueron aplastados en todas partes, pero, como ya es sabido, dos años después, las izquierdas tomaban la revancha ampliamente.

En Catalunya las cosas no se presentaban muy bien. Alfredo asistió a varias reuniones del BOC, en las cuales se estudiaba la manera de comportarse en lo que se avecinaba. Maurín, que era aficionado a estudiar todas las posibilidades, explicaba cómo se apercebía el despliegue de fuerzas.

Con los militantes de la Esquerra no se podía contar más que para protestas «de ruido», manifestaciones con gritos, y nada más. Eran gentes que, en su mayoría, habían acudido al olor de las prebendas, pero era inocente pedirles que se batieran con las armas en la mano.

Los presumidos elementos de Estat Catalá, con sus escamots tampoco ofrecían garantías, a pesar de estar armados con carabinas. Se temía, con razón, que salieran en desbandada a los primeros disparos.

La CNT, claramente, se había negado a hacer nada, e incluso advirtió que no secundaría huelga alguna.

Maurín había estado en Madrid y tuvo entrevistas con Companys, Presidente de la Generalitat, quedando convencido de que la cosa era seria, y que, llegado el momento, se entregarían armas a los hombres del BOC. Con esta perspectiva, y sabedor de la llegada a Barcelona del señor Azaña, ya no dudó más, y se cursaron las órdenes para constituir la Alianza Obrera, acaso como le habían sugerido en Asturias. En esta Alianza



entraron los sindicatos autónomos. Los sindicatos de la oposición a la CNT no se adhirieron oficialmente, pero sus afiliados se mostraron propicios a secundar el movimiento. El Partido Comunista, como siempre, nada dijo, porque no había recibido órdenes de Moscú o París.

Como la fiebre popular crecía de hora en hora, sobre todo en oposición al gobierno de Madrid, en el BOC se tocó a rebato y en su local se concentraron la totalidad de sus militantes. Los grupos de las barriadas quedaron sorprendidos al ver el número crecido de obreros que, sin estar afiliados, acudían a ponerse a la disposición de los nois del BOC. No se sabía quién lo había dicho, pero todo el mundo esperaba la llegada de camiones con las armas, prometidas por Dencás.

El día 5, en las primeras horas de la noche, tuvo lugar una gran manifestación obrera de la Alianza, desfilando por las Ramblas, calle Fernando, hasta la Generalitat, más de dos mil hombres y mujeres, formados de a cuatro. La disciplina era absoluta, dándose, de cuando en cuando, gritos de «Visca Catalunya!» y «Visca la llibertat!». La gente se agrupaba en las aceras con visible simpatía, preguntándose la mayoría qué querían decir aquellas letras de las pancartas que llevaban las mujeres: «AO» (Alianza Obrera).

Concentrada la manifestación en la plaza San Jaime, que quedó repleta, rebasando el gentío por las calles adyacentes, una comisión subió a la Generalitat, a ofrecer el apoyo al Presidente Companys. Éste estaba harto serio, porque veía la responsabilidad que se le venía encima, pero agradeció la oferta y accedió a que un orador hablara a los manifestantes desde el

balcón central del edificio. Seguramente debería quedar muy sorprendido al enterarse de que el orador manifestó, nada menos, que al día siguiente quedaba declarada la huelga general indefinida hasta conseguir el derrumbamiento del gobierno de Madrid. En realidad, esta consigna inesperada no entusiasmó demasiado a las gentes que se habían unido a la manifestación, pero, claro, fue aclamada por los militantes disciplinados. Todavía, antes de disolverse la manifestación, se oyeron vivas a Catalunya libre y muera a Cambó.

Aquella noche se reunieron en su local todos los militantes del BOC, a fin de preparar el movimiento del día siguiente. Había que dar la sensación de que toda la ciudad estaba dispuesta a jugarse el todo por el todo, y ello no era cosa fácil porque, en realidad, no se tenía gran confianza en el espíritu revolucionario de las gentes.

El local estaba lleno a rebosar, la gente sentada en las escasas sillas, sobre las mesas e incluso en el suelo. Maurín y sus acólitos estaban en un testero. Allí se podía ver al Estado Mayor del BOC: Pep Rovira, David Rey, Victorio Sala, Estivill, Víctor Colomer, Jordi Arquer...

Maurín hizo un discurso de los suyos, lleno de soflama, pero sin puntualizar gran cosa. Era preciso que el BOC demostrara su potencialidad y que la huelga general fuera un hecho inconcuso. Allí había que perfilar la acción a desarrollar. Comunicó también que la Alianza Obrera era ya un hecho, y que, desde la madrugada, tendrían un local abierto en la calle Puertaferri. Y aquella misma noche se reunieron allí los delegados de la Alianza Obrera para organizar la acción.

Todo el mundo aprobaba; el ambiente estaba muy caldeado y la juventud gritaba y pataleaba, dispuesta a entrar en acción inmediatamente.

David Rey se levantó y requirió silencio. Cuando pudo hablar, empezó inmediatamente a echar agua fría al vino cálido que había servido Maurín.

–No estamos aquí en un mitin –dijo–, sino en una reunión seria para organizar de la mejor manera la acción a seguir. Lo esencial es que se pueda hacer la huelga y ello es difícil por la actitud de la CNT, que es negativa. Sin ella tendremos que hacer un esfuerzo supremo y no es seguro que lo logremos. Hemos tomado una enorme responsabilidad: nada menos que dirigir a las masas indecisas a lanzarse a la calle, y que, como consecuencia, el gobierno de la Generalitat se vea obligado a entrar en franca rebeldía con el de Madrid. Es muy importante saber si el ofrecimiento de armas por parte de la Generalitat es sincero. Teniendo en cuenta las dudas sobre la eficacia de la ayuda de los otros elementos de la Alianza Obrera, nosotros –acabó– debemos prepararnos a soportar todo el peso de la acción.

Con la flexibilidad que le era característica, Maurín admitió el criterio de David Rey, y como era cosa de organizar la acción, se encaró con Alfredo para decirle que expresara su criterio, como hombre sindical, sobre la posibilidad de lograr la huelga al día siguiente.

Alfredo, que estaba en ascuas por manifestar su parecer, se puso en pie para decir:

-No tenemos un minuto que perder, y por lo tanto, no podemos entrar en una discusión. Los acontecimientos nos están rebasando. Aparte de lo que puedan luego acordar los capitostes que salgan esta noche de la Alianza Obrera, nosotros debemos hacer los imposibles para que la huelga sea un hecho, pero un hecho bien patente. Hay que paralizar la vida activa de Barcelona. Nos jugamos, en esto, una carta muy seria, pues aparte del resultado político general, vamos a intentar demostrar que en Barcelona se puede hacer una huelga general sin permiso y aún en contra de la CNT. Pero si lo logramos, no quiere ello decir que hayamos acabado con la central sindical, cosa que no debe interesarnos, sino que habremos quebrantado la tiranía de la FAI, y esto sí es interesante. La acción de mañana debe dividirse en dos factores: lo que se haga en el aspecto sindical, es decir, la huelga, y lo que se lleve a cabo en el sentido político, en el que no me quiero meter.

Como veterano ya en eso de las huelgas, me permito sugerir un plan de acción que supongo eficaz, y que si se cree aceptable, no valdría la pena discutirlo, sino de organizarlo y llevarlo a la práctica. Supongo que, por lo que se refiere a Barcelona ciudad, no disponemos más que de unos trescientos hombres, pero a mí me parece que bastan. Los compañeros de Lérida, Gerona, Tarragona, Terrassa, Manresa y Sabadell que aquí están, dirán, si lo creen preciso, si pueden hacer algo práctico, pero ya saben ellos que, si logramos desarrollar la huelga en Barcelona, los de fuera seguirán con entusiasmo.

Gayola, de la provincia de Gerona, interrumpió:

–Lo esencial es Barcelona; por mi parte os aseguro que si a las nueve de la mañana el tránsito se ha parado en Barcelona, a las diez el paro será casi absoluto en toda la provincia de Gerona.

Pelegrí, por Lérida, Rebull, por Tarragona, y los delegados directos de Terrassa y Sabadell dijeron que su situación era la misma que la de Gerona.

Maurín se dirigió, de nuevo, a Alfredo para decirle que explicara sus proyectos.

Alfredo fue claro y conciso:

Como había pocos efectivos, era preciso atacar los puntos álgidos. Principalmente tranvías y autobuses. Aquí no podía haber contemplaciones; tenían que parar por las buenas o por las malas. Por ello, los encargados de este trabajo deberían ser chicos jóvenes. Tres grupos en los alrededores de las cocheras deberían bastar. Como reserva, para el caso no probable de una resistencia seria, no deberían carecer de unos bidones de gasolina y un par de pistolas por grupo. Pero sobre todo procurar no llegar a grandes violencias ni disparar sobre persona alguna, uniformada o no, a no ser en defensa propia. Si a las siete de la mañana se había paralizado la mayoría del tránsito, ya habría la mitad de la partida ganada.

El segundo elemento importante es el de las fábricas del textil y fabril. Aquí deben actuar el máximo número de compañeras de que dispongamos, claro que escoltadas por compañeros. Nuestras compañeras invadirán las fábricas, cuando ya esté el personal dentro, «y no antes», y esto para que salgan a la calle las mujeres en grandes grupos. Ellas mismas se encargarán de

hacer parar las fábricas que no lo hayan hecho, y al desparramarse por sus barriadas, no os quepa duda, a su paso irán parando talleres y comercio.

Por el contrario, en los grandes talleres metalúrgicos, como La Maquinista, Girona, etc., se debe acudir a la puerta antes de que entren los obreros al trabajo y convencerles de que es necesario parar, llegando, si es preciso, a dejarles entender de que es cuestión de un solo día. Muy útil sería que a cada fábrica o taller acudieran elementos pertenecientes a la industria de que se trate.

No había que ser muy meticulosos en hacer parar talleres de mediana o poca categoría. De lo que se trataba, al día siguiente, era de «dar la sensación de paro». Sin embargo, en el centro de la ciudad, todo el comercio debería cerrar, aunque la alimentación y los mercados no lo hicieran hasta mediodía.

Lógicamente, la guardia civil y la policía deberían hacer la vista gorda, puesto que, oficialmente, dependen de la Generalitat, pero no se podía confiar demasiado en que así lo hicieran.

–Mi opinión –dijo Alfredo–, es que de ninguna manera se les debe atacar ni de palabra ni de obra. Claro que, si atacan, habrá que defenderse.

Hubo tres o cuatro intervenciones más y, finalmente, todos estuvieron de acuerdo en que los delegados de barriada se reunieran con Alfredo para concretar el plan; que los de fuera se entrevistaran con el comité ejecutivo y que los cabezas de célula acudirían, en las primeras horas del día, a recibir instrucciones.

Y, como tantas otras veces, el abúlico Alfredo, en pocos momentos, quedó convertido en el hombre de acción por excelencia, sin titubeos de ninguna clase, no diciendo más que las palabras precisas, pero inspirando confianza en todos.

Sobre dos mesas juntas extendieron un gran plano de Barcelona, y, grupo tras grupo, fueron recibiendo instrucciones precisas.

A las cuatro de la madrugada marchó a su domicilio, acompañado de su hijo que no le había dejado ni un momento. Le dijo al chico que durmiera un par de horas y él mismo se metió en la cama, pero bien decidido a no dormir. Encargó a su esposa que a la mañana acudiera a comprar temprano y que la pequeña no saliera de casa. A las seis salieron ya padre e hijo; éste iba la mar de contento, porque aquello le parecía la cristalización de una «aventura», que es con lo que suelen soñar todos los jovenzuelos.

Vivían entonces en la calle Ricart, en la barriada del Pueblo Seco. Empezaba a clarear cuando llegaron al Paralelo. A todo lo largo de la gran avenida no se veía ningún tranvía, lo que produjo gran alegría al padre y al hijo, pues ello suponía que la huelga había empezado. En cambio, les hizo muy mal efecto la hilera de carros, tirados por los soberbios percherones, que se encaminaban al puerto, como de costumbre. Y como un ramalazo brutal le llegó la realidad de que horas antes, al confeccionar el plan de la huelga, ni remotamente se había acordado del puerto. Indudablemente, su prestigio de jefe de Estado Mayor sindical del BOC quedaba tirado por los suelos. Así

se lo dijo claramente a Ángel, su hijo, el cual, sin alterarse, de la manera más natural, le dijo:

–No hay por qué apurarse, papá; ahora mismo nos llegamos los dos al puerto y les hacemos parar.

Alfredo no acertó a pronunciar palabra. Aquello superaba sus esperanzas en el chico. Le pasó el brazo por el hombro, y emprendieron Paralelo abajo, camino del puerto, cantando a media voz una de las canciones que tenían por costumbre entonar cuando efectuaban excursiones montaÑeras.

Al llegar frente a la Ronda San Pablo, tampoco se veía tranvía alguno. La cosa iba bien... pero, pasada la calle Nueva o Conde del Asalto, ya frente a Atarazanas, un ruido insólito les hizo pararse a escuchar. No cabía duda, casi rozando la tapia de la fábrica de electricidad, venía uno de los destartalados tranvías que hacían el servicio de Rambla Santa Mónica a Casa Antúnez. Segunda falla, y ellos no eran más que dos. Pero no había más remedio que hacer algo. Se plantaron, pues, en medio de los raíles, alzando los brazos. El conductor frenó con todas sus fuerzas y, sacando el cuerpo por el lado izquierdo, se puso a gritar:

–¡Aquí no hay parada!

Padre e hijo, sin contestar, subieron al tranvía, y le preguntaron al tranviario si no sabía que había huelga. El hombre afirmó que, al salir de la cochera, nadie le había dicho nada. Llegó el cobrador, con muy malos modos, preguntando «qué coño pasaba».



–Éstos, que dicen que hay huelga –adujo el conductor, señalando a Alfredo y a su hijo.

–¡Qué huelga, ni qué hostias! –replicó el cobrador– ¡Tira p’alante, rediós!

Fue a obedecerle el conductor, pero cuando se volvió para agarrar la manivela, resultó que había desaparecido de sitio. Ángel la tenía en la mano y no parecía dispuesto a entregarla. El escándalo fue bastante regular, pues a los gritos de los dos tranviarios y los dos huelguistas, se juntaron los de la docena de pasajeros que querían terminar el trayecto y apoyaban a los tranviarios. Como la situación era crítica, Alfredo no tuvo más remedio que sacar la pistola, sin bala en la recámara y con el seguro puesto. A la vista del arma, hubo un movimiento general de retirada. Alfredo, aparentando una gran serenidad, ordenó secamente que todo el mundo descendiera y que el tranvía volviera hacia Casa Antúnez. Bajaron los pasajeros, no sin protestar, sobre todo las tres mujeres con tipos de vendedoras de mercado, que no dejaron de aplicar epítetos malsonantes al padre y al hijo, quienes no hicieron el menor caso.

El conductor, ya calmado, explicó que él estaba sindicado, como cada quisque, pero creía que la orden de huelga debería llegarle a través de su sindicato. Alfredo le mintió que seguramente había un retraso en la comunicación de órdenes, pero que comprobara que por el Paralelo no circulaba tranvía alguno. Como ello era evidente, se avinieron a volver a la cochera, pero querían ir hasta el final de la línea, en Santa Madrona. No se avinieron los huelguistas, y sólo entregaron la manivela cuando el conductor volvió el trole en sentido

contrario y cambió de plataforma. Como aquella línea no tenía vía doble, ni siquiera pudieron aducir que irían en contradirección. Cuando el vehículo, con ruido de hierro viejo, se eclipsó en la primera bocacalle, el padre y el hijo siguieron hasta el puerto, donde las gestiones prometían ser laboriosas. Por una parte, Alfredo pensaba si no hubiera sido mejor ir a buscar refuerzos al local del BOC, pero se dijo que, por un lado, acaso no encontrarán elementos y habrían perdido un tiempo precioso, y por otro lado, pudiera ocurrir que los elementos que encontrarán fueran de aquellos que todo lo arreglan por la tremenda y el procedimiento pudiera fracasar en los muelles. Por todo esto, optó por buscar inmediatamente a Desiderio Trillas, que gozaba de una gran influencia entre los descargadores. A Trillas le había conocido Alfredo en la cárcel, durante la Dictadura, pues fue uno de aquellos que fueron a Rusia, con Maurín, y fueron encerrados a su regreso.

El prestigio de Trillas en el puerto provenía de que, habiendo sido toda su vida un descargador, logró reformar, por su sola iniciativa, todo el sistema de trabajo en los muelles, acabando con el criminal sistema de «hacer plaza» y esperar «a ser escogido» o no por los capataces. Antes de la reforma, era costumbre muy antigua que acudieran al puerto cuantos se veían capaces de descargar lo que fuera, y dentro de las tabernas, o a sus puertas, esperaban a que llegaran los capataces, encargados por las empresas de carga y descarga. Estos capataces escogían a quien querían, dando esto lugar, naturalmente, a infinidad de abusos y arbitrariedades, amén de combinaciones nada honestas. Era Trillas secretario y principal animador del Sindicato de Descargadores de Madera, trabajo que requiere una cierta técnica y por ello disfrutaban esos

obreros de mejores condiciones de jornal y horas de trabajo, pero seguían teniendo que «hacer plaza». Trillas, con paciencia y perseverancia, fue haciendo su propaganda y un buen día su Sindicato presentó unas reivindicaciones que llenaron de asombro a cuantos actuaban en el puerto. Se trataba, nada menos, de suprimir el sistema de dar trabajo, sustituyéndolo por otro de turnos, partiendo de las listas de descargadores, y, además, con la condición previa de que los trabajadores que no tuvieran trabajo, cobrarían la mitad del salario corriente en la época, quince pesetas. El revuelo fue tremendo, tanto en las empresas como en los capataces (que veían perdidas sus ventajas) y en los mismos trabajadores «favoritos», que solían trabajar todos los días que había barco. Todo el mundo preveía el fracaso de la huelga anunciada por el sindicato, ante la negativa de las empresas. Pero Trillas sabía muy bien lo que se hacía. Esperó a que en el muelle hubiera cuatro grandes barcos rebosantes de tablones, y entonces los descargadores no aparecieron por el sitio habitual de la «plaza». Como el trabajo urgía, los capataces se apresuraron a contratar a cuantos hombres encontraban por el puerto en busca de un trabajo cualquiera. Era un recurso desesperado, porque no es lo mismo descargar trigo o carbón, que tablones de madera, pues este trabajo es cuestión de equilibrio. Es decir, que en la bodega de los barcos los hombres deben saber colocar los tablones casi artísticamente y pasar las cadenas de las grúas exactamente en el sitio para que, al elevarse, guarden el equilibrio necesario y no se deslicen y caigan. Y eso no es fácil para quien no lo ha practicado. Después, los hombres de cubierta y los de muelle deben saber cargarse los tablones, sin titubear, en el justo medio de la almohadilla de cuero que llevan en el hombro, también para el equilibrio. Empezó el intento de descargar, por

los no aptos, y en diez minutos el desbarajuste era tremendo. Los tablones colgaban de las puntas de las cadenas, y, a veces, caían, de nuevo, a la bodega, con gran peligro de los que estaban abajo; y los que tenían que cargarse los tablones perdían un tiempo precioso tratando de equilibrar el peso, cosa que casi nunca conseguían.

Mientras tanto, los huelguistas no intentaban la menor coacción; se limitaban a pasear por el puerto y reírse ruidosamente de los fracasos de los esquiroles, con gran desespero de éstos. El conflicto duró tres días, porque los caps de colla o capataces se agarraban cuanto podían, pero las empresas madereras y las de navegación comprendieron que les era más conveniente entenderse con los que conocían su trabajo que con aquellos aficionados que no acababan nunca su trabajo. Y se firmaron las bases íntegramente, como las había presentado el sindicato.

Seis meses después, el sistema implantado por los de la madera era generalizado a todo el puerto. Se hizo un censo de los auténticos portuarios, acabando con los aventureros, y, lo que es más, sin que nadie hubiera hablado de ello, desapareció el latrocinio tan corriente en todos los puertos.

Como todas las cosas no salen del todo bien, el mal en el puerto de Barcelona fue que Trillas y sus seguidores mantenían una organización autónoma sindical, y ello porque casi todos los antiguos capataces eran de la CNT, y ese organismo, con muy mal acierto, no los expulsó de su seno. Y el hecho de no tener en sus manos cosa tan importante como era el puerto, irritaba mucho a los sindicalistas anarquizantes. Esta competencia

producía muchos males, porque si los del puerto disponían de una organización invulnerable, ocurría que los carreteros y chóferes que acudían al puerto a sacar o llevar mercancías, eran casi todos cenetistas, y jamás estaban de acuerdo unos y otros en la conducta a seguir.

Pero volvamos a nuestros amigos y a la misión que habían emprendido. Veían que los carreteros y camionistas acudían regularmente al trabajo, y esto era lógico, porque la CNT no secundaba la huelga. Por otra parte, el personal portuario trabajaba porque nadie les había dicho lo contrario. A los del transporte habría sido inútil e incluso peligroso el insinuarles que pararan. Quedaba la posibilidad de los portuarios. Si éstos paraban, el transporte no tenía otra salida que retirarse. Y sólo Trillas le ofrecía a Alfredo una posibilidad.

Mirando y preguntando, no pararon hasta encontrar a Trillas. Dieron con él en el muelle de España, frente a un barco cargado de madera y ondeando el pabellón sueco en su popa. Trillas dirigía la carga de los tablones en unos camiones de grandes plataformas. Se saludaron muy cordialmente, y sin perder tiempo, Alfredo le hizo saber a su amigo el objeto de la visita. Muy pensativo quedó Trillas, que llamó a un ayudante suyo y le encargó de su trabajo. Después, los tres amigos echaron a andar camino de la plaza Palacio. Alfredo le explicaba al portuario la situación, que se presentaba bien, pero que pudiera malograrse de seguir saliendo y entrando del puerto carros y camiones. Trillas decía comprender, pero no se atrevía a enfrentarse con los de la CNT, que tantos disgustos le había costado, y, además, diversas veces, amenazas de muerte (que, desgraciadamente, se cumplieron absurdamente en julio de 1936). Alfredo argüía que

no había necesidad de enfrentarse con nadie; si se lograba parar la carga y descarga, carros y camiones no tendrían más remedio que retirarse. Les llevó Trillas hasta una taberna del Paseo Nacional, y allí, sentados ante una mesa, siguieron discutiendo. Alfredo se dio cuenta que su amigo rabiaba por secundar el paro, pero acaso temiera un fracaso que mermara su prestigio. Por ello, el tipógrafo siguió argumentando, haciéndole saber cómo todo el transporte público estaba parado y, más que probable, las fábricas de tejidos.

En esto estaban, cuando vieron pasar, camino del Paseo de Colón, muchos obreros formando grupos y discutiendo animadamente. Salió el hijo de Alfredo a ver quiénes eran y volvió inmediatamente con la buena nueva de que eran los metalúrgicos de La Maquinista, que junto con los de Vulcano, habían abandonado el trabajo.

Esto acabó de decidir al portuario, que pidió permiso al dueño de la taberna para mandar al camarero a buscar a algunos encargados de la carga y descarga. Accedió el tabernero y el chico salió a buscar a quienes le habían encargado. Antes de quince minutos, se reunían allí media docena de hombres que saludaron efusivamente a Alfredo. Trillas expuso la situación y les pidió su opinión. Resultaba que ya algunos de ellos se habían dado cuenta de lo que ocurría en la ciudad, por lo que decían los carreteros y camioneros, y estaban bien dispuestos a indicar a los trabajadores del puerto la conveniencia de secundar el movimiento. Llegaron, pues, a un acuerdo inmediatamente. Trillas le dijo a su amigo que ya podía marchar tranquilo, y asegurar al comité de la Alianza Obrera que el puerto no se quedaba atrás, y eso antes de una hora. Un poco teatralmente,

y aunque lo que había en los vasos no era más que cerveza, se pusieron todos en pie y brindaron por la «libertad». Con aquella palabra no podía haber controversia.

Después de distribuir fuertes apretones de manos, al despedirse, padre e hijo, tomaron camino hacia las Ramblas, para darse cuenta de la amplitud que tomaba la huelga, mientras se encaminaban al local de su sindicato. En Capitanía General parecía existir expectación, pues las grandes puertas de la entrada principal estaban entornadas y había dos centinelas, en lugar de uno solo, como era de costumbre. Todas las agencias de transportes marítimos que ocupan los bajos de las casas del Paseo de Colón tenían las puertas metálicas a medio bajar y el personal estaba en la acera, haciendo comentarios. Ángel quería que se hiciera marchar a aquellos pixatinters, pero su padre le adujo que no hacía falta perder allí el tiempo. Los locales a medio cerrar y el personal en las puertas ya decían bastante, y el objetivo estaba cumplido.

–Seguramente –dijo–, a la primera alarma, todas las puertas bajarán del todo y el personal quedará encerrado.

En el Gobierno Militar de la Puerta de la Paz, también las puertas estaban cerradas, pero aquí no se veía centinela alguno, y lo mismo ocurría donde estaban los Juzgados Militares, junto a la iglesia de Santa Mónica, que, ésta, estaba abierta plácidamente.

El tráfico de vehículos era muy escaso. Tranvías, ni uno. Algunos automóviles particulares y también algún que otro taxi. Al llegar a la plaza del Teatro, tuvieron una sorpresa que les llenó

de entusiasmo. Bajando sin gran prisa por la calzada de la izquierda, llegaba un magnífico auto negro, que pintado con blanco de España, ostentaba en sus puertas las iniciales AO, que inmediatamente interpretaron como Alianza Obrera, y, además, como vehículo incautado. El movimiento empezaba a tomar forma y con un aspecto francamente revolucionario. Llenos de impaciencia, casi corrieron Ramblas arriba hasta la calle Puertaferri, donde estaba el local de su sindicato. Allí aumentó el entusiasmo: los coches incautados, allí estacionados, eran cuatro. El local rebosaba de gente, no inmóvil, sino arriba y abajo. Las puertas de la secretaría se abrían continuamente porque, también de continuo, entraban y salían individuos que parecían tener grandes informaciones que entregar, o salir a cumplir serios encargos. Unos cuantos chicos de las Juventudes del BOC se apoderaron de Ángel, y, bromeando, le decían que se había dormido en un día como aquél. El muchacho no aceptaba el reproche y empezó a explicar la doble tarea que habían cumplido padre e hijo. Se despidieron éstos hasta la hora de comer, si era posible. Con los jóvenes marchó Ángel, quien sabe a qué cometido. Alfredo se adentró en la secretaría, que ocupaba el flamante comité de Alianza Obrera. Allí el optimismo era grande. Apenas eran las diez de la mañana, y ya se podía dar como un éxito la huelga general. De las barriadas llegaban continuamente delegados dando cuenta de que no había apenas resistencia a parar. El recurso de sacar a las mujeres a la calle en primer lugar, había dado un resultado magnífico. Le preguntaron a Alfredo qué sabía de la Prensa y qué opinaba de su salida, o no, aquella noche. Éste contestó que no sabía nada de la prensa ni qué actitud tomaría el personal, porque, en realidad, en los talleres de los diarios barceloneses, el personal estaba, en su mayoría, afiliado a un sindicato autónomo,



conocido por el Poli (el piojo), y una minoría era de la CNT. Tras algo de discusión, se convino en no forzar la mano con la prensa, aunque se procuraría convencer al personal por las buenas. Para ello comisionaron a Alfredo, para que saliera con otros amigos a visitar los talleres, que ya estarían empezando a preparar las ediciones de la noche.

Maurín, ceremoniosamente, entregó a Alfredo una cartulina color rosa, en la cual unas grandes letras decían: «COCHE –Responsable Alfredo», y debajo una firma ininteligible y un bonito sello indicando: Alianza Obrera – Catalunya, octubre 1934.

Alfredo «requisó» a sus amigos Sagrera, Saló y Barceló, y bajaron, los cuatro, a la calle, donde, eligiendo uno de los tres coches allí estacionados y que lucían las siglas AO, mostraron al chófer la cartulina y ya no tuvieron más que indicar direcciones. El paso de aquellos coches incautados –pues todos lo eran–, despertaba una gran curiosidad, por la novedad, produciendo en unos una gran alegría, y en otros una preocupación. Aquello era nuevo, y las cosas nuevas siempre causan inquietudes.

La peregrinación de los gráficos por las imprentas de los diarios no fue un éxito. En todas partes les decían que no tenían órdenes, que ya verían, que faltaba llegar la mayoría del personal..., en fin, se veía claro que no querían comprometerse y obrar según se presentaran las circunstancias.

Estando en la redacción de *El Día Gráfico*, hablando con Mario Aguilar, el director, que se mostraba conciliante, entró un redactor, que dijo emocionado:

-Atención: la radio acaba de decir que en seguida hablará una delegación del comité regional de la CNT.

Acudieron todos ante el aparato receptor. Y era verdad, Una voz desconocida hablaba en nombre de la CNT, comité regional, diciendo y repitiendo que en el organismo sindical no se había acordado huelga alguna y que los trabajadores no deberían tomar ninguna actitud que no fuera ordenada por los sindicatos. Alfredo quedó consternado, pues jamás pudo suponer que los faístas (pues no podían ser más que ellos), llegaran a tanta majadería. Pero como la cosa era grave, se imponía obrar con rapidez. Y como en tantas otras ocasiones, decidió obrar por cuenta propia, «dando cuenta después» de su conducta. Sin embargo, contó, claro está, con los otros que le acompañaban y también telefoneó al comité de Alianza Obrera, con quien tuvo las siguientes palabras:

-¿Os habéis enterado de lo que acaba de decir la CNT por la radio?

-Sí; nos lo acaban de decir.

-¿Y qué pensáis hacer?

-Vamos a salir inmediatamente para la radio, a fin de parar el golpe.

-Si mi opinión puede interesar, os diré que no hagáis eso. Nada de polemizar. Lo interesante es que esa desdichada declaración no sea repetida y que la prensa de la noche no la publique. De esa manera habrán muchas dudas y eso es lo mejor que puede ocurrir. Para ello, claro está, nos conviene que esta

noche la prensa aparezca, pero no publicando más que aquello que nos sea favorable. Nosotros nos encargaremos de que sea así para *La Noche* y *El Noticiero Universal*; además, procurad convencer a la Esquerra de que saquen una edición especial de *L'Humanitat*. ¿Qué os parece?

–Escucha, espera unos minutos y te diremos lo que sea.

Pasó un cuarto de hora antes de que le llamaran al teléfono. Y le dijeron:

–De acuerdo. Seguramente saldrá *L'Humanitat*. Pero procura estar aquí a primera hora de la tarde, porque tenemos un proyecto para el cual necesitamos de vosotros.

–Bien; hasta luego.

Colgó el auricular y comunicó a sus amigos lo que había. Con Mario Aguilar no hubo conflicto. El hombre prometió que no se daría por enterado de lo dicho por el comité regional de la CNT, y que, además, publicaría, bien visible, las instrucciones de Alianza Obrera, y lo mismo haría, a la mañana siguiente, con *El Día Gráfico*.

Montaron de nuevo en el auto y fueron a la calle Lauria, descendiendo frente al edificio de *El Noticiero Universal*. Entraron por los talleres, donde su presencia causó mucha expectación. Vino a ellos el encargado, con gesto interrogativo. Le calmaron, sonrientes, diciéndole que no había orden de parar. Al hombre pareció quitársele un gran peso de encima. Por el teléfono interior pidieron hablar con la Dirección. Les indicaron que subieran en seguida. En el despacho directorial

encontraron a un señor a quien no conocían, el cual les aseguró que estaban a sus órdenes. Explicaron los delegados sus pretensiones y el señor aquel prometió que todo se haría según sus deseos. Sacaron la impresión de que lo mismo aseguraría a cualquiera que pudiera presentarse después. Al volver a pasar por los talleres, se les acercaron dos obreros, un corrector y un linotipista que estaban afiliados a la FGE de la UGT, y les dijeron que ellos velarían para que en el periódico no apareciera aquella mala trastada del comité regional de la CNT.

Como ya era hora de comer, acordaron que el coche les iría dejando en sus domicilios, y que se encontrarían, lo antes posible, en el local de la calle Puertaferri. En su casa, Alfredo se encontró con que el hijo no había acudido a comer, pero de la tienda de comestibles donde hacían sus compras les avisaron que Ángel había telefoneado para que no le esperaran. Esto no le gustaba nada a Alfredo, porque tenía la manía de querer saber, siempre, dónde estaban sus hijos, en momentos de peligro, pero no lo manifestó al resto de la familia para no dar lugar a discusiones con su mujer, la cual tenía la cara seria y cerrada de los malos días. En cambio, la pequeña Aurora, su hija, tomaba todo aquello como una fiesta y quería, a todo trance, que su padre la llevara con él. Claro es que no accedió.

Durante la comida no dejaron de oír, por la radio, las soflamas de Dencás, asegurando que todo el pueblo catalán estaba en pie y que había llegado la hora de la verdad. Los discursos alternaban con la música patriótica, especialmente *La santa espina* y *Els segadors*. Pero de la Generalitat no decían nada.

El vecino de al lado vino a ver a Alfredo, en mal de noticias. Los dos convinieron en que las soflamas de Dencás sonaban a falso. Les inquietaba, además, el silencio del resto de la península. Sin embargo, querían esperar que aquella noche ocurrieran cosas definitivas.

Apenas tomado el café, se despidió de su mujer y de su hija, recomendándoles que no anduvieran mucho por la calle, por lo que pudiera ocurrir.

La ciudad ofrecía el aspecto de un domingo «raro». Es decir, que el comercio estaba cerrado, había mucha gente paseando, pero faltaba el tránsito rodado. Esto le recordaba a Alfredo la época, ya atrasada, en que por Semana Santa no circulaban vehículos el jueves y viernes santos. Otra cosa que desentonaba eran los guardias, que iban de cuatro en cuatro, con la tercerola colgada al hombro. Como novedad, podía observarse que algunas de estas dobles parejas iban acompañadas de dos o tres jóvenes armados con Winchester. ¡Sin duda eran los famosos escamots de Dencás! Pero en todas las gentes se notaba una gran tranquilidad. La gente, seguramente, creía que aquello iba a ser una repetición de la verbena del 14 de abril de 1931.

Al llegar a la Ronda San Antonio, pudo ver algunos autos marchando a toda velocidad, arriba y abajo. Unos ostentaban las siglas AO, otros una banderita con las cuatro barras, pero todos deberían tener mucha prisa.

Por las calles de San Antonio y del Carmen, desembocó en las Ramblas; allí la concurrencia era muy grande, y en diferentes grupos se discutía acaloradamente. Se adentró por la

Puertaferriosa y le chocó no ver los coches estacionados de la AO. A la puerta del local había un muchacho que, por lo visto, tenía la misión de indicar el nuevo local de la Alianza Obrera. Obrando en revolucionario, los componentes del comité se habían incautado del antiguo local del Fomento del Trabajo Nacional, sito en la plaza Santa Ana, esquina a la calle del mismo nombre (por entonces el Fomento del Trabajo Nacional se había instalado en un magnífico edificio de la Vía Layetana). En aquel antiguo caserón, de amplia entrada, se veía en seguida que «se estaba en revolución». Ante la puerta, lo primero que vio Alfredo fue a su propio hijo, Angel, haciendo de centinela, con un fusil al hombro. Sin poderlo remediar, se echó a reír. Después, haciendo el serio, se acercó y preguntó, cortésmente, si le sería posible subir a ver el comité. El chico se puso a reír y allí se acabó la disciplina, que, por otra parte, no era severa, puesto que no dejaban de subir y bajar hombres y mujeres, sin preocuparse del centinela. Luego supo Alfredo que la guardia no disponía más que de aquel solo fusil, que se pasaban, unos a otros, en los relevos.

Arriba, en las salas destartaladas, había una actividad febril. Sin duda se habían nombrado muchas comisiones y comités, porque en cada sala, grande o pequeña, habían unos hombres reunidos, unos de pie, otros sentados en sillas desparejadas, salidas de quién sabe dónde. Todos discutiendo gravemente, dando órdenes a los que entraban y salían. El Comité Central estaba reunido permanentemente en un gran salón, cuya cerrada puerta estaba guardada celosamente por el conocido bloquista «Trotski», que ejercía de cancerbero con harta seriedad. A él se arrimó Alfredo y le dijo que hiciera el favor de comunicar a los de dentro que él, Alfredo, necesitaba, si no

verlos –cosa, por lo visto, difícil–, al menos recibir instrucciones. Entróse «Trotski» por la entreabierta puerta y volvió a cerrar cuidadosamente. Salió casi inmediatamente y le manifestó que se esperara un momento. Aquello le hizo el efecto de un escopetazo, y su primer impulso fue mandarlos a hacer puñetas a todos y volver a casa. Ya se dirigía a la puerta, cuando vio entrar a Sagrera, arrastrando su pierna coja. El lisiado le preguntó que a dónde iba y Alfredo, muy enojado, le manifestó que se marchaba a paseo, pues aquellos fantasmones del Comité se permitían el lujo de hacerle efectuar antesala, y «como él no los necesitaba para una mierda», se marchaba. Sagrera le pidió que se esperara un minuto, que él entraría a ver el motivo de la antesala y Alfredo vio, estupefacto, como Sagrera saludaba a «Trotski» y entraba en la «sala secreta» sin ni siquiera llamar. Tascó el freno y consultando su reloj se prometió no esperar más de tres minutos, pasados los cuales se marcharía con viento fresco. No hubo lugar a ello, porque al segundo minuto Sagrera sacó la cabeza por la puerta y le indicó que entrara.

La sala que ocupaba el Comité Ejecutivo de Alianza Obrera estaba en el mismo estado de abandono que el resto del edificio. En un testero había una mesa muy grande con tapete verde, lleno de manchas, encima papeles, paquetes de tabaco y dos botellas de coñac, amén de unos vasos de formas y tamaños diferentes. Sentados en sillas de varias procedencias, estaban Maurín, Salas, Colomer, David Rey, su hermano José, Pep Rovira y otros más. Nada más entrar, Maurín acogió a Alfredo con amplia sonrisa y le explicó que había ocurrido una equivocación, pues el «Trotski» había dicho que afuera estaba el «Ros», y por eso no le habían facilitado la entrada. Alfredo no se molestó en

refutar aquella mala explicación y pidió instrucciones estrictas para el sector de Artes Gráficas, si las había; de lo contrario, se marcharía a pasear.

Maurín, para apaciguarlo, le explicó cómo estaba la situación, o, al menos, lo que quiso decirle sobre la misma.

A Alianza Obrera se habían adherido las sociedades y sindicatos de la UGT, principalmente los de Artes Gráficas, que habían nombrado a Arellano como delegado, el cual ya se había presentado. Los contraмаestres de El Radium también habían mandado su adhesión, así como los obreros del puerto; Trillas había estado allí a primeras horas de la tarde. El Centre de Dependents del Comerç i de Industria estaba con Alianza Obrera y parecía ser que allí contaban con algunas armas. Los escamots no obedecían más que a Dencás y a Badia, los cuales no se movían del edificio de Gobernación. Estos escamots estaban todos armados con Winchester, pero Maurín no tenía gran confianza en su acción, cuando llegara el momento. Los comunistas seguían sin saber qué hacer, por falta de órdenes. Las armas prometidas por Dencás y Badia no llegaban y en aquel cuartel general no había más que pistolas, un fusil (el de la guardia de la puerta) y dos docenas de bombas de mano.

Se esperaba, de un momento a otro, una proclama de Companys, declarando la República Catalana, dentro de la República Federal Española. Y entonces se vería claro qué rumbo tomaban las cosas.

–En estas condiciones –le dijo Maurín– hemos creído conveniente que tengamos preparada la salida de un diario de



Alianza Obrera, y para ello debemos incautarnos de los talleres de *El Matí*, diario católico. Y, naturalmente, contamos contigo y tu equipo para esta incautación y salida del periódico Alianza Obrera, que será bilingüe. Ya hemos dado las órdenes para que, a las nueve de esta noche, dos coches trasladen a nuestros hombres a la imprenta de *El Matí*...

Alfredo, que hasta entonces había escuchado con resignación, no pudo contenerse más, y saltó:

–Pero, ¿cuándo puñetas os acostumbraréis a hacer las cosas mejor? Y, sobre todo, ¿cuándo encargaráis las cosas a su especialista? Habéis decidido incautaros de *El Matí*, que es el que está más lejos del centro, grave inconveniente. El personal es todo amarillo y habrá que hacerle trabajar pistola en mano. Y eso si está en la imprenta, pues pudiera ocurrir que, según vayan las cosas, y por falta de transporte, no acudieran a la calle Marina los operarios. Además, la rotativa de *El Matí* es una birria y no tira más de 25.000 ejemplares y a sólo cuatro páginas. ¿Por qué no incautarse de *La Vanguardia* o de *Las Noticias*, en pleno centro, tan fácil de defender y con gran parte de personal simpatizante?

Maurín replicó que cuando se había tomado el acuerdo, estaba presente Sagrera, también de los gráficos, y nada había objetado. Y ahora ya era tarde para rectificar, puesto que ya se habían dado las órdenes.

Alfredo se puso en pie y dijo:

–Bueno, pues que se encargue de todo Sagrera. Salud.

Y tomando la puerta, se marchó fuera de la sala.

Salió tras él David Rey, que no dejó que se marchara a la calle, y le estuvo sermoneando amigablemente más de un cuarto de hora. Una vez más, se dejó convencer y entre los dos acabaron de ordenar lo que había que hacer, siguiendo, en lo posible, las órdenes ya dadas. Alfredo, con sus amigos de confianza, estarían, a las ocho, en el bar del Isidro, de la plaza San José Oriol. Allí acudiría el propio David, con un buen grupo de gente decidida, así como los «redactores». Todos juntos se dirigirían a los talleres de *El Matí*. Si fuera preciso, se iría a buscar al personal a domicilio. Como condición impuesta por Alfredo, no acudirían a aquel trabajo ni Sagrera, por su defecto físico, ni el «Manco», por sospechoso. Sin volver a entrar en la «sala grande», Alfredo salió a la «sala de los pasos perdidos», donde había mucha gente esperando órdenes. Con los gráficos que allí encontró, formó su equipo: Saló, Barceló, Ángel (su hijo), Barrera (el sobrino de Martín, Consejero de Trabajo), Vizcaíno (maquinista) y dos muchachos de las juventudes, que estaban acabando el aprendizaje. A todos les ordenó la concentración en el bar del Isidro.

En esto se produjo un gran revuelo. Era que había llegado el comandante Pérez Farras, jefe de los mozos de escuadra, única fuerza efectiva con que podía contar la Generalitat. Avanzó, sonriente, por entre los grupos. Iba vestido en uniforme casi de campaña: leguis, correa y pistola de reglamento al cinto. «Trotski», al verle, se puso «firme» y, saludando militarmente, abrió la puerta de la sala que guardaba tan celosamente. Alfredo comisionó a Barceló para que entrara tras del comandante y se enterara de lo que diría. Barceló entró sin mirar siquiera al

portero. El militar estuvo escasamente quince minutos, entrevistándose con los de Alianza Obrera. Cuando salió, su sonrisa ya no era tan fraterna.

Barceló salió también y explicó lo que había sido aquella entrevista. El jefe de los mozos de escuadra manifestó que él estaba decidido a todo, y todo saldría bien si los súbditos de Dencás cumplían como era debido, esto es, apoderarse de los puntos neurálgicos de la ciudad. La policía era de la Generalitat y debería cumplir las órdenes; la guardia civil, por lo menos, quedaría neutral. Por lo que se refería al ejército, el capitán general, Batet, estaba indeciso, pero era seguro que si salía una fuerza seria y decidida contra él, cedería, «para no derramar sangre de hermanos»; ésta era la forma encontrada. Después preguntó qué pensaba hacer Alianza Obrera. Maurín le explicó que ya había podido ver que lo que se había hecho hasta el momento todo era obra de Alianza Obrera, pero que si había que batirse, sólo podría hacerse si llegaban las armas y las municiones prometidas.

–Aquí –dijo Maurín–, ya ve usted que tenemos en estas salas más de mil hombres esperando. En las barriadas hay más de dos mil, pero sólo tenemos «un fusil».

Pérez Farras prometió apretar a Dencás para que enviara todas las armas, pero a Barceló le pareció notar que el militar no parecía seguro de que le hicieran caso.

Cuando empezó a bajar la luz natural, encendieron unas pobres bombillas que pendían del techo, en los sitios en que antes seguramente habían ocupado magníficas lámparas de

araña. También alguien había conectado un aparato de radio, a cuyas emisiones casi nadie prestaba atención. Pero, de repente, paró la música y una voz clara y potente empezó a gritar:

–¡Atención, atención! ¡Catalanes, catalanes! ¡El señor Companys, presidente de la Generalitat, se dirige a todo el pueblo!

Esta llamada se repitió varias veces, y, por fin, se oyó la voz del presidente, que se expresaba en su idioma, claramente, reposadamente, pero sin poder ocultar una gran emoción. He aquí aquella histórica proclama:

–La Catalunya liberal, democrática y republicana, no puede estar ausente de la protesta que se levanta por todo el país, no puede quedar silenciosa ante sus hermanos que, en tierras españolas, luchan hasta la muerte, por el derecho y la libertad. En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlament, el gobierno que presido asume todo el poder en Catalunya y proclama el Estat Catalá, dentro de la República Federal Española, y para facilitar la protesta general contra el fascismo, invita al Gobierno provisional de la República Federal a venir a establecerse en Barcelona.

Por lo que significaba la segunda parte del discurso, todo el mundo supuso que existía un acuerdo entre la Generalitat, los socialistas y los republicanos de izquierda, y con mayor motivo por el hecho de la presencia de don Manuel Azaña en la Ciudad Condal.

El discurso de Companys produjo una enorme sensación en todas partes, pero, si no tenemos que mentir, diremos que esa

sensación estaba muy lejos del entusiasmo arrollador del 14 de abril de 1931. La sensación era interrogativa. El pueblo no negaba su apoyo al presidente, pero le faltaba la confianza en el éxito. Sólo salieron a la calle, dispuestos a todo, los eternos quijotes de todas las asonadas, pero la masa general se quedó, prudentemente, en casa, a la espera de los acontecimientos. Los escamots, a pesar de estar armados, y tal vez por eso mismo, no se movían de sus centros, y ni siquiera fueron capaces de acudir a defender la Generalitat cuando las tropas atacaron el edificio. Si las escasas tropas, no decididas ni guerreras, que atacaron la Generalitat, se hubieran visto atacadas por detrás, es seguro que la desbandada habría sido general. Había muchas pruebas de ello.

Como entre los que esperaban cundía la impaciencia y se aumentaban los rumores, se decidió que Maurín dijera algo. Las cuatro salas que antecedían a la principal estaban repletas de hombres nerviosos e impacientes, las escaleras estaban también concurridas, y en la misma calle se habían formado muchos grupos. Maurín habló con los balcones abiertos para que le oyeran desde fuera. Fue corto y concreto. Aseguró que Alianza Obrera estaba en todo y por todo al lado del Presidente Companys. Que si no habían llegado las armas, era seguramente debido a que el gobierno de la Generalitat no tenía prisa en entregarlas, sin duda porque no se consideraba en peligro. «En lo cual –añadió– acaso se engañe» y terminó:

–El pueblo está en la calle y reclama armas para defender la legalidad. Si no se le dan, que quien sea culpable cargue con la responsabilidad.

Después se hizo correr la voz de que los de las barriadas se concentraran en ellas y no perdieran de vista a los escamots para ver lo que hacían con sus fusiles. Era la primera insinuación de apoderarse de aquellas carabinas que no iban a servir.

Las salas se aclararon bastante en hombres; muchos de los que quedaron improvisaron cenas a base de embutidos, pan y vino, que era raro haber encontrado, porque todo el comercio estaba cerrado, pero como le explicó un comilón a Alfredo, todas las tiendas tienen una segunda entrada.

Alfredo terminó por recoger su equipo y marchó hacia el bar del Isidro, como se había convenido. En el bar se reunieron hasta diez gráficos, dispuestos a esperar pacientemente a que les vinieran a buscar. La radio seguía alternando la repetición del discurso del Presidente, con las llamadas patéticas de Dencás a los rabassaires, incitándoles a venir a Barcelona a defender la Generalitat en peligro. A Alfredo le parecía muy raro que ni una vez se diera noticia de los acontecimientos. Nada más que el discurso del Presidente, las llamadas de Dencás y *Els segadors*.

Poco a poco el tránsito fue disminuyendo, y cuando fue noche cerrada apenas pasaba nadie por la plaza San José Oriol y calles adyacentes. El bar tenía las puertas metálicas a medio bajar. El dueño, gentilmente, improvisó una buena cena para todos, afirmando, socarronamente, que «los duelos con pan son menos». Parecía anunciar la derrota.

Pasaba el tiempo y no llegaba nadie a buscarles. Repetidas veces salió uno de ellos acercándose al local de la plaza Santa

Ana, para enterarse de cómo iban las cosas, pero siempre volvía con las mismas noticias: todo el mundo esperaba.

La impaciencia se volvió aburrimiento. Alfredo no lo quería decir, pero estaba bien convencido de que nadie vendría a buscarles. Hacia las diez de la noche tuvieron la primera amarga sorpresa: empezaron a oírse disparos de fusil muy cercanos. Prestando atención, se dieron cuenta de que el tiroteo debería tener lugar por los alrededores de la Generalitat. De nuevo salió un «enlace» al local de Alianza Obrera, a preguntar qué había que hacer ante lo que ocurría. Volvió el joven con la misma respuesta: esperar. En la plaza Santa Ana, parecía que no sabían mucho más que en el bar.

La segunda sorpresa fue sentirse francamente agredidos. En efecto, sobre la persiana de hierro, a medio bajar, hicieron blanco algunos disparos, por suerte, sin consecuencias. Se retiraron todos a la trastienda, y sin perder la serenidad, empezaron a discutir la jugada. Lo primero, que acordaron fue bajar del todo la puerta, para evitar visitas «inoportunas». Para ello empezaron por apagar la luz, y después de esperar un buen rato, bajaron la puerta lentamente, sin hacer ruido y exponiéndose lo menos posible. Después se pusieron a discutir sobre el lugar que podían ocupar los agresores. Esto no lo pudieron averiguar hasta el día siguiente, a plena luz. Por la dirección de los orificios en la puerta, de arriba abajo, y de izquierda a derecha, no había duda alguna de que habían disparado desde una torrecilla lateral de la iglesia del Pino, mal que pese a Luis Romero. Lo que no supieron jamás fue si fueron militares o civiles.

La tercera sorpresa fue la escandalosa salva de disparos de cañón, que entre aquellas estrechas calles sonaban tremendamente. Ya no cabía duda. Los soldados atacaban y nada menos que con artillería. Por lo menos aquello parecía demostrar que la Generalitat no se rendía fácilmente y que Pérez Farras cumplía su palabra.

Los disparos contra la puerta se repitieron tres o cuatro veces, pero con largas intermitencias. Alfredo y sus amigos estudiaron la situación y consideraron que hartos habían esperado, y que lo mejor era trasladarse al Estado Mayor y correr la suerte de todos los demás. Isidro les hizo saltar por una ventana a un patio interior, de éste a una escalera que daba a la plaza del Pino, frente a la fachada principal de la iglesia. Salieron en fila india, pistola en mano, y se adentraron por la calle Roca. Este camino estaba fuera del campo de acción de los disparos que ellos suponían que habían sido hechos desde la torrecilla lateral de la iglesia. Hacia media calle, les echaron el alto desde la esquina de la calle Puertaferri. Contestaron gritando: «¡Alianza Obrera!»

–¡El santo y seña! –gritaron los otros.

Alfredo gritó:

–¡No seas idiota! No lo sabemos, pero venimos del bar. Soy Alfredo.

–¡Avanza tú solo!

–¡Allá voy!



Y empezó a andar. Ángel quería acompañarle, pero le rechazó enérgicamente. A veces el miedo dispara las pistolas.

Avanzó, pues, solo. Los tres hombres que estaban en la esquina, pistola en mano, afortunadamente, le conocían, y pronto todo el grupo pudo dirigirse al local de la plaza Santa Ana. Allí todo el mundo estaba medio desmoralizado. Incluso algunos habían marchado, aburridos. Supo Alfredo que hacía un rato había salido Pep Rovira, acompañado de otros dirigentes, con el ánimo de ver a Companys e incitarle a emprender una retirada al interior de Catalunya, para proseguir la lucha. Antes de media hora volvieron Rovira y sus acompañantes. Se les veía desanimados. Entraron en la sala del comité y salieron junto con Maurín y demás miembros de Alianza Obrera. Por cierto, que entre ellos estaba Del Barrio, del Partido Comunista, que había llevado la adhesión de su partido después de las diez de la noche.

Hecho el silencio, Rovira explicó la gestión y el resultado. Habían ofrecido al Presidente de la Generalitat la seguridad de poder salir del edificio y establecer el Gobierno en un pueblo del interior. La prueba de que eso podía hacerse era la presencia, dentro del edificio de la Generalitat, del propio Rovira y sus acompañantes, a pesar de las tropas y de la artillería. Companys abrazó, emocionado, a Rovira, y le dijo que jamás olvidaría aquel gesto, pero que el gobierno había acordado, ya, rendirse, porque ni en Barcelona ni fuera el pueblo respondía con la necesaria energía, y sería locura hacer resistencia con un centenar de mozos de escuadra, que hartos habían hecho con impedir el acceso de las tropas al edificio.

Como Rovira preguntara qué hacían Dencás, Badia y «sus tropas», el presidente le alargó el auricular del teléfono directo con el edificio de la consejería de Gobernación. Rovira llamó inútilmente a Dencás y a Badia. ¡En Gobernación ya no había nadie! ¡Y allí las tropas no habían atacado!

Salieron Rovira y los suyos, tras emocionante despedida, y se volvieron a Alianza Obrera.

Este episodio, «rigurosamente histórico», demostró lo flojo del ataque a la Generalitat, puesto que los de Alianza Obrera pudieron llegar a la puerta posterior del edificio, atravesando la plaza Nueva y subiendo por la calle del Obispo. El ataque a la Generalitat fue puramente «frontal». Era evidente que, entregándose, Companys y su gobierno, querían evitar una lucha sangrienta, sin posibilidades de éxito. Además, acaso ya contaban con la posible explotación del sentimentalismo del «Gobierno cautivo» y de los centenares de presos que, forzosamente, habría.

Parece ser que Companys no pudo, en todo el día, ponerse en comunicación con el Presidente de la República, Alcalá Zamora, ni tampoco con Lerroux. Telefoneó al capitán general de la Región Militar, general Batet, y éste manifestó que no tendría más remedio que cumplir las órdenes que recibiera de Madrid, pero ya sabemos cómo lo hizo.

De pronto paró el tiroteo y el intermitente cañoneo. Y tras unos minutos de silencio, se oyó la triste voz del Presidente de la Generalitat, diciendo que, para evitar mayores males, su

gobierno se rendía, asumiendo, él, Companys, toda la responsabilidad de lo ocurrido.

Dencás y Badia no sólo no entregaron las armas prometidas a Alianza Obrera, sino que no consiguieron movilizar a los rabassaires, los cuales no hicieron caso de las llamadas desesperadas que lanzaba Dencás por la radio, invitándoles a venir a Barcelona, para defender la Generalitat. Y ya hemos dicho cómo los escamots, en su totalidad, se marcharon a casa, abandonando las armas. Muchas de aquellas armas fueron recogidas amorosamente por elementos del BOC y los anarquistas, y enterradas. En julio de 1936 salieron a relucir muy eficazmente.

Dencás y Badia escaparon por un subterráneo del caserón y pasaron a Francia, a respirar mejores aires.

Ante la caída de la Generalitat, era evidente que Alianza Obrera no tenía nada que hacer por el momento; por eso se dio la consigna de retirarse prudentemente a casa, pero no perder el contacto en días sucesivos, para obrar según aconsejaran las circunstancias. Al cuarto de hora, aquel local quedó completamente vacío, y en la plaza Santa Ana y Puerta del Ángel, dos hileras de coches, con las siglas AO, quedaron abandonados, esperando la llegada de sus primitivos dueños.

Sin embargo, hubo dos episodios que no se pueden olvidar. Uno de ellos fue la resistencia desesperada que hicieron en el Centre de Dependents del Comerç i de industria un grupo de militantes del Partit Catalá Proletari. Atacados, al parecer, por fuerzas salidas del cuartel de Atarazanas, aquellos bravos

muchachos se negaron a rendirse a los soldados, que no entraron en el edificio hasta que se hizo de día. El parte oficial que se publicó decía que se habían encontrado los cadáveres de dos hombres, que resultaron ser Jaime Compte y Manuel G. Alba. El primero se recordará que fue el promotor del célebre y frustrado atentado de Garraf, contra Alfonso XIII. La muerte de Compte y Alba en el Centre de Dependents no ha estado nunca clara, pues hubo ya entonces quienes supusieron que, dada la contextura de la fachada de aquel edificio, era muy difícil que desde la Rambla pudieran ser heridos los defensores. Además, no se supo, ni entonces ni después, de otros probables heridos. La suposición de un asesinato no ha quedado nunca descartada.

El otro episodio, éste bien claro, y más espectacular, fue lo ocurrido con un grupo de muchachos del BOC, que al marcharse del local de Alianza Obrera, decidieron ocupar un par de camiones y acudir a ver «qué pasaba» por los pueblos cercanos. Acaso no hubieran ido más allá de la avenida Tibidabo, si no hubiera sido porque en el Paseo de Gracia vieron sobre los bancos muchas carabinas Winchester, abandonadas, acompañadas de cartucheras bien repletas de munición. Aquella circunstancia les llenó de loca alegría, al ver cómo disparaban aquellas famosas carabinas, que tan cobardemente habían abandonado los terribles escamots. Cada uno cogió su correspondiente arma y ciñeron los cinturones con la munición, reemprendiendo la subida por el Paseo de Gracia y calle Salmerón. Al llegar a la altura de la Rambla del Prat, unas muchachas les hicieron señas de que pararan y les explicaron que en el cine Bosque había armas para un regimiento. Allí fueron, y era verdad. Los escamots de la barriada de Gracia no fueron más bravos que los otros, y habían abandonado su

cuartel general, dejando armas y bagajes. No sólo había carabinas, sino también bombas de mano, así como alimentación. Se ve que allí los escamots se habían preocupado más de comer y beber que de disparar. Por todas partes se veían botellas de vino de marca, de coñac y también grandes cajas llenas de bocadillos. Algunos de los llegados empezaron a comer y beber tranquilamente, pero entonces Durán, un militante de la barriada de Sants, haciendo un poco de jefe, les gritó que no eran momentos de entretenerse, sino de seguir hacia fuera, ahora que estaban bien armados. Y como todos le hicieron caso, allá se fueron con los dos camiones cargados hasta los bordes. Pasada la plaza Lesseps, y al enfilear la avenida República Argentina, vieron que por las empinadas calles de la pintoresca barriada de Vallcarca subían unas parejas de la guardia civil. Aquí, los informes son contradictorios, y acaso los mismos actores no supieron nunca la verdad de lo ocurrido. No se sabe quién tiró primero, pero lo cierto es que se cruzaron bastantes disparos entre revolucionarios y guardia civil. El estampido de las Winchester era tremendo y ensordecía a los ocupantes de los camiones. Que se sepa, no hicieron ningún blanco entre los guardias. En cambio, una muchacha encuadernadora cayó con la cabeza atravesada por un balazo. Aquella primera víctima desesperó a los muchachos, que saltaron a tierra e hicieron un nutrido fuego contra los guardias. Éstos, que sin duda no contaban con ser agredidos, y mucho menos con armas largas, emprendieron una fuga a toda marcha, perdiéndose por aquellas calles.

A no ser por la presencia de la muchacha herida, que sangraba mucho y parecía grave, aquella fuga de la guardia civil hubiera sido como una apoteosis para los revolucionarios. Descendieron

a la muchacha herida y requirieron al dueño de un garaje que había en la calle para que la llevara al hospital inmediatamente, orden que fue cumplida sin discutir. Desgraciadamente, la muchacha llegó ya sin vida al hospital.

Siguieron los camiones por la avenida República Argentina, y tomaron la carretera de la Rabassada, con ánimo de ponerse en contacto con Sant Cugat, Sabadell y Terrassa. Antes de llegar a la cumbre de la carretera, tuvieron el segundo encuentro con la guardia civil. Sin duda, los guardias que escaparon en Vallcarca dieron la voz de alarma, y un buen número de guardias les salieron al paso desde la margen derecha de la carretera. Inmediatamente se estableció el tiroteo. Pararon los camiones, descendieron los muchachos del BOC y empezaron a disparar, cuerpo a tierra. El fuego no duró diez minutos porque, por segunda vez, la guardia civil tomó la retirada, esta vez en perfecto orden de guerrilla.

Sin bajas, los revolucionarios montaron de nuevo en los camiones y ya no pararon hasta llegar a la plaza de Sant Cugat. En aquel pueblo, en el balcón del Ayuntamiento, ondeaba la bandera catalana, lo mismo que en el local de la Esquerra, pero ni en uno ni en otro había nadie. En breve conciliábulo, acordaron ocupar el Ayuntamiento con los ocupantes de un camión y el resto seguir hasta Sabadell. Así se hizo, pero apenas llegaron a los seis kilómetros vieron llegar dos coches atiborrados de hombres armados. Eran los elementos del BOC de Sabadell que escapaban, sin saber a punto fijo dónde. Explicaron que en la ciudad textil los escamots se habían «rajado» al primer ataque de la guardia civil, abandonando las armas por las calles. Los hombres del BOC se habían apoderado

de ellas, pero considerando que eran muy pocos para hacer frente a la guardia civil, habían optado por escapar y enterrar las carabinas en el campo. Sobre todo, había influido en aquella decisión el hecho de no saber nada de Alianza Obrera, ni del partido.

Estando en estas explicaciones, oyeron un gran tiroteo por la parte de Sant Cugat. Era indudable que las fuerzas que allí habían dejado estaban siendo atacadas. Ante el mal aspecto que estaban tomando las cosas, acordaron intentar el auxilio a los de Sant Cugat, para facilitarles la huida. Regresaron, pues, hasta cerca del pueblo y desarrollaron una táctica que consistía en tirar sobre la guardia civil que atacaba el Ayuntamiento. Por grupos de tres o cuatro, rodearon la plaza y se pusieron a disparar un poco al tuntún, pues la verdad era que no sabían desde dónde disparaba la guardia civil, ya que no vieron tricorno alguno. Sin embargo, la táctica dio un buen resultado, pues la guardia civil, al verse atacada por detrás, se concentró en un par de edificios que daban frente al Ayuntamiento. Los que estaban dentro comprendieron el objetivo de sus amigos, y sin esperar, abandonando el armamento, se fugaron por las casas colindantes. Cuando los guardias entraron en el edificio del Ayuntamiento no encontraron a nadie. La columna de fuerzas se dispersó tranquilamente, al saber, por uno del pueblo, que de Sabadell llegaban más guardias. Unos se encaminaron hacia Rubí, otros subieron por el camino de carro que llevaba a La Flor de Mayo y a Sardanyola. Sólo fueron detenidos una media docena, que fueron trasladados a la cárcel de Sabadell.

De aquellos «escarceos», días más tarde, escribía Maurín que había sido «la batalla heroica de la Rabassada y Sant Cugat».

Alfredo y su hijo, que no se sintieron héroes, se marcharon a casita con los primeros albores de la madrugada. Para evitar sorpresas, fueron por la plaza Catalunya, calle Pelayo y Gran Vía, hasta la calle Viladomat, desde donde viraron a la izquierda hasta llegar al Paralelo y subir por la Franca Xica. Por dos veces tuvieron que entablar negociaciones con grupos de guardias de seguridad, armados, muchos de ellos medio borrachos, que no sabían qué partido tomar. Algunos de ellos ya se habían arrancado de la guerrera el escudo de las cuatro barras, que les acreditaba como fuerzas de la Generalitat.

En la casa donde tenía su domicilio Alfredo ningún vecino debía haber dormido, puesto que todos estaban discutiendo en los rellanos de la escalera, con las puertas de los pisos abiertas. La llegada de padre e hijo despertó curiosidad y expectación. La mujer y la hija de Alfredo mostraron su gran alegría al tenerlos en casa, pues con tanto tiro y cañonazo que habían oído era natural que estuvieran muy inquietas.

Durante aquella misma mañana, la autoridad militar ocupó todos los mandos, y la policía armada –o Guardia de Asalto, como se le llamaba entonces–, lo mismo que la «secreteta», se pusieron incondicionalmente al servicio de las nuevas autoridades. Contra Pérez Farras, el jefe de los mozos de escuadra, se formó un Consejo de Guerra, de oficiales generales, que le condenó a muerte por haber mandado tropas y hacer fuego contra el ejército. Hubo una gran movilización de personalidades de todos los partidos para conseguir el indulto.



Éste llegó, como en los melodramas, justo momentos antes del fusilamiento. Por entonces se dijo que, para conseguir aquel indulto, jugaron mucho las influencias masónicas cerca de Lerroux, que ya es sabido era de aquella secta, lo que no le impidió aceptar la tremenda represión que se llevó a cabo en Asturias.

El Gobierno de la Generalitat, preso, fue trasladado a Madrid, para ser juzgado por un tribunal especial. En toda Catalunya hubo más de tres mil detenciones, pero nadie se tomó aquello muy seriamente. En las cárceles antiguas y en las improvisadas, lo mismo que en los barcos habilitados para prisión, el ambiente era muy optimista. Los cestos y paquetes de alimentos llegaban por camiones y el buen humor no faltó jamás. Todo el mundo sabía que la vuelta a la normalidad no era más que cuestión de tiempo. También fue detenido don Manuel Azaña, acusado de complicidad en lo ocurrido. Ni él ni sus acusadores se lo tomaron seriamente.

Puede asegurarse que, a no ser por la tragedia de Asturias, aquellos sucesos de octubre de 1934 hubieran sido una comedia mala.

Pero en Asturias las cosas se desarrollaron de otra manera, porque allí los socialistas y los cenetistas hicieron honor a la palabra.

Como antecedentes de lo ocurrido en Asturias, bueno será recordar algunos hechos. A principios del año 1934, los elementos ultrarrevolucionarios de la CNT, dándose cuenta de que empezaba a tomar cuerpo una corriente de Pacto UGT-CNT,

provocaron la celebración de un pleno de regionales de la CNT, el cual tuvo lugar el 13 de febrero, y donde los delegados no llevaban otro mandato que el que les había conferido su respectivo comité regional, ya que los sindicatos no supieron nada de esto. Pues en este pleno se tomó ni más ni menos que este acuerdo:

«Emplazar a la UGT para que aclarase su actitud ante la revolución a llevar a cabo, pero teniendo en cuenta que, al hablar de revolución, no se trataba de un simple cambio de poderes, sino de la supresión total del capitalismo y del Estado».

La UGT no contestó.

Pero el 23 de junio del mismo año hubo otro pleno de regionales en Madrid, y allí Asturias se presentó con la sorpresa de haber firmado un pacto con la UGT de la región norteña, pacto que las otras regionales, que no habían hecho nada semejante, no tuvieron más remedio que aceptar.

Y fue, como hemos dicho, aquel pacto el que dio lugar a que en Asturias se llevara a cabo una de las gestas más heroicas que ha conocido el proletariado español, y también, claro está, a la represión más brutal que jamás se había cometido en España. Y ni de una ni de otra se ha tratado como es debido en los anales de la CNT ni de la UGT, sin duda porque a los socialistas les remuerde la conciencia de haber dejado solos a sus hermanos de Asturias y a los anarquistas les debió pasar tres cuartos de lo mismo.

Pero hablemos de lo de Asturias, aunque sea someramente, porque sólo disponemos de la memoria de lo que en la época supimos, y de lo muy poco que hemos encontrado en el exilio.

Como ya se sabe, el movimiento, francamente revolucionario, debía haberse desarrollado en todo el país. En Catalunya debería darse la pauta, y en ella concentrarse todos los poderes, de ahí la invitación de Companys a que el gobierno revolucionario se constituyera en Barcelona, protegido por el Estat Catalá. Ya hemos visto cómo fracasó en Catalunya, por dos causas, una la negativa de la CNT a secundar la revuelta, la otra, la desbandada de los escamots, y la más que probable traición de Dencás y de Badia, que habían asegurado la acción guerrera de docenas de miles de hombres del campo y ciudades, que no aparecieron por parte alguna.

En Asturias fue muy diferente, y ello, en primer lugar, porque los líderes socialistas y sindicalistas se emplearon a fondo y los trabajadores dieron valientemente el pecho desde el primer momento. Porque es verdad, tenemos que hacerlo constar, que a las fuerzas ugetistas y cenetistas se unieron las cortas, pero decididas, del Bloque Obrero y Campesino.

Ya, desde un principio, y para evitar competencias, se adoptó un nombre bien simbólico: UHP, es decir, Unión de Hermanos Proletarios. Ninguno quiere ser más que otro y la acción se lleva a cabo entre todos. (Tan diferente esta acción con lo ocurrido después en otros lugares, en 1936, cuando cada quisque pretendía llevar el agua a su molino y así nos lució el pelo.)

Cumpliendo todos a rajatabla las consignas, la huelga se extendió como un reguero de pólvora y fue completa desde el primer día. Y desde el primer día la huelga fue revolucionaria y el pueblo estaba en armas.

El comité revolucionario se instala en Sama de Langreo, y desde allí se manda y dispone en toda la región. La mayoría de la guardia civil ha sido desarmada, habiendo muy pocos casos en los cuales hubo necesidad de acabar con los que resistían.

Como en la capital de la región el gobernador no quiso rendirse, se organizó la marcha sobre Oviedo, con el ánimo, decían algunos, de llegar hasta Madrid. Las fuerzas armadas de Oviedo salen al encuentro de los revolucionarios, pero son incapaces de contener el avance de los mineros que avanzan a dinamitazo limpio. Como algunos elementos incontrolados efectúan actos de rapiña, se aplica inexorablemente el lema: «Pena de muerte al ladrón». Son ocupadas las fábricas de armas, el Banco de España y todos los edificios oficiales.

Se organiza una especie de vida colectiva muy rigurosa, y se consigue que no falten alimentos ni medicinas. No se tienen noticias de Madrid, pero se comenta la proclamación, por Companys, de la República Federal.

Pero en Madrid, pasado el primer momento de pánico, el gobierno reacciona rápidamente. Dominada Catalunya, es cuestión de acabar con la rebelión asturiana.

El general Franco –ya entonces– aconseja el empleo de tropas marroquíes y de la legión extranjera. Así se hace, y se organiza una verdadera campaña guerrera por tierra y por mar, con miles

de soldados de la legión y de tabores de regulares moros. Al frente de este ejército está el general López Ochoa, el mismo que, estando sin empleo cuando la proclamación de la República en Barcelona, tomó posesión de la Capitanía General. En el mar, frente a Gijón, apareció la escuadra de guerra. Pero los revolucionarios no quieren ceder, pues mantienen la esperanza de que en el resto de España los obreros acabarán por sublevarse.

La lucha duraba ya dieciséis días, con muchas bajas por ambos lados, cuando el comité revolucionario ve claramente que toda resistencia es vana, sobre todo al considerar que la gran ofensiva gubernamental demuestra claramente que nadie les secunda fuera de Asturias. Ante esta evidencia, el comité revolucionario decide terminar la lucha, pero como los revolucionarios ocupan magníficas posiciones estratégicas, las quieren aprovechar para salvar el mayor número posible de compañeros. Y por medio de la radio que poseen, los revolucionarios solicitan una entrevista con el jefe de las fuerzas atacantes. El general López Ochoa convoca una entrevista en su cuartel general, asegurando, bajo palabra de honor, que los delegados serán respetados y podrán volver a sus filas. El socialista Belarmino Tomás, y otros dos, cuyos nombres no sabemos, acuden a la cita.

En la entrevista se acuerda que los revolucionarios abandonarán las armas y se retirarán donde quieran, remarcando el general, otra vez bajo palabra de honor, que no habrá represalias. La delegación vuelve al campo rebelde y el comité revolucionario ordena el alto el fuego, recordando la palabra dada por López Ochoa. Particularmente, queda claro

que se da la orden de esconder las armas y procurar no volver a los pueblos de origen.

Cuando avanzan las fuerzas gubernamentales no encuentran ni hombres ni armas. La palabra del general no sirvió para nada. Desde el primer momento empezó una cruel represión. Ante ella, muchos revolucionarios decidieron vender caras sus vidas. Cuando se disolvió el comité revolucionario, Belarmino Tomás, socialista, y José María Martínez, anarquista, se abrazaron emocionadamente al separarse. Martínez apareció muerto a los dos días, todavía con el fusil en la mano. También con el fusil en la mano murió la muchacha Aida Lafuente, que no quiso caer viva en manos de la morisma.

La represión que siguió fue de lo más terrible que ha conocido España, a pesar de la negra tradición que de hechos así padecemos.

Fue enviado a Asturias, a ejercer el terror, el coronel de la guardia civil, Gerardo Doval, que ya tenía su leyenda negra por su criminal actuación en la propia Asturias, cuando la huelga general de 1917. Este coronel, al salir para Asturias, declaró: «Voy decidido a no escatimar la vida de ningún revolucionario y a exterminar la simiente, incluso en el vientre de las madres». Y cumplió su palabra.

Para justificar tan tremenda represión, la prensa oficial y las agencias de noticias extranjeras, siempre a disposición del mejor postor, hicieron una calumniosa campaña contra los vencidos. A tanto llegó esta campaña, que el propio López Ochoa, responsable de todo por no haber cumplido su palabra, acabó

por declarar que «las historias de las atrocidades cometidas por los revolucionarios son producto de una campaña conjurada. Yo condeno los acontecimientos asturianos, pero condeno también la campaña de calumnias que se han emprendido. Los revolucionarios mataban a quienes no se rendían, respetando a los prisioneros. En cambio, la represión...»

Se calcula que durante la lucha hubo trescientos muertos y la represión produjo más de tres mil, la mayoría sin proceso.

A pesar de ello, dos años más tarde volvieron a empuñar las armas en julio de 1936, y hubieran triunfado a no ser por la ceguera de unos republicanos y la falla de un general masón.

Antes de terminar este breve relato de la epopeya de Asturias, queremos dejar escritos unos nombres y unos datos:

Además del jefe supremo de la expedición militar contra Asturias (nombre oficial), el general López Ochoa, fueron también otros dos generales: Balmes y Bosch.

En la lucha murió un hermano de Durruti, llamado Manuel.

En el pueblo de Carbayín echaron a un pozo a veinticinco detenidos y después arrojaron dentro petróleo y trapos encendidos. Esto es una leve muestra de lo que allí se hizo.

El cuartel del Carmen, de Oviedo, pasará a la historia como una inquisición del siglo xx. Durante más de un mes, los vecinos estaban aterrorizados, porque allí no dejaban de oírse, de día y de noche, gritos de dolor de los martirizados y descargas de

fusilería. En aquel cuartel fue asesinado alevosamente, por un teniente del ejército, el periodista Luis de Sirval.

Y queremos dedicar un sentido recuerdo a aquellos dos bravos sargentos que se unieron a los revolucionarios y que después no quisieron rehuir responsabilidad, siendo fusilados en Oviedo, en la madrugada del 1º de febrero de 1935. Éstos fueron los sargentos Vázquez y Argüelles.



## XI. EN MARCHA HACIA LA IZQUIERDA

El Gobierno rebelde de Catalunya, encarcelado en Madrid, era objeto de toda clase de atenciones y facilidades. Las esposas de los detenidos tenían entrevistas privadas con ellos y los regalos alimenticios y de otras clases llegaban diariamente a sus celdas.

Cuando tuvo lugar la vista de la causa, ocurrió, como en ocasiones parecidas, que los acusados parecían los jueces y éstos los acusados. Pero fueron condenados a treinta años, y enviados unos al penal de Cartagena y otros al Puerto de Santa María.

Por cierto, que en Barcelona ocurrió un pequeño conflicto femenino a causa de la asistencia de las esposas de los procesados al acto del juicio. Todas ellas se dispusieron a marchar a Madrid, pero surgió el caso Companys. El Presidente vivía con una linda joven, que no era su esposa legítima. Ésta vivía aparte y no quería oír hablar de divorcio, porque se había casado por la Iglesia. Prácticamente, el divorcio existía entre ellos, pero no en el terreno legal. Un par de «consejeras» ponían «peros» a que la amiga de Companys fuera con ellas a Madrid,

porque, además de no ser la esposa legítima, era, decían, muy descocada. En realidad, lo que en el fondo ocurría era que la Carmeta (era su nombre), como era más joven y más guapa que las otras, forzosamente las eclipsaría en su paso por Madrid. Hablando de esto un día, Alfredo, con la mujer de Martín Barrera, el consejero de Trabajo, ella le dijo: «Por mí, que venga. Es verdad que es un tironyet, pero desde que está con Lluís, no hay nada que decir de ella». El conflicto se arregló porque el encargado de «soltar la mosca» para el viaje y estancia en la capital dijo que «si no iba la Carmeta no había dinero para las demás», y las pudibundas damas se avinieron a tan indeseable compañía.

## **Fundación del POUM**

En septiembre de 1935, en plena clandestinidad, después de las jornadas del 6 de octubre de 1934, el Bloc Obrer i Camperol se fusionó con la Esquerra Comunista de Catalunya que dirigía Andreu Nin. Joaquín Maurín fue elegido secretario general. El comité ejecutivo lo formaron: Andreu Nin, Jordi Arquer, Coll, Molins i Fábregas, Tomás Tusó, Josep Rovira, Enríe Adroher (Gironella), Pere Bonet. Cuando se produjo el 19 de julio, el Partido Obrero de Unificación Marxista –que éste fue el nombre que tomó aquella fusión– tenía apenas diez meses de vida. Los órganos oficiales de tal partido fueron *La Batalla*, *L 'Hora* y la revista teórica *Nueva Era*.

Como en Catalunya, oficialmente, los sindicatos no habían tomado parte en la sublevación, por primera vez en su historia,

a pesar del régimen de excepción, los locales seguían abiertos y los sindicatos funcionaban. Los llamados sindicatos de oposición (treintistas) y los de la flamante FOUS se mantenían bien, sobre todo fuera de Barcelona–ciudad. Aprovechando el tremendo error cometido por el comité regional de la CNT, renegando a la huelga del 6 de octubre, los sindicatos disidentes y los de la FOUS veían aumentar sus efectivos de una manera lenta, pero continua.

Cuando el Gobierno de Madrid declaró suspendido el Estatut de Catalunya, nombró una especie de gobernador general de Catalunya, cargo que en un principio desempeñó un coronel llamado Jiménez, después el radical Pich y Pon, y finalmente el señor Portela Valladares, masón, que por cierto fue llamado a Madrid, a formar gobierno, cuando habían pasado los radicales y la CEDA.

En 1935 el gobierno de derechas estaba gastado y se empezó a hablar de posibles elecciones a diputados. Lerroux tuvo que dimitir y en su lugar formó gobierno un señor llamado Lucia, valenciano, quien lo hizo peor.

Las izquierdas, según ya vieja tradición, se aprestaban a efectuar una campaña pro amnistía. Comenzaron los mítines y las campañas de prensa, que en realidad ya eran una propaganda electoral, bajo los auspicios del llamado Frente Popular, maniobra comunista en la que cayeron incautamente todos los partidos de izquierda. Como se verá después por los resultados, gracias a ese Frente Popular, los comunistas lograron introducirse en las Cortes, con un pequeño número de

diputados, es cierto, pero que no hubieran alcanzado, jamás, ellos solos.

El gobierno Portela tuvo como misión esencial convocar elecciones a diputados y hay que reconocer que lo hizo con la máxima imparcialidad.

La llamada a Portela Valladares tuvo que hacerla el Presidente de la República, porque el gobierno de derechas estaba completamente desacreditado, no sólo por su mala tarea política, sino porque la inmoralidad había sentado sus reales en los ministerios. Recuérdese que fue entonces cuando se incorporó al léxico español la palabra «estraperlo», nombre de una especie de ruleta amañada que se intentó instalar en los casinos de juego (que habían resucitado), y que también querían implantar en el flamante casino de la Rabassada, de Barcelona. Y cómplices en éste y otros muchos negocios sucios, fueron casi todos los diputados radicales, con Emiliano Iglesias a la cabeza, así como también algunos diputados cedistas.

Entre tanto, José Antonio Primo de Rivera, que en el acto del teatro de la Comedia, en Madrid, había fundado Falange Española en 1932, la transformó en Falange Española Tradicionalista y de las JONS, al fusionarse con la Junta Ofensiva nacional-sindicalista, todas agrupadas, sin ninguna importancia numérica, pero metiendo ruido gracias al dinero que se sacaba a las «gentes de orden», siendo uno de ellos el millonario Juan March, que se había fugado de su prisión y vivía en Londres.

Más prácticos, los militares y los terratenientes, con la bendición y la colaboración de la Iglesia católica, se preparaban

a atacar a la República, y para ello se habían puesto en contacto con Hitler y con Mussolini.

Alcalá Zamora, seguramente, estaba al corriente de esta conspiración y probó a poner remedio concediendo a Portela el decreto de disolución de las Cortes, a fin de ver si el resultado de las elecciones pudiera dar lugar a la formación de un gobierno centro-izquierda (grato a la masonería), con probabilidades de duración. Era tarde para esto. Los militares estaban en franca rebeldía y las izquierdas querían gobernar solas.

Sin embargo, las derechas moderadas, por entonces, no deseaban llegar a la rebelión armada. Gil Robles y Herrera, los dos jesuitas de levita, no querían exponerse a un acto de fuerza por las sorpresas que tal calamidad pudiera proporcionar. Y preferían probar las elecciones, porque, si las ganaban, podrían echar a los radicales por la borda y gobernar libremente. Ese fue, también el criterio del Vaticano, pero también el de Francia e Inglaterra, que temían ver en España un gobierno demasiado izquierdista, o peor, fascista.

Disueltas las Cortes y convocadas las elecciones, comenzó la campaña electoral con un apasionamiento delirante. La CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) apretó los bolsillos de los ricos, asustándoles con la amenaza de una posible llegada del comunismo, llegando a tener los millones a porrillo. Prensa, radio, carteles, folletos, todo en cantidades fabulosas. En la Puerta del Sol, de Madrid, un enorme retrato de Gil Robles tapaba toda la fachada de un edificio, y al pie la frase: «¡A por los 300!»

Al lado de tan enorme propaganda, la de las izquierdas quedaba apagada. A pesar de ello, cada acto que celebrara el Frente Popular era un desbordamiento de grandes multitudes, llenas de entusiasmo.

Frente a las derechas, las izquierdas acudieron, esta vez unidas, a la lucha, con el aditamento de los comunistas, que, sin masas efectivas, se aprovecharon de la ocasión. Lo más notable fue que el célebre y efectivo «oro ruso», llegó, pero sólo a las circunscripciones en las cuales figuraba un candidato comunista. Si de Rusia salió más dinero, probablemente se perdió por los bureaux franceses, muy golosos siempre del dinero destinado a España, y, más tarde, del dinero que salía de España.

Como en Catalunya el Bloque Obrero y Campesino había entrado en el Frente Popular, Alfredo no pudo rehuir formar parte de los equipos de oradores que iban haciendo propaganda por toda la región. Para quedar lo mejor posible, se preparó una especie de guión de las cosas malas que habían llevado a cabo las derechas, y las fue desgranando de pueblo en pueblo y de barriada en barriada. En aquellas elecciones no era cuestión de ofrecer venturas a los ciudadanos, sino de sacar a relucir las inmoralidades y vejaciones cometidas por las derechas durante el «bienio negro».

En este plan, Alfredo no tenía más que ir recordando el «estraperlo», la terrible represión de Asturias, los 30.000 presos que esperaban la libertad por el gesto de sus hermanos, los preparativos facciosos de las derechas, y después, claro, la reivindicación del Estatut de Catalunya, con la vuelta de todos los hermanos y los hombres del Gobierno de la Generalitat.

Frente a las izquierdas, en Catalunya, se presentaron los radicales y la Lliga Regionalista, que habían concertado un pacto para no perjudicarse mutuamente y que no desdeñaron aprovechar los púlpitos.

Fue curioso constatar que fueron las derechas las que emplearon un lenguaje demagógico y brutal. El propio Gil Robles llegó a una violencia verbal inusitada, insultando groseramente a sus adversarios, y dando a entender, muy claramente, que la victoria de la CEDA significaría el fin de la República y la llegada «de un régimen de orden».

Por el contrario, el Frente Popular aparecía más sereno y hasta prudente. Los ocho puntos que fueron la base de la propaganda eran modositos:

Reforma agraria.

Plan de enseñanza.

Reglamento de las Cortes.

Política municipal.

Reorganización financiera.

Obras públicas.

Libertad de cultos.

Libertad de ideas y de asociación.

No se aludía para nada a socializaciones y ni siquiera a «control obrero» en las industrias.

Hubo entonces quien ironizó, diciendo que cada punto parecía una huida.

Ya se ha dicho que el tema principal era la amnistía, por lo que los «caballeristas» y el BOC decían que se trataba nada más que de una parte circunstancial.

Ante la evidencia de las elecciones, la CNT se vio obligada a fijar su posición. La cosa era difícil, porque, por un lado, estaban los faístas, más dispuestos que nunca a boicotear toda clase de elección por medio de las urnas, y del otro, eran muchos quienes comprendían que era difícil oponerse al triunfo de las izquierdas, que comportaría la concesión de la amnistía, y, con ella, la libertad de miles de presos, muchos de ellos portadores del carnet confederal.

Tuvo lugar un pleno de regionales de la CNT, en el cual, en sesión a puerta cerrada, se trató el tema electoral. La discusión fue agria, pero como no estaban presentes las representaciones de los «templados», acabó por triunfar el criterio de aconsejar la abstención. Así se publicó en la prensa, pero, en realidad, la mayoría de los sindicatos se abstuvieron de hacer la tradicional propaganda de «No votar», y se negaron a dar dinero a la FAI para su propaganda negativa.

Las elecciones tuvieron lugar el día 16 de febrero de 1936, con el siguiente resultado:

Frente popular	4.838.449	votos
----------------	-----------	-------



Derechas coaligadas                      3.996.931                      »

Centro    449.320                      »

Tenían derecho al voto aproximadamente 11 millones de ciudadanos, entre hombres y mujeres. Votaron 9.500.000.

Las actas se repartieron así:

277 diputados para el Frente Popular.

132 diputados para las Derechas coaligadas.

32 diputados para el Centro, con sólo 6 radicales.

11 diputados para Renovación Española.

La Falange Española Tradicionalista y de las JONS no sacó diputado alguno. Lerroux y Cambó se quedaron sin acta.

Los diputados de izquierda se repartieron de este modo:

90 socialistas.

38 Esquerra Republicana de Catalunya.

16 comunistas.

1 Bloc Obrer i Camperol (Maurín).

1 Partido Sindicalista (Pestaña).

Conocido el resultado, con el triunfo del Frente Popular, el general Franco se presentó ante el presidente del gobierno, señor Portela Valladares, para ofrecerle el apoyo del ejército, por si quería anular las elecciones. Portela rechazó tal ofrecimiento.

Portela Valladares dimitió, como era natural. El Presidente de la República ofreció el poder a los socialistas, como grupo mayoritario, pero éstos no aceptaron. Entonces Alcalá Zamora encargó a don Manuel Azaña la formación de nuevo gobierno. Azaña ofreció varias carteras al Partido Socialista, pero éste no quiso entrar en el nuevo gobierno. Se dijo por entonces que esta anómala actitud de los socialistas era debida a que, entre ellos mismos, no había unanimidad de pensamiento, puesto que mientras que Indalecio Prieto era partidario de la formación de un gobierno de Frente Popular, respondiendo al resultado electoral, Largo Caballero había jurado no formar parte de ningún gobierno de coalición con elementos burgueses, por considerar que siempre habían fracasado, y aquellos fracasos habían desacreditado a los socialistas.

Reunidas las nuevas Cortes, tomaron inmediatamente dos acuerdos: conceder la amnistía para todos los presos y condenados por los sucesos de octubre del año 1934, y «destituir» al Presidente de la República, Alcalá Zamora, por haber entregado el poder, en 1934, a hombres manifiestamente enemigos de la República.

Esta destitución dio mucho que hablar y que escribir, pues se trataba de un acontecimiento nuevo en los anales políticos. Fue muy comentado el hecho de que, al votarse en las Cortes la

destitución del Presidente de la República, las derechas se limitaron a abstenerse, abandonando así al hombre que les había dado paso al poder.

Vacante la Presidencia de la República, había que proceder a la elección de otro Presidente. Hubo entonces muchos cabildeos, entrevistas, presiones y disgustos. No era fácil encontrar al hombre necesario. A beneficio de la popularidad, se llegó a un acuerdo en el nombre de don Manuel Azaña, que presidía el gobierno.

Malas lenguas aseguran que si Prieto había hecho todos los posibles para que resultara elegido Azaña, fue porque alimentaba la esperanza de que, al fracasar éste, ello diera lugar a que él, Prieto, pudiera subir a la Presidencia.

Fue, pues, Presidente de la República don Manuel Azaña, quien si antes había sido un regular presidente de gobierno, la suerte y el acierto no le acompañaron en la suprema magistratura de la nación.

Con el nombramiento de Azaña para la Presidencia de la República, hubo que nombrar nuevo presidente de gobierno, y tras muchas consultas, Azaña nombró a don Santiago Casares Quiroga, republicano gallego, de poca talla política.

Por efecto de la amnistía, fueron puestos en libertad todos los componentes del Gobierno de la Generalitat, con Companys a la cabeza.

Es de destacar el recibimiento que le hizo Catalunya entera, al llegar a la Ciudad Condal. Una mañana soleada del mismo mes

de febrero, la carrera que correría la comitiva, desde Cuatro Caminos, al principio de la Diagonal, hasta el palacio de la Generalitat, pasando por el Paseo de Gracia, Ronda San Pedro, Vía Layetana, calle Jaime I y plaza San Jaime, estaba cubierta, por ambos lados, de hombres y mujeres, jóvenes y mayores y hasta ancianos, enlazados por los codos, y detrás de ellos, a todo lo largo del recorrido, centenares de miles de personas enfervorizadas que daban la bienvenida, con entusiastas vivas, a la comitiva de automóviles descubiertos, que a marcha regular, desfilaba en señal de triunfo. Companys iba, en pie, en el primer coche, con la cabeza rapada, y levantando los brazos a modo de saludo. Al desembocar en la plaza San Jaime, unos cuantos jóvenes, llenos de entusiasmo, le sacaron del coche en volandas y lo llevaron hasta su sillón presidencial. Inmediatamente salió al balcón del palacio y saludó a la multitud que llenaba a rebosar la plaza y calles contiguas, pero no pudo pronunciar palabra alguna, ya que la emoción se lo impedía.

Y de la manera más normal del mundo, aquel gobierno de la Generalitat reanudó su mando como si nada hubiera ocurrido. El que no volvió a aparecer fue Dencás, el fugitivo.

Al socaire del Frente Popular, había salido diputado Joaquín Maurín y también Ángel Pestaña, éste nada menos que por Cádiz.

## XII. SE PREPARA LA SUBLEVACIÓN

Ante el fracaso que tuvieron en las elecciones, los ultramontanos y los militares se propusieron llevar adelante sus antiguos propósitos de sublevación, arrastrando a los de la CEDA. José Antonio Primo de Rivera y sus fanáticos empezaron a emplear su táctica terrorista aprendida por el jefe en Alemania. Los militares le dejaban hacer porque contaban con que los jóvenes republicanos y socialistas replicarían en la misma forma, y ello daría lugar a un estado de alarma, justificativo para una sublevación. Todo el mundo se daba cuenta de que los militares se preparaban, pero el Gobierno no se atrevía a tomar disposiciones enérgicas.

Todo se redujo a trasladar al general Franco a Canarias, como gobernador militar, al general Goded a las Baleares, como jefe de aquella guarnición, y al general Mola a Navarra, es decir, los dos primeros a lugares donde podrían conspirar libremente y a Mola precisamente al cogollo de los requetés.

Antes de salir para sus nuevos destinos, los generales que conspiraban se entrevistaron con otros generales –Villegas y

Varela-, concretando sus compromisos y estableciendo el método de comunicación.

La casa del diputado monárquico señor Delgado era el «buzón» de la correspondencia entre Navarra, Baleares y Canarias.

El coronel Galarza viajaba, además, tranquilamente, desde Madrid a Navarra, Canarias y Baleares, y también acudía a cuantos lugares de conspiración era preciso. Y el Gobierno en la higuera.

El día 18 de mayo de 1936, el Gobierno publicó una nota que llenó de estupefacción a toda la nación. La nota decía, nada menos, «que todos los Jefes y Oficiales del Ejército eran fieles a la República y que era calumnioso decir lo contrario».

Algunos diputados, entre ellos Maurín, denunciaron en el Parlamento lo que se preparaba, pero el buena fe de Casares Quiroga decía que se exageraba mucho y que todos los generales le habían dado su palabra de honor de fidelidad a la República.

Mientras tanto, en el resto del país se veía una atmósfera de fiebre, con luchas y atentados de un lado y de otro. Por extraña paradoja, en Catalunya, a pesar de su fama de díscola, la tranquilidad era casi completa. La Generalitat se iba reorganizando y esta vez la cuestión del orden público se hizo con más cuidado, para evitar el vergonzoso espectáculo del 6 de octubre de 1934, cuando los guardias de asalto de la Generalitat se arrancaban el escudo de las cuatro barras y se ponían a la disposición de las autoridades madrileñas.

Como era fatal, a la agresividad de las derechas respondieron algunos elementos de izquierda, que empezaron a manifestarse, haciéndoles el juego, acaso inevitablemente.

En Andalucía y Aragón muchos campesinos supieron que habían sido engañados, porque, tomando al pie de la letra la propaganda electoral, creían que el triunfo del Frente Popular significaba la solución de sus problemas, y al ver que no llegaba esa solución por vía legal, se incautaron de algunas propiedades, comenzando a trabajar por cuenta propia, con la correspondiente intervención de la guardia civil, que les expulsó de aquellas tierras.

Por su parte, la extrema izquierda socialista desarrollaba una campaña demagógica, publicando en Madrid un diario, *Claridad*, y un semanario de las juventudes, *Renovación*, que, realmente, echaban chispas. A los ojos de las gentes aparece como jefe de esta fracción Largo Caballero, aunque, en realidad, el viejo militante se viese arrastrado a aquella actitud muy a pesar suyo.

La rivalidad entre Indalecio Prieto y Largo Caballero fue un crimen que contribuyó mucho al estado caótico, que tanto facilitó la propaganda derechista.

El 1° de mayo de aquel año 1936, en un mitin que tuvo lugar en Cuenca, Prieto intenta llegar a una reconciliación socialista, propugnando un gobierno republicano-socialista, con un programa revolucionario constructivo. Y también declara que tiene alarmantes noticias de las intenciones de los militares, dando incluso el nombre del general Franco.

Es curioso constatar que en aquellos días los comunistas se acercaban más a Prieto que a Largo Caballero. José Díaz, en un mitin, en Zaragoza, llegó a aludir a «huelgas provocadoras».

El POUM (fusión del BOC y de la Esquerra Comunista, de Andreu Nin y Andrade), más revolucionario, se situó al lado de Largo Caballero. Andreu Nin, en un artículo publicado en la revista *Nueva Era*, en julio, decía:

«Para la burguesía democrática, la revolución ha terminado ya. Para la clase obrera, por el contrario, no hace más que iniciarse. Cada retroceso de la reacción, cada avance de la Revolución, es el resultado directo de la iniciativa extralegal del proletariado».

Como consecuencia de la equivocada actuación de la CNT en octubre de 1934, empezó a cundir por los medios sindicales una corriente propendiente a la unificación sindical, llamando al reingreso de los que se habían apartado. El ejemplo de Asturias era esgrimido como argumento de peso. Además, era evidente que, de no rectificar su táctica, los sindicatos de la FOUS y los de la oposición acabarían por absorber el mayor número de obreros catalanes cualificados, quedando solamente en la CNT oficial el elemento obrero de origen forastero, con su mayoría de peonaje. Los faístas se oponían enérgicamente a la mentada corriente unificadora, pero acabaron transigiendo «provisionalmente», cuando se les hizo ver la evidencia del peligro, tan claro, de una sublevación militar-fascista que, de triunfar, acabaría con todos, treintistas y faístas.



Así fue cómo se llegó a convocar el famoso Congreso de Zaragoza para el día 1° de mayo de 1936. El objetivo esencial de aquel congreso era acabar con la escisión, lo que se logró rápidamente, reingresando todos los que se habían separado, excepto los sindicatos de Sabadell, que caminaban rápidamente hacia la influencia comunista, conducidos por la ambición desmedida del liderillo Moix y sus seguidores.

Pero los faístas no quisieron volver de Zaragoza con las manos vacías, y aprovechando que, lograda la unificación, muchos delegados se habían vuelto a sus pueblos, hicieron aprobar una serie de proposiciones de lo más peregrino que cabe imaginar.

Bajo el rumboso título de «Plan de Organización Comunista libertaria por el cual debe regirse España», o si se quiere, «Concepto Confederal del Comunismo libertario» (pues de las dos maneras aparece en los documentos que han quedado), abarcan lo que ellos creen se debe hacer después del triunfo de la revolución.

La base es la Comuna libertaria, todos a trabajar y todos a consumir. No habrá dinero en su forma actual, sino «libretas de producción» y «bonos de adquisición». De esta forma de administración no se especificaban detalles, pero se saca la consecuencia de que quienes pueden probar que han producido más, tendrán más bonos de adquisición, es decir, la base para crear una probable aristocracia del trabajo.

En las comunas se concentrará la producción y se establecerán relaciones con las comarcas, la provincia, la región, la nación. De la forma de establecer esta cadena, no se decía nada. No se

hablaba de ninguna clase de impuestos, ni de cómo se avizoran los amplios problemas de los ferrocarriles, los transportes marítimos, las carreteras nacionales, el orden público, etc. Ni nada tampoco sobre las relaciones internacionales, tanto políticas como comerciales, con el necesario tráfico de importación y exportación. En cambio, se decía que habría plena libertad para aceptar, o no, contratos entre las comunas.

Y esto, que no es broma nuestra, sino que consta en las actas:

«Los desnudistas y los naturalistas tendrán derecho a una administración propia y autónoma, ‘desligada de los compromisos generales’.»

Como pudiera haber peligro de agresión por parte de Estados capitalistas, no se mantendrá un ejército permanente, pero sí se conservarán las armas en las comunas, «para tenerlas a mano si fuera preciso». Es decir, cada pueblo tendría sus armas, que no se especificaban, y se nos ocurre pensar a lo que se podría llegar con este sistema cuando se agriaran las relaciones entre Villarrubiales de Abajo y Villarrubiales de Arriba. Y cuando Terrassa tuviera dos aviones en conserva y Sabadell votara un presupuesto para adquirir cuatro.

Muy seriamente, los delegados del Congreso de Zaragoza, en mayo de 1936, se preocuparon del amor, declarándole libre, aunque –provisionalmente– se respetarían las familias. Sin duda hubo bastantes delegados que temían que, al volver a casa, su esposa hubiese aplicado, al pie de la letra, las nuevas fórmulas.

Puestos a tratar del amor, lo complican con la Sanidad, reconociendo que existe la «enfermedad del amor», que puede

y debe curarse con la «ausencia». Ejemplo: Un hombre quiere a una mujer; ésta no le hace caso; el hombre se pone enfermo de amor y es susceptible de obrar violentamente; entonces viene el tratamiento de la ausencia. Se le dice al enfermo que se marche del pueblo, y, ojos que no ven, corazón que no siente, y puñaladas que no se dan.

No se dijo, en aquel luminoso acuerdo, quién ordenaría la ausencia y cómo se obligaría al enfermo a cambiar de aires. En los pueblos, acaso sea el alcalde o el secretario, pero en las ciudades, tal vez tendría que establecerse un dispensario, o varios, para el tratamiento y solución de las enfermedades del amor...

Todo esto, como muestra de la mentalidad faísta, podría pasar, si no fueran más que unas aspiraciones de unos trastocados, pero encajado en un Congreso de una central sindical de innegable importancia, resulta peligroso, como quedó demostrado en nuestra guerra civil, puesto que tales absurdos estuvieron a punto de tomar realidad en algunos pueblos de Andalucía y Aragón.

Las derechas, ya resueltamente decididas, fueron a jugarse el todo por el todo, y establecieron los debidos contactos entre militares, falangistas y requetés, que eran la careta ideológica necesaria para no perder el apoyo, por otra parte ya concedido, de Mussolini y de Hitler.

La Iglesia decidió apoyar el movimiento, desde el Papa hasta el último canónigo, movilizando todas sus fuerzas, empezando por Navarra, donde los curas empezaron, descaradamente, a

preparar tropas y almacenar armas, como venían haciéndolo, subrepticamente, ya desde la proclamación de la República. Los gobernadores civiles de Pamplona y Vitoria, o eran imbéciles o eran traidores, pues la preparación militar en sus provincias se hacía a la luz del día y sin tapujos.

Simultáneamente, se dio comienzo a una acción provocadora, atentando contra la vida de hombres de izquierda.

Con un cinismo inaudito, José María Gil Robles, en una intervención parlamentaria, el día 16 de junio, enumeró cifras oficiales que indicaban el ambiente nacional desde las elecciones: 269 muertos, 1.287 heridos, 381 edificios atacados, 43 locales de periódicos atacados o saqueados, 146 atentados con bombas... Los datos eran oficiales, pero el diputado de la CEDA se olvidó de indicar el número de los hechos cometidos por un lado o por el otro.

Aquí podemos citar, de memoria, los atentados cometidos contra hombres tildados de izquierdistas y de personalidad reconocida.

Atentado frustrado contra Largo Caballero; el que se intentó contra José Ortega y Gasset, hombre, por lo tanto, bien ponderado; el cometido contra Jiménez de Asúa, profesor socialista, que costó la vida del policía que le acompañaba. La explosión, el 14 de abril, de una bomba colocada bajo la tribuna presidencial, durante la revista militar. La destrucción, en Oviedo, de los locales del diario socialista de aquella capital. El asesinato, en San Sebastián, del periodista Casaus; el del socialista Malimbes, en Santander; el del juez, señor Pedregal,

que llevaba la causa de un asesino falangista; el alevoso asesinato del capitán de la Guardia de Asalto, Faraudo, en pleno día, en la calle, cuando iba del brazo de su esposa. Y el asesinato, por la espalda, en Canarias, del general Balmes, que se negó a secundar a Franco. De este crimen, no sabemos los motivos, apenas se ha dicho nada en los anales de la sublevación.

Y después el asesinato, también en pleno día, del capitán de la Guardia de Asalto, José del Castillo, amigo y compañero de Faraudo.

De todos estos crímenes apenas han tratado tantos y tantos escritores nacionales y extranjeros, que, en cambio, han ensuciado montañas de papel horrorizándose por la muerte de Calvo Sotelo, muerte condenable, cierto, pero que, al fin y al cabo, no fue más que una consecuencia de las de Faraudo y Castillo.

Calvo Sotelo ha pasado al martirologio como casi todos los que mueren violentamente. Pero aconsejamos a los posibles horrorizados que lean algo sobre su vida y milagros, por ejemplo, en publicación tan poco sospechosa como la Gran Enciclopedia Larousse, publicada por la Editorial Palas –filial de Planeta, del señor Lara–: «Cuando dejó de ser ministro de Hacienda durante la dictadura de Primo de Rivera, le quedó el remoquete de arruinador de la Hacienda española».

En Catalunya, las izquierdas seguían con atención la agitación del resto de la península, pero como no repercutía directamente allí, no se acababa de creer en la inminencia del peligro. Y poco faltó para que no nos sorprendieran durmiendo.

Acaso mejor enterados los comunistas, procedieron a la creación de un conglomerado que dominar. Tras varias gestiones secretas, y sin que los simples afiliados tuvieran arte ni parte, se fundó el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), con fecha de 26 de junio de 1936.

El tal partido fue formado por los elementos que pertenecían a los partidos socialistas y comunizantes de Catalunya, es decir, el Partit Catalá Proletari, la Unió Socialista de Catalunya, el Partit Comunista Catalá y la sección catalana del Partido Socialista Español. El POUM no quiso entrar en aquella amalgama. A notar que los socialistas ortodoxos que entraron en ella lo hicieron contra la opinión de los directivos de Madrid.

Si estudiamos los motivos de la creación de ese nuevo partido, veremos en seguida que no eran otros que una maniobra del comunismo de Moscú a fin de tener una cierta fuerza en Catalunya, cosa que no habían podido lograr desde que Maurín y sus amigos fundaron el Bloc Obrer i Camperol (BOC), que estaba resueltamente en desacuerdo con Moscú. La sección catalana del Partido Comunista de España no llegaba a los mil afiliados en toda Catalunya, pero aspiraba –y lo consiguió– a dirigir y a manejar el nuevo partido. Lo poco explicable es que hombres de fondo tan democrático como Serra y Moret, Aleu, Brufau y algún otro, se dejaran engañar. Comorera y otros arribistas como él, acudieron, sabiendo lo que hacían, pero dispuestos a «obedecer», siempre que los pusieran a la cabeza, honoraria, del nuevo partido. En la práctica, este partido, presumiblemente catalán, no hizo más que obedecer las órdenes de Moscú, transmitidas por medio del consulado ruso en

Barcelona, cónsul que, por cierto, fue fusilado por Stalin en la «purga» de 1938.

Ya en los umbrales de la sublevación, el Sindicato de Industrias Gráficas, adherido a la FOUS, del cual era secretario general Alfredo, planteó unas reivindicaciones a la patronal del ramo, de cara a conseguir varias mejoras que hacía años eran la aspiración de los gráficos barceloneses. Se pedía, a más de un aumento de salarios, la creación de consejos de taller, reconocidos por la patronal, sustituyendo a los tristemente célebres delegados; además, cobro del salario íntegro en caso de enfermedad o accidente de trabajo y prohibición de las horas extraordinarias mientras hubiera obreros parados.

Antes de presentar las bases a la patronal, Alfredo, tras muchas discusiones en el seno de la junta del sindicato, logró el acuerdo de entrevistarse con la junta del Sindicato de Artes Gráficas, de la CNT, a fin de acudir a la lucha de completo acuerdo. Si así lo deseaba Alfredo era porque ni uno ni otro sindicato tenían la mayoría absoluta para poder arrastrar al otro. Un acuerdo entre los dos hubiera sido eficacísimo y tal vez se hubieran conseguido las mejoras sin necesidad de llegar a la huelga. Pero los del sindicato de la CNT se negaron a todo acuerdo, por lo cual Alfredo y sus amigos, antes de volverse atrás, decidieron, un poco temerosos, acudir a la huelga.

Si hemos de ser sinceros, debemos decir que, en el fondo, algunos directivos del Sindicato de Industrias Gráficas hacían de aquel conflicto un motivo de lucha contra la CNT, pues si ganaban las bases presentadas, era innegable que se produciría

un desplazamiento de muchos obreros gráficos hacia el sindicato ganador.

Para la dirección del BOC, esta huelga podría ser un elemento muy aprovechable en la lucha que se vio obligado a sostener con el nuevo Partit Socialista Unificat de Catalunya, por un lado, y por el otro, con los anarquistas de la CNT.

Como anteriormente ya explicamos, frente a la concentración comunista–socialista, Maurín y Nin se pusieron de acuerdo, y tras una asamblea muy movida, se acordó fundar el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), formado por el BOC y por cierto número de elementos de valía, recientemente desgajados de la Esquerra Comunista, de carácter trotskista, entre ellos, Nin, Portela, Andrade y Solano, que no querían seguir a los elementos de la IV Internacional, por considerar que su trabajo era inútil, aislados en pequeños grupos. Por ello, al crear el nuevo partido, entendían crear un verdadero partido comunista independiente. Es decir, se adelantaron en varios años a lo que después hizo el mariscal Tito en Yugoslavia.

Alfredo no estaba de acuerdo con la nueva formación, por su atávica desconfianza en los intelectuales, pero siguió la corriente, por inercia.

Así, pues, y a pesar de que a Alfredo las dichas combinaciones no le gustaban, el conflicto de los gráficos iba a ser una experiencia demostrativa de la fuerza del nuevo organismo en el terreno sindical. La lucha se presentaba muy difícil porque los obreros gráficos, que disponían de los mejores cuadros directivos de la organización sindical catalana, eran, en cambio,



poco combativos y siempre era preciso sacarlos de los talleres; y como en esta ocasión los de la CNT no aceptaban la huelga, hubo necesidad de repartir unos cuantos leñazos para que la huelga tomara un aspecto serio. Aunque ocurría que, a veces, los obreros que salían un día de su taller, volvían al mismo al día siguiente.

Alfredo había advertido, tanto en el sindicato como en el partido, que a la menor agresión seria que tuviera lugar, se marcharía a casa. No quería que se repitiera el bochornoso caso de la muerte de Sallent en la huelga del año 1919.

La patronal aprovechaba estas diferencias para poner toda clase de trabas en las entrevistas que tenían lugar en la Consejería de Trabajo de la Generalitat, en presencia del consejero de Trabajo, Martín Barrera, el cual tenía interés en que se concediera buena parte de las mejoras demandadas, a pesar de ser, él mismo, patrono del ramo.

A la tercera semana de huelga comprendieron en el sindicato que la cosa no marchaba bien y que, a aquel paso, el conflicto se alargaría indefinidamente. Para no apechugar con la responsabilidad de un fracaso, se celebró una asamblea general para decidir la conducta a seguir. Resultó que los criterios estaban muy divididos y era difícil tomar una resolución. Pero como los de la junta ya llevaban un plan previsto, llenos de la audacia necesaria, propusieron, nada menos, que se volviera al trabajo, pero con la condición de llevar el conflicto al jurado mixto, organismo muy combatido por la CNT, y que los gráficos de la UGT apenas podían utilizar porque eran en número muy insignificante. La proposición era audaz, porque significaba

aceptar una táctica no admitida hasta entonces por la CNT, ni por la FOUS.

Y lo que son las cosas; por una mayoría enorme, se aceptó acudir al jurado mixto, a pesar de no tener representación en dicho organismo. Sin duda, los huelguistas encontraron una salida algo airosa en un conflicto que empezaba a «pudrirse».

Afortunadamente se reanudó el trabajo sin represalias patronales, ni manifestaciones de los socialistas. Alfredo consideró entonces que era el momento de llevar a cabo una operación de buen estilo, y convenció a Sagrera, Barceló, Miralles, Solé y otros de la junta, de ir francamente a entrevistarse con la junta de la sección de Barcelona de la FGE, que eran los que tenían la representación obrera en el jurado mixto del ramo. Previamente, Alfredo había hablado con Escofet, socialista y amigo, quien le prometió hacer todo lo que pudiera a fin de que su organización, es decir, los delegados de la federación gráfica, apoyaran en el jurado mixto las demandas del Sindicato de Industrias Gráficas. La entrevista con los de la federación gráfica fue cordial y de resultados positivos. Pero todavía Alfredo obtuvo otro éxito al conseguir de Martín Barrera, consejero de Trabajo de la Generalitat, que, por decreto, se nombraran tres delegados al jurado mixto pertenecientes al Sindicato de Industrias Gráficas, es decir, el que presentaba las demandas. Estos nombramientos fueron posibles interpretando un tanto arbitrariamente el decreto de creación de los jurados mixtos.

Todavía efectuó, Alfredo, dos entrevistas. Una, con el presidente del jurado mixto, «que era médico», el cual prometió

votar en favor de las demandas, que consideraba justas. La otra entrevista tuvo lugar en un bar de la Ronda San Antonio, con Julio Antonio, Moreno y Vidal, los tres del sindicato de la CNT, a quienes expuso claramente cómo se presentaban las cosas y les pidió, solamente, que les dejaran hacer, sin campañas en contra. Tras una larga pero cordial discusión, logró que se comprometieran solemnemente a no convocar ninguna asamblea durante el tiempo que duraran las negociaciones, si este plazo no pasaba de un mes. En cambio, pidieron que si se ganaban las bases presentadas en el jurado mixto, no lo proclamaran como un triunfo contra las tácticas de acción directa de la CNT. Así lo prometió Alfredo, no muy seguro de poderlo cumplir.

Y se celebraron las sesiones en el jurado mixto, que, en realidad, fueron como un trágala para los patronos. Además de los delegados ya existentes, pertenecientes a la UGT, se presentaron a tomar posesión de sus cargos, como delegados obreros del Sindicato de Industrias Gráficas, Alfredo, Sagrera y Soler, cuyos nombramientos habían ya aparecido en el *Butlletí Oficial* de la Generalitat de Catalunya.

Los patronos protestaron de aquellos nombramientos que consideraban irregulares. El presidente dijo que no podía hacer otra cosa que hacer constar en el acta tales protestas y pasarlas al consejero de Trabajo.

Y comenzó la discusión de las demandas, que, en realidad, no fue tal discusión. El secretario del jurado daba lectura a una de las demandas; el presidente preguntaba si algún delegado tenía algo que objetar. Todos, patronos y obreros, decían que no.

Entonces se pasaba a votación; los patronos votaban en contra; los obreros a favor. Entonces, con arreglo al reglamento, el presidente emitía su voto, que era irrevocable, y cada vez lo hizo a favor de los obreros.

En dos sesiones, todas las demandas fueron aprobadas. Antes de retirarse, el delegado que encabezaba la delegación patronal, hizo constar que su organización acudiría en recurso a la Dirección General del Trabajo, en Madrid. Alfredo, muy seriamente, manifestó que no podía creer que los patronos gráficos, y entre ellos su presidente, que había sido obrero, se comportaran como lo habían hecho los hombres de la Lliga Regionalista en 1934, en el asunto de los rabassaires, dando lugar a la vergüenza del 6 de octubre, pero que, si lo hacían, de ellos solos sería la responsabilidad.

Si he querido relatar, acaso un poco ampliamente, este conflicto, con su huelga y su solución, ha sido solamente para dar una idea de cómo empezaba a evolucionar el pensamiento de los obreros, comenzando a poner los pies en el suelo, sin cesar, por ello, de aspirar a las reivindicaciones finales. Y dentro de esa nueva tónica que alboreaba, era natural que fueran los obreros gráficos los –digamos– «pioneros».

El conflicto de los gráficos había distraído a Alfredo de los graves acontecimientos que se desarrollaban en España.

En efecto, las derechas seguían actuando cada día más provocativamente. La UM (Unión Militar) actuaba casi públicamente, y se ponía de acuerdo con los hombres de derecha en todas las provincias.

Sanjurjo, desde Portugal, nombró delegado suyo personal al general Rodríguez del Barrio, que era nada menos que Inspector General del Ejército, y, como tal, podía justificar todos sus viajes.

De acuerdo con el pacto firmado en 1934 con Goicoechea y el general Barrera, Italia prestó a los conspiradores ayuda material en armas y dinero. Juan March, que a la sazón se hallaba en Londres, se encargó de despertar simpatías por el movimiento en los medios financieros del Reino Unido.

Sanjurjo hizo un viaje a Alemania, estableciendo contactos oficiales.

Parece ser que se modificó el plan primitivo y se estableció otro que consideraban más efectivo. Franco, desde Canarias, se trasladaría a Marruecos y se pondría a la cabeza de aquel ejército. Mola actuaría en Navarra, con los militares sublevados y los requetés. González de Lara, Burgos, Rodríguez Carrasco, en Catalunya. Varela y Ordaz se pondrían a la cabeza de la insurrección en Madrid.

Pero cundió la alarma al saberse que el gobierno sabía lo que se preparaba y hubo necesidad de modificar los planes, y con mayor motivo porque dos generales, que pasaban por republicanos, se habían adherido al movimiento: Queipo de Llano y Cabanellas. De Madrid, el centro conspiratorio fue trasladado a Navarra, donde Mola era dueño y señor.

El nuevo plan se confeccionó así: cuatro columnas, salidas de Navarra, de Burgos y de Valencia, para apoyar la sublevación de los militares de la capital. Pero el general Villegas se asustó y se volvió atrás y el gobierno había destituido al general González

de Lara, como jefe de la zona de Burgos, y enviado a un general de confianza, Batet.

Había, pues, que volver a reformar los proyectos.

Franco, en Canarias, tuvo una entrevista, a bordo del acorazado Jaime I, con el almirante Salas, para asegurarse el apoyo de la Marina, que ofrecía dudas. La mayoría de los oficiales retirados, acogidos a la ley de Azaña, establecieron contactos con los militares en activo, y empezaron a sacar sus uniformes de los baúles. Se ejercía una seria vigilancia sobre los oficiales sospechosos de fidelidad a la República, a fin de neutralizarles o deshacerse de ellos si era preciso. Era notorio que Calvo Sotelo era el jefe de la parte civil de la conspiración.

Gil Robles dudaba, sobre todo al ver el cariz totalitario que tomaba el movimiento. Los carlistas ofrecían 7.000 «requetés» navarros, en pie de guerra, y otros tantos repartidos en el resto del país. Pero el 5 de junio el general Mola difundió una circular que disgustó mucho a los carlistas, pues en ella preveía un Directorio de cinco jefes que gobernaría por decretos, pero manteniendo la República. Los carlistas reclamaban la adopción de la bandera roja y gualda, símbolo de la monarquía, la disolución de los partidos, y pasar a organizar el país corporativamente.

El entonces jefe de la Comunidad Tradicionalista, Lizarra, explica en su libro *Memorias de la conspiración*, que fue a Portugal a entrevistarse con Sanjurjo, para pedir su arbitraje, que debería ser aceptado por todos. Añade que allí se acordó, nada menos, que este programa provisional:

Ninguna bandera para las unidades militares del «requeté».

Gobierno exclusivamente militar.

Abolición de todo lo legislado en materia social y religiosa.  
Destrucción del régimen liberal y parlamentario.

A principios de junio tuvieron lugar en Marruecos unas maniobras militares. Allí los conjurados prestaron el famoso Juramento del Llano Amarillo.

Por fin se llegó a un acuerdo sobre fechas y mandos. Franco, desde luego, saldría de Canarias para dirigirse a la zona española de Marruecos. Goded sublevaría las Baleares y saldría, en seguida, para Barcelona. Queipo de Llano iría a Sevilla. Cabanellas haría traición en Zaragoza. Saliquet, en Valladolid. Fanjul, en Madrid. González Carrasco, en Valencia.

El 16, Mola, que comunicaba fácilmente con José Antonio Primo de Rivera, a pesar de estar éste preso en Alicante, le enteró de que el levantamiento tendría lugar los días 18, 19 y 20 de julio.

Pero había que enardecer, más todavía, el ambiente, y se procedió a agudizar la campaña de atentados y provocaciones. No pasaba día sin que se produjera algún encuentro entre los dos bandos, a veces con muertos y heridos. Había atentados a diario. Manifestaciones, incendios. Se llegó a intentar cachear a los diputados al entrar en el hemiciclo.

El 11 de julio, en Valencia, los falangistas, armados, invadieron los estudios de la Radio y difundieron lo siguiente:

«¡Aquí Radio Valencia! La Falange Española se ha apoderado, por las armas, de esta emisora. ¡Mañana ocurrirá lo mismo en todas las emisoras españolas!»

Media hora más tarde, una inmensa contramanifestación recorría las calles de la capital y grupos de jóvenes asaltaron el local de la CEDA y la redacción del periódico *Diario de Valencia*. Ningún falangista de los que habían asaltado la emisora de radio, indefensa, salió en apoyo del círculo cedista, ni de la redacción del periódico.

En este ambiente, al rojo vivo, sucedió en Madrid algo que, quien esto escribe, no se atrevió a juzgar, porque, habiendo hablado largamente en el exilio con cenetistas y socialistas madrileños, no ha podido esclarecerlo. Me refiero a la huelga del ramo de la construcción, declarada el primero de julio.

Los hechos, innegables, fueron así:

Los sindicatos de la construcción de las dos centrales, UGT y CNT, se pusieron de acuerdo para presentar unas bases a la patronal, y si eran rechazadas, acudir a la huelga todos juntos. Tuvo lugar una asamblea general de los dos sindicatos y en ella se aprobó, por unanimidad, lo propuesto por las dos juntas.

Rechazada la demanda por los patronos, estalló la huelga, que fue absoluta, y existía el acuerdo, muy lógico, de que no se volvería al trabajo si no era con el acuerdo de los dos sindicatos. La lucha fue dura y se cometieron actos de fuerza y algunos estropicios. Había huelguistas que comían en un restaurante y se marchaban sin pagar. Algunas mujeres dejaban a deber sus compras, sin dar domicilios.



Los falangistas comprendieron que era la ocasión propicia a sus fechorías provocadoras, y empezaron una serie de ataques a obreros aislados, después a los piquetes de huelga delante de las obras. Naturalmente, los huelguistas organizaron la propia defensa armada, notablemente los de la CNT. El gobierno decidió buscar una solución, y acordó que el ministro de Trabajo decretara un arbitraje, dando satisfacción en parte a los huelguistas. Se concedió un 15 % a los salarios más bajos, y un 10 % a los demás, y, además, la semana de 40 horas. Las bases presentadas reclamaban, además de un aumento superior de los salarios, la semana de 36 horas, un mes de vacaciones pagadas y el reconocimiento de las enfermedades profesionales. El sindicato de la UGT, después de consultar a sus afiliados, acordó aceptar el arbitraje ministerial y volver al trabajo. La CNT reaccionó indignada. Recordó a la UGT que tenía un compromiso para no decidir, unilateralmente, ni unos ni otros, y que había que ser leales al compromiso. El secretario del Sindicato de la Construcción de la UGT replicó que se podían seguir las negociaciones, y que, además, era juicioso no complicar más la vida de la nación, en aquellos peligrosos momentos.

Y llegó el fratricidio entre los huelguistas de la CNT y los de la UGT, los cuales querían trabajar. En un solo día se contaron cinco muertos, tres de la UGT y dos de la CNT.

Es más que probable que la Falange Española se mezclara en la lucha y fueran sus hombres quienes más actos violentos cometieron, cargando sus crímenes a los obreros. Algunos cenetistas debieron darse cuenta de esta maniobra, puesto que una tarde ametrallaron un café donde se reunían los pistoleros

de Falange Española. Tres falangistas, de la antigua guardia de José Antonio, resultaron muertos. El gobierno perdió la cabeza, y clausuró el local del Sindicato de la Construcción de la CNT, y además detuvo a los dirigentes Antona y Cipriano Mera. Pero la lucha continuó lo mismo, es decir, a tiro limpio. En estas condiciones parecía natural que el gobierno no quisiera dar armas a los obreros, como reclamaba Largo Caballero.

Cuanto han tenido interés en justificar la sublevación militar, han citado siempre la muerte de Calvo Sotelo como motivo principal.

Ya hemos citado, varias veces, los hechos irrefutables que prueban que la conspiración había comenzado, ya, desde los primeros días de la proclamación de la República, y que los conjurados contaron, desde un principio, con el apoyo de Mussolini y de Hitler.

Ya hemos explicado, también, cómo habían sido asesinados los capitanes Faraudo y Castillo. La muerte de Calvo Sotelo no fue más que una represalia de los guardias de asalto, exasperados ante la lenidad de la autoridad gubernativa.

El hecho, en sí, se ha explicado de muy diversas maneras. Pero lo cierto parece ser que a Calvo Sotelo le sacaron de su domicilio unos guardias de asalto, le subieron a un camión, y ya no se sabe nada más auténticamente, sino que el cadáver apareció, horas más tarde, en el cementerio del Este.

Los entierros de Castillo y de Calvo Sotelo, fueron los últimos desfiles antes de la batalla. Los enemigos se desafiaban, ya, cara a cara.

Goicoechea afirmó ante el cadáver de Calvo Sotelo: «Juramos vengar tu muerte». Gil Robles, en las Cortes, dijo: «La sangre de Calvo Sotelo ahogará al gobierno». Y en nombre de *Renovación Española*, un tal Suárez de Tangla, leyó un documento que era una declaración de guerra: «Desde el 16 de febrero vivimos en plena anarquía, bajo el imperio de una sublevación monstruosa de todos los valores morales, que ha culminado en poner la autoridad y la justicia al servicio de la violencia. Los que quieran salvar a España y su patrimonio moral como pueblo civilizado, nos encontrarán en la vanguardia, por el camino del deber y del sacrificio».

Ante tales muestras de agresión armada, los obreros se aprestaron, en todas partes, a la defensa, y quienes tenían armas escondidas las pusieron en condiciones de ser usadas. Se movilizaba por todos sitios, pero era evidente que las armas eran escasas. Si el gobierno no armaba al pueblo, parecía casi seguro que la militarada triunfaría. Y el gobierno, con su jefe a la cabeza, no tomaba ninguna determinación eficaz.

Indalecio Prieto, en *El Liberal* de Bilbao, dio la voz de alarma: «Si la reacción sueña con un golpe de estado sin sangre, se equivoca».

En esta atmósfera de violencia, el gobierno parecía dormir plácidamente. Ha quedado para la historia la célebre frase de Casares Quiroga, que al comunicársele, en la noche del día 17 de julio, que los militares se habían levantado en armas en Marruecos, replicó: «¿Se han levantado? Bueno. Yo me voy a dormir».

### XIII. LA SUBLEVACIÓN Y LA GUERRA CIVIL

El día 15 de julio, en el *Butlletí Oficial* de la Generalitat de Catalunya, se publicaron las bases de trabajo de Artes Gráficas, aprobadas por el jurado mixto. El día 17 Alfredo acudió a la Consejería de Trabajo, a entrevistarse con el titular, Martín Barrera, para ponerse de acuerdo sobre la forma más adecuada de poner dichas bases en práctica. Hacía poco rato que estaban hablando, cuando entró un secretario en el despacho, el cual, muy emocionado, dijo al consejero que se acababa de saber que los militares se habían sublevado en Melilla, y se temía que la sublevación pasase a la península. Barrera, tranquilamente, descolgó el auricular del teléfono y pidió comunicación con la Generalitat. Habló directamente con el Presidente, el cual confirmó la mala noticia, y le convocaba, como al resto del gobierno, para reunirse inmediatamente.

Alfredo dijo a Barrera:

- Supongo que esta vez no haréis como en octubre.
- Te aseguro que entregaremos al pueblo cuantas armas tengamos.

Se estrecharon la mano emocionadamente y se despidieron. Alfredo pensó en seguida en dar la alarma en primer término. Decidió acudir a la redacción de *Solidaridad Obrera*, a ver cómo reaccionaban allí. Tomó un taxi y se hizo conducir a la *Soli*, en la calle Consejo de Ciento. Encontró que allí había mucha animación porque el rumor de la sublevación corría ya por toda la ciudad, pero, ciertamente, no sabían nada en concreto. Haciendo caso omiso de algunas miradas agresivas, manifestó claramente que si había acudido allí era porque se acababa de enterar de la verdad del rumor, y explicó cómo y dónde.

–Esta vez –dijo– creo que lo haréis diferente que en 1934.

Todos le aseguraron que ya hacía días que estaban prevenidos y se haría lo que se tuviera que hacer. Y Magriñá, para demostrar lo que decían, se puso al habla, por teléfono, con la Generalitat, a fin de ponerse de acuerdo sobre la manera de hacer frente a lo que, irremediablemente, se acercaba.

De allí, Alfredo marchó, en otro taxi, al local del POUM, donde se encontró que no había nadie más que el conserje, que no sabía nada de nada. Telefonó a la imprenta donde trabajaba Bonet y le dijo lo que ocurría. Éste dejó el trabajo y se dedicó, a toda prisa, a avisar a todo el comité ejecutivo para constituirse en permanencia. Se avisó a las barriadas para que movilizaran a todos los afiliados con la máxima urgencia.

Aquella noche se efectuó en Barcelona una movilización maravillosa, increíble. Antes de las doce, eran por centenares los hombres armados que acudían a ocupar sitios estratégicos, dispuestos a hacer frente a los sublevados. A fin de sorprender

a los agresores con una resistencia con la que no contaban, nada se dijo por la radio, ni por la prensa, aquella noche. En la madrugada del día 19, domingo, cuando salieron las tropas a la calle, no encontraron, en general, oposición, lo que les hizo creer que iba a ser cosa de coser y cantar, por lo que quedaron sorprendentemente desorientados cuando, cerca del centro de la ciudad, empezaron a tener que hacer frente a hombres decididos que tiraban a dar. Y cuando la batalla empezó a generalizarse, acabó de desmoralizarles el hecho de ver, frente a ellos, y tirando eficazmente, las fuerzas de seguridad. Desde aquel momento, los soldados se dieron cuenta de que los habían engañado, y aprovechaban la primera ocasión para rendirse.

Alfredo había pasado casi toda la noche en el local del POUM, donde no dejaban de entrar y salir hombres armados con fusiles, unos provenientes de los recogidos y escondidos en la noche del 6 de octubre de 1934, otros quién sabe de dónde. Se había establecido una vigilancia cerca de los cuarteles, y de cuando en cuando llegaban enlaces que manifestaban que, efectivamente, en el interior de los cuarteles se observaba movimiento, pero que no se podía asegurar si saldrían a la calle en la misma noche.

Hacia las tres de la madrugada, Alfredo se retiró a su domicilio, para ver de descansar un poco y volver al local con el día. No pudo hacerlo, porque hacia las cuatro y media empezó a oír, claramente, disparos de fusil Mauser. Como por entonces él vivía, con sus hijos, en el domicilio de su hermana mayor, Esperanza, ésta se alarmó grandemente. Tuvo que decirles que volvía en seguida y que no salieran de casa si no veían tranquilidad en la calle. Salió, con pocos ánimos, y cuando avanzaba por la calle Tallers, de cara a la Rambla, se dio de cara

con un buen grupo de correligionarios, armados, que acudían al encuentro de las fuerzas sublevadas, que habían salido del cuartel de la calle Tarragona y se encaminaban hacia el centro. No tuvo otro remedio que marchar con ellos, porque –pensaba– ¿cómo decirles que preferiría irse a casita? Y allá se fue, a pesar de no disponer más que de una pistola del nueve corto. Y se acordaba, sin saber por qué, de aquellos moros que en la guerra del Rif iban al lado de los que tenían un fusil, esperando coger el arma de quien cayera muerto o herido. Y maldita la gracia que le hacía tal perspectiva.

Enfrascado en estos pensamientos se encontró en la primera refriega de la plaza Universidad. Cuando, saliendo de la calle Tallers, desembocaron en la plaza, lo primero que vio Alfredo fue un grupo de unos diez o doce guardias de asalto que, carabina terciada, avanzaban resueltamente hacia la calle Aribau, y casi instantáneamente hicieron su aparición, en el chaflán de dicha calle, muchos soldados, al mando de dos oficiales. Los soldados también llevaban carabinas, por lo que Alfredo dedujo que procedían del Cuartel de Caballería de la calle Tarragona. Después se preguntaba él mismo cómo había tenido tiempo de hacer aquella deducción, puesto que en seguida empezaron los tiros.

Al verse los soldados y los guardias, ambas fuerzas se pararon, enfrentándose. El que se había arrogado el mando de los paisanos, se dirigió hacia el que fue monumento al doctor Robert, en medio de la plaza, que ofrecía un buen refugio. Uno de los oficiales empezó a dar vivas a la República, con el ánimo, evidentemente, de engañar a los guardias, pero el sargento que mandaba a éstos, gritó:

-¡Armas al suelo!

La respuesta fue unos disparos de pistola, seguidos de un muy irregular tiroteo de fusiles. Muy disciplinadamente, los guardias echaron cuerpo a tierra y empezaron a disparar a discreción. En seguida cayeron tres o cuatro soldados. Entonces, los paisanos, parapetados tras el amplio pedestal del monumento, empezaron a disparar a su vez, batiendo a los soldados por su izquierda. Fue cuando cayó el capitán, muerte que después se atribuían todos los paisanos. La tropa sublevada perdió toda moral y emprendió veloz carrera hacia el edificio de la Universidad, donde penetraron y cerraron las puertas.

Más tarde, por el testimonio de Ángel Pestaña, supo Alfredo algo de lo que había sucedido dentro del edificio.

Encerrados los soldados en la Universidad, siguieron unos minutos de silencio. El sargento de los guardias se acercó a los paisanos y hablando con el que figuraba como jefe (a quien no conocía Alfredo), acordaron sitiar el edificio y ver la posibilidad de asaltarlo. Al poco rato, empezaron a disparar desde las ventanas y desde la torre del reloj. Los guardias y los paisanos tiraban metódicamente, bien parapetados, pero a pesar de ello, en poco tiempo, tuvieron tres bajas: un bravo muchacho de Pueblo Seco, llamado Germinal Vidal, que cayó muerto instantáneamente, y otros dos heridos. Fueron llevados en volandas al hospital militar de la calle Tallers (hoy desaparecido), donde fueron admitidos sin inconveniente alguno.

Alfredo, con su pistola, apenas tenía otra cosa que hacer que observar lo que ocurría, pues comprendía que con aquella arma



poco podía hacerse. Y cuando cayeron los heridos y quiso apoderarse de un fusil, llegó tarde, porque otros combatientes desarmados se le adelantaron... acaso por no haber corrido él lo suficiente.

Pasaba el tiempo, y ni se asaltaba el edificio ni los de dentro se rendían. De la plaza Catalunya llegaba el eco de nutrido tiroteo y después el estruendo del fuego de artillería. Y esto se le ponía en la boca del estómago a Alfredo, que empezó a tener miedo (bueno, «más miedo») de que los militares se hicieran los amos. Ya avanzada la mañana, llegaron por la calle Tallers un buen número de paisanos, magníficamente armados con fusiles Mauser y fusiles ametralladores, al frente de los cuales reconoció a García, que tanto daría que hablar en adelante. García distribuyó sus hombres tras los macizos de los jardines o parapetados tras los árboles, y sin tomar ninguna precaución, se dirigió al sargento de los guardias y le condujo tras el monumento; al verlo, allá se fue también el jefe de las fuerzas poumistas. Y, por lo que veía Alfredo, comprendió que celebraban una especie de consejo de guerra. Pronto se pusieron de acuerdo para llevar a cabo lo más indicado, es decir, rodear el edificio de la Universidad, cosa que, como le explicaron después, no se habían atrevido a hacer por el poco número de atacantes, lo que podía haber dado lugar, al debilitar el frente de la plaza, a una posible salida de los soldados. Pero, ahora, con los refuerzos, decidieron arriesgar el cerco de la Universidad, para lo cual saldrían combatientes a dar la vuelta por la calle Aribau, unos, y por la calle Balmes, otros, para converger todos en la calle Diputación, o sea, por la parte posterior del edificio.

Y ocurrió que, al iniciar García, con un grupo de los suyos, muy agachados, el desplazamiento hacia la calle Aribau, vio a Alfredo con su pistolita en la mano, y no pudo menos de echarse a reír, diciendo:

–No podía ser de otra manera que te encontrarse aquí, especie de Tartarín. Vente con nosotros.

A Alfredo, si lo que se cuenta del pánico fuera cierto, se le hubieran puesto los pelos de punta, pero no ocurrió tal cosa, aunque el miedo que tenía era enorme.

–Verás –contestó–; no creo que os sea de gran utilidad con este trasto.

–Sí, hombre; serás el cronista. ¿O tienes miedo?

¡Claro que tenía miedo, y mucho! Porque allí, tras el monumento, estaba casi seguro, pero salir a cuerpo descubierto era algo más serio. Mas ¿cómo confesarlo? Y, como otras veces, tuvo la fuerza de voluntad de saber esconder su pánico y aparecer como un hombre, si no heroico, sí decidido. Y allá fue, imitando los movimientos de los demás, es decir, avanzando muy agachado, haciendo cuerpo a tierra, de trecho en trecho, y volviendo a avanzar, hasta llegar fuera del ángulo de tiro de los fusiles que tiraban desde las ventanas y desde la torre del reloj.

Si en la reja que cierra el jardín de la Universidad, en la calle Diputación, hubiera habido soldados, el avanzar por allí habría sido difícil, porque no había dónde parapetarse eficazmente, a no ser en los portales de las casas, que estaban cerrados; pero, por lo pronto, de la reja no salían disparos. Pronto aparecieron

por el ángulo de la calle Balmes, los que por ella habían subido, e hicieron su conjunción en medio de la calle. García, entonces, pidió voluntarios para acompañarle a saltar la reja y avanzar por el jardín, pero no hubo lugar a saber cuántos eran los decididos, porque en aquel mismo instante sonaron disparos a su espalda y fue un verdadero milagro que no tuvieran baja alguna. Todos se dieron cuenta, en seguida, de dónde habían salido los tiros, es decir del edificio del Seminario, que daba frente a la parte trasera de la Universidad.

Por un movimiento instintivo todos los combatientes, agachados, se refugiaron, precisamente, tocando el zócalo de la reja que cierra el Seminario, comprendiendo que, bien pegados allí, a los agresores les sería difícil, desde dentro, hacer blanco en ellos. Pero su sorpresa fue tremenda al darse cuenta que la gran puerta doble de la reja estaba solamente entornada. La reacción de García fue instantánea.

–A dintre, collons! <sup>3</sup> –bramó.

Y todos, enardecidos como borrachos de pelea, avanzaron por el jardín, camino del edificio. Y también Alfredo siguió automáticamente, sin darse cuenta, como llevado por una corriente.

Todas las puertas estaban herméticamente cerradas, pero en cambio estaban bien abiertas varias ventanas, situadas a apenas dos metros del suelo. Por ellas entraron como una jauría furiosa. Las habitaciones estaban vacías. Los grandes dormitorios, lo mismo, pero en el interior se oía un galopar desesperado. Había,

---

<sup>3</sup> ¡Adentro, cojones!

pues, enemigos. La caza fue implacable, pero pequeños los resultados. Solamente una media docena de muchachos jóvenes, en mangas de camisa y pantalones negros, que fueron defenestrados desde las ventanas del segundo piso.

Cuando se convencieron de que no quedaban enemigos en el edificio, se situaron en las ventanas que dominaban el edificio de la Universidad y, sin esperar más, empezaron a disparar contra un grupo de oficiales que parecían conferenciar en el jardín universitario. Los oficiales agredidos se retiraron a la carrera hacia el edificio e inmediatamente salieron hacia la reja unos cuantos soldados armados, que no sabían contra quién tirar porque no veían enemigos, pero pronto lo supieron al tener algunas bajas.

Y, mírese por donde, Alfredo tuvo que hacer, otra vez, de héroe a la fuerza. Se le acercó García y, riendo, le dijo:

–Oye, periodista; sirve para algo. Verás; ya no me parece preciso asaltar el edificio, porque acaso se rindan. Para saber qué debemos hacer, hay que ponerse de acuerdo con los otros, así que vas a ir a la plaza, y se lo preguntas al sargento de los guardias y a tu jefe.

Y lo dijo tan tranquilo, como si se tratara de salir a dar un paseo.

–Pero, oye, me van a cazar.

–Es posible, mas, a eso hemos venido, ¿no?

¿Qué replicar? Nada. Atravesó, pues, una serie de pasillos, y salió al patio, buscando una salida por la calle Consejo de Ciento. La encontró, precisamente en un pabellón aislado, que estaba vacío, pero en las celdas pudo ver Alfredo hábitos monjiles y tocas abandonadas encima de las camas y de las sillas. En diferente situación, seguramente el hecho le hubiera hecho reír, pero en aquel momento la cosa le chocó, pero no le entraron ganas de reír. Comprendió que las monjitas habían volado a tiempo. Abrió la puerta de la calle y salió. Y cuando ya hacía de tripas corazón para descender por la calle Enrique Granados, hasta la de Diputación, una luz esplendorosa iluminó su espantado cerebro. ¡Pero si no había necesidad de bajar cara al peligro! Era mejor, y más seguro, correr sólo, de momento, el peligro de atravesar la calle, seguir por Consejo de Ciento hasta Aribau, y bajar por ésta con el solo inconveniente de traspasar la de Diputación. ¿Cómo no lo había pensado en el momento de recibir el encargo? Sin pensarlo más, en tres zancadas, atravesó la calle y avanzó rápido y tranquilo por la calle Consejo de Ciento. Ni en ésta ni en la de Aribau se veía alma viviente, y ya en pleno genio de estrategia, optó por seguir por Consejo de Ciento, hasta la de Muntaner, y bajar por ésta hasta la plaza Sepúlveda, atravesando la Gran Vía a paso de carga. Y todo fue como sobre ruedas, porque no había obstáculo alguno que se le opusiera. Dio la vuelta por la plaza Sepúlveda y en dos minutos estuvo en la de Universidad; allí tuvo que exponerse un poco para llegar hasta el monumento, pero lo hizo sin novedad.

El sargento de los guardias y el mandón de los paisanos acordaron, en un minuto, que a fin de evitar bajas, sería bueno esperar una media hora antes de dar el asalto por la parte posterior del edificio, y con mayor motivo cuando parecía haber

cesado el fuego en la plaza Catalunya, y si allí habían ganado «los buenos», era indudable que los de la Universidad no tardarían en rendirse. En esto estaban, cuando vieron llegar por la calle Pelayo un gran número de hombres y mujeres cantando y haciendo grandes gestos de victoria. Eran los vencedores de la plaza Catalunya. A escape, salió un joven para advertirles que no se expusieran inútilmente al fuego de los que ocupaban la Universidad, haciéndoles derivar por la calle Balmes y la Ronda Universidad. Y otra vez Alfredo haciendo de enlace, que maldita la gracia que le hacía. Como la cosa más natural del mundo, le dijeron que volviera por donde había venido y dijera la situación a García. Y ni siquiera esperó contestación aquel jefe que le había salido. Como siempre había sido un tanto supersticioso, esta vez optó por no tentar la suerte por el mismo camino, y se fue por la Ronda Universidad hasta la Rambla Catalunya, donde ya había mucha animación e incluso gente en los balcones. Subió hasta Consejo de Ciento y siguió hasta el Seminario, donde por poco le hacen pupa los suyos, pues cuando se disponía a entrar, oyó un vozarrón que le gritaba:

–¡Alto! ¡Tres pasos atrás! ¡Cuerpo a tierra!

Obedeció ciegamente, mientras gritaba:

–Oye, muchacho, dile a García que está aquí Alfredo. ¡Y no tires!

–¡Ah bueno! Ya te conozco, avanza.

Cuando llegó a la altura del terrible centinela, éste reía como un niño, mientras le daba golpecitos en la espalda, y le decía:

–¡Menudo susto te has llevado, compañero!

Alfredo no respondió. Su olímpico desprecio fue su venganza.

Llegó hasta García y le puso al corriente de la situación y del criterio de atender media hora antes de dar el asalto. Los hechos le dieron la razón puesto que los asediados se dieron cuenta de que los sublevados habían sido vencidos en la plaza Catalunya, y además, porque, viniendo por la calle Pelayo, llegaron hasta la plaza Universidad, un par de docenas de guardias civiles, con el fusil al brazo. Fuera por lo que fuera, lo cierto fue que en una ventana del segundo piso apareció una sábana haciendo el oficio de bandera blanca, y casi acto seguido otra sábana apareció en lo alto de la torre del reloj. Abrióse una ventana del primer piso y apareció un oficial encuadrado por dos soldados que empezaron a hacer gestos, indicando las banderas blancas. A cuerpo limpio, avanzaron un guardia y un paisano, hasta ponerse al habla con el oficial. Los asediados ofrecían rendirse si se les garantizaba la vida, advirtiéndole que tenían en su poder como rehenes unos cuantos paisanos. Retrocedieron los de la plaza para consultar con sus jefes. Por si acaso era verdad lo de los paisanos detenidos, acordaron dar todas las garantías de seguridad, advirtiéndole que deberían salir en fila de a dos y sin armas. Así lo comunicaron los «embajadores», y aceptado el trato por los militares, a los pocos minutos se abrió una puerta lateral de las tres del centro del edificio, y aparecieron, en primer término, varios paisanos que hacían gestos con los brazos; detrás iban saliendo los soldados con caras miedosas.

Cuando los atacantes avanzaron resueltamente, los paisanos empezaron a dar vivas a la libertad, llenos de entusiasmo, y lo

mismo hicieron varios soldados. Prontamente se ordenó formar dos grupos con los rendidos; en uno estaban los soldados y cabos, en otro los sargentos y oficiales; a éstos se les cacheó minuciosamente. Cuando se estaba efectuando esta operación, aparecieron en la puerta de la Universidad García y los suyos, los cuales, al observar que había un gran silencio por la parte de la plaza, se acercaron al edificio y comprobaron que por allí no había defensa alguna, y, además, comprobaron, sorprendidos, que la puerta de la reja no estaba cerrada con llave, y entonces se adentraron sin encontrar resistencia, hasta llegar a la parte delantera del edificio.

Se formó una especie de consejo de guerra para decidir qué se hacía con los prisioneros. Había opiniones para todos los gustos: desde la exterminación en masa y en el acto, hasta dejarlos a todos en libertad. Finalmente prevaleció el criterio de soltar a los soldados, aconsejándoles acudieran a sus cuarteles, para que pudieran comer y alojarse, y entregar los oficiales a las autoridades. Pero el caso era que nadie sabía a qué autoridades entregar a aquellos militares sublevados. El sargento de los guardias pidió y obtuvo llevarse a los oficiales y sargentos a su cuartel, donde sabrían lo que habría que hacer con ellos. Sin embargo, esta decisión sólo fue aceptada a condición de que en la escolta figuraran algunos paisanos, y así se hizo.

Uno de los sargentos detenidos pidió hablar con García, señalándole con la mano, para demostrar que lo conocía. García aceptó y se apartaron, y tras breve coloquio a solas, García volvió diciendo que él respondía de aquel sargento, «quedando incorporado a las fuerzas de la libertad», según sus propias palabras.



La gran sorpresa de la rendición de los facciosos de la Universidad fue ver aparecer, entre los paisanos que habían retenido los militares como rehenes, nada menos que a Ángel Pestaña. Éste había salido más pálido que de costumbre, pero con su sonrisa de siempre, saludando a sus libertadores de la manera más natural, como si se los hubiera encontrado durante un pacífico paseo.

Las tropas rendidas pertenecían al Regimiento de Caballería alojado en el cuartel de la calle Tarragona, y a una sección de ametralladoras, del Regimiento de Infantería nº 16, residente en el cuartel de Pedralbes. Como entre éstos últimos había varios que solamente llevaban la guerrera y el gorro militares, pero con pantalón y calzados civiles, a éstos los reclamó García, y entregándolos a unos de los suyos, se los llevaron nadie sabe dónde.

El sargento que había hablado con García se puso al frente de un grupo de paisanos encargados de recoger el armamento abandonado por los vencidos. Cuando vieron nada menos que cuatro ametralladoras, con sus municiones casi intactas, los muchachos se volvieron locos de alegría. Muy equitativamente, se las repartieron: dos ametralladoras para los de la CNT, y las otras dos para los del POUM. En un rincón del jardín de la Universidad encontraron los mulos, paciendo tranquilamente la hierba de los parterres.

Quienes pasaron una mañana bastante agitada y llena de preocupaciones fueron el conserje de la Universidad y su familia, que no sabían qué hacer ni a qué carta quedarse, al ver el edificio lleno de soldados y los de fuera tirando a mansalva. Las

sábanas que habían servido de banderas blancas les fueron devueltas, y aseguraba el conserje que las guardaría como objetos de museo.

Por fin se dio la orden de marchar a comer, cada uno donde pudiera. Los del POUM, ni tontos ni perezosos, se introdujeron en el que fue café–restaurante El Tostadero, sito en la misma plaza Universidad, y pidieron de comer, servicio que no les negaron, ni mucho menos, pues el mismo propietario aseguraba que tenía todo el género previsto para el domingo, y puesto que la clientela no llegaría, bueno era aprovecharlo para aquellos valientes. ¡Oh, poder de las circunstancias! Los de García se repartieron entre los dos restaurantes sitos en los dos chaflanes de la calle Muntaner con la Gran Vía. Unos y otros quedaron en encontrarse, una hora más tarde, en la Ronda San Antonio, pues seguramente habría, todavía, «cosas que hacer».

Cuando todas las fuerzas desaparecieron de la plaza, todavía quedaron frente a la puerta de la Universidad Alfredo y Pestaña, charlando animadamente sobre los acontecimientos. Era una cosa curiosa. Todavía se oían disparos a lo lejos, arriba y abajo pasaban hombres armados, con caras animadas y llenos de satisfacción. Por el suelo, muchos casquillos de munición de fusiles y pistolas, y también manchas de sangre; en fin, todo un aspecto de campo de batalla, y allí estaban aquellos dos ingenuos, charla que te charla, el uno con su sombrero color café o algo parecido y el otro sin nada en la cabeza, los dos sin arma alguna a la vista, ni demostración de ser actores de lo que se estaba desarrollando. Bien inopinadamente, hicieron su aparición en la puerta de la Universidad el sargento garantizado por García y cuatro paisanos, llevando cada uno tres o cuatro

carabinas y cintos con cartucheras. Al enterarse de que todos los demás se habían marchado a comer, se apresuraron a seguir el ejemplo, sin abandonar aquellos últimos vestigios del botín.

Alfredo invitó a Pestaña y al sargento a que fueran a comer con él, a su casa, a cuatro pasos nada más de allí. El sargento aceptó sin titubeos, pero Pestaña prefirió volver a su casa, para tranquilizar a su María y a los chicos. Antes, el relojero le había explicado a Alfredo cómo había sido detenido y encerrado en la Universidad. Se había despertado de madrugada y ya había oído disparos. Entonces decidió bajar a Barcelona, a ver qué pasaba, pero tuvo que emprender el camino a pie, puesto que no funcionaban los tranvías ni el tren de Sarria, y él vivía, por entonces, en la barriada de Gracia. Como medida de precaución, consideró prudente no bajar ni por el Paseo de Gracia, ni por la Rambla Catalunya, haciéndolo por la calle Balmes, pero al llegar a la calle Aragón se dio de manos a boca con una patrulla de soldados, que sin contemplación alguna, y con las manos a la cabeza, le condujeron a la Universidad, donde fue encerrado en una aula, junto con otros diez paisanos detenidos en las mismas circunstancias que él. Todos ellos pasaron unas horas llenas de angustia, puesto que sus vidas dependían, seguramente, de la marcha de las circunstancias, y, además, se preguntaban qué harían con ellos los militares si llegaban a ser vencidos, como parecía, puesto que no se atrevían a salir. Y también se interrogaban sobre cuál sería la actitud de los paisanos si llegaban a entrar por la fuerza en la Universidad. Y finalmente, aquellos minutos de miedo, a la incógnita, cuando les obligaron a salir delante de los militares, haciéndoles servir de parapetos vivientes.

Cuando Alfredo y el sargento entraron por la calle Valldonzella, fueron acogidos con gran alegría por muchos vecinos y vecinas que le conocían. Todo eran sonrisas y apretones de manos. Alfredo correspondía, contento, a pesar de saber que algunas de aquellas manos que estrechaban las suyas hubieran preferido apretarle el pescuezo.

En la puerta de su casa encontraron a su hermana Esperanza y a su hija, que estaban muy impacientes por no saber de él. Todas se abrazaron a él, llenas de alegría. Les presentó al sargento invitado y todos subieron al entresuelo, donde las mujeres se dispusieron a aumentar lo que ya tenían preparado para comer. De lo primero que hablaron fue de lo bien que resultaba que el hijo, Ángel, estuviera aquel día en Begas, pasando unos días con su tía Amparo, pues así se libraba de estar en el peligro. Durante la comida, el sargento dio bastantes detalles de cómo se habían desarrollado los acontecimientos en su cuartel, en Pedralbes. Explicó que ya hacía muchos días que había conciliábulo entre los oficiales, pero que los sargentos y la tropa no sabían, en realidad, de qué se trataba. Muy confidencialmente, un teniente le había dicho que los comunistas preparaban un golpe de Estado contra la República, y que ellos, los oficiales, estaban dispuestos a oponerse por todos los medios. Pero ahora veía que le habían engañado miserablemente. El sargento dijo que él había pertenecido a la CNT, en Zaragoza, y conocido a bastantes militantes de allí y eso era lo que le había dicho a García, dándole el nombre de alguno de ellos y algún otro detalle de índole delicada, lo que le había valido su libertad.

Aquella madrugada los oficiales comprometidos habían levantado de la cama al coronel para decirle que el regimiento, ya preparado en el patio del cuartel, iba a salir a la calle «a restablecer el orden». El coronel dijo que no tenía órdenes en ese sentido y que, por lo tanto, no mandaría salir a la tropa. El comandante más antiguo le dijo entonces que él, el coronel, no tenía nada que mandar, porque ya no tenía el mando, ya que él, el comandante, lo había asumido. Y el coronel, entonces, se retiró a su pabellón, abandonando el regimiento. Este coronel, que abandonó el mando tan mansamente, se llamaba Fermín Espallargas, y el comandante que se abrogó el mando, López Amor.

El general de Brigada, señor Sampedro Aynat, que no estaba en la conspiración, se presentó en el cuartel de Pedralbes, antes de salir la tropa, y se encaró con los oficiales que se preparaban a sacar el regimiento a la calle, increpándoles crudamente. Como viera la tropa formada en el patio y además varios paisanos con guerreras militares, intentó dirigirse a unos y otros para decirles la verdad, pero se lo impidieron los oficiales, y el capitán Mercadiu hizo un disparo al aire, diciendo que el segundo sería para el general, acabando por encerrarle en el cuarto de banderas, con guardia a la vista. Antes de salir, todavía dos alféreces de los sublevados insistieron en que les siguiera en el movimiento, a lo que el general se negó rotundamente, diciendo antes de que salieran:

–Se despiden ustedes de un muerto.

No fue tal. Hacia las cuatro de la tarde llegó al cuartel de Pedralbes una camioneta de guardias de asalto, con el alférez

Ugarte, fiel a la República, y se llevaron al general a la Generalitat.

Al salir del cuartel, el comandante, con la mayoría de sus efectivos, se encaminó, por la Diagonal, hacia el Paseo de Gracia, seguramente para descender hasta la plaza Catalunya. Parece ser que tenía como objetivo ocupar la emisora de Radio Barcelona, situada en la calle Caspe, y la central de Teléfonos, en la plaza Catalunya, objetivos que no consiguió. Ya hemos dicho como la sección de ametralladoras descendió por la calle Aribau hasta la plaza Universidad, donde se juntaron con las tropas de caballería del cuartel de la calle Tarragona.

Mientras tomaban el café, el sargento le explicó a Alfredo lo que había ocurrido antes de que las ametralladoras llegaran a la plaza Universidad. A medida que avanzaban hacia el centro de la ciudad, este sargento y otro llamado Mogallón, empezaron a sospechar que no habían salido a la calle a reprimir sublevación alguna, sino precisamente en calidad de sublevados. La actitud jaque de los oficiales, lo que había ocurrido con el coronel, y la presencia de jóvenes paisanos, eran síntomas muy alarmantes. Mogallón se confió al suboficial Escandell, a quien creía fiel a la República, como catalán que era, pero el tal Escandell resultó ser un traidor más, que fue con el cuento al capitán de la sección, llamado Mercadé. Ocurrió que a la altura de la calle Aragón, un mulo cargado con munición resbaló y cayó al suelo; los acemileros intentaron ponerlo en pie y para ayudarles se acercó el sargento Mogallón, y cuando estaba agachado y agarrado al baste del mulo, el capitán, fríamente, cobardemente, disparó su pistola a la espalda del sargento, impidiendo que nadie se acercara a auxiliarle.

–Y –se lamentaba el sargento– allí quedó, de bruces en el suelo, sin que nadie se atreviera a hacer la justicia necesaria.

Alfredo le sugirió que podían acercarse al hospital militar, allí al lado, a ver si habían llevado el cadáver, puesto que las ambulancias iban continuamente arriba y abajo, recogiendo heridos y muertos. Además Alfredo quería ver a dos heridos que allí habían llevado desde la plaza Universidad.

Terminó su relato el sargento explicando cómo en el interior de la Universidad los oficiales estaban muy animados al principio, pero que fueron perdiendo la moral a medida que pasaba el tiempo y no llegaban refuerzos, ni veían avanzar, como esperaban, las fuerzas militares por la calle Pelayo. También les preocupaba mucho que el aparato de radio que había en casa del conserje no cesara de dar ánimos a los fieles a la República, y de emitir *La Marsellesa*, *Els Segadors* y *el Himno de Riego*, lo que era prueba evidente de que los sublevados no habían logrado ocupar la emisora, ni, seguramente, ningún centro oficial.

Los soldados demostraban poco ardor y los de ametralladoras estaban casi en franca rebeldía respecto a su capitán, sin duda impresionados por el asesinato del sargento Mogallón. Afirmaba el relatante que todos los disparos de ametralladoras, poco frecuentes, iban altos, pasando por encima de los atacantes. Hacia las diez, el teniente Escandell, que estaba lívido de miedo, solicitó voluntarios para formar un destacamento que saliera para ponerse en contacto con las tropas que había en la plaza Catalunya. Nuestro sargento se ofreció inmediatamente, para –dijo– ver de escapar y juntarse al pueblo en armas. Pero el

teniente le rechazó bruscamente, sin duda porque no le tenía confianza. No hubo, por otra parte, lugar a la salida proyectada, porque en seguida empezaron a sufrir el fuego de García y los suyos, cerrando el camino que había previsto para salir.

El sargento y Alfredo fueron al hospital militar de la calle Tallers. Tuvieron que mostrarse enérgicos, porque allí todo eran inconvenientes. El portero no quería dejarles entrar, a pesar de conocer bien a Alfredo, como vecino que era. Vencida aquella resistencia, en las oficinas negaron que hubiera ingresados de aquella mañana; incluso a Alfredo le pareció que un sargento y dos cabos que allí había le miraban hartamente malévola. Perdida la paciencia, el sargento, pistola en mano, ordenó a un sanitario que les condujera ante el director del hospital. Entonces otro cabo, con tono conciliador, les dijo que en una sala había varios heridos militares y paisanos, pero que no sabían el nombre de éstos, porque no lo habían querido decir. Claro es que ya no hubo más remedio que llevarles a la sala indicada, en el segundo piso. Allí había una veintena de heridos, todos de bala. La entrada de Alfredo y el sargento produjo mucha emoción, no tan sólo entre los heridos, sino también en los enfermos y un par de monjas que, súbitamente, se arrodillaron y se pusieron a rezar. El sargento se fue a ellas muy decidido, pero Alfredo se le adelantó, ordenándole que se quedara atrás, y el sargento, acostumbrado a obedecer, así lo hizo. Entonces les dijo a las monjas que se levantaran y no temieran nada, pues ellos no se comían a las monjas crudas, y sólo querían ver a los heridos. La más vieja de las de la toca, que ya debería frisar los cincuenta, se levantó, temblando materialmente, mientras balbuceaba:



–Hágase la voluntad divina. Estoy dispuesta al sacrificio.

–¡Qué sacrificios, ni qué puñetas! –gruñó el sargento–. Dígame dónde están los heridos.

Pero la vieja seguía con su espíritu de sacrificio, que nadie le pedía, y no daba pie con bola.

La otra monja, que era joven y hasta bonita, tuvo otra reacción. Cuando al levantar la cabeza pudo ver a los dos intrusos, risueños y hasta divertidos, se le saltaron las lágrimas y cayendo de lado, se desmayó, como una «doña Inés del alma mía». En esto estaban, cuando un herido, a lo lejos, empezó a hacer señas con la mano en alto. Allá fueron, y claro, eran los dos que habían caído por la mañana en la plaza Universidad. Se animaron mucho al verlos y lo primero que pidieron fue que los sacaran del hospital, pues allí el ambiente no era bueno. No habían visto médico alguno, siendo curados muy someramente por unos soldados nada amables. Y los dos coincidieron en que en la plaza Universidad debería haber «fachas» en las casas de vecinos, puesto que los dos estaban heridos en la espalda y ellos no habían vuelto el cuerpo. Que se pudiera sospechar tal cosa les tenía muy preocupados. Alfredo les prometió formalmente que aquella misma tarde serían trasladados a otro hospital, no sabía cual, pero se haría. Siguieron mirando a los demás heridos, todos soldados, que estaban más asustados que enfermos, y a todos les dieron palabras de consuelo, asegurándoles que no les ocurriría nada malo. De pronto, el sargento se paró en seco ante un lecho, soltando un rotundo taco:

–¡Pero... si es Mogallón! ¡Y está vivo!

Así era, en efecto, pero se veía claramente que estaba grave. Sus ojos eran harto elocuentes y demostraban una alegría indecible, pero no pudo articular más que un murmullo incomprensible. El otro sargento no hacía más que gritarle que todo se había acabado y que habían ganado los buenos. Luego se fue de nuevo a las monjas, que, algo repuestas, estaban en la puerta de la sala, sin saber qué hacer. Y ahora, con un tono conmovido, les dijo:

–Hermanitas: hay que cuidar como a las niñas de sus ojos a aquel sargento, que es como mi hermano. Hay que salvarle, ¿me entienden?, salvarle. Y ahora mismo voy a buscar a quien manda aquí y si no me salvan a mi amigo pego fuego al hospital con todo cristo dentro.

Y agarrando a un sanitario que estaba turulato de miedo, le ordenó:

–Anda por delante y llévame ante el mandamás.

Y, empujándole hasta la puerta, salió de la sala llevándole delante.

Alfredo hizo señas a las monjas para que le siguieran y volvió junto al sargento herido. Les preguntó si sabían cuantas heridas tenía y dónde, porque exteriormente tenía todo el cuerpo vendado. Ellas empezaron a disculparse de que en todo el día habían visto médico alguno y que sólo los sanitarios habían hecho las curas, pero resultaba que ninguno de los sanitarios que por allí andaban habían curado a ninguno de los llegados. Todo el personal parecía haberse puesto de acuerdo para no decir nada concreto. Aquello era producto, es claro, del miedo,

pero a Alfredo le desesperaba no poder decidir nada. Cuando ya empezaba a pensar en emplear medios enérgicos, regresó el sargento, acompañado de un comandante médico, ya canoso, que demostraba en la cara un respetable pánico. Además, llegó con ellos un sargento con cara de pocos amigos. Llegaron hasta el sargento Mogallón y el otro les dijo:

–Bueno, mi comandante, éste es mi compañero. Hay que ver cómo está y si se puede trasladar hoy mismo, cuando vengan a buscar a los amigos de éste –dijo, señalando a Alfredo–. Nada de trucos, porque yo no me aparto de mi hermano hasta dejarle en seguridad. Y tú –le dijo a Alfredo, tuteándole por vez primera–, me mandarás un buen destacamento para que imponga el debido respeto.

El sargento sanitario de la mala cara, rojo de ira, exclamó:

–Debería usted tratar con más respeto a su superior, sargento.

–Mira, lavativa; vete a la mierda y no te metas en lo que no te importa.

El médico, asistido por las monjas, procedió a levantar el vendaje del herido; el otro sargento se sentó en una silla, siguiendo el trabajo muy atentamente. Alfredo decidió marchar a cumplir aquellas obligaciones que se le habían presentado. Antes de salir de la sala, aconsejó a las religiosas que procuraran vestirse de «mujeres normales»; ellas lo prometieron, aclarando que las otras monjas habían escapado por la mañana, sin decirles nada a ellas.

En la puerta, el portero le saludó, ahora, muy afectuosamente, sin duda ya sabedor del lado que habían caído las tornas. En la calle Valldonzella había una animación inusitada, pues la «centuria» de García (ya habían adoptado el nombre) campaba a lo largo de la calle, obsequiada por los vecinos con copas de coñac, vino, cigarros y pastas secas. Alfredo explicó a García lo que había visto en el hospital y que se iba a ver si encontraba el medio de trasladar a los paisanos y al sargento heridos al hospital de San Pablo, donde estarían mejor atendidos y, sobre todo, más seguros. García asintió pero le advirtió que como Capitanía Militar todavía no se había rendido, era cosa convenida atacar seriamente aquella misma tarde, para lo cual «quedaba cordialmente invitado». Antes de subir a su casa, pudo ver, en la esquina de la calle Montealegre, un «miliciano» (ya se había adoptado el nombre) que limpiaba una ametralladora con cuidados maternos.

Una vez vista a la familia para decirles que no se apuraran si tardaba en volver, volvió de nuevo a la calle y vio llegar un magnífico coche, descubierto, ocupado por el doctor Aiguadé, por el diputado Lluhí Vallescá y otros tres «revolucionarios» del segundo momento. El doctor le saludó efusivamente y le dijo que en el convento de los Escolapios, en la Ronda San Pablo, había un grupo de jovenzuelos intentando pegar fuego al edificio, sin conseguirlo, y le incitaba a que acudiese a enseñarles el método. Alfredo le dijo que él, en el año 1909, ya había quemado aquel convento, y le parecía que ahora podía tocarle el turno al propio médico y sus acompañantes. Estos quedaron un tanto confusos y, haciendo como que no se enteraban, se pusieron a repartir cigarros puros entre los «garcieños».

Alfredo tomó el camino del local del POUM, bien distraído al ver en las Ramblas la sana alegría del pueblo que no acababa de creer que se había vencido a los militares en toda la línea. Y también recordó aquel 6 de octubre, al ver correr, veloces, automóviles luciendo las siglas CNT o POUM, pintadas en blanco por toda la carrocería, e incluso en el parabrisas. Cuando llegó al local del POUM sólo encontró unas mujeres, fumando cigarrillos Camel, que le informaron que los capitostes se habían instalado en los locales del Lyon d'Or, de la plaza del Teatro, junto al teatro Principal. Allá se fue, bajando por la calle Escudillers, desembocando en la plaza del Teatro. El espectáculo era algo nuevo y agitado. El único que seguía tan tranquilo era «Pitarra», sentado encima de su «2». En el bar Cosmos, que hacía esquina a la calle Escudillers, había una plétora de parroquianos, pero todos armados y luciendo en el cuello pañuelos rojos o rojo y negros; eran los cenetistas y los poumistas que así ya empezaban a distinguirse, por lo pronto, fraternalmente; después hubo rivalidades amargas y en mayo de 1937 tuvieron que reconciliarse ante el enemigo común interior: el estalinismo.

El Hotel Falcón (por aquel entonces situado en la plaza del Teatro) estaba ocupado por las fuerzas del POUM, que habían tenido que tomarlo al asalto, pues desde sus balcones se había disparado contra el pueblo. Se detuvieron allí a un buen número de italianos, indocumentados, y que no supieron explicar su presencia en el hotel, en cuyo libro de registro de entradas no constaban. Aquellos italianos no pudieron jamás volver a su tierra a explicarle al conde Ciano, el amigo de Serrano Suñer, el final de sus aventuras en España. Toda la pequeña plaza e incluso parte del paseo central de la Rambla estaban ocupados

por automóviles con las siglas del POUM. En un comercio de insignias y efectos para militares se había improvisado una oficina de transportes, en la cual se concedían los permisos, firmados y sellados, para utilizar los vehículos. Se veía claro que, además de los que andaban a tiro limpio por la ciudad, había otros individuos que se cuidaban de organizar la nueva vida que se presentaba. Lo malo fue que cada organismo se organizó independientemente y hacía «su ley», pintando, en realidad, muy poco el flamante Comité de Milicias, y menos todavía el gobierno de la Generalitat.

En el Lyon d'Or había doble centinela, uno a la puerta del café y otro en la escalera de al lado, que daba acceso al primer piso con su cabaret y su salón de juego. En el café, en el mostrador, se habían instalado dos correligionarias que servían, gratuitamente, a cuantos llevaban fusil, toda clase de bebidas, así como bocadillos de embutidos o queso. Ante una mesa repleta de tabaco de todas marcas, estaba la bien conocida Tomasa, que controlaba el humo gratis.<sup>4</sup>

El centinela de la puerta de la escalera fue tan escrupuloso guardador de la consigna, que no consintió dejarle subir, alegando que el comité estaba reunido y no se podía subir. Alfredo no insistió al ver el gesto definitivo del centinela, que terciaba el fusil. En cambio, el que guardaba la puerta del café ni siquiera le miró. Alfredo preguntó a la Tomasa si se podía subir al primer piso desde el café y ella le indicó el camino, en el que

---

4 Esta Tomasa había sido siempre el paño de lágrimas de los hambrientos del partido, y en su casa de la calle de la Cadena habían tenido lugar muchas reuniones clandestinas. En aquellos momentos era feliz.

no encontró ningún obstáculo. Las cosas eran así en la revolución naciente.

Arriba, en un salón circular, con palcos en derredor y pista de baile central, había un buen número de milicianos armados, y algunos de ellos luciendo ya los célebres gorritos con la borla delantera. Como conocía a algunos de ellos preguntóles qué hacían allí y le respondieron que constituían el cuerpo de guardia del cuartel general del POUM. Como jefe de este cuerpo de guardia, se presentó él mismo, el cocinero Capdevila, que había trocado las sartenes y las cacerolas por una formidable pistola ametralladora. Con gran paciencia y calma llegó a convencerle de que solicitara de los «jefes» la autorización para verles y hablarles, porque le era muy necesario. Entróse el cocinero en el santuario del Ejecutivo, saliendo casi en seguida con el permiso solicitado.

El Estado Mayor se había instalado en lo que debió ser la sala de juego, puesto que todos los jefes estaban sentados en torno a una gran mesa en forma de herradura, cubierta con un tapete verde. Y sobre la mesa una abundante diversidad de botellas con licores multicolores, así como su buena docena de paquetes de tabaco exótico. La atmósfera era casi irrespirable y se sentía, intensamente, el molesto aroma del tabaco rubio. Allí estaban Andreu Nin, Julián Gorkin, David Rey, Pedro Bonet, Josep Rovira, José Rebull, Ginés Sagrera, Tarafa, Barceló y otros varios. Le acogieron fraternalmente y le preguntaron dónde había estado hasta aquella hora. Alfredo relató muy someramente sus actividades y acto seguido recabó auxilio para los correligionarios y el sargento, heridos, que estaban en el hospital militar.

Como la cosa más normal, Nin descolgó el auricular de un teléfono que había sobre la mesa y se puso en comunicación con el hospital de San Pablo, donde, por lo visto, accedieron a su demanda, porque le dijo que inmediatamente iría una ambulancia a recoger a los heridos. Entonces Alfredo pidió que le dejaran comunicar con el hospital militar, para hablar con su amigo el sargento. Contra lo que esperaba, en el hospital militar fueron muy solícitos y a los dos minutos estaba hablando con el sargento, al cual comunicó la pronta llegada de la ambulancia, y le preguntó por el estado del otro sargento. El militar le explicó que el sargento Mogallón estaba muy grave, con dos balazos que le atravesaban un pulmón, pero que el comandante médico decía que se le podía trasladar si se hacía con el debido cuidado. Zanjado este asunto, Alfredo explicó sus sospechas de que desde el hospital militar se hubiera disparado contra los compañeros que luchaban en la plaza Universidad. David Rey tomó nota y aseguró que él se encargaría de averiguar la verdad. Días más tarde, Alfredo se enteró de que los heridos estaban tranquilos en el hospital de San Pablo y que el sargento iba mejorando lentamente. Al otro sargento no volvió a verle, porque se había incorporado a una de las primeras columnas que salieron a «tomar Zaragoza». David Rey le explicó que había efectuado una investigación en el hospital militar, no sacando casi nada en limpio, pero para no volverse con las manos vacías había hecho encarcelar, en Montjuic, al director del hospital militar y a tres cabos. Más tarde tuvo que juzgarles el propio Alfredo y tampoco logró encontrar pruebas claras contra el director ni los cabos, pues si no se pudo negar que se había disparado desde la torre, tampoco se pudo probar quién había hecho los disparos. Ateniéndose a la costumbre militar, sólo el comandante fue condenado a una pena leve como responsable



de todo lo que pudiera ocurrir en el establecimiento a su mando y durante su presencia en el mismo.

Cuando Alfredo se disponía a marcharse del «cuartel general», Nin le advirtió que debería volver pronto, a fin de hacer lo necesario para que al día siguiente apareciera *La Batalla*, como diario. Alfredo le recordó que, ya en 1934, le habían encargado lo mismo y se pasó la noche esperando unos coches que no llegaron. Nin le adujo que ahora no era igual, por la sencilla razón de que habían ganado. Muy a punto llegó Solé, que venía de una reunión en el «comité de las milicias», donde se habían repartido la prensa entre partidos y organizaciones, habiéndole tocado al POUM los talleres de *El Correo Catalán*, instalados en la calle Baños Nuevos, es decir, en lugar muy céntrico. Explicó que, ni corto ni perezoso, se había presentado en aquellos talleres al frente de unos milicianos armados, pero que allí no encontraron más que al portero, quien juró que todo el personal se había escapado, y que él no sabía dónde vivían, por lo que Soler suponía que, por aquella noche no se podía confeccionar el periódico, por lo menos en la imprenta del Correo. Esta ausencia general de personal hizo preciso, al día siguiente, dedicarse materialmente a la caza de tipógrafos y maquinistas para hacerles comprender la necesidad de seguir trabajando. Para resolver en definitiva, y con el propósito de sacar a la calle aunque fuera tan sólo una hoja, quedaron en concentrar el mayor número posible de gráficos del Partido, a las nueve de la noche. Solé, Saló, Barceló y Sagrera se encargaron de ir a buscar a los amigos. Como eran ya cerca de las ocho de la noche, Alfredo se fue a casa para cenar y regresar en seguida.

Muy emocionante aquella tarde, en el Lyon d'Or, fue el momento en que la radio comunicó, después de llamar la atención repetidamente, que Capitanía General se había rendido y que el general Goded iba a decir unas palabras. Y, efectivamente, el general sublevado habló para decir que «habían perdido la partida, y en consecuencia relevaba de su palabra a todos los jefes y oficiales comprometidos, incitándoles a cesar el fuego, a fin de evitar el derramar más sangre de españoles». Esta declaración la hizo, con voz poco segura, el general Goded, en presencia del Presidente de la Generalitat, Lluís Companys, y podía apreciarse como la contrapartida de la declaración similar que el catalán hizo el 6 de octubre de 1934. La noticia de la rendición de Capitanía General le recordó a Alfredo que García le había «invitado» a aquel acto, y en su fuero interno se preguntaba si, en realidad, había olvidado la cita o si «había querido olvidarla».

Estando todavía sentado a la mesa, llamaron a la puerta del piso, y fue la hija la que abrió, la cual volvió escapada, con cara de susto, diciendo que dos hombres, con fusiles, preguntaban por Alfredo. No tuvo tiempo éste de salir a ver de quienes se trataba, porque ya se adentraron ellos por el pasillo, riendo de buena gana. Eran Miralles y Conte, dos gráficos, que veían a buscarle para ir juntos al Lyon d'Or y resolver el asunto de la salida de *La Batalla*. Salieron los tres y en la calle Tallers Alfredo notó miradas atentas de los transeúntes y de los vecinos, los cuales hacían comentarios, y, de pronto, se dio cuenta de lo que miraban. Él iba, desarmado, en medio de aquellos otros dos, con el fusil colgado del hombro. A primera vista podía parecer que lo llevaban detenido. Púsose a un lado, e incluso cogió a Miralles del brazo para que no cupiera equívoco.

Cuando llegaron a la iglesia de Belén, esquina a la calle del Carmen, un grupo de hombres y mujeres procedían a pegar fuego al templo y querían, a todo trance, que el trío se uniera a ellos, pues aseguraban que las llamas no se propagaban todo lo rápidamente que era de desear. Les costó trabajo librarse de los pirómanos, y pudieron seguir, Ramblas abajo, hasta el flamante local del POUM. Allí se enteró Alfredo de que, efectivamente, era imposible intentar la confección, aquella noche, tirada en rotativa, porque el personal no aparecía, a pesar de las repetidas llamadas por la radiodifusión. El hecho era natural si se tenía en cuenta que todavía sonaban disparos con cierta frecuencia, algunas barriadas estaban a oscuras, y la verdadera realidad era que la situación no era todo lo clara que era de desear. En todas las imprentas de toda la prensa de la ciudad estaban, ya, los grupos armados para proteger el trabajo, pero no había suficiente personal, sobre todo en las rotativas. Sagrera y Alfredo reunieron al grupo de gráficos allí presentes y estudiaron la manera de sacar algo impreso a la mañana siguiente. Pasaron revista, mentalmente, a las imprentas más próximas, y convinieron que la más conveniente era la de Costa y García, en la cercana calle Conde del Asalto. Y allí fueron los gráficos, acompañados de un grupo de hombres armados. La calle Conde del Asalto y las adyacentes estaban absolutamente a oscuras, y sólo se vislumbraban grupos de hombres que iban y venían quién sabe a dónde. De cuando en cuando, de un grupo salía el grito de: «¡Alto, quién vive!», contestado inmediatamente por «¡CNT!». Otras veces primero sonaba el «¡CNT!», contestado por «¡FAI!» Como esas consignas, si lo eran, se decían a grito pelado, bien pronto se las aprendieron todas las gentecillas maleantes del «barrio chino», y eran empleadas para tener impunidad en el asalto que se llevaba a

cabo en el comercio de aquellas calles. En honor a la verdad, podemos decir que las tiendas asaltadas eran, principalmente, las de comestibles. Había, sin duda, un deseo incontrolado de comer hasta saciarse, aunque no fuera más que una vez en la vida. No hay que olvidar que, en aquel barrio, al lado de tanta gente maleante y de muchos llamados «artistas» de variedades, hubo, y hay, una buena parte de obreros de ínfima categoría, la mayoría de origen forastero, que no habían sabido jamás lo que era estar hartos de comer.

Sorteando todos aquellos obstáculos, el grupo de los gráficos llegó hasta la casa en donde estaba la imprenta, precisamente frente a la calle San Ramón, al lado de una fuente pública incrustada en la pared. La puerta de los vecinos estaba abierta, pero no así la de la imprenta, que se veía bien recia. El «jefe» del grupo de escolta, Capdevila, disparó, repetidamente, su pistola del nueve largo sobre la cerradura, sin resultado. Entonces Alfredo recordó que el despacho de aquellos talleres estaban en el entresuelo de la misma finca y que comunicaba con los talleres. Subieron, y allí fue fácil abrir la puerta, pues la cerradura cedió al empuje de hombros de dos asaltantes.

Si en la calle no había luz, en el interior de las casas el alumbrado era normal, y por lo tanto, en el taller. Inmediatamente se encendieron dos linotipias y se investigó en las cajas los tipos de letra más adecuados para el formato que se pensaba dar a *La Batalla*. Como el tiempo apremiaba, decidieron que el tamaño sería reducido, para poder ser impreso en una «minerva» automática, de doble folio. Cuando el plomo de las linotipias estuvo caliente, el linotipista Molinero se puso a componer, rápidamente, el original que le iba

entregando Alfredo; otro tanto hizo Salvador, y las líneas iban llenando los galerines, que era un primor. Alfredo, Solé y Saló componían los titulares, mientras que Sagrera preparaba la «minerva», enterándose de su marcha, para calcular el número de ejemplares que se podían imprimir.

Para Alfredo todo aquello resultaba como un sueño novelesco; algo así como la plasmación, un poco nebulosa, de los libros que había leído sobre las actividades revolucionarias de los rusos en 1905, o de los franceses de la Comuna en 1870.

A las dos de la madrugada el periódico estaba compuesto y compaginado, y entraba la primera forma en máquina. Los titulares indicaban la tendencia que tomaban los acontecimientos. No sólo se daba cuenta de la derrota de los militares, sino que se anunciaba, con frases rimbombantes, que había comenzado la revolución social.

A las cinco de la madrugada ya llegaron al local del POUM, en un coche, cerca de cinco mil ejemplares de *La Batalla*, y después se estuvo tirando hasta cerca del mediodía.

Aquella mañana sólo aparecieron, como periódicos, *Solidaridad Obrera* y *La Batalla*, y parecían escritos por las mismas plumas.

Cuando se hizo de día, Miralles salió hacia el Hotel Falcón, y pronto volvió acompañado de un muchacho que llevaba en la cabeza una larga bandeja de madera, cubierta con un paño blanco, debajo del cual encontraron un opíparo desayuno. Miralles, en un cesto, trajo cuatro botellas de vino de marca. Los

gráficos también se aprovecharon, en parte, de las primeras «incautaciones», lindo eufemismo que se puso de moda.

Acabado el refrigerio, quedaron, solos en la imprenta, dos operarios para el tiraje y unos «armados».

Alfredo, rendido, después de dos noches sin dormir, y con todas las emociones de aquel día, marchó a casa, tomando por la calle San Ramón y siguientes, Voltes de Bernardino, calles Roig y Joaquín Costa. Iba como dormido; oyendo, sin duda, los disparos de los «pacos»<sup>5</sup>, que no cesaron en tres días, pero no sentía que aquello pudiera ser un peligro para él. Le parecía que, en lugar de andar, flotaba en el aire. Llegó a su pisito, contestó vagamente a su hermana y a su hija, que decían que, al fin, estaban tranquilas, y se acostó, quedando dormido como un tronco inmediatamente.

Sin embargo, se despertó cerca de la una de la tarde porque, a pesar de las precauciones tomadas por la familia, oyó la voz de su hijo, que se había presentado, inopinadamente, procedente de Begas. El muchacho explicó que el día anterior ya se había enterado, por la radio, de lo que ocurría, pero no sabían, a ciencia cierta, cómo andaban las cosas en Barcelona, y tanto él como su tía Amparo pasaban la natural ansiedad por la suerte que hubiera podido correr la familia. Transcurrió el día escuchando la radio, y, según se iban sucediendo las horas, parecía que la «cosa» iba bien para el pueblo. Aquella noche no pudieron dormir. Al día siguiente, bien temprano, un camión, sin mala intención, salió de Begas para intentar llegar a Gavá, pero

---

<sup>5</sup> Tiradores solitarios, así llamados, por el eco y el sonido de los disparos que se percibían en este orden: primero el «pa», sonido que hace el proyectil al llegar a su destino, y luego el «co», sonido del disparo.

a los veinte minutos volvió, a toda marcha, y con el toldo agujereado por disparos de fusil que le hicieron desde una barricada que cerraba la carretera a la altura de la ermita de Brugués. El chófer manifestó que, sin previo aviso –o quizás él no lo oyó, con el ruido del motor–, desde una barricada que encontró, de súbito, al dar vuelta a una curva cerrada de la carretera, le dispararon, no sabía si con mala puntería o tal vez sin ánimos de matar, y, como pudo, dio vuelta al vehículo y emprendió veloz carrera hacia Begas, con un susto mayúsculo. Ángel en seguida se dio cuenta de que por aquella ruta era casi imposible llegar hasta Barcelona, además de que no sabía quién había en el camino a Gavá. Como por la radio escucharon, repetidas veces, que se hacía un llamamiento general a todos los médicos, cirujanos y farmacéuticos, para que se presentaran en sus puestos respectivos a fin de colaborar en la ayuda a los «hospitales de sangre», recién establecidos en diferentes lugares de la ciudad, un señor que había en el mismo hotel donde se hospedaba la tía de Ángel alegó que él tenía una farmacia en la calle Consejo de Ciento, cerca del matadero municipal, y que estaba dispuesto a bajar a la ciudad para abrir su establecimiento, obedeciendo al llamamiento de la radio. Ángel se enteró de que en Begas, desde el sábado, había un taxi de Barcelona, y que el taxista no se atrevía a regresar a la ciudad, en vista de cómo estaban las carreteras. Ángel le enseñó su carnet sindical y sugirió que, llevando al dueño de una farmacia en el coche, quizás el viaje fuera más posible; y, para más seguridad –viendo lo que le había ocurrido al camión–, podían probar de tomar la carretera que pasando por Vallirana y Cuatro Caminos conduce a Barcelona. El taxista se dejó convencer, no muy seguro de que la cosa fuera factible, y aprovechando el viaje, se unieron al farmacéutico y al hijo de Alfredo, una joven

que también quería volver a la ciudad y otra señora que estaba muy nerviosa por no saber de su familia, pues las comunicaciones telefónicas estaban cortadas. Con el coche completo, emprendieron el viaje por la carretera sur de Begas, que empalma con la de Villafranca. A la entrada del pueblo de Vallirana, el dueño del taxi se paró ante un surtidor de gasolina que estaba cerrado y sin servidor. Tocó el claxon dos veces y de la casa de enfrente apareció una mujeruca con una llave en la mano. El taxista le dijo que pusiera diez litros de gasolina en el depósito. La mujer accionó, a mano, el surtidor y cumplió el encargo, y cuando el chófer hacía el gesto para abonar el importe, la mujer dijo:

–Paga la Generalitat. ¡Viva la República!

Ángel explica:

«El dueño del taxi no se hizo rogar, dio las gracias y reemprendimos el viaje. En el pueblo de Vallirana nos pararon unos hombres armados que nos pidieron la documentación y, una vez convencidos de que no éramos facciosos, nos franquearon el paso.

No fue tan fácil el paso por el pueblo de Molins de Rei, donde los milicianos, tocados con gorros de campaña azules y armados de fusiles y pistolas, ya habían levantado barricadas a la entrada del pueblo. Nos echaron el alto, al tiempo que nos encañonaban. Esto produjo un susto mayúsculo al farmacéutico y a la señora que nos acompañaba, la cual se desmayó y tuvimos que hacerla reaccionar a bofetadas. Los hombres armados se acercaron al coche y, rudamente, preguntaron a dónde nos



dirigíamos, y, al decirles que con nosotros llevábamos al dueño de una farmacia de la capital y a ella se dirigía para abrir su establecimiento, cumpliendo el aviso de la Generalitat, dos de aquellos hombres se subieron al pescante del automóvil y nos mandaron ir hasta el local del comité revolucionario del pueblo. Llegamos a una tienda situada en el centro del pueblo, en la calle mayor, y allí fuimos presentados a unos hombres que estaban sentados a una mesa llena de botellas de coñac y cajas de cigarros puros. Nos hicieron identificar. El farmacéutico enseñó su carnet del Colegio de Farmacéuticos, lo que convenció plenamente a aquellos mandamases. Los demás enseñamos nuestros carnets del sindicato. Convencidos, también, de que no éramos enemigos, nos libraron una hoja de papel, escrita a máquina, con bastantes faltas de ortografía, y llena de sellos. Cuando todos salieron del local, se encontraron con que el coche había sido pintado, con blanco de España, en sus lados y por la parte trasera, con las siglas UHP, advirtiéndonos que, para identificarnos ante los «controles» que encontraríamos en el camino, deberíamos tocar el claxon tres veces, pues tal era la consigna entre los revolucionarios. Apenas llegados a la salida del pueblo, donde había otro «control», el conductor del taxi, aminorando algo la marcha, tocó tres veces el claxon, tal como le habían indicado en el Comité del pueblo, pero a los cincuenta metros oyeron disparos a sus espaldas, comprobando que se hacían contra los ocupantes del taxi, afortunadamente sin consecuencias. Inmediatamente el taxista se metió por una calle lateral y paró el coche. Acudieron, presurosos, tres milicianos armados con fusiles, que, muy acalorados, dijeron:

–¡A ver, vuestra documentación!

Todos cumplimos lo requerido, enseñando el «pase» que nos habían librado en el local del comité. Uno de los hombres armados nos preguntó:

–¿Cómo es que habéis hecho «tres» toques de claxon?

–Esa es la consigna que nos acaban de dar en el comité del pueblo –respondió, muy serenamente el chófer.

–Pues ya no es esa. Ahora son «dos» los toques de claxon, y dos las letras que se han de llevar pintadas en el coche, la H y la P, pues los «fachas» tienen algunos coches, pintados con las tres letras y están haciendo estragos por la comarca».

Y acto seguido, borraron la U de los contornos del coche. Con esto les dejaron partir y ya no tuvieron más contratiempos en todo el recorrido hasta Barcelona, donde llegaron a las tres de la tarde, entrando por la Diagonal. El taxista fue directamente hasta donde tenía instalado su establecimiento el farmacéutico, que en seguida se apresuró a abrir. Por el camino se podían observar los efectos de la revolución: las calles desiertas, con alguna que otra patrulla motorizada, el servicio público de transportes completamente suspendido y varias iglesias y conventos ardiendo, lo que hizo pensar a Ángel que era una verdadera lástima la destrucción de aquellos edificios, pues podían ser aprovechados para varios menesteres propios de la revolución.

Después de despedirse de sus compañeros de viaje y abonar una cantidad al dueño del taxi (que, por cierto, costó hacerle aceptar), Ángel se dirigió a su domicilio en la calle Valldonzella, bajando por la calle Entenza hasta la de Floridablanca y de allí

derechito hasta la Ronda San Antonio. Se cruzó con algunos hombres armados que no le molestaron en lo más mínimo, si bien algunos se le quedaban mirando, extrañados, al ver un joven andando tranquilamente por las calles, desarmado y sin señales de haber tomado parte en la lucha de los primeros momentos. Al adentrarse en la calle Valldonzella, la animación en el vecindario era más nutrida y ya saludó a algunos vecinos, si bien nadie le hizo ninguna pregunta. Así que llegó, sin otra novedad, a su domicilio, donde fue recibido con sorpresa y con alegría, pues nada sabían de su situación en Begas y menos de cómo se las arreglaría para regresar a Barcelona.

Después de explicar su insignificante aventura de Begas a Barcelona, la familia se puso a comer, mientras escuchaban la radio para enterarse de la situación. No todo era de color de rosa. En Madrid se iba venciendo la rebelión, lo mismo que en Valencia y en Málaga, pero Zaragoza y Huesca estaban ya francamente en manos de los militares sublevados, lo mismo que Sevilla, toda Galicia, León y Castilla la Vieja. Por vez primera se le vino a la mente de Alfredo la idea de una guerra civil, calamidad que hubiera supuesto absurda 48 horas antes. Sin embargo, se dijo que, lo mismo que los carlistas habían sido vencidos tres veces, ahora también ganarían la batalla las fuerzas de la libertad. Lo creía firmemente, sin tener en cuenta las infinitas diferentes circunstancias.

Acabada la comida, padre e hijo salieron hacia el local del POUM. Por el camino vieron a varios milicianos, vestidos con un mono azul (eso sí, escotado), y llevando colgadas, en la cintura, bien enfundadas, gordas pistolas. Otra característica de aquellas primeras jornadas era que muchos automóviles dejaron de

seguir las reglas de la circulación, marchando en todas direcciones, a capricho, siendo causa de magníficos embotellamientos y no pocos accidentes. Como, además, todo bicho viviente se vio capaz de incautarse de un coche y ponerse al volante, la hecatombe de automóviles fue grande.

En el partido, Ángel fue en seguida requerido para ayudar a las oficinas de transportes, en la plaza del Teatro, porque por allí ya habían pasado bastantes individuos que no daban pie con bola. A Alfredo aquella «colocación» para su hijo le pareció magnífica, pues así se estaría quieto, y podría verle siempre que quisiera. Para él, Alfredo, le habían reservado el control del personal de la imprenta de *El Correo Catalán*, donde, desde aquella noche, se editaría *La Batalla*. Para organizado todo, debería acudir al local del Sindicato de Industrias Gráficas, donde encontraría a Sagrera y demás amigos. Allá se fue, encontrándose que se había trabajado muy bien. Para las cuatro de la tarde estaban convocados todos los operarios de *El Correo Catalán*, pues se habían encontrado las listas de personal, y uno de las juventudes gráficas, en un coche recorrió casa por casa, haciendo la convocatoria. Aquel personal era, en su mayoría, muy afín a las ideas carlistas del diario, y no había estado, jamás, sindicado, a no ser durante el terrorismo de Martínez Anido y sus «Sindicatos libres». Sin embargo, se presentaron todos los operarios, menos el encargado, del que jamás se tuvo noticia. Alfredo les dirigió unas palabras para hacerles saber que deberían expresar claramente si querían seguir trabajando en la imprenta de *El Correo Catalán*, que desde aquel momento sería la de *La Batalla*. Les manifestó que no quería obligar a nadie, pero que no toleraría sabotajes ni negligencias. Sin duda, durante la espera, ya se habían puesto de acuerdo, ya que tomó la palabra un

linotipista para manifestar que ellos no eran más que obreros y lo mismo les daba trabajar para unos que para otros, siempre que recibieran su sueldo. Lo único que pedían era que, dadas las circunstancias, se asegurara el transporte, lo más seguro posible, de unos cuantos obreros que vivían en las afueras de la ciudad y les sería difícil acudir en la noche al taller. Alfredo pidió una lista y les aseguró que cada noche se les iría a buscar a sus domicilios y, con escolta, se les trasladaría a los talleres, y al regreso a sus casas se haría lo mismo.

Para sustituir al encargado desaparecido fue nombrado Francisco Saló, que no dejó aquellos talleres hasta que tuvo que emigrar, como cada quisque.

Para llevar al trabajo a los que vivían apartados, se organizó un servicio de dos coches, bajo la responsabilidad del propio Alfredo, que, en las primeras horas de la noche, hacían un recorrido que pasaba desde Sants a San Gervasio, Gracia, Horta y Sagrada Familia. Esto significaba que había que franquear sus buenos catorce o quince «controles». El más absurdo era el de la avenida Gaudí, donde había que parar ante la barricada que daba frente al hospital de San Pablo, enseñar los «pasaportes» y entrar en la avenida, siguiendo por ella hasta la salida, donde había que repetir la operación a pesar de que en aquellos doscientos metros no había medio de entrar en la calzada. Aquel servicio, tan poco brillante y algo peligroso, no lo pudo ejercer muchos días Alfredo porque, como ya se verá, una fuerza mayor y contundente se lo impidió.

Además de su trabajo de transporte, Alfredo tuvo que dedicarse, desde el primer día, a atender todo lo relacionado

con las artes gráficas. Lo primero que consiguió fue la aplicación de las bases de trabajo que había aprobado el jurado mixto y que ahora nadie quiso discutir, poniéndose en vigor inmediatamente; después toda la junta del sindicato, ya en perfecto acuerdo con los de la CNT, tuvieron que acudir a resolver bastantes casos de talleres de los cuales había desaparecido el dueño o los directores, procediendo al nombramiento de administradores entre el propio personal. Todavía no se llamó a eso «colectivizar», aunque lo era, y por fuerza.

Debido a los continuos contactos con unos y otros, se fue enterando de la realidad de las operaciones guerreras que habían dado fin a la sublevación, como la caída de Capitanía General, del cuartel de Atarazanas y del castillo de Montjuic.

Ya sabemos que, a pesar de haber sido invitado, Alfredo «no pudo» acudir a la toma de Capitanía General en la tarde del 19. Y él se lo perdió, porque fue una operación donde podía haberse lucido, sin gran peligro, ya que sólo hubo tres o cuatro heridos leves. Rendidas la mayoría de las fuerzas rebeldes, los leales a la República, civiles y militares, esta vez mezclados, formaron una buena columna, con artillería y todo. Los cañones se habían tomado casi a pecho descubierto en la plaza Catalunya, por los paisanos. Dos baterías de Artillería de Montaña que descendían por la avenida Icaria fueron dispersadas por una compañía de guardias de asalto, que se apoderaron de los cañones, con sus mulos y municiones. A primeras horas de la tarde fueron apareciendo en el Paseo de Colón grupos armados que sin tirar tomaban posiciones, sobre todo parapetándose en el zócalo de las rejas de los depósitos del puerto. Después fue la llegada de

otras fuerzas, ya formadas, al mando de militares republicanos, y finalmente la artillería, que se situó a prudente distancia, emplazando tres cañones y las planchas blindadas de los sirvientes. Seguramente sin orden alguna, los que sentían el hormiguillo en los dedos, empezaron a disparar los fusiles contra el edificio, por otra parte, tiros inútiles, ya que en Capitanía General no aparecía, en ventanas ni balcones, un alma viviente. Sin embargo, ocurría algo raro. Por dos veces se abrió la gran puerta central y salió un automóvil negro, ocupado por dos oficiales de marina, con sus uniformes blancos, y por dos veces corrió rápidamente la voz de «¡No tirar!», que nadie sabía de dónde salía, pero que fue perfectamente atendida, y también por dos veces regresó el mismo coche y, después de llamar y ser abierta la puerta, entró en el edificio.

Hacia las dos y media o las tres de la tarde, un oficial se acercó a las piezas de artillería y conferenció con los servidores, que eran todos paisanos. En pocos momentos estuvo dispuesta una pieza y sonó el primer disparo, que hizo blanco en una de las columnas que adornan la entrada de Capitanía, desmoronándola. Y después, a intervalos, seguían otros cañonazos que iban haciendo destrozos en la fachada, «pero ninguno entró por los huecos de ventanas y balcones». Aquello, más que torpeza de los apuntadores, parecía suma destreza, obedeciendo órdenes, porque resultaba raro que ningún obús penetrara allí donde balcones y ventanas casi se tocan. Además, por la parte trasera del edificio, aunque había buen número de paisanos armados y algunos oficiales republicanos, no se atacó para nada. La pesada puerta permaneció cerrada incluso después de la rendición.

Y cuando menos lo esperaban la mayoría de los atacantes, apareció en el balcón central una bandera blanca, y pocos instantes después se abrían, de par en par, las puertas laterales. Como una riada avanzó el pueblo armado, invadiendo el edificio. Arriba, en el llamado Salón del Trono, estaba el general Goded, rodeado de bastantes oficiales rebeldes, pero delante, media docena de capitanes y tenientes, con los brazos tendidos, gritaban:

–¡Hermanos! Hemos dado palabra de respetar las vidas. No tiréis contra los vencidos.

Y no tiraron. El pueblo, el que nos pintan tan salvaje, respetó allí aquellas vidas de traidores. Los hombres más conocidos de la CNT y del POUM formaron como una barrera y protegieron la salida del general Goded y sus cómplices, que, en coches, fueron conducidos a la Generalitat.

Pálido, pero dibujando una leve sonrisa, sentado en una butaca isabelina, un general contemplaba el edificante espectáculo del pueblo llevándose prisioneros a los militares facciosos. Era el capitán general de la Región Militar, que había sido desposeído del mando por la mañana, por sus subordinados, en quien había puesto su confianza.

Poco más o menos, pasaron así las cosas en el ataque a Capitanía, o así las vieron algunos testigos que se lo contaron a Alfredo.

Mientras Alfredo dormía su fatiga el lunes por la mañana, sus compañeros del POUM formaron parte de los decididos grupos que atacaron el enorme edificio de Atarazanas, donde



normalmente se alojaba un regimiento de artillería y otro de ingenieros. En las primeras horas del domingo había salido una compañía de ingenieros, que nada más dar la vuelta a la esquina de la Rambla Santa Mónica se pronunció por la República, haciendo prisionero al capitán y demás oficiales. El iniciador de aquello fue un sargento que ya había estado en contacto con el POUM. Fue él quien desarmó al capitán, a cuyo ejemplo los soldados hicieron lo mismo con los oficiales y sargentos. Encuadrando a «sus» prisioneros, la compañía, al mando del sargento, se encaminaba hacia el local del POUM, cuando en la plaza del Teatro se encontraron con el jaleo del ataque al Hotel Falcón, tomando parte inmediatamente en el tiroteo. Cuando se rindieron los facciosos del hotel y éste quedó en manos de los hombres del POUM, el sargento se dispuso a presentarse a sus amigos y entregarles sus prisioneros, pero quedó bien defraudado al saber que, aprovechando la confusión, habían huido todos, entre ellos el capitán. Se supuso después que el capitán fugitivo habría vuelto al cuartel, donde explicaría lo ocurrido y sobre todo la conducta de los soldados, y ello explicaría el hecho de que el resto de la fuerza acuartelada en Atarazanas no saliera a la calle. Y como después de la toma de Capitanía los vencedores lo celebraron ampliamente, se echó la noche encima, quedando todavía ocupados por los rebeldes el cuartel de Atarazanas y el castillo de Montjuic. Atarazanas fue rodeada a cierta distancia por paisanos armados, para evitar la fuga de los sitiados. El lunes, sin duda, la gente fatigada tardó bastante en concentrarse, y por eso el ataque no comenzó hasta después de las nueve de la mañana.

Sin duda aquella noche se habían reunido los capitostes de la FAI y acordado que la toma de Atarazanas tenía que ser un

hecho exclusivo de ellos, para apuntarse un tanto ellos solos. Para ello distribuyeron las fuerzas en dos partes esenciales: una atacando por la puerta principal, de cara al puerto, dirigida por Durruti, y la otra por detrás, al mando de Ascaso. Por la parte del Paralelo se concentró otra fuerza de vigilancia para evitar la huida saltando la muralla. Se atacaba con fusiles y ametralladoras, por considerar poco eficaz la artillería. Los sitiados tiraban poco pero sobre seguro, parapetados tras las piedras y haciendo fuego por las aspilleras, que deberían despertar de su sueño de cerca de doscientos años. Las fuerzas de Durruti disparaban alocadamente sobre un enemigo invisible, sufriendo bajas harto lamentables. El líder o cabecilla no sabía qué mandar, pero daba pruebas de una enorme sangre fría, al frente de los suyos y sin agachar ni una sola vez la cabeza.

En refuerzo llegaron los del POUM, mandados por «Grossi», un asturiano muy bruto, pero que había tomado parte en la sublevación de Asturias del año 34 y estaba, por lo tanto, fogueado. Durruti y «Grossi» no se hablaron, pero se miraron más como rivales que como amigos. Y es que ya empezaba la pugna de gloria entre los combatientes; aquella pugna que tenía que dar tan tristes resultados. Otro ejemplo de esto fue lo ocurrido con la llegada al lugar de una compañía de la guardia civil, al mando de un teniente. Llegaron por la parte de la Rambla, en correcta formación; después se desplegaron en guerrilla para ocupar posiciones estratégicas. El teniente, al ver a Durruti, el único en pie, debió considerar que era un jefe, y se fue a él calmamente, sin aparentar poner atención a las balas; «Grossi», al ver aquello, no quiso ser menos y allá se fue también, seguido por un pequeño grupo de los suyos. Y allí quedó formado, frente al cuartel asediado, aquel grupo de

hombres, en pie, desafiando el peligro, no para acordar el mejor modo de atacar, sino disputándose la gloria de vencer. El teniente de la guardia civil le dijo a Durruti que la guardia civil reclamaba el honor de colocarse a la vanguardia para vengar el honor militar ensuciado por los sublevados. Durruti le respondió que el honor de vencer no se lo cedía a nadie y que lo mejor que podía hacer la guardia civil era volverse por donde había venido. Intervino «Grossi» para aducir que, si la guardia civil quería atacar decididamente, ello le parecía muy bien, y encarándose con Durruti le dijo que ya veía cómo había bajas lamentables de paisanos, y con la guardia civil se podían ahorrar muchas. Durruti ni siquiera contestó. Entonces «Grossi» afirmó que marchaba a la plaza del Teatro a consultar el caso con los dirigentes de su partido. Durruti se puso a reír, asegurando que él no tenía necesidad de consultar a nadie y que allí no mandaba nadie más que él. Entonces, Emilio Bagues, un muchacho de las juventudes del POUM, que estaba con «Grossi», le afeó la conducta a Durruti, diciendo que se portaba como un tirano y no como un anarquista. Durruti, irritadísimo, golpeó al muchacho con la culata de su pistola en el pecho, mientras le ordenaba que se callara. Faltó poco para que se entremataran allí mismo los que tenían la misión de tomar el cuartel. Cuando Bagüés restableció el equilibrio, terció fieramente su fusil hacia Durruti, imitado por tres muchachos de los suyos, pero inmediatamente veinte fusiles apuntaron decididos. «Grossi» evitó lo peor, diciendo:

–¡Dejadlos, no es cosa de matarnos entre nosotros!

Y con los suyos fue a ocupar un sector que batía la parte baja de la muralla, a la izquierda, cercana al Paralelo, que fue más

tarde por donde se dio el asalto. La guardia civil se retiró a su cuartel.

Mientras tanto, por la parte de la Puerta de Santa Madrona, Ascaso imitaba a su compañero de correrías, atacando a pecho descubierto a los bien parapetados militares. Y por esa imprudencia cayó muerto junto a la puerta del prostíbulo de El Manco. En éstas estaban, cuando cundió un rumor alarmante por toda la barriada, hasta la calle Conde del Asalto, rumor que produjo un éxodo precipitado de centenares de vecinos, hombres, mujeres y niños, cargados con maletas, bultos y mantas, que se dirigían, corriendo, a la parte alta de la ciudad. Se había afirmado, y había corrido como reguero de pólvora, que los asediados de Atarazanas habían minado el enorme edificio, con grandes cantidades de dinamita, y estaban decididos a volar todo el barrio antes que rendirse. A la caída de la tarde, como no se produjera explosión alguna, fueron regresando a sus hogares los asustados vecinos, encontrándose muchos con la amarga sorpresa de que los pisos habían sido desvalijados mientras ellos creían salvar sus vidas. Cabe creer que fueron los propios aprovechados quienes hicieron circular el bulo.

El tiempo pasaba y ni los de dentro se rendían, ni los de fuera atacaban con ánimo decidido; y ello porque una cosa es disparar pistolas y otra enfrentarse con gentes decididas a defenderse. Se dijo entonces que la larga resistencia de los sitiados en Atarazanas fue debida al hecho de que no veían frente a ellos más que paisanos en su gran mayoría y temían caer en sus manos. Las rendiciones de Capitanía, la Universidad, el Hotel Colón de la plaza Catalunya y algunos otros cuarteles, se

atribuyen a que con los paisanos atacantes, había también fuerzas de asalto o de la guardia civil, en cuyas manos creían los sublevados tener más seguridad de seguir viviendo.

A reforzar a los del POUM llegó un grupo en el que iba el sargento de ingenieros que precisamente había salido de Atarazanas la mañana anterior. La llegada de este refuerzo coincidió con la disminución del fuego desde el interior, haciéndose cada vez más débil. El sargento y «Grossi» cambiaron impresiones y el sargento opinó que, si había hombres decididos, se podía intentar el asalto por la muralla que tenían enfrente, que no se alzaba del suelo arriba de un par de metros por la parte exterior y menos por la interior.

–Yo subo el primero –decía el sargento–, y una vez dentro, la cosa será fácil para llegar a la puerta y abrir.

A «Grossi», la idea de dar la sorpresa a Durruti, de abrir desde dentro, le regocijaba enormemente. Por ello pasó la voz pidiendo voluntarios para la arriesgada operación. Ni uno de los suyos dejó de decir «¡Yo también!». Según uno de los muchachos asaltantes, que explicó después, la cosa ocurrió así:

Concentraron un nutrido fuego sobre lo alto de la muralla, a fin de que nadie asomara la cabeza y pudiera ver cómo los hombres se arrastraban, uno a uno, quedando tumbados al pie de la pétrea pared. Después el tiroteo siguió, pero muy alto, y, mientras, unos hombres servían de apoyo a otros para llegar a la cima y saltar, decididamente, dentro del recinto. Hubo algunos, como «Grossi», que, con su carabina en banderola, subieron sin ayuda de nadie.

Las previsiones del sargento eran justas; al otro lado de la muralla sólo encontraron seis o siete soldados que en seguida soltaron el fusil y pusieron las manos en alto. Conocedor del terreno, el sargento guió a los asaltantes hasta el gran patio que daba a la puerta principal. El camino estaba expedito. En el patio, los pocos soldados que había, hicieron lo mismo que los otros. Sin embargo, desde las ventanas del gran edificio de la derecha, hicieron fuego contra los que llegaban, pero, atentos a llegar a la puerta, éstos no se entretuvieron en contestar. Defendiendo la puerta, había un pequeño grupo de soldados, mandados por un alférez, que no vieron a los asaltantes hasta que los tuvieron materialmente encima. El alférez disparó su pistola, azorado, sin tocar a nadie; «Grossi» le abatió rompiéndole la cabeza con la culata de su carabina. Los soldados abandonaron las armas y ayudaron a levantar barras y correr cerrojos de la antiquísima puerta. Sobre el paso, apareció en el quicio «Grossi» enarbolando la carabina en alto, mientras gritaba con su vozarrón:

–¡Adelante, compañeros! ¡La plaza es nuestra! –como si se acabara de tomar Troya.

Y resultó que no encontraron más allá de cien defensores en aquel inmenso edificio, entre soldados, clases y oficiales. Los demás habían ido esfumándose a pesar de la vigilancia ejercida. Esto se repitió en todas partes. De más de 2.000 oficiales sublevados, apenas dos centenares fueron juzgados.

Al día siguiente la prensa daba la noticia de la «heroica» toma de Atarazanas, y mientras la *Soli* afirmaba que el viejo caserón había sido asaltado, dando el pecho, por Durruti y sus

temerarios compañeros, *La Batalla* se sentía lírica cantando la gesta heroica de los bravos y serenos hombres del POUM, escalando las murallas «bajo el fuego mortífero de los fascistas»... Y ni uno ni otro diario, ni ningún otro, mencionaron, para nada, al sargento de ingenieros que fue el verdadero artífice del asalto. Y nosotros, ahora, tenemos que lamentar no saber su nombre, para que quedara constancia de él.

Y así se escribe la historia.

Es curioso también darse cuenta de que la FAI, que tan celosa se había mostrado para apoderarse de Atarazanas, no se acordara del castillo de Montjuic, olvido que, por lo visto, aquejó a todo el mundo, puesto que, a mediodía del lunes, día 20, el castillo seguía en manos de las fuerzas rebeldes, y ello porque nadie se había preocupado de subir a ver qué pasaba. A las tres de la tarde del lunes, alguien, a saber quién, preguntó en el cuartel general del POUM cómo estaba la cuestión del castillo, y entonces, y sólo entonces, cayeron en la cuenta de que al maldito castillo no había subido nadie. Preguntaron por teléfono a la Generalitat y de allí dijeron que nada sabían, pero que, claro, había que preocuparse de ello. En la CNT no se dejaron asombrar y dijeron que ya lo tenían en cuenta. De Capitanía manifestaron que el hilo directo telefónico que unía la División con el castillo estaba cortado, ignorando dónde. Entonces en el POUM decidieron, por su cuenta, enviar una «columna» a tomar el castillo. Tras muchos ajetreos, la columna estuvo formada por unos ochenta hombres con fusiles y fusiles ametralladores. En realidad no se creyó necesario más aparato guerrero porque suponían que allá arriba no quedaría casi nadie, al igual que había ocurrido en todas partes.

Los poumistas salieron del Lyon d'Or, siguiendo por la calle Arco del Teatro hasta el Paralelo y, pasando esta avenida, bordeando la fábrica de electricidad, llegaron a la carretera que conduce al castillo. Marchaban ya como una fuerza organizada y poco les faltaba para marcar el paso. Formados de a tres, al lado de la cabeza de la formación iba «Grossi», pistola al cinto, correa de oficial, gorrito militar ladeado, carabina nueva colgada al hombro y botas de montar. Cuatro filas detrás, otro que tal, presumía de leguis sobre zapatos bajos, de paisano, luciendo unos calcetines a rayas, pero no le faltaba el gorrito, adornado con una insignia del POUM, esto es, la hoz y el martillo, pero sin estrella roja de cinco puntas. Y poco más o menos, toda la tropa presumía todo lo posible. La gente les miraba con simpatía y más de una sonrisa femenina les acompañó en el camino.

Cuando llegaron al Tiro de Pichón, «Grossi» mandó un destacamento a «inspeccionar el lugar». Volvieron en seguida diciendo que allí no había nadie, ni los porteros, que habían salido dejando cerrada su casita.

Más arriba encontraron aquella batería de grandes cañones apuntando al mar, a ras de la carretera, donde tampoco encontraron alma viviente, pero el primer encuentro lo tuvieron allí... por detrás, esto es, que cuando se disponían a seguir subiendo, por abajo sonaron disparos y silbaron balas por encima de sus cabezas. Todos echaron cuerpo a tierra, pasando seguidamente, bien agachados, a las hondas cunetas que siguen la carretera. «Grossi» comprendió en seguida de lo que se trataba, y así se lo manifestó a su lugarteniente Bagüés:



–Esos son de la FAI, que llegan tarde. Mira si puedes arrimarte a ellos y diles que no sean brutos.

Bagüés siguió, casi arrastrándose, el descenso por la cuneta, hasta que oyó claramente las voces de los que tiraban sin saber sobre quien. Asomó el mínimo la cabeza y gritó:

–¡Compañeros, compañeros!

Algunos volvieron la cabeza y entonces Bagüés, haciendo señas de apaciguamiento, salió de la cuneta, dirigiéndose a ellos. Para disculparse, el que parecía mandar aquella tropa de la CNT explicó que les habían parecido soldados, sin duda a causa de los gorros. Afortunadamente no hubo bajas, debido a la poca práctica fusilera de los milicianos, que por aquellos días gastaron enorme cantidad de pólvora en salvas.

Siguieron entonces, todos juntos, la ascensión. Cuando llegaron a la rampa final de la carretera, empinadísima, que da al puente levadizo, fueron acogidos con una salva de disparos, todos cortos. Los atacantes se desplegaron en guerrilla y un buen número derivó hacia la izquierda, llegando fácilmente al borde del foso, desde donde empezaron a disparar sin saber a punto fijo contra quién, puesto que no se veía enemigo alguno. Al notar que llegaban balas por aquel lado, decidieron descender al foso por aquellas escaleras de piedra que aparecen construidas a propósito para facilitar el asalto. Del otro lado del foso hay otras escaleras para el mismo fin. Cuando empezaron a subir por ellas oyeron gran algazara hacia la puerta principal; era que había sido abierta y en ella estaba un soldado sacudiendo una tela blanca que debería ser una sábana. La «guarnición» del

castillo se había rendido. Ésta no pasaba de veinte hombres al mando de un sargento, que nadie sabía, a ciencia cierta, por qué se habían quedado allí, cuando todos los demás habían tomado las de Villadiego. Los «vencedores» tardaron bastante tiempo en recorrer todas las dependencias, pues el castillo es grandísimo. Todo estaba en orden, pero todo vacío; ni siquiera en los tristemente célebres calabozos de junto al patio o los subterráneos tenían preso alguno. Sin duda, si los hubo, se habían marchado tranquilamente también. El sargento, los cabos y los soldados dijeron, como lección aprendida, que ellos no sabían nada del castillo porque habían llegado, junto con otros que habían escapado, el día anterior, a las siete de la mañana. Como aquello no se podía probar, por el momento, «Grossi» y el que mandaba a los cenetistas, acordaron remitir aquellos prisioneros a Capitanía y que allí dispusieran. Y aquellos pobres soldados y el sargento, que no dejaba de protestar, fueron encuadrados por doble fila de milicianos que los bajaron, por el puerto y Paseo de Colón, y los entregaron en Capitanía. Parece ser que por el camino no sufrieron grandes insultos de la gente que los veía pasar, con más curiosidad que otra cosa, sin duda al ver que no había oficiales.

Desde las oficinas del castillo pudieron telefonar a la CNT y al POUM, dando cuenta de la «hazaña», haciendo lo mismo con la Generalitat; y desde el despacho que había sido del jefe del castillo, y por el teléfono directo, hablaron con Capitanía, por lo que supusieron que el hilo directo, o no había estado cortado nunca o ya había sido reparado. Al anochecer llegó un capitán del ejército, acompañado de dos sargentos y unos soldados para hacerse cargo del castillo, pero considerando que era poca fuerza, solicitó voluntarios de entre los asaltantes para constituir

la fuerza permanente, aunque provisional, del castillo. «Grossi» y los suyos dijeron que no les interesaba aquello y dejaron que los cenetistas se quedaran en su mayoría. Más tarde también éstos se marcharían, dando paso a comunistas y republicanos que, como en tantos otros sitios, se presentaron a la hora del provecho.

Porque ha llegado el momento de afirmar rotundamente que en los primeros combates, cuando se tuvo que «batir el cobre» a la desesperada, cuando lo más probable era dejar la vida en la calle, todos los que se enfrentaron con las tropas sublevadas fueron «exclusivamente» hombres de la CNT y del POUM, y también, claro está, y muy eficazmente, las fuerzas de la guardia de asalto y la guardia civil. Ésta es la estricta verdad. Comunistas, esquerres, escamots, socialistas u otros izquierdistas, no se vio ni uno. Todos los coches incautados ostentaban las siglas de la CNT, la FAI o del POUM. Sólo días más tarde empezaron a verse coches de otras organizaciones y se empezó a notar la afluencia de sus hombres a los organismos dirigentes que iban formando.

Cuando se tuvo la certeza de que Zaragoza estaba en manos de los facciosos y que las comunicaciones con Madrid por ferrocarril estaban cortadas, surgió en todas partes la idea de salir a liberar la capital aragonesa. Y con el ansia de llegar los primeros y apuntarse aquel «tanto» tan importante, el cual se consideraba fácil, otra vez se entabló la pugna entre la CNT y el POUM. A la llamada de la CNT, pidiendo voluntarios para formar parte de la columna que liberaría Zaragoza, acudieron a miles los combatientes. Largas hileras de camiones de todas marcas y sistemas se estacionaron a lo largo de la Diagonal, e iban siendo ocupados por los milicianos que llegaban con un simple papel en

la mano, el cual les había sido entregado en su organismo. Al otro lado de la calzada estaban los camiones que cargaban cajas de municiones y reavituallamiento. De cuando en cuando llegaba allí un grupo de individuos luciendo magníficas cazadoras de cuero, flamante correaje y pistolón colgando al cinto. Escogían unos cuantos camiones, los llenaban hasta el borde de voluntarios y salían con gran estrépito, en medio de los cantos y los vivas; les seguían unos cuantos camiones con munición y alimentos. El uniforme corriente era el mono azul, de los cuales no debió quedar existencia alguna en los almacenes. Es posible que aquello que parecía un caos tuviera una organización ausente del lugar, pero la verdad es que no lo parecía. Y las columnas que al mismo tiempo «organizaba» el POUM, saliendo de la misma avenida, parecían adolecer de las mismas improvisaciones. En unos y otros se veían oficiales de todos los grados del desbaratado ejército de la República, pero estos hombres, que parecían de buena fe, estaban allí como de prestado, sin que nadie contara con ellos para nada. Se quería que la victoria, que se creía en la mano, fuera del pueblo, se pugnaba por ver qué organización se iba a ceñir los laureles, y para ello se había establecido una lucha de velocidad, para ver quién llegaba antes a Zaragoza... y no llegó ninguno.

La facilidad y la rapidez con que se venció a los militares (donde se les venció) emborrachó a los hombres de izquierda, sobre todo sindicalistas, anarquistas y socialistas, y desperdiciaron la ocasión que tenían de organizar los regimientos con mandos seguros. Los soldados, en su mayoría, no tenían idea alguna de lo que ocurría. Si se les hubiera acuartelado y dado mandos nuevos, hubieran prestado magníficos servicios, puesto que tenían disciplina y

conocimiento de los armamentos. Los sargentos, en su inmensa mayoría, al pasarlos a alféreces, se hubieran puesto incondicionalmente del lado republicano y, conocidos de los soldados, hubieran podido ser el eje del ejército rejuvenecido. Y con un ejército así hubieran llegado tarde las fuerzas moras, italianas y alemanas. Pero se prefirió «al pueblo en armas», y cada uno por su lado, y así fue el resultado. Lo peor fue que después, cuando se vio claro y se procedió a organizar el Ejército Popular, además de ser probablemente tarde, ese popular ejército fue puesto materialmente en manos de los comunistas, unos rusos y otros rusificados, a quienes no interesaba la libertad de España, sino disponer de un campo de enseñanza a bajo precio y, además, de un punto neurálgico de perturbación en la punta de Europa. Y de esta tremenda tragedia son responsables todos cuantos contribuyeron a ella, desde los republicanos a los anarquistas, pasando por los socialistas, porque todo el acaparamiento de la dirección de la guerra, tanto entre los militares como en los organismos económicos y otros, todo ese acaparamiento por los comunistas, fue efectuado durante la presencia en el gobierno de la República y de la Generalitat, de los ministros y consejeros republicanos, cenetistas y socialistas, que, o estaban ciegos, o peor aún, eran cómplices.

A los tres días de aparecer *La Batalla*, tirada en los talleres que fueron de *El Correo Catalán*, Saló, que estaba de encargado general, se apercibió de que apenas quedaba papel para un par de días, falta que seguramente sabía el rotativista, pero que no quiso advertir. Cuando se lo preguntaron, adujo que él jamás se había preocupado de las existencias de papel, y resultaba que allí nadie se había preocupado de tal necesidad y, además, nadie

del antiguo personal se había dado cuenta de que agotaban las existencias, aunque las bobinas de papel no son cosa pequeña. La mala fe era evidente. Tampoco sabía nadie de qué almacén o fábrica se surtía *El Correo Catalán*. Menos mal que entre las viejas facturas de la administración se encontró el dato buscado; el papel se compraba en la fábrica La Aurora, sita en Gerona. Para no exponerse a más inconvenientes y tropiezos, Saló y el administrador José Rebull, convinieron que era preferible acudir a la fábrica con un camión y traerse las bobinas necesarias y encargarse de otras. Y fue precisamente Alfredo el nombrado para llevar a cabo tal misión, con el encargo, bien preciso, de no volverse sin papel. No le disgustó la comisión porque ella le daba ocasión de ver qué pasaba fuera de Barcelona. Y al día siguiente salía en un coche que le facilitaron, con chófer y todo, en las oficinas de transporte, donde estaba su hijo, en la plaza del Teatro. Y además del coche, claro, un gran camión. Quisieron endosarle unos hombres armados, de escolta, pero Alfredo los rechazó por considerarlo inútil. Iba bien provisto de avales escritos a máquina, firmados y sellados por el POUM, así como por el Comité de Milicias y por la Generalitat. En aquellos papeles ocupaban más espacio las firmas y sellos que el texto. Y bien temprano salieron de la ciudad por la carretera de Montcada, no sin tener que pararse su buena media docena de veces ante otros tantos controles. Después, hasta la bifurcación de la carretera, cerca de Montcada, circularon con una relativa tranquilidad, pero en dicho cruce había una doble barricada a derecha e izquierda, y hubo que tratar con las dos guardias, y mientras los de la derecha, camino de Granollers, se mostraron conciliatorios y comprensivos, los de la izquierda, camino de Sabadell, se pasaron los papeles de mano en mano, los examinaron meticulosamente, y después procedieron a un

interrogatorio, sobre todo interesándose por aquel gran camión vacío. Hasta que quedaron convencidos, pasaron sus buenos quince minutos. En Granollers también se mostraron reticentes a la entrada de la ciudad, con la novedad de que, concedida la entrada, uno de los ocupantes de las barricadas les acompañó al Ayuntamiento, a fin de que allí les entregaran otro papel autorizando la salida. No bastaba que los papeles que llevaban indicaran que habían salido de Barcelona, camino de Gerona, sino que era necesario el otro permiso para salir del pueblo. Ya en camino de nuevo, Alfredo se iba preguntando cuántos controles de aquellos existirían en toda Catalunya, y cuántos hombres y fusiles estaban empleando aquellos hombres sin hacer nada de provecho y despilfarrando comida, bebida y tabaco y los fusiles que tan provechosos podrían ser en la lucha que se iniciaba.

De Granollers hasta Gerona, fuera ya de la influencia de la capital, si bien había su control en cada pueblo, eran gentes cordiales, accesibles y sin ganas de molestar. Ya en Gerona, buscaron en seguida el local del POUM, donde Gayolá, que era el que allí mandaba y disponía, les recibió con franca camaradería y puso a su disposición un par de hombres que les acompañaron a la fábrica de papel, situada hacia el extrarradio.

En aquella ciudad la lucha había sido corta porque los militares, cautelosos, no salieron a la calle, esperando a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, y cuando supieron el fracaso de Barcelona, se avinieron a entregar armas y edificios a la guardia civil. Sin embargo, algunos oficiales habían sido detenidos y enviados a Barcelona, donde fueron encarcelados en el barco Uruguay. Como en Barcelona, en Gerona salieron a

la calle únicamente los hombres de la CNT y del POUM, pero con la diferencia de que lo mismo en la ciudad que en toda la provincia, eran los del POUM quienes estaban en mayoría. Había, sin embargo, una excepción: Vic, feudo de la Iglesia, que, por raro contraste, estaba en manos de la FAI, a pesar de lo cual la población presentaba un aspecto casi normal; la catedral y las otras iglesias estaban intactas y lo mismo ocurría con el palacio episcopal. En Gerona tampoco se habían quemado iglesias, pero sí ocurrió que un grupo se fue a la catedral a comprobar si era verdad que el cuerpo de San Narciso estaba incorrupto, como afirmaba la Iglesia, exhibiéndolo dentro de una urna de cristal. Abierta aquella caja de cristal, resultó que el célebre cuerpo incorrupto del santo patrón de Gerona no eran más que unos palitroques vestidos ricamente, con unas manos y una cabeza admirablemente talladas en madera, con ojos de cristal que, en verdad, parecían vivos. El «cuerpo incorrupto» estuvo muchos días expuesto en la puerta de la catedral, para convencimiento de creyentes... Pero si actualmente se acude a la catedral de Gerona, se puede ver, de nuevo, el cuerpo incorrupto y se podrá escuchar de labios del sacristán o de algún monaguillo la leyenda fabricada en el año 1939, según la cual el santo fue escondido en el año 1936, para que no cayera en manos revolucionarias, y el que encontraron los «malos» fue otro puesto en su lugar para engañarlos.

En la fábrica de papel, Alfredo se entrevistó con el encargado, pues los propietarios habían desaparecido, y no precisamente por haber sido detenidos. El tal encargado empezó diciendo que creía que no había existencias de bobinas del tamaño requerido, pero mientras el encargado afirmaba esto, un empleado que estaba detrás hacía señas a Alfredo de que sí había existencias.



A Alfredo le sublevaba que quisieran tomarle el pelo, pero quiso ser todo lo diplomático posible. Entonces preguntó cuándo estarían fabricadas las bobinas necesarias, a lo que adujo el encargado que lo ignoraba, pues casi todo el personal estaba ausente y, además, carecían de pasta de papel. El cinismo de aquel empleado era inaudito, puesto que Alfredo había visto, al entrar en un hangar, acaso un centenar de fardos de pasta para hacer papel. Como el otro empleado mudo que les acompañaba aprovechaba todos los momentos que podía para hacer gestos negativos señalando al encargado, Alfredo tuvo el capricho de jugarle al negador una broma pesada. Haciendo como que se daba por convencido, salió del despacho, dirigiéndose a la puerta, pero ya cerca de la salida, se fue directo como una bala hacia el hangar donde estaban los fardos de pasta, y enseñándolas al encargado, le dijo:

–Señor, le comunico, porque por lo visto lo ignora, que esto es pasta de papel. Por lo tanto, hoy mismo fabricarán bobinas hasta que se diga basta. Además, hoy saldré para Barcelona, a las cuatro de la tarde, y tengo que llevar mi camión con bobinas del tamaño usado por *El Correo Catalán*. Arréglese como pueda, pero si no me llevo las bobinas, me lo llevo a usted.

El hombre se puso lívido, y comprendió que se había equivocado juzgando a Alfredo como a un tonto. Después de hacer grandes esfuerzos para serenarse, tragando saliva, acabó diciendo que haría lo que podría, pero que le rogaba que, además de la nota de pedido, le entregara un permiso de salida de las bobinas, firmado por el gobernador de Gerona. Alfredo aceptó lo pedido por considerarlo justo, y desde allí mismo se hizo conducir al Gobierno Civil.

En aquel Gobierno Civil todo andaba mangas por hombro. Por la amplia escalera subían y bajaban armados, discutiendo a grandes gritos. Tras mucho preguntar e insistir, pudo lograr ver al gobernador que, en realidad, estaba rebasado por los acontecimientos. Era, creo, un hermano de Lluís Companys (?) y si físicamente se parecía a su hermano, su temperamento era el antídoto. Se veía claro que su solo deseo era, entonces, entregar el cargo. Cuando Alfredo le expuso lo que necesitaba, mandó inmediatamente a una secretaria que así lo hiciera. Y la muchacha escribió a máquina lo que le dictó Alfredo, poniendo el documento a la firma, lo que hizo el gobernador sin leer el texto. Como ya era tarde, Alfredo y los chóferes se fueron a comer a un restaurante, con la agradable sorpresa de que la camarera que les sirvió manifestó que tenía orden de no cobrar, sin saber decir quién se lo había ordenado, y tampoco admitió la propina que le alargaba Alfredo, porque –dijo– «se había acabado la época de vivir de limosna».

Cuando acudieron a la fábrica a buscar el papel, ya les estaban esperando un buen número de bobinas, preparadas para cargar. El encargado de la mañana no estaba, sino el otro que se había pasado el tiempo haciendo gestos. Le dijo que el otro «se había puesto enfermo» y le había traspasado los poderes, y que ya había podido apreciar cómo había mentido al decir que no habían existencias de aquellas bobinas. A Alfredo le pareció comprender que era algo más grave que una enfermedad lo que le ocurría al empleado de la negativa, y ello porque el de la tarde parecía dar doble sentido a las palabras, pero como ya tenía el papel y promesas de seguir teniendo más, no quiso saber otras cosas, y los dos vehículos salieron, camino de Barcelona.

La vuelta fue, poco más o menos, lo mismo que la ida, con el aditamento de que en algunas barreras tenía que dar largas explicaciones sobre el cargamento del camión.

Llegaron a la capital ya de noche, y mientras el camión fue a entregar el papel a la imprenta, Alfredo se hizo conducir al local de su partido para dar cuenta de la misión cumplida. Allí, su amigo Bonet le dijo que en su ausencia habían preguntado por él muchas mujeres, unas por teléfono y otras personalmente. Alfredo tomó aquello como una broma benigna, pero después tuvo que reconocer que, en parte, había cierta verdad, ya que, efectivamente, había telefonado Sole y Pepita se había presentado en el local, y en aquel momento le estaba esperando en el comedor del Hotel Falcón, según recado que había dejado a la Tomasa.

Ni Sole ni Pepita habían sabido nada de él durante aquellos agitados días y era muy lógico que preguntaran. Fuese, pues, al comedor del Hotel Falcón, que estaba repleto de gente comiendo, hablando o fumando, en medio de una regular algarabía. Como Pepita, por lo visto, no perdía de vista la puerta, en el momento en que Alfredo se encuadró en ella, se levantó rápidamente y se fue a él, abrazándole, llena de emoción, sin preocuparse de la gente ni de sus hijas que estaban allí también. Cuando pudo hablar, dijo:

–¡Qué angustia me has hecho pasar! ¡Ya podías haber mandado un recado!

–Comprendo tu preocupación, pero entiende que no sabía cómo avisarte, sin saber quién estaba en tu casa en estos días.

Eras tú quien mejor podía buscar el contacto, tal como lo has hecho ahora.

Volvieron hacia la mesa, donde las hijas le besaron como si fuera su padre. Le hicieron un hueco, arrimó una silla y se puso a cenar con ellas. Pepita le explicó que no había tenido más remedio que salir con las niñas para poder estar un cierto tiempo fuera de casa, pero que, de todas maneras, a las tres les aguardaba una regular murga al regresar. Después de cenar, las acompañó hasta el metro, en el llano de la Boquería, y como las chicas iban delante, pudieron ponerse de acuerdo para pasar, al día siguiente, la tarde juntos, cita a la que falló Alfredo, ya veremos por qué.

Cuando las dejó y volvió al Lyon d'Or, se encontró en el café con un espectáculo cómico, que inmediatamente le hizo recordar una cosa parecidísima, leída en los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós, lo que demostraba que la historia se complace a veces en repetir su anecdotario. Era el caso que, sentado en un sillón estaba un invertido notorio, teniendo en sus brazos un mamoncete de tres o cuatro meses, al que daba, con mucha maña, un biberón, que el pequeñuelo tragaba golosamente. La Tomasa, que seguía allí ejerciendo de estanquera, le explicó que aquel chiquillo había sido encontrado, por la mañana, en la escalera de al lado, abandonado, sin papeles ni medallas al cuello, ni señal alguna en el cuerpo, como es costumbre en las novelas por entregas, nada; ni tan siquiera la ropita y los pañales eran de rico tejido, no, eran de lo más barato.

–«Los de arriba» –le explicaba la Tomasa– dispusieron fríamente que el rorro fuera llevado a la Maternidad, pero entonces apareció aquel sarasa, que reclamó el niño «como suyo».

Los del POUM lo tomaron a broma y le dejaron que cuidara del chico. Y era de ver cómo se las apañaba para limpiarle, arrullarle y darle el biberón. Incluso le había fabricado una cuna con dos sillas y unos cojines. Como era de rigor, al nene le pusieron el nombre de «Poumillo». Lo curioso era que las muchas mujeres que subían y bajaban o permanecían algún tiempo en el café, se limitaban a reír tiernamente, hacerle una caricia y no volverse a preocupar del infante. Aquello no duró más de tres días, porque al cuarto se presentó una mujer de unos cuarenta años, de tipo obrero, la cual afirmó que aquel mocosuelo era su nieto, y que si la pécora de la madre había abandonado a su hijo para irse al frente con un miliciano, ella no quería que un maricón le hiciera de madre y lo reclamaba. Y se lo entregaron, sin más requisitos, sin pararse a averiguar si lo que decía aquella mujer era verdad.

En el partido le habían dejado una nota para que, al día siguiente, sin falta, fuese al Sindicato de Artes Gráficas de la CNT, a fin de solventar dificultades en algunas imprentas, abandonadas por sus propietarios. Presentóse, pues, a la mañana siguiente, en aquel Sindicato, que se había instalado en un convento de la plaza San Agustín, cuyos frailes habían desaparecido misteriosamente, como la mayoría de frailes, monjas y curas de los conventos de la capital. Los acontecimientos habían suavizado mucho las ásperas relaciones anteriores entre los sindicatos de la CNT y los de la nueva FOUS, y por esta misma causa le recibieron bastante cordialmente y

pronto se pusieron de acuerdo sobre el trabajo a efectuar. Se trataba de presentarse en aquellas imprentas, sin dueño, y nombrar, de entre los trabajadores, unas comisiones de administración, a fin de que pudieran seguir trabajando. Eran una especie de colectivizaciones forzadas, y como en todos los talleres gráficos había afiliados a los dos sindicatos, era natural que acudieran representantes de las dos entidades. Salieron, pues, Alfredo y Martín, éste de la CNT, ocupando un magnífico coche Ford, de ocho caballos, completamente nuevo, y con un chófer que llevaba catorce o quince insignias en el pecho y en una gorra militar que no se quitaba para nada, a pesar del calor reinante. Estuvieron en la casa Rieuset, propiedad de un francés, luego en Editorial Labor, de capital alemán, y finalmente en unos talleres nuevos, situados frente a la plaza de toros Monumental, propiedad, también, de unos alemanes y que tampoco daban fe de vida. En los tres talleres se arreglaron las cosas de la mejor manera posible, nombrando dirección y administración, con los mejores elementos, sin tener en cuenta la filiación.

Cuando acabaron el último taller visitado, eran ya la una y media de la tarde, y como Alfredo recordaba que había quedado citado con Pepita para las tres, al subir al coche rogó al chófer que se diera prisa al conducirlo a su casa. El chófer, que no era barcelonés, quiso hacer proezas, y dándole al acelerador, se puso a noventa por hora, y para pasar a un tranvía, por el centro de la Gran Vía, lo hizo por el lado izquierdo... yendo a chocar, a toda marcha, con uno de los postes sostenedores del cable del tranvía que tan mal colocados estaban en medio de la calzada. El choque fue violentísimo, dando el coche tres vueltas de campana. El chófer quedó indemne porque se aferró al volante y no le pasó nada; Martín también se salvó de salir malparado,

con sólo unas pequeñas heridas en una ceja; Alfredo se llevó un batacazo, bailoteando en el interior como una pelota. Cuando intervinieron unos transeúntes y le sacaron del maltrecho coche, Alfredo, sin apenas poder respirar, dijo que se ahogaba, que no podía resollar. Estaba verdaderamente asustado. En otro coche le llevaron inmediatamente al hospital de sangre más próximo, que se había improvisado en un convento abandonado de la calle Caspe. Allí un médico joven y sonriente le afirmó que no había motivo para asustarse, ya que, por aquella vez, no se moriría. Le puso una inyección calmante, le reconoció calmosamente, y le dijo que, probablemente, tenía fractura de costillas, pero que lo mejor sería que le hiciesen una radiografía que indicara claramente la extensión del daño a fin de aplicar mejor el remedio. Y contando chirigotas, el joven galeno le vendó meticulosamente todo el tronco. A su demanda, desde aquel hospital de sangre, telefonearon al partido, dando cuenta del accidente y de dónde se hallaba. En el partido avisaron en seguida a Ángel, el hijo de Alfredo, que en aquellos momentos estaba comiendo en el Hotel Falcón. Ángel se hizo conducir, en una moto con sidecar, al lugar indicado, y a los cinco minutos ya estaban hablando padre e hijo; el primero queriendo convencer a su hijo de que apenas le dolía nada, y el hijo asegurando al padre que aquello no era más que un susto, con el magullamiento natural, pero los dos con amplias reservas mentales. Más tarde se presentó el doctor Morros, perteneciente al partido, el cual habló con el médico que había reconocido al accidentado, y convino con él en que lo mejor sería hacerle una radiografía. Se explicó a Alfredo que en el Lyon d'Or el POUM había montado un hospitalillo, en la rotonda del primer piso, y que iba a ser trasladado allí, mas, previamente, le llevarían a un gabinete de radiología sito en el Paseo de Gracia,

cuyos médicos, alemanes, se habían ofrecido, galantemente, a prestar sus servicios. Morros había llegado al hospital de sangre en un magnífico Rolls Royce, que hizo bien las veces de ambulancia para conducirlo al gabinete radiológico. A pesar de estar instalado aquel gabinete en el entresuelo de aquella casa, chaflán a la calle Consejo de Ciento, subieron al herido en el ascensor. Les recibió un rubio alemán, sonriente, con fuerte acento teutón. Inmediatamente se procedió a las radiografías, ayudándole su hijo a descubrirse el pecho y volver a cubrirle después. El alemán prometió que al día siguiente mandaría las radiografías al hospitalillo del POUM, despidiendo muy cordialmente al enfermo, al médico y a Ángel, y los tres llegaron en seguida al hospital del POUM, subiendo Alfredo la escalera, peldaño a peldaño, siendo inmediatamente instalado en una cama de aquella rotonda que antes había servido de pista de baile y espectáculos. Apenas había salido Ángel para su trabajo en las oficinas de transportes, entró en la rotonda Pepita, muy emocionada. Se acercó a él con la mirada dolorosa e interrogativa. Él la tranquilizó, contándole el accidente y su rabia por no poder haber acudido a la cita, y lo que era peor, sin saber para cuántos días tendría en el caso de que hubiera fractura de costillas. Ella le explicó que le había estado esperando cerca de una hora, y como él siempre había sido puntual, supuso, acertadamente, que le había ocurrido algo y se fue al POUM, donde Bonet, que la conocía y sabía de sus relaciones con Alfredo, le contó lo ocurrido, esperando ella la marcha del hijo de Alfredo para entrar a verle.

Como, sin darse cuenta, había pasado largamente la hora en que ella debiera estar ya en su casa, tuvo que despedirse, quedando en que volvería cada tarde al salir del taller, por lo que



él debería arreglar las cosas a fin de evitar encuentros desagradables. Y esa era, también, la preocupación de Alfredo. Tan justificada preocupación se confirmó casi inmediatamente de la salida de Pepita, cuando llegó Sole, que quedó muy sorprendida de encontrarle en aquel estado. No se habían visto desde días antes de la sublevación, pero ella sabía de él por sus hermanas y con su orgullo peculiar se había prometido no acudir a verle hasta que él diera señales de vida. Mas las circunstancias le obligaron a dar el primer paso.

Ocurría que ella se había quedado sola con su pequeño y, como no se amilanaba fácilmente, se había buscado trabajo en Sanidad, en calidad de cocinera en el restaurante La Luna, que estaba incautado para ese servicio. De esa manera se aseguraba la manduca y un jornal. La felicitó Alfredo por su decisión y añadió que, si aquel trabajo no era bueno, que se lo dijera y él miraría de buscarle otro mejor. Quedaron en hablarse por teléfono siempre que fuera necesario, por más que él creía, de buena fe, que en pocos días ya estaría en plan de trabajar. Se despidieron muy cariñosamente. Claro que Sole tenía su padre que podía atenderla, pero ella prefería valerse por sí sola.

Al día siguiente se presentó ante la cama de Alfredo el doctor Capella, del POUM, quien también prestaba sus servicios en aquel hospitalillo. En la mano traía un negativo de radioscopia, y arbolando una sonrisa algo forzada, le explicó que no tenía que preocuparse por aquel golpazo, pues como se podía ver en la radiografía, no tenía fractura alguna en las costillas, pero... que, en cambio, sí debiera preocuparse cuanto pudiera de sus pulmones, ya que en el negativo se veía, perfectamente clara, una mancha en el pulmón derecho. Y, efectivamente, se veían

todas las costillas perfectamente limpias, pero en la gran sombra que formaban los pulmones, el de la derecha, podía apreciarse la mancha que había dicho el médico.

Mucho le extrañó a Alfredo aquella alarmante novedad, porque jamás había sentido la menor fatiga, ni tos, ni nada que pudiera denunciar una lesión pulmonar, aunque la memoria de su hermano Joaquín, muerto tuberculoso, acaso podía dar la razón a la radiografía. Así se lo dijo a Capella, añadiendo que las costillas podían estar sanas e intactas, pero lo cierto era que él seguía padeciendo de dolores agudos en la espalda. El médico le explicó que aquello no podía ser más que algo de magullamiento, que desaparecería después de unos días de reposo y con la ayuda de unas fricciones. Mas el caso era que, cada vez que una enfermera le daba masaje en la espalda, él tenía que maldecirla, ya que se le agudizaban los dolores. Y lo mismo ocurría cuando pretendía andar por la rotonda. Como todo el mundo estaba convencido de que no había fractura alguna, empezaron a gastarle bromas, tratándole como a un hombre frágil, unos, mientras otros decían que lo que le pasaba era que allí se estaba muy bien, asistido por aquellas guapas enfermeras. Él reía, pero lo cierto era que el dolor no acababa de marchar.

A la tercera noche que allí estaba, a eso de las once, quedó bien sorprendido al ver a Capdevila y otros milicianos, que entraban llevando, trabajosamente, unas cajas de bombas de mano, que colocaron junto al balcón que daba a la plaza del Teatro. Después amontonaron allí mismo varios colchones y finalmente emplazaron una ametralladora. Como aquello se ponía alarmante, llamó a Capdevila y le preguntó qué

significaban aquellos preparativos en sitio tan poco adecuado, a lo que el otro respondió que aquella madrugada iba a ser fusilado el general Goded, en Montjuic, y corrían rumores de que la guardia civil quería sublevarse aquella noche para impedirlo, y de ahí los preparativos de defensa. Muy poca gracia le hicieron aquellos informes, pues corría el peligro de ser atrapado allí como en una ratonera, medio inválido y desarmado. Ya avanzada la noche, se establecieron, detrás de los colchones colocados en el balcón, unos cuantos hombres provistos de fusiles y con las bombas al alcance de la mano. Capdevila hacía girar la ametralladora a derecha e izquierda, para asegurarse de que se desplazaba bien. Alfredo volvió a sentir, como en otras ocasiones, su respetable miedo, así como la necesidad de no demostrarlo. Y haciendo de tripas corazón, se vistió, se acercó un poco al balcón, pidió un fusil y afirmó, con un tono que él quería que fuera convincente, que prefería tirar desde allí que dejarse coger como un conejo, tumbado en la cama. Los otros cuatro heridos que allí había, todos debidos a accidente también, debieron suponer que todo aquello era comedia, porque se quedaron durmiendo tranquilamente. Y allí se estuvo Alfredo, recostado en un colchón, hasta las siete de la mañana, cuando Capdevila, que salía y entraba cada media hora, acabó por declarar que había pasado el peligro, que Goded ya estaba fusilado y que la guardia civil seguía fiel. Aquellas horas fueron como para romper los nervios a cualquiera. Contra lo que ocurría otras noches, en aquélla, el silencio en la plaza del Teatro y en la Rambla era casi absoluto, sólo interrumpido, de tarde en tarde, por la llegada de algún coche, acogido cada vez con un estridente silbido y un frenazo. Aparte de esto, y mirando por lo alto del colchón que le servía de parapeto, la plaza se veía desierta. Sólo en el bar Cosmos había animación. La consigna

debía ser severa, porque en toda la noche no subió a verle su hijo, que solía hacerlo tres o cuatro veces durante las veinticuatro horas del día.

Ocho días estuvo Alfredo en aquel hospital, aguantando las bromas de médicos, enfermeras y amigos que iban a verle; incluso sus hijos le bromeaban, pero a él le seguía el dolor. Durante este tiempo se iba enterando de cómo marchaban los acontecimientos.

El Gobierno de la Generalitat había quedado relegado a segundo término, ocupando el primer lugar el flamante Comité Central de Milicias Antifascistas, en el cual se disponían a hacer la revolución los anarquistas, los del POUM, los socialistas y los comunistas, que no se habían batido, pero que reclamaban puestos en el momento de mandar.

La creación de este Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña tuvo lugar el día 21 de julio. Ya se ha explicado muchas veces cómo Companys había ofrecido todo el poder a los hombres de la CNT, de la que dijo el Presidente que había salvado a Catalunya. Los de la CNT no aceptaron entonces.

Comorera, ya entregado al comunismo, propuso a Companys la creación de unas Milicias de la Generalitat, que, junto con los mozos de escuadra, disputaran el dominio de la calle a los hombres de la CNT y del POUM. El Presidente no aceptó la felonía y seguidamente se entrevistó con sus amigos confederales y les ofreció tomar parte en un organismo que, al lado de la Generalitat, llevase adelante la reorganización de todo lo desorganizado. Los de la CNT aceptaron, alegando que,

«como no estaban en el comunismo libertario todavía», lo primero era acabar de aplastar al fascismo.

Y convocadas todas las organizaciones, quedó constituido el Comité de Milicias de esta forma:

Acció Republicana de Catalunya	2 miembros
PSUC	2 »
Esquerra Republicana de Catalunya	3
FAI	2
CNT	3
POUM	1
UGT	3

Mas lo malo era que cada organismo quería hacer «su» revolución, y, claro, no se hacía ninguna. Las columnas de milicianos que salieron a tomar Zaragoza y Huesca llegaron muy cerca de ambas ciudades aragonesas, pero no las tomaron, porque no había coordinación alguna entre ellas, sino, por el contrario, rivalidad.

Se había procedido a la incautación de cuantos edificios habían sido abandonados por sus dueños, instalándose en ellos toda clase de organismos antiguos y recientemente creados. El local del Fomento del Trabajo, magnífico palacio sito en Vía Layetana, fue ocupado por la CNT, lo mismo que la casa de al

lado, llamada de Cambó. El POUM ocupó, además del Hotel Falcón y el Lyon d'Or, una gran casa en la Rambla Canaletas. El PSUC se plantó en el Círculo Artístico, en el Paseo de Gracia, y así por el estilo. Sagrera, en una visita que hizo a Alfredo, le comunicó que su sindicato, el de Industrias Gráficas, se estaba instalando en el número cinco del Paseo de Gracia, donde estaba situado el célebre forn de Sant Jaume. La casa era propiedad de un abogado monárquico que había sido gobernador de una provincia y que nadie sabía su paradero. Con su meticulosidad acostumbrada, Sagrera había hecho un inventario de todo lo que había en los pisos, reservándose mesas, sillas y una magnífica biblioteca para el sindicato y comunicando a la Generalitat que se hiciera cargo de todo lo demás, que, en realidad, eran muebles y objetos de mucho valor.

–Aunque –le confesó Sagrera–, si la Generalitat tarda mucho en recoger todo aquello, será fácil que no encuentre nada –pues los objetos iban desapareciendo como por encanto, a pesar de que allí se había colocado un conserje que dormía en el mismo local. Porque de la manía de las «incautaciones» tampoco se había librado aquel sindicato de los gráficos, a pesar de la buena voluntad de sus dirigentes.

También supo Alfredo de cómo se había extendido el trágico mal de las ejecuciones sumarias. En cada barriada había surgido un comité revolucionario, que detenía a cuantos le parecían sospechosos, muchos de los cuales desaparecían después de haber salido en coche y acompañados de milicianos armados, para «dar un paseo». Más tarde supo, bien fidedignamente, que aquel sistema expeditivo del «paseo» se había practicado

también en la zona facciosa, exactamente igual que en la roja y empleando el mismo nombre. Como no se podía concebir que se hubieran puesto de acuerdo, era presumible que tal barbarie fuera una reminiscencia atávica de las anteriores guerras civiles.

Para intentar acabar con tanto terrorismo irresponsable, a los hombres de la Generalitat se les ocurrió sugerir al Comité de Milicias Antifascistas la creación de un cuerpo organizado que ejerciera la vigilancia en nombre del pueblo, sustituyendo a la guardia de asalto y a la guardia civil, que no gozaban de muchas simpatías, aunque, en bastantes lugares, se habían batido bien. La idea fue acogida con entusiasmo y en seguida se aprobó, se organizó y se le dio el nombre de patrullas de control.

Como en tiempos revolucionarios todo marcha vertiginosamente, las citadas patrullas de control aparecieron por las calles de Barcelona antes de que la gente supiera de qué se trataba. Y a fe, que si no otra cosa, estaban bien presentados los patrulleros, con un uniforme de pana rayada negra, abundante correa, pistolón y «naranjero». Para prestar sus servicios disponían de un abundante parque móvil y no se desplazaban a pie ni para llegar a la primera esquina. En su organización se pretendió tener en cuenta la proporción numérica de los organismos que tomaban parte en el comité de milicias, pero, en realidad, la CNT se llevó la parte del león. Las oficinas centrales fueron instaladas en un principal de la Gran Vía, cerca del Paseo de Gracia, y en todas las barriadas había sucursales. Si hay que ser sincero, no tenemos más remedio que confesar que el objetivo perseguido por sus iniciadores no se consiguió en manera alguna, ya que los grupos incontrolados, que pretendían hacer justicia por cuenta propia, ni se acabaron

ni fueron controlados por las patrullas. La FAI disponía de prisiones propias, donde encerraba a quien quería, cuya suerte de los allí encerrados no se sabía jamás cuál sería. La más grande de aquellas prisiones fue la del convento de San Elias, en San Gervasio, que adquirió fama terrorística. Más tarde, los comunistas montaron también sus checas, destinadas, principalmente, a encerrar, aterrorizar y eliminar, no a fascistas, sino a cuantos consideraban anticomunistas, principalmente a los poumistas, tachados de trotskistas.

Fueron patrulleros muchos jóvenes, hombres fuertes, que hubieran estado bien en el frente, y la mayoría lo hicieron con el doble propósito de no correr peligros serios y, además, algunos, para ejercer largamente la rapiña. Hubo, es cierto, hombres que se alistaron en las patrullas de control, llenos de buena fe, convencidos de que su misión sería procurar que hubiera un cierto orden revolucionario, pero pronto se convencieron de lo contrario y devolvieron el uniforme y el armamento, saliendo para los frentes. De los 700 hombres que formaban las patrullas de control, al cabo de un mes ya habían dimitido más de doscientos.

Otra consecuencia de los sucesos que tenían lugar, fue poner a prueba la sinceridad de convicciones de los anarquistas, que dos meses antes habían aprobado, en un Congreso de la CNT, celebrado en Zaragoza, un programa revolucionario que dejaba en mantillas a cuanto había ocurrido en el mundo y a cuantas teorías se habían propagado. La inmensa mayoría de aquellos terribles revolucionarios se apresuraron a ocupar toda clase de cargos «esencialmente políticos», colaborando con otros



políticos, incluso burgueses, como los de la Esquerra o los de Acció Catalana.

Bien pocos días después de la sublevación, es decir, el 13 de agosto, quedó formado el Consejo de Economía de Catalunya, con la misión, no de proceder a la colectivización de la economía, sino, sencillamente, de mirar de poner orden al galimatías en que había caído esa economía a consecuencia de muchos abandonos de negocios por sus propietarios, y también por las incautaciones llevadas a cabo sin ton ni son y de las cuales, después, no sabían qué hacer los propios incautadores. Como decíamos, ese fue el primer organismo de gobierno creado al lado de la Generalitat, y a él, inmediatamente, se incorporaron los cenetistas y los faístas. Por la CNT figuraban Eusebio Carbó Carbó, hombre que jamás había sido capaz de llevar una economía sana en su propia casa; Juan P. Fábregas y Cosme Ráfols. Por la FAI un tal Antonio García y Diego Abad de Santillán, es decir, cinco, porque ya se había aprendido el truco de los socialistas de reclamar puestos por la UGT y por el Partido Socialista.

Tras el Consejo de Economía llegó el Comité de la Escuela Nueva Unificada, donde fueron tres faístas, cubriendo al único capaz, don Alberto Carsi; los otros eran Miguel Escorihuela, Juan Puig Elias y Juan P. Fábregas.

La fiebre de fundar comités lo invadía todo, y por ello, a pesar de que en el comité de milicias ya estaban todos representados, el 11 de agosto aparece otro Comité, el de «enlace» FAI, CNT, UGT, PSUC, sin que pudiera saberse por qué en ese comité de enlace no estaban incluidos ni la Esquerra Republicana de

Catalunya ni el POUM. Formaron el flamante comité, Antonio Sesé y Emilio García, por la UGT; por la CNT, José Pérez Rubio y Fernando Roca; Comorera por el PSUC y Herrera por la FAI.

Aparte Herrera y Comorera, los otros eran perfectamente conocidos en su casa, menos Sesé, que se había distinguido desde la Dictadura de Primo de Rivera por ser el hombre que, desde que llegó a Barcelona, procedente de Aragón, de donde era natural, había puesto un gran empeño en no querer trabajar. Chupó todo lo que pudo de la CNT, y cuando allí le cerraron el grifo, desvió hacia el comunismo, explotando los lúbricos deseos de una maestra de escuela bastante fea.

Alfredo seguía sintiendo dolores en la espalda, pero como los doctores Capella y Morros insistían en que no tenía nada roto, acabó por creérselo, y para no pasar por un «manta», se marchó del hospitalillo y empezó otra vez su labor de arreglar los conflictos en los talleres gráficos. Pero no pudo hacerlo más que unos pocos días, ya que, a pesar de trasladarse siempre en coche, el dolor había veces que era insoportable. Así que una mañana, al salir de su casa, indicó al chófer que, en lugar de llevarle al sindicato, le condujera al hospital de San Pablo, donde por aquellos días ejercía su amigo el doctor Tomás Tusó, del POUM. Cuando Alfredo explicó a su amigo lo que le ocurría, el galeno ordenó inmediatamente que le acompañaran al gabinete de radiología, a donde llegaron a través de unos subterráneos. Allí le recibió un anciano doctor, con cara de suma bondad, el cual, con otro más joven, procedió inmediatamente a emplear los rayos X para ver qué tenía en la parte aquejada. Antes de media hora le mostraron las radiografías, diciendo el anciano médico:

–Pero, ¿cómo no está usted enyesado y en la cama? Mire, está bien claro, se ven perfectamente cuatro costillas fracturadas, en escala, y es verdaderamente un milagro que no se hayan desprendido las fracturas, pues de haber ocurrido, tal vez usted hubiera quedado jiboso para el resto de sus días.

Alfredo explicó como le habían hecho unas radioscopias en aquel gabinete del Paseo de Gracia, y como en ellas no se apreciaban fracturas, pero sí, en cambio, manchas en los pulmones.

El médico se quedó viendo visiones, y él y su ayudante no hacían más que mirar y remirar las radiografías que tenían delante, acabando por convenir que aquellos médicos alemanes del Paseo de Gracia habían cometido una especie de crimen, remitiendo al POUM unas radioscopias que no pertenecían a su dolencia, acaso con el propósito de que, al no poner el remedio adecuado, las fracturas acabarían por lesionar los pulmones y acabar con su vida.

En vista de que, a pesar de todo, las fracturas empezaban a tomar aspecto de cicatrización, prescindieron del enyesado, pero le hicieron una especie de vendaje de tafetán, y le recomendaron que se metiera en cama por lo menos durante una quincena de días, al cabo de los cuales debería volver para un nuevo reconocimiento.

Cuando los del POUM supieron la trastada de los médicos alemanes, fueron al gabinete para prenderles, pero, es claro, los nazis habían tomado el vuelo, como tantos miles que hicieron lo

mismo, a pesar de los controles en carreteras, puertos, campos de aviación, guardias y patrullas de control.

Alfredo, pues, tuvo que aguantar tres semanas de inactividad, al cabo de las cuales tornó a sus actividades sindicales y con muchas ganas de volver al taller a prestar su trabajo cotidiano.

Entretanto, la guerra no marchaba bien. Madrid estaba en peligro inminente. Irún se había perdido, porque, habiendo en la frontera de Hendaya muchas armas compradas por el Gobierno legítimo de España, el gobierno francés no autorizó la salida de aquellas armas, mientras que los facciosos recibían cuanto querían a través de Portugal y los puertos que tenían. Rusia dijo que se ponía de parte de la República, y empezó por mandar botes de leche y otras fruslerías, aprovechando la llegada de sus barcos para hacer una enorme propaganda del estalinismo. Más tarde envió los camiones Katiuska, de gran potencia, pero de un enorme consumo de gasolina. También llegaron unos aviones, bautizados chatos, que fueron cayendo fácilmente ante los superiores alemanes. Todo esto el gobierno español lo pagaba en oro, y, además, los rusos se iban apoderando de todos los mandos, a medida que las columnas de voluntarios se iban convirtiendo en el Ejército Popular. Principalmente, las célebres Brigadas Internacionales estaban completamente en manos de los rusos. Estas Brigadas jugaron, es cierto, un buen papel como unidades combatientes, porque la mayoría de sus componentes eran aventureros que se jugaban la vida con toda tranquilidad. También había, ciertamente, bastantes hombres, llenos de idealidad y buena fe: franceses, ingleses, alemanes, americanos y algunos italianos antifascistas, pero, poco a poco, al darse cuenta de los

procedimientos de los comunistas, fueron abandonando aquellas filas.

Paulatinamente los elementos sensatos de todos los organismos fueron dándose cuenta de que estábamos ante una verdadera guerra civil y que para ganarla había que luchar largamente, dejando un poco de lado la revolución iniciada. Pero así como los sensatos de la CNT, los republicanos, los socialistas y otros elementos sanos, propugnaban llevar todos los esfuerzos para la guerra, soslayando sus propios ideales, los comunistas parecían ser los más fervientes partidarios de esa política, pero, en realidad, toda su táctica era que se crearan nuevas directivas y apoderarse de ellas, no en beneficio general, sino en el suyo particular. Esto que entonces no supieron ver muchos hombres de buena fe, nos lo han explicado después los líderes expulsados del Partido Comunista.

## XIV. LOS ANARQUISTAS SE SIENTEN SENSATOS

Ya de cara a una guerra larga, en Madrid se deciden a formar un gobierno de fuerza, que presidió Largo Caballero. Y ya se dijo en aquellos días que la CNT entraría en el gobierno, rumor que desmintieron ruidosamente los faístas. El gobierno de Largo Caballero juró el día 4 de septiembre de 1936, y la protesta faísta se publicó al día siguiente. Bueno, pues el 24 de septiembre tuvo lugar un Pleno de la Regional Catalana de la CNT, publicando al día siguiente *Solidaridad Obrera* unos cuantos acuerdos allí tomados, de escasa importancia; mas, el día 27, toda la prensa sorprende a la opinión pública con la noticia de la incorporación de la CNT en el Gobierno de la Generalitat.

Presidencia y Hacienda	Josep Tarradellas, Esquerra
------------------------	-----------------------------

Cultura	Ventura Gassol, Esquerra
---------	--------------------------

Seguridad y Orden Público	Artemi Aiguadé, Esquerra
---------------------------	--------------------------

Economía	Juan P. Fábregas, CNT
----------	-----------------------

Abastos Juan	J. Doménech, CNT
--------------	------------------

Sanidad	Antonio García Birlán, CNT
Servicios públicos	Joan Comorera, PSUC
Trabajo	Miguel Valdés, PSUC
Agricultura	José Calvet, Rabassaires
Justicia	Andreu Nin, POUM
Defensa	Díaz Sandino, Militar
Sin cartera	Rafael Closas, Acció Catalana

El nuevo Gobierno de la Generalitat se formó el día 26 de septiembre, y el 16 de octubre ya aparece en el *Butlletí Oficial* de la Generalitat de Catalunya un decreto disolviendo en toda Catalunya todos los comités locales, pasando todos los servicios a los respectivos ayuntamientos. El Comité Central de Milicias de Barcelona se había ya autodisuelto el día primero de octubre.

El proceso de «apaciguamiento» revolucionario sigue su curso. El Consejo de Aragón, que había obrado como poder, por lo menos, autonómico, acuerda someterse al gobierno (más tarde será disuelto *manu militari*).

El día 2 de octubre se vota el Estatuto del Gobierno Vasco, que presidirá José Antonio Aguirre, y otro capitoste vasco, Irujo, entra en el gobierno central.

Automáticamente, en toda Catalunya se formaron nuevos ayuntamientos, en los cuales entraron los cenetistas, ocupando

muchas alcaldías. Por si todo esto fuera poco, en la Jefatura Superior de Policía se sentaron en puestos importantes bastantes cenetistas, entre ellos Aurelio Fernández, y el que se hizo célebre Eroles i els seus nanus, que cometieron muchas fechorías bastante sucias. También estuvo en Jefatura el poumista Coll, pero se marchó pronto por incompatibilidad con los procedimientos de Eroles.

La entrada de los anarquistas en el Gobierno de la Generalitat produjo sensación entre el mundillo ácrata, pero acaso por tratarse de un gobierno regional, que muchos extranjeros no comprendían, o tal vez porque los «consejeros» se llamaban así y no «ministros», o también porque los claudicantes no eran conocidos como faístas, lo cierto fue que las protestas fueron moderadas, y pasaron desapercibidas, al contrario de lo que pasó, poco tiempo después, al entrar otros cenetistas en el Gobierno central.

Sin saberse a punto fijo de dónde había salido la consigna, se empezó a propagar que no debería haber más que dos organizaciones obreras de carácter nacional, esto es, la CNT y la UGT, y cuantos sindicatos no estuvieran adheridos a una u otra central sindical, deberían hacerlo rápidamente. Para el POUM y su central sindical, la FOUS, esto presentaba un agudo problema a resolver. ¿A qué central incorporarse? En las altas esferas del POUM hubo largas discusiones sobre el caso, porque había que sopesar los pros y los contras. Cuantos habían abogado por la creación de la FOUS, cansados de la tiranía de la FAI, tomaron partido por la adhesión a la UGT, sin tener en cuenta que esta central sindical carecía de tradición en Catalunya, y además el carácter centralista de sus hombres dirigentes toparía



rápidamente con la manera de ser de los hombres de la FOUS. Alfredo temía, además, el aluvión de gentes indeseables que acudirían en seguida sin más deseo que el de tener un carnet sindical que les sirviera de salvoconducto. Pero ni unos ni otros atisbaron el verdadero peligro, peor que todo lo demás, esto es, la infiltración de los comunistas, y esto fue lo que ocurrió.

El POUM, pues, decretó desde arriba el ingreso de la FOUS en el seno de la UGT. Alfredo, para tranquilidad de su conciencia, consiguió que tal acuerdo tuviera que ser tomado, en asamblea, por cada sindicato. El resultado fue que todos acordaron el paso a la UGT. El propio Sindicato de Industrias Gráficas, del que Alfredo era Secretario, en una asamblea celebrada en el teatro Principal, acordó, casi por unanimidad, el ingreso en la UGT.

De la seriedad de aquellos ingresos dice largo el hecho de que en la UGT los obreros gráficos pertenecían todos, obligatoriamente, a la FGE. Pues bien, a pesar de aquella obligatoriedad, ninguno de los sindicatos gráficos de Catalunya tuvo jamás el carnet de dicha federación gráfica. Es más, el carnet de la UGT, que se entregó a cuantos ingresaron de nuevo en aquella central, no fue expedido por el comité central, de Madrid, sino por la central catalana, que los hizo imprimir por su cuenta. Este comité central de la UGT en Catalunya fue obra exclusiva de los comunistas. Desplegando una gran actividad, los comunistas del PSUC, que antes del Movimiento eran cuatro gatos, ahora habían fundado sindicatos de todas las ramas de la producción y se apresuraron a enviar representantes a los organismos locales y regionales. Por este procedimiento, y por la lenidad de los del POUM, lograron, fácilmente, tener mayoría en el comité central de Catalunya y en el comité local de

Barcelona. En el comité central, que se alojó en el que fue Hotel Colón, en la plaza Catalunya esquina al Paseo de Gracia, figuraban como mandones máximos Tomás Molinero y Miguel Ferrer, los dos comunistas. Cuando los del POUM se dieron cuenta de la maniobra y dieron la voz de alarma, ya era tarde para Barcelona, aunque todavía se logró salvar gran parte de la organización sindical de las otras provincias. En el Sindicato, del que era secretario Alfredo y Sagrera presidente, la lucha fue muy dura porque se había incorporado el Sindicato de Trabajadores de la Prensa (el Poli), bastante numeroso, que siempre había sido una rémora para todo movimiento reivindicativo, por el espíritu conservador de sus afiliados, y que ahora, de golpe y porrazo, se mostraban comunistas empedernidos. Y también, como se había previsto, llegaron todos los que jamás se habían querido syndicar, actuando de esquirols en todas las huelgas. Y todos esos elementos juntos, ahora desplegaban actividad, siendo su finalidad esencial derribar de sus puestos de Junta a los del POUM. Legalmente no lo pudieron conseguir, porque el prestigio de los amenazados era grande, pero finalmente lo lograron, después de los sucesos de mayo de 1937.

Alfredo cumplía los años el 27 de septiembre, y aquel aniversario lo pasó en Begas, donde fue a pasar dos días que le sirvieron de descanso, junto a su hermana Amparo, que no quería bajar a Barcelona, para no perder la relativa tranquilidad que tenía en aquel pueblo veraniego. Y fue allí, en Begas, donde Alfredo tuvo la primera vaga noticia del «regalo» de aniversario que le hacía el partido. Estando comiendo, sonó el teléfono del hotel donde se alojaba y la dueña le dijo que le llamaban desde Barcelona. Era Ángel, su hijo, quien le informó que tenía que volver a la capital lo antes posible, que el partido le había

atribuido un cargo importante y tenía que incorporarse a él inmediatamente. El chico no le pudo informar sobre qué clase de cargo se trataba, aunque a Alfredo le pareció que su hijo no era rotundo en su afirmación. A las cuatro de la tarde tomó el autocar de línea hasta Gavá, después el tren, algo inquieto por saber qué le habían reservado a él, que jamás pidió nada, y que su sola aspiración, al ver cómo derivaban los acontecimientos, era volver a su trabajo en el taller.

Del apeadero del Paseo de Gracia fue directamente al flamante local del POUM, en la Rambla. Allí, al primero que encontró fue a Pedro Bonet, quien le informó que al día siguiente aparecería en el *Butlletí Oficial* de la Generalitat el decreto de la Consejería de Trabajo, creando los Tribunales Populares, con su misión y los nombres de sus componentes, entre los cuales figuraba el de Alfredo.

Alfredo quedó como el que ve visiones. Todo se lo había imaginado, menos aquello. ¡Él ejerciendo de acusador! Era contra el orden natural de las cosas. Dijo rotundamente que no. Entraron en la gran secretaría donde estaban todos los capitostes del partido, excepto Nin, que ya actuaba de consejero de Justicia. Discutió largamente con Bonet, Tarafa, Gorkin, Molins, David Rey, Gironella... sin que se pudieran convencer los unos a los otros. Finalmente, acordaron que al día siguiente Alfredo se presentase ante Andreu Nin y que le comunicase su decisión a él mismo.

Hacia el final de la calle Muntaner, en una «torre» incautada, se había establecido la Consejería de Justicia de la Generalitat, que anteriormente al 19 de julio no existía, porque la

administración de la justicia se la había reservado el poder central al conceder el Estatut a Catalunya, aunque había reconocido, como gracia especial, que el idioma catalán fuera válido en los juicios, junto al castellano.

Descendió Alfredo de un tranvía en la plaza Adriano, y siguió en busca del número que le habían indicado; lo encontró fácilmente y, además, en la puerta habían colocado una sencilla placa indicadora de que allí se alojaba la Consejería de Justicia. Sin portero alguno, entró directamente en una especie de antesala donde habían algunas personas esperando. Una aparatosa joven por su atuendo y belleza provocativa, le preguntó amablemente qué deseaba, y al indicarle Alfredo el objeto de su visita, esto es, presentarse a su «superior» el consejero, la joven anotó su nombre en un carnet y desapareció por una puerta, saliendo casi en seguida, invitando a Alfredo a que pasara, no sin la protesta, un tanto ruidosa, de los que habían llegado antes que él y estaban esperando. Pasada la puerta se encontró en otra sala más pequeña, con dos mesas, una máquina de escribir, y ante unas y otra, Carreras, que hacía de secretario de Nin, y otra joven, también llamativa, que, por lo visto, ejercía de secretaria del secretario. Carreras le acogió muy cordialmente, le invitó a fumar tabaco rubio, y le indicó que en aquel momento Nin tenía una visita, pero que pasaría inmediatamente que saliera el que estaba dentro. Mientras esperaba observó que la secretaria y el secretario parecían harto íntimos, sin preocuparse, para sus arrumacos, de la presencia de un tercero. A poco sonó un timbre y rápidamente la secretaria se desprendió de la mano del secretario y con paso firme y gentil entró en el despacho del consejero, reapareciendo prontamente para invitar a Alfredo a que pasara. Nin estaba en

pie, junto a una amplia ventana que daba a un jardín. Le alargó las dos manos y le hizo sentar, haciéndolo él también, pero no en la poltrona de consejero, sino en otra silla y los dos junto a la ventana.

Sin andarse con rodeos, Alfredo explicó a Nin su disconformidad con el nombramiento de fiscal, tanto por no gustarle aquello de acusar a nadie, como por su convencimiento de que ya no deberían quedar más que los infelices para ser juzgados, y ello porque la mayoría de los «peces gordos» habían escapado y otros *ja feien malves*. Nin le explicó que se había decidido crear los Tribunales Populares precisamente para evitar que cada quisque se tomara la justicia por su mano, dando lugar a muchos errores y no pocos crímenes. También le dijo que, según sus informes, quedaban bastantes «peces gordos» por juzgar, y precisamente porque eran gentes por las que se interesaban en las embajadas, era necesario montar los procesos con todas las garantías. Como Alfredo siguiera objetando, para no aceptar el cargo, Nin, pacientemente, le arguyó que necesitaban amigos en aquellos tribunales a fin de que fueran algo prácticos, y se lamentó de que las organizaciones y los partidos le habían enviado una colección de tipos que temía que obraran sin ton ni son. Y finalmente arguyó que cuando tantos compañeros se jugaban la vida y otros caían en el frente, lo menos que podíamos hacer los de la retaguardia era apechugar con los cargos más ingratos. Esto le cogió desprevenido a Alfredo, que no supo qué aducir en contra de aquellos argumentos, acabando por aceptar, pero a condición de guardar una independencia absoluta y rechazar toda clase de recomendaciones. Nin le prometió que, por su parte, jamás le recomendaría a nadie. Y así fue como se vio enzarzado en la

maraña de aquella señora que pintan con los ojos vendados, una tremenda espada en una mano y asiendo unas balanzas en la otra, escrupulosamente fijas en el fiel. Como se acercaba la hora fijada para la constitución oficial de los Tribunales Populares en el Palacio de Justicia, Nin, acaso para que Alfredo no tuviera tiempo para arrepentirse, le hizo conducir al caserón del Salón Víctor Pradera en el propio coche oficial de la consejería, siendo ésta la única vez que Alfredo ocupó un automóvil con chófer de uniforme y una banderola con las cuatro barras.

En el Palacio de Justicia ya estaban todos los elementos encargados de constituir los flamantes tribunales. Cuando se presentó Alfredo, pasaron todos a la sala de lo Contencioso, que era la más moderna del edificio, que no era viejo, pues apenas databa de principios de siglo, pero cuyo arquitecto sólo se había preocupado de darle una fachada llamativa, descuidando en el interior todo el confort y lógica distributiva. Los reunidos sumaban una cincuentena, pues eran cinco los tribunales a constituir, del 1 al 4 y, además, el especial para militares de alta graduación, que hasta entonces había actuado en el barco Uruguay. Cada tribunal estaba compuesto por el presidente, el fiscal, un secretario y seis jurados. Cuando todos se hubieron sentado, el que presidía, que era el propio Presidente de la Audiencia, José Andreu, dio por comenzado el acto, y después de breves palabras saludando cordialmente a los asistentes, hizo leer, por un secretario, el decreto instituyendo los Tribunales Populares, así como el breve reglamento por el que se habían de regir. Lo esencial de lo leído era que las causas deberían sustanciarse en 48 horas, que se daría el derecho de defensa a los procesados, y que los defensores podrían ser o no abogados, o los mismos encartados, si así lo deseaban; que las sentencias

serían pronunciadas por los jurados, en sesión secreta, después de la vista pública, ejerciendo el Presidente (que debería ser abogado) de asesor y teniendo también derecho al veto. Y, finalmente, que las sentencias eran sin apelación a ningún otro tribunal superior. Las penas de muerte deberían ser firmadas por el Presidente de la Generalitat, quien tenía el derecho de gracia.

A pesar de que el decreto de Nin hablaba de jurados, allí nadie juró nada, y se dio por entendido que los presentes aceptaban el cargo al contestar «presente» cuando el secretario leyó sus nombres. El secretario general de la Audiencia indicó a presidentes y fiscales la secretaría que incoaría las causas y les indicó los locales donde estaban instaladas. También indicó que al día siguiente procedería a habilitar las salas donde se celebrarían los juicios. El Tribunal que le tocó a Alfredo fue el número 3, y su presidente un abogado joven apellidado Palazón, de Estat Catalá, el cual manifestó deseos de trabajar firme y ecuanimemente.

Resultó que el «personal de la casa», que al principio de la revuelta se había asustado mucho, lo mismo que los presidentes, fiscales y magistrados, la mayoría de los cuales no habían vuelto por allí, después, al ver que no les pasaba nada y que incluso volvían a funcionar los juzgados y las secretarías, tomaron confianza y acaso consideraron que aquellos que llegaban no eran más que intrusos provisionales a quienes miraban un poco por encima del hombro. Por ello, sin duda, al día siguiente, al presentarse los componentes de los nuevos tribunales, se encontraron con que les habían destinado unas salas reducidísimas, con un par de mesas y las sillas justas,

similares a las salas de secretarías. Fiscales y jurados empezaron a murmurar, pero sin decidirse a tomar decisión alguna. Alfredo, que tenía ganas de promover un conflicto, acaso para zafarse de su compromiso, convenció a su presidente para que fueran a ver a Andreu, el Presidente de la Audiencia, y le manifestaran «lo que hacía al caso». Fueron, pues, al despacho del Presidente, y solamente saludando a una muy linda secretaria que estaba allí con un bloc y un lápiz, para tomar nota de los probables visitantes, abrieron la puerta y entraron en el suntuoso despacho, seguidos de la joven, que exclamó, indignada:

–Señor Andreu, estos señores han abierto la puerta sin permiso. Andreu, el flamante Presidente, quedó sin acertar a decir una palabra, pero rojo de ira. Palazón, que comprendía la situación, tomó la palabra calmosamente, y dijo.

–Amigo Pepito; me parece que ahora se deben haber acabado las antesalas inútiles, y, además, esta joven ni se ha dignado levantar la cabeza cuando hemos pasado, muy atareada, como estaba, limpiándose las uñas. Guarda pues las tuyas y escuchanos, que la cosa es urgente.

Dominándose, el Presidente sonrió, con risa de conejo, y por señas ordenó a la secretaria que se ausentase. Ella, fulminándoles con la mirada, dio media vuelta y salió, golpeando la puerta.

Pepito Andreu preguntó:

–¿Qué os pasa?



–Éste, fiscal, y yo, presidente del nuevo Tribunal Popular número 3, venimos a explicarte que vuestro gran secretario general se debe haber figurado que somos algo así como unos advenedizos, y por ello nos ha concedido asilo, como sala, unos cuartuchos indecentes, donde no podemos ni respirar. Tú y yo somos «de la casa», y sabemos las salas que hay y cómo ahora no sirven para nada. Por lo tanto, te pedimos que órdenes a ese secretario la inmediata habilitación de las salas para poder ser usadas por los Tribunales Populares, porque, en caso contrario, remitiremos las dimisiones al consejero de Justicia.

–Confirmo y rubrico –añadió Alfredo.

El Presidente quedó un poco pensativo y por fin, accediendo a la demanda, llamó a la secretaria presumida para indicarle que hiciera venir inmediatamente al secretario. La secretaria salió sin abrir boca ni al entrar ni al salir.

Palazón y Alfredo dieron las gracias efusivamente al Presidente y le dijeron que no querían estar presentes en la entrevista para no mortificar al secretario.

Media hora más tarde, el secretario comunicó a los componentes de los Tribunales Populares que, por orden del Presidente, al día siguiente dispondrían de las salas usuales para los juicios, rogándoles que dispensaran el aplazamiento a fin de poner las salas en las debidas condiciones. Antes de marchar el secretario llamó a Alfredo a su despacho para preguntarle cuántos policías deseaba para su escolta. Alfredo respondió sin titubear que ninguno, por considerar que tal escolta era inútil en caso de atentado y, además, porque una escolta puede ser, muy

fácilmente, una vigilancia. Como el secretario insistiera, aduciendo que todos los presidentes y fiscales ya disponían de policías de escolta, Alfredo le preguntó si aquellos policías iban a cargo «de la casa», y al contestar el secretario afirmativamente, que había que pagar los correspondientes sueldos, Alfredo le pidió que, para él, prescindiera de escolta, pero que, en cambio, le proporcionase la gasolina necesaria para el coche que le prestaba su partido y que también se encargara «la casa» de pagar al chófer, y así quedó convenido.

A pesar de tener a su propio hijo en las oficinas de transporte del POUM, le dejaron un coche asmático y cojo, que, tras reclamación, fue cambiado por otro mejor, pero al que le faltaba un cristal de la puerta derecha, sustituido por un cartón. El chófer era un muchacho llamado, nada menos, que Pelayo, y era hijo del conserje de la granja cooperativa La Flor de Mayo, situada cerca de Sardanyola, en un montículo, y que, en tiempo normal, era utilizada para veraneo de sus socios, pero por entonces la Generalitat la había habilitado para dar refugio a las mujeres y niños, así como a algunos ancianos, salidos de Madrid en los momentos de peligro. Por esta circunstancia, Alfredo subió en coche algunas veces a dicha granja, dándose cuenta, en seguida, de la clase de gente que había venido de Madrid. Aparte un par de viejos que desde el primer día pidieron trabajar en lo que fuera, para ayudar a la granja, la inmensa mayoría de las mujeres consideraban que por el hecho de ser de Madrid y haber llegado como refugiadas, se les debía toda clase de deberes, sin contrapartida. No querían guisar, ni lavar, ni limpiar. Pretendían que se las sirviera en todo momento. Además, eran mal educadas en grado superlativo y el lenguaje empleado era de lo más soez. Y por si todo eso fuera poco,

muchas de ellas pasaban más tiempo en Barcelona que en la granja. Solían bajar a Sardanyola y, situándose en la carretera, no les era difícil hacerse trasladar a la capital por alguno de la infinidad de coches o camiones que pasaban, aunque tuvieran que pagar en natura el hipotético billete. Ya en la ciudad, frecuentaban bares y cafés, donde fácilmente encontraban «amigos» que las invitaban a cenar, y, frecuentemente, a dormir. De tal manera se desarrolló este sistema, que de una cincuentena de mujeres que se alojaban en la granja, había noches que, a la hora de la cena, no llegaban a la docena, y lo peor era que la mayoría tenían dos o tres hijos que dejaban, tranquilamente, al cuidado del servicio de la granja. Debido a las quejas del encargado de la granja, el alcalde de Sardanyola, que tenía la responsabilidad, ordenó que, puesto que no era preciso para nada, quedaban prohibidas las salidas a Barcelona sin un permiso especial expedido por la propia alcaldía y se ordenó que por las noches la granja quedase cerrada con llave. Así se cumplimentó, pero ellas, a las pocas noches de encierro, empezaron a saltar por las ventanas. Cuando se puso coto a aquellas fugas, vigilando las carreteras, recurrieron a intensos dolores de muelas, que eran el pretexto para pedir permiso con objeto de ir al dentista, u otros males que requerían, según ellas, el reconocimiento de especialistas de la capital. No había remedio a no haber recurrido a medidas drásticas, que jamás se tomaron. Y no digamos nada de cuando aquellas «compañeras» se enzarzaban en una riña; el repertorio de palabras soeces era inagotable y más de una vez se usaban las uñas y se arrancaban los cabellos. No faltaban, tampoco, los ejemplares de lesbianismo bien declarado.

En el Tribunal, Alfredo, que conocía los procedimientos policíacos y la rutina de los tribunales, decidió averiguar, en lo posible, el grado de responsabilidad de los procesados que llegaban a sus manos, haciéndolo por cuenta propia, para lo cual visitaba a los encartados en la cárcel, hacía comparecer ante él a los testigos, y, en fin, antes de llevar a juicio a nadie, quería persuadirse de su culpa.

La minuciosidad que empleaba para averiguar la verdad le llevó, naturalmente, a no poder cumplir lo ordenado de que la tramitación de las causas no pasaran de las 48 horas, y hubo algunas que pasaron de los quince días.

No llegaron a una docena los procesos que tuvieron alguna importancia; la mayoría eran gentes, indudablemente de derechas, pero a quienes no se podía imputar responsabilidad directa en la sublevación. Para éstos, Alfredo solía pedir una pena de prisión de unos años, sin reparar en cuántos. Se justificaba con un argumento que era el mismo que empleaba para las recomendaciones, que eran su pesadilla. Alfredo decía que si ganábamos la guerra era seguro que, llegada la paz, se indultaría a la mayoría de los encarcelados, y si la ganaban los sublevados, ya se encargarían ellos de liberarlos, de modo que el número de años de las sentencias no tenía importancia alguna. Lo de las recomendaciones era cosa terrible: desde el primer día empezaron a perseguirle toda clase de gente, sobre todo mujeres, asegurando que sus padres o sus maridos o sus hijos eran ángeles voladores, incapaces de matar una mosca, y que su detención era debida a rivalidades de toda clase, desde la de vecindad hasta la amorosa. Decidió «no estar nunca en casa», y casi era verdad, pues había habilitado una pequeña

habitación en el local del sindicato para estudiar las causas. Pero los interesados lograron saberlo y se hacían colas en la escalera del local. Entonces se dirigió al Comisariado de la Vivienda, solicitando un sitio donde pudiera trabajar tranquilamente. Allí mandaba Braulio Solsona, a quien conocía como periodista, el cual le facilitó todo un piso principal en la calle Bruc, en cuya planta baja estaba ubicado el aristocrático cine Metropol. Allí solía pasar las tardes estudiando los casos, y también, a veces, en compañía de Pepita, que se encontraba a sus anchas en medio del lujo comfortable de la casa, propiedad de una familia de origen argentino que se había marchado a su país.

Por cierto que en una de aquellas tardes que pasaban allí en amorosa compañía, ella le propuso que, si quería, podría disponer de un buen coche, para él solo, librándose de aquella servidumbre del partido, que solía enviarle un coche malo tras otro peor, y sobre todo desde que Ángel había dejado aquellas oficinas de transporte para pasar a la imprenta de *La Batalla*. Se trataba del coche de su patrono, el señor Planas, que días antes de los sucesos había estrenado un Renault último modelo negro, con cuatro puertas. Por miedo a las tan corrientes incautaciones, lo tenía encerrado en su «torre» de San Gervasio, pero temía que un mal día alguien le descubriera y no lo volviese a ver. Y Pepita había pensado proponer al patrono que entregara el coche a Alfredo, el cual procuraría conservarlo. Y así se hizo al día siguiente. Estando en el Palacio de Justicia, un ujier llegó para decirle que le llamaban al teléfono de Secretaría. Acudió y era el propio Planas que, discretamente, le preguntaba si podría acudir a verle lo antes posible. Quedaron de acuerdo para aquella misma tarde, y cuando se entrevistaron, el patrono de Pepita le propuso que se quedara con el coche como probable posibilidad

de no perderlo. Alfredo fingió no saber nada anticipadamente sobre aquel asunto y Planas tampoco aludió a Pepita, por lo que su nombre no se mencionó en el trato, a pesar de haber sido ella la inventora. Al día siguiente fue el chófer, tempranito, a hacerse cargo del Renault y ya aquella mañana llevó al fiscal a la audiencia en coche «casi» propio. Y ocurría a veces que Alfredo acudía a esperar a Pepita a la salida del taller, y Planas aprovechaba la ocasión para montar en él, junto con su dactilógrafa (que además era su querida), y dejarlos en algún café o bar de las afueras.

El caso de recomendación que más le disgustó, por las circunstancias y por quienes intervinieron, fue el siguiente:

Tenía entre manos una causa incoada contra una mujer de Gerona, llamada María Salses, esposa de un capitán apellidado Borbón, que estaba preso en el barco Uruguay, anclado en el puerto, y acusado de ser el jefe de los militares comprometidos en Gerona. La Salses llevaba a diario paquetes a su marido, y un mal día para ella a un sargento de la guardia civil que estaba de guardia, le dio por revisar el paquete meticulosamente, encontrando, en un paquete de sobres en blanco, uno que contenía un escrito, en el cual la Salses explicaba a su marido que ya había caído San Sebastián (lo que era cierto), y que todo estaba preparado para reproducir la sublevación muy pronto, por lo cual los militares encerrados deberían estar preparados para secundar allí el golpe inevitable.

En plena guerra civil y cuando Madrid parecía perdido, la lectura de aquella carta, si hubiera pasado, puede calcularse qué efecto habría producido entre los muchos militares presos en el

Uruguay. María Salses, desde el barco fue conducida a la cárcel, y un atestado redactado por la guardia civil enviado a la Audiencia, donde esa causa le correspondió a Alfredo. Siguiendo su costumbre, Alfredo fue a la cárcel de mujeres, instalada en un convento de San Gervasio, porque el viejo caserón de la Ronda San Pablo había sido demolido en un santiamén. Por cierto, que en aquella cárcel improvisada le recibió un empleado que, al leer su nombre, no pudo por menos que sonreír al recordar que él había dado ingreso y salida en la antigua cárcel de mujeres a la madre y a las hermanas del ahora fiscal. Era directora de la cárcel de mujeres Isabel Peiró, del POUM, guapa mujer, muy llamativa, que había dejado su empleo de vendedora en los Almacenes SEPU, para este otro cargo, y ello por recomendación de Gironella, uno de los directores del POUM.

La «Bel» (como la conocían en el partido), introdujo al fiscal en su propio despacho, muy coquetamente arreglado, pareciendo más un boudoir que un despacho de cárcel. Le dijo que la reclusa María Salses era peligrosa por su belleza y por su fanatismo. Tan guapa era, que había sido elegida «miss Gerona» antes de casarse con el capitán Borbón. Después, en lugar de ir al locutorio, hizo conducir la presa a una habitación contigua, no mal arreglada tampoco. La detenida llegó acompañada de una mujer robusta y muy seria, que se retiró inmediatamente que hubo advertido al fiscal que llamara a la puerta tan pronto como hubiera terminado la entrevista.

Tenía razón la directora. María Salses era toda una real hembra, de belleza espléndida y perturbadora. Venía perfectamente peinada y maquillada, envuelta negligentemente en un quimono de seda que modelaba sus

magníficas formas, y, además, se entreabría por delante. Sería, pero sin parecer asustada, ni tan siquiera preocupada, se sentó a la invitación de Alfredo, cruzando las piernas que dejó ver hasta muy alto. A las preguntas del fiscal, contestó clara y rotundamente que había cometido una torpeza y estaba dispuesta a pagarla. Y después, con un tono que no se podía apreciar si era de temor o de desafío, dijo: «A cada uno su turno».

Alfredo dio la entrevista por acabada, llamando a la gruesa mujer que se llevó a la hermosa. Era indudable que aquella mujer tenía la seguridad de que las cosas iban bien para los rebeldes, en lo cual, por mucho tiempo, se equivocaba.

A los pocos días de aquella entrevista y cuando ya se había fijado fecha para la celebración del juicio oral, le llegó a Alfredo una carta, entregada en propia mano, por un nanu de Eroles, el que hacía y deshacía en la jefatura de policía. Y en esa carta le pedía, nada menos, que hiciera cuanto pudiera para que María Salses saliera a la calle. La indignación de Alfredo fue tan grande que inmediatamente que terminó su trabajo de aquella mañana se presentó en jefatura, y sin admitir hacer antesala, se coló en el despacho del Eroles, y tirándole su carta sobre la mesa le dijo que no se le ocurriera repetir la suerte si no quería que diera un escándalo, aconsejándole rompiera aquellas líneas comprometedoras. Eroles, sin inmutarse, le adujo que si había escrito aquella carta había sido a requerimiento de dos hermanos de la Salses, policías de jefatura, y pertenecientes a la Esquerra. Alfredo le observó que seguramente aquellos hermanos serían de la misma parte que la hermana y que sería bueno mandarles a trabajar. (Al salir para el exilio los hermanos



Sales también salieron, todavía como policías, aunque regresaron pronto a Catalunya.) Para dar una respuesta a Eroles y a sus subordinados, Alfredo, en el juicio, pidió y obtuvo la pena de muerte para la ex miss de Gerona, aunque, después, de acuerdo con el presidente de la Sala, solicitaron y obtuvieron del Presidente Companys el indulto.

No estaría bien olvidar que durante la entrevista de Alfredo con Eroles, entraron en el despacho, sin llamar, tres nanus, uno de ellos bien conocido de Alfredo, llamado Sánchez, que había sido presidente del Sindicato de Metalurgia. Como la cosa más natural del mundo, empezaron a sacar alhajas de los bolsillos y a colocarlas sobre la mesa, tras de la cual estaba sentado Eroles: pendientes, pulseras, relojes, sortijas, todo indudablemente en oro y piedras preciosas. Eroles, sin casi mirar, las metió en un cajón de su mesa, sin contar ni especificar. Los nanus entregaban lo que querían de sus rapiñas, y Eroles, sin duda, haría lo mismo con quien tuviera que hacerse cargo de las joyas... si es que había alguien.

Epílogo de este asunto de la Sales fue que a mediados del año 1938 llegó a Barcelona el señor Ortega y Gasset (Eduardo), encargado de revisar causas, y a pesar de la indudable responsabilidad grave de aquella mujer, la puso en la calle, y una tarde, el propio Alfredo, la vio por el Paseo de Gracia, más bella, si cabe, dentro de su luto riguroso, sin duda por la pérdida de su marido, que había sido fusilado. Se miraron de frente y se reconocieron: la hembra, retadora, al adivinar la sorpresa de «su fiscal»; éste, sorprendido, claro, y aún un tanto temeroso, en aquellos momentos en que los poumistas tenían que jugar al escondite con los proveedores de las checas comunistas.

Resultó muy curioso el hecho de aquellos trabajos llevados a cabo en Catalunya por dos enviados del gobierno central, que ciscándose en el Estatut empezaron a obrar por cuenta propia. El uno, «Ortega el malo», poniendo en libertad, por sí y ante sí, a muchos condenados por los Tribunales Populares a causa de delitos perfectamente probados; el otro, Quero Morales, procesando a diestro y siniestro a probados antifascistas acusados, sin ton ni son, de proveedores del pan nuestro de cada día, los «cementeros clandestinos». Y si Ortega se daba prisa a echar gente a la calle, Quero no se quedaba atrás encerrando a otros. Sin saberse por qué, Ortega desapareció de la escena y no se supo más de él hasta que reapareció en Argentina. A Quero hubo necesidad de hacerle una visita eficaz a fin de que, sin remisión, decretara la libertad de todas sus víctimas, que corrían peligro de quedar encerradas cuando ya se preveía la retirada. Esos dos señores han pretendido figurar en el exilio, con poco éxito, es verdad.

Para acabar con el período del Tribunal Popular, será cosa de extractar la figura pintoresca y amoral de Ángel Samblancat. Ya es sabido que Samblancat no gozaba de buena reputación entre las personas decentes, por su pasado harto irregular. Toda su vida había sido una serie de acrobacias basadas en una demagogia palabrera sin acción alguna, y, además, en el empleo de palabras raras para «epatar» a los tontos. Ya muy maduro, sacó el título de abogado, con «fórceps», pero no lograba vestir la toga casi nunca porque los clientes no acudían a su despacho.

Al estallar la sublevación se quedó quietecito en su casa hasta ver de qué lado caían las pesas; cuando el pueblo venció a los militares, consideró llegado el momento de que su toga sirviera

para algo más que para estar colgada de una percha, y pasó a ser presidente del Tribunal Especial que comenzó a juzgar militares y personajes comprometidos. Primero aquel tribunal se había aposentado en el barco Uruguay. Después, a la creación de los Tribunales Populares, pasó al Palacio de Justicia. Un día ocurrió que se habían señalado seis vistas de causa, y como las salas habilitadas no eran más que cinco, el secretario de la Audiencia, al darse cuenta del error, planteó el caso a los presidentes de Tribunales, y cuando ya se estaba tratando de aplazar la celebración de uno de los juicios, Samblancat, a grandes gritos, y con su acostumbrada demagogia, exigió del secretario que hiciera abrir la sala de lo Contencioso, que permanecía cerrada desde el primer día de la insurrección. El secretario dijo que, aparte de que aquella sala no ofrecía condiciones para la clase de juicios que se celebraban en las otras, adujo que sólo el presidente de la Audiencia podía ordenar su apertura. Samblancat se levantó de su asiento airadamente y salió a los pasillos dando gritos, llamando la atención del público que esperaba entrar a ver el espectáculo gratuito de los tribunales. Cuando tuvo a sus alrededores a una veintena de curiosos, les espetó:

–Ciudadanos; se nos quiere negar una sala para juzgar a los traidores al pueblo. Hay una sala vacía y no quieren dar las llaves. Vamos a forzar la puerta.

Y uniendo las palabras a los hechos, se dirigió a la sala en cuestión, seguido por un grupo de espectadores, parte de los cuales, siguiendo las órdenes de Samblancat, abrieron fácilmente las puertas y entraron todos en la sala de lo

Contencioso, sala montada hacía poco tiempo, y bastante moderna, en contraste con la vetustez de los otros tribunales.

Samblancat se sentó en el sillón presidencial y empezó a dar órdenes a unos ujieres que andaban por allí algo asustados. Hizo llegar a los componentes del tribunal y conducir a los procesados, pero el fiscal, el abogado Chorro, no quiso presentarse, diciendo que aquella «ocupación» era una tontería. El escándalo se supo en todo el Palacio de Justicia y Alfredo acudió a ver qué pasaba. Apenas hubo entrado en la sala violada, cuando Samblancat, que le vio, le soltó la siguiente requisitoria:

–Compañero Alfredo: ya ves cómo hemos roto el último eslabón de la podrida justicia histórica, ocupando esta sala que no servía más que para que aquí se sentaran unos camaleones con toga a jugar a la justicia, haciendo como que se interesaban en los pleitos de viejas viudas y capitalistas dudosos. Ahora han entrado aquí el aire y el sol de la calle y aquí juzgaremos a los traidores. El fiscal Chorro, lleno de escrúpulos sin fundamento, no quiere ocupar su sillón. Yo, en nombre del pueblo, te invito, compañero Alfredo, a que ocupes el sillón del fiscal y pasemos a juzgar a los procesados.

Como es natural, cuantos estaban en la sala, llena a reventar, se volvieron de cara a Alfredo. Éste no se dejó sorprender y sin alterarse, con toda tranquilidad, contestó que, puesto que el fiscal de derecho de aquel tribunal, Chorro, se negaba a actuar en aquella sala, sus razones tendría, y que, por ello, no era cosa de que él, Alfredo, actuara de esquirol. Y, abriéndose paso por entre los que obstruían la puerta, salió a los pasillos. La mayoría

del público tomó la cosa a broma, riendo buenamente; y el «ocupador» no tuvo más remedio que salir de la sala «conquistada».

Mas el epílogo de este caso es lo verdaderamente curioso.

El Presidente del Palacio de Justicia, Pepito Andreu, tomó bastante mal el atropello de Samblancat y se fue a ver al consejero de Justicia de la Generalitat, Andreu Nin, a fin de explicarle lo ocurrido y las medidas a adoptar con el «rebelde». Nin, que era refractario a toda clase de castigos o sanciones, quiso quitarle importancia al asunto, pero Andreu puso la cuestión de confianza, pues, adujo, «si eso queda sin sanciones, cualquier pichirichi puede hacer allí lo que le venga en gana». Dudoso, el consejero rogó al Presidente del Palacio de Justicia que al día siguiente volviera, a fin de reflexionar y decidir en definitiva. Nin telefoneó a Alfredo para que fuera a verle aquella misma tarde, y cuando estuvieron juntos le explicó lo que pedía Andreu y su repugnancia a dar un pequeño escándalo. Alfredo le dijo que Samblancat merecía que le echaran a patadas de todas partes, pero que comprendía los escrúpulos del consejero. Tras darle varias vueltas al asunto, convinieron en que si Andreu estaba de acuerdo, se suprimiera el Tribunal Especial, aduciendo la disminución de causas a juzgar, y así el abogadete se quedaría sin plumas y cacareando. Andreu accedió a la combinación, y, efectivamente, a los pocos días apareció en el *Butlletí Oficial* de la Generalitat el decreto disolviendo el Tribunal Especial. Mas cuál no sería la sorpresa de Alfredo al saber, poco después, que Ángel Samblancat había sido nombrado presidente de la sala de lo Contencioso, aquella sala que él había mandado violar, y de

cuyo funcionamiento tantos males había dicho el día del atropello.

Y allí estuvo Samblancat, como presidente de una sala que no funcionaba en absoluto. Acudiendo cada día un ratito a su comfortable despacho, en coche y escoltado por dos policías, no dejando aquel momio hasta que salió para la frontera, con bastante antelación, no parando hasta llegar a las seguras tierras sudamericanas. Y allí murió de asco.

## XV. LOS ANARQUISTAS EN EL PODER

La ofensiva contra Madrid se agudizaba. Fue por los últimos días de octubre cuando el general Mola, por una emisora en poder de los facciosos, explicó cómo se tomaría la capital, relatando por dónde atacarían las cuatro columnas en marcha, y también la «quinta columna», afirmó, «que ya estaba dentro». Mola, sin proponérselo, creó una frase que tomó carta de naturaleza en el mundo, en competencia con aquella otra del caballo de Troya. Tan seguro estaba de entrar en Madrid, que no sólo lo explica por las ondas hertzianas, sino que en Carabanchel llegó a prepararse toda la comitiva fastuosa, con cardenales, obispos, nobles y demás aparato, a fin de acompañar al gobierno nacional en la llamada «procesión de la Victoria». Todo quedó, por entonces, en proyecto porque, contra toda evidencia, Madrid no cayó. Sin embargo, ante el peligro, Largo Caballero acudió a la CNT solicitando el envío de fuerzas catalanas para defender la capital. Se mandó a Durruti con sus hombres decididos, y es muy posible que, sin necesidad de entrar en grandes operaciones, el solo nombre de Durruti y la fama que habían adquirido sus fuerzas, fueran un elemento moral que detuviera a los atacantes. Y para dar más sensación de fuerza y unidad, Largo Caballero convenció a los anarquistas de que tenían que entrar a formar parte del gobierno. Y entraron. El día 4 de noviembre se supo el hecho. Entraron en el gobierno los cenetistas, ocupando las siguientes carteras:

Justicia

Juan García Oliver

Industria

Juan Peiró

Comercio

Juan López

Sanidad

Federica Montseny

La entrada en el gobierno central de los hombres de la CNT tuvo su preparación psicológica llevada a cabo un poco burdamente, pero demostrando que los «anarquistas puros» empezaban a dejarse «envenenar» por los procedimientos de los políticos.

El 20 de octubre, en Valencia, en un mitin, Domingo Torres se pronunció por la participación de la CNT en el gobierno, «porque lo esencial es ganar la guerra».

Algunos dirigentes se entrevistaron «privadamente» con Largo Caballero, mas, el secreto no fue, deliberadamente, guardado.

El 22 de octubre *Solidaridad Obrera* «comete una imprudencia» (?), publicando, en un artículo, un párrafo en el que se decía que «falta en el gobierno el concurso de las fuerzas obreras».

Y en los corrillos se afirmaba que la sola dificultad para la entrada cenetista en el gobierno era, sencillamente, el número de carteras a obtener. Los cenetistas piden seis; Largo Caballero ofrece cuatro.

El día 23 de octubre, preparando el terreno, Peiró, en una difusión radiofónica, dijo: «Aquellos que ahora hablan de



implantar, inmediatamente, sistemas económicos y sociales completos, son amigos que no recuerdan que el sistema capitalista tiene ramificaciones internacionales, y que, por ello, nuestro triunfo en la guerra depende mucho del calor, de la simpatía y del apoyo que nos llegue del exterior».

Y resulta curioso observar que el encargado de explicar y justificar la entrada de los cenetistas en el gobierno sea precisamente Santillán, el más intransigente de los libertarios, quien se explica en estos términos:

«La entrada de la CNT en el gobierno central es uno de los hechos más importantes de la historia de nuestro país. La CNT ha sido siempre, por principio y por convicción, 'antiestatal' y enemiga de toda forma de gobierno... pero las circunstancias... han cambiado la naturaleza del gobierno y del Estado españoles... El gobierno ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase obrera y el Estado no es ya el organismo que divide la sociedad en clases. Los dos cesarán de oprimir al pueblo por el hecho de la intervención de la CNT en sus organismos.»

Y este mismo Santillán afirmaba, después, en el exilio:

«Sabíamos que no era posible triunfar en la revolución si antes no triunfábamos en la guerra. Sacrificamos la revolución a la guerra. Sacrificamos la revolución sin comprender que tal sacrificio implicaba el sacrificio de los objetivos de guerra.»

Este Santillán es un modelo de confusionismo.

Quien acaso ha dicho la más grande verdad respecto al caso fue Azaña, que en su libro *La velada en Benicarló* escribe:

«Frente a la rebelión militar se produjo una sublevación proletaria que no se dirigía contra el gobierno... Una revolución debió ampararse del mando, instalarse en el Gobierno, dirigir el país según sus puntos de vista. Los obreros no hicieron esto: el orden antiguo debía ser reemplazado por un orden revolucionario. No lo hicieron... No hubo, pues, más que impotencia y desorden.» ¡Qué paradoja! ¡Un liberal burgués enseñando teoría revolucionaria a los obreros revolucionarios!

De cara a la guerra, que era lo esencial, bueno era que las carteras de Industria y de Comercio estuvieran en manos de hombres ecuanímenes, ponderados y justos, como Peiró y López. El fin de estos dos ministros fue bien diferente. Juan Peiró fue entregado, en Francia, por la policía de Pétain a la policía de Franco. Pasó un calvario de cárcel en cárcel, terminando en la de Valencia. Allí, repetidamente, recibió visitas de «delegados» de Falange que le invitaban a renegar de sus ideas y ponerse al frente de la central sindicalista del régimen. Peiró rechazó siempre aquellas invitaciones, siendo finalmente fusilado.

Juan López, después de empezar su exilio en Londres, marchó a México y, en 1967, cuando nadie lo podía presumir, se incorporó al grupo cenetista equivocado que «quería» colaborar con los sindicatos verticales españoles. Por su «evolución», López fue «premiado» con un buen «enchufe». Falleció en 1972.

Las otras dos carteras eran puramente nominales, y sus nuevos titulares cayeron en la misma enorme anomalía de los

vicios políticos, que hacían ministro a cualquiera, aunque no tuviera la menor preparación para el cargo.

Los cenetistas entraron en el gobierno el día 4 de noviembre, y el día 16 se acuerda el traslado del gobierno a Valencia, ante el peligro de la caída de la capital en manos de los sublevados. Mucho se ha escrito y discutido sobre aquel traslado. Alfredo se indignó, entonces, temiendo que los combatientes que defendían Madrid perdieran la moral; más tarde consideró que acaso el gobierno, fuera de la capital, tuviera más libertad de movimientos para organizar la defensa.

Se dijo por malas lenguas (que también las hay en la CNT) que cuando, en el local de la CNT, en la Vía Layetana de Barcelona, se acordó la participación en el gobierno y se nombraron los ministros, García Oliver no pudo contenerse y dijo:

–Ya no podemos llegar a más.

A lo que un «puro» respondió:

–Ni el anarquismo a menos.

Indudablemente, para los anarquistas puros, alejados de toda realidad, aquella participación libertaria en un gobierno, al fin y al cabo, burgués, era una cosa muy fuerte. Algo parecido a lo que había ocurrido al comenzar la primera guerra mundial, cuando algunos líderes anarquistas se manifestaron en favor de los «aliados». Por todo el mundo surgieron disconformes, y en muchos casos aquella participación era una buena disculpa para justificar la ausencia de libertarios en las filas aliadas que combatían el fascismo internacional, porque era cierto que

mientras muchos comunistas, socialistas, e incluso hombres pura y simplemente liberales, acudieron a alistarse en los batallones de la libertad, el número de anarquistas era muy reducido. Sebastián Faure, que era tenido como un oráculo del anarquismo, fue uno de los atacantes, en un artículo interminable, lleno de pedantería.

El día 21 de noviembre, por la noche, llegó a Barcelona la tremenda noticia de la muerte de Durruti. Esta muerte desencadenó una crisis de histeria colectiva. Cuando el cadáver llegó a Barcelona y se hizo el entierro, miles y miles de personas siguieron al féretro, verdaderamente compungidas, y casi todas las mujeres lloraban amargamente..., y sin embargo, si se hubiera preguntado a la inmensa mayoría qué sabían del muerto, el 95 % no hubieran sabido qué responder, porque si hubieran conocido su verdadera historia, seguramente no se hubieran desesperado tanto.

La muerte de Durruti ha quedado como un misterio. Cayó atravesado por una bala que nadie pudo asegurar de dónde procedía. En un sector alejado de las avanzadas, en el frente de Madrid, estando en compañía de otros individuos, ninguno de los cuales ni siquiera sintió la sensación de peligro. Fue una muerte sin teatralidad, apagada. Mucho más espectacular fue la de su compañero Ascaso, caído, fusil en mano, frente a las Atarazanas de Barcelona, en pleno combate. Es decir, una muerte de héroe. Y sin embargo, Ascaso no tuvo, ni aproximadamente, el fantástico homenaje póstumo de su compañero de andanzas. Misterios de los caprichos populares.

Desde entonces se ha escrito mucho sobre la muerte de Durruti. La probabilidad de que el tiro que segó su vida hubiese salido de uno de sus propios soldados, no ha sido absolutamente descartada. Otra versión es la de que aquello fue un asesinato político preparado por los comunistas, que querían, a toda costa, que si se salvaba Madrid fuera debido a las Brigadas Internacionales. La precisión del disparo homicida hace pensar en la muerte de John F. Kennedy, presidente de los EE.UU., asesinato que todavía no ha sido esclarecido, con pocas esperanzas que llegue a hacerse la luz algún día.

Cuando el peligro de la caída de Madrid se fue alejando y se estabilizó el frente por el afianzamiento de las fuerzas republicanas en la sierra del Guadarrama, se consolidó, también, el frente de Aragón, que había vacilado bastante. Y ya fue por entonces cuando los comunistas empezaron a emplear su táctica de acaparamiento de todo lo acaparable. Su procedimiento era doble: por un lado desacreditar todo lo que les pudiera ser contrario; por el otro, ocupar puestos clave. Como todo lo que hacen los comunistas en todo el mundo lo ejecutan siguiendo las órdenes de Moscú, es natural que el procedimiento peca de los mismos malos vicios. En primer lugar, el odio implacable a cuantos en un principio creyeron en el comunismo ruso y se apartaron pronto, desengañados. En combatir a esos elementos el Kremlin ha gastado más energías y dinero que en toda su propaganda mundial. En Catalunya existía el POUM, cuyos líderes habían pasado todos por el Partido, y muchos de ellos habían vivido un tiempo en Rusia, como Andreu Nin. Contra el POUM, pues, fue la primera embestida, considerando que, como partido pequeño, sería fácil eliminarle, y después, si todo salía bien, enfrentarse con la CNT,

bocado mucho más difícil de digerir. Por lo que se refiere a los socialistas, la táctica fue la del caballo de Troya, es decir, valerse de los ambiciosos que existían en el Partido Socialista y en la UGT, para tirar por la borda a los líderes de siempre. Y a fe que trabajaron bien y con éxito.

Esta táctica de desmoralización y sabotaje interior no les era posible emplearla ni en la CNT ni en el POUM, donde los diversos intentos habían fracasado siempre. Entonces, bajo las indicaciones del cónsul ruso en Barcelona, empezó la campaña de calumnias contra el POUM, y nótese que estábamos, entonces, en noviembre del primer año de guerra, esto es, en 1936.

Primeramente aparecieron en la prensa de que podían disponer, como *La Vanguardia*, *Las Noticias*, *El Poble Catala* y otros, unas notas del cónsul general de la URSS, acusando a *La Batalla*, órgano del POUM, de publicar informaciones parciales y hasta falsas, que podían ser causa de desmoralización en las tropas combatientes. *La Batalla* replicó airadamente, pidiendo pruebas, pero el cónsul calló prudentemente. Confiaba en que lo publicado por él lo habrían leído muchas gentes y bastantes menos la réplica de *La Batalla*. Así se empezó a crear un ambiente contrario al POUM. Cuando el cónsul consideró que el ambiente era propicio, empujó a los hombres del PSUC, a su servicio, a plantear una crisis en el gobierno de la Generalitat. Tal crisis no tenía otra finalidad que hacer salir de aquel gobierno a Andreu Nin. No diremos que todos los demás elementos del gobierno catalán estuvieran en el secreto, pero lo cierto es que todos se quedaron en sus cargos, consintiendo la salida de Nin, y su sustitución por el hombre más inmoral del

PSUC, Rafael Vidiella. Y fueron tan incautos los poumistas, que todos ellos, al salir Nin, dejaron sus cargos de la Generalitat; cargos inmediatamente ocupados por los fantoches del PSUC. Alfredo fue uno de los que se marcharon, reintegrándose al taller.

La CNT pudo haber evitado el resultado de aquella crisis, pero no lo hizo, y bien caro tuvo que pagarlo.

Hagamos aquí un apartado para decir que, desde aquel momento, empezó la decadencia de los anarquistas y del POUM, en beneficio de los comunistas, los cuales, además, neutralizaban cada vez más a los socialistas. El asunto es muy complejo, y tratarlo ahora comportaría un paréntesis muy largo que distraería la atención del posible lector. Creo preferible dejarlo para un apéndice, al final. Pero bueno será que quienes sigan los acontecimientos que aquí se relatan, tengan en cuenta esa evolución de decadencia de unos y la influencia de los otros.

Mientras las fuerzas republicanas, llenas de bravura, resultaban poco eficaces por su desorganización, a causa de que las brigadas y las divisiones no obedecían más que a las consignas de las organizaciones o partidos que las habían creado, los fascistas ya se habían organizado como un ejército regular, y gracias a las complicidades europeas iban obteniendo armamento en abundancia, y los mandos indispensables, no sólo de la mayoría de los oficiales del disuelto ejército de la República, sino de numerosos alemanes e italianos que llegaron a España desde los primeros momentos, obedeciendo a los pactos concluidos ya desde 1934. Era, pues, natural y lógico que la República se apresurara a organizar su ejército regular. Pero

mientras a ello se presentaban, con toda buena voluntad, la CNT y los republicanos, los comunistas en seguida desarrollaron sus planes de acaparamiento, logrando tomar los puestos de mando en muchas de las recién creadas divisiones, y era curioso observar que la mayoría de oficiales de carrera que se habían conservado fieles a la República, caían, fatalmente, bajo la influencia comunista.

Las Brigadas Internacionales no eran más que unas unidades al estilo ruso, donde todo el que no fuera fielmente comunista era eliminado, muchas veces hasta físicamente. Como en las divisiones de la CNT y del POUM resultaba sumamente difícil, los rusos empezaron a pensar en dar un golpe de fuerza que les permitiera disolver las unidades donde no podían mangonear, y así fue cómo se preparó aquella infamia de los primeros días de mayo de 1937.

El naciente Ejército Popular no padecía solamente de la influencia rusa, con «compañeros» Pedro, Antonio o Juan, que apenas sabían el español a pesar de sus nombres, sino que su armamento resultaba harto deficiente, y ello porque la fabricación nacional era poca y mal acabada. Además, se terminó en seguida el poder comprar armas en el extranjero a causa del célebre pacto de «no intervención», inventado por los ingleses y aceptado incondicionalmente por los EE.UU. y Francia, ésta teniendo a la cabeza del gobierno nada menos que al socialista Léon Blum.

Un ejemplo claro de la «no intervención», fue lo ocurrido con la marina de guerra republicana, que llegó a la rada de Tánger para obstaculizar el traslado de fuerzas marroquíes a la península.



París y Londres presionaron enormemente hasta conseguir que la escuadra española republicana abandonase esa vigilancia. Los rusos, que enviaron muchos técnicos y mandones, apenas hicieron nada en el terreno práctico del armamento, reduciendo sus envíos a unos cuantos aviones de caza, poco eficaces, y unas docenas de camiones, que gastaban mucha gasolina para la poca velocidad que desarrollaban.

Algunos observadores se han preguntado cómo pudo ser posible la indudable influencia de los rusos en los mandos del Ejército Popular, teniendo en cuenta que antes de la guerra civil eran bien pocos los comunistas existentes en España. La explicación es bien sencilla: aparte algunas brigadas de la CNT y del POUM, todos los demás cuerpos de ejército fueron formados aglutinando fuerzas dispersas, cuyos mandos no tenían firmemente ideales definidos. La mayoría eran vagamente socialistas o republicanos. Pues bien, al lado de estos hombres se colocaron los célebres comisarios políticos, que eran elegidos entre elementos bien adoctrinados (aunque, justo es reconocerlo, algunos de esos comisarios, sobre todo de compañía, no se sometieron a las directrices de los comunistas), los cuales, insidiosamente, lograban convencer a los jefes de que, en momentos determinados, los rusos abocarían su tremendo poder en la balanza y los fascistas serían barridos en un santiamén, pero es claro que entonces el ejército de la nueva República estaría dirigido por los mandos adictos a los verdaderos vencedores, es decir, los rusos, y, por lo tanto, era de su interés particular trabajar de acuerdo con los rusos, para tener, después, la seguridad de seguir en el ejército. Y dígame lo que se quiera, ésta fue la principal causa, y no otra, de la obediencia a las órdenes rusas de tantos jefes españoles salidos

de la nada. Claro es que los engañaban miserablemente, pero como la estupidez humana es infinita, muchos años después, en Francia, se lograba conquistar a parte de aquellos jefes engañados, con la promesa del reconocimiento de su antiguo grado militar, cuando, bien pronto, las fuerzas rusas, invadiendo Europa, llegaron triunfantes a Madrid.

Mas, como a pesar de tantas complicidades para hacer triunfar a los rebeldes, la República se sostenía, y aún se apuntaba, de cuando en cuando, algún éxito parcial, comenzaron a correr rumores de posibles intervenciones de países extranjeros, especialmente Francia e Inglaterra, para gestionar un compromiso que acabara con la guerra civil. Se vislumbraban dos soluciones: una, que partiría la nación en dos partes, a tenor de la posición geográfica de las dos fuerzas en presencia, ordenando un alto el fuego; y la otra, un acuerdo a base de restaurar la monarquía. ¡Ya entonces! A la primera solución se dijo que no la aceptaban los insurrectos, y era natural, porque significaba que la República se quedaría con la parte más rica y dinámica del país, pues en el posible pacto se estipulaba que, además de todo el Levante, quedaría con la República toda Vasconia. Al segundo arreglo se opuso, rotundamente, Largo Caballero, que por entonces todavía creía en la victoria, apoyada por los rusos.

En esto estaba equivocado el viejo líder socialista, y pronto pudo percatarse de ello. Sin la ayuda de los rusos, que no iban más que a lo suyo, el Gobierno de Largo Caballero hubiera podido vencer, a la larga, la sublevación. Largo Caballero, en poco tiempo, había logrado todo lo que no habían conseguido Prieto y Giral, esto es, rejuvenecer las instituciones, legalizar

bastantes conquistas revolucionarias, la incorporación al poder, responsabilizándoles, de organismos y hombres de valor y prestigio. Incorporó al Estado todas las agrupaciones combatientes, creando, de nuevo, un ejército, una policía; en una palabra, instaurar un poder fuerte bajo la égida de la República, y, lo que es mejor, con el apoyo de las masas obreras.

Con mucha habilidad, Caballero respeta los gobiernos regionales, pero los acerca al poder central, haciendo lo mismo con la CNT y la delicada situación aragonesa. Para no parecer autoritario, dos veces por semana reunía el Consejo Superior de Guerra, en el cual había representación de todas las fuerzas sindicales y políticas...

Mas como esto significaba que los comunistas no lograrían los propósitos de Moscú, rápidamente, y por malas artes, los rusos invadieron muchos puestos de mando y de influencia. Se dedicaron, también, a influir o comprar hombres (Yayo, Negrín, Giral), llegando a constituir un poder dentro del Poder, no cejando hasta lograr expulsar a Largo Caballero (como se verá), lo que produjo el fin del entusiasmo popular y finalmente la catástrofe.

Durante todo el cuarto trimestre del año 1936, la CNT celebró una cantidad enorme de plenos, congresos y reuniones de todas clases; verdaderas cataratas de palabras sin finalidad práctica alguna. Primeramente acudieron a aquellas reuniones representantes de los frentes de batalla, pero los combatientes pronto se cansaron de lo inútil de sus desplazamientos y del ambiente rarificado de la retaguardia, donde, pasada la fiebre

de las primeras semanas, ahora todo era procurar pasarlo lo mejor posible, como si la guerra fuera cosa de otro planeta.

La UGT, minada por las rivalidades entre socialistas y comunistas, apenas hacía otra cosa que debatirse en aquellas luchas. Ni en una ni en otra central sindical se hacía nada práctico. Se habían acabado las asambleas, y todo lo resolvían los comités o los grupos. Había entrado la «euforia del papel», y se empleaban toneladas de esta materia en resoluciones, circulares y otros escritos que no sirvieron para nada. El local de la CNT, en la Vía Layetana, parecía un ministerio de asuntos generales. Los empleados se contaban por centenares, las máquinas de escribir lo mismo, y en cada secretaría había un teléfono. Alfredo se preguntaba para qué todo aquel aparato y tanto personal y tanto ajetreo de gentes que entraban y salían, siendo así que por parte de la Generalitat y el Comité de Milicias habían creado una serie impresionante de organismos de todas clases para atender las necesidades de todo lo imaginable. Como promesa para un régimen libertario, el espectáculo no era muy prometedor.

Si en el frente del centro y parte del de Andalucía los comunistas iban acaparando los puestos de mando en el Ejército Popular, no ocurrió lo mismo en Aragón, donde las unidades de la CNT y del POUM ofrecían mucha resistencia a la penetración. Entonces se optó por dejar aquel frente casi sin atender, mal provisionado y sin consignas guerreras a seguir; pero aprovechando aquella inercia para acusar a los dos organismos de poco combatientes y, más tarde, como se verá, de posibles concomitancias con el enemigo.

Sin duda la consigna fue severa en Moscú: puesto que la CNT y el POUM no se someten, hay que acabar con ellos. Stalin quería hacer lo mismo que ya se había hecho con los anarquistas y socialistas en Rusia, esto es, la exterminación. Pero los anarquistas y poumistas de aquí eran huesos muy duros de roer. De no haber sido así, difícilmente habrían podido sobrevivir a la ofensiva comunista. Vale decir, también, que las gentes de España no tenían las inmensas tragaderas de los rusos.

Para los rusos era indudable que la ofensiva contra los díscolos había que empezarla en Catalunya y su frente de Aragón, empleando para ello todos los medios, aunque los frentes de batalla sufrieran las consecuencias (como así ocurrió). Para los comunistas era más importante acabar con los anarquistas y los poumistas que con los facciosos.

El día 24 de diciembre de 1936 debutó como comisario general de Orden Público para Catalunya, Eusebio Rodríguez Salas (el «Manco»), aquel individuo que para Alfredo había sido siempre sospechoso de ser confidente y que había abandonado el POUM, a fin de ingresar en el PSUC, donde había «más momio».

Jamás pudo explicarse Alfredo el porqué se pudo consentir aquel nombramiento dentro de los medios de la CNT y los partidos republicanos. El «Manco», obedeciendo las órdenes del cónsul ruso en Barcelona, empezó, inmediatamente, a desplegar su nefasta tarea de provocación para justificar, después, las represiones.

Preparando las cosas, en el mes de marzo desaparecieron doce tanques destinados al frente de Aragón. *Solidaridad Obrera* denunció el hecho, preguntando dónde habían ido a parar aquellos vehículos guerreros. El escándalo fue regular, pero como se había dado carácter público al robo, en la Generalitat no tuvieron más remedio que intervenir, abriendo una investigación. A los pocos días, en la CNT supieron que los tanques estaban en el cuartel Vorochilov, donde habían llegado días antes. Hay que hacer constar que el cuartel Vorochilov estaba en manos del PSUC, apéndice del Partido Comunista de España. No pudo ocultarse que los tanques habían sido sacados de su depósito falsificando la firma de Vallejo, responsable de toda la fabricación de guerra en Catalunya.

En el frente de Aragón se inició la persecución de los hombres del POUM, procurando hacerles fracasar en todas las pequeñas operaciones que, a veces, había que emprender. Además, ya por aquellos días, aparecieron muertos algunos poumistas, fuera de las líneas de fuego, lo que podía hacer presumir que habían intentado pasarse al enemigo. La verdad era otra. En un destacamento cualquiera de las tropas poumistas se recibía, telefónicamente, una orden llamando a dos o tres soldados o clases, para que se presentaran en el puesto de mando. Salían los avisados... y ya no se les volvía a ver hasta que alguien les vislumbraba muertos en plena tierra de nadie. Y no faltaba la nota «confidencial» de que habían sido muertos al intentar escapar hacia las filas enemigas. Es decir, tras el asesinato, la calumnia. Como el procedimiento se llevaba secreto, se tardó mucho tiempo en descubrirse y costó muchas vidas, pues, dada la dispersión de las fuerzas, los amigos de los sacrificados

suponían que sus compañeros habían sido, simplemente, trasladados de sector.

Siguiendo la táctica de desarmar a los organismos no comunistas, la prensa comunista empezó una vigorosa campaña reclamando que «todas las armas fueran al frente», consigna muy simpática, pero que ellos se guardaban muy bien de cumplir. Y como no bastaba con la propaganda y las consignas, apelaron a procedimientos más prácticos, y así, el 4 de marzo de 1937, apareció un decreto del consejero de Orden Público de la Generalitat disolviendo las patrullas de control, en las cuales había mayoría de la CNT y el POUM. Y un segundo decreto, prohibiendo el uso de armas en la retaguardia, en virtud del cual hacía falta un permiso especial para llevarlas consigo. Este permiso sólo lo darían en la citada consejería de Orden Público. Claro es que nadie hizo caso del tal decreto, aunque sí del de la disolución de las patrullas de control, de las cuales, sin embargo, quedó la oficina central, instalada en la Gran Vía, entre Paseo de Gracia y calle Claris (hoy Vía Layetana). Esta oficina tenía por misión recoger las armas y uniformes y hacerlos salir para el frente, pero ocurrió que allí no llegaban las armas, que eran de primera calidad, y ello porque los patrulleros cenetistas y poumistas las remitían al frente, a sus propias unidades, por no tener confianza sobre su verdadero destino, después de lo ocurrido con los tanques. Los uniformes, sí, fueron llegando poco a poco.

En aquellos primeros días de marzo llegó una buena noticia del frente del Centro, noticia que tuvo la virtud de levantar los ánimos un tanto decaídos. Fue la nueva de la batalla de Guadalajara, en la cual las tropas italianas, al servicio de Franco,

sufrieron una tremenda derrota, con centenares de muertos y prisioneros y captura de mucho material bélico. La victoria, además de la moral que produjo en toda la zona republicana, afirmaba enormemente la situación de Madrid. Como tantas otras veces, esta victoria se la atribuyeron diversos jefes y tendencias. Si se pregunta, aún ahora, quién fue el artífice de aquella victoria, un cenetista respondería, rotundamente, que Cipriano Mera, que mandaba una de las divisiones que tomaron parte en la operación. Pero, por su parte, los militares de carrera que allí estuvieron, aseguran que todo fue consecuencia de un magnífico plan establecido por el Estado Mayor del Ejército del Centro, y que las tropas de Mera, si bien lucharon bravamente, no fueron otra cosa que un factor más. Más cerca de la verdad parece la opinión de un capitán que estuvo allí y cuyo nombre se escapa, ahora, a la memoria. Este capitán, ya veterano, nos dijo que, aparte del buen planteamiento de la operación y de la bravura de los soldados leales, la razón esencial de la derrota de los italianos, fue que aquella vez se encontraron solos, frente a frente, con los españoles, y no sostenidos, como otras veces, por las tropas españolas «nacionales». Cuando algunas compañías italianas iniciaron la retirada, no encontraron resistencia detrás y, además, es seguro que la población civil se les echó encima cuando se apercibió del pánico que llevaban.

Fue el 26 de marzo cuando, siguiendo instrucciones de su partido, los consejeros del PSUC plantearon la crisis en el gobierno de la Generalitat, crisis a que ya hemos aludido, y que no tenía más finalidad que prescindir de Andreu Nin. Fue tan burda la maniobra, que algunos hombres de la Esquerra y de la CNT se resistían a ser cómplices, por lo que la crisis duró todo un mes, resolviéndose conforme a los deseos comunistas. La



conducta desleal de los de la Esquerra y los de la CNT es incalificable. Y, desde luego, jamás ha sido explicada.

Un aspecto de la guerra y de la revolución que padecieron del ataque de los comunistas, los cuales, siguiendo su plan, querían acabar con todo lo que no fuera acatamiento completo a las consignas de Moscú. Se aprovechó aviesamente el fracaso forzoso de muchas colectivizaciones, que no podían subsistir en aquellos tiempos; como por ejemplo, las industrias de lujo, que no tenían dónde colocar su producción, así como las industrias que dependían de la importación de materias primas, que había cesado absolutamente. En esas empresas, los comités de incautación no podían hacer otra cosa que ir aguantando todo lo posible, hasta que llegaba un momento que había que cerrar o derivar hacia otras producciones más en consonancia con las necesidades corrientes. Por el contrario, hubo empresas que tuvieron que ser colectivizadas necesariamente por ausencia de los propietarios que habían escapado al extranjero, y en las cuales la gestión de los obreros y empleados que se hicieron cargo de ellas fue brillantísima, dejando, al acabar la guerra, un estado económico muy superior al encontrado al comenzar la colectivización. Como botón de muestra se podría citar la Compañía General de Aguas de Barcelona, que dobló el capital y mejoró completamente todas las instalaciones, además de haber construido casas baratas para su personal.

Alfredo pudo observar, de cerca, otro caso de incautación forzosa, el de los talleres gráficos NAGSA, propiedad del señor López, hijo del conocido librero de las Ramblas. Este López pidió permiso para trasladarse a París, a gestionar, dijo, la adquisición

de una máquina que ya tenía comprada antes del conflicto. Salió del país y ya no volvió hasta terminada la guerra.

Los obreros se encontraron con que no habían pedidos y, además, la caja vacía. Sin desmayos, empezaron a buscar trabajo, interesando a las autoridades y al Consejo de Economía, logrando, al poco tiempo, una actividad superior a la anterior. Cuando el López regresó se hizo cargo, con sus manos sucias, de un taller próspero, y con muchas mejoras en la higiene, material y existencias. Y estos casos no son excepciones, sino cosa corriente, lo mismo que la adaptación de numerosísimas industrias metalúrgicas a las necesidades de guerra.

Pero todo esto lo ignoraban, adrede, los comunistas, no fijándose más que en los casos de fracaso y sobre todo en las colectividades agrícolas, donde los antiguos propietarios, que no querían trabajar, convencían, con su cuenta y razón, a los inspectores que, encargados por el gobierno, acudían a «ver» cómo marchaban las colectivizaciones. No se puede negar que en algunos pueblos las colectivizaciones se llevaron a cabo a rajatabla, y que tal procedimiento forzoso topó con la resistencia de muchos pequeños propietarios, lo que dio lugar al fracaso. En cambio, en muchos otros pueblos, con más inteligencia, no se forzó a nadie a entrar en la colectividad, quedándose en sus tierras y trabajándolas por su cuenta quienes así lo prefirieron. Pero ocurría que los abonos, la maquinaria y los transportes estaban en poder de los colectivizados, y es natural que, en estas condiciones, poco a poco, los independientes tenían que ingresar en la colectivización, encontrando en seguida las consiguientes ventajas. Lo malo de las colectivizaciones, tanto industriales como agrícolas, era que,

ante la caída vertical del valor de la moneda, se estableció el sistema de trueque en géneros, sistema que, si favorecía a los interesados directamente, era catastrófico desde el punto de vista de las finanzas generales. Ese mal podía haber sido corregido fácilmente, pero los comunistas prefirieron el ataque directo, ocasionando la ruina de las colectivizaciones, reponiendo a los propietarios, los cuales se afiliaban, invariablemente, al Partido Comunista, el cual les pagaba manteniendo fuerzas armadas en todas las comarcas donde subsistía el peligro de volver a colectivizar.

Los comunistas se dedicaron a tranquilizar a las clases conservadoras para sacar de ellas elementos «dóciles» y crear organismos que explotar. Ello sin dejar de introducir «rusos» o «rusificados» en todas partes.

En el ejército introdujeron una colección de agentes comunistas, escondidos bajo nombres españoles, pero apenas articulando mal el castellano. Recordamos, ahora, algunos nombres, como Codovila (apodado Molina), el búlgaro Stepanov; el italiano Togliatti (Alfredo) (no confundir); el húngaro Gero (Pedro); y otros muchos que nadie sabe cómo se llamaron y «parecía» que no intervinieran en nada. Otro dirigente era Vittorio Vidali, italiano, conocido por «Carlos». Toda esta gente nadaba materialmente en dinero.

Aparte la influencia en el ejército, se dedicaban, muy especialmente, a efectuar la contrarrevolución, porque se habían convencido de que su influencia era nula entre los verdaderos revolucionarios. Así, fomentaron cuanto estaba a favor de la clase media y burguesa. Aconsejaban que debía

continuar la República del 14 de abril. Proteger a los antiguos policías, mientras procuraban crear una policía propia. En Catalunya nutrían los sindicatos de la UGT con todos los elementos turbios que no podían adquirir un carnet en otros organismos. Crearon el GEPCI (Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales), refugio de los iniciadores del mercado negro y muchas gentes muy sospechosas. Y vimos, estupefactos, que el Partido Comunista se erigió en defensor del «orden y la propiedad», por lo cual entraron en él magistrados, altos funcionarios, jefes militares, policías... En Madrid, en 1938, el Partido Comunista, cuenta, oficialmente, con 63.426 afiliados, de los cuales sólo 10.160 tienen un carnet sindical, es decir, son obreros. Puede decirse que la proporción se contaba así: primero, jefes militares y administrativos, después patronos y agricultores acomodados, a seguido los empleados, y, finalmente, la minoría obrera. Se puede citar el caso de Valencia, donde casi todos los cedistas de Gil Robles se afiliaron al Partido Comunista. Y los militares de carrera, que a lo sumo podían ser republicanos tibios, se afiliaron al Partido Comunista, como Miaja, Pozas, Hidalgo de Cisneros, Galán, Ciutat, Gordon, Barceló...

Además, la poca ayuda que llegaba de Rusia era repartida, inevitablemente, entre las Brigadas que estaban en manos de los comunistas, lo que, naturalmente, repercutía en el hecho de que tales brigadas estuvieran mucho mejor equipadas que las otras, disponiendo de buena ropa, mejor alimentación y excelente armamento.

Catalunya seguía siendo un hueso duro de roer para los comunistas. En su pseudo partido, el PSUC, había ingresado todo

lo más podrido políticamente, y todos los que querían tener una patente de corso para sus fechorías. Y en la UGT entraron todos los ladronzuelos de mostrador, es decir, los comerciantes que estaban acostumbrados a ganar mucho vendiendo poco. La gran masa amorfa, rémora de todas las sociedades, se apresuró a tener un carnet que fuera como un salvoconducto. Pero a pesar de todo esto, la dominación de los organismos dirigentes, tanto políticos como administrativos, se les escapaba de las manos. La CNT, el POUM y la Esquerra seguían teniendo mayoría en todas partes. Entonces empezaron a maniobrar en gran escala. Contando con los ministros que tenían en el Gobierno Central, en Valencia, y también con los ministros influenciados, comenzaron a atacar la autonomía de Catalunya, logrando buenos frutos por la debilidad de los hombres de la Esquerra que jamás estuvieron a la altura necesaria, pero también con la apatía culpable de los consejeros de la CNT en el Gobierno de la Generalitat. Ateniéndose a su ideal –decían ellos– «internacional», no se preocupaban de las rivalidades entre autonomistas y centralistas. Y así fue como, poco a poco, iban siendo anuladas las prerrogativas del Estatut catalán. Y para asegurar más el predominio central, un mal día los catalanes se encontraron con que, de Valencia, había llegado un delegado de Orden Público llamado José Echevarría, y un jefe superior de policía, que atendía por Emilio Torres, el cual venía acompañado por un comisario general, llamado José María Ceballos. Tres altísimos cargos policíacos que, de hecho, invadieron todo el negociado policial de Catalunya, a pesar del Estatut. Y esto era doblemente eficaz, si sabemos que el comisario general de Orden Público en Catalunya era Eusebio Rodríguez (a. el «Manco»), instrumento completamente al servicio de los

comunistas, lo mismo que los recién llegados. La Esquerra y la CNT tuvieron que darse cuenta, bien pronto, de su ceguera.

Puestos de acuerdo, sin duda, los llegados de Valencia y el amoral «Manco», y bajo las sugerencias del cónsul general soviético, se activó la ofensiva contra la CNT y el POUM.

El 25 de abril de 1937 fue el acto de provocación, muy policial, del asesinato del antiguo sindicalista Roldán Cortada, que se había pasado al PSUC. Este asesinato lo hicieron los súbditos del «Manco», a fin de crear un estado de indignación entre los psuquistas de buena fe, y, además, en la opinión pública. Hay que tener en cuenta que Roldán no había sido jamás una figura de importancia en la CNT, por lo que su desertión no tuvo trascendencia. La muerte de Roldán Cortada fue llevada al paroxismo por la prensa comunista, acusando del hecho unas veces a los grupos anarquistas y otras veces al POUM. Se precisaba la puntería.

Otra ofensiva para probar fue la «toma» de Puigcerdá. En aquella población fronteriza, unos hombres que se decían de la FAI ejercían una verdadera tiranía. Nadie podía dar un paso sin permiso del comité, e incluso el tráfico fronterizo no se podía llevar a efecto sin el sello rojo y negro. Aquella pequeña ciudad era un feudo independiente, donde no tenía influencia autoridad alguna, ni catalana ni española. Para acabar con tal anomalía hubiera bastado una gestión del comité central de la CNT, el cual, haciendo salir de allí a los díscolos, hubiera acabado con aquella tiranía. No quisieron, los comunistas, proceder de esta forma tan sencilla, porque preferían ensayar un acto de fuerza, a fin de ver cómo reaccionaban los faístas; esto con vistas

al proyecto ofensivo en general. Así pues, un día salieron para la frontera muchos camiones cargados de fuerzas de asalto y carabineros, armados hasta los dientes, con fusiles ametralladores y bombas de mano. En el Collado de Tossas ya toparon con los centinelas de Puigcerdá, que no querían dejarlos pasar. Se les dijo que aquellas fuerzas iban a hacerse cargo de un muy importante convoy de armas procedentes de Francia. Los ingenuos faístas telefonearon a Puigcerdá, donde tragaron el anzuelo y dieron orden de dejar vía libre. Pero cuando llegaron cerca del pueblo, ya algunos centinelas, más avisados, se dieron cuenta de que era anómala tanta fuerza para lo que se pretendía y, sobre todo, el hecho raro de que no llegaran camiones vacíos para cargar las presumidas armas. Estos desconfiados centinelas y las patrullas que ocupaban las alambradas que cerraban el paso en la carretera se negaron a dejar pasar las fuerzas que llegaban, y enviaron recado a Puigcerdá, avisando de lo alarmante del caso. Los mandones del pueblo, tras pensarlo mucho, salieron en sus coches hacia el sitio donde creían encontrar a los «invasores», pero lo que pudieron comprobar fue que, sin forzar la alambrada, los camiones y los hombres a pie habían rodeado el pueblo a poca distancia. La disyuntiva era clara: o hacerse fuertes y defender a tiros el pueblo, o rendirse. Los sitiadores no parecían tener prisa y acampaban por los prados, como si hubieran ido a tomar el sol, pero, de hecho, nadie podía entrar ni salir de Puigcerdá, ni tan sólo para ir al cercano enclave de Llivia. Los tiranos de Puigcerdá telefonearon a Gerona y a Barcelona, de donde les dijeron, evasivamente, que se pusieran de acuerdo con las fuerzas recién llegadas, y que, sobre todo, no se derramara sangre de hermanos.

No quedó, pues, otro remedio, a los del «cantón» de Puigcerdá que hacer como que se ponían de acuerdo con los atacantes, aunque, en realidad, se sometieran incondicionalmente. Para cubrir las apariencias, los mandones fueron sacados de allí en un coche, sin atar, es decir, como combatientes que cambian de destino, e incluso con armas cortas... que les fueron arrebatadas a los pocos kilómetros.

Cesaron, pues, las tropelías faístas en Puigcerdá, para dar paso a otros elementos que no dejaron de cometerlas, ahora en contra de los que mandaban anteriormente.

Esta facilidad para acabar con los faístas de Puigcerdá hizo creer, equivocadamente, a Rodríguez Salas y a sus patronos, que el momento era oportuno para atacar a fondo a los dos principales enemigos: la CNT y el POUM, y así fue cómo se embarcaron en la fechoría de los primeros días de mayo, a bien pocos días de la «victoria de Puigcerdá», como había publicado el periódico El Poblé Catalá.

## **XVI. LOS SUCESOS DE MAYO DE 1937 Y SUS CONSECUENCIAS**



Pero antes de tratar de los sucesos de mayo, bueno será apercebir sus antecedentes, ya que aquellos sucesos, en sí, no fueron más que la culminación de todo un plan comunista, empezado a desarrollar desde tiempo anterior y llevado a la práctica muy metódicamente, con la frialdad jesuítica de que el fin justifica los medios. Se trataba de echar por la borda a Largo Caballero y con él a cuantos no obedecían ciegamente a Moscú, es decir, socialistas sanos, anarquistas y poumistas.

Cuando en Moscú se percataron de que Largo Caballero no se prestaba al juego, empezó una dura campaña contra él, y el «Lenin español», se convierte en un «burócrata», un «cacique», un «saboteador de la unidad».

Largo Caballero se enfada, y como sabe de dónde salen las órdenes, manda al embajador ruso a tomar el aire; es decir, envía, oficialmente, una nota a Moscú en la cual indicaba que, como Rosemberg estaba enfermo, le sería muy conveniente cambiar de aires. El 27 de febrero de 1937, Rosemberg sale para Moscú y es reemplazado por un tal León Gaikin, agudizándose simultáneamente la campaña anticaballerista.

Álvarez del Vayo y González Peña, considerados hasta entonces como amigos de Largo Caballero, se vuelven bruscamente de espaldas y pactan con los comunistas. Y Prieto, por su parte, por odio al que consideraba su rival, también le ataca y llega a proponer la fusión de los partidos.

No sólo se murmuraba contra el jefe de gobierno, sino que se atacaba a sus hombres de confianza, como por ejemplo al general Asensio, militar que no quiso entrar en componendas

con los rusos. Se pretende hacerle responsable de la caída de Málaga. Asensio, asqueado, acaba por dimitir.

Por entonces Largo Caballero propuso desarrollar una ofensiva militar contra el sector Mérida–Badajoz, en Extremadura, a fin de romper la continuidad del frente faccioso, privando así al sector andaluz del concurso del norte. Todos los elementos manejados por los comunistas se opusieron y el proyecto fracasó.

Prieto no se conforma con desacreditar a su rival, entre bastidores, sino que conspira activamente para echarle de la cabeza del gobierno, proponiendo, en su lugar, a Negrín, ya claramente comunista. No sabemos si el líder bilbaíno hacía este trabajo consciente de trabajar para Moscú. Supongamos que, queriendo actuar de eminencia gris, consideraba que Negrín era más manejable que Largo Caballero.

El viejo, cada vez más solo, pretende contemporizar y ello le obliga a seguir una política semiburguesa, actitud que disgusta a sus propios amigos, anarquistas y poumistas, que reclaman que se haga la guerra con el máximo esfuerzo, pero sin que se ahogue el espíritu revolucionario, que es la mejor garantía de combatividad. Esta actitud es considerada por los comunistas como una traición y obran en consecuencia.

El grupo anarquista de Barcelona «Los Amigos de Durruti» publica un manifiesto denunciando las maniobras comunistas, las cuales sabotean la revolución. Hacen un balance de lo perdido, y afirman que en ocho meses se han perdido todos los avances revolucionarios.

El italiano Bernieri, profesor emigrado de su país a causa de Mussolini, publica en su periódico *Guerra di classe* una serie de artículos haciendo historia de los procesos criminales de Moscú, que relaciona con la política comunista en España. Reprocha a los anarquistas españoles su «simplismo» político y les aconseja que estén alerta, pues ya en el horizonte se vislumbra la silueta de Noske, el traidor alemán que aplastó el movimiento de Liebknecht y Rosa Luxemburgo. «No hay más que un dilema –dice–: la victoria revolucionaria sobre Franco, o la derrota...» Y ya sabemos que Bernieri fue asesinado durante los sucesos de mayo.

En Madrid y Barcelona las Juventudes Libertarias y las del POUM se muestran de acuerdo en el sentido revolucionario, y en las mismas tribunas hablan Fidel Miró y Alfredo Martínez, anarquistas, y Wilevaldo Solano, del POUM.

Frente a esta coalición se alza la otra coalición llamada Juventudes Socialistas Unificadas y unas supuestas Juventudes Republicanas, inexistentes. Tan cínica es la posición de Santiago Carrillo y los suyos, que provoca la protesta de muchos afiliados. En Asturias, Rafael Hernández, secretario de las Juventudes Socialistas Unificadas, dice, en nombre de su federación, que rechaza la línea política de Carrillo, denuncia la falta de democracia del organismo y firma un pacto con las Juventudes Libertarias. Lo mismo ocurre en Levante, donde José Gregori, secretario, dimite su cargo del comité nacional.

Esta actitud claramente revolucionaria de la juventud amenaza socavar la influencia comunista y es una de las causas de la preparación urgente del golpe de mayo en Barcelona. Los

propósitos que tiene se reflejan en aquella célebre frase de Comorera, Secretario General del Partit Socialista Unificat de Catalunya: «Antes de tomar Zaragoza, hay que tomar Barcelona».

Y llegamos a los famosos sucesos de mayo de 1937, de los cuales nadie quiere hablar, unos porque sienten remordimientos de conciencia, otros por no confesar su ignorancia; muchos porque suponen, como el clásico, que es mejor no meneallo. Sin embargo, acaso haya llegado el momento de decir las cosas claras, y para ello nada mejor que recordar lo que Alfredo vio y vivió durante aquellos días, precedidos esos recuerdos de unos antecedentes curiosos que demuestran ampliamente los orígenes irrefutables de la intromisión de los rusos en la vida española. (Recuérdese que esto fue escrito en el exilio, y, por tanto, antes del libro de Manuel Cruells<sup>6</sup>).

Con la pérdida de Irún y San Sebastián, la comunicación telefónica con la embajada de París quedó cortada por aquella parte, teniéndose que efectuar por la línea Toulouse–Barcelona–Valencia. Como la central telefónica estaba en manos de la CNT, jamás se prestaron a que los agentes rusos escucharan lo que se decían el embajador en París y el ministro de Negocios Extranjeros.

Arthur Koestler, en su libro *Hiéroglyphes*, publicado en París, en 1945, explica lo que supo de todo esto, por lo que le había dicho Otto Kratz, comunista alemán, encargado de la propaganda republicana en Londres y París, a través de las

---

<sup>6</sup> *El fets de mai. Barcelona 1937*. [N. e. d.]

agencias Spanish News Agency y Agence Espagnole. Dice Koestler que, por aquellos días, en octubre de 1936, la comunicación del Ministerio de Negocios Extranjeros con la Embajada en París tenía que hacerse por Barcelona, cuya central telefónica estaba en manos de los anarquistas de la CNT, y el ministro Álvarez del Vayo creía a los anarquistas incapaces de guardar un secreto. Por suerte, el embajador en París era Luis Araquistain, cuñado de del Vayo. Los dos estaban casados con dos hermanas de origen suizo-alemán, que sabían hablar el dialecto Schwitzer-Deutsch, de las montañas suizoalemanas. Los cenetistas eran capaces de descifrar un código cifrado, pero no de saber el dicho dialecto. Y era así como las dos hermanas se entendían y comunicaban a sus maridos órdenes e informaciones. Esto acabó cuando los dos cuñados se enfadaron. Vayo se había entregado completamente a los comunistas, mientras que Araquistain, que se esforzaba en conservar su independencia, fue, como era cosa corriente, acusado de trotskismo, y destituido. Era, pues, imprescindible para los rusos, expulsar a los anarquistas de la Telefónica de Barcelona y colocar allí a siervos comunistas. Y animados por el éxito de la ofensiva contra Puigcerdá, Rodríguez Salas planeó, de acuerdo con el cónsul ruso, la ofensiva contra la Telefónica, que, además del objetivo de apoderarse del edificio y sus servicios, era una prueba para ver si el campo estaba abonado para atacar a fondo a la CNT.

Ya el Gobierno había prohibido toda manifestación pública para conmemorar el Primero de mayo, como en los mejores tiempos de las derechas.

El día 2 de mayo, al principio de la tarde, se presentó Rodríguez Salas en el edificio de la Telefónica, en el ángulo de la plaza Catalunya y Puerta del Ángel, y presentó una orden de incautación del edificio y sus servicios, firmada por el consejero de Seguridad de la Generalitat, el señor Artemi Aiguadé. (Por entonces se dijo que la firma era falsa.)

El delegado cenetista de la Telefónica se negó, rotundamente, a obedecer la orden, aduciendo que no lo podía hacer sin el consentimiento de su propia organización, y que, además, teniendo en cuenta que por allí pasaban todas las comunicaciones con el extranjero del gobierno de Valencia, le parecía normal que la orden del consejero de la Generalitat fuera avalada por una orden del gobierno central. Y como esa resistencia era lo que precisamente quería el «Manco», se retiró y dio las órdenes de ataque, cuyo plan se había estudiado previamente.

Y en pleno día, en sitio tan céntrico como la plaza Catalunya, aparecieron fuerzas de asalto, con ametralladoras pesadas, carros de asalto y fusiles, que ocuparon todas las entradas a la plaza, excepto la calle Vergara, sin duda porque un mal estratega consideró que había bastante con cegar la entrada a la plaza por la calle Pelayo, sin acordarse de que existe el camino de la calle Balmes. Tomada militarmente la plaza, el «Manco», escoltado por una veintena de guardias, naranjero en mano, se presentó en el vestíbulo de la Telefónica, e incitó a los guardias–milicianos a que se rindieran y franquearles el paso. Los milicianos no se anduvieron por las ramas, y empuñando bombas de mano, mandaron salir a los intrusos, pues de lo contrario allí quedarían la mayoría de las fuerzas en presencia. Ante esta decidida

actitud, el sargento que mandaba a los guardias optó por retirarse y el «Manco» les siguió. Los milicianos cerraron las puertas y dieron inmediatamente la alarma al local de la CNT de la Vía Layetana. Tres minutos más tarde empezaron a sonar los primeros disparos contra la Telefónica. A notar que aquellos disparos fueron hechos desde los balcones del que fue Hotel Colón, en el ángulo con el Paseo de Gracia, donde se había establecido el comité central de la UGT, manejada por los comunistas. Fueron estos disparos los que enteraron a Alfredo de que algo anormal ocurría. Aquel día, Alfredo y Pepita habían convenido pasar la tarde juntos en su refugio de aquella señora que les acogía en la calle Calabria, pero ocurrió que, cuando apareció a la salida de las escaleras del tren de Sarria, por la parte de la calle Vergara, sonriendo algo tristemente, le comunicó que las «circunstancias periódicas», adelantándose, habían trastornado los propósitos. Entonces decidieron entrar en el cine titulado Ascaso (antes y después Vergara). Y apenas había empezado la proyección, cuando se oyeron los primeros disparos, causando la consiguiente alarma. Se encendieron las luces y un empleado aconsejó calma, pues allí dentro no había peligro alguno, y que el público podía desfilar, con seguridad, hacia la parte de la calle Balmes, pero nadie sabía lo que ocurría. Alfredo y Pepita salieron a la calle y en seguida vieron el aparato militar puesto en plaza y se dieron cuenta de que los disparos salían del Hotel Colón y de unos guardias parapetados tras las estatuas de la plaza. Ésta estaba vacía. Las gentes que hacían comentarios en las entradas de las casas de la calle Vergara, no acertaban a comprender lo que estaba ocurriendo, ni contra quién se disparaba. Alfredo pidió permiso al encargado del cine para telefonar al local del POUM, dándose a conocer previamente. La comunicación fue inmediata, y desde aquel

local le informaron, brevemente, de que «aquello» era un ataque de los comunistas contra la Telefónica, que querían ocupar. Además, le indicaron que si podía se presentara en el local de la Rambla de los Estudios. Alfredo enteró de lo que ocurría a los empleados del cine y todos convinieron en aconsejar a las personas que estaban a la expectativa, en el vestíbulo, que podían abandonar el local tranquilamente, siempre que no atravesaran la plaza Catalunya. Pepita optó por marchar a su casa en el tren de Sarria, si funcionaba, y como era así, se despidieron en el gran pasaje subterráneo, muy animado por la mucha gente que se había refugiado allí desde los primeros disparos. Alfredo, después de salir al exterior, atravesó la calle Pelayo, poco frecuentada, y por la de Gravina descendió hasta la calle Tallers, que estaba muy animada, con muchos grupos que comentaban, tratando de saber qué estaba ocurriendo. Por la calle Ramalleras salió a la plaza Buensuceso y por la calle del mismo nombre llegó a las Ramblas, limpia de transeúntes en su calzada central, pero con muchos curiosos en las aceras laterales. Atravesó la gran arteria, aparentando tranquilidad, y llegó al edificio donde se alojaba el POUM, antiguo Banco de Cataluña. Allí había una gran actividad. Casi todos los que subían y bajaban, salían y entraban, estaban armados de carabinas y fusiles, además de las indispensables pistolas. En seguida le informaron de la verdad de lo que pasaba, y de cómo, de acuerdo con la CNT, se había decidido ofrecer la máxima resistencia, ya que, si se dejaban arrollar por los comunistas, la vida de la CNT y del POUM, y sus mismos afiliados, era cuestión de horas. Nin pregonaba, a gritos, la lucha a muerte, conocedor, como era, de los métodos soviéticos. Por todo esto se estaba estableciendo contacto con todas las secciones de las barriadas para que, puestos de acuerdo con los



de la CNT, se aprestaran, primero, a defenderse, y después, si era preciso, a atacar implacablemente. Todos comentaban y comprendían entonces la verdadera finalidad de la campaña de «Todas las armas al frente». Los comunistas buscaban ser los únicos armados para hacerse los amos de la retaguardia.

Durante toda la tarde siguió el tiroteo a la Telefónica, sin resultado positivo. Cuando se hizo de noche, parecía como si se hubiera pactado una especie de alto el fuego, pues los disparos eran muy escasos. En realidad, ocurría que se aprovechó la noche para concentrar fuerzas por los dos lados. Todos los hombres disponibles de la CNT y del POUM acudieron, armados, a hacer frente a las fuerzas atacantes. No eran muchos, porque esos dos organismos tenían casi todos los hombres ágiles en el frente. Pero a pesar de ello, antes del mediodía del día 3, la ciudad estaba en manos de los cenetistas y sus aliados del POUM. Los que obedecían las órdenes del «Manco» habían quedado aislados en un perímetro que abarcaba la plaza Catalunya, la Puerta del Ángel y plaza Santa Ana, siguiendo por aquel lado hasta la Vía Layetana para subir por la calle Jaime I hasta la plaza de la República con los edificios de la Generalitat y el Ayuntamiento, defendidos por los mozos de escuadra.

Los comunistas habían montado su Estado Mayor en el Hotel Colón, desde donde daban órdenes y contraórdenes sin pies ni cabeza, pues como no contaban con la resistencia que encontraban, todo su plan se les venía al suelo.

En las barriadas la vida era casi normal: todo el pequeño comercio estaba abierto, lo mismo que los mercados, y el tránsito era casi como a diario. Solamente los tranvías que

tenían que pasar por la plaza Catalunya sufrían perturbaciones de tránsito debidas a las desviaciones que tenían que efectuar.

Durante todo el segundo día el tiroteo fue muy intenso en la plaza Catalunya y sus alrededores. Se habían definido perfectamente dos fuerzas en presencia: de un lado, los guardias de asalto, la guardia nacional (ex guardia civil), los mozos de escuadra (que protegían la Generalitat), y los paisanos del PSUC y el Estat Catalá; estos últimos se habían instalado en el café Oro del Rhin, en el chaflán de la Gran Vía con la Rambla Catalunya. Eran pocos y estaban en crítica situación por su aislamiento. Del otro lado estaban los hombres de la CNT y los del POUM, la mayoría mozalbetes, pero también hombres ya maduros y bastantes con uniforme, que eran cuantos se habían encontrado en el «fregado» mientras disfrutaban de un permiso, procedentes del frente.

Como el edificio donde se redactaba e imprimía *La Batalla*, órgano del POUM, quedó dentro del perímetro ocupado por las fuerzas «gubernamentales», a éstas les fue fácil incautarse del mismo e impedir que se confeccionara el periódico; pero los del POUM no eran gente que se amilanaran por cosas como ésas, y aquella misma noche se incautaron, a su vez, de una imprenta sita en la calle San Ramón, en pleno barrio obrero de Atarazanas, y allí se imprimió *La Batalla* tres días. Alfredo acudió a aquella imprenta, que ya conocía por haber trabajado en ella hacía unos años, cuando allí se confeccionaba el semanario satírico *La Tomasa*.

Era como una rara mezcla de revolución romántica y procedimientos y armas modernos. Alfredo, cerrada la noche, se

encaminó hacia aquella imprenta, pasando por las calles de Joaquín Costa, Carmen, Riera Baja, Hospital y el célebre Arco de Bernardino. El tránsito era casi nulo, y tuvo que hacer alto y parlamentar en tres o cuatro barricadas levantadas con todos los requisitos de entrada, salida y aspilleras. En todas ellas parecía que no había nadie tras los adoquines, casi artísticamente colocados, pero al aproximarse a ellas surgía un hombre, con el fusil terciado, que preguntaba al intruso dónde iba. Alfredo daba sus explicaciones, enseñaba su carnet y pasaba, sin más requisitos. Sin embargo, al llegar al cruce de la calle San Pablo con la de San Ramón, tuvo que hacer un prolongado alto, porque había la consigna de que por allí no pasara nadie hacia la imprenta. Como adujera que era redactor de *La Batalla*, le hicieron esperar a que llegara alguien que le conociera. Tras un buen rato llegó su amigo Solé, el cual salió fiador.

Entraron en la imprenta por un estrecho portal sin luz alguna; en el taller había gran actividad. Allí vio a todo el grupo de Artes Gráficas del POUM, además de Molinero (a. el «Machacatrapos»), los hermanos Fernández, otro conocido por Pedro el «Malagueño» y algunos cenetistas que se habían ofrecido. Los redactores trabajaban sobre las platinas, en pie y en mangas de camisa. Allí estaban Gorkin, Pagés, Andrade y algún otro.

El taller que entonces veía Alfredo había cambiado mucho respecto a la época en la cual había trabajado allí. La parte de litografía había desaparecido y se habían instalado linotipias y dos máquinas planas modernas. Como no había ninguna

rotativa, era preciso cerrar la edición muy pronto, a fin de tirar el mayor número posible de ejemplares.

Alfredo quedóse, como los demás, en mangas de camisa, y buscó un componedor, que encontró fácilmente. Herramienta en mano, empezó a componer titulares, en ayuda de Solé y Saló, que se afanaban en una platina. Cuando menos se lo esperaba, se presentó allí su hijo Ángel, que no quedó menos sorprendido que el padre. Como en otras ocasiones, ahora también le asaltó el temor al peligro, y ello cuando no había más remedio que afrontarlo. Le vino a la mente que acaso las «fuerzas del orden» atacaran la imprenta, y tan fuerte era la obsesión, que aprovechó el momento en que entraban dos páginas en máquina para proceder a un examen estratégico de los lugares. Seamos claros: buscaba un sitio por donde poder escapar en caso desesperado. En el fondo del local había dos ventanas que daban a un patio... pero tenían magníficas rejas de gruesos barrotes. Salió al portal de la casa y exploró el fondo. Vio una puerta, la abrió y salió a un patio, en el que había tres puertas, todas bien cerradas. Todo esto no le tranquilizaba porque aquello parecía una ratonera. Solamente se le ocurrió que acaso había una posibilidad de escapatoria echando escaleras arriba, saliendo al terrado, pero, claro, no era cosa de aventurarse en aquel momento a comprobar si era factible, y más al ver la aparente tranquilidad con que todos trabajaban en el taller. ¿Sería él el único que buscaba tomar precauciones, o acaso los otros disimulaban como él mismo?

Se asomó a la calle. Sentados en el borde de la acera, con el fusil entre las piernas, habían diez o doce hombres, fumando y charlando tranquilamente. Como quien no quiere la cosa, les

hizo hablar para enterarse de que las «fuerzas de protección» de la imprenta estaban bien situadas en cien metros a la redonda, cubriendo todos los accesos posibles. Un poco más tranquilo, se volvió al taller, donde ya se daban los últimos toques a las dos páginas centrales.

Serían las dos de la madrugada cuando llegaron unos milicianos cargados con grandes cestos llenos de comida y bebidas, obsequio de los amigos que controlaban el Hotel Falcón. Y mientras las máquinas rezongaban, sacando hoja tras hoja de *La Batalla*, el personal y redactores se agruparon en torno a una platina convertida en mesa y engulleron alegremente aquella pitanza fraternal. Cuando estaban a medio yantar llegaron Bonet, Nin y Tarafa, los cuales explicaron que venían de una reunión con los de la CNT y que no habían logrado ponerse de acuerdo, pues mientras unos querían apoderarse aquella misma noche de la Generalitat, constituyendo un gobierno catalán obrerista, los otros estaban llenos de dudas por el hecho de tener ministros en el gobierno nacional de Valencia. Apoderarse de la Generalitat hubiera sido cosa fácil. Los hombres de la CNT y del POUM tenían cercado el edificio, pues si por un lado estaban ya en la calle del Cali, a veinte metros de la plaza de la República, por el otro habían desalojado a los mozos de escuadra de la plaza Santa Ana, y en aquellos momentos se miraban, sin gestos de odio, unos en la calle del Obispo y otros ya en la Plaza Nueva. No faltaba más que una orden para que el avance se hubiera producido y seguramente la Generalitat se habría rendido más fácilmente que en 1934. Pero aquella orden no se dio por pusilanimidad de los anarquistas, que no acababan de decidirse, y ello fue un profundo error, porque los comunistas aprovecharon aquella

actitud y la incalificable de los ministros cenetistas para recuperar el terreno perdido y sacar adelante parte de su tenebroso proyecto.

El local del Sindicato de Industrias Gráficas, en el cual todavía tenían preponderancia los del POUM, estaba en un edificio del Paseo de Gracia, en el número 5, propiedad de un monárquico llamado Mateu, que seguía la carrera política actuando de gobernador en pequeñas provincias, en espera del momento propicio de ser director general de algún ramo, y después, acaso, ministro. Desde aquellos pisos que ocupaba el sindicato se veía perfectamente todo lo que ocurría en el terrado posterior del Hotel Colón, a la altura del primer piso, y por ello, al día siguiente, tercero de aquellos acontecimientos, Alfredo y Sagrera, bajando por el Paseo de Gracia, bien pegados a las casas, lograron entrar en su sindicato. El conserje y su esposa les acogieron muy bien, a pesar de que antes habían dado muestras de veleidades comunistas, pero acaso en aquellos momentos llegaron a creer que los del POUM llevaban las de ganar, y ello porque habían podido observar en los ocupantes del Hotel Colón muchos síntomas de decaimiento. Alfredo y Sagrera salieron a la amplia galería acristalada que daba al patio lindero con el hotel, y lo primero que vieron fue que unos hombres procedían, activamente, a confeccionar sacos terreros, vaciando todos los tiestos que allí habían y que eran muy grandes. Lógicamente, supusieron que se trataba de fortificar, en lo posible, la entrada al hotel por temer un ataque de los contrarios. Es decir, que los comunistas pasaban de la ofensiva a la defensiva.

En esto llegó el conserje avisando de que por teléfono llamaban a «alguno de la Junta». Alfredo tomó el teléfono y resultó que llamaban del local del POUM y querían saber en qué manos estaba aquel local, tan próximo al Hotel Colón. Alfredo quedó suspenso porque no sabía si era ciertamente alguno del POUM quien hablaba, o acaso era una coartada de los «chinos». Por ello optó por dar una respuesta de «clave», y dijo que al aparato estaba «Ángel Rojo», y después colgó el auricular. En seguida explicó a Sagraera por qué había obrado así, es decir, que si el que había telefoneado era, verdaderamente, uno de los directores del partido, no dejaría de saber que «Ángel Rojo» era el seudónimo de escritor del propio Alfredo, y, por lo tanto, sacarían la consecuencia de que era él quien se había puesto al aparato. La combinación resultó perfectamente lógica, como pudieron comprobarlo un cuarto de hora más tarde, cuando el timbre de la puerta de entrada sonó largamente. El conserje, observando por la mirilla, reconoció a Solé, el chófer al servicio de la Junta del Sindicato, y le abrió la puerta. Solé, que era un tipo pintoresco y medio loco, apareció vestido como un jefe militar, es decir, guerrera, polainas y gorra de plato y, además, en la mano, un magnífico naranjero, amén de tres bombas de mano colgadas a la cintura. Sin duda, para acabar su presentación guerrera, sin hablar, llevó a los otros al mirador que daba al Paseo de Gracia y les enseñó que, junto a la puerta, estaba parada una tanqueta nuevita, ocupada por dos individuos armados lo mismo que Solé, y que hacían señas, sonriendo a los de arriba.

Tras toda esa mímica, el recién llegado se dignó hablar para decir que aquella tanqueta era una supervivencia de las desaparecidas patrullas de control, que él sabía dónde estaba

escondida y que había ido a buscarla en compañía de los otros dos; que en el partido le habían encargado se llegara hasta el sindicato, para ver si era posible un ataque desde allí al Hotel Colón, y que después fueran todos al partido para trazar el posible plan de ataque.

Alfredo le adujo que todo aquello estaba muy bien, pero que le parecía mal que se fueran todos al local del POUM, abandonando el sindicato, que podía caer en manos de los comunistas. Como la objeción era razonable, Solé se puso al habla, por teléfono, con el POUM, diciendo que al aparato estaba «el número 3». Cuando le dijeron que podía hablar, se expresó en términos guerreros, diciendo que la primera parte de la misión estaba cumplida, pero que no podían, todos, abandonar el objetivo, por lo que solicitaba autorización para efectuar un reparto de efectivos. Alfredo no pudo por menos que reír ante la fantasía de que hacía gala el chófer. Éste explicó después que todo aquello lo hacía para despistar, y acaso tuviera razón. Como por el hilo telefónico le dijeron, con un tantico de sorna, que procediera a su leal saber y entender, y según las normas, Solé hizo subir a los que estaban en la tanqueta y les ordenó que se quedaran allí, en el sindicato, con la consigna de que no entrara ni saliera nadie hasta que ellos volvieran. El conserje y su mujer pusieron muy mala cara ante aquellas órdenes, pero no se atrevieron a decir nada.

Con el convencimiento de que existía la posibilidad del ataque por la retaguardia del Hotel Colón, con todo su Estado Mayor comunista, decidieron los tres ir a entrevistarse con los responsables del partido, en el local de la Rambla. Descendieron, pues, Sagrera, Solé y Alfredo, y montaron en la



tanqueta. Solé tuvo la coquetería de pasar, pausadamente, por delante del Oro del Rhin, donde estaban los elementos de Estat Catalá, los cuales no supieron qué hacer ante aquella tanqueta, cuyos ocupantes no sabían a qué partido pertenecían. Después descendieron por el lado izquierdo de la plaza Catalunya, frente a la calle Vergara y tomando en contradirección la derecha de las Ramblas fueron a detenerse ante la casa que ocupaba el POUM.

Arriba, en el segundo piso, tuvo lugar la entrevista que pudo haber sido decisiva para la guerra y la revolución... si no hubiera empezado, precisamente en aquellos momentos, la ofensiva derrotista desde Valencia.

Los «estrategas» estudiaron las posibilidades del ataque proyectado y convinieron que era posible si podían alcanzar los puntos siguientes:

1.º Disponer de unos veinticinco hombres bien armados y decididos. 2.º Cortar las comunicaciones telefónicas con el Hotel Colón.

3. ° Simultanear el ataque por detrás, con un simulacro de ataque frontal, como diversión, y, además, para evitar la escapada por delante.

4. ° Modo de hacer llegar al sindicato de Industrias Gráficas, a los atacantes, sin llamar la atención de los del hotel.

5.º El ataque debía tener lugar durante la noche.

Y no sólo hicieron planes, sino que inmediatamente empezaron a tomar las medidas necesarias. Alfredo, Sagrera y Solé volvieron, por el mismo camino, al local del sindicato, pero Solé volvió a salir de allí con sus dos amigos, que habían permanecido de vigilancia, en busca de los hombres que deberían concentrarse allí mismo para llevar a cabo el ataque. Alfredo llamó, por teléfono, a la tienda de comestibles de la calle Valldonzella, donde se suministraba la familia y rogó a Ramón, el dueño de la tienda, que avisara a su casa diciéndoles que probablemente aquella noche no acudiría a dormir, procurando, así, evitar inquietudes.

A la caída de la tarde, la tanqueta había hecho tres viajes y en ellos había llevado nueve hombres bien armados. Además, habían llevado suministros de boca que fueron muy bien recibidos y que consumieron en el comedor del conserje. Había allí un aparato de radio, por medio del cual se iban enterando de lo que manifestaban las autoridades de la Generalitat, por las ondas de Radio Barcelona, los comunistas por Radio Associació de Catalunya, y la CNT y el POUM por sus propias emisoras. Y cada emisora decía una cosa diferente. La Generalitat se limitaba a dar cuenta de los muertos y heridos, incitando a que cesara la lucha fratricida. Los comunistas ya empezaron a acusar a la CNT y al POUM de agentes del fascismo. La CNT aconsejaba la calma y firmeza, sin decir para qué. El POUM proclamaba que había llegado el momento de hacer la verdadera revolución.

Pasaron dos horas y no llegaron más refuerzos al sindicato. Alfredo y Sagrera no querían telefonar por el peligro de ser interferidos. Por fin, cerca de las diez, llegó Solé, esta vez solo, para manifestar que la «operación» quedaba suspendida,

porque ocurrían cosas graves, que parecían increíbles, pero sin poder decir cuáles, por la sencilla razón de que en el partido no le habían dicho más. Entonces acordaron «evacuar el dispositivo» (fraseología de Solé) y lo hicieron en tres viajes de la tanqueta.

Volvieron a quedar solos Sagrera y Alfredo, escuchando la radio. No tardaron en saber lo que ocurría porque todas las emisoras, excepto la del POUM, empezaron a radiar comunicados del gobierno de Valencia, y de los ministros de la CNT García Oliver y Federica Montseny, haciendo un llamamiento a la fraternidad y ordenando un alto el fuego. Estas emisiones duraron toda la noche. Sagrera se había dormido sobre un diván. Los conserjes se habían retirado a sus habitaciones. Alfredo, curioso, subió al piso superior con la esperanza de ver algo desde arriba, pero la plaza Catalunya estaba desierta de transeúntes, lo mismo que el Paseo de Gracia y la calle Caspe. Volvió abajo, se sentó en un sillón... y se quedó dormido.

La luz del día despertó a los dos «terribles revolucionarios», y casi al mismo tiempo aparecieron los conserjes, que prepararon café con leche para los cuatro.

Mientras desayunaban, siguieron escuchando, por la radio, las llamadas a la paz, y también que el ministro García Oliver había salido, en avión, para Barcelona.

La calma parecía haber renacido por lo que respectaba a los disparos. Sin embargo, el paro en el tráfico era absoluto. Telefonaron al POUM, pidiendo el envío de un coche o la

tanqueta de Solé, a fin de poder llegar hasta las Ramblas; les dijeron que Solé no estaba allí y que, de momento, no disponían de coche alguno. No tuvieron otro remedio que emprender el camino a pie, sin gran tranquilidad, pues aquel silencio se les antojaba más peligroso que los disparos, ya que éstos anunciaban su procedencia, y el silencio es más traidor. Optaron por subir Paseo de Gracia arriba, hasta la calle Diputación, a fin de evitar la plaza Catalunya, batida por el Hotel Colón, y no pasar tampoco por la Gran Vía, por precaución a lo que pudieran hacer los de Estat Catalá, que todavía estaban en el Oro del Rhin. Para Alfredo resultaba un suplicio tener que seguir el paso lento de Sagrera, que arrastraba, siempre, su bota ortopédica. Atravesaron todo lo ancho de la Rambla Catalunya, pasando un mal rato, porque en el Oro del Rhin se veía claramente a los escamots, carabina en mano y en actitud vigilante, y por el otro lado se veían hombres armados que cualquiera sabía quiénes eran. Pasaron, no obstante, sin novedad. Por la calle Diputación siguieron hasta la de Aribau, no encontrando alma viviente. Bajaron hasta la plaza Universidad, donde un grupo de paisanos armados estaban sentados, tranquilamente, ante los veladores de la acera del Café El Tostadero. Como habían sido vistos, tuvieron que optar por avanzar hacia el grupo, afectando la más completa tranquilidad. Acaso la cojera de Sagrera y el aspecto pacífico de Alfredo hicieron creer a los armados que no eran gente peligrosa, pues no iniciaron movimiento hostil alguno. Alfredo aventuró saludar con un «¡Salud!» en tono natural, que fue contestado de la misma manera por los otros, y así pasaron adelante, entrando por la calle Tallers. Ya en el ángulo de la calle Valldonzella, Alfredo dijo a Sagrera que esperara unos minutos, pues quería subir a su casa, a tranquilizar a la familia. No tuvo necesidad de subir al piso, pues en la portería encontró a su hija

y a su hermana, charlando con la portera. Lloraba de alegría la hermana y le abrazaba la hija. Para no entretenerse, optó por prometer volver a la hora de comer, no sin enterarse antes de dónde estaba el hijo, diciéndole, ellas, que había pasado la noche en casa, pero que hacía un buen rato que había marchado a la Juventud.

Se reunió, de nuevo, con Sagrera y se acercaron a las Ramblas por la calle Tallers. Allí había un buen grupo de hombres y mujeres, hablando animadamente. Inquirieron qué ocurría y les explicaron que en el café Moka había un grupo de guardias que no dejaban pasar a nadie por las Ramblas, así como tampoco pasar al otro lado. Como el POUM estaba instalado al lado del edificio donde estaba el café Moka, y la Juventud en la misma casa del café, Sagrera y Alfredo convinieron que la situación debería ser enojosa para las gentes que estuvieran en los dos locales. Con todas las precauciones, Alfredo asomó la cabeza, agachado, y pudo ver, en la amplia acera, junto al Moka, cuatro guardias, fusil en ristre, dos mirando hacia la plaza Catalunya y los otros dos en sentido contrario. Los balcones del partido y los de la Juventud estaban abiertos, pero no había nadie en ellos. Aquello no era tranquilizador, y les hizo pensar si «ya» habrían detenido a cuantos pudieran haber allí. Cuando volvieron atrás y se dirigían por la plaza Buensuceso hacia el local del POUM del distrito V, en un local incautado a la Esquerra, en la calle Mendizábal, encontraron a un grupo de muchachos, armados hasta los dientes, que les reconocieron, y con gran animación les explicaron que venían precisamente del local de la calle Mendizábal, donde habían recibido un aviso del comité ejecutivo, pidiendo el envío de refuerzos en vista de la llegada al

Moka de un grupo de guardias, no se sabía con qué intenciones, pues no habían intentado subir a los locales.

Llegaron todos a la salida a las Ramblas por la calle Buensuceso y vieron que los guardias seguían en la misma actitud. Los chicos decidieron que había que acabar con aquella incertidumbre, y tres de ellos salieron decididos a las Ramblas. Los guardias empezaron a dar gritos de «¡Alto! ¡Alto!», pero como los muchachos siguieron avanzando, dos de los guardias dispararon las carabinas, seguramente al aire, pues no hicieron blanco a nadie. Los del POUM echaron cuerpo a tierra y el que estaba más avanzado empuñó una bomba de mano, tiró de la anilla y la arrojó diestramente contra un árbol del otro lado. La explosión fue tremenda y cuando se disipó el humo se pudo ver que los guardias habían desaparecido de la acera, dejando tras sí unas sillas tiradas por el suelo. Los muchachos se levantaron y avanzaron, bombas en mano, hacia el café, parapetándose tras los árboles. En los balcones del POUM aparecieron algunos hombres armados con fusiles, los cuales gritaban algo que no se entendía desde abajo. En la puerta del Moka apareció un oficial, con la carabina colgada al hombro y haciendo aspavientos con los brazos, en signo de paz. Los de las bombas salieron de detrás de los árboles y avanzaron, pero sin dejar las bombas de la mano. Distanciados unos metros unos de otros, tuvieron lugar unas explicaciones, manifestando el oficial que ellos no llevaban malas intenciones, sino todo lo contrario, como podían apreciar que no habían subido al local del POUM, y, además, que los disparos que habían hecho lo habían sido al aire, pero que tenían orden de estar allí y tenían que cumplirla. El que tomó la palabra para parlamentar con el oficial preguntó si podían subir al POUM los recién llegados y como les dijo el oficial que no tenía orden

en contrario, el muchacho hizo gestos con la mano y entonces salieron de la calle Buensuceso el resto de los muchachos, acompañados de Sagrera y Alfredo. Bajo el dintel de la puerta de la escalera quedaron dos muchachos y el resto subió a los pisos. Los guardias, por su parte, colocaron también dos números en la entrada del Moka. A los pocos minutos estaban los cuatro en franca conversación, mientras se invitaban a fumar. A notar que aquellos muchachos no pasaban de los 17 o 18 años, pues los de más edad estaban todos en el frente.

Arriba no se había perdido la moral, pero había gran indignación contra los ministros cenetistas y los comités que obedecían las consignas de Valencia. Se veía que se perdía la ocasión de combatir a los comunistas, pero la verdad es que no se preveía la tremenda represión que iba a seguir...

Y llegó aquello que pasó a la historia con el nombre jocoso de «La leyenda del beso». García Oliver había llegado al aeropuerto del Prat, trasladándose en automóvil a la Generalitat, desde donde se dirigió al pueblo, por la radio, desgranando una alocución que hizo rechinar los dientes a los del POUM y a los cenetistas, pero hizo bañarse en agua de rosas a los comunistas.

García Oliver, en tono patético, dijo que al llegar a su querida ciudad y encontrar en la calle un muerto de la CNT, se arrodilló y le besó en la frente, después hizo lo mismo con otro muerto poumista, y cuando «cruzado en la acera vio un muerto con el uniforme de guardia, se arrodilló, emocionado y lo besó...»

Y así, según él, fue besando a diestro y siniestro, a tantos muertos como iba encontrando, y acababa exhortando a todos,

los de un lado y los del otro, a deponer las armas y besarse fraternalmente.

Claro es que no besó muerto alguno, porque todos estaban en el depósito de cadáveres, y, además, en su marcha hacia la Generalitat, «su coche» no paró ni un minuto y se guardó muy bien de pasar por el centro de la ciudad.

También llegó Federica Montseny, ministro de Sanidad. Ésta no besó a nadie, pero también hizo un llamamiento a la paz y a la fraternidad. Los dos ministros se entrevistaron con el comité nacional de la CNT, y allí se acordó pactar una paz en la que no hubiera vencedores ni vencidos. Jamás se ha publicado nada que hiciera vislumbrar cómo se manifestaron los diferentes individuos del comité cenetista. Por ello recae sobre todos ellos la enorme responsabilidad de lo que fue, en realidad, una claudicación, cuando todos los triunfos estaban de parte de quienes, defendiéndose, derrotaron a los comunistas.

Hubo algunos grupos de cenetistas que no quisieron obedecer las claudicantes órdenes y siguieron en las barricadas del distrito V. Especialmente el grupo «Los amigos de Durruti», en un periódico titulado *El amigo del pueblo*, publicaron un manifiesto denunciando el «pastel» y solidarizándose con el POUM, el cual por medio de manifiestos y en *La Batalla* afirmó que acabarían vencidos, pero no avergonzados.

Así fue como el día 5, en la Generalitat, se firmó el pacto de «alto el fuego», que tardó todavía dos días en ser plenamente efectivo, porque, si bien la mayoría de barricadas fueron



abandonadas, los guardias seguían disparando a diestro y siniestro.

El día 7 se produjo una crisis en el gobierno de la Generalitat, entrando a formar parte del mismo el aventurero Sesé, el cual supo su nombramiento parapetado «heroicamente» en la casa conocida por La Pedrera, en el Paseo de Gracia, chaflán con la calle Provenza. Al verse nada menos que nombrado consejero de la Generalitat, se apresuró a salir inmediatamente para tomar posesión del cargo, pues el hecho debería parecerle un sueño. Ocupó un coche y se puso en camino, evitando prudentemente el Paseo de Gracia, bajando por la calle Lauria... y habrá que creer en el destino, porque la precaución fue fatal para él, ya que, a la altura de la calle Caspe, una ráfaga de metrallera acribilló el automóvil y allí acabó la historia de Antonio Sesé, el pobre tipo que había jugado todos los papeles con tal de no trabajar.

Para apoyar el «pacto», el día 7, por la noche, llegaron a Barcelona unos batallones de guardias de asalto, uniformados en gris. Por su procedencia, se les llamó en seguida los «jaramas». Desde la madrugada del día 8 se desparramaron por la ciudad, exactamente lo mismo y con el mismo espíritu de «ocupantes» que lo habían hecho los legionarios en octubre de 1934.

Se obligaba a pacíficos ciudadanos a desmontar las barricadas; se registraba, con malos modos, a los transeúntes, y, la vergüenza mayor, hartamente repetida, fue romper en trozos los carnets de la CNT que encontraban en los bolsillos de los registrados, y muchas veces los trozos eran arrojados a la cara

de las víctimas, que no tenían armas que oponer a los naranjeros de los fachendosos guardias.

Y, como los legionarios del 34, los jaramas se permitían atrevimientos groseros con las mujeres, lo que motivó serios incidentes.

Al segundo día de esta vergüenza ciudadana, avanzaban por la Ronda San Antonio, en el tramo comprendido entre las calles de Tallers y Joaquín Costa, Solé, Miralles, Sagrera y Alfredo, en dos parejas, a poca distancia una de otra. Del bar La Giralda salieron cuatro jaramas, bien armados, y detuvieron la marcha de Solé y Miralles, pidiéndoles la documentación y haciéndoles poner después las manos en la cabeza, para registrarles. Como encontraron carnets de la UGT, no los rompieron, pero se quedaron con la pistola que encontraron a Miralles. Sagrera y Alfredo vieron todo aquello, y cuando Alfredo había iniciado la «retirada», quedó asombrado viendo al pacífico Sagrera avanzar, decidido, hacia los guardias, y siguióle, a ver qué pasaba... y por no ser menos. Y lo que ocurrió fue esto:

Llegó Sagrera ante los guardias y les entregó el carnet, sin decir palabra. Mientras un guardia lo examinaba, el otro, con malos modos, le preguntó si llevaba armas; Sagrera dijo que sí, que una pistola, para lo cual tenía permiso, lo que provocó grandes risotadas de los jaramas, los cuales le ordenaron que la entregara inmediatamente. Sagrera sacó la pistola, con toda calma, y, con el dedo en el gatillo, dijo:

–Si la queréis, tomadla por el cañón.

Los jaramas quedaron bien sorprendidos, y lo fueron más al ver que, antes que pudieran terciar los naranjeros, Alfredo estaba allí, pistola en mano, apuntando a los vientres. Entretanto se había formado un buen grupo de gentes que rodearon a los guardias y empezaron a dedicarles frases poco fraternales. Los «bravos jaramas» palidecieron y no sabían qué actitud tomar ante aquella agresividad popular, con la que no contaban. Y acabaron por entrar de nuevo en el bar La Giralda, afectando una tranquilidad que estaban lejos de sentir.

Puede afirmarse que, en mayo de 1937, en Barcelona se empezó, seriamente, a perder la guerra. Si entonces, como pudo hacerse, se hubiese procedido a la exterminación de los comunistas, y roto toda relación con la Unión Soviética, muy probablemente la posición internacional hubiera sido otra y las consecuencias muy diferentes.

Por el contrario, de dejación en renuncia, esquerristas y cenetistas fueron perdiendo todo control y los comunistas fueron ocupando, impunemente, muchos puestos clave en mandos y directivas.

El balance de aquellos días aciagos fue de unos quinientos muertos y más de mil heridos.

El día 8 aparecieron muertos a tiros, ante las tapias del cementerio de Sardanyola, Alfredo Martínez y 16 jóvenes más de las Juventudes Libertarias.

Durante la noche del 4 al 5, fueron detenidos en la casa en que vivían en la plaza del Ángel, 2, el profesor italiano Berneri y su amigo Barbieri, los dos voluntarios italianos en las filas

combatientes, y que estaban disfrutando de un corto permiso. No se supo más de ellos hasta que fueron descubiertos sus cadáveres en el depósito del Hospital Clínico. La autopsia demostró que habían sido asesinados a pistola, a poca distancia y por la espalda.

Se supo después que los jaramas, a su paso por Barbera y Tortosa, camino de Barcelona, al enterarse de que «estaban en Catalunya» empezaron a robar cuanto encontraban y a molestar a todo el mundo, asegurando que llegaban para acabar con todos los catalinos.

Dos compañías de jaramas fueron enviadas a Lérida, a «reconstituir el orden», porque allí los comunistas no lograron asustar a cenetistas y poumistas. Llegaron los guardias con los mismos humos que gastaban en Barcelona, pero pronto se les hizo saber que la 29 División no esperaba más que un aviso para bajar del frente, y esta advertencia fue bastante para que en Lérida no hubiese, de momento, tropelías, aunque más tarde llegase una terrible represión, como en toda Catalunya. Se afirmó, por entonces, que además de elementos de la 29 División del POUM, estaba preparada en Barbastro una parte de la 26 División.

De hecho, el gobierno de la Generalitat pasó a ser una sombra, que no pinchaba ni cortaba. De Valencia llegó la orden de que la Jefatura General de Orden Público, para toda Catalunya, fuese ocupada por el teniente coronel Torres, que dependía del gobierno de Valencia, y el mando militar pasó a manos del general Pozas.

Es indudable que en Barcelona existía una emisora clandestina, en manos de los falangistas, pues cada día el general Queipo de Llano, desde Sevilla, daba noticias, casi exactas, de lo que ocurría en la Ciudad Condal. Pero la policía tenía hartos trabajos persiguiendo a revolucionarios para dedicarse un poco a buscar verdaderos enemigos.

Ocurrieron, entonces, cosas muy graves que apenas tienen explicación, y que ahora, a través de los años, no acaban de ser claras. Ya, con todos los recursos policíacos en la mano, los comunistas emprendieron la persecución del POUM, dejando para más adelante atreverse con la CNT. Es indudable que todas las órdenes de persecución emanaban del consulado ruso, donde Antonov, el cónsul general, mandaba y disponía en toda Catalunya, lo que no fue óbice, a pesar de su obediencia ciega a Moscú, para que un año más tarde, fuera «liquidado» en la célebre «purga» de 1938.

Robert Luzón, el conocido sindicalista francés, comentó lo entonces ocurrido en Barcelona, en un artículo publicado en la revista *La Révolution Prolétarienne*, del cual son estos párrafos:

«Los anarquistas dirigentes de la CNT que veían que los obreros, en la calle, eran los amos, no se atrevieron a dar la orden de asalto final a la Generalitat, porque, seguramente, no hubieran sabido qué hacer con el poder. Además, tenían sus hombres en el gobierno de Valencia. Habían entrado en la colaboración y no podían volverse atrás. Pero de eso ‘a la claudicación’ hay mucho trecho porque la frase de Companys ‘No debe haber vencedores ni vencidos’ no fue, jamás, realidad. Éste fue el principio de la muerte del

espíritu revolucionario y la muerte de muchos revolucionarios, vilmente asesinados.

Y por lo que respecta a los dirigentes de la CNT–FAI, basta citar la declaración de la Casa CNT, que dice:

‘La CNT y la FAI continuarán colaborando lealmente, como en el pasado, con todos los sectores políticos y sindicales del frente antifascista. La prueba evidente es que la CNT continúa colaborando en el gobierno central y en la Generalitat y en todas las municipalidades’.

Y no se conformaron con esto, sino que agravaron su conducta sacudiéndose la responsabilidad y echándola sobre los que se habían batido en la calle, publicando después esta otra nota:

‘Inmediatamente que tuvimos noticia de la extensión de lo que ocurría, lanzamos órdenes a todas las organizaciones para que mantuvieran la serenidad y evitaran la propagación de hechos que pudieran tener consecuencias fatales para todos’.

‘Match nulo’, quería Companys; la verdad es que todo vino demasiado ‘a pedir de boca’ para la victoria de los comunistas, con la casi anulación del gobierno de la Generalitat y la caída de Largo Caballero.»

Hubo crisis en el gobierno de la Generalitat y del mismo salió Comorera; también desapareció de la vista el criminal Rodríguez Salas.

En junio, el POUM celebró un mitin en el Gran Price. El local estaba repleto y, en medio de una gran expectación, Andreu Nin denunció la maniobra comunista del mes anterior, y como conocedor de los procedimientos rusos, afirmó que si no se estaba alerta los comunistas llegarían a la exterminación física de quienes se opusieran a sus negros designios... y lo que no tiene explicación es que, sabiendo eso, y habiéndolo profetizado, se dejara sorprender y fuera asesinado cobarde e impunemente.

Sin ruido, pero constantemente, se procedía a detener a los afiliados del POUM, y encerrarlos, no en las cárceles oficiales, sino en las diferentes checas que el Partido Comunista había montado. Principalmente eran conducidos a una checa instalada en una casa del Portal del Ángel, otra en la calle Aribau, y una tercera en la barriada de San Gervasio. No se puede concretar ahora, exactamente, los números de las casas ni algunas calles, porque las referencias se supieron por algunos poumistas que tuvieron la suerte de poder salir de las checas antes de la caída de Barcelona, pero al salir les conducían, con los ojos tapados, lejos de la checa, y durante la noche (como lo hicieron a la detención), y sólo sabían, aquellos liberados, el sitio aproximado donde habían estado, por retazos de conversaciones escuchadas.

En las checas el trato era malísimo. Se tenía a los detenidos en habitaciones interiores, sin luz natural, durmiendo en el suelo, sin ropas ningunas, ocho o diez personas en espacios de cuatro o cinco metros. La comida, casi inexistente, y el agua racionada. Los malos tratos a diario, y el convencimiento de que de allí sólo se salía para recibir el tiro en la nuca. Más tarde se supo que

fueron pocos los asesinados, pero entonces todos vivieron semanas y meses con esa tremenda convicción.

Pero lo más deprimente era que los hacían convivir con los otros detenidos fascistas; unos y otros tratados de la misma manera.

Ya en Francia, Luis García, un ferroviario, le explicó a Alfredo cómo había sido detenido en las oficinas de la estación de Francia de Barcelona (antigua estación término de MZA, hoy RENFE) y conducido, en coche cerrado, a la checa de la calle Aribau. Allí le metieron en una habitación cuyas vidrieras del balcón estaban tapadas con tablas y las puertas del mismo clavadas, para que no se pudieran abrir. La luz era eléctrica y muy fuerte, proporcionada por una lámpara de ocho brazos. En aquel encierro había seis hombres que le recibieron con el brazo derecho en alto, al estilo fascista, y prorrumpieron en gritos de «¡Arriba España!», y con aquellos fascistas tuvo que convivir tres meses, durmiendo en el suelo, pegados unos a otros. No salían de aquel cuarto más que dos veces al día para ir al retrete, de dos en dos, y custodiados por los «carceleros», armados de pistolas. No comían más que lentejas cocidas, sin nada más. En los tres meses nadie le interrogó, y jamás pudo saber por qué le habían detenido, ni qué pensaban hacer con él. Temió, seriamente, volverse loco, y cuando, tan a menudo, llegaba un bombardeo aéreo y se apagaba la luz, oyéndose perfectamente las explosiones, lejos de tener miedo, alimentaba la esperanza de que una bomba cayera sobre la casa y la derrumbara, porque así, o bien moriría, o podría escapar.



Sacaron a García de aquella checa una noche y le llevaron en coche hasta las afueras de la estación de Francia. Allí le encerraron en un vagón de mercancías, junto con una docena más, a quienes no conocía. Una hora más tarde arrancó el tren y ninguno de los allí encerrados sabía qué dirección podía llevar el convoy. El vagón era tal vez de los empleados para trasladar ganado, pues tenía una ventanilla en lo alto. Ya cerca de mediodía pararon en una estación. Como García oyese voces, haciendo un esfuerzo, se subió, a pulso, con las manos agarradas al marco de la ventanilla, y empezó a dar gritos desgarradores, pidiendo auxilio. Acudieron unos ferroviarios, preguntando qué ocurría. García les dijo que también era ferroviario, y que le llevaban allí, preso. Fuera se oía una viva discusión entre unos, que querían abrir el vagón, y los que se oponían a ello, los cuales deberían ser los guardianes del convoy. De pronto se oyeron ruidos como de rotura de alambres y se corrió la puerta un poco, dejando entrar una cabeza, preguntando quién era el ferroviario. García sacó fuerzas de flaqueza y empujó la puerta lo suficiente para poder pasar, dando un salto hasta el andén, quedando sentado en el suelo. Saltaron dos detenidos más, pero los guardianes volvieron a cerrar la puerta rápidamente.

Un guardia de asalto no hacía más que jurar y gritar que iba a fusilar a los detenidos y a los ferroviarios que habían abierto el vagón. Sus otros tres compañeros, más sosegados, no parecía que tenían ganas de matar a nadie. García se puso en pie y se refugió entre el grupo de ferroviarios que allí se habían juntado. Dijo su nombre, el cargo que tenía en el sindicato y las oficinas donde prestaba sus servicios. Los ferroviarios comprendieron que decía verdad, y dijeron a los guardias que aquel ferroviario se quedaba allí, bajo la responsabilidad de todos ellos. El guardia

escandaloso no quería saber nada y se disponía a encerrar de nuevo a los tres que habían bajado del vagón. En esto llegó el jefe de estación y resultó que conocía perfectamente a García. Se abrazaron, emocionados. El jefe de estación, sin andarse por las ramas, les dijo a los guardias que su amigo quedaba allí y que hicieran lo que quisieran con los otros presos. Se ofreció a extender un recibo como si se tratara de una mercancía cualquiera. Como el número de ferroviarios había aumentado considerablemente, con la llegada de otros compañeros y gentes curiosas, que nunca faltan, los guardias optaron por dejar allí a García, pero volvieron a encerrar en el vagón a los otros dos.

Cuando García avanzaba hacia el edificio de la estación, se dio cuenta de que estaba en Ripoll. Allí permaneció bien atendido, los pocos días que pasaron hasta que todos los ferroviarios tuvieron que evacuar la localidad, camino de Francia.

Dejando de lado la CNT, como hueso muy duro de roer, los comunistas concentraron la represión en los elementos del POUM. La imprenta de *La Batalla* no fue, jamás, devuelta al partido, y menos mal que Pestaña la reclamó para editar su periódico *El Sindicalista*, evitando así que allí se editara un periódico comunista. Porque es verdad, diremos ahora que los del Partido Sindicalista se portaron muy noblemente con el POUM, y que, tanto en los locales de redacción y administración, como en la imprenta, los poumistas encontraron siempre solidaridad y apoyo.

A pesar de que se veía venir la represión, lo cierto es que un mal día (el 6 de junio) fueron detenidos cuantos se encontraban

en las oficinas del POUM, del local de la Rambla de los Estudios. No sabemos si fue fatalidad o chivatazo, pero cuando llegaron los guardias de asalto y policías secretas, en número imponente, estaban reunidos casi todos los elementos directivos del Partido, y todos fueron detenidos, siéndolo después, otros en sus casas, y otros en el propio frente de Aragón.

Durante bastantes días nadie sabía dónde habían sido conducidos, hasta que se supo que estaban en Madrid, no sabiéndose a disposición de quién, pero Nin, desde el primer momento, fue separado del resto de sus compañeros, llevado de checa en checa, y finalmente asesinado. La muerte de Nin acaso fue causa de que se salvaran todos sus compañeros del comité, porque se armó una gran efervescencia en toda la nación, y el gobierno de Valencia no tuvo más remedio que tomar cartas en el asunto, exigiendo el respeto de las vidas de los detenidos.

Como consecuencia de esta intervención gubernamental, los directivos del POUM fueron trasladados a la prisión de Valencia, donde parece ser que estaban en relativa seguridad, disfrutando de un régimen liberal.

En el Sindicato de Industrias Gráficas de Barcelona, los comunistas empezaron a sentir impaciencia para apoderarse de la junta. Vale decir que los entonces llamados comunistas, todos pertenecientes al nuevo partido titulado PSUC, eran los elementos turbios que jamás habían estado sindicados o lo habían estado en los tristemente célebres Sindicatos Libres, además del numeroso grupo de obreros de prensa, que formaron, años antes, la Asociación de Obreros de la Prensa,

comúnmente conocida por el Poli (el piojo), gente sin idea alguna, como no fuera conservar sus plazas en los periódicos.

Los comunistas, pues, al igual que habían hecho en otros oficios, juntaron a todos los elementos indeseables, y, aprovechando que muchos sindicalistas sinceros habían marchado al frente, se dispusieron a apoderarse de los cargos. Para ver si se podía evitar tal anomalía, se reunieron todos los componentes de la junta, una noche, y estudiaron el asunto. Alfredo propuso una conducta a seguir. Resultaba que el sindicato estaba en una posición falsa, porque pertenecía, de nombre, a la UGT, pero no a la FGE, lo cual estaba en contradicción con lo establecido por la UGT. En estas condiciones, lo que procedía era entrar en la normalidad y para ello pedir el ingreso en la federación, de forma y manera que la prevén los estatutos, y, mientras tanto, no proceder a cambio alguno de titulares de cargos. Y, a fin de hacer las cosas como es debido, propuso que se nombrara una comisión, salida de la junta, para trasladarse a Valencia, a entrevistarse con los directivos de la FGE, así como con los directivos ejecutivos de la UGT.

## XVII. LA DULCE VIDA EN VALENCIA

Aprobóse la proposición, y a los dos días salieron para Valencia Sagrera, Barceló y Alfredo. Hicieron el viaje en el coche del sindicato, conducido por el chófer Solé. El viaje no tuvo historia. Apenas encontraron seis o siete «controles» en el camino, todos servidos por guardias ya entrados en años. En Tarragona, Tortosa, Vinaroz, Castellón, se notaba el serio ambiente de guerra, con sus restricciones y sus precauciones en las gentes. En Valencia había también el ambiente de guerra, pero al revés. Por todas partes se veían uniformes flamantes, coches lujosos, restaurantes luminosos, comercios repletos de todo, pero a precios prohibitivos para las gentes modestas. Las calles estaban llenas de gentes que parecían no tener nada que hacer, a no ser pasearse. Los cines y los teatros llenaban a diario. En las terrazas de los cafés, siempre llenas, militares con pistolas al cinto y cartera sobre una silla alternaban con llamativas mujeres, vestidas de seda y llenas de joyas. Los limpiabotas abundaban como moscas.

Alfredo recordaba la Valencia que él había vivido en el año 22, y le parecía que lo que ahora veía sólo se podía comparar a la de

las fiestas de julio, y acaso con ventaja para la actualidad. De la guerra sólo se notaba algo por las entradas de los refugios antiaéreos y una gran pancarta colgada en la plaza Castelar, en la cual, en letras muy grandes, se decía: «Recuerda que el frente está a 150 kilómetros». Esto era verdad, pero nadie parecía saber leer.

En la capital levantina, acaso por la presencia del Gobierno, no había persecución contra el POUM. Los comisionados de Barcelona se presentaron en el local del partido, en la calle de las Barcas. Allí campaba Portela, como jefe supremo. La casa estaba completamente ocupada, pero en un estado lamentable de dejadez y suciedad. Todos les recibieron muy bien y se ofrecieron para facilitarles su cometido. Les ofrecieron cama en los «dormitorios de la casa», instalados en el segundo piso. Subieron a verlos... y optaron por buscar un hotel. Las sábanas habían perdido la nitidez e incluso se veían en ellas sospechosas manchitas de animalitos chupadores y malolientes. Portela, por teléfono, les encontró habitaciones en un hotel modesto, pero limpio, en la calle Colón.

Por la noche, Valencia adquiría, al parecer, un aspecto de guerra, es decir, que no había alumbrado alguno y todos los bares, cafés y entradas de cines y teatros estaban con las puertas cerradas o con las luces apagadas, pero dentro la animación era extraordinaria. A la salida de los espectáculos las calles se llenaban de gentes portadoras de linternas eléctricas, y parecía como si hubiera un concurso de ellas, para cuál era más potente.

Para cumplir su misión, Alfredo y sus amigos acudieron a la casa de la calle de la Paz, donde se habían instalado todos los servicios procedentes de la Casa del Pueblo de Madrid. Como no llevaban uniforme, tuvieron que acreditar su personalidad ante unos guardias para que les dejaran subir la escalera. En el vestíbulo del primer piso había que enseñar, de nuevo, los papeles, y llenar una ficha, indicando a quién querían ver y el objeto de la visita. Un empleado, con cara de burócrata tan acentuada que debería ser burócrata de casta, es decir, de padres a hijos, recogía la ficha y desapareció tras una mampara forrada en cuero. Pasaron cuarenta y cinco minutos antes de que el burócrata reapareciera y les indicara que le siguieran, pero por señas. No sabían si el empleado era mudo o no tenía educación.

Subieron al piso segundo y les introdujeron en un despacho algo destartado, donde, sentado tras una enorme mesa, había un hombre de edad indefinida, casi calvo, con gafas, y un cráneo enorme y deformado. Daba impresión de ser un fenómeno de feria. El tal tipo no alzó la vista hacia la entrada para ver a los visitantes, fingiendo que el papel que miraba era interesantísimo. Al cabo de unos minutos alzó la vista, y con una voz que se esforzaba en parecer varonil, preguntó:

–¿Qué desean ustedes?

Sagrera, como presidente del sindicato, le explicó que llegaban de Barcelona, a fin de poner orden en su sindicato, de acuerdo con los estatutos federativos. El tipo de la deforme cabezota guardó un largo silencio, cuando Sagrera terminó de

hablar, mientras se hurgaba las narices con unos dedos nada aseados. Luego, antes de responder, interrogó:

–Y ustedes, ¿quiénes son?

Alfredo acabó por perder la paciencia, y saltó:

–Debe usted de saberlo, puesto que ha tenido tiempo, en una hora, de leer esas fichas ridículas que hemos tenido que llenar. Además, todavía no sabemos con quién hablamos.

El cabezudo se incorporó, y avanzando el busto a través de la mesa, replicó:

–Pues yo soy Lamonedá, y reclamo un poco de buena educación.

Barceló, que tenía malas pulgas, intervino, poniéndose en pie, y gritó:

–Tú lo que eres es un mamarracho endiosado. Venimos aquí a tratar cosas que interesan a la federación mucho más que a nosotros. Si encima tenemos que aguantar vuestra grotesca egolatría, nos iremos por donde hemos venido, y en paz.

Alfredo, a su vez, se puso en pie, y alargando la mano a Barceló, se la estrechó, mientras exclamaba:

–Molí bé, noi.

Lamonedá, fuera de sí, se puso a gritar:

–¡Váyanse a la mierda, si quieren, indecentes!



Barceló avanzó, amenazante, hacia la mesa, replicando:

–¡Voy a romperte la cara, idiota!

Y lo hubiera hecho, si en aquel momento no se hubiera abierto una puerta detrás de Lamonedá, dando paso a otro sujeto que dio rápidamente la vuelta a la mesa, mientras preguntaba:

–¿Pero, qué pasa aquí? ¿Qué gritos son éstos?

Lamonedá, que estaba verde, más que pálido, explicó, tartamudeando:

–Estos catalanes, que han venido a insultarme y me quieren pegar.

Sagrera, que no se había movido de su sitio, intervino, y dijo:

–No sé quién es usted, pero le presumo algo de la federación gráfica. Si es así, le daré explicaciones, a condición de que ese (señalando a Lamonedá) se retire por el foro.

El recién llegado, haciendo gestos de apaciguamiento, dijo:

–Calma, calma; a ver si nos entendemos. Yo soy Rodríguez Vega, creo que habrán oído mi nombre. Siéntense y explíquenme, sin que haya necesidad de que nadie se ausente. Todos estamos nerviosos con la guerra, y debemos dispensarnos.

Sagrera, tan cachazudo como siempre, volvió a explicar el motivo del viaje y lo que pretendían. Rodríguez Vega dijo que,

en verdad, el asunto valía la pena de ser estudiado y les rogaba que volvieran al día siguiente, cuando los directivos se hubieran reunido y encontrado una solución.

–Mientras tanto –acabó– conceptuemos que aquí no ha pasado nada y tan amigos.

Lamoneda hacía como si leyera unos documentos, para demostrar que no quería ocuparse de nada. Alfredo, otra vez en pie, aclaró:

–Tengan ustedes en cuenta que nosotros no podemos perder días en esta Valencia feliz y confiada. Es decir, que volveremos mañana por la mañana, y esperamos que tendremos las instrucciones a seguir. Si puede ser por escrito, mejor.

Y sin más palabras, se retiraron los tres amigos, sin dar la mano a Rodríguez Vega.

Ya en la calle, los tres amigos comentaron, calurosamente, lo ocurrido, y Barceló no hacía más que lamentar no haber dado una buena lección al «perro chico» aquel. Quería decir Lamoneda.

Para calmarse, se sentaron en un bar de la plaza Castelar y tomaron una horchata helada, como en tiempos normales. De allí fueron al local del POUM, donde les esperaba Portela, que había prometido llevarles a comer a un restaurante bueno y barato. Efectivamente, les llevó a un pequeño restaurante sito en un callejón de la parte vieja de la ciudad, sin que Alfredo, que creía conocer la capital del Turia, recordara haber pasado jamás por allí, cerca de la Madrina. Comieron bien para tiempos de

guerra y no supieron el coste porque Portela se había adelantado a pagar y no quiso decir lo que valía, ni admitir un céntimo.

Fueron a tomar café a un establecimiento situado al lado del teatro Principal. El café estaba lleno de gentes con uniformes nuevos y mujeres bien ataviadas. Al poco de haberse sentado, llegó Solé, el chófer, que se las había campado por su cuenta. Venía acompañado de una mujer joven y muy bonita. Dijo que les había buscado a la hora de comer por todos los restaurantes, sin encontrarles, lo que le inquietaba, porque no sabía si deberían volver a Barcelona aquel día.

La morenaza que le acompañaba no quiso sentarse porque –dijo– «tenía que estar en la tienda a las dos de la tarde». Se despidió, dando la mano a todos, y la pareja salió a la calle. Solé, al cuarto de hora, ya estaba allí de nuevo, el cual explicó «su suerte» con aquella muchacha. De la fonda, después de desayunar en un café, se había ido a descubrir Valencia, recorriendo calles y plazas, al buen tuntún. En la calle San Vicente se quedó parado ante una vitrina de una tienda de caramelos llamados Fan–Fan. En aquella vitrina estaba la buena moza, instalando la mercancía. Iba descalza para no manchar la seda que tapizaba el suelo del escaparate, y cuando se agachaba dejaba ver una buena parte de las piernas. Solé se puso a hacerle gestos, que la hicieron reír, y cuando ella salió de la vitrina y se calzó sus zapatos, Solé entró a comprar unos caramelos... Y quedaron en que a mediodía iría a esperarla, para ir a comer juntos. Se encontraron, pues, como si se conocieran de toda la vida, y ella le dijo que podían ir a comer a una especie de comedores populares, exclusivos para dependientes de

comercio, los cuales estaban instalados en la barriada de Ruzafa. Solé, previamente, quiso dejar recado en el POUM, para saber a qué atenerse sobre la vuelta a Barcelona. Como allí le habían dicho que los comisionados habían salido con Portela, quedó en volver después de comer. En aquellos comedores populares se comía bien y en franca camaradería, y se veía que aquello de la exclusividad para los dependientes no era riguroso. En todo caso, a él nadie le pidió documento alguno. El único inconveniente era que había que comer rápidamente, para dejar plaza libre a nuevos comensales. Como a la una y media ya estaban en la calle, miraron en algunos restaurantes para ver si localizaban a los amigos, sin encontrarlos. Fueron al POUM, y allí les dijeron que acaso les encontrarían en aquel café, donde tenía costumbre de asistir Portela. Ahora estaba contento porque se las prometía muy felices aquella noche que les quedaba en Valencia.

Del café fueron todos a un piso de la calle Cuarte, donde vivían varias de las compañeras de los encerrados en la cárcel valenciana. Allí encontraron a Natalia, la mujer de Bonet, a la compañera de David Rey, a la de Andrade, a la de Pep Rovira... Ellas explicaron la vida que llevaban y el temor que tenían de que ellos fueran trasladados de nuevo a Madrid. Como se podía ver a aquellos presos todos los días, quedaron en acudir, a la mañana siguiente, a la cárcel, en compañía de ellas. Cuando ya se marchaban, llegó Capdevila, acompañado de Andrés, los dos encargados del aprovisionamiento de la 29 División, que habían llegado con su célebre camioneta La Mariana, a efectuar cambios alimenticios. Quedaron en encontrarse todos, a las siete, en la plaza Castelar, para ir a cenar al Cabañal, donde tendrían ocasión de ver algunas sorpresas.

Mataron el tiempo paseando por la ciudad, haciendo Alfredo un poco el cicerone, explicándoles dónde se reunía el célebre Tribunal de las Aguas, en el pórtico de la catedral; mostróles diversos edificios de la Valencia antigua; no pudieron subir al Miguelete porque estaba prohibido. Pasaron el río, casi seco, por la pasarela, y volvieron por un puente que todavía ostentaba, a la entrada y a la salida, unas hornacinas con estatuas de santos. Allí, al lado, vieron el tremendo edificio de la antigua fábrica de tabacos, y cerca unos jardincillos rodeando la estatua ecuestre del rey don Jaime el Conquistador. Este monumento tenía fama por el caballo, que es un prodigio, y sobre todo porque le cuelgan, bajo la grupa, unos enormes testículos. En Valencia es cosa corriente, cuando se quiere aludir a la entereza de un hombre, decir: «Té mes collons que el cavall de Don Jaume!».

A las cercanías de las siete, Solé acudió a buscar a «su novia», después de obtener la promesa de que también ella iría a cenar con el grupo. En la plaza Castelar ya esperaban Andrés y Capdevila, con un coche. Pronto llegaron Solé y la caramelera, que, como no podía por menos, dijo llamarse Amparo.

Como en el coche no cabían más que cinco, y apretados, tuvo que acudir Solé a buscar el del sindicato, con el que habían venido de Barcelona, y que estaba en el garaje del POUM. Salió por delante el coche de Capdevila marcando el camino, seguido por el otro, conducido por Solé. Pronto pasaron el río y emprendieron por el larguísimo Paseo del Grao, y, al llegar al puerto, derivaron hacia la izquierda, para entrar en el Cabañal. Allí pararon frente a un restaurante, junto a la playa. En las inmediaciones pudieron ver largas filas de coches vacíos,

vigilados discretamente por una pareja de guardias. El restaurante estaba, en apariencia, montado a la rústica, con paredes de caña y suelo de arena, pero pronto se veía que aquello era decorado y que, en realidad, había confort, e incluso lujo. Las mesas estaban cubiertas con blanquísimos manteles y el servicio era de restaurante de tres estrellas. Había una gran sala central y a los lados unos reservados, cuya entrada estaba cubierta con cortinas veraniegas de juncos. La animación era extraordinaria y casi todas las mesas estaban ocupadas por la misma clase de público que ya habían visto en bares y cafés; esto es, militares con flamantes uniformes, civiles luciendo cazadoras de cuero y mujeres de inequívoco tipo putesco, bastante ordinario, aunque se cubrieran con ropas de alto precio y ostentaran alhajas llamativas. Notas características eran las grandes carteras de cuero que todos, militares y civiles, llevaban consigo, y dejaban, invariablemente, al lado de la mesa, sobre una silla. Sin duda Capdevila y Andrés deberían ser parroquianos, porque un señor, vestido de negro, que debería ser el dueño o el encargado, se apresuró a venir a saludarles y condujo al grupo a un reservado situado a la derecha del fondo de la sala.

Al pasar por entre las mesas pudieron darse cuenta de que la comida era de lujo y que en todas las mesas había botellas de vinos de marca y en bastantes el champán, en cubos rutilantes, esperaba el momento del destaponamiento.

Andrés dijo que como estaban a la orilla del mar, mejor sería comer pescado fresco, y para hacerlo con tranquilidad, por lo que respectaba a la frescura, se fue a arreglar el menú con el señor de negro, hacia la cocina.

La valenciana Amparito, la reciente conquista de Solé, estaba admirada de lo que veía, y afirmaba que jamás hubiera creído que en Valencia hubiera un restaurante como aquél, donde se pudieran servir cosas tan apetitosas. Dijo que en los domicilios particulares se comía poco y mal, y no comprendía de dónde salía tanta abundancia exquisita, ni cómo se podía pagar. Alfredo supuso que todo aquello era producto de la corrupción que producía la guerra y que aquellos comensales eran los nuevos ricos de la situación. La burocracia viviendo espléndidamente, mientras el pueblo pasaba hambre y la juventud se mataba en los frentes. La muchacha opinaba lo mismo e hizo observar que casi todos aquellos hombres presumiendo la nueva elegancia y tirando el dinero no eran gentes del país, sino llegados del centro, acompañando al Gobierno fugitivo.

Volvió Andrés acompañado de un camarero de alba chaqueta y negro pantalón, el cual era portador de una enorme fuente repleta de entremeses variadísimos; otro camarero dejó sobre la mesa hasta cuatro botellas de vino tinto y blanco. Después les sirvieron mejillones a la marinera, salmonetes riquísimos y calamares muy bien guisados. Y para rematar, un plato por cabeza de rojas y maduras fresas, nadando en vino, manjar que ni por casualidad hubieran presumido. Las cuatro primitivas botellas se vieron acompañadas por dos más. Finalmente café, auténtico, y copas de coñac. Capdevila repartió nada menos que puros habanos y para Amparito sacó un paquete de cigarrillos Camel.

Indudablemente, todos hicieron honor a la espléndida cena, pero les faltaba la satisfacción, la alegría que suele haber en

casos semejantes; era evidente que todos pensaban en los hombres del frente y también en sus familias, sujetas a las magras comidas que se podían procurar.

Preocupado por lo que «aquello» les costaría, Alfredo preguntó a Sagrera cómo estaba de dinero; éste le tranquilizó haciendo el gesto de una cartera llena, pero luego quedaron más tranquilos al ver como Capdevila entregaba un billete pequeño al camarero y nadie llegó con la cuenta. Cuando se fueron, el señor de negro les acompañó hasta la puerta, muy obsequioso. Todos comprendieron que la cena había sido un obsequio del restaurante a un buen abastecedor, en este caso La Mariana.

Ya había cerrado la noche cuando emprendieron el regreso a la ciudad. La carretera del Grao era como un hormiguero de coches, en fila, todos con los faros enlutados, pero perfectamente visibles. Además, la luna era clara. Alfredo pensaba que un avión podía hacer un magnífico trabajo sobre aquel camino lleno de coches de lujo, pero nadie temía tal cosa, porque, a pesar de que casi todas las noches, ya tarde, sonaban las sirenas, jamás bomba alguna cayó sobre Valencia, exactamente igual que pasaba con Salamanca o Burgos. Parecía como si se hubiera acordado un pacto para respetar las sedes gubernamentales.

Pasado otra vez el río, pararon, y se diseminaron los ocupantes de los dos coches. Andrés y Capdevila dijeron irse a dormir para levantarse temprano y salir en seguida con La Mariana hacia Alicante. Solé dijo que iba a llevar a Amparito a su casa, aunque la actitud de la pareja hiciera presumir otra cosa. Sagrera,



Barceló y Alfredo se metieron en un cine lleno de humo y de rumores, y a la salida se fueron a dormir al hotel.

Al día siguiente, tras desayunar, se presentaron, a las diez, en los locales de la UGT. De nuevo tuvieron que cumplir todos los requisitos de entrada y esperar, y, una vez arriba, un burócrata les preguntó si eran los delegados llegados de Barcelona, y ante la respuesta afirmativa, les entregó una carta. La abrieron y vieron que era un comunicado oficial de la FGE, anunciando que una delegación de la junta acudiría, muy próximamente, a Barcelona para resolver la cuestión pendiente. Sacaron la consecuencia de que «no querían verlos», y ya empezaron a sospechar que acaso tanto Lamonedá como Rodríguez Vega pudieran estar influidos por los comunistas. Más adelante esta sospecha tuvo plena confirmación.

Sagrera sugirió a los otros la posibilidad de tener una entrevista con algún capitoste de la UGT, a fin de plantear los hechos y ver de sacar una consecuencia, sobre todo para saber si toda la UGT había caído bajo la influencia de los comunistas. Todos estuvieron conformes, y entonces preguntaron al burócrata si se podía ver a algún miembro de la ejecutiva. El hombre se adentró por las habitaciones, volviendo al poco rato para decir que por la tarde, a las cuatro, podrían ser recibidos. Aunque ello estropeaba el proyecto que tenían de salir para Barcelona después de comer, aceptaron la cita.

En seguida fueron a buscar a las compañeras de los presos para ir a visitarlos. Como de la casa a la cárcel no había gran trecho, hicieron el camino a pie. En la cárcel de Valencia reinaba entonces un régimen muy liberal. Bastó dar los nombres y decir

a quien querían ver, para que a los pocos minutos les hicieran pasar a todos, hombres y mujeres, a los locutorios, donde ya estaban los presos. Allí estaban Gorkin, Bonet, Andrade, Gironella y otros, además de un buen grupo de poumistas de las comarcas gerundenses que habían sido detenidos durante una gira que hicieron a la playa de País y a los cuales acusaron de «conspiradores» contra el Estado. En realidad, aquellos hombres fueron a País a fin de reorganizar el partido en aquellas, comarcas, después de la desbandada que había causado la represión. Todos los presos tenían excelente moral y sólo lamentaban tener que estar encerrados con fascistas auténticos. Lo que les afligía era estar allí dentro cuando tanto trabajo había fuera. Creían que, como no era posible montar un proceso por traición, por falta de pruebas, la cosa se alargaría hasta que un posible cambio de gobierno en sentido más socialista y republicano, es decir, cuando los comunistas perdieran su nefasta influencia, ellos serían puestos en libertad provisional. Esto no era más que una ilusión, muy normal, pues cuantos están presos siempre ven una esperanza de liberación. Se despidieron de los presos asegurándoles que, a pesar de todo, el partido seguía actuando y se defendía bien.

Comieron en el mismo restaurante del día anterior, y a la hora convenida acudieron a la UGT. El portero hizo como que no los conocía y tuvieron que llenar, una vez más, las fichas de entrada. Arriba fueron recibidos, tras corta espera, por Pascual Tomás, sentado en su amplia secretaría, tras una inmensa mesa de despacho. En algunos esbozos de biografía de Pascual Tomás se dice que era metalúrgico; el tipo que tenían entonces los barceloneses ante sí no ofrecía ninguna característica de tal; ni las manos callosas, ennegrecidas a pesar del jabón, ni la leve

inclinación producida por el trabajo en el banco, ni el léxico especial de los trabajadores del hierro. Lo que Pascual parecía era un traficante de naranjas de Castellón, con su cara ancha, afeitada, una barriguita de burgués satisfecho, su seriedad, sus maneras huertanas mal encubiertas, y, sobre todo, su cómica suficiencia, con los grandes esfuerzos que hacía para creerse él mismo «alguien» en el Partido Socialista. Siguiendo la tradición socialista, les trató ceremoniosamente de «usted», invitándoles a sentarse... a distancia, para lo cual todas las sillas estaban bien adosadas a la pared opuesta a la mesa. Escuchó muy atentamente la relación que hizo Sagrera de cuanto ocurría en Barcelona en relación con la UGT... y no se comprometió a nada. Desde los tiempos de Quejido, Pablo Iglesias y los demás fundadores del Partido Socialista y la UGT, jamás ninguno de sus dirigentes se había «aclarado» ante nadie. Todo quedaba para discusiones a puerta cerrada y las decisiones tardaban en ser sabidas, a veces, semanas y hasta meses. En esta ocasión, Tomás tampoco faltó a la regla y ni siquiera dio a entender si le parecía bien o mal la influencia comunista en el partido y en la Unión. Dio por terminada la entrevista, prometiendo que, a su debido tiempo, recibirían noticias de las resoluciones de la ejecutiva, que, añadió, no dejarían de ser en favor de la organización. Se dieron todos las manos al despedirse, pero Alfredo no pudo dominar el deseo de decir parte de su opinión, y dijo al líder:

–Tomás, créame usted, para este viaje no necesitábamos alforjas.

El hombre se le quedó mirando muy sorprendido ante aquella audacia, limitándose a iniciar una sonrisa que más parecía una mueca.

Al día siguiente, temprano, ya estaba ante el hotel el coche del sindicato, y Solé subió a avisarles. Bajaron todos y vieron allí la «novia» de Solé, muy desencajada, como si fuera a despedirse de un hombre al que conociera hacía años, cuando no hacía más de 48 horas.

Emprendieron el camino de vuelta bien hartos de Valencia y de su ambiente de feria. No pararon hasta Vinaroz, donde comieron en una fonda que daba a la misma carretera, y que en aquella época hacía un buen negocio. Sin embargo, se notaba en el personal que hacía el servicio algo así como una inquietud, una intranquilidad ante un posible peligro. Alfredo preguntó a la camarera si ocurría algo malo, y ella, muy seria, le dijo que sí, que si pudiera se marcharía inmediatamente a Barcelona. Luego, más bajo, le dijo:

–En las capitales parece que no quieren darse cuenta, pero yo creo que la guerra está perdida. ¿Quiere usted creer que, por dos veces, hemos tenido aquí, bebiendo, a soldados fascistas, bajados de la Sierra? Cuando quieran cerrarán la carretera.

Llegaron a Barcelona ya de noche, y desde el día siguiente pudieron darse cuenta de que los comunistas, enfocando su acción a la completa anulación del POUM, no descansaban en su empeño.

Decidieron, pues, cuantos estaban en libertad, establecer la organización clandestina al lado de lo que se les permitía oficialmente. Para esta organización les fue muy útil el organismo llamado Amigos de México, con sus sucursales en el Pueblo Seco y en el Clot. Las reuniones de los dirigentes tenían

lugar en el propio consulado de México, sito en un elegante primer piso de la Rambla Cataluña. Visto a distancia, ahora (1961) parece mentira que en 1937 la policía comunista no estuviera enterada del papel que jugaron aquellos centros de los Amigos de México.

Al mismo tiempo que se prosigue la campaña contra el POUM, se arremete contra Largo Caballero. El 9 de mayo, ya José Díaz, secretario general del Partido Comunista, publicó en el órgano de su partido un artículo en el que se afirma que «hay que acabar con los ‘incontrolados’ o dimitir. La quinta columna está desenmascarada y hay que destruirla».

El día 11, Adelante, órgano de Largo Caballero, replica: «Sí el Gobierno tuviera que aplicar las medidas de represión a que le incita la Sección Extranjera del Comintern, obraría como un gobierno estilo Lerroux–Gil Robles, y destruiría la unidad de la clase obrera, exponiéndose a perder la guerra y minar la revolución. Un gobierno compuesto en su mayoría por representantes del Movimiento Obrero no puede utilizar los métodos que acostumbran a usar los gobiernos reaccionarios o de tendencia fascista».

Se comprende que, tras esta rotunda declaración, el gobierno de Largo Caballero estuviera condenado.

## XVIII. COMIENZA EL DESCENSO Y SIGUE LA OFENSIVA CONTRA EL POUM

Mientras tanto el gobierno de la Generalitat empezó a dar aquella serie de bandazos que no tuvieron fin hasta que sus últimos componentes pasaron la frontera. El gobierno que debería haber tomado posesión el día de la muerte de Sesé, no lo hizo, y siguió haciendo como que gobernaba una especie de Junta de Gobierno, en la cual estaba Valerio Mas, por la CNT. Envalentonado el embajador ruso por el resultado obtenido en Barcelona, decidió, sin duda, dar la batalla en Valencia, para eliminar a Largo Caballero, el cual ya no era el «Lenin español», como había publicado un día *Mundo Obrero*, sino un «hombre pusilánime que no estaba a la altura de las circunstancias», como publicó el mismo periódico por aquellos días. Los ministros comunistas recibieron, pues, las debidas «órdenes» y se planteó la crisis. Uribe y Hernández, en reunión del consejo, piden a Largo Caballero que deje la cartera de Guerra y siga sólo con la Presidencia del Gobierno. Largo se niega rotundamente. Entonces se retiran del salón los dos ministros comunistas. Largo Caballero no se inmuta, y dice: «Sigue la sesión». Lo inaudito fue que inmediatamente se pusieron en pie Indalecio Prieto, Negrín,

Álvarez del Vayo, Irujo, Giral... Claro, la crisis tuvo que ser declarada. Ni a través de los años, y a pesar de las toneladas de papel impreso sobre la guerra de España y sus hombres, nada ha sido publicado sobre los motivos de aquella crisis. Por su conducta posterior, hemos comprendido el gesto de Álvarez del Vayo, Negrín y Giral, los tres entregados de pies y manos al Kremlin, pero ni Prieto ni Irujo han tenido interés en aclarar su conducta. Es muy posible que obedecieran a motivos puramente personales y que aprovecharon la ocasión para desprenderse de Largo Caballero, a quien consideraban demasiado «absorbente». Los comunistas triunfaban, pues la crisis se resolvió no sólo con la salida de Largo Caballero, sino también de los ministros de la CNT. El nuevo gobierno quedó constituido así:

Presidencia y Hacienda	Juan Negrín
Defensa	Indalecio Prieto
Gobernación	Julián Zugazagoitia
Estado	José Giral
Justicia	Manuel Irujo
Instrucción Pública	Jesús Hernández Tomás
Agricultura	Vicente Uribe
Obras Públicas	Bernardo Giner de los Ríos
Trabajo	Jaume Aiguadé

La CNT no apoyaría al nuevo gobierno.

«Oficialmente», en el gobierno recién constituido, hay dos comunistas, Uribe y Hernández, pero acaso tuvieron influencia moscovita Negrín, Giral y Aiguadé.

Así como Largo Caballero se había negado a perseguir injustamente al POUM, Negrín fue la primera medida que tomó. El 28 de mayo suprime, gubernativamente, *La Batalla*, órgano de dicho partido. A continuación, se procesa a Gorkin por un artículo publicado en aquel periódico, en el cual se propugna la creación de un frente revolucionario CNT-POUM. Y el 19 de junio fue cuando se procedió a la detención de cuantos dirigentes se encontraron.

Y se formó el famoso proceso contra el POUM, que pretendía justificarse publicando en la prensa comunista algunos extractos de las actuaciones del Tribunal, procedimiento no usual, y más cuando todavía los procesados no habían podido designar un abogado defensor. Según aquellas notas de prensa, el proceso obedece a «que la línea general de la propaganda de este partido tiende a la supresión de la República y de su gobierno democrático, por medio de la violencia, e intentar la dictadura del proletariado».

Como esto, para los comunistas, no puede ser cosa grave, la acusación sigue diciendo:

«El POUM es responsable de haber ‘calumniado a un país amigo’, cuyo apoyo moral y material ha permitido al pueblo español defender su independencia, y es responsable, también, ‘de haber atacado a la justicia soviética’, así como del hecho



grave de estar en contacto con organismos internacionales, conocidos como trotskistas, cuya acción en el seno de una potencia amiga demuestra que están al servicio del fascismo europeo».

Todo este párrafo de la acusación es copia fiel de lo publicado poco antes por el periódico soviético *Pravda*. Claro se ve que se intentaba repetir en España lo que se estaba haciendo ya en Rusia.

Andreu Nin, después de la detención de los dirigentes del POUM, fue separado de sus compañeros y ya no se le volvió a ver.

Interrogado Irujo, ministro de Justicia, manifestó que acaso Nin estuviera en una prisión «privada» de los comunistas. Es bien edificante que todo un ministro de Justicia tenga que confesar tal enormidad.

A Federica Montseny, que también interrogó al Gobierno, se le contestó que el líder poumista estaba preso, pero sin decir dónde. Y parece ser que hasta el propio Negrín lo ignoraba.

Como la opinión pública se inquietaba, y toda la prensa que no era comunista trataba de esa desaparición, el 4 de agosto, el gobierno publicó una nota oficiosa diciendo que «de los informes recogidos resulta que Andreu Nin fue detenido por la policía en unión de otros dirigentes del POUM, trasladado a una prisión de Madrid» (sin indicar cuál), y que «ha desaparecido» de aquella prisión. La fórmula es nueva, no se aclaraba si le habían sacado o se había fugado.

Esa nota, lejos de tranquilizar, produjo un enorme escándalo dentro del país e incluso internacionalmente. Irujo, por fin, no tuvo más remedio que nombrar un juez especial para que averiguase lo ocurrido. Tal medida produjo un gran pánico entre la policía al servicio de los rusos; algunos policías desaparecieron y otros se refugiaron en la embajada rusa.

En Valencia, el juez especial escapó, de milagro, a un secuestro que le tenían preparado. El juez se presentó al ministro y le dio cuenta de lo ocurrido. El ministro quiso dimitir. El ministro socialista Zugazagoitia secundó la actitud de Irujo, amenazando también con la dimisión. Para aplacarlos, se destituyó al jefe de policía, el comunista Ortega. Pero Nin no apareció.

La prensa española apenas habló de este asunto. Tuvo que ser el periódico norteamericano *The New York Times*, del 8 de agosto de 1937, el que dijera: «A pesar de haberse hecho todo lo posible para enterrar el asunto, aquí, en Valencia, todo el mundo sabe que Andreu Nin ha sido encontrado, muerto, asesinado en las afueras de Madrid.»

Hasta aquí lo que sobre ese asesinato se puede decir concretamente. Pero durante muchos años se ha hablado del asunto y se han acumulado muchas sospechas y coincidencias. Como muy probable, se puede reconstituir el hecho de la siguiente manera:

El crimen no fue cometido por la policía española como tal, sino por la sección en España de la NKVD soviética. Cuando la policía detuvo a los dirigentes del POUM, iba mandada por un militar ruso, el capitán León Narvitch (que más tarde fue

asesinado en Barcelona, seguramente porque sabía demasiadas cosas).

Días antes de la detención de los jefes poumistas, estuvo en el local del partido, situado en la Rambla de los Estudios, en Barcelona, ese mismo individuo, intentando hacerse pasar como opositor al estalinismo.

Nin cayó en manos de Orlov, jefe de la policía soviética en España, quien le hizo conducir a la cárcel de Alcalá de Henares. Se trataba, como en los procesos de Moscú, de «hacerle confesar enormidades», a fin de montar un proceso por traición, al estilo soviético. Pero Nin, a pesar de su salud delicada, era todo un hombre y no quiso «confesar». Desde ese momento era claro que debería desaparecer. España no es Rusia, y Nin vivo sería la acusación patente de los procedimientos rusos. ¿Pero, cómo confesar que ha muerto en la cárcel? ¿Quién va a creer que su muerte ha sido natural?

Y es entonces cuando se monta la burda comedia, como veremos más adelante. Afirmaremos, ahora, porque es verdad, que no fue sólo Nin el asesinado. Ya hemos citado el caso de los italianos Bernieri y Barbieri; además se detuvo a Georges Kep, formidable revolucionario belga, condenado en su país por haber enviado armas a España. Una gran campaña internacional logró que fuera dejado en libertad, pero a condición de que saliera del país. Mas otros no tuvieron esa suerte.

Bob Smilie, de las Juventudes del Independant Labour Party, inglés, muere misteriosamente en la cárcel de Valencia. Kurt Landau, austríaco, el socialista ruso March Rhin, corresponsal de

prensa sueca, el alemán Freud, el checoslovaco Erwing Wolff, José Robles, profesor, también desaparecen sin dejar rastro. Y así muchos más, cuyos nombres, por no conocidos, no pueden darse.

Recordemos lo ocurrido con una comisión franco-inglesa que vino a Catalunya, y que al entrar en la cárcel de Barcelona, como visitantes, quedaron estupefactos al ser recibidos por los presos que entonaban el himno *La Internacional*, cuando esperaban oír el *Cara al sol*.

A partir del 27 de mayo, los ministros salientes del gobierno de Largo Caballero, pertenecientes a la CNT, emprendieron unas declaraciones públicas, explicando su conducta en los ministerios.

Veamos algo:

Juan López fue ministro de Comercio. Declaró que, en realidad, casi nada pudo hacer en la práctica a causa de la rotunda oposición del resto de los ministros. No decían a nada que no, pero con sus dilaciones impedían que se tomaran acuerdos. López acaso fuera capaz de desempeñar aquella cartera de Comercio, pero era seguro que para ello hubiera necesitado una buena preparación y más ánimos.

García Oliver fue aquel que, al verse ministro por arte de birlibirloque, no pudo menos de exclamar: «Ya no podemos llegar a más». Camarero de oficio, con más tiempo en la cárcel y corriendo aventuras que sirviendo mesas, sabiendo leer y escribir rudimentariamente, orador de fuegos artificiales, la cartera de Justicia le caía como a un Cristo un par de pistolas. En

su explicación de la labor en su ministerio, recordó que había decretado que los acusados pudieran defenderse a sí mismos, el haber propiciado una ley contra los agiotistas de los artículos de primera necesidad (ley que no se aplicó jamás), la cancelación de los antecedentes penales... y la creación de «campos de trabajo», sistema caro a Mussolini y a Stalin, y que dieron, como era de esperar, ancho campo para represalias de todas clases, y sobre todo para encerrar y asesinar en ellos a muchos probados antifascistas. Recordaba que había decretado una «amnistía general», que no fue otra cosa que legalizar lo ya hecho en todas las prisiones del país, o mejor dicho, en la llamada zona republicana. También decretó que las mujeres tuvieran la misma capacidad jurídica que los hombres, mejora que por entonces no podía pasar del papel, porque la guerra tenía durmiendo todos los procedimientos jurídicos. Se alabó de la creación de los Tribunales Populares, que no fueron más que la copia fiel de los creados en Catalunya por Andreu Nin. Lo más feliz de su gestión fue el haber conseguido que los delitos civiles no fueran juzgados por los tribunales militares.

Peiró fue el único que se sinceró en su exposición. Luchó denodadamente porque se legislara, en sentido social y revolucionario, en todo aquello que correspondía a su cartera de Industria, pero afirmó que todos sus esfuerzos fueron vanos, porque, aunque en los consejos de ministros le aprobaban sus proyectos, jamás Hacienda desblocó dinero alguno para ello, ni los otros ministerios decretaron nada que tuviera relación con los proyectos de Industria. Tuvo que aceptar, como «una necesidad de guerra», las nacionalizaciones, especialmente las de las industrias eléctricas, pero no las pudo llevar a cabo. Y lo mismo le ocurrió con las empresas de sales potásicas de Sallent

y Cardona, en Catalunya. Estas empresas producían a cargo de sus comités de empresa, por abandono de los antiguos directores, pero no era posible exportar, y eso mismo ocurrió en toda la producción minera. Podían haber sido las minas de pirita, de mercurio, de potasas, una fuente preciosa de divisas y no lo fueron. ¿Por qué? Peiró afirmó, valientemente, que desde sus ministerios los comunistas sabotearon la exportación a fin de que no se acreditara un ministerio al frente del cual había un hombre de la CNT, aunque ello comportara la pérdida de la guerra.

Federica Montseny fue ministro de Sanidad como lo pudiera haber sido de Marina; lo mismo sabía de una cosa como de la otra. Como nada había hecho, se enfrascó en explicar la historia de su familia (a su manera). Después quiso hacer creer que se había opuesto a la salida de Madrid del Gobierno. Afirmó que había presentado muchas propuestas y proyectos que estaban en trámite, pero no explicó cuáles eran. Al final hizo juegos malabares para justificar su viaje de apagafuegos a Barcelona, al final de los sucesos de mayo.

El día 15 de junio, por decreto, se suprimen, lisa y llanamente, las emisoras de radio de los partidos y organizaciones. Previamente, los comunistas habían ocupado las emisoras oficiales, relevando a locutores y técnicos por otros de su elección.

Por orden llegada de Valencia se «rogó» a Eroles que se marchara de la jefatura de policía de Barcelona, en compañía de sus nanus. Fue la única medida llegada del Gobierno central, bien acogida en Catalunya.

Negrín, bien aposentado en la Presidencia del Consejo de Ministros, teniendo, además, la cartera de Hacienda, procedió a la creación de una amplísima fuerza a su entera disposición, multiplicando el cuerpo de carabineros, al cual equipó magníficamente. Allí fueron a parar todos los gandules bien plantados que con anterioridad nutrieron la guardia civil. El gracejo popular les bautizó en seguida con el nombre de «Los hijos de Negrín», y no sin razón, porque el cínico médico colocó, al frente de «su guardia», a sus propios hijos.

Por aquellos días la FAI, tomando oficialmente figura de organismo, celebró un pleno nacional. Desde que había estallado la guerra civil, los anarquistas, con su verborrea inagotable, no hacían más que celebrar plenos nacionales, regionales, locales, aprobando resoluciones sin cuento, pronunciando discursos a millares.

La esquelética Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) quiso aprovechar la coyuntura de la guerra en España para dar fe de vida, celebrando un congreso, que tuvo lugar en los días 11 al 13 de junio. Aquel «gran» congreso tuvo como delegados, además de la CNT de España, la SAC de Suecia, un grupo de Holanda, otro grupo de Francia, los exiliados de Italia, los de Polonia, otro grupo de Bélgica y una fracción de Chile. A pesar de ello, discutieron y aprobaron resoluciones como si se hubiera tratado de una efectiva organización internacional. Una resolución condenó la ofensiva de los comunistas contra la CNT, y otra resolución censuraba la colaboración de la CNT en el gobierno republicano español.

El 27 de julio se produjo otra crisis en el gobierno de la Generalitat. A pesar del acuerdo de la AIT, la Regional Catalana acepta entrar en el Gobierno de Catalunya, junto a los comunistas, abandonando en su desgracia al POUM. En las conversaciones privadas con Companys, se llegó al acuerdo de que entrarían en el gobierno tres cenetistas, a saber, Alfonso Vidal, García Oliver y Esgleas. Pero el revuelo fue tan grande entre la militancia de la retaguardia, que el comité regional tuvo que publicar un manifiesto aclarando su actitud y rechazando que entrase en el gobierno como ministro sin cartera el señor Bosch Gimpera; además, ponía peros a la entrada de los comunistas. Ante esta salida inesperada, contraria a lo convenido, Companys se enfadó y formó Gobierno por su cuenta y riesgo, quedando constituido así:

Presidencia	Lluís Companys, Esquerra
Gobernación	Josep M. Sbert, Esquerra
Hacienda	Josep Tarradellas, Esquerra
Cultura	Carles Pi i Sunyer, Esquerra
Trabajo (?)	Rafael Vidiella, PSUC
Economía	Joan Comorera, PSUC
Abastos	Serra Pàmies, PSUC
Justicia Josep	Bosch Gimpera, Acció Republicana
Agricultura	Enric Calvet, Unió de Rabassaires



Los faístas de la retaguardia, aprovechando que la mayoría de la juventud está en los frentes, acuerdan celebrar otro pleno, de cara a tener más influencia en los sitios de mando o de gobierno. Como oficialmente en dichos lugares no existía como organismo, no se contaba con ellos a la hora de repartir cargos. Tuvieron, pues, su pleno en los días 4 al 7 de julio, y acordaron constituirse en organismo perfectamente legal, y por sus acuerdos se identifica con el modo de ser de cualquier partido político. Los puristas de los frentes y los intransigentes de Barcelona se enfadaron mucho, y, por su cuenta, convocaron otro pleno, a celebrar en la capital catalana, el cual se llevó a efecto, y allí se acordó desautorizar al pleno celebrado en Valencia. El caballo de batalla para atacar al pleno oficial, era un acuerdo del tal, que decía:

«Vamos contra la forma totalitaria de gobiernos», en lugar de la clásica «Vamos contra toda forma de Estado».

En realidad, quedaron, frente a frente, dos FAI.

El día 21 de julio tuvo lugar en el Teatro Circo Olympia un mitin conmemorativo del 19 de julio de 1936. El local estaba lleno a rebosar. Las juventudes del POUM repartieron, profusamente, un manifiesto acusando a los comunistas del asesinato de Andreu Nin, de Alfredo Martínez, de Bernieri y de dieciséis jóvenes libertarios. Federica Montseny, por una vez, estuvo concreta y valiente. Afirmó que, efectivamente, Nin había sido asesinado, añadiendo: «Si, como dicen los comunistas, Andreu Nin era un agente fascista, había que probarlo en juicio público, lo mismo que se quiere hacer con el resto del comité ejecutivo del POUM, preso en Valencia».

En aquel final del mes de julio de 1937, a Alfredo le ocurrió un incidente que pudo costarle un serio disgusto, pero del que salió bien por su proverbial buena suerte. Era domingo, y cuando volvía hacia su domicilio, cerca de la una de la tarde, se detuvo un momento ante un quiosco de periódicos de la Rambla de las Flores, frente a la calle Puertaferri. Estaba curioseando la prensa que allí colgaba, cuando le tocaron en el hombro; volvió la cabeza y vio dos tipos que le encuadraron y preguntaron:

–¿Tú eres Alfredo?

–Sí.

–Pues tienes que venir con nosotros; somos policías.

Y añadiendo la acción a la palabra, volvieron la punta de la solapa para mostrar una insignia que acaso comprobara el cargo. Alfredo, sin emocionarse, les preguntó que por qué debería seguirles; ellos afirmaron que estaba reclamado por la autoridad. Alfredo tuvo el presentimiento de que aquello no era verdad y que solamente se trataba de que aquellos individuos, policías novatos al servicio de los soviets rusos, pretendían apuntarse un servicio. Así se lo manifestó a los tipos, aduciendo que, si en realidad estuviera reclamado, podían haberle detenido antes, en su domicilio, o en el taller donde trabajaba. Los policías no se dieron por convencidos e insistieron en llevárselo detenido. Alfredo temía que le llevaran a alguna checa, por lo que les preguntó dónde le querían conducir. Uno de ellos dijo que a jefatura, el otro saltó diciendo que «a una comisaría». Mientras tanto se había formado un buen círculo de curiosos alrededor de ellos, y las gentes seguían, interesadas,

aquel debate. Alfredo decidió jugarse el todo por el todo, y les increpó amargamente, acusándoles de obrar de la misma forma que la policía monárquica. La gente parecía aprobar sus palabras, llevada, a no dudar, por el sentido de oposición a los policías. Uno de los policías, pálido, explicó a la gente que si llevaban detenido a Alfredo era porque estaba reclamado judicialmente. Entonces fue cuando Alfredo dio su golpe, diciendo:

–Bueno; eso vamos a verlo inmediatamente. Que venga un par de testigos con nosotros, nos llegaremos a la comisaría más próxima, y allí aclararemos lo de la reclamación.

Automáticamente, del grupo que les rodeaba, se destacó un militar aceptando servir de testigo, y acto seguido avanzaron dos ciudadanos más. Alfredo dio las gracias, pero dijo que con el militar había bastante. Los policías dudaron, pero entonces el militar, que tenía el grado de capitán, dijo que era necesario salir de dudas y que no había otra solución que acudir a una comisaría de policía, donde todo quedaría aclarado. A Alfredo no le acababa de gustar la rígida actitud del capitán, pues hubiera preferido que las cosas hubieran quedado en proyecto, pero era claro que no podía oponerse, después de haber sido el iniciador de la idea. Y así fue como se dirigieron a la plaza del Pino, donde estaba la comisaría de aquel distrito, con la paradoja de que el único que acudía, lleno de buena fe, era el capitán que, en el fondo, no tenía nada que ver con todo aquello. En la comisaría subieron al primer piso, donde estaba el despacho del comisario. Un guardia escuchó, respetuoso, al capitán, que se había constituido en jefe, y entró en el despacho, saliendo casi inmediatamente e invitando a entrar a los recién

llegados. Nada más entrar, Alfredo vio que el hombre joven que estaba sentado tras de la mesa no le era desconocido, aunque no recordaba de dónde. El emprendedor capitán, sin dejar hablar a los policías, explicó el caso. El comisario preguntó a los policías si tenían orden expresa de detener a Alfredo (y dijo el nombre, demostrando conocerle). Ellos dijeron que no tenían aquella orden en particular, pero que sabían que el nombre de Alfredo constaba en una lista de reclamados que había en jefatura. Entonces intervino Alfredo, rogando al comisario que llamara por teléfono a jefatura preguntando si allí había alguna reclamación contra él. El capitán afirmó que sería lo más acertado y lo mismo opinó el comisario, el cual, descolgando el auricular del aparato que tenía sobre la mesa, compuso un número, atendió y después dijo:

–Aquí la comisaría del Pino. Deseo saber si hay orden de detención contra Alfredo Bosch.

Estuvo atento durante un rato, y luego dijo:

–Sí, sí, bien.

Y siguió escuchando. Alfredo disimulaba cuanto podía, pero la verdad era que no estaba nada tranquilo. Por fin, el comisario volvió a hablar:

–¿No hay nada? Bien, gracias.

Colgó el auricular en su sitio y dijo:

–No hay tal reclamación. Sin duda estáis equivocados. Puedes marcharte, Alfredo.

Éste, ahora sí, indignado... y tranquilo, preguntó al comisario qué había que hacer con aquellos polizontes. El comisario le calmó y acompañó hasta la puerta junto con el capitán. En el vestíbulo le dijo al supuesto reclamado que le conocía bien y por eso era natural que en jefatura no hubiera reclamación alguna contra él. Y les alargó la mano sonriendo de una manera que a Alfredo le pareció irónica. Ya en la plaza, el capitán le alargó la mano para despedirse. Alfredo le expresó su agradecimiento por su colaboración, que seguramente le había salvado de una detención quién sabe de cuántos días. El capitán le dijo que la cosa no tenía importancia.

–Yo –le dijo–, no soy militar más que de ocasión. Acabo de llegar del frente y me ha cabreado la manera soez como esos «bofias» se portaban. Hasta otra vez, amigo.

Y se marchó hacia la Rambla, braceando garbosamente.

Alfredo tomó, lentamente, el camino de su domicilio, ligero el espíritu como a quien se le ha quitado un mal peso de encima. Para él era indudable que había tenido la gran suerte de que aquel joven comisario le conociera, no sabía de qué, lo que había sido causa de que hiciera una comedia ante el teléfono, componiendo un número falso y fingiendo una conversación inexistente. Todo había salido muy bien, pero, por otra parte, comprendía que aquella suerte no se repetiría, y era casi seguro que aquellos perros no se darían por fracasados. Aquella sensación se confirmó el martes siguiente, cuando estaba trabajando en la imprenta donde prestaba sus servicios. Como hacía calor, la puerta del taller estaba abierta y por la abertura se podía ver el largo pasillo hasta la calle. Por esta feliz

disposición, Alfredo pudo ver, mientras sacaba una prueba del último trabajo que acababa de hacer, como un automóvil paraba ante la puerta, bajando de él un individuo, volviendo a emprender la marcha el vehículo. El tipo avanzó hasta la puerta del taller, y encarándose con Alfredo preguntó precisamente por él. La reacción fue inmediata y Alfredo contestó que no había acudido al trabajo, y para acentuar más la mentira, se volvió hacia su compañero Llanos, que estaba cerca, y le preguntó:

–Oye, Llanos, ¿Alfredo no ha venido, verdad?

Llanos comprendió fácilmente y contestó:

–No; ni hoy ni ayer. Ha mandado recado de que está enfermo.

Alfredo remachó más preguntando al intruso si quería dejar algún recado. El hombre dijo que ya volvería, y se marchó pasillo adelante. Alfredo, rápido, dijo a Pedro, el aprendiz:

–Sigue a ése, a ver dónde va.

El aprendiz esperó a que el tipo saliera del portal y galopó hasta la calle. Estuvo un momento mirando y volvió para decir:

–Se ha metido en un coche que estaba en la esquina.

Así, pues, la cosa era clara, se trataba de un policía, de la clase que fuera, que venía a por él. Todos convinieron en que se pusiera a salvo por el momento. No se lo hizo repetir; se lavó las manos, se cambió de ropa, y antes de salir telefoneó al taller donde estaba trabajando Pepita, para decirle que al salir subiera

por la calle Villarroel hasta la de Aragón; después ya le diría el motivo. También mandó recado, por el aprendiz, a su familia para advertirles que había salido fuera de la ciudad. Desde el taller se fue, directamente, a ver a Sagrera, a la imprenta Casamajó. Le explicó lo ocurrido y convinieron que lo mejor sería que todos los más conocidos tomaran las disposiciones convenientes, y para ello se verían aquella noche en el local de Los Amigos de México, sito en el Pueblo Seco.

Como había convenido, se encontró con Pepita y le explicó el peligro que había. Le recomendó que, si acaso alguien la interrogara, afirmara, rotundamente, que hacía días que no se veían.

–Y, si quieres –añadió, riendo– puedes decir que soy un sinvergüenza, del que no vale la pena ocuparse.

Ella contestó, medio en broma medio en serio, que acaso fuera ésa la verdad. Como no sabía dónde iría a parar, quedaron que escribiera al taller, pero a nombre del propio patrón.

Como medida de seguridad se refugió en la imprenta que había sido de *La Batalla*, donde seguramente nadie iría a buscarle. Todavía encontró allí a su hijo, a quien enteró de lo que ocurría. El chico quedó en llevarle algo para cenar y a la media hora estaba de vuelta con un paquete de comida; explicó que también un tipo había estado en el domicilio familiar preguntando por él.

Más tarde, en el local de Los Amigos de México, se juntaron Solé, Saló, Sagrera, Barceló y Alfredo. Las noticias eran alarmantes. Habían sido detenidos y conducidos a las checas

cerca de treinta afiliados al POUM, entre ellos algunas mujeres, como Teresa Carbó y la compañera de Nin. Convinieron, pues, en que había que eclipsarse por una temporada. Solé dijo que él podía llevar a Valencia a un par de ellos y allí estarían más seguros que en Barcelona. Sagrera explicó que el presidente del Sindicato del Papel de Campdevánol se había ofrecido para acoger a algún fugitivo, y que él, por su parte, iría a casa de su hermana, en Horta, donde estaría bien seguro. Arreglaron, pues, las cosas de esta manera.

Solé, con el coche del Sindicato, iría a Valencia, llevándose a Saló y a Barceló. Sagrera ya se sabía dónde y Alfredo se iría a Campdevánol. Aquella noche la pasaron donde estaban, dormitando en sillas y sillones.

Muy de madrugada, Solé salió a buscar el coche del Sindicato, volviendo en seguida. Montaron todos, yendo directamente a casa de Sagrera. Antes de que éste descendiera del coche, vigilaron atentamente toda la calle, sin apreciar nada sospechoso. Solé, a quien ya conocía la portera, entró en la portería para interrogarla. No había peligro a la vista. Sagrera subió a su piso acompañado de Solé y Barceló, que iban armados con sendas pistolas en el bolsillo. Aquella ida a casa de Sagrera era indispensable, porque era allí donde estaban los fondos secretos del Sindicato, a emplear en casos de emergencia. Pronto bajaron, y poniendo el coche a poca velocidad recorrieron las calles del ensanche sin plan concebido. Se repartieron el dinero. Sagrera no quiso nada porque en casa de su hermana no lo iba a necesitar. Como en Campdevánol no se sabía en qué condiciones se podía vivir, Alfredo obtuvo la mitad de los fondos y la otra mitad fue para los que iban a Valencia,



donde el partido ya les ayudaría. Hecho el reparto, quedaron en que, si no había grandes novedades, se encontrarían todos, de nuevo, en el mismo local, al cabo de un mes justo, pero que Sagrera, que al fin y al cabo quedaba en Barcelona, sería el encargado de estar en comunicación con los demás. Todas las direcciones se le mandarían en clave, usando la establecida por el sindicato en relación con el partido. En el coche llevaron a Sagrera a casa de su hermana, que habitaba en una «torre» en la parte alta de Horta, dejándole allí, volviendo al centro, parando en la calle Aragón, entre Paseo de Gracia y Rambla Catalunya, donde estaba el despacho de la fábrica de papel de Campdevánol. A ese despacho venía, dos veces por semana, el presidente del sindicato de aquel pueblo, y se trataba, claro es, de entrevistarse con él para arreglar la estancia de Alfredo en aquella localidad. Resultó que hasta el día siguiente no estaría allí Feliu, que así se llamaba el presidente. El empleado que les daba los informes manifestó que el camión de la fábrica llegaría aquella misma noche, pero no se sabía a qué hora, y que la costumbre era que estuviera en la puerta del despacho a las ocho de la mañana, para arreglar las cosas, dejar el papel y volver a salir lo antes posible. Alfredo dejó una nota, rogando a Feliu le esperara en la puerta del despacho hasta las nueve de la mañana, como máximo. Como no había más remedio, para Alfredo, que esperar hasta el día siguiente, empezó a pensar dónde podía pasar aquellas horas en seguridad. Se le ocurrió pedir auxilio en casa de la viuda e hija de su hermano Joaquín, en la barriada de Gracia. Allá fueron en el coche. Como presumía, aquella parte de la familia le recibió fraternalmente, sin oponer dificultad alguna. Los otros decidieron hacer el «pleno de gasolina» y salir, sin dilación hacia Valencia, pero tomando sus buenas precauciones, la principal de las cuales

consistía en vestirse de oficiales del Ejército Popular, cosa sencillísima, puesto que todavía estaba libre el almacén de vestuario del POUM, donde se podía encontrar todo lo necesario. La sobrina de Alfredo se ofreció a bajar a casa de éste y volver con un poco de ropa interior y lo indispensable para el aseo personal. Y como lo propuso lo hizo, volviendo antes de una hora, diciendo que su presencia y sus explicaciones habían tranquilizado bastante a toda la familia. Julia, la viuda de su hermano, que habitaba en el piso colindante, de la manera más natural, vino a decirle a Alfredo que si llegaban allí para buscarle, por rara casualidad, él no tenía más que, a la primera alarma, saltar de una galería a la otra y salvarse. No hubo necesidad de la magnífica solidaridad porque nadie llegó allí a preguntar por él.

Al día siguiente, antes de las ocho de la mañana, ya estaba Alfredo ante el despacho de la fábrica de papel. Casi simultáneamente llegó el camión y en él el compañero de Campdevánol. Alfredo le explicó la situación y el hombre aceptó inmediatamente llevarle al pueblo y le aseguró que allí podría estar tranquilo todo el tiempo que fuera necesario.

Media hora después salió el camión, en cuya cabina iban el chófer, Feliu y Alfredo. El camino se hizo sin novedad. Al llegar al pueblo, Feliu acompañó a Alfredo a un hotel modesto, pero limpio, donde tuvo una corta conversación con el dueño que, mientras escuchaba, miraba atentamente al forastero. No supo Alfredo lo que se dirían, pero después el fondista le hizo subir al primer piso, haciéndole entrar en una amplia habitación limpia y clara, donde le aseguró que estaría bien y tranquilo, añadiendo que para las comidas podría hacerlo a las horas que quisiera.

Cuando bajó, al empezar la noche, para cenar, observó que en el comedor estaban sentados a la mesa como una docena de carabineros, con cabos y sargentos, todos de edad ya madura, es decir, carabineros de verdad, no de aquellos otros inventados por Negrín. La esposa del dueño, que servía a las mesas, le hizo sentar en una preparada para él solo, cerca del mostrador. Esto le chocó, pero nada dijo. Durante la comida entraron seis o siete parroquianos con tipo de obreros, que, como supo después, eran empleados en las fábricas. Acabada la cena, como estaba cansado, se retiró a dormir temprano, un tanto intrigado por las muestras de cortesía y solicitud que le hacían todas aquellas gentes.

Se levantó temprano, encontrándose fresco y tranquilo, como nunca después de aquellos meses de agitación desusada. Desayunó muy bien un enorme tazón de café con leche, con mantequilla y pan tierno, y después, con un libro en la mano, se fue a descubrir el pueblo y sus alrededores. Como esperaba, el pueblo era mitad agrícola y mitad industrial por sus fábricas de papel, una de yeso y otra de carburo. La originalidad, para él, era la enorme abundancia de agua que se veía por todas partes.

Cuando, más tarde, en el hotel, estaba terminando de comer, llegó Feliu con dos obreros más, que presentó como miembros de la junta de sindicato, y los dos poumistas. Hablaron de la situación y ellos le aseguraron que en aquel pueblo el Sindicato del Papel «era el amo», y que nada tenían que hacer allí ni faístas ni comunistas, por lo cual podía descansar tranquilo. Después de tomar café, le llevaron a ver una de las fábricas, y no dejó de chocarle que, a medida que pasaban por los talleres, hombres y mujeres le saludaban cordialmente. Preguntó a Feliu y éste,

riendo, le dijo que las gentes de aquel pueblo eran muy bien educadas.

Como no encontraba razón para comer solo, rogó al fondista que le pusiera el cubierto en una de las mesas en que comían los obreros; así lo hizo y desde aquel momento comió con ellos, pero observando que, si bien eran atentos, acaso faltare en el trato la confianza corriente entre trabajadores.

El primer domingo que pasó en el pueblo, antes de salir para su paseo cotidiano, llegó Feliu para invitarle a ir, aquella tarde, a visitar un hospital de heridos instalado en San Juan de las Abadesas, donde estaban en cura algunos muchachos del POUM. Aceptó la oferta, y después de comer vinieron a buscarle los tres conocidos del sindicato, y en un coche emprendieron el camino hacia San Juan, que había cambiado de nombre, y entonces se apelaba Puig Alt de Ter.

El camino, por aquellas carreteras, bien cuidadas, entre barrancos y bordeando ríos y arroyos, muchas veces a la sombra de grandes pinos pirenaicos, e incluso abetos precoces, era precioso, y se encontraron en Puig Alt antes de lo que creían. Se dirigieron directamente al local del POUM, en plena plaza, donde fueron muy bien acogidos por los amigos del partido que allí estaban. Lo mismo que en Campdevánol y toda la comarca, le aseguraron que por allí los comunistas no tenían nada que hacer. Alfredo sacaba la consecuencia de que los súbditos de Moscú no ejercían influencia más que en las capitales.

Fueron todos al hospital instalado en un ala del célebre monasterio monjil, donde, según la tradición, las abadesas

tenían una especie de harén monacal, lo cual no era obstáculo para que también fueran bien recibidos curas y frailes, e incluso obispos, que encontraban en aquel convento, además de las golosinas de tradición, otros placeres, ya que se asegura que allí se rendía homenaje lo mismo a Safo que a Aretino.

La mayoría de los heridos se paseaban, en pijama, por los jardines y se mostraron muy contentos de la visita, que, además de personal, fue acompañada de paquetes de tabaco francés, que los de Campdevánol se procuraban fácilmente en la frontera. Alfredo se había hecho con un par de botellas de coñac auténtico que le vendió el dueño de la fonda donde se hospedaba. Entraron luego en las salas limpias y bien arregladas, en las cuales había pocos encamados, estrictamente aquellos que materialmente no estaban en condiciones de deambular.

El médico que dirigía aquel hospital era un viejo galeno del mismo pueblo, el cual era enemigo de encerrar a los enfermos. El hombre se pasaba casi todo el día en el hospital, descuidando un tanto su parroquia particular entre la población civil.

Estando hablando Alfredo con un muchacho, al cual hubo necesidad de amputarle una pierna, y el muñón todavía no estaba curado, oyó a su espalda una voz cantarina que le hizo dar un vuelco al corazón. Era la inconfundible voz de Florentina, la de la noche inolvidable de Calella; quedó como paralizado y no se atrevía a volver la cabeza para mirarla. Desde que ella decidió que todo acabara después de su entrevista con Pepita, no se habían vuelto a ver. Y ahora la guerra les ponía frente a frente...

Llegó Florentina a la cama del muchacho con un termómetro en la mano y quedó blanco como el papel al descubrir, en aquel hombre, en el cual casi no había reparado, a aquel Alfredo que cubrió un episodio esencial de su vida. Fue Alfredo quien primero rompió el embarazoso silencio, que empezaba a chocar a los testigos de aquella escena. Le alargó la mano, mientras decía:

–¿Qué haces aquí?

Ella sonreía, mientras la reacción natural la ponía amapolada, y apretando vigorosamente la mano de él, respondió, queriendo parecer natural:

–Pues, ya ves, haciendo de enfermera. Y tú, ¿qué haces?

–Yo descanso en Campdevánol. Me he fatigado mucho. ¿Estás bien aquí?

–Sí; en realidad me han traído a este convento a reponerme porque en Aragón me consumí mucho... Bueno –añadió–, voy a seguir mi trabajo. ¿Te vas en seguida?

–No; pero antes de marchar, nos diremos adiós, ¿no?

–Como quieras.

Y siguió sala adelante, con su termómetro y su estilográfica. Estaba muy bien, vestida de blanco, con su toca que dejaba escapar unos rizos.

–Parece que os conocéis bien, ¿eh? –sonrió Feliu, un tanto zumbón.

–Sí; es una gran compañera del textil de Barcelona.

Y preguntó al herido:

–¿Se porta bien esta enfermera?

–Es la mejor del hospital. Y absolutamente seria. No se le conoce el menor devaneo. Parece que los hombres, como a muchas, no le interesan en absoluto.

Siguieron la visita, acompañados, ahora, por el médico, que se empeñó en enseñarles la sala de operaciones que había logrado montar gracias a las combinaciones de Feliu, que era un as en eso de adquirir materiales de todas clases a través de la frontera.

Feliu, riendo, explicó su táctica, sacada –dijo– de Don Juan Tenorio, cuando dice: «con oro nada hay que falle», y yo he tenido oro y lo he empleado todo lo bien que he sabido.

Y ni él dijo de dónde había sacado el oro, ni nadie, allí, se lo preguntó.

Al salir, en la puerta, encontraron a la Ramona, una obrera del textil muy popular en la barriada del Clot, de Barcelona, porque en todas las huelgas siempre estaba a la cabeza de los grupos de huelguistas que hacían parar. Era una mujer de unos cuarenta años, muy bien conservada, a pesar de sus carnes abundantes. De rostro lleno, moreno, ojos como centellas, pero de una boca tan dulce, tan infantil, que el deseo que podía despertar su

mirada de fuego quedaba desarmado ante la grácil sonrisa de aquella boca de niña. Abrazó a Alfredo cordialmente, mientras empezaron a hablar:

–Hola, Alfredo; veo que te portas bien. ¿Es que te has enchufado y haces de inspector?

–No, nada de eso, no pienses mal; estoy, sencillamente, de visita. Paso unos días de reposo en Campdevánol, y hemos venido a ver a los amigos heridos. ¡Quién iba a pensar que nos íbamos a encontrar aquí!, ¿verdad?

–Verdad; ni a mí ni a Florentina, ¿no?

–Pues, no; la verdad.

–Pues, ya lo ves, aquí está la pobre.

–¿Por qué la pobre?

–No te hagas de nuevas. Tú sabes algo. Una mujer tan guapa como ella, libre y en guerra, y ningún hombre puede decir un tanto así. ¿Es eso natural?

–¡Qué quieres que te diga!

–Nada; es mejor que no digas nada.

Indudablemente, Ramona lo sabía todo, y se complacía en atormentar a Alfredo.

Llegó la bella, aparentando una tranquilidad traicionada por un leve temblor de labios.



–¿Ya os vais? –preguntó, generalizando.

–Sí –dijo Feliu–, no queremos que se nos haga de noche por el camino. Estos parajes no son seguros en la oscuridad.

Se dieron todos las manos, con el saludo de ritual: –¡Salud!

–¡Salud!

Cuando Alfredo alargó la mano a Florentina, ésta rompió a llorar y se abrazó a él, refugiando su cabeza en el pecho masculino. Alfredo se emocionó enormemente y no sabía qué hacer. Por fin, mientras acariciaba suavemente la cabecita de ella, le dijo:

–Vamos, niña, serénate; volveré un día de éstos.

Murmuró ella, pero firmemente:

–No; nunca. No vuelvas, te lo pido por lo que más quieras. No vuelvas. Si te empeñas en hacerlo, no me encontrarás.

Y volvió a llorar convulsivamente. Ramona la arrancó de aquellos brazos, mientras decía:

–¿Quieres marcharte de una vez?

Alfredo se apartó lentamente y en silencio indicó a los otros que montaran en el coche. Volvió después a las mujeres y las besó en la frente a las dos, y de un salto llegó al coche, montó en él y dijo:

–¡En marcha!

Saludaron todos con la mano, arrancó el auto bruscamente, mientras la pobre Florentina seguía sollozando en brazos de Ramona, que casi gritaba:

–No llores, muchacha; por un tío no hay que llorar; el mejor, colgado.

Y se limpiaba los ojos con el revés de la mano.

¡Quién iba a decirle a Alfredo que esta escena sería evocada, siete años más tarde, en los Pirineos franceses, por la propia Ramona y él, comiendo en la misma mesa, en el pueblecito de Saint-Lary, donde él trabajaba en las obras de un embalse y ella ganándose la vida haciendo faenas domésticas en las casas de los ingenieros!

Dos semanas más estuvo Alfredo vegetando en Campdevánol y rechazando cada día la idea de volver a San Juan de las Abadesas. Pensaba, a veces, que las circunstancias que les habían reencontrado deberían mandar, pero se argumentaba que aquello era tanto como creer en la fatalidad. No –pensaba–, no hay fatalidad, no hay más que pura coincidencia; no compliquemos las cosas. Pero no podía evitar que cada día, cuando paseaba por los senderos o se sentaba a leer en un ribazo, la cercana presencia de Florentina le hiciera vacilar sobre la conducta a seguir.

Por lo visto, ya le conocía todo el mundo en el pueblo, pues las gentes le saludaban cordialmente a su paso, y hasta le parecía que lo hacían también con un asomo de respeto, que no sabía a qué atribuir.

Un día la tranquilidad, que era corriente en el pueblo, se vio perturbada por la llegada a la plaza de tres camionetas de carabineros, de cuyo interior descendieron seis jóvenes de una veintena de años, fuertes y rollizos, de tipo evidentemente campesino, pero de aspecto abatido. Alfredo supo en seguida que eran prófugos de la última quinta a filas, que habían sido detenidos camino de la frontera. El sargento que mandaba la fuerza le mostró los dos bolsillos de una guerrera repletos de monedas de plata de a cinco pesetas; monedas que ya no se veían por parte alguna.

Preguntó Alfredo qué se hacía con aquellos prófugos, y el sargento le respondió que serían llevados a Gerona, desde donde, seguramente, serían enviados a un frente, pues había el criterio de no ser severos con aquellos chicos, más asustados que otra cosa.

No dejó de preocuparle a Alfredo ese hecho de que, al cabo de un año de guerra, ya hubiera jóvenes que preferían correr el albur de la emigración antes que luchar en el frente. ¡Qué diferencia de los primeros tiempos, cuando había más voluntarios que armas!

Su «reposo» de precaución acabó cuando menos lo esperaba. Iba una mañana paseando por la carretera cuando un auto, ocupado por militares, le pasó raudamente en sentido contrario, y, dando un frenazo, se paró a unos veinte metros detrás de Alfredo. Bajaron dos tenientes y corrieron hacia él, con los rostros llenos de risa. Eran dos muchachos gráciles que le abrazaron fuertemente, y a seguido le dijeron que venían a buscarle, porque hacía falta en Barcelona. Uno de ellos le

entregó un sobre cerrado. Era de Sagrera, indicándole que en el sindicato se notaba una reacción a favor del POUM, y como al domingo siguiente había una asamblea para elegir junta, él y los que habían quedado en Barcelona habían acordado «dar la batalla» y apoderarse, otra vez, de la junta.

Alfredo pidió a los llegados detalles sobre lo que decía Sagrera en su carta, pero los muchachos le dijeron que ellos habían llegado a Barcelona, con permiso, aquella misma semana y no sabían más que lo que les había dicho Sagrera, que era lo que le expresaba en la carta. Añadieron que si habían venido ellos con el coche era debido a que, con sus uniformes y documentación militar harían el viaje con mucha más facilidad y tranquilidad para todos.

Alfredo temía que el optimismo de Sagrera fuera exagerado, como ya había ocurrido otras veces, pero consideró que no podía hacer otra cosa que volver a Barcelona y ver cómo estaban las cosas sobre el terreno. Por ello dijo a los oficiales que le llevaran a la fonda, a recoger sus enseres, y después de comer saldrían para la Ciudad Condal.

Cuando entraron los tres en el comedor de la fonda, todas las mesas estaban ya ocupadas y, ante los uniformes, todos los carabineros se pusieron en pie, saludando militarmente. A su vez saludaron los tenientes e indicaron a los carabineros que se sentaran. El dueño acudió solícito, a quien Alfredo indicó que pusieran cubiertos para los tres y, además, sentía tenerle que decir que, inmediatamente después de comer, saldría para Barcelona. El fondista, nada extrañado, le contestó que comprendía perfectamente que los militares no tuvieran mucho

«tiempo suyo». Y a la demanda de que les preparara la cuenta, incluyendo aquella comida a tres, el dueño de la posada contestó que tenía orden del sindicato de no cobrar nada a aquel compañero.

Alfredo empezó a sospechar el motivo de tantas atenciones y saludos en el pueblo. Aquello que acababa de decir el fondista sobre los deberes militares le daba una pista que, en su interior, le causaba risa.

Llamó por teléfono a la fábrica de papel para que avisaran a Feliu que viniera, cuanto antes, a la fonda. Feliu estaba comiendo en su casa, pero el portero de la fábrica, que es el que se puso al aparato, le dijo que mandaba un chico a llevar el recado.

Estaban terminando de comer cuando llegó Feliu, a quien Alfredo informó de lo que ocurría. Feliu se quedó mirando a los tenientes y preguntó si, efectivamente, conocía bien a aquellos oficiales. Comprendiendo la intención de Feliu, los otros tres se rieron con ganas. Alfredo le tranquilizó, asegurando que eran como discípulos suyos, y de toda confianza. Ya tranquilos y en confianza, Alfredo preguntó a Feliu cómo había presentado al fondista su presencia, y Feliu, riendo, confesó que le había hecho pasar nada menos que por un «coronel de carrera», a quien los médicos le habían impuesto un descanso, y que, para cumplirlo mejor, lo hacía de paisano, pero que todo el mundo, en el pueblo, le tomaba por coronel, a partir de los carabineros, porque el fondista no había sido todo lo discreto que había prometido ser. Ante esta broma, que ya no tenía remedio, Alfredo consideró que tenía que despedirse remarcadamente

de «sus subordinados», y llamando al fondista le indicó que destapara una botella de aquel coñac francés que guardaba para las ocasiones e invitara a todos los carabineros, como también a los obreros que allí estaban. El fondista, mientras iba llenando las pequeñas copas explicaba que era obsequio del coronel, que se marchaba otra vez al frente. Carabineros y paisanos volvían el rostro sonriente hacia la mesa ocupada por Alfredo y los otros, haciendo gestos amistosos con las manos.

Subió Alfredo a recoger sus cosas y, con su pequeña maleta en la mano, se dispuso a partir. Los carabineros, al unísono, se pusieron en pie, cuadrándose militarmente, y saludaron llevándose el puño cerrado a la sien. Alfredo y los tenientes correspondieron al saludo, y luego repartió apretones de mano, con militares y con paisanos. Salieron todos a la plaza y allí se abrazaron Feliu y Alfredo. Todavía, desde dentro del coche, saludó nuevamente Alfredo y todas las manos se agitaron en despedida cordial.

Y así acabó su tiempo de «coronel».

Los uniformes y la bandera republicana pintada junto al número de matrícula del coche, fueron el mejor salvoconducto para pasar fácilmente los controles, que se mostraban un poco rigurosos cuando llegó la noche. Llegaron a la capital, y uno de los acompañantes de Alfredo fue a casa de éste para ver si había peligro, mientras en el coche esperaban los otros, parados en la plaza Universidad. Volvió el mensajero, asegurando que todo era normal y que ya le esperaban en su casa. Se despidió de los muchachos y, a paso tranquilo, como paseando, a pesar de su pequeña maleta, enfiló la calle Pelayo, bajó por la de Gravina,

pasó la de Tallers, y en seguida llegó a la de Valldonzella, donde en el portal de su casa le esperaba su hijo avizorando la calle, «por si las moscas».

Al día siguiente se reunieron los gráficos poumistas en el local de Los Amigos de México, en el Pueblo Seco. De los informes que allí se dieron, se sacó la consecuencia que acaso Sagrera había visto las cosas con excesivo optimismo, pues, en realidad, eran pocos los compañeros bien decididos a dar la batalla a los comunistas, en el sindicato. No obstante se acordó que se fuera a ver a Rodríguez Romero, nuevo factótum de la UGT, que había plantado sus reales en una casa de la Diagonal, cerca de la calle Claris (hoy Vía Layetana).

Como era de suponer, la entrevista con Rodríguez Romero no dio ningún resultado positivo. Fueron al local de la UGT Sagrera y Alfredo. Como en Valencia, había una guardia armada en el portal del edificio, que no dejaba entrar a nadie sin que, previamente, se llenara una ficha. Después de media hora de espera, fueron recibidos por el «jefe», el cual se limitó a decirles que él ignoraba las características de lo que ocurría en Barcelona, pero que, de todas maneras, él «creía» que nada malo les podía ocurrir a los del POUM si acudían a la asamblea del Sindicato de Industrias Gráficas.

En otra reunión, al día siguiente, Sagrera insistió en que se acudiese a la asamblea, tomando las debidas precauciones. Alfredo no quiso oponerse por no parecer cobarde, pero no las tenía todas consigo mismo.

Y bien poco faltó para que todos ellos no fueran víctimas de las órdenes criminales del cónsul soviético.

La noche del viernes anterior al domingo señalado para la asamblea, se presentó en casa de Alfredo el mismo joven que encontró en la comisaría del Pino, a raíz de su detención en las Ramblas. Sin dejar que Alfredo le diera las gracias por lo que por él había hecho, le explicó que se había atrevido a ir a verle a fin de evitar «un crimen más». Sabía, a ciencia cierta, que en la asamblea convocada para la mañana del domingo actuarían unos agentes provocadores que armarían escándalo y acabarían disparando pistolas y, aprovechando el tumulto, había orden concreta de «eliminar» a Sagrera, Alfredo y a quienes les rodearan. Y, sin querer dar más explicaciones, se marchó.

Al día siguiente, Alfredo y su hijo pasaron la mañana de taller en taller, y de casa en casa, convocando a los gráficos poumistas para una reunión, a la caída de la tarde, en Los Amigos de México. Cuando estuvieron reunidos, Alfredo explicó lo que ocurría y cómo él daba crédito al joven que le había advertido. Sagrera, esta vez, ya no se atrevió a insistir. Tras escasa discusión, se acordó no acudir a la asamblea, pero entonces Alfredo dijo que no quería que nadie se quedara sin ninguna duda, y propuso que unos cuantos, entre ellos él, naturalmente, acudieran, a la hora de la asamblea, al Hotel Continental, donde había unos amigos empleados, y desde un balcón observarían la entrada del teatro Poliorama, donde tenía que celebrarse el acto. Se aceptó la idea, y aquella misma noche Solé fue al hotel, a proponer la cosa. Allí aceptaron y dijeron que quienes tuvieran que acudir lo hicieran temprano, a fin de no despertar sospechas.



A las siete de la mañana ya estaban en el Hotel Continental Alfredo y su hijo, Sagrera, Solé, Miralles, Conte y dos o tres más. Les hicieron subir al segundo piso y entrar en una habitación con balcón a la calle. Ángel les dio la sorpresa de sacar del bolsillo unos magníficos prismáticos, que todos probaron, y con ellos se podía ver, perfectamente, el rostro de quienes paraban frente al teatro.

Los amigos del hotel les subieron café con leche y panecillos calientes, obsequio enorme en aquellos tiempos, en que ya había sido establecido el racionamiento de víveres. Mientras se charlaba y se fumaba, habían establecido un servicio de observación que vigilaba el momento de que se empezara a notar algún movimiento ante la entrada del teatro Poliorama. A las nueve y media vieron llegar a las Ramblas, por la calle Pelayo, dos camionetas llenas de guardias armados. Las camionetas subieron sobre el paseo central y se pararon ante el teatro. Aquello resultaba inusitado en una reunión sindical, y más entonces, en que «mandaban los obreros». Lejos de indignarse, el hecho le pareció magnífico a Alfredo, porque suponía que los gráficos que acudieran, ignorando lo que se tramaba, seguramente no entrarían al teatro. Y esta suposición fue comprobada ampliamente. Con los prismáticos vieron que llegaban gráficos que les eran bien conocidos, pero que al ver las camionetas y los guardias, seguían andando, como si no hubieran pensado, jamás, entrar en el Poliorama. Sin embargo, entraban otros hombres que se les antojaba que no eran del ramo. Alfredo presumía de conocer a los gráficos «por el tipo», y aseguraba que los que entraban no lo eran. Cerca de las diez llegaron, en grupo, catorce o quince gráficos, pertenecientes antes al Sindicato de Obreros de la Prensa, aquel conocido por

el Poli, es decir los «amarillos» de todas las épocas. Venían rodeados de unos tipos desconocidos, que no ocultaban sus enormes pistoleras. Los amarillos entraron en el teatro, pero los pistoleros quedaron en el vestíbulo, a la expectativa. Más tarde supieron que tres antiguos poumistas que se habían pasado al PSUC, quedaron a la puerta, observando a cuantos entraban, sin duda con el ánimo de señalarles a los pistoleros, «para después». Afortunadamente no hubo caso, porque en el local no entró ningún «elemento conocido» que pudiera ser «marcado». La asamblea fue una comedia, en la cual los actores ni siquiera se sabían el papel. Desde la mesa se propuso una candidatura para la nueva junta, que fue aprobada «por el silencio», ya que nadie se manifestó ni en pro ni en contra. Luego, por el mismo procedimiento, se aprobaron unas proposiciones de adhesión al gobierno y de reconocimiento a la URSS por la ayuda que prestaba al pueblo español. Y se levantó la sesión.

Cuando empezó a salir el público, los guardias descendieron de las camionetas y cerraron el tránsito por el paseo central de las Ramblas, obligando a los transeúntes a pasar por las aceras laterales. También se paralizó el tránsito rodado por delante del teatro, y una doble fila de pistoleros arrogantes presenciaban el obligado desfile de los supuestos obreros gráficos. Cuando el local estuvo vacío, se retiraron los pistoleros, y los guardias, volviendo a sus camionetas, también se marcharon.

Los «observadores» del Hotel Continental quedaron bien convencidos de que era cierto que se había preparado una encerrona y se felicitaron de haber sido avisados a tiempo. Desde el día siguiente, todos procuraron pasar desapercibidos y

tomar todas las precauciones posibles de seguridad. Alfredo no tuvo otro remedio que volver al taller, a trabajar, pero impuso que la puerta estuviera siempre cerrada con llave y se preparó una salida por el tejado hasta el garaje de la CAMPSA, en la calle Sepúlveda. Nunca tuvo que hacer uso de aquella escapatoria de emergencia.

En el frente de Aragón se había disuelto la 29 División, formada por el POUM, y sus componentes, repartidos en las unidades controladas por los comunistas. Y fue entonces cuando empezaron los asesinatos impunes de cuantos elementos del POUM llevaban galones. Se procedía, generalmente, de la siguiente manera: un día, un teniente o un capitán procedente de la 29 División recibía, oficialmente, orden de trasladarse de sector, o simplemente de presentarse ante el jefe del Estado Mayor, siempre algo distante del lugar donde estaba el avisado. El hombre tomaba el camino... y ya no se sabía más de él hasta dos o tres días más tarde, cuando en el parte diario de todas las unidades se comunicaba que el oficial tal había sido muerto cuando se pasaba al enemigo. De esta manera, no sólo se asesinaba a un buen antifascista, sino que se le calumniaba con la máxima injuria, tratándole de desertor, traidor, y, además, la familia recibía el mismo comunicado, que comportaba no tener derecho a pensión ninguna. Este ignominioso procedimiento tomó magnitudes, y sólo se aminoró cuando ya no quedaban en las brigadas poumistas víctimas que sacrificar. No es que logran asesinar a todos, sino que cundió la voz de alarma, y entonces sí que empezaron las deserciones, pero no hacia el enemigo, sino hacia las divisiones cenetistas en su mayoría, y otros lograban llegar a Barcelona, donde el partido solía lograr

engancharlos en el frente del Centro, en unidades mandadas por cenetistas o socialistas.

Fue por aquellos días cuando Ángel, el hijo de Alfredo, tuvo una larga entrevista con su padre para decidir la conducta a seguir. Al muchacho se le aproximaba el momento en que sería llamada su quinta y temía, muy justamente, ser enviado al frente de Aragón y acaso correr la suerte de los asesinados. Convinieron, pues, que el chico se presentara voluntario para ir al «frente de Madrid». Padre e hijo fueron a Capitanía General, donde Alfredo logró entrevistarse con algunos amigos de la CNT, que tenían cargos por aquellas oficinas, a quienes explicó el deseo del muchacho. Todo se arregló convenientemente, y a los pocos días Ángel salía de la estación de Francia en un tren militar cargado de material y bastantes hombres. Cerca de un mes estuvieron, en casa de Alfredo, sin tener noticias del nuevo soldado. Por fin recibieron una carta, en la cual, sin decir, como es lógico, dónde se encontraba, comunicaba que había ido a parar a un batallón que en aquellos momentos se encontraba de «descanso» en «cierto lugar de la retaguardia», después de pasar tres meses en unas posiciones de la sierra de Guadarrama. Allí estaba en período de instrucción, pero «ignoraba» dónde irían a parar después del descanso. Decía, también, que en aquella unidad «todos eran amigos y admiradores de la patria del proletariado», añadiendo que necesitaba un aval sindical. Alfredo comprendió que el chico, después de las precauciones tomadas, había caído, precisamente en una brigada comunista, consolándole un poco el suponer que los mandos de por allí desconocerían la manera de pensar de Ángel. Lo del aval sindical era cosa sencilla. Cuando estaban en la junta del sindicato, Sagrera, hombre muy previsor y práctico, se llevó una buena

cantidad de papel y sobres con el membrete impreso, en el cual figuraban las siglas de la UGT. Además, había mandado hacer un sello de goma idéntico al que quedó en la mesa de la presidencia. El aval marchó a su destino y Ángel contestó diciendo que ya lo había entregado, «causando muy buen efecto». Por este sencillo procedimiento, y con la política de que «en boca cerrada no entran moscas», Ángel hizo toda la campaña, sin ningún tropiezo, hasta el final. Fue, sucesivamente, miliciano de cultura, sargento provisional de transmisiones y comisario, también provisional, de Compañía.

## **XIX. LA OFENSIVA COMUNISTA CONTRA ARAGÓN**

Desarticulado el POUM, al menos en apariencia, los moscovitas decidieron atacar, por la banda, a la CNT y consiguieron que el gobierno de Valencia decretara la disolución del Consejo de Aragón, como medida previa para ir a la supresión de las colectividades agrícolas en aquella región. Y sin andarse por las ramas, nombraron un comisario general para todo el territorio aragonés en poder de la República y, además, movilizaron dos divisiones de confianza, a fin de ir de pueblo en pueblo, anulando las colectividades y devolviendo las tierras a sus propietarios. La intención de los comunistas, obrando de aquella manera, era la ya emprendida en todas partes para atraerse a las clases medias, ya que no lograban dominar ni a obreros ni a campesinos. En Aragón, era cierto que existían colectividades agrícolas que se constituyeron por la fuerza y eran dirigidas por gentes incapaces, lo cual producía un efecto negativo, pero no era menos cierto que en otros lugares las colectividades se hicieron voluntariamente, con resultado eficiente; pero los soldados comunizantes procedieron a suprimirlas todas por igual, encarcelando a muchos campesinos que se atrevieron a poner alguna resistencia. El resultado fue

catastrófico, ya que los campesinos abandonaron las tierras y los propietarios no se atrevieron a cultivarlas –los que sabían– por miedo a las represalias de los sindicalistas.

La consigna comunista se aplicaba igual en todas partes: «Destruir donde no se pueda mandar».

Ampliando detalles de lo ocurrido en Aragón, podemos señalar que el gobernador general de Aragón fue un tal Mantecón, fantoche en manos comunistas. Los procedimientos, idénticos a los de los colonialistas de todos los tiempos.

Una de las brigadas llegadas a «pacificar» Aragón fue la 11, mandada por Líster, no a tomar Huesca o Zaragoza, sino a disolver el Consejo de Aragón y las colectividades.

Se suprimió, inmediatamente, el diario oficial del Consejo de Aragón, titulado *Nuevo Aragón*, incautándose de la imprenta, en la que empezaron a imprimir otro diario, llamado *El Día*.

Quedaron disueltos todos los comités locales que administraban los pueblos, y en su lugar se instalaban ayuntamientos nombrados por Mantecón, y apoyados por los militares. Las tropas llegadas, todas ajenas al país, ocuparon, para pernoctar, todos los locales de la CNT, expulsando a los sindicalistas.

Las detenciones fueron numerosas, entre ellas la de Joaquín Ascaso, acusado, nada menos, que de contrabandista y ladrón de alhajas. Nada pudieron probarle, pero su verdadera suerte fue haber caído, por casualidad, en manos republicanas.

En aquellos turbios tiempos, el líder del PSUC, Joan Comorera, dio que hablar en dos ocasiones. Primero en un mitin celebrado en Valencia afirmó campanudamente que después del 19 de julio, en Barcelona, empezó la guerra cuando «unas cuantas tribus» asaltaron unos camiones, diciendo «que iban a tomar Zaragoza». Puede suponerse el efecto que tales palabras produjeron en la CNT.

Después intentó alarmar la opinión pública y rematar a lo que quedaba del POUM, denunciando que unos elementos «trotskistas» habían preparado un atentado contra su persona, nada menos que construyendo una galería por debajo del edificio donde tenía sus oficinas, es decir en el edificio conocido por la Pedrera, sito en el chaflán del Paseo de Gracia con la calle Provenza. Fue tan burda la maniobra, tan mal explicada, que nadie, ni siquiera los propios comunistas, pudieron tomarlo en serio.



## XX. NEGRÍN CONTRA LARGO CABALLERO

En Valencia los comunistas no se conformaron con haber destituido del gobierno a Largo Caballero, sino que siguieron contra él una encarnizada campaña para echarle, también, de la dirección de la UGT. Se llevaron a cabo maniobras de todas clases, fabricando representaciones falsas, aprovechando la anómala situación, así como también las rivalidades internas del Partido Socialista. Y un mal día tuvo lugar una reunión a la que no asistieron ni Largo Caballero ni sus amigos, y en ella se nombró una nueva Ejecutiva de la UGT, formada por González Peña, Edmundo Rodríguez, Rodríguez Vega, Amaro del Rosal y Felipe Pretel, además de otros por el estilo, es decir, todos incondicionales de la embajada rusa. Largo Caballero no quiso reconocer a tal Ejecutiva y afirmó seguir siendo él el presidente de la UGT. Pero pocos días más tarde se encontró las oficinas ocupadas por los comunistas, los cuales no le dejaron entrar.

En octubre marcha a Madrid Largo Caballero, que encuentra, «en su ambiente», muchísimos amigos socialistas que le incitan a que explique públicamente lo ocurrido en Valencia, ya que, incluso la prensa del Partido Socialista falsea los hechos. Y fue el

17 de octubre cuando Largo Caballero ocupó la tribuna del cine Pardiñas, pero ante las perspectivas de la afluencia de público, se montaron altavoces en los cines Ideal, Fuencarral y Monumental, todos ellos ocupados hasta la puerta por trabajadores.

Largo Caballero explicó, largamente, con todo detalle, cuantas maniobras se habían llevado a cabo en Valencia a fin de expulsarle del gobierno y de la dirección de la UGT, denunciando a cuantos se prestaron a la maniobra, terminando por afirmar, rotundamente, que se trataba de una maquinación comunista, ante su posición negativa a prestarse a ser un muñeco en manos de los agentes rusos que pretendían mandar en España, y –añadió– que ya han empezado a conseguirlo.

Pero todo esto no hace más que aumentar la rabia comunista y la escalada de la represión.

Largo Caballero contaba con el apoyo de tres periódicos, *Claridad*, *Adelante* y *La Correspondencia de Valencia*, en torno a los cuales se agrupan los elementos socialistas, fieles al viejo líder. Era natural, pues, que los comunistas se aprestaran a combatir aquella influencia. Y, uno tras otro, los dirigentes de *Claridad* tienen que abandonar el periódico madrileño. Primero, Hernández Zancajo debe abandonar la dirección y posteriormente Carlos de Baráibar y Araquistain son expulsados *manu militari*.

Largo Caballero reacciona publicando una nota, asegurando que ni *Claridad*, de Madrid, ni *Las Noticias*, de Barcelona, representan a la verdadera UGT.

Pero Largo lucha con una fuerza tenaz, bien organizada, y que, además, cuenta con la apatía de la CNT. Tras *Claridad*, vino la incautación forzosa de *Adelante*, de Valencia, incautación ordenada por el «socialista» Zugazagoitia, que es el ministro de Gobernación. Adelante sigue apareciendo, pero ha cambiado de orientación, como es de suponer. Su nuevo director es otro «socialista», Cruz Salido, amigo de Indalecio Prieto.

Y La Correspondencia de Valencia es suprimida, también por orden superior.

Cuando en Valencia expulsaron falazmente a Largo Caballero de la Secretaría de la UGT, se llegó a procedimientos bajísimos, incluso por parte de hombres ajenos al socialismo y al comunismo, como Bernardo Giner de los Ríos, que, manchando el apellido glorioso, ordenó a Correos que todos los giros postales dirigidos a Largo Caballero fueran enviados a la Secretaría de la UGT, implantada por los comunistas.

## XXI. TERUEL

Negrín gobernaba siguiendo, al pie de la letra, el sistema soviético. Por el Ministerio de Justicia se decretan nuevas formas de procedimiento, y se crean nuevos tribunales especiales que permitieron toda clase de arbitrariedades, no contra los facciosos, sino contra los «discrepantes», y, de paso, fomentaron los confidentes y los agentes provocadores.

El 18 de junio una orden superior suprime todas las emisiones radiadas de las organizaciones sindicalistas y de partidos, no quedando más que las emisoras oficiales... en manos comunistas.

El día 7 de agosto el periódico *Solidaridad Obrera*, de Barcelona, es suspendido durante cinco días, por haber «publicado blancos» de la censura.

Y el 14 del mismo mes el gobierno cursa una circular a los gobernadores prohibiendo que por parte de la prensa, la tribuna o la radio, se «critique la acción gubernamental».

El gobierno y los comunistas no creían que Largo Caballero tuviera influencia en las masas, y al comprobar cómo se habían equivocado ante el enorme éxito del mitin, deciden cortar por lo sano, y cuando Largo sale de Madrid, camino de Alicante, donde debe hablar de nuevo, le detienen en el camino, es conducido a Valencia y encerrado en su domicilio, con guardia armada a la puerta.

Largo Caballero declara que no quiere producir un «nuevo mayo», y después de enviar una carta abierta al Presidente de las Cortes, denunciando lo que con él se está haciendo, decide «quedarse en casa». Y unos por interés, otros por cálculo, otros por mala visión, y otros por cobardía, consiguen que Largo se haya quedado solo, acabando entonces, de hecho, su vida política.

Todos estos hechos empezaron a divulgarse por el país, lo mismo que los asesinatos en los frentes de cuantos les parecía a los comunistas «que no eran aprovechables». Puede afirmarse que la conciencia del «peligro» comunista empezó, entonces, a penetrar en el pueblo español, y por ello pudo llegar aquella explosión rabiosa de enero de 1939, en Madrid y Valencia.

El Gobierno de Negrín, bien sumiso a Moscú, recibió la orden de preparar una espectacular ofensiva que sirviera, principalmente, para demostrar que el nuevo equipo gubernamental y sus protectores ya no eran atentistas, sino gente dinámica, dispuesta a salvar la ya crítica situación en los frentes. Y el Estado Mayor secreto, que se alojaba en un hotel de Madrid, decretó que había que tomar Teruel, a fin de salvar Valencia del peligro que la amenazaba. Negrín mandó llamar al

general Rojo, jefe del Estado Mayor, y le propuso que estudiara la operación y si creía que podía llevarla a cabo. Respondió Rojo lo que ya había dicho otras veces: el ejército republicano, en la ofensiva, podía alcanzar todos los objetivos, a condición de que los soldados supieran por qué se batían. Pero lo indispensable era poder mantenerse, después, en el terreno conquistado.

Se ha afirmado, más tarde, que el general jefe de Estado Mayor opinaba que Teruel no era una posición envidiable y su conquista no correspondía al enorme esfuerzo que había que hacer para apoderarse de la plaza. Sería preferible construir un campo atrincherado a lo largo de la frontera de Teruel y Castellón, con lo que se defendía firmemente Valencia, y después atacar Zaragoza, partiendo de dos frentes, norte y sur. La toma de Zaragoza produciría un efecto psicológico mucho mayor que la de Teruel, y además aseguraba Catalunya y volvería a establecerse el contacto con Madrid y el frente del Centro. Si caía Zaragoza, Huesca caería como una breva madura, despejando enormemente el frente de Aragón.

–Ya que se trata de devolver la moral y procurar un golpe eficaz, más vale jugarse el todo por el todo, con el mismo esfuerzo. Pero, sobre todo –añadió Rojo–, siempre habrá que contar con las fuerzas necesarias para mantener el nuevo frente.

En aquella ocasión, los consejeros alemanes de Franco demostraron saber más estrategia bélica y moral que los cabezones rusos que mandaban desde Madrid, pues mientras los primeros parece ser que opinaban que posiblemente podía perderse Teruel, ello sería sólo provisionalmente y, en cambio, se desgastaría lo mejor del ejército republicano y, en el fondo,

el mal no sería más que la prolongación de la guerra, los segundos no quisieron saber nada de las opiniones del general Rojo, al cual conminaban que plantease la operación para la conquista de Teruel.

Y así tuvo que hacerse, a pesar de ser aquél un invierno muy riguroso, con abundancia de nieves por todos los campos que rodean Teruel.

En realidad, la operación contra Teruel era el secreto de Polichinela, pues en Barcelona se hablaba de ella incluso en los cafés. Por eso creemos más firmemente que los nacionalistas quisieran que se llevara a cabo tal operación militar, a fin de sacrificar un importante número de combatientes republicanos. Es posible que contaran con rechazar el ataque y no perder la ciudad, pero en eso se equivocaron, por el ímpetu tremendo que tomaron la 25 División (CNT) y las dos Brigadas de la 28 División. Las brigadas comunistas, al mando de Líster, entraron en Teruel, tras las otras, lo que no fue obstáculo para que inmediatamente ocuparan todos los puestos de mando civiles y militares. Negrín felicitó a Líster, a él sólo, y le ascendió a teniente coronel.

En el ataque tomaron parte unos 40.000 hombres, de los cuales se perdieron 2.700 en los combates, y hubo que evacuar cerca de 5.000 más, completamente inutilizados por el frío tan crudo que hizo en aquel invierno. Cerca de doscientos soldados perdieron los pies, helados, por haber pasado en la nieve, a la intemperie, tres o cuatro días, con alpargatas y con temperaturas de 22 grados bajo cero.

La ocupación de Teruel duró exactamente cincuenta días. Cuando los nacionalistas se hubieron preparado convenientemente, atacaron a su vez y desalojaron la plaza de republicanos. Líster y los suyos, si bien fueron los últimos en entrar, fueron los primeros en salir.

Una vez más se cumplió lo que tanto lamentaba el general Rojo: se sacrificaron miles de hombres para ganar una batalla que no se podía consolidar por falta de hombres de refresco. Entrar en Teruel y pararse, sin seguir adelante, era facilitar la contraofensiva del enemigo, que fue lo que ocurrió.



## XXII. NEGRÍN SIGUE MANIOBRANDO

Alarmados los comunistas por las proporciones que tomaba la protesta general por las barrabasadas cometidas en Valencia contra Largo Caballero y sus amigos, hechos que ya repercutían en Francia, donde el socialista Marceau Pivert no cesaba de denunciarlo, apelaron al clásico procedimiento de que llegara a España un «capitoste internacional», a efectuar gestiones conciliatorias. En esta ocasión el emisario fue León Jouhaux, el hombre de todas las componendas y de todos los fracasos. El líder francés se dejó obsequiar, festejar, homenajear por los vivos comunistas, y tras unas reuniones con «las dos partes» divididas de la UGT, acabó por recomendar «una solución» a medida, para dar gusto a los moscuteros. Y se formó una Ejecutiva de la UGT así concebida:

Presidente, González Peña; Vicepresidente, Eduardo Rodríguez; Secretario, Rodríguez Vega; Vicesecretario, Amaro del Rosal; Tesorero, Felipe Pretel; Vocales, Pascual Tomás, Antonio Pérez, Hernández Zancajo, Daniel Anguiano, Antonio Giménez, Ricardo Zabalza, Claudio García, César Lombardía, Ezequiel Ureña y Díaz Alor.

Los comunizantes, como se ve, arramblaban con todos los cargos importantes. Además, de una manera segura, como «caballeristas», no se podía contar más que con Pascual Tomás, Hernández Zancajo, Zabalza y Díaz Alor. Largo Caballero no quiso prestarse, en manera alguna, a la comedia.

Como dato curioso habrá que decir que, poco tiempo después de constituirse esta Ejecutiva, Felipe Pretel, el tesorero, desapareció con todo el dinero de la caja.

En Catalunya, el Gobierno de la Generalitat sigue padeciendo la mala influencia del PSUC, a las órdenes de los rusos. Companys deja hacer, sin duda ya desmoralizado, ante la actitud del gobierno central, que no atiende, para nada, las cuestiones de Catalunya, ni siquiera al frente de Aragón.

En el mes de enero de 1938 apareció un decreto de la Generalitat suprimiendo la colectividad de los espectáculos públicos y su incautación por un organismo oficial creado al efecto. Es decir, proseguía la tarea de «desrevolucionar».

El 8 de febrero del mismo año, otro decreto del Consejo de Economía, firmado por Comorera, ordena que «en las empresas donde exista patrono, éste lo será con todas las consecuencias de autoridad, representación y responsabilidad».

Cuando el peligro de derrota se perfila claramente en el horizonte, la CNT y la UGT (comunistoide), siguen imperturbables, haciendo pactos y redactando ponencias en número infinito.

## XXIII. EL GOBIERNO A BARCELONA

No viéndose seguro en Valencia, después de la nueva pérdida de Teruel, el Gobierno Republicano decide trasladarse a Barcelona, donde muy pronto empiezan a llegar los ministros, acompañados de toda la burocracia, enormemente desmoralizada. Se procede a la incautación de grandes edificios para alojar todos los servicios con su correspondiente personal. La mayoría de los ministerios y direcciones generales quedaron instalados en casas situadas en el Ensanche, desde la calle Aragón para arriba, y algunos ya en la Bonanova y en Sarria.

Por cierto, que se dio el caso, por lo menos curioso, que en los grandes bombardeos aéreos que siguieron a la llegada del Gobierno a Barcelona, y ya no terminaron hasta la marcha a Francia del Gobierno, jamás una sola bomba cayó sobre edificio oficial alguno y, en general, todas las bombas cayeron sobre la zona vieja de la ciudad, sin pasar de la calle Aragón.

Con la llegada del Gobierno y su aparato llegaron, naturalmente, muchas fuerzas de orden público, que ahogaron, literalmente, a las fuerzas de la Generalitat.

De hecho, la presencia del Gobierno central aplastó al Gobierno de la Generalitat. Los rusos mandaban en el gobierno de Negrín, y éste se vengaba anulando el gobierno de Companys.

En febrero llegó el Gobierno central a Barcelona, y ya era tiempo, pues el 9 de marzo tuvo lugar el principio de la gran ofensiva franquista en Levante, ocupando la línea Caspe–Alcañiz. El día 15 de abril quedaron cortadas las comunicaciones con Catalunya y, por tanto, con todo el resto del frente republicano. Si se tiene en cuenta que la mayor parte de la industria bélica se encontraba en Catalunya, se comprenderá que el corte por Vinaroz era el principio del fin.

Todo el frente de Aragón estaba perdido y los nacionalistas empezaron a invadir Catalunya, «donde no había nada seriamente preparado para la defensa», porque hacía más de un año que se tenía aquella zona catalano–aragonesa completamente abandonada.

La responsabilidad por esta cruel realidad entra en los límites de la traición y de ella no puede librarse ninguno de los componentes de aquel gobierno.

Y tampoco podemos librar de la censura a quienes, en Catalunya, sabían bien lo que ocurría y no reaccionaron como hubiera sido necesario. Y, con todos los respetos para el mártir, Lluís Companys el primero.

Sin que se pueda probar, se dijo por entonces que, ante la segura catástrofe, estuvieron en París unos catalanes para proponer, a quien era debido, la incorporación de Catalunya al

Rosellón francés, a fin de salvarla de la ocupación fascista. La posibilidad del hecho encontró simpatías entre políticos radicales y algunos –pocos– socialistas, pero la negativa fue absoluta por parte de los líderes de la SFIO, ayudada eficazmente por los comunistas y, tras cortina, por toda la derecha francesa.

Todo esto hizo perder la moral al pueblo y pocos eran ya los que conservaban alguna esperanza. Para agravar las cosas, el racionamiento de alimentos era riguroso y se pasaba verdadera hambre. Los rabassaires, que ya tenían «sus» tierras de nuevo, resultaron las gentes más egoístas del mundo, y lo que producían era cuidadosamente ocultado para «cambiarlo» por otros géneros, no por dinero, que ya apenas tenía valor. Esta situación dio lugar al gran desplazamiento hacia el campo, periódicamente, de cuantos tenían algo de valor que trocar por productos agrícolas. Los trenes –escasos– y los autobuses salían, diariamente, repletos de mujeres y algunos hombres, con cestas llevando objetos de valor, o tabaco, adquirido quién sabe cómo, y en los pueblos se dedicaban a buscar «lo que fuera», para poder alimentar a la familia, ya que en Barcelona, en los mercados y en las tiendas, no se encontraba nada. Lo que el gobierno lograba importar, «con el oro que quedaba», iba a parar, naturalmente, una parte al ejército, otra a la policía armada, otra a la inmensa burocracia que tenía sus cooperativas, y para los trabajadores no quedaban más que las célebres lentejas del doctor Negrín, que no eran tales, sino una especie de simientes de algarrobas. El pan, racionado, era, para los no distinguidos, de una pésima calidad, casi negro, y de un peso enorme. Los distinguidos disfrutaban de otra clase de pan, que, aun no siendo completamente blanco, era muy superior al

que despachaban en el racionamiento. Este pan de primera calidad se fabricaba, oficialmente, para hospitales, sanatorios y otros centros benéficos, pero también iba a parar a la mesa de los ministros, consejeros y toda la burocracia que les rodeaba.

Cuando se agudizó la escasez, Alfredo y su familia padecieron bastante porque a él jamás se le había ocurrido intrigar para ser incluido entre los privilegiados, pero, después, poco a poco, fueron arreglándose las cosas por diferentes caminos. Uno de ellos fue Pepita. El marido de ella era panadero de oficio, aunque hacía años que prefería ser peón albañil, porque alegaba que el horno le acababa la salud, pero como en tiempo de guerra el trabajo en la construcción era escaso, se reincorporó a la panadería. Cuando llegó el racionamiento, aquello fue la suerte. En todos los hornos se hacían tres clases de pan: el de racionamiento, más malo; el llamado por ellos de hospitales, que ya era mejor, y una tercera clase, que era la primera en calidad, en la cual entraba la harina en un 60%. Este pan superior era destinado a los hospicios y colonias infantiles..., pero también se quedaban una buena parte los propios panaderos que lo confeccionaban. Esta ventaja les creaba una situación privilegiada, pues con aquel pan blanco se proporcionaban muchos géneros que, en público, no aparecían por parte alguna, o se vendían a precios astronómicos. Pues de aquel pan, Pepita le daba a Alfredo una pieza de 750 gramos, todos los días y, además, un par de veces por semana, pescado fresco, del poquísimo que llegaba a la playa de la Barceloneta, donde Pepita iba a buscarlo a cambio de pan blanco. Por el mismo procedimiento le proporcionaba, a veces, patatas, judías y verduras. Aparte el pescado, todo lo demás se lo llevaban a Pepita a domicilio.

También ocurrió que un buen día, unos oficiales del Batallón Motorizado Auxiliar de Aviación, pasando por delante de la imprenta Cosmos, pararon el coche en que iban, entraron y preguntaron si les podían imprimir unos cuantos modelos, que les corrían prisa. Como en realidad en la Cosmos apenas tenían nada que hacer, la proposición fue muy bien acogida, y desde aquel día el Batallón Motorizado Auxiliar de Aviación fue el mejor cliente, encargando una infinidad de modelos, demostrativo de que la peste burocrática había cavado hondo en el Ejército. Hablando de lo mal que se andaba de comida, un día, un oficial de aquel batallón les dijo que propondría a su coronel jefe que incluyera al personal de la imprenta en la plantilla alimenticia del cuartel. Y, dicho y hecho; a los pocos días les pidieron una relación del personal, y empezaron a recibir, semanalmente, un racionamiento, no muy abundante, pero precioso en aquellas circunstancias, ya que consistía en aceite, arroz, alubias, botes de leche condensada, azúcar y café, y, a veces, unos botes de pescado en conserva.

Y ese mismo auxilio empezaron a recibirlo en la imprenta NAGSA, donde trabajaba la hija de Alfredo, porque también imprimían modelos militares y de aviación, pero no para el Batallón Auxiliar, sino para los aviadores propiamente dichos, es decir, los que volaban.

Aquellos auxilios eran de poca importancia cada uno, pero eran lo suficiente para no pasar hambre e incluso, en ocasiones, para ayudar a algún vecino o familiar más necesitado.

## XXIV. LOS BOMBARDEOS AÉREOS SOBRE BARCELONA

Con la llegada del Gobierno Central a Barcelona comenzaron a correr rumores sobre una ofensiva en el Ebro, que tenía que ser definitiva para la recuperación de la iniciativa en las operaciones militares por parte de los republicanos y –añadían los «enterados»– el principio de la «victoria final». En realidad, se preparaba una ofensiva, y si era definitiva, lo era porque, si se perdía, se perdía todo. Sin duda, como siempre, los servicios de información franquistas funcionaban pronto y acaso debido a esto sobrevino la ofensiva aérea contra Barcelona y pueblos limítrofes, que podía tener un doble objetivo, esto es, desmoralizar, todavía más, la retaguardia y desequilibrar la producción de guerra y los transportes.

El día 16 de marzo empezaron, con gran intensidad, los bombardeos aéreos sobre la Ciudad Condal, combinados con cañoneos marítimos desde larga distancia. Metódicamente, cada dos horas, aparecían escuadrillas de aviones italianos y alemanes, que descargaban bombas enormes para la época, es decir, de 500 y 700 kilos, las cuales producían grandes destrozos en los edificios. Materialmente, una sola bomba solía hundir



completamente dos o tres casas, matando a la mayoría de sus habitantes. Y esto se llevaba a cabo lo mismo de noche que de día. Las sirenas no paraban de sonar alarma tras alarma; de noche, en seguida cruzaban el cielo los destellos luminosos de los focos antiaéreos y atronaban el espacio las explosiones de los enormes cañones de la DECA, que siempre tiraban corto. Era evidente que aquella defensa sólo servía para mantener los aviones a mucha altura, lo que les impedía lograr objetivos determinados. Toda la parte vieja de la ciudad, el puerto, la Barceloneta, Pueblo Nuevo y Casa Antúnez, sufrieron terribles bombardeos que destruyeron centenares de casas. Los alrededores del palacio de la Generalitat fueron atacados con ensañamiento, pero ninguna bomba cayó sobre el edificio, así como tampoco en el del Ayuntamiento. La catedral, que se halla muy cerca, así como la casa del obispo, tampoco sufrieron daños.

Hubo un conato de pánico entre la población, que inició la desbandada hacia el campo, pero inmediatamente las Juventudes Libertarias y las del POUM tuvieron la feliz idea de movilizar todos los efectivos y «cerrar» las carreteras y ferrocarriles a los fugitivos. Fue ésta una iniciativa magnífica, que nos complacemos en hacer constar. Ante la decidida actitud de aquellos adolescentes, los hombres y las mujeres adultas sintieron vergüenza y sobrevino una moral muy buena, que logró que en todo momento los auxilios a los heridos no fallaran, y que, incluso en plena noche, grupos de hombres trabajaran, bajo las bombas, desescombrando los edificios derrumbados, en busca de víctimas.

En pleno día, a las doce, tuvo lugar la mayor catástrofe de aquellos trágicos días. Unos aviones Saboya aparecieron, viniendo por el lado del mar, acaso de Mallorca, y remontaron, ciudad arriba, lanzando bombas de gran calibre sin cesar. Al mismo tiempo, unos camiones militares, cargados con municiones, corrían por la Gran Vía, sin hacer caso del bombardeo, y quiso la fatalidad que una de las bombas cayera sobre uno de ellos. Siguieron una serie de explosiones terribles y cuando, disipado el humo y alejados los aviones, se pudo acudir a socorrer a las víctimas, pudo apreciarse que el resto de los camiones –tres, se decía–, estaban en pedazos minúsculos a más de doscientos metros del sitio de la catástrofe, que, ocurrida en el cruce de la Gran Vía con la calle Balmes, se encontraron restos humanos frente a la calle Aribau. Además, seis grandes edificios de los dos lados de la Gran Vía se derrumbaron totalmente, quedando al descubierto, como en tantas otras ocasiones, habitaciones enteras, con el mobiliario intacto. Una de las cosas que chocaban era ver, casi siempre, los espejos de los lavabos, incólumes en las paredes que habían resistido.

Otro día veinte aviones enfilaron la calle Consejo de Ciento, por el Paseo de San Juan y sembraron de bombas toda la calle hasta detrás de la plaza de toros Las Arenas, en Hostafranchs. En aquella acción murieron más de cincuenta personas en plena calle. Fue un ensayo más. Las bombas eran de pequeño calibre, pero iban provistas, en la espoleta, de unas barras de hierro, de cerca de un metro, lo que producía el efecto de que, al chocar dichas barras en el suelo, las bombas estallaban a aquella distancia esparciendo la metralla a ras de tierra; muchas

personas que se habían echado al suelo, al paso de los aviones, perecieron de esta manera.

Otra vez, en la Ronda San Pablo, cayó una potente bomba sobre un tranvía de la línea 29, matando a todos los pasajeros: hombres, mujeres y niños.

Las gentes que, a los primeros bombardeos, acudían corriendo a los refugios, acabaron por acostumbrarse al peligro, y sólo se refugiaban bajo tierra si se hallaban cerca de un refugio cuando sobreveníá el bombardeo; de lo contrario, se limitaban a pararse, pegados a las paredes de las casas, procurando seguir la trayectoria de los aviones, llegando a establecer discusiones sobre los sitios probables en que caerían las bombas. Durante la noche, la mayoría ya no se movía de la cama y muchos vecinos subían a los terrados a contemplar el espectáculo de los haces de luz de los focos antiaéreos, las balas trazadoras, las explosiones en tierra y en el aire. Sin embargo, la proximidad de las bombas, silbando al caer, impresionaba mucho.

Se comprobó que algunas noches, al mismo tiempo que el ataque aéreo, hubo cañoneo de la ciudad por unos barcos de guerra, cuya nacionalidad no se sabía, pero que se suponían alemanes o italianos.

Como el día 6 de marzo la marina republicana logró hundir el crucero Baleares, tripulado por los nacionalistas, se dijo que el bombardeo marítimo de Barcelona fueron represalias.

El Baleares fue hundido frente a Cartagena, y no se salvó nadie de la tripulación.

En la tipografía Cosmos, al trabajar para el ejército lograron que se les suministrara electricidad durante la noche, trabajando desde las diez hasta las seis de la mañana. Cuando, por alarma, se cortaba el fluido, los operarios solían acudir al metro de la Gran Vía, que hacía las veces de refugio. Era curioso ver que allí no acudían más que unos cuantos habituales, que incluso tenían colchones y mantas en permanencia. Otros formaban animadas tertulias y en ellas se charlaba de todo, menos de las bombas ni de la guerra.

La Generalitat publicó una estadística sobre los tres primeros días de bombardeo intensivo: los muertos fueron 670; los heridos, 1.200; 48 edificios destruidos en su totalidad y muchos más seriamente dañados. En aquellos tres días hubo 219 bombardeos aéreos y 97 navales. Se calculó que, entre unos y otros, cayeron sobre la ciudad más de 5.000 proyectiles. Después, de cara a mantener la moral, no se publicaron más estadísticas.

Los ataques aéreos sobre Barcelona, después de aquella semana horrible, aminoraron en intensidad, pero fueron casi diarios, sobre todo por las noches.

También contribuyó a mantener la alarma un hidroavión que durante muchas noches voló sobre la capital arrojando bombas de poco calibre, pero con la particularidad, que pudo comprobarse, de que después de un primer vuelo, se retiraba al mar, donde esperaba, para volver a la media hora, y así seis o siete veces por la noche. Se aseguró, entonces, que lo pilotaba el hermano del Caudillo, Ramón Franco, que había sido diputado

por Barcelona, y así pagaba los votos que le habían llevado al Congreso.

Fuera o no Ramón Franco el piloto de aquel hidroavión, acabó mal la hazaña, pues una noche fue alcanzado por la batería antiaérea instalada en San Pedro Mártir, y a muy baja altura logró llegar hasta el mar, donde se hundió, no lejos de la costa. Desde aquel día terminaron aquellos vuelos machacones, y de Ramón Franco, si bien se tardó en reconocer que había muerto «en acto de servicio», ya no se ha vuelto a decir nada más de él, y su nombre no figura entre las lápidas mortuorias de Cuelgamuros.

## **PIDIENDO PERAS AL OLMO**

El 24 de marzo apareció en Barcelona un manifiesto, pidiendo que se lograra la incorporación al ejército operacional en Catalunya, de 10.000 voluntarios, a fin de salvar lo que quedaba en manos republicanas. Además, se reivindicaba la efectividad del Gobierno de la Generalitat (que ya no «pintaba» nada). Dicho manifiesto iba firmado, de una manera pintoresca, por García Oliver y J. J. Doménech, por la CNT; José Xena y José Tapia, por la FAI; Josep Tarradellas y Josep Andreu, por Esquerra Republicana de Catalunya; Miguel Valdés y Rafael Vidiella, por el PSUC; José Moix y Miguel Ferrer, por la UGT; José Calvet y Juan Bertrán, por la Unió de Rabassaires; Víctor Borrell y R. Andreu, por Estat Catalá, Ramón Peypoc y Rafael Tasis, por Acció Catalana Republicana.

Que firmaran el manifiesto los elementos comunistas del PSUC y de la UGT, causantes de todos los males de que hablaba el escrito, era una demostración más de cinismo y también una prueba de la candidez de los demás firmantes.

Por otra parte, el llamamiento a los voluntarios no produjo efecto alguno, ni siquiera en los firmantes, bastantes de los cuales estaban en edad de empuñar las armas, pero prefirieron seguir «sacrificándose» en la retaguardia, y el Gobierno de la Generalitat siguió siendo un organismo inoperante.

## **OFENSIVA CONTRA PRIETO Y MÁS MARCHA ATRÁS**

El 6 de abril, nueva crisis en el Gobierno Central. Oficialmente no se dio explicación alguna de la causa, pero todo el mundo vio que se trataba de despedir a Indalecio Prieto, el cual, muy tardíamente, se había dado cuenta de las maniobras de Moscú y no se conformaba a obedecer. Sin que se explicara la razón, entró en el Gobierno un cenetista, Segundo Blanco, en la cartera de Instrucción Pública. Éste nombró a Ramón Álvarez como secretario particular del nuevo ministro. Oficialmente no hay más que un ministro comunista, pero están los disfrazados, como Álvarez del Vayo, el mismo Negrín, González Peña y Giral. Es decir, de once carteras, los comunistas disponían de seis, y después el mismo Blanco no fue más que un monigote en manos de los otros.

El proceso de la expulsión de Prieto del Gobierno Negrín empezó bastante tiempo antes y el líder socialista pareció no darse cuenta de ello, hasta que se encontró sin cartera. Incluso contribuyó a la «desrevolución» con varios decretos. Antes que él, se dieron cuenta de la «marcha atrás» de Negrín otros ministros, que prefirieron dimitir antes de hacerse cómplices. Así ocurrió con Aiguadé, de la Esquerra Republicana de Catalunya, e Irujo, vasco. Sus carteras las ocuparon Moix, del PSUC, y Tomás Bilbao, de Acción Nacionalista Vasca.

El nuevo Código de Justicia Militar previsto por Largo Caballero, en el que se introducían medidas muy liberales, es arrinconado y sigue prevaleciendo el antiguo y draconiano.

Se restablece en el ejército la antigua jerarquía en los sueldos.

Indalecio Prieto decreta que, en adelante, los oficiales procedentes de las milicias, es decir, el pueblo, no podrán pasar del grado de comandante; más retrógrado que Napoleón, quien dijo aquello de que «todo soldado llevaba en la mochila el bastón de mariscal». No conforme con todo esto, decreta, también, la restricción de las atribuciones de los comisarios y, además, aparece una orden prohibiendo a todos los militares la asistencia a manifestaciones o mítines públicos.

Todo esto en nombre del «Gobierno de la Victoria».

Al finalizar el año 1937, según el Gobierno, todo es orden y disciplina, pero en la cárcel de Barcelona hay, permanentemente, dos galerías, la cuarta y la sexta, destinadas, exclusivamente, a los presos del POUM y de la CNT.

La conducta de aquel gobierno Negrín es muy del agrado de los conservadores extranjeros. Churchill no oculta su satisfacción, y la prensa conservadora francesa y la inglesa alaban aquel gobierno, «porque ha sabido vencer la revolución».

En marzo de 1938, Negrín, cínicamente, dice en un periódico que «quiere desprenderse de un ministro» que ya no cree en la victoria.

Prieto acabó por darse por aludido y planteó la cuestión de confianza, quedándose solo; es decir, le ocurrió lo que a Largo Caballero. Justo castigo a su pretendido maquiavelismo. Prieto se había creído, siempre, un pequeño Maquiavelo, sin querer ver que su temperamento era todo lo contrario.

Ya en el exilio publicó un folleto explicando, a su manera, aquella crisis, de la que hace responsables a los comunistas, sin querer acordarse de que él mismo había contribuido a su preponderancia.

Al día siguiente de constituirse aquel nuevo gobierno, Lérida cayó en manos del enemigo.

El 31 de mayo tuvo lugar el terrible bombardeo sobre Granollers, sólo comparable al de Guernica. En pleno día, veinte aviones alemanes dejaron caer una lluvia de bombas, entre ellas muchas incendiarias, arrasando calles enteras. Una escuela de niños fue destruida, con todos los alumnos dentro. Resultaron 150 muertos y 3.450 heridos.



De aquel crimen de lesa humanidad apenas se habló entonces, ni después, mientras los nombres de Guernica y Madrid han sonado por todas partes. Pero Granollers está en Catalunya...

Mientras se hacían los preparativos para la gran ofensiva del Ebro, de la que todo el mundo hablaba, Negrín proseguía su política de propaganda nacional e internacional, sin resultado positivo alguno. Fue por entonces cuando lanzó al público sus célebres 13 puntos, que pretendían ser un llamamiento a la «cordialidad nacional», cuando el enemigo, ya seguro de su victoria, no tenía por qué entrar en componendas. Los partidos y organizaciones no se molestaron ni en comentar los puntos mencionados. Sólo la CNT publicó un larguísimo dictamen que nadie leyó.

Pero el doctor era hombre que no daba jamás su brazo a torcer, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, hizo aprobar por los ministros amigos tres decretos conservadores, en virtud de los cuales se promulgaba la incautación oficial de las industrias de guerra, hasta entonces controladas por los sindicatos; se militarizaban los puertos, con todo el personal técnico y obrero y se reformaba el comisariado en el ejército quitándoles casi todas sus iniciativas. Y se dijo que todavía propuso otro cuarto decreto sobre reformas en la justicia, al que el Presidente, Azaña, tuvo que poner el veto. ¡Cómo sería!

Como ya hemos dicho, ante tanta desfachatez, el ministro de Esquerra Republicana de Catalunya, Jaume Aiguadé, dimite, y le sigue el vasco Irujo. Los ministros de la UGT aprueban los decretos. La CNT calla. La FAI protesta. Se resuelve la crisis con la entrada en el Gobierno de Moix, el ex sindicalista de Sabadell

(lo que demuestra la crisis de hombres capaces por parte de los comunistas) y de Tomás Bilbao, de Acción Nacionalista Vasca.

## XXV. LA BATALLA DEL EBRO

Y llegó la ofensiva del Ebro, tan meticulosamente preparada que, según se decía, no podía fallar. Y, efectivamente, no falló en un período inicial. Aunque era del dominio público que se preparaba aquella ofensiva, tenemos que reconocer, en justicia, que se logró el efecto de la sorpresa, porque, preparada la operación, aparentemente, de un modo, se llevó a efecto de otro. Por ejemplo, sobre el río se habían construido unos puentes que distrajeron mucho la atención del enemigo, el cual se entretuvo en bombardearlos en muchas ocasiones, logrando averiarlos, pero inmediatamente los desperfectos eran reparados, haciendo creer que el paso del río se haría, precisamente, por allí, lo que no fue así, ya que, según explicaron después quienes habían tomado parte en la operación, las tropas iniciaron la ofensiva pasando, durante la noche, con barcazas, el río, barcazas que hasta entonces nadie había visto.

No se nos pasa por las mentes describir aquella ofensiva desesperada. Ya lo harán, si quieren, los historiadores o los estrategas. Nosotros nos limitaremos a explicar lo que nos

dijeron algunos que se consideraban dichosos por haber logrado «repasar» el Ebro.

«Pasamos el río, a oscuras, en una barca, con el mayor silencio posible. Sorprendimos, como cosa de milagro, unos puestos avanzados del enemigo, que no tuvieron tiempo más que para levantar los brazos. Otros se defendieron lo que pudieron, pero los disparos que sonaban en estas cortas refriegas no alarmaron a los otros puestos, acostumbrados al tiroteo esporádico de cada noche.

Y avanzamos, avanzamos, llenos de alegría y esperanza. Entramos en un pueblo, ¿cuál?, no lo supe nunca. En la plaza, en un balcón, pendía una bandera bicolor. Escaleras arriba. En una gran sala, muchos soldados que se despertaban sin saber lo que, realmente, ocurría. De una habitación salió un hombre, pistola en mano, pero completamente desnudo. No tuvo tiempo de disparar. Una bala certera le rompió el brazo. Se lo llevaron, desnudo como estaba, escaleras abajo. Entramos en el cuarto y no nos asombramos al ver, en la cama, a una opulenta matrona que se tapaba con las sábanas. El sargento que nos mandaba tuvo que ponerse serio para que salieran de aquella habitación los soldados que miraban a aquella mujer con ojos encandilados. A ella le dio orden de que se vistiera, mientras quedaba fuera, en la puerta. Cuando salió la jamona, intentando sonreír, la cogió bruscamente por un brazo y se la entregó a dos soldados para que la condujeran al Estado Mayor, no sin antes decir:

–Pero rápido y sin ‘complicaciones’; no tenemos tiempo para esas cosas.

La mujer bajaba la escalera llorando amargamente, sin acertar a decir palabra.

En menos de un cuarto de hora quedaron prisioneros cuantos fachas había en el pueblo. Los prisioneros militares fueron encaminados hacia la retaguardia. Los civiles, alcalde, secretario, juez y demás falangistas fueron encerrados en el calabozo del ayuntamiento, a disposición de las nuevas autoridades que fueron nombradas, un poco al tuntún, entre los ciudadanos que salieron a la calle dando vivas a la República.

No hubo ni robos, ni violaciones, ni asesinatos. El único que hubiera corrido peligro, el cura, no apareció por parte alguna. Para no engañar, diré que el estanco, bien provisto de tabaco, quedó con las estanterías vacías, y que nadie se acordó de pagar. De madrugada salimos carretera adelante y fuimos tomando algunos pueblos fácilmente, pero, ahora ya sin encontrar fuerzas militares ni autoridades; todo el mundo responsable había escapado. Estábamos como borrachos de alegría. Como ocurre siempre que las tropas avanzan, en todas partes eran recibidas con vivas y aplausos, así como con pequeños obsequios. La marcha era lenta porque había que asegurar todo el frente, el cual era muy amplio, y registrar cuantos edificios se encontraran a derecha y a izquierda.

Como las fuerzas humanas tienen un límite, llegó un momento en que no hubo otro remedio que hacer alto y dormir, porque en realidad marchábamos como sonámbulos. Se nos aseguró que en el mismo día llegarían tropas de refresco para continuar el avance y nosotros quedaríamos descansando, para a nuestra vez relevarlas, y así, unos descansando y otros avanzando, hasta tomar de nuevo Teruel y Zaragoza. Nos despertamos al oír los disparos que se producían en número alarmante. Ciertos eran los tiros; el enemigo se había repuesto de la sorpresa y empezaba a hostilizar. Tiraban desde unas lomas que dominaban el pueblo. Ignoro si se habían establecido, por nuestra parte, dispositivos de defensa en aquellas alturas, o si éstas habían sido desalojadas o aniquiladas. Lo cierto es que tuvimos que atacar para tomar las lomas; que las volvimos a perder, y así varias veces. Las prometidas fuerzas de refresco no llegaban nunca y sospechábamos que empezaban a escasear las municiones. A pesar de todo íbamos aguantando bien, porque el enemigo se limitaba a disparar con fusiles y algunos morteros. Lo malo fue la inesperada aparición, en el cielo, de la aviación enemiga, en número impresionante y con aparatos hasta entonces desconocidos. Nos ametrallaban impunemente porque nosotros carecíamos de baterías antiaéreas. Llegaron, a veces, a tirar directamente, con sus ametralladoras, sobre nosotros. Esto les costó un par de pérdidas de aviones, y entonces supimos que aviones y tripulantes eran alemanes. Hizo, por fin, su aparición la aviación republicana, aquella que algún imbécil calificó de 'gloriosa', cuando el único calificativo que le cabía era el de 'suicida'. En efecto, contra más de doscientos aparatos nacionalistas que tomaron

parte en la contraofensiva, no pudo oponerse más allá de dos docenas de aparatos republicanos, entre ellos aquellos 'chatos' rusos, que no servían para nada.

Y como no llegaban refuerzos y, en efecto, faltaban las municiones, se empezó la retirada, con todo orden al principio, pero después ya no tanto, porque el enemigo, al darse cuenta, sorprendido, del movimiento, echó toda la carne en el asador, empleando, sin parar, toda su artillería y su aviación. Para que la tragedia fuera mayor, los fascistas abrieron las compuertas de los pantanos de Tremp y Camarasa, con lo que produjeron una enorme crecida del río Segre que, a su vez, provocó la crecida del Ebro. Fueron miles los ahogados. A *grosso modo* se calcularon, en aquellos días, las bajas, en 50.000 hombres.»

El general Rojo, en las dos obras citadas, presenta la retirada del Ebro como una heroicidad enorme. Tal vez lo fuera, pero no lo es menos que muchos soldados no lo apreciaron lo mismo. Aguantar tanto tiempo sin tener medios para ello, es heroicidad, mas ¿qué calificativo hay que aplicar a quienes sabían, y muy bien, que «faltaba de todo» para semejante empresa?

La guerra estaba definitivamente perdida, y proseguirla fue, por lo menos, un acto de demencia.

Hay que suponer que su victoria les había costado, a los nacionalistas, muy serias pérdidas, ya que, cuando prácticamente nada serio se oponía a su avance, paralizaron la marcha, estabilizándose el frente durante bastante tiempo.

Volvieron, entonces, a correr rumores de una posible intervención extranjera para evitar la total caída de Catalunya, que llevaría los soldados franquistas a la frontera francesa, pero nada se produjo en ese sentido. Las potencias extranjeras, sin duda, preferían tener cerca a los fascistas que no a los comunistas, como se denominaba al ejército republicano, por estar tan influido por Moscú.

Negrín seguía impertérrito su campaña de resistencia a todo trance, cuando ya, en el frente catalán, nadie tenía moral de guerra, y todo el mundo hacía sus preparativos para escapar a Francia. Muchos personajillos escaparon antes de que llegara, realmente, el peligro.

Entonces se produjo el hecho sarcástico de la «retirada de los voluntarios», aconsejada por los gobiernos de Francia e Inglaterra, y que Negrín se apresuró a aceptar, queriendo hacer creer que si se retiraban del frente los alemanes y los italianos (los moros no se consideraban extranjeros), el combatir a los franquistas sería cosa de coser y cantar.

Y con su criminal inconsciencia, o su obediencia tarifada, Negrín concentró en Barcelona a las Brigadas Internacionales, y después de hacerlas desfilar espectacularmente por la Diagonal, las mandó a campos de reposo, mientras se preparaba su salida de España.

En el otro campo, también, dijeron que bueno, pero italianos fueron quienes entraron en Reus, y alemanes, italianos y moros quienes saquearon los pueblos de Catalunya, exceptuando



Barcelona, por lo que hace referencia a los moros, para no alarmar demasiado a los extranjeros.

Cuando se retiraron las Brigadas Internacionales, en Roma, el conde Ciano dijo a los periodistas que Italia tenía en el frente español toda la División Littorio, con 12.000 hombres, mucha aviación, muchos tanques y artillería, y que no tenía intención de repatriarlos a Italia. Los alemanes no dijeron nada, pero no retiraron a nadie.

Llegó, en esto, internacionalmente, la tensión europea por la invasión alemana de Checoslovaquia, bajo el pretexto de protección de los Sudetes. Había peligro inminente de guerra europea. En el campo republicano se deseaba, ardientemente, que la «guerra grande» estallara de una vez, pues sería casi seguro que italianos y alemanes tuvieran que atender a sus propios frentes, abandonando nuestro país, y, además, franceses e ingleses se apresurarían a terminar el conflicto español, para no tener aquel tumor a la espalda. Una gran esperanza, pronto desvanecida, después del Tratado de Múnich, que fue, para la República española, como el puntillazo.

En noviembre de 1938, las «potencias» empezaron a reconocer al gobierno nacionalista, si no de derecho, sí de hecho. La primera fue Inglaterra, que el 14 de aquel mes de noviembre mandó a Salamanca un encargado de Negocios. A seguido fueron haciendo lo mismo Japón, Austria, Hungría, Suiza, Holanda y Bélgica.

Ya en los días que Alfredo estuvo haciendo de coronel, sin saberlo, en Campdevánol, pudo ver como los carabineros

cazaban, por aquellas montañas, a muchos prófugos y desertores que se encaminaban a Francia. Después, en una visita que hizo al hospital de Vallfogona, en la provincia de Lérida, se hablaba allí de las muchas deserciones en las filas republicanas. Como tal cosa no le cabía en la cabeza, Alfredo se decidió, por los medios que pudo, a averiguar las verdaderas causas de tal epidemia. Su principal fuente de información fueron los soldados que llegaban a Barcelona con permiso, así como los heridos de los hospitales. Sus conclusiones se podían expresar de esta manera:

Se había perdido la moral en absoluto y no precisamente de manera esencial por los reveses bélicos, sino por la carencia de muchas cosas, que los soldados sabían que no faltaban en los almacenes de las intendencias, y que si en unas unidades carecían de ellas, en otras abundaban en demasía, y ello en unidades que acampaban cerca unas de las otras. La ropa en muchísimos regimientos faltaba en absoluto, estando los soldados sucios, con la ropa rota y llenos de piojos. Hacía mucho tiempo que habían perdido el rastro al jabón. En contraste con aquella miseria, acompañada de comida mala y escasa, se podía comprobar que brigadas enteras, en manos de los comunistas, tiraban materialmente la comida, por hartos, y presumían de estar bien reavituallados, comprando favores en los pueblos a base de jabón, tabaco e incluso pan.

Otra cosa que desesperaba a los combatientes del frente era saber y comprobar que los carabineros de nuevo cuño, los célebres «hijos de Negrín», con sus 16.500 componentes, presumían, en la retaguardia, de sus impecables uniformes grises, sus cigarros puros y su dinero en abundancia, siendo su

trabajo esencial montar la guardia en los ministerios y oficinas públicas o controlar el mercado negro en las carreteras, y ese «trabajo» lo hacían aquellos mocetones llenos de vida y salud, con sus tallas de más de 1,80 metros.

También molestaba mucho a los soldados –sobre todo a los voluntarios de los primeros días– la labor de proselitismo descarado a que se entregaban los comunistas, acaparando la prensa militar y discurseando, sin cesar, en todas las ocasiones. Se hablaba más de la «patria del proletariado» que del peligro que tenían enfrente.

Otro motivo de disgusto era la desfachatez con que se repartían las «buenas plazas» entre los que tenían un carnet del PC, pero lo que produjo más desesperación, que llevaba a los hombres a «volverse a casa», fue la terrible persecución y los asesinatos a mansalva que los comunistas llevaban a término contra todos aquellos que no se prestaban a sus designios o tenían antecedentes poumistas o cenetistas. El ser, o el haber sido, del POUM, era ser candidato a ser asesinado y, además, a ser calumniado como traidor o desertor.

En sus averiguaciones, Alfredo se enteró de muchas cosas, muy graves, que comunicaba a los dirigentes de su partido y también, cuando tenía ocasión, a los pocos amigos que tenía en la Esquerra Republicana de Catalunya, con la esperanza de que se aplicara algún leve remedio.

Uno de aquellos hombres que había logrado escapar del frente de Aragón se entrevistó con Alfredo, antes de salir para Francia comisionado por el partido, y le explicó muchas

barrabasadas cometidas por los comunistas en el frente. Relató cómo, para asegurarse la vida, se había fingido comunista convencido, llegando a inspirar confianza hasta el punto de que un capitán le había escogido como asistente. Esta circunstancia le había permitido ser testigo de una reunión de mandos comunistas, que había tenido lugar en Torralba de Aragón. Allí se acordó que era preciso expulsar, «como fuera», a cuantos comisarios políticos no pertenecieran al Partido Comunista. Que se intensificara la propaganda para extender carnets. Que se hicieran averiguaciones y se confeccionaran informes de la conducta de mandos «no afectos», procurando el traslado o la «eliminación» de los mismos. Un jefe del Estado Mayor, apellidado Merino, aconsejó que a los reticentes se les pegara un tiro a la primera ocasión, dándoles de baja como muertos por el enemigo o, mejor todavía, llevarlos a las alambradas, matarlos, y dar parte, asegurando que intentaba pasarse al enemigo.

Supo también Alfredo otras cosas, como la ocurrida, ya en diciembre de 1937, en la carretera de Cuarte a Vecien, pasando por el célebre Carrascal, donde fueron asesinados los poumistas Hervás, Trepát y Meca.

También recogió informes sobre muertos harto sospechosos en clínicas y hospitales, en los cuales morían heridos después de operados, y cuando nada parecía ofrecer peligro de muerte.

Algún día habrá que hacer una estadística seria de los miles de crímenes cometidos por los comunistas en los frentes, hospitales, cárceles, campos de concentración y en las mismas poblaciones.

Además de las checas clandestinas estaban en las poblaciones las comisarías del SIM (Servicio de Investigación Militar), verdadera inquisición en manos de los comunistas. Creemos que este organismo fue fundado por Indalecio Prieto, con la misión de combatir el amplísimo espionaje de los nacionalistas, pero al caer en manos de los súbditos de Moscú, se dedicó, casi exclusivamente, a la persecución encarnizada de cuantos no querían comulgar con las ruedas de molino comunistas.

El SIM había montado varios campos de concentración, donde se hacía una vida de verdadera miseria y esclavitud. De ellos se fugaban los fascistas y en cambio se fusilaba a antifascistas reconocidos. Un día, Alfredo se encontró con el padre de un muchacho de las Juventudes del POUM que, además, era obrero gráfico, y le explicó cómo habían asesinado a su hijo en un campo del SIM, instalado cerca de Gerona. El chico estaba en un barracón, conviviendo (si así se puede llamar), con 30 o 40 individuos motejados de franquistas. A él le nombraron, a la fuerza, responsable del barracón, «respondiendo con su vida» de la fuga de cualquiera de aquellos fascistas. Y así ocurrió que uno de ellos desapareció, en pleno día, cuando ni siquiera estaba en la barraca, y el jefe de campo, «cumpliendo el reglamento», mandó fusilar al antifascista, ante todos los concentrados, en el centro del campo. Y el cinismo llegó a que el pobre padre sabía todo aquel horror, porque se lo explicó el propio jefe del campo, cuando llegó a ver a su hijo. Y, para consolarle, le añadió que el muchacho había muerto como un valiente, con el puño en alto.

Por Francia corren, todavía hoy, hombres que estuvieron presos en las checas y en las prisiones del SIM, que no tienen

inconveniente en asegurar que son ciertos los relatos hechos por los nacionalistas, después de la guerra, referentes a los tratos que recibían los detenidos. Y ello porque, a pesar de su antifascismo, ellos mismos tuvieron que padecerlos en su carne. Aunque parezca un cuento de miedo, existieron las «cámaras de los ruidos», en las cuales jamás había silencio, ni de día ni de noche. Desde fuera se golpeaba, a menudo, en la puerta y en las paredes. Un despertador, invisible, sonaba largamente, cada hora. Una campana repicaba casi seguido; imposible dormir. Hubo también, en invierno, las celdas donde el agua llegaba hasta veinte centímetros de altura y en ellas tenían que permanecer los presos. La silla eléctrica, con bastantes voltios, donde se obligaba a sentar a los interrogados, fue importada, al parecer, de Rusia. Dos de aquellas sillas fueron heredadas por los franquistas, que las explotaron largamente, trasladándolas en una camioneta, de unas poblaciones a otras.

Ni que decir tiene que los martirios a palos y puñetazos eran cosa corriente.

Las checas más tristemente célebres de Barcelona fueron las del Paseo de San Juan, 104; Puerta del Ángel, 24; Muntaner, 321; Córcega, 299; Vallmajor, 5. En Valencia adquirió trágica fama la checa instalada en el convento de Santa Úrsula.

Si el desaparecido André Malraux hubiera querido podría haber explicado cómo fueron encarcelados y maltratados varios aviadores voluntarios franceses por haber criticado a los aviadores rusos, que no obedecían órdenes más que de sus propios jefes moscovitas y jamás se expusieron francamente.

Ya en exilio, Alfredo pudo recoger datos fidedignos de algo ocurrido en la persecución del POUM, y allá va, para lo que valiere.

En Madrid estuvo, mucho tiempo, un ruso que se hacía llamar Orlov, que era el jefe supremo de la organización política rusa GPU; tal individuo recibía órdenes directamente de Moscú, sin pasar por la embajada de su país, e incluso enviaba a sus jefes informes sobre la conducta del propio embajador y del cónsul en Barcelona. Acaso el posterior fusilamiento de este cónsul tuviera relación con las actividades de Orlov. Fue este polizone ruso quien directamente ordenó a Burillo, jefe superior de policía de Barcelona, que fueran detenidos todos los elementos directivos y conocidos del POUM. La detención tuvo lugar en el local social de ese partido, en la Rambla de los Estudios. Se dijo por entonces que, media hora antes de la detención, un guardia de asalto, que se enteró, avisó personalmente a los del POUM lo que iba a ocurrir. Si esto es cierto, no tiene explicación el dejarse sorprender, y, sobre todo Nin, que «conocía el paño», debería haber tomado, a raíz de los sucesos de mayo, sus precauciones de seguridad. Lo cierto es que, muy aparatosamente, con muchos guardias y camionetas, en pleno día, fueron detenidos Gorkin, Andrade, Bonet, Gironella, Arquer y Nin. Menos este último, todos fueron conducidos a la cárcel de Valencia y procesados por traición. Andreu Nin desapareció y fueron inútiles cuantas gestiones se hicieron para saber su paradero. Tan escandalosos hechos produjeron una protesta de carácter internacional, pero limitada a los partidos socialistas minoritarios, similares al POUM, y varias personalidades izquierdistas. En Francia hizo cuanto pudo el excelente socialista Marceau Pivert.

Los comunistas, en España, acudieron, como es costumbre, a la calumnia, tras el crimen. En las paredes de muchos edificios de la Ciudad Condal aparecieron unas inscripciones en negro, que decían:

«¿Dónde está Nin? –En Burgos o en Berlín».

En su libro *Yo fui ministro de Stalin*, el tardíamente arrepentido Jesús Hernández (vivo por lo buenos que somos), hace una breve historia de lo ocurrido con Nin. Afirma que fue conducido a una checa de Alcalá de Henares (donde tronaba Marty, el diputado comunista francés) y allí fue martirizado hasta la muerte. Nadie sabe lo que se hizo con el cadáver. Para seguir con la táctica de la calumnia, se hizo publicar en la prensa extranjera (en España no se atrevieron a tanto) un fantástico relato en el que se decía que una noche se habían presentado en la casa donde estaba detenido Nin diez militares de las Brigadas Internacionales, «hablando alemán», habían sorprendido a la guardia, desarmado a los soldados y, maniatándolos, se llevaron a Andreu Nin en un coche que aguardaba no lejos de allí. En el suelo de la celda se encontraron papeles comprometedores y «billetes de banco alemanes».

En el libro *Los vascos y la República Española*, de A. de Lizarra, que parece ser no es otro que Irujo, se dice que éste, ministro de Justicia, se decidió, por fin, a aclarar el asunto Nin, y para ello nombró un magistrado especial. Ante un posible peligro, varios agentes rusos de la GPU se refugiaron en su embajada. Fue destituido fulminantemente el coronel Ortega, jefe superior de policía, que estaba entregado a los rusos. Pero no pasó nada



más. Ni los republicanos, ni los socialistas, ni los anarquistas hicieron nada en serio para ayudar a Irujo.

En cambio, la GPU, pasado el susto, montó a su gusto el proceso contra el comité ejecutivo del POUM. Todo lo escrito en aquel proceso era un cúmulo de idioteces que dejan mal parada la inteligencia de los polizontes rusos. Acostumbrados a los aburridos procesos rusos, donde todos los encartados afirman que son culpables de los más horrendos crímenes, hicieron lo mismo en España, sin tener en cuenta que la gente del país no comulga con aquellas ruedas de molino. Véase un ejemplo de una de las acusaciones:

A un espía alemán, o al servicio de Alemania, que llaman «Golfin», y que no aparece por parte alguna, se dice que le encontraron un plano de Madrid, milimetrado, con indicaciones estratégicas, y en el dorso del tal plano había una «dedicatoria» a Franco, escrita por Andreu Nin.

La idiotez no puede ser más burda. Pero el proceso sigue adelante, muy lentamente, es cierto. Cuando el Gobierno pasa a Barcelona, los procesados del POUM también son trasladados a la Ciudad Condal, y encerrados en una cárcel especial, sita en un palacete de la Bonanova. Tras muchas gestiones vanas cerca de abogados de nombradía, ninguno de los cuales se «atrevió» a asegurar la defensa, se hizo cargo de la misma el abogado Benito Pabón, de la CNT, pero al poco tiempo renunció a la defensa, sin dar explicaciones. Otra vez sin defensor estuvieron los procesados, hasta que apareció «un hombre», el abogado Rodríguez Revilla, que apechugó con el «regalo», y lo hizo muy corajudamente.

Por fin tuvo la vista de la causa, del 11 al 22 de octubre de 1938, año y medio después de los sucesos de mayo. Juzgó un Tribunal Especial formado por Eduardo Iglesias Portal, como presidente, y los jueces magistrados Ernesto Beltrán, Julián Calvo, Manuel Mediano y Manuel Herrando. De fiscal actuó un tal Gomis.

En el banquillo, José Andrade, José Escuder, Julián Gómez (Gorkin), Enrique Adroher (Gironella), Pedro Bonet, Daniel Rebull (David Rey), Jordi Arquer. Gorkin colocó en el banquillo un retrato de Andreu Nin que figuraba como «procesado en rebeldía».

Desfilaron como testigos los comunistas Cordin, Virgilio Llanos, Mantecón y otros, asegurando que la 29 División, toda ella formada por elementos del POUM, era indisciplinada respecto al alto mando, y que estaba muy bien equipada.

Largo Caballero, brevemente, afirmó que él estaba convencido de la inocencia de los procesados, a los que consideraba como probados antifascistas y bravos revolucionarios. Los señores Galarza e Irujo también afirmaban creer en la honorabilidad de los que ocupaban el banquillo. Federica Montseny habló en favor de los encartados, pero aprovechó la ocasión para hacer un poquito de propaganda (acto inútil, porque la prensa fue previamente censurada). Unos calígrafos que tenían que opinar sobre documentos comprometidos dijeron que nada podían asegurar.

En realidad, nadie adujo nada en contra de los procesados, pero el fiscal les acusó, sin decir por qué, de rebelión militar y

espionaje, solicitando treinta años de presidio para Gorkin, Arquer, Andrade, Gironella y Bonet; cinco para David Rey y la absolución para Escuder.

El defensor, muy brillantemente, así como valientemente, solicitó lisa y llanamente la absolución.

La sentencia fue de 15 años para Gorkin, Andrade, Gironella y Bonet; once años para Arquer, y fueron absueltos David Rey y Escuder.

Todos quedaron tan tranquilos, pues sabían que jamás pasarían tanto tiempo encarcelados.

En realidad, la sentencia fue para salir del paso y no captarse la enemiga de los comunistas, pero en sus considerandos aquella sentencia contiene apreciaciones como las siguientes:

«De lo que antecede no se puede deducir la prueba de que los acusados facilitaron a los elementos fascistas, noticias de ninguna especie sobre la situación en los frentes de batalla o sobre la organización de la retaguardia; ni que hayan mantenido relaciones directas o indirectas con ellos ni con organismos policíacos o militares de los países invasores; ni que estuvieran en contacto o ayudaran a grupos u organismos falangistas del país; ni que pretendieran apoyar a los combatientes rebeldes; ni que recibieran ayuda económica de los enemigos del Estado para su propaganda política.

Por el contrario, se deduce, de lo que precede, 'que gozan todos ellos de un grande y viejo ascendiente antifascista', que han contribuido, con su esfuerzo, en la lucha contra la

insurrección militar y que la posición que defienden responde únicamente al fin de suprimir la República democrática para instaurar un régimen según sus propias concepciones sociales.»

Como puede apreciarse, tras tales consideraciones, la sentencia no fue más que un puro trámite.

Siguieron, pues, los sentenciados en su cárcel especial de la Bonanova, hasta que muy poco antes de la caída de Barcelona fueron conducidos hasta la frontera francesa.

A mediados de aquel año de 1938, Alfredo empezó a darse cuenta de que, si no ocurría algo imprevisto, la guerra estaba bien perdida. Acabó de ponerle en estado de alerta una penosa impresión causada por haber percibido claramente el siniestro estruendo, en la lejanía, de disparos de cañones.

Pepita, por mediación del conserje de la granja La Flor de Mayo, de Sardanyola, había conseguido alquilar una casita en las afueras de ese pueblo, y acudía a dormir allí, de cuando en cuando, al notar que sus nervios no le aguantaban más, por efecto de los bombardeos diarios sobre la capital.

Y ella y Alfredo convinieron en pasar, en aquella casita, una noche juntos, que ofrecía muchas perspectivas de ser la última en mucho tiempo. Para llevar a cabo el proyecto, Alfredo logró que en su partido le prestaran un coche (disponían de algunos, a pesar de la clandestinidad) y en él, conducido por un chófer amigo suyo, se trasladaron, al anochecer, a Sardanyola, quedando en que el chófer, con su auto, pasaría a recogerlos. Ella había llevado buenas provisiones para cenar: huevos, pescado ya frito, e incluso unas alubias cocidas, que estaban

muy buenas. Alfredo era portador de una botella de vino y un paquetito de café, amén de unos terrones de azúcar, todo ello de origen francés. La cena fue muy agradable, pero la noche no lo fue, pues cuando quedaron callados, tras el placer, en el gran silencio que rodeaba la casa, percibieron claramente como un tronar lejano, que pronto comprendieron que eran cañones disparando. Y eso duró toda la noche, sin dejarles dormir, anunciando siniestramente la proximidad de la catástrofe.

Por la mañana esperaron, vanamente, al coche con su chófer, y a las nueve se fueron a la estación, para ver si pasaba algún tren para Barcelona. Allí nada aseguraron; lo mismo podían pasar seis, como ninguno. Por la noche sería más fácil. Cuando volvieron al pueblo, al cruzar la carretera, un camión paró bruscamente, a pocos metros de ellos, y el chófer, sacando la cabeza, dijo:

–¡Salud, Alfredo! ¿Es que quieres ir a Barcelona?

–justamente, pero no hay trenes.

–Pues, anda, sube.

–Es que voy con esta compañera.

–Bueno; nos apretaremos.

Subieron y, en verdad apretados, emprendieron el camino. El chófer aquel le conocía del «sindicato». Hablaron de lo del cañoneo, y el hombre afirmó que aquello no tenía importancia, porque a veces, según el aire, se podían oír los cañonazos a más de 200 kilómetros. Alfredo puso aquello en mucha cuarentena,

pero no lo dijo porque Pepita se lo había creído y esto la había tranquilizado.

Al salir de Monteada, una patrulla de guardia hizo señal para que parara el camión. Así lo hizo el chófer, jurando a gritos, preguntando a los del uniforme si es que ya no le conocían. Los guardias dijeron que sí, pero que querían saber quiénes eran los acompañantes. El chófer aseguró que eran buenos amigos, pero el cabo de la patrulla, un aragonés cerrado, pidió ver los papelucos. Alfredo, tranquilamente, sacó su carnet de fiscal, que jamás abandonaba, y lo alargó al cabo. Este quedó muy sorprendido al ver que no le enseñaba un papel con muchos sellos y firmas, sino una pequeña cartulina con un retrato y el escudo de las cuatro barras en la cabecera. Después de mirarlo atentamente, se volvió a un guardia y le dijo:

–Oye, Antonio; mira esto, ¿qué es?

El guardia lo examinó y en seguida se llevó la mano al gorro, saludando.

–A sus órdenes –dijo.

El cabo no sabía qué hacer. El guardia le dijo, entonces, qué clase de personaje viajaba en el camión y entonces el maño se excusó con medias palabras.

–Bueno, majo; tira p'alante, noi.

Y sin más incidentes llegaron a Barcelona. Al bajar, Alfredo se quedó mirando la carga del camión, que eran cajas de madera,

muy bien claveteadas, y le preguntó al conductor qué era lo que transportaba. El otro se puso a reír, diciendo:

–Municiones.

Y siguió adelante.

Pepita se puso pálida, pero Alfredo no pudo por menos que reír...

Aquel ruido de cañoneo ya no le dejó tranquilo, y empezó a pensar que a no tardar no tendría más remedio que salir pitando para Francia, lo que le hizo recordar que, aparte su carnet de fiscal, no tenía más documentación válida, por lo que le pareció que acaso fuera bueno adquirir un carnet sindical, que no podía ser otro que el de la CNT..., si querían dárselo, a pesar de que, de hecho, desde los sucesos de mayo del 37, había estado siempre en contacto con los directivos del Sindicato de las Artes Gráficas.

Fue, pues, un día, al sindicato, que estaba aposentado en un antiguo convento de monjas, enfrente mismo de la entrada del vetusto edificio que había sido hospital de la Santa Cruz. Allí encontró a Ácrato Vidal, Cuadrado y algún otro. No opusieron, pero alguno a su demanda y le extendieron el carnet. Ácrato hizo algunos comentarios sobre la situación de la guerra, afirmando que habían salido para el frente muchas fuerzas de refuerzo, a fin de contener el avance del enemigo, pero, o lo decía para tranquilizar a los otros, o le habían engañado. El ambiente general era de derrota, y todo cristo pensaba ya en la manera de ponerse a salvo.

Los iconoclastas del libertarismo, a falta de otra cosa mejor, convocaron un Pleno Regional del Movimiento Libertario, que duró quince días, del 16 al 30 de octubre de 1938, ¡tres meses antes de la emigración!

Y en aquellas tremendas circunstancias, la mayoría de las sesiones se dedicaron a discutir las profundas discrepancias que les dividían. Horacio Prieto proponía, nada menos, hacer de la FAI un partido político al servicio de la CNT.

Un día se presentó en la imprenta de Barrera, esto es, la tipografía Cosmos, donde trabajaba Alfredo, un antiguo operario de la misma, llamado Marcial, que hasta hacía poco había actuado como secretario del Ayuntamiento de Reus. Llegaba fugitivo porque Reus había ya caído en manos de los rebeldes. Explicó que los italianos y los alemanes, con algunas fuerzas españolas, habían entrado en Reus sin disparar un solo tiro; que él y su esposa habían salido en un coche, en el último momento, y que habían podido llegar a Tarragona fácilmente. En la ciudad románica ya no quedaba ningún elemento conocido y los fascistas se paseaban por la ciudad.

A pesar de los pesares, todavía hubo unidades militares que se aferraban al terreno y lo defendían hasta lo inverosímil.

La defensa de la Sierra de Pándols se dice que fue la más encarnizada de toda la guerra, pero de esto se ha hablado muy poco, porque allí no había fuerzas militares comunistas.

Para esos que se hartan de comentar la caída de Barcelona, sin defensa, y la comparan con el heroísmo (innegable) de la defensa de Madrid, bueno será afirmar que la defensa de



Barcelona se hizo en el Ebro; y que, de hecho, duró desde finales de julio hasta enero del 39, sin pausas, y que costó más de 100.000 bajas.

Y que más habría durado si las autoridades, gobierno y Estados Mayores, a más de los mandones rusos y demás comunistas, no hubieran salido camino de la frontera con mucha antelación a los últimos combates.

Una tarde de finales de noviembre de 1938, subían Alfredo y Pepita por la calle Muntaner y todavía se esforzaba él en tranquilizar a la amada, inventando fantásticas noticias de derrotas franquistas y magníficas ofertas de ayudas extranjeras, cuando se dieron cuenta de que ante el edificio que tenía incautado el Partido Comunista había varios camiones que estaban cargados de cajas perfectamente cerradas, máquinas de escribir, multicopistas, colchones, ropa de cama, maletas..., en fin, todas las señales de fuga. La operación estaba protegida por un gran número de guardias de asalto, armados hasta los dientes, que obligaban a los transeúntes a pasar a paso ligero.

Ante la angustiada mirada de Pepita, a manera de interrogante, Alfredo no pudo decir más que esto:

–¡Qué canallas!

Y la pareja siguió calle arriba, muy apretados, convencidos de la fatal e irremediable separación.

Separación que llegó muy pronto. El 24 de enero de 1939 se encontraron en la parte alta de la calle Balmes, para despedirse. No fue una despedida patética. No hubo ni lágrimas, ni suspiros,

ni abrazos desesperados. Un obstáculo en la garganta le impidió a él pronunciar palabra alguna. Ella sólo dijo, con voz apagada:

–Que tengas suerte.

Y echó calle arriba, con paso lento. Él se quedó allí, sin saber qué hacer, esperando que ella se volviera y le mirara una vez más. Pero no lo hizo. Volvió la primera esquina, sin volver la cabeza. Como ella misma le explicó de palabra, años después, en Andorra, no volvió la cabeza porque se le habían acabado las fuerzas de serenidad y ya sus ojos estaban llenos de lágrimas.

## XXVI. LA FUGA

Aquella noche del 24 se reunieron los que quedaban del POUM en el piso de Los Amigos de México, del Clot. Se convino en que ya no había esperanza de resistencia; y como los fachas estaban a tiro de piedra, no había más remedio que, quienes lo quisieran, se reunieran, al día siguiente, temprano, para emprender la huida a Francia.

Con asombro, constató Alfredo que apenas llegaban a medio centenar los que querían marcharse. ¿Qué clase de esperanza tenían los otros de ni siquiera supervivir después de la caída de Barcelona? ¿Era resignación, abulia o inconsciencia?

¿Mirándose a sí mismos creían, estúpidamente, que las hordas falangistas les perdonarían la vida?

No tuvo mucho tiempo para responderse a tantos interrogantes como le asaltaban. Primero era organizar la escapada, antes de que fuera demasiado tarde. Le dijeron que se podía disponer de tres camiones y una camioneta, lo que era insuficiente para trasladar a todos los fugitivos. Se quedó que

aquellos vehículos estarían, temprano, por la mañana siguiente, uno en el Paseo de San Juan, junto al Arco de Triunfo; otro en la plaza Universidad; el tercero allí, frente al local de Los Amigos de México, y la camioneta acudiría a buscar unas compañeras que estaban ocultas en Vallcarca.

En aquel local quedaron unos cuantos para dar instrucciones a los posibles amigos que pudieran llegar a última hora. Allí quedó Alfredo, harto deprimido, sin saber si ir a su domicilio, a despedirse, o marchar sin decir palabra. Sin embargo, no tenía más remedio que ir a casa, a fin de recoger una mochila y un maletín, donde puso unas mudas y un poco de pan. Pensó que, a la madrugada, cuando llegase el camión que tenía que acudir a la plaza Universidad, iría en el mismo hasta su casa.

Pero las cosas ocurrieron de muy distinta manera. Serían las diez de la noche cuando se presentaron tres «responsables», afirmando que las autoridades habían dado una orden prohibiendo la salida de la capital a toda clase de vehículos, a partir de medianoche y que, por lo tanto, los allí presentes no tenían otro remedio que subir al camión que estaba en la calle y salir, rápidamente, a recoger el mayor número posible de compañeros, pasando, al mismo tiempo, por las casas de quienes lo quisieran, para recoger el equipaje.

Aquella orden de cerrar la salida de la ciudad le parecía a Alfredo sumamente absurda, pero los responsables, cuyos nombres «no queremos» decir, aseguraron que, por absurda que pareciera, no era menos efectiva y que había que aprovechar el tiempo para no quedar encerrados en la ciudad, como en una enorme ratonera.

Como a Alfredo le atormentaba la suerte que podían correr todos los otros compañeros a quienes no había tiempo de recoger, ni tan siquiera de avisar, así lo manifestó, quedando asombrado de la impasibilidad de aquellos «responsables», que sólo supieron decir que las circunstancias mandaban.

Cuando salieron a la calle, allí estaba el camión y un coche espacioso, que fue ocupado por los «responsables». El que llevaba el volante del camión advirtió que apenas llevaba gasolina para unos cincuenta kilómetros. Nadie sabía dónde, a aquellas horas y en aquellas circunstancias, se podía encontrar gasolina. Alfredo se acordó, entonces, de que en la imprenta donde trabajaba, había un bidón de cincuenta litros lleno del precioso líquido, y así lo hizo saber, como la facilidad de entrar en el taller. Fueron, pues, directamente, a la calle Urgel, a buscar la gasolina. Fue cosa fácil. La llave de la imprenta la guardaba, siempre, el portero de la casa; se le despertó, y al ver a Alfredo no puso inconveniente y se la entregó. Entre Alfredo y otro sacaron el bidón a la calle. Alfredo escribió unas palabras en un papel, firmó y se lo dio al portero para su tranquilidad.

Y llegó el primer incidente. Los responsables, que iban en el coche, dijeron que como en el camión iría tanta gente, sería más práctico que el bidón de gasolina lo llevaran en el coche. Alfredo, que ya empezaba a estar harto de aquella gentecilla, les respondió que la bencina era cosa suya, de él, y no la soltaba, y que si tanto sitio tenían en el coche, que montaran a uno de los presentes. Y sin hacer caso de las réplicas de los del coche, entre él y otro cargaron el bidón y se pusieron en marcha. De allí subieron a las alturas del Pueblo Seco, a casa de Miralles, que vivía en lo alto de las escaleras del final de la calle Blasco de

Garay. Estuvieron más de media hora esperando a Miralles que había subido a buscar su equipaje. Como ya eran las once, y según habíanles dicho, a las doce ya no podrían salir, fueron, a toda prisa, a casa de Alfredo. Entró en el piso y observó que todas las mujeres estaban bien dormidas, sin duda porque aquella noche la calma era absoluta; no hubo el menor bombardeo y, por ese silencio, se habían dormido. Pensó coger los cuatro trastos y marchar sin decir nada, pero después le entraron escrúpulos y optó por despertar a su hermana Esperanza, que era la más valerosa. Así lo hizo, y en voz baja le explicó que marchaba inmediatamente. Se abrazaron sin añadir nada más. Después besó a su hija, que no se enteró de nada, y volvió a la calle.

El camión tomó por la calle Tallers para salir a la plaza Universidad, subiendo por la calle Aribau, tomando la Diagonal, el Paseo de Gracia, la calle Salmerón, y, pasada la plaza Lesseps, se adentraron en las empinadas calles de la barriada de Vallcarca.

La noche, sin luna, tenía una calma siniestra. Por primera vez, durante meses, las sirenas de alarma no mugieron, ni se oyó el horrible silbido de las bombas al caer, seguidas de explosiones repetidas. En medio de la gran oscuridad, el silencio impresionaba más que el terror de los bombardeos. En todo el largo recorrido que habían hecho, no encontraron un solo vehículo, y sólo, como sombras fugitivas, algún hombre cruzaba las calles de Barcelona, que, envuelta en su inmensa tristeza, se preparaba, a entrar en el reinado del terror negro.

El camión paró ante una casa, y uno de los «enterados» subió a recoger a las mujeres que habían ido a buscar. Pasó más de media hora antes de que bajaran, a pesar de que, repetidas veces, uno u otro de los fugitivos subió las escaleras para meterles prisa. Alfredo miró su reloj y comprobó que ya eran las doce y media. Luego, si era cierto lo que les habían dicho, ya no podían salir de la ciudad. Y, la verdad, no sabía si lamentarlo o alegrarse.

Por fin aparecieron tres mujeres, con toda tranquilidad, cargadas de maletas y grandes paquetes, como si se tratara de un viaje normal. Como algunos hicieron observar que tanto bulto robaba espacio a seres humanos que querían salvar su vida, las mujeres se pusieron a gritar escandalosamente, afirmando que por nada del mundo abandonarían sus cosas, pues hartas dejaban ya abandonando todo lo demás.

Entablóse una amarga disputa, chillando las mujeres, murmurando los hombres; disputa a la que pusieron fin cuatro guardias de asalto, con fusil terciado, que conminaron a todos a seguirles a la comisaría.

Alfredo, sabiendo que todos sus compañeros, como él mismo, estaban armados con magníficas pistolas, supuso que no era cosa de dejarse detener en aquellos críticos momentos en que la propia vida podía depender de un minuto y, firme en esta lógica, empuñó su Parabellum dispuesto a todo. Pero cuál no sería su asombro al ver a la mayoría de sus compañeros de fuga bajar humildemente del camión y alinearse en la acera, junto a la pared.

El cabo, que parecía mandar la pequeña tropa, al darse cuenta de que Alfredo y dos más tenían sus pistolas en la mano, tomó un tono conciliador, para decir que, en realidad, no se trataba más que de una comprobación de personalidad, pero que después quedarían en libertad.

Y Alfredo no acababa de salir de su asombro al ver cómo se formaba la comitiva, primero el camión con las mujeres dentro, después dos guardias, a continuación, todos los hombres, y, cerrando la columna, los otros dos guardias. Alfredo veía y no creía que todos aquellos hombres, que tantas veces se habían jugado la vida por verdaderas futesas, ahora marcharan como borregos llevados al matadero. Y resolvió que él no se dejaría enjaular. Y como lo pensó lo llevó a cabo con la mayor facilidad; tanta, que después sacó la consecuencia de que a los guardias les importaba poco conducir a más o menos detenidos. Lo que más tarde comprobó perfectamente.

Caminaban por unas calles desconocidas para él, oscuras y desiertas y, a pesar de los guardias que venían detrás, se dijo que al llegar al primer cruce de calles abandonaría la fila. Como conservaba la pistola, la sacó del bolsillo y con todo cuidado la puso a punto de disparar, con la bala en la recámara y el seguro quitado. Y con la mayor naturalidad, en la esquina, en lugar de seguir en la fila, efectuó una «variación derecha», y sin correr, a paso normal, echó calle abajo. Y lo curioso en aquellos momentos fue que no pensaba en nada, ni siquiera en el posible peligro de un disparo de los guardias, o, por lo menos, que le llamaran al orden. Nada; todo su pensamiento se limitaba a decirse que había efectuado una «variación derecha».



Y desde aquel momento en que empezó a jugar al escondite con la libertad o con la muerte, ya no fue el hombre que piensa y calcula lo que deja atrás y lo que le espera; ya no fue el hombre que adora a sus hijos, que idolatrara a una mujer, que se sacrifica por una idea. No; ya no era un hombre, ya no era más que instinto, la bestia acorralada, que no ve ni quiere ver más que la manera de escapar. Todos los sentimientos se durmieron. No se acordaba ni de la familia, ni de Pepita, ni del hijo, quién sabe dónde y quién sabe si vivo, ni de la hija. Ni sentía llegar el llanto por abandonar la tierra natal. Nada. Todo desapareció para dar paso, arrolladoramente, al más potente de los sentidos: el de la conservación. Ni siquiera tuvo miedo en toda su huida. No tenía más que un pensamiento: llegar a tierras de seguridad. Y ni por un momento se le ocurrió que no lo lograría. Una absoluta serenidad se apoderó de todo su ser. Veía el conjunto del problema como algo borroso, irreal, como algo que no tuviera nada que ver con él mismo. Pero, en cambio, cada detalle inmediato lo apreciaba con una clarividencia magnífica, que le servía para resolver los inconvenientes con toda la seguridad.

De pronto se dio cuenta de que ya no oía el ruido del motor del camión, ni los pasos de sus amigos. Estaba, pues, solo. Pero, ¿dónde? No reconocía aquella calle, pero como ya no estaba en cuesta aguda, dedujo que ya no estaba en Vallcarca, sino en las alturas de Gracia, mas no acertaba a identificar la calle. Siguió hacia abajo sin encontrar alma viviente, hasta que, sin darse cuenta, se encontró en una calle del Ensanche, amplia, con su arbolado. Y tan desorientado estaba, que no llegó a saber si el Paseo de Gracia estaba a su derecha o a su izquierda.

Parado como estaba, acabó por percibir un leve rumor a su izquierda. Puso atención y le pareció que eran voces quedas. Avanzó hacia aquel lado y, efectivamente, vio dibujarse como una fila de hembras, de donde salía el rumor. Eran una veintena de mujeres, con jarras y botijos, que tomaban agua de una fuente pública. Pensó que el agua no debería subir a los pisos, pero no le pareció la cosa anormal. Se acercó a la fila y preguntó qué calle era aquella. Una mujer dijo, secamente.

–Rosellón.

Y Alfredo volvió a preguntar:

–¿A qué lado está el Paseo de Gracia?

–A su derecha.

–Gracias.

Y tomó a su izquierda, pues en aquel preciso momento se le ocurrió que lo mejor sería volver a Los Amigos de México, a ver si acudían otros y se organizaba algo para escapar. Y mientras seguía su camino, empezó a pensar en lo raro de la actitud de aquellas mujeres en la fuente, que contestaron lo estrictamente preciso, sin preguntar nada a su vez, ni demostrar curiosidad ni extrañeza. Y comenzó a preguntarse si todo aquello no sería más que un sueño.

Bajó hasta la Diagonal y de allí hasta el Paseo de San Juan y, por la calle Valencia, se adentró en seguida por la barriada de San Martín, encontrándose ante la casa donde estaba Los Amigos de México, casi sin darse cuenta. Allí no había más que

dos amigos, tan desorientados como él, sin saber qué determinación tomar. Pasó una hora y nadie más acudió allí. Empezaron a entrarle ganas de volver a su domicilio y «que pase lo que pase». Tan fuertemente sintió aquel deseo que, sin decir palabra a los otros, bajó las escaleras y empezó a andar..., pero a los doscientos metros le empezó a flaquear la decisión y, hablando alto, se dijo que acaso fuera preferible esperar a la mañana, a ver qué ocurría. Y volvió al local, donde vanamente intentó leer un libro para matar el tiempo. Sus dos compañeros de infortunio estaban tan amilanados que apenas acertaban a monosilabear de cuando en cuando.

Con los primeros albores matinales empezaron a llegar compañeros que se habían cansado de esperar en los sitios convenidos. A todos ellos les explicó las causas de su ausencia, por lo menos, del camión en que iba él, y también lo de la famosa orden de cerrar la salida de la ciudad.

A las siete de la mañana, los allí concentrados, casi todos jóvenes, decidieron salir a pie hacia Badalona y ver allí qué posibilidades había para el viaje. En eso se presentó un compañero con una pequeña camioneta comercial, en la cual hicieron subir a cuatro mujeres y tres niños, quedando de acuerdo para encontrarse, si era posible, en la carretera general de la costa.

Cuando los que marcharon a pie, cargados con bultos y pequeñas maletas, llegaron a la carretera del Clot, ya vieron la caravana ininterrumpida de coches, autobuses y camiones repletos de fugitivos. No había que pensar que en ninguno de ellos les acogieran. El mismo espectáculo había en la carretera

de Badalona. Todo el mundo se apresuraba, porque corría el rumor de que el enemigo estaba ya en Granollers y se dirigía hacia la costa, a fin de cerrar el paso. Aquello resultó falso, pero en aquellos momentos lo peor era siempre lo que más se creía.

Andando, llegaron hasta Badalona, donde ya era algo difícil el tráfico. El espectáculo empezaba a ser deprimente. En los camiones, todos ellos descubiertos, se veían hombres, viejos, mujeres y niños hacinados en medio de toda clase de bultos, maletas, jaulas, e incluso alguna máquina de coser. En la mayoría de las caras se leía el pánico, en otras solamente la inquietud; ni los niños estaban serenos.

Alfredo, que había perdido su equipaje en el camión, requisado por los guardias (ya lo veremos), marchaba ágilmente, pero se dio cuenta de que algunos amigos, ya un tanto entrados en años y cargados más de lo conveniente empezaban a dar muestras de cansancio, aunque procuraban disimularlo. Entonces reunió al grupo y un poco patéticamente, les dijo que no conocía als nois del POUM, que parecían dispuestos a caminar estúpidamente hasta Francia, cuando era indudable que allí, en Badalona, población tan industrial, se podían encontrar medios de transporte.

Los muchachos convinieron en que era cierto y en seguida se pusieron de acuerdo para, divididos en cuatro grupos, salir a la descubierta de «lo que fuera», para marchar hacia Francia.

No hubo necesidad porque, como llamado por reclamo, apareció un magnífico camión, con caja de hierro que, saliendo de una bocacalle, se paró tocando la bocina para que le dejaran

pasar. Iba completamente vacío, llevando únicamente dos hombres en la cabina. En lugar de dejarle pasar, los chicos interrogaron al chófer sobre el camino que iba a seguir. Y entonces el que acompañaba al conductor dijo que iban a Barcelona, a buscar heridos para evacuarlos. Como aquello parecía un pretexto, uno del grupo le dijo que enseñara una orden, a lo que el otro contestó que no la tenía, pero que si lo dudaba, que subiera al camión y podría comprobarlo. Alfredo le tomó la palabra, y le dijo:

–Bien; pues vamos todos a Barcelona.

Y, uniendo el gesto a la palabra, subió al camión, seguido de todo el grupo. Entonces los de la cabina se apearon, afirmando que no necesitaban ayuda y que demandarían auxilio a los guardias. Por toda contestación, uno del grupo saltó del camión y se puso al volante. El chófer, muy indignado, le advirtió que aquel camión era de la Generalitat, y que, además, apenas tenía gasolina en el depósito. Alfredo intervino para decir al chófer y a su ayudante que no mintieran; si querían, podían ir todos juntos, de lo contrario se quedarían en tierra. Así lo prefirieron los despojados, y se quedaron profiriendo amenazas, mientras el camión viraba a la derecha, dirigiéndose camino de Montgat.

A la salida del pueblo había un poste de carburante, en el cual dos carabineros, muy seriamente, servían gasolina a los pocos vehículos que se paraban, porque, por lo visto, todos iban bien provistos. El camión de los del POUM se paró y pidieron a los carabineros que hicieran el favor de llenar el depósito. Los uniformados solicitaron los vales correspondientes. Contestaron que no los tenían, pero que en aquellas

circunstancias, cuando los fachas llegarían allí el mismo día, era un poco inocente tal demanda. Los carabineros adujeron que ellos no hacían más que obedecer órdenes. Entonces se acabó la discusión. Los chicos del POUM se acordaron de quienes eran y, sin chistar, sin orden ninguna, actuaron perfectamente como era debido en aquellas circunstancias tan especiales. Dos de ellos se situaron en la puerta del garaje, dentro del cual se veían los fusiles de los carabineros, impidiendo que éstos entraran a buscarlos. Otros varios les rodearon, pistola en mano, mientras otro procedía a llenar el depósito de gasolina. Después subieron todos al camión y sin ni tan siquiera saludar, salieron pitando carretera adelante.

Aquellos carabineros debieron comprender que su misión terminaba, puesto que, colgándose los fusiles al hombro, salieron carretera adelante, con paso pausado, dejando abandonado el poste de gasolina.

Antes de llegar a Montgat el camión de los del POUM tuvo que aminorar la marcha, siguiendo la caravana que se había formado.

A la salida de Montgat tuvieron la primera alarma. Tres aviones aparecieron en el cielo, a baja altura, enfilando la carretera. El pánico fue general. Casi todos los ocupantes de los vehículos saltaron a tierra y se echaron, cuan largos eran, en las cunetas. Por fortuna los aviones se limitaron a pasar de largo, sin disparar ni lanzar bombas. La gente, cuando los aviones desaparecieron, volvió a subir a sus vehículos, aunque un poco atropelladamente y no sin disputa, pues parecía que era como un derecho inalienable que cada vehículo estuviera reservado

para un grupo determinado, y no admitían a nadie que no hubiera ocupado antes un sitio.

Al llegar a Canet de Mar, como la carretera pasaba por dentro del pueblo, por una estrecha calle, la fila de vehículos se estiró mucho y la marcha era desesperadamente lenta. La tarde iba cayendo y se preveía una mala noche de marcha.

Cuando dejaron atrás las últimas casas de Canet, hubo un pánico mayor que el de la aparición de los aviones. Desde el mar, un barco, apenas visible, disparó unos cañonazos, acaso de pólvora sola, porque ningún camión ni coche recibió impacto alguno, pero puede suponerse el pánico que produjeron aquellos tremendos disparos, con el consiguiente abandono y salto al suelo, hacia las cunetas en locas carreras, y muchos entrando en las casas más cercanas. Como pasaron unos minutos y no se repitieron los disparos desde el mar, los fugitivos volvieron a emprender la marcha.

A lo largo de Mataró, ya casi de noche, la marcha era lentísima. El que llevaba el volante del camión del POUM, sin decir una palabra, se adentró por la ciudad, subiendo Rambla arriba, y al final dobló a la derecha y entonces explicó que de allí salía una carretera que daba bastante vuelta, pero como se podía ver estaba desierta. Por aquella carretera interior pudieron correr a buena marcha hasta Blanes, donde enfilaron la carretera de La Selva, en dirección a Gerona. Aquí, otra vez, tuvieron que seguir la caravana, aunque no tan nutrida como anteriormente.

Por todas las poblaciones que pasaban, se podía observar el mismo silencio desolador, la misma oscuridad. Parecían pueblos

abandonados, con todas las puertas cerradas, las ventanas sin luz alguna y las calles desiertas. No se veían ni los clásicos perros vagabundos.

Los ocupantes del camión hablaban poco. La mayoría de los hombres fumaban incansablemente, y Alfredo se preguntaba de dónde había salido tanto tabaco. Las pocas mujeres dormitaban. Nadie había comido ni bebido nada desde por la mañana, pero nadie se lamentaba, ni hacía la menor mención de ello.

Alfredo seguía en la misma situación del semiinconsciente. Se «dejaba llevar», sin preocuparse de cómo ni a dónde. Muy vagamente comprendía que había acabado muy tristemente el período mejor de su vida y que ahora la incógnita a que marchaba no ofrecía perspectiva venturosa alguna.

¡Y no sabía, el pobre, entonces, los enormes avatares que le esperaban!

Llegaron a Gerona ya bien entrada la noche. La vetusta ciudad ofrecía un aspecto inusitado. Por todas partes se veían gentes con bultos y maletas, deambulando de un sitio a otro, con aspecto de interrogación desoladora. Indudablemente buscaban dónde pasar la noche, y en el fondo de su pensamiento acaso una pequeña esperanza de poder quedar en el país, sin tener que pasar la frontera, con toda la tremenda incógnita que ello suponía. En todas las calles y plazas había vehículos de todas clases, estacionados, ocupados, en parte, por ancianos y niños, que los guardaban, mientras los hombres y mujeres más jóvenes andaban a la caza de algo que comer y «que saber». Porque eso era lo que más intrigaba; querer saber



si había que seguir carretera adelante, si no había ya esperanza alguna de detener a los facciosos.

El camión donde iba Alfredo paró ante una casa en cuyo balcón había un rótulo con las siglas del POUM. Arriba, en el local, poca gente, pero muchas maletas y no menos bultos voluminosos, conteniendo, evidentemente, ropas de cama.

Les dijeron que allí podían dejar maletas y bultos, pero que, si querían probar de dormir en el local, procuraran no volver tarde, pues la noche anterior no se cabía materialmente allí. Alfredo, con otros dos, se fueron en busca del domicilio de Gironella y también, eventualmente, el de otros compañeros susceptibles de indicarles dónde cenar y dormir. En casa de Gironella, que era un piso muy grande, pero destartado, ya habían «plantado sus reales» bastante gente, pero acaso pudieran caber. Por lo pronto, Teresa Carbó, que hacía dos días que estaba allí, le dijo que, si esperaba un poco, podría cenar con ella y su familia, pues tenían un conejo en la lumbre. Como Alfredo se asombrara que pudiera, todavía, encontrarse conejo, Teresa, riendo, le dijo que lo habían cazado por el camino. Como los dos acompañantes de Alfredo habían desaparecido sin despedirse, resolvió quedarse allí y ver cómo se presentaban las cosas.

Al poco tiempo quedó sorprendido al ver entrar en la sala en que estaban a Miralles, Rodríguez, otros dos y aquellas mujeres que tanto se habían hecho esperar en Vallcarca, y que habían sido detenidos, ellos y ellas, por unos guardias, y llevados, con el camión, a una comisaría. Miralles se explicó en seguida. Resultó que lo que querían los guardias, con su jefe a la cabeza, era un modo de salir pitando, y el hallazgo de aquel camión

providencial les pareció de perlas. Cuando entraron en la comisaría, se pusieron de acuerdo inmediatamente, todos se acomodaron lo mejor posible, y tomaron la carretera hacia Gerona, por Granollers, por donde pasaron tranquilamente, pues aquello de la llegada de los fachas a aquella población no era más que un rumor alarmante.

Miralles, además, participó a Alfredo que allí, en la misma casa en que estaban, estaba su equipaje, que había quedado en el camión, cuando él resolvió escapar. Recuperó, pues, su mochila y su maletín... no por mucho tiempo, como se verá.

Teresa llamó a Alfredo y le condujo a una habitación donde, sobre una pequeña mesa, había una cazuela humeante y unos platos y cubiertos, e incluso vasos y dos botellas con vino. Sentados en torno, Morell, el marido de Teresa, su hijo, muy pequeño, su hermano con su mujer, el mayor de los hermanos Bagüés, Antonio, con su esposa, Jesusa, con su pequeñín en las rodillas. Como no había más sillas, colocaron una tabla entre dos sillas y allí se sentó Alfredo, dispuesto a comer lo que humeaba. Teresa, haciendo un gesto cómico, cerró la puerta con llave, exclamando:

–Esto, en verdad, no es muy humano, pero este conejo ya es bien poco para los que somos, y si llegaran más, nadie tendría ni para un diente.

Era una razón terriblemente lógica que imponían las circunstancias.

El guiso del conejo, nada menos que con patatas, les pareció a todos una especie de banquete. Al principio comían sin pan,

pero, de pronto, la cuñada de Teresa se levantó de un salto, abrió una maleta y sacó tres panes de munición, magníficos. Todos quedaron admirados y ovacionaron a la guapa mujer, porque la mujer del hermano de Teresa era una real hembra. Comieron, bebieron e incluso fumaron, porque Antonio Bagüés sacó del bolsillo, con la mayor naturalidad, un paquete de cigarrillos americanos. Residuos, sin duda, de la intendencia de la 29 División.

Como siempre que se come, se bebe y se fuma, el ánimo empezó a no ser tan fatalista, e incluso se empeñaban en vislumbrar posibilidades de salvación. Y se empezaron a desgranar una serie de rumores que corrían por la vieja ciudad. Que las Brigadas Internacionales, que no se habían disuelto, marchaban al encuentro de los nacionalistas. Que los italianos habían dado otra «espantá», acorralados en la barriada de Sants, de Barcelona, por las juventudes libertarias, y que la capital estaba, todavía, en manos republicanas. Que el gobierno francés se había puesto de acuerdo con el Presidente de la Generalitat, y habían tomado bajo su protección el territorio catalán, conminando a los franquistas a retirarse más allá del Ebro, y que para obtener satisfacción, estaban en la frontera miles de negros senegaleses dispuestos a entrar en Catalunya. (En verdad, en la frontera había negros, pero era para encuadrar y dirigir a los españoles fugitivos a los campos de concentración que estaban preparando febrilmente, según se pudo comprobar después.)

Ya muy tarde, en la noche, se decidió que había que dormir como se pudiera y lo que se pudiera. Las tres mujeres, con los niños, se fueron a una habitación aparte y los hombres

quedaron donde habían cenado. Teresa entregó a Alfredo una magnífica manta de viaje, a cuadros, que desde aquel momento fue su compañera inseparable, hasta que, en 1945, en Toulouse, se la devolvió a Teresa, en un piso de la Avenue des Minimes.

Alfredo se espabiló temprano, pues apenas había podido dormir. Los demás dormían a pierna suelta, e incluso algunos roncaban magníficamente. Salió, Alfredo, al pasillo, en busca de agua para asearse. Dio con la cocina, ocupada casi por completo por mujeres, durmiendo en el suelo. La madre de Gironella, que la pobre estaba calentando algo en un débil fuego, le ofreció un poco de jabón y una toalla. Sin contemplaciones, que los momentos no hacían necesarias, se despojó de todas las prendas de vestir hasta la cintura, y se lavó, copiosamente, bajo el grifo. Como al frotarse el agua salpicaba, dos mujeres acostadas cerca de la pila se incorporaron, quedando sentadas en el suelo, y reprocharon a Alfredo el que no fuera con más cuidado. Las dos eran jóvenes y bonitas, a pesar de estar desgredadas y con la ropa arrugada. Alfredo se disculpó y para desagraviarlas acabó por decirles que, al fin y al cabo, celebraba haberlas espabilado, porque así se podía regalar viendo caras tan preciosas tan temprano. Las mozas rieron las galanterías y charlaron, alegremente, mientras él se vestía, como si las circunstancias no fueran, por lo menos, tan críticas.

Volvió a la «habitación masculina», dobló la manta, atándola cuidadosamente con un cordel que encontró por allí, colocando todo el equipaje en un rincón. Después buscó la salida, ansioso de saber noticias y comprobar el ambiente de la ciudad. Había ya mucha animación en las calles. Camiones, coches y autocares circulaban arriba y abajo, unos llenos de gente, otros vacíos.

Muchos grupos, evidentemente fugitivos. Casi nadie iba solo. En una esquina, ante un bar, un grupo de soldados comían plácidamente algo que Alfredo no sabía qué podía ser. Se acercó, curioso... e interesado por si aquella pitanza pudieran venderla en el bar. Como no daba crédito a sus ojos, preguntó a los soldados qué era aquello que comían.

–Pues ya lo ves, compañero, churros.

–Pero, ¿de qué son?

–¡Ah! Eso el churrero lo sabrá, pero están buenos. Mira, ahí, en la plaza está el puesto.

Y era verdad. Allí, en la plaza cercana, un hombre y un mozalbete fabricaban churros en una gran sartén que humeaba y despedía un, entonces, magnífico olor a aceite caliente. En un recipiente había una gran cantidad de una masa amarilla, que el churrero iba introduciendo en un aparato y, apretando, construía la tradicional espiral en esa industria. El muchacho no paraba de cortar trozos de las «ruedas» y venderlos al público que se iba aglomerando. Pensando en los amigos que había dejado en casa de Gironella, y que tan bien se habían portado con él, creyó que llevarles churros sería una buena sorpresa. Preguntó al churrero si le podía vender una rueda entera.

–Mire usted, –le dijo el industrial– yo estoy acabando, ahora, las existencias para salir, corriendo, hacia Francia. En realidad, el dinero no me interesa, porque supongo que no servirá para nada, pero no quiero que esta harina de maíz y este aceite caiga en manos del enemigo. Mas, como soy un idealista, quisiera poder repartirla entre el mayor número posible de ciudadanos.

–Verá usted – replicó Alfredo, con cierto buen humor–, ilustre churrero; sus razones me parecen muy válidas y demuestran que salen de labios de un hombre que, si sabe darle a la masa, también posee dotes de altruismo filosófico de altos vuelos. Y por todo ello bueno es que sepa que me están esperando, para ver si llevo algo con que matar el apetito, hasta ocho bocas que bostezan, y no de aburrimiento precisamente.

Rieron los dos de buena gana y a seguido el buen hombre sacó, por medio de dos batutas de madera, la rueda que acababa de freír en la sartén, la colocó sobre la mesa y empuñando las grandes tijeras la redujo en trozos, envolviéndolos en un periódico, entregándoselo a Alfredo, diciendo:

–Ahí va, amigo; y buen provecho.

–¿Cuánto le debo?

–Lo que quiera.

Alfredo le entregó un billete de cien pesetas. Se dieron la mano, y allá iba él más contento que unas pascuas, sin prestar atención a los gruñidos de las otras gentes que ya estaban ante el churrero antes que él, pero que no habían sabido encontrarle el flaco.

Al llegar de nuevo a la casa, encontró a Teresa que salía a la calle, y le dijo que marchaba en busca de algo para desayunar. Sin hablar. Alfredo la agarró del brazo, y le hizo seña de subir al piso, señalando, de paso, el paquete que llevaba en la mano.

Una vez en el piso, entraron en el cuarto que les habían destinado, y todos quedaron maravillados ante los inesperados churros. Otra vez la garrida cuñada de Teresa abrió su misteriosa maleta y sacó de ella un paquete de café auténtico y un bote de leche. A nadie se le ocurrió preguntar la procedencia de todo aquello, sino que el solo pensamiento general era celebrar tanta prosperidad. Salieron hacia la cocina Teresa y Jesusa, volviendo al poco rato con una cafetera humeante. Con ellas entró la madre de Gironella, contenta porque la habían invitado. Repartieron, en vasos y tazas, la mitad del café y lo completaron con leche condensada «a chorro» del bote. El resto se lo llevó la dueña de la casa, junto con unos churros.

Acabado el succulento desayuno, salieron a la calle en busca de noticias y orientaciones, Alfredo, Miralles y Antonio.

Junto a las escaleras monumentales de la catedral, Alfredo quedó sorprendido al encontrar allí, vendiendo periódicos, a Angosto, un antiguo amigo de las Juventudes Socialistas y del grupo escénico de las mismas. El hombre le explicó que al principio de la guerra llegó a Gerona y ya no se había movido de allí, porque tenía, ahora, una mujer a quien querer.

Quedaron los dos hombres callados, invadidos por el mismo pensamiento. Porque Angosto había sido un mudo admirador de Matilde; adorador sin esperanza. Y tan buen hombre, que su pasión no le llevó, jamás, a sentirse rival de Alfredo, ni a odiarle por su buena suerte. Y ahora, en aquellas tremendas circunstancias, se encontraban hermanos, los emancipados del embrujo de la maligna, pero acaso un tanto añorantes de aquellos tiempos. Por fin fue Angosto quien preguntó:

–¿Sabes algo de «ella»?

–Sí; la vi pocos días antes de salir de Barcelona. Vive con un hombre que no la quiere como nosotros. Es, en cierto modo, nuestro vengador. Además, en el fondo de ella ha salido la burguesa y odia a los revolucionarios, a quienes cree responsables de no poder comer a su gusto y del pánico enorme que le producen los bombardeos.

Poco más hablaron. Angosto explicó, brevemente, cómo se había unido con la viuda de un militar y cómo iba tirando con lo que ella cobraba y lo que él ganaba de cien maneras diferentes.

Más tarde, en la emigración, supo Alfredo que el pobre Angosto no quiso escapar porque la viuda no quiso salir de Gerona, y que cuando llegaron los fachas le fusilaron, acusado, sencillamente, de haber vendido prensa revolucionaria.

Llegaron al local del partido. Allí había mucha animación. Se organizaba la marcha a Francia, por grupos. A cada grupo se le asignaba una especie de comité que se cuidaría de encontrar vehículos y comida, y de trazar el itinerario a seguir hasta la frontera. Sobre todo, se quería prescindir, en lo posible, de seguir la carretera general, tan atestada ya de vehículos y, por tanto, tan vulnerable a los posibles ataques de la aviación enemiga.

Alfredo, sin ser consultado, fue incluido en el grupo que organizaban Andrés, Miralles y Leandro. Salieron éstos con algunos jóvenes a «ver» cómo encontraban un camión por lo menos, porque ocurría que los dos que habían llegado de Barcelona desaparecieron la noche anterior.



Antonio y Alfredo quedaron en volver más tarde, a ver cómo se preparaban las cosas. Por todas partes grupos de hombres y mujeres buscando algo comestible, y cómo escapar. De manos a boca, se encontraron con un grupo de sindicalistas, entre ellos Viadiu y Progreso Alfarache, quienes quisieron «requisar» a Alfredo para ocuparle en la confección de *Solidaridad Obrera*, que querían sacar aquel mismo día. Como aquel proyecto le parecía, por lo menos, inocente, se zafó como pudo, alegando que andaba buscando a su hermano, pero que por la tarde ya se encontrarían y verían lo que se podía hacer.

Y tan desorientado estaba todo el mundo, que aquella excusa tan burda les pareció a los otros la cosa más natural.

En estas explicaciones estaban, cuando oyeron grandes gritos que daban unos cuantos jóvenes que ocupaban un camión, guardado por cuatro guardias de asalto bien armados. El camión paró en seco, y el chófer preguntó dónde estaba la jefatura de policía, pero al mismo tiempo, los que iban en la caja del camión, detenidos, empezaron a gritar, llamando a Alfredo y a Antonio por sus nombres. Eran hasta una docena de muchachos de las Juventudes del POUM, sacados de las checas de Barcelona y conducidos no sabían dónde. Junto con ellos había otros jóvenes que aseguraban, a gritos, que eran de las Juventudes Libertarias. Antonio fue el primero en reaccionar enérgicamente y, sacando la pistola, ordenó a los guardias que descendieran del camión. Los guardias se disponían ya a cargar sus fusiles, cuando los otros paisanos, Alfredo, Viadiu, Alfarache y los que iban con ellos, sacaron también sus pistolas y se acercaron, amenazadores, al vehículo. Los guardias titubearon y entonces los muchachos saltaron a tierra de dos en dos, porque así iban

maniatados. Como por encanto se aglomeró allí un centenar de personas, la mayoría de las cuales, sin preguntar nada, tomaron partido por los detenidos, gritando insultos contra los guardias. Cuando parecía inevitable una colisión, Viadiu se puso en medio y, calmadamente, incitó a los guardias a que se marcharan, dejando allí a aquellos muchachos, que, al fin y al cabo, eran antifascistas. Acaso porque los guardias vieron que el horno no estaba para bollos, lo cierto es que, recogiendo unos macutos que tenían en el camión, se alejaron, no sin advertir que «volverían a restablecer el orden». Un ciudadano sacó una navaja del bolsillo y procedió, limpiamente, a cortar las cuerdas que maniataban las muñecas de los muchachos. La alegría de éstos era grande, y se atropellaban para dar las gracias y explicar cómo habían viajado, toda la noche, desde que les habían sacado de unas checas de San Gervasio, en Barcelona. Alfredo no pudo por menos que decirles que, siendo una veintena, con veinte manos libres, no les alababa mucho no haber sabido liberarse ellos mismos. Sin esperar las excusas, les indicó que llevaran el camión al local del partido. Como el chófer había desaparecido, uno de los muchachos, muy contento, ocupó el sitio en la cabina.

Por los grupos de fugitivos corría el rumor de que había una orden de no dejar salir a nadie de Gerona, sin una autorización del gobernador militar. Alfredo, recordando la falsa orden que le habían «colocado» en Barcelona, preguntó a los de la CNT si sabían quién era el jefe militar y dónde se le podía encontrar. Viadiu le dijo que le parecía que el único jefe militar que quedaba en la plaza era el doctor Tusó, médico, porque todos los demás capitostes civiles y militares habían salido para Figueras; le indicó que a Tusó acaso le encontrara en el hospital

militar. Y allá se fueron Antonio y Alfredo. Fácilmente encontraron al doctor, pasando visita a una sala, revestido con una inmaculada blusa blanca. Les acogió muy cordialmente, confirmando que era el jefe universal de todo en Gerona, porque le habían dejado solo. Les afirmó que él no saldría de la ciudad hasta que el enemigo llegara a sus puertas y después de haber asegurado el transporte hasta la frontera de cuantos enfermos y heridos lo desearan. (Decisión que cumplió escrupulosamente, faltando bien poco para no caer prisionero.) Les aseguró que él, el «jefe», no había ordenado nada respecto a la salida de la capital, y que, por lo tanto, cada cual podía escapar cuando y como pudiera. Aconsejó a sus amigos que los del POUM deberían aprovechar la primera ocasión para aprovisionarse de cosas de comer y beber en la intendencia, que allí estaba bien repleta, añadiendo que creía no hacía falta que indicara los medios. Declinó el ofrecimiento que le hicieran Antonio y Alfredo de quedarse allí, con otros amigos, para asegurar la evacuación proyectada, afirmando que ya estaba todo previsto, vehículo, víveres, armas y hombres.

Y todo esto lo decía como aquel que está organizando un desplazamiento normal, por cualquier causa prevista de antemano. Alfredo estaba admirando al constatar que allí todo el mundo estaba tranquilo y casi sonriente. Enfermos, heridos, practicantes y enfermeras no denotaban el menor nerviosismo, como si el enemigo no estuviera, ya, en, camino de llegar de un momento a otro. Se despidieron, abrazándose, y el doctor ordenó a una enfermera que pasaran por el despacho y que les entregara unos paquetes de tabaco. La muchacha, que no parecía asustada en lo más mínimo, les llenó los bolsillos de paquetes de cigarrillos americanos. A la pregunta de si estaban

allí a gusto con el doctor Tusó, les contestó que, con hombres como él, no se habría perdido la guerra.

Volvieron los dos amigos al local de su partido. Allí ya se habían organizado tres grupos de marcha y saldrían cuanto antes, porque Gerona no era recomendable. Había, ya preparado, un autocar destinado a las mujeres y niños, acompañados de un par de hombres armados, que saldrían en el momento en que se encontraran comestibles para soportar una eventual espera en la frontera. Además, había dos camiones para una treintena de hombres. Antonio explicó la recomendación del doctor Tusó, respecto a reavituallarse en la intendencia, y como a todos les pareció admirable la idea, se empezaron a estudiar los métodos a emplear para sacar de la intendencia lo necesario.

En éstas estaban, cuando empezaron a sonar las sirenas de alarma, anunciando la llegada de aviones enemigos y, casi simultáneamente, atronaron el espacio los terribles estruendos de las bombas. Como el que más o el que menos ya estaba acostumbrado a los bombardeos, no cundió el pánico, limitándonos a salir a la calle y echarse al suelo, como la mejor precaución. Algunos, más optimistas, ni siquiera se levantaron de las sillas. Aquel bombardeo fue una cosa seria; las bombas caían ininterrumpidamente y debieron ser muchos los aparatos que tomaron parte, y acaso hacían viajes de ida y vuelta, porque la agresión aérea duró cerca de dos horas.

Alfredo temía, más que nada, por el autocar y los camiones, estacionados ante la casa, pues dada la penuria de medios de transporte, si eran averiados, la fuga podía verse comprometida. Sin embargo, empezó a tranquilizarse al observar que la mayoría

de las bombas caían lejos de allí; generalmente encima y en los alrededores de la estación del ferrocarril. Sin duda se pretendía obstaculizar la huida de los republicanos. Ensañamiento cruel, muy acorde con el carácter de los extranjeros que lo cometían.

Pensando en estas cosas Alfredo estaba, cuando salieron del local unos cuantos muchachos gritando: «¡Al camión! ¡Vamos a revituallar!». En un santiamén subieron a un camión una docena de hombres, y, como Antonio era uno de ellos, Alfredo, sin gran entusiasmo, alargó la mano a uno de los que estaban arriba, y con su ayuda montó también. Arrancó el vehículo y entonces le dijeron que iban a la intendencia, a ver si, a causa del bombardeo, los almacenes estaban sin vigilancia, y, si era así, ahorrarse otros inconvenientes. Las bombas seguían cayendo sin descanso y las calles estaban completamente vacías. Las gentes se habían refugiado donde buenamente pudieron. El camión llegó a la intendencia, y se encontraron que la entrada cochera estaba obstaculizada por un camión allí abandonado, a causa, sin duda, de las bombas. Dentro, como se lo presumían los recién llegados, no encontraron a nadie, ni vigilando ni trabajando. Como si se tratara de un trabajo hecho a diario, los hombres del POUM formaron una cadena de los almacenes al camión, y se fueron pasando cajas llenas de cosas alimenticias: carne en conserva, leche condensada, café, azúcar, galletas, pan de galletas, tabaco, jamón cocido, queso..., aquello era como el maná bíblico. Tuvieron que ser los del camión quienes mandaran parar «el pedido», porque veían que ya tenían para alimentarse unos cuantos días.

Como el bombardeo seguía, pudieron retirarse tranquilamente, sin que nadie, absolutamente nadie, les dijera una palabra.

Cuando las sirenas volvieron a sonar, anunciando que había pasado el peligro, fueron apareciendo por el local del POUM cuantos estaban ya designados para salir los primeros. Convinieron que cuanto antes partieran mejor, puesto que la aviación enemiga podía volver y hacer víctimas inútiles; y como ya se disponía de víveres, no había por qué esperar más. Procedióse, pues, a repartir, equitativamente, los alimentos entre los tres vehículos, e inmediatamente subieron al autocar las mujeres y los niños, con sus guardianes. La escena fue un tanto patética, porque algunas mujeres no podían contener las lágrimas al separarse de sus hombres. Y eso que entonces creían que se encontrarían inmediatamente después de pasar la frontera, ignorando que la mayoría tardarían más de un año en reencontrarse, y algunos tardaron hasta tres largos años.

Salió, después, un camión bien cargado de hombres, con la consigna de llegar hasta Perpinyá, donde se aseguraba que ya había una organización del partido, que velaría por cuantos fueran llegando. Hasta ya entrada la noche no salió el tercer camión, donde estaban Antonio, Alfredo, Leandro, Andrés y algunos otros medio notables. En lugar de tomar la carretera general hacia Figueras, como hacía todo el mundo, aquel tercer camión se dirigió hacia Olot, para recoger a unos compañeros de aquella localidad, y seguir hacia la frontera hasta donde se pudiera seguir en el vehículo. Efectivamente, en Olot ya les esperaban media docena de amigos, que subieron con sus bultos y maletas. Dos llevaban uniforme y fusil. A la entrada y a

la salida de la ciudad, unos puestos de carabineros controlaban a quienes pasaban, pero lo hacían, sin duda, por rutina, puesto que se conformaron con mirar los papeles que buenamente se les enseñaba.

Carretera arriba marchaban, cuando empezó a apuntar el día, y en los picachos naranjeaba el sol. En aquella hora temprana entraron en un pueblo que alguien dijo que era Vilarrasa, el último, por aquel lado, antes de llegar a la frontera. El poblado parecía desierto, no se veía persona alguna, pero, en cambio, en el suelo de todas las calles aparecía como una alfombra de papeles rotos, de todas clases, colores y tamaños, aunque predominando el blanco. Era indudable que, antes de marchar, una columna de burócratas se había desembarazado de todo el papelamen, aunque lo había hecho de la manera más somera, sin recurrir al fuego, mucho más eficaz.

Pararon en la plaza, dispuestos a desayunar de la mejor manera posible. Abrieron unos botes de leche y también se permitieron el lujo de hervir café, esparciendo su rico aroma, lo que hizo suponer a Alfredo haría aparecer a algún vecino, pero se equivocó; las casas continuaron cerradas y nadie dio señales de vida.

Terminaban el pisco-labis y se disponían a volver a la carretera, cuando llegó un muchacho anunciando que habían descubierto un almacén de ropa de la intendencia. Allí fueron todos, para ver qué había de aprovechable. Efectivamente, en una especie de garaje, cuidadosamente clasificadas, se encontraban prendas militares en tejido caqui, además de mantas y calzado. En las guerreras había el emblema de la aviación. Quien más, quien

menos, se aprovisionó de pantalones, mantas o calzado. Las guerreras no tuvieron éxito. Alfredo cambió su pantalón, ya muy usado, por otro, flamante, de color caqui, y sus zapatos de ciudad, por unas magníficas botas altas hasta la rodilla, en estupendo cuero, pero tenían el inconveniente de que se abrochaban por un crecido número de ojetes y cordones.

Acabada la requisa, subieron todos al camión y siguieron carretera adelante, hasta unos quince kilómetros más arriba, donde, bruscamente, se encontraron con que ya no había más camino viable, sin duda porque la carretera proyectada hasta la frontera, había quedado allí por falta de presupuesto. Un camino de carro seguía hasta una gran masía, de la chimenea de la cual se elevaba una columna de humo. Supo que en aquella masía ya les esperaban, porque era la casa paterna de un muchacho del POUM, que estaba en el frente de Madrid, pero que el padre había accedido a alojarlos bien fraternalmente.

Fueron hacia allá, y en la puerta esperaba un hombre, como de unos 45 o 50 años, fuerte, levemente canoso, de ojos azules llenos de tristeza, pero en cuya boca quería aparecer una sonrisa.

Les dijo que, ya que no podía recibir a su hijo, y quien sabe si le volvería a ver, ofrecía su casa a sus compañeros, y allí podían estar cuantos días quisieran, disponiendo de todo lo que había.

Tras darle las gracias cordialmente, le explicaron que, por suerte, nada necesitaban de la casa, como no fuera algo de aceite, si lo había, y sal, además de los cacharros para guisar, pero que en cambio le dejarían allí un buen surtido de alimentos



que traían en el camión, puesto que, al marchar hacia la frontera, como lo harían a pie, no era cosa de hacerlo excesivamente cargados.

Hablando, más tarde, con el masovero, Alfredo se enteró de que ya hacía tres días había enviado a Francia, a casa de unos amigos, también campesinos, a su mujer y a su hija, pues no quería verlas expuestas a la soldadesca que indudablemente llegaría a no tardar. Sobre todo, las mujeres estaban muy alarmadas por los rumores que allí habían llegado sobre la bárbara conducta de las tropas moras.

Se establecieron, pues, en la masía, o mejor dicho, en los alrededores, ya que la temperatura era tan benigna que les permitía estar la mayor parte del día al exterior. Por la noche dormían todos en un amplio pajar y por las mañanas se lavaban, casi desnudos, en un arroyo de agua fresca y muy limpia.

Muy frecuentemente pasaban rebaños de corderos que los pastores conducían a la frontera, con el doble objetivo, explicaban, de sustraerlos a los fascistas, y, al venderlos en Francia, hacerse con moneda de valor efectivo, es decir, francos franceses. Sin embargo, por dos veces lograron comprar dos corderos con aquellos billetes de la República, que ya no tenían valor.

La masía y el terreno que la rodeaba estaban situados en un alto, desde el que se dominaba un amplio horizonte, circunstancia que les permitió ver venir, de lejos, y por tres veces, aviones enemigos, que pasaron por encima sin sospechar

que bajo los árboles de un pequeño bosque cercano a la casa estaban camuflados aquellos fugitivos.

Aparte de aquella manifestación aérea, todo era tranquilidad paradisíaca en aquel rincón. Sólo pasaron los pastores con sus rebaños y, dos o tres veces, payeses de fincas cercanas llegaron a cambiar impresiones con el dueño, pero sin demostrar ganas de charlar con los fugitivos, a quienes no miraban con buenos ojos, sin duda considerándoles como una parte de aquellos seres insensatos que habían desencadenado aquella guerra criminal.

Los pastores y los payeses afirmaban que los fascistas no habían llegado, todavía, a Olot, sin que supieran porqué, puesto que ya no se veían fuerzas republicanas por parte alguna. De la parte de Francia se decía que la frontera estaba cerrada, excepto para mujeres, niños y ancianos, pero que pronto quedaría abierta para todos.

El día 7 de enero, los que se habían improvisado como una especie de responsables de la expedición, decidieron que unos muchachos se encaminaran, con las debidas precauciones, hacia Olot, con la misión de adquirir noticias de la situación militar. Salieron cuatro en el camión, y los demás pasaron una mala tarde, pues las horas transcurrían y los chicos no regresaban. Algunos, impacientes, se marchaban por la carretera, primero hasta una curva, después hasta otra, con la esperanza de ver aparecer el camión o, acaso, oír el ruido del motor, volviendo decepcionados. Ya se empezaba a dar por descontado que habían sido detenidos, y quienes habían tenido la idea de mandarlos sufrían de honda pesadumbre. Aquella noche la cena

fue triste; apenas se habló ni se comió. Pero cuando menos lo esperaban, empezó a oírse, muy lejano, un ruido de camión en marcha. Nadie dudó de que eran ellos, y a uno que se le ocurrió opinar que también podía ser el enemigo por poco le pegan, aunque la cosa era muy verosímil. Eran ellos, los chicos, que llegaron intactos, con su camión, y llenos de tranquilidad, aunque lo primero que dijeron fue que era preciso marchar lo antes posible. Explicaron que hasta Olot no habían encontrado a nadie por el camino, y que en la ciudad todavía estaban los carabineros esperando la llegada de los «otros», sin duda para ponerse a sus órdenes. Como les afirmaron que estaban en comunicación telefónica con Gerona y que la capital estaba, todavía, en manos republicanas, decidieron, bien imprudentemente, llegarse hasta allí para informarse de visu... y poco faltó para que no volvieran. Sin encontrar alma viviente, siguieron la carretera, y tranquilamente entraron en la ciudad, sin notar nada anormal en relación de cómo la habían dejado. Ni animación inusitada, ni banderas, ni tropas en las calles apartadas que seguían; es decir, que parecía cierto lo que les habían dicho los carabineros de Olot. Pero al desembocar en una pequeña plaza se dieron de manos a boca con una patrulla de soldados, muy desarrapados, por cierto, que les saludaron con el brazo extendido y gritando: «¡Arriba España!». Sin vacilar, los del camión gritaron lo mismo e incluso uno voceó: «¡Viva Franco!», viva que, por cierto, no tuvo eco. La patrulla se perdió por una calle, y el que llevaba el volante del camión maniobró de tal manera que, dando la vuelta a la plaza, emprendió la huida por donde habían venido. Mientras avanzaban por aquella calle, que deseaban fuera el camino de salvación, vieron cómo en el balcón de una casa una vieja se disponía a colocar, sobre la baranda, una colgadura roja y gualda. Uno de los chicos no pudo

contenerse, y al pasar le gritó: «¡Mala puta!». La vieja abrió los brazos, dejando caer la bandera a la calle, metiéndose rápidamente en la habitación.

Enfilaron la carretera, y a más de cien kilómetros a la hora, no pararon hasta Olot, a donde llegaban dispuestos a todo, pistola en mano y agachados en la caja del camión. Los carabineros alzaron las manos en señal de que se detuvieran, pero el camión pasó como un rayo, y mal lo hubieran pasado los uniformados si no se hubieran apartado. Al pasar ante el ayuntamiento, observaron que ya no estaba izada la bandera tricolor, pero ninguna otra ondeaba en su asta. Esto les tranquilizó un poco, y se decidieron a parar a la salida de la población y ver de preguntar a alguien cómo estaban las cosas por allí. Ya era casi de noche y las calles estaban solitarias. Solamente vieron lucir un escaparate con una de aquellas bolas luminosas que por entonces colocaban los farmacéuticos como atractivo de su comercio. Chillaron los frenos y pararon ante la farmacia. Bajaron y vieron que tras los cristales de la puerta había una anciana mirando a la calle. Al verles llegar, la mujer abrió la puerta y les preguntó, con toda tranquilidad, qué deseaban. Uno de ellos le respondió que, en realidad, nada de farmacia, pero sí saber si ya habían pasado por allí las «tropas nacionales» (el muchacho se expresó así para no comprometerse). La anciana le dijo que, a media tarde, había llegado allí un automóvil con cuatro o cinco fascistas, pero que creía que se habían vuelto a Gerona. La vieja pronunció la palabra «fascista» con evidente menosprecio. Entonces los chicos se sinceraron y le dijeron que ellos marchaban camino de Francia, y que le agradecerían sus informes.

–Por allí andarán, sin duda, mi marido y mi hijo. Yo me quedo aquí, a ver si puedo salvar la botica.

Se entró en la penumbra de la tienda y reapareció llevando en las manos unas cajas de metal.

–Tened –dijo–, pastillas de goma. Es todo lo que os puedo ofrecer.

Y a seguido, les besó y abrazó a todos, muy maternalmente.

–¡Que tengáis suerte!

Tres de los chicos no pudieron contener las lágrimas. El otro soltó una blasfemia complicada y escapó hacia el camión. Hicieron el camino sin apenas hablar, acaso llenas las cabezas y los corazones del recuerdo de las madres que habían dejado atrás.

Se decidió, pues, que marcharían al día siguiente, bien temprano. Lo primero que hicieron fue despeñar el camión al fondo de un barranco y además prenderle fuego. Después se repartieron unas latas de carne en conserva y algo de azúcar por individuo, dejando todo el resto a la familia de la masía.

El masovero se despidió de todos, haciendo esfuerzos para no manifestar su emoción. El hombre quedaba allí, ante la tremenda incógnita de lo que le podría ocurrir, pues no tenía bastante resolución para abandonar su casa y sus tierras.

Cuando ya estaban todos a punto de marchar, llegó un muchacho joven, ofreciéndose como guía hasta la frontera,

como había convenido con el amo de la masía. Se hizo un trato que, a no ser por lo serio de las circunstancias, hubiera resultado cómico, ya que se acordó que cada fugitivo le entregaría una cantidad voluntaria de billetes, pero como eran billetes republicanos, aquella remuneración resultaba risible. Sin duda, para compensar aquel ilusorio dinero, el masovero le prometió que le entregaría parte de los comestibles que habían dejado los fugitivos.

Y emprendieron la marcha por aquellas montañas, a buen paso. El guía conocía bien el terreno, que, evidentemente, era camino de contrabandistas, escondido casi continuamente entre brañales y árboles, bastante llano y las cuestas muy suaves. Lo peor era que repetidas veces se encontraban amplios arroyos, que obligaban a descalzarse para vadearlos. Alfredo tuvo, en esto, sus inconvenientes. Como llevaba aquellas altas «botas de general» de que se había incautado, cada vez que se descalzaba pasaba tres veces más tiempo que los otros, debido a tener que despasar y volver a pasar los cordones por más de dos docenas de ojales; lo que era causa de que se fuera retrasando de los otros, teniendo que correr, después, para alcanzarlos y sufrir sus bromas punzantes. Acabó por meterse en el agua con las botas puestas, y buenas eran en realidad, pues apenas se calaban, y después, durante dos años, todavía las llevaba calzadas.

A mediodía resolvieron hacer un alto y comer de las provisiones que llevaban. Lo hicieron junto a un arroyo de agua límpida, en el fondo de un pequeño valle idílico. Allí se podía uno figurar que estaba en un mundo diferente, lejos de la horrible lucha que acababan de pasar, y que les empujaba hacia una

incógnita llena de inquietudes. No veía edificio alguno, ni muestras de la llamada civilización. Allí, en aquel valle, todavía había pinos, pero en las alturas ya se apercebían los graciosos abetos; más abajo habían dejado las encinas y los avellanos. Muy altas, en el cielo, aves imprecisas, pero que deberían ser de regular tamaño. Y, dominando todo, un silencio sosegador, que invitaba a quedarse allí... pero no podía ser. El muchacho que actuaba de guía se mostraba impaciente, porque quería regresar antes del anochecer. Se reemprendió, pues, la marcha por un empinado sendero, cruzado a menudo por arroyos saltarines, que descendían de lo alto, formando buen número de cascadas muy decorativas. El guía dijo que aquel camino era el conocido por el nombre de «les canals», eminentemente contrabandista. Durante aquella subida, algo pesada, quedaban rezagados bastantes de los fugitivos poco acostumbrados a la montaña, por lo que era preciso hacer frecuentes altos, a fin de no perderse unos de otros.

Por fin llegaron a lo alto y el guía les indicó que la montaña que se veía al otro lado del valle ya era tierra francesa. En el fondo corría un pequeño río que resultó ser el conocido por la Muga, que en sus comienzos sirve de frontera. Junto al río, en el lado sur, una especie de masía era un puesto fronterizo de carabineros, algunos de los cuales se podían divisar, a, pesar de la distancia.

Se hizo una recolecta de dinero para el guía, y ciertamente que todos se mostraron generosos... si tenemos en cuenta que aquellos billetes ya no tenían valor alguno... Después de despedirse de todos, el guía se volvió atrás, saltando ágilmente, por el estrecho camino de pendientes hacia abajo.

Como se preveía que al pasar la frontera los gendarmes se apoderarían de las armas, se procedió a recogerlas todas (un buen número de pistolas y cargadores y las dos carabinas Mauser que habían dejado en el camión los guardias que tuvieron que abandonar en Gerona) y uno de los fugitivos que se había incorporado al grupo en Olot sacó la piel de uno de los corderos sacrificados en la masía, y en ella, bien engrasadas, fueron empaquetadas, y el bulto enterrado profundamente, al lado de un árbol. Para poder identificar el lugar seguro, se midieron los metros que había en línea recta desde el sitio del escondrijo hasta un gran manantial, que alguien dijo que era conocido por la Font del sant. Aunque ahora pueda parecer mentira, entonces, todos los que presenciaron el entierro de las armas, no tenían la menor duda de que no tardarían en volver a por ellas, para efectuar el viaje en sentido contrario... Veinticinco años después, Alfredo comentaba aquel entierro con Antonio Bagüés, y los dos se preguntaban si todavía estarían allí aquellas armas, enterradas al pie de aquel árbol.

Por fin, como no había otro remedio, decidieron bajar al río y pasar la frontera.

En el puesto de carabineros había una docena de ellos, mandados por un capitán, todos ellos indudablemente de las nuevas promociones reclutadas por Negrín, por lo que estaban muy lejos de lucir aquella llaneza peculiar al cuerpo. Éstos, nuevos, adolecían de disciplinitis aguda y, por ello, a pesar de las circunstancias, aseguraban que, aunque en el lado francés había órdenes de admitir a cuantos refugiados se presentasen, ellos, los carabineros, no podían dejar pasar la frontera a nadie, antes de recibir órdenes pertinentes.



Además del grupo en el que iba Alfredo, ante el edificio, había una docena más de refugiados, hombres y mujeres, que habían llegado dos días antes y que esperaban, impacientes, la orden de paso libre. Menos mal que les habían dejado pasar las noches dentro de la casa.

Cuantos argumentos empleaban los fugitivos para convencer al capitán eran inútiles. El hombre se encerraba en su negativa rotunda, alegando que nada podía hacer hasta la llegada de la orden correspondiente. Alfredo y sus amigos empezaron a sentir haber dejado las armas allá arriba. Alfredo preguntó al capitán de dónde tenían que llegar las órdenes, y el de los galones dijo que no lo sabía concretamente, ya que ignoraba dónde estaría, entonces, la comandancia de aquel sector.

El día iba ya cayendo y nada se resolvía, con la amenaza de tener que pasar allí la noche, con el casi seguro peligro de que llegaran los facciosos y los echaran a tiros. A Alfredo se le ocurrió probar si tendría eficacia el carnet de fiscal de la Audiencia de Barcelona, y fue a enseñárselo al capitán. El hombre se mostró lleno de deferencia y casi humildad, pero no se apeó del burro. La situación era hartamente enojosa y la paciencia se acababa en aquellos hombres que habían pasado tantas pruebas y que entonces tenían que vérselas con un hombre absurdo.

El conflicto acabó como tenía que haber empezado. El grupo del POUM cambió impresiones y acordaron pasar el pequeño puente de madera, que servía de frontera, en contra de la voluntad del capitán, contando con que los soldados, por lo que se podía apreciar, no se opondrían, por la fuerza, ni harían uso de las armas.

Todavía intentaron una última gestión y para ello entraron Alfredo y Andrés a ver al capitán y comunicarle lo que habían acordado. El capitán se mantuvo en sus trece, y entonces ellos salieron y dieron la orden de pasar la frontera por el puente; orden puesta en ejecución inmediatamente y sin titubeos, a la vista de lo cual los otros fugitivos también emprendieron el camino del puente.

Los carabineros que guardaban el puente comenzaron a dar gritos para oponerse al paso, pero sin hacer gesto alguno de hacer uso de los fusiles. Apareció el capitán en el dintel de la puerta, preguntando qué ocurría, y los carabineros señalaban a los fugitivos que, sin apresurarse, iban pasando el débil puente, en fila india. El momento era casi patético, pues Alfredo y Andrés, que estaban al lado del capitán, se preguntaban qué tendrían que hacer si el galoneado daba la orden de oponerse al paso usando la fuerza. Pero no ocurrió nada grave. El capitán se dirigió a Alfredo y le dijo que él, como jefe de la expedición, respondería, «ante quien fuere», de aquel acto de rebeldía, por lo que le mandaba que le dejase el carnet de fiscal para tomar nota. Alfredo, riendo por dentro, le alargó aquel carnet, ya sin valor alguno, comprendiendo que lo que deseaba el capitán era quedar lo mejor posible ante sus subordinados, que ya lo serían por bien poco tiempo. Tomó nota el capitán y devolvió el carnet. Todos los otros refugiados, entretanto, habían pasado el puente y cuando lo hicieron los dos rezagados, todos juntos empezaron a pisar tierra francesa, subiendo un pequeño repecho, en lo alto del cual estaban cuatro gendarmes, con casco, carabinas, pistolas, leguis y cara colorada. No les pidieron papeles ni nada. Sólo se limitaron a preguntar:

–¿Pistolet? ¿Pistolet?

Y ante la negativa, efectuaban un somero cacheo exterior, indicando en seguida que siguieran el camino hasta el primer pueblo, Saint-Laurent-de-Cerdans, donde encontrarían un Centre d'accueil<sup>7</sup>. Siguieron, pues, el camino durante unos dos kilómetros, perdiendo, en una curva, la vista de las montañas del otro lado de donde venían. Todo el paisaje era idéntico, de un lado y de otro; el idioma, el mismo; el azul del cielo igual, pero los hombres habían establecido que aquel riachuelo separaba dos naciones, y, mírese por donde, ese absurdo servía, entonces, para salvar a unos seres desesperados.

Avanzaban, pues, por tierras extranjeras; habían abandonado la patria... y la verdad es que en aquellos «históricos momentos» Alfredo no sintió aquel dolor patético que cualquier escritor escribiría aquí como un hecho ineludible. El sentimiento era como una mezcla de íntimo, muy diluido dolor, y la tranquilidad, también muy limitada, de haberse librado de la muerte... pero ¿qué le esperaba? Habían salvado la vida, pero pronto se darían cuenta de que, conservando el pellejo, de hecho, habían perdido el libre albedrío, la libertad por la que tanto habían luchado. ¡Y por cuántos años!

¡Pero esto es otra historia!

---

<sup>7</sup> Centro de acogida. [N. e. d.]

## APÉNDICES

### MANIFIESTO DE LOS TREINTA

#### A LOS CAMARADAS, A LOS SINDICATOS, A TODOS

Un superficial análisis de la situación por que atraviesa nuestro país nos llevará a declarar que España se halla en un momento de intensa propensión revolucionaria, del que van a derivarse profundas perturbaciones colectivas. No cabe negar la trascendencia del momento ni los peligros de este período revolucionario, porque, quiérase o no, la fuerza misma de los acontecimientos ha de llevarnos a todos a sufrir las consecuencias de la perturbación. El advenimiento de la república ha abierto un paréntesis en la historia normal de nuestro país. Derrotada la monarquía; expulsado el rey de su trono; proclamada la república por el concierto tácito de grupos, partidos, organizaciones e individuos que habían sufrido las acometidas de la Dictadura y del período represivo de Martínez Anido y de Arlegui, fácil será comprender que toda esta serie de acontecimientos habían de llevarnos a una situación nueva, a un estado de cosas distinto a lo que había sido entonces la vida

nacional durante los últimos cincuenta años, desde la Restauración acá. Pero si los hechos citados fueron el aglutinante que nos condujo a destruir una situación política y a tratar de inaugurar un período distinto al pasado, los hechos acaecidos después han venido a demostrar nuestro aserto de que España vive un momento verdaderamente revolucionario. Facilitada la huida del rey y la expatriación de toda la chusma dorada y de «sangre azul», una enorme exportación de capitales se ha operado y ha empobrecido el país más aún de lo que estaba. A la huida de los plutócratas, banqueros, financieros y caballeros del cupón y del papel del estado, siguió una especulación vergonzosa y descarada que ha dado lugar a una formidable depreciación de la peseta y una desvalorización de la riqueza del país en un cincuenta por ciento.

A este ataque a los intereses económicos para producir el hambre y la miseria de la mayoría de los españoles siguió la conspiración velada, hipócrita, de todas las cogullas, de todos los ensotanados, de todos los que para triunfar no tienen inconveniente en encender una vela a Dios y otra al diablo. El dominar, sojuzgar y vivir de la explotación de todo un pueblo al que se humilla es lo que se pone por encima de todo. Las consecuencias de esta confabulación de procedimientos criminales son una profunda e intensa paralización de los créditos públicos y, por tanto, un colapso en todas las industrias, que provoca una crisis espantosa, como quizá jamás se había conocido en nuestro país. Talleres que cierran, fábricas que despiden a sus obreros, obras que se paralizan o que ya no comienzan; disminución de pedidos en el comercio, falta de salida de los productos naturales; obreros que pasan semanas sin colocación; industrias limitadas a cuatro, tres y dos días de

trabajo. Los obreros que logran la semana entera, que pueden acudir al taller o a la fábrica seis días, no exceden del treinta por ciento. El empobrecimiento del país es ya un hecho consumado y aceptado. Al lado de todas estas desventuras que el pueblo sufre se nota la lenidad, el proceder exclusivamente legalista del gobierno. Salidos todos los ministros de la revolución, la han negado, apegándose a la legalidad como el molusco a la roca y no dan pruebas de energía sino en los casos en que de ametrallar al pueblo se trata. En nombre de la república, para defenderla, según ellos, se utiliza todo el aparato de represión del estado y se derrama la sangre de los trabajadores cada día. Ya no es en esta o la otra población, es en todas donde el seco detonar de los máuseres ha segado vidas jóvenes y lozanas. Mientras tanto, el gobierno nada ha hecho ni nada hará en el aspecto económico. No ha expropiado a los grandes terratenientes, verdaderos ogros del campesino español; no ha reducido en un céntimo las ganancias de los especuladores de la cosa pública; no ha destruido ningún monopolio; no ha puesto coto a ningún abuso de los que explotan y medran con el hambre, el dolor y la miseria del pueblo. Se ha colocado en situación contemplativa cuando se ha tratado de mermar privilegios, de destruir injusticias, de evitar latrocinios tan infames como indignos. ¿Cómo extrañarnos, pues, de lo ocurrido? Por un lado, altivez, especulación, zancadillas con la cosa pública, con los valores colectivos, con lo que pertenece al común, con los valores sociales. Por otro lado, lenidad, tolerancia con los opresores, con los explotadores, con los victimarios del pueblo, mientras a éste se le encarcela y persigue, se le amenaza y extermina.

Y como digno remate a esto, abajo el pueblo sufriendo, vegetando, pasando hambre y miseria, viendo cómo le escamotean la revolución que él ha hecho. En los cargos públicos, en los destinos judiciales, allí donde puede traicionarse la revolución, siguen aferrados los que llegaron por favor oficial del rey o por la influencia de los ministros. Esta situación, después de haber destruido un régimen, demuestra que la revolución que ha dejado de hacerse deviene inevitable y necesaria. Todos lo reconocemos así. Los ministros, reconociendo la quiebra del régimen económico; la prensa, constatando la insatisfacción del pueblo, y éste rebelándose contra los atropellos de que es víctima. Todo, pues, viene a confirmar la inminencia de determinaciones que el país habrá de tomar para, salvando la revolución, salvarse.

## UNA INTERPRETACIÓN

Siendo la situación honda tragedia colectiva; queriendo el pueblo salir del dolor que le atormenta y mata y no habiendo más que una posibilidad, la revolución, ¿cómo afrontarla? La historia nos dice que las revoluciones las han hecho siempre las minorías audaces, que han impulsado al pueblo contra los poderes constituidos. ¿Basta que estas minorías quieran, que se lo propongan, para que en una situación semejante la destrucción del régimen imperante y de las fuerzas defensivas que le sostienen sea un hecho? Veamos. Estas minorías, provistas de algunos elementos agresivos, en un buen día, aprovechando una sorpresa, plantan cara a la fuerza pública, se enfrentan con ella y provocan el hecho violento que puede

conducirnos a la revolución. Una preparación rudimentaria, unos cuantos elementos de choque para comenzar, y ya es suficiente. Fían el triunfo de la revolución al valor de unos cuantos individuos y a la problemática intervención de las multitudes que les secundarán cuando estén en la calle.

No hace falta prevenir nada, ni contar con nada, ni pensar más que en lanzarse a la calle para vencer a un mastodonte: el estado. Pensar que éste tiene elementos de defensa formidables, que es difícil destruirle mientras que sus resortes de poder, su fuerza moral sobre el pueblo, su economía, su justicia, su crédito moral y económico no estén quebrantados por los latrocinios y torpezas, por la inmoralidad e incapacidad de sus dirigentes y por el debilitamiento de sus instituciones; pensar que mientras que esto no ocurra puede destruirse el estado es perder el tiempo, olvidar la historia y desconocer la propia psicología humana. Y esto se olvida, se está olvidando actualmente. Y por olvidarlo todo, se olvida hasta la propia moral revolucionaria. Todo se confía al azar, todo se espera de lo imprevisto, se cree en los antiguos milagros de la santa revolución, como si la revolución fuera alguna panacea y no un hecho doloroso y cruel que ha de forjar el hombre con el sufrimiento de su cuerpo y el dolor de su mente. Este concepto de la revolución, hijo de la más pura demagogia, patrocinado durante decenas de años por todos los partidos políticos que han intentado y logrado muchas veces asaltar el poder, tiene, aunque parezca paradójico, defensores en nuestros medios y se ha reafirmado en determinados núcleos de militantes. Sin darse cuenta caen ellos en todos los vicios de la demagogia, en vicios que nos llevarían a dar la revolución, si se hiciera en estas condiciones y se triunfase, al primer partido político que se



presentase, o bien a gobernar nosotros, a tomar parte en el poder para gobernar como si fuéramos un partido político cualquiera. ¿Podemos, debemos sumarnos nosotros, puede y debe sumarse la Confederación Nacional del Trabajo a esa concepción catastrófica de la revolución, del hecho, del gesto revolucionario?

## NUESTRA INTERPRETACIÓN

Frente a este concepto simplista, clásico y un tanto pelicularo de la revolución, que actualmente nos llevaría a un fascismo republicano, con disfraz de gorro frigio, pero fascismo al fin, se alza otro, el verdadero, el único de sentido práctico y comprensivo, el que puede llevarnos, el que nos llevará indefectiblemente, a la consecución de nuestro objetivo final.

Quiere éste que la preparación no sea solamente de elementos agresivos, de combate, sino que han de tener éstos y, además, elementos morales, que hoy son los más fuertes, los más destructores y los más difíciles de vencer. No fía la revolución exclusivamente al valor de las minorías más o menos audaces, sino que quiere que sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora caminando hacia su liberación definitiva, de los Sindicatos y de la Confederación, determinando el hecho, el gesto y el momento preciso a la revolución. No cree que la revolución sea únicamente orden, método; esto ha de entrar por mucho en la preparación y en la revolución misma, pero dejando también lugar suficiente para la iniciativa individual, para el gesto y el hecho que corresponde

al individuo. Frente al concepto caótico e incoherente de la revolución que tienen los primeros, se alza el ordenado, previsor y coherente de los segundos. Aquello es jugar al motín, a la algarada, a la revolución; es, en realidad, retardar la verdadera revolución.

Es, pues, la diferencia bien apreciable. A poco que se medite, se notarán las ventajas de uno u otro procedimiento. Que cada uno decida cuál de las dos interpretaciones adopta.

## PALABRAS FINALES

Fácil será pensar a quien nos lea que no hemos escrito y firmado lo que antecede por placer, por el caprichoso deseo de que nuestros nombres aparezcan al pie de un escrito que tiene carácter público y que es doctrinal. Nuestra actitud está fijada, hemos adoptado una posición que apreciamos necesaria a los intereses de la Confederación y que se refleja en la segunda de las interpretaciones expuestas sobre la revolución.

Somos revolucionarios, sí; pero no cultivadores del mito de la revolución. Queremos que el capitalismo y el estado, sea rojo, blanco o negro, desaparezca; pero no para suplantarlo por otro, sino para que, hecha la revolución económica por la clase obrera, pueda ésta impedir la reinstauración de todo poder, sea cual fuere su color. Queremos una revolución nacida de un hondo sentir del pueblo, como la que hoy se está forjando, y no una revolución que se nos ofrece, que pretenden traer unos cuantos individuos, que, si a ella llegaran, llámense como quieran, fatalmente se convertirían en dictadores al día

siguiente de su triunfo. Pero esto lo queremos y lo deseamos nosotros. ¿Lo quieren también así la mayoría de los militantes de la organización? He aquí lo que interesa dilucidar, lo que hay que poner en claro cuanto antes. La Confederación es una organización revolucionaria, no una organización que cultiva la algarada, el motín, que tenga el culto de la violencia por la violencia, de la revolución por la revolución. Considerándolo así, nosotros dirigimos nuestras palabras a los militantes todos y les recordamos que la hora es grave, y señalamos la responsabilidad que cada uno va a contraer por su acción o por su omisión. Si hoy, mañana, pasado, cuando sea, se les invita a un movimiento revolucionario, no olviden que ellos se deben a la Confederación Nacional del Trabajo, a una organización que tiene el derecho a controlarse a sí misma, de vigilar sus propios movimientos, de actuar por propia iniciativa y de determinarse por propia voluntad. Que la Confederación ha de ser la que, siguiendo sus propios derroteros, debe decir cómo, cuándo y en qué circunstancias ha de obrar; que tiene personalidad y medios propios para hacer lo que debe hacer.

Que todos sientan la responsabilidad de este momento excepcional que todos vivimos. No olviden que así como el hecho revolucionario puede conducir al triunfo, y que cuando no se triunfa se ha de caer con dignidad, todo hecho esporádico de la revolución conduce a la reacción y al triunfo de las demagogias. Ahora, que cada cual adopte la posición que mejor entienda. La nuestra ya la conocéis. Y firmes en este propósito la mantendremos en todo momento y lugar, aunque para mantenerla seamos arrollados por la corriente contraria.

–Barcelona, agosto de 1931.

Juan López, Agustín Gibanel, Ricardo Fornells, José Girona,  
Daniel Navarro, Jesús Rodríguez, Antonio Ballabriga, Ángel  
Pestaña, Miguel Portoles, Joaquim Roura, Joaquín Lorente,  
Progreso Alfarache, Antonio Peñarroya, Camilo Piñón, Joaquín  
Cortés, Isidro Gabín, Pedro Massoni, Francisco Arín, José  
Cristiá, Juan Diñarés, Roldán Cortada, Sebastiá Clara, Joan  
Peiró, Ramón Viñas, Federico Uleda, Pedro Cañé, Mariano Prat,  
Espartaco Puig, Narciso Marcó, Jenaro Minguct.

## Apéndice II

### **LA CAÍDA DE MADRID Y EL FIN DE LA GUERRA**

Pasados a Francia los gobiernos de Cataluña y España, el primero se desarticula y parece inexistente; el segundo, en Toulouse, discute amargamente la conducta a seguir. Azaña se niega, rotundamente, a volver a España; la mayoría del gobierno acuerda volver a la zona centro-sur y resistir. La más elemental lógica aconsejaba lo contrario, ya que las tropas que todavía pudieran luchar, carecerían bien pronto de municiones y víveres. Perdida Cataluña, nada vital queda para resistir y alimentar una defensa. Se dijo entonces que Negrín y los suyos creían firmemente en el estallido de una nueva guerra europea y en ese caso la salvación.

Vuelve, pues, el gobierno a España, e inmediatamente se reúne con los principales jefes militares para examinar la situación. Allí ya se delimitan claramente las posiciones. Sólo el general Miaja supone que se podrá resistir, los demás lo consideran todo perdido.

El coronel Casado se manifiesta, claramente, contra los comunistas, a los que considera responsables de la catástrofe,

principalmente por el abandono de la democracia y la obediencia ciega a Moscú. Propone la formación de un gobierno sin comunistas y, además, que se elimine a éstos de los mandos del ejército. Y, así, acaso, poder llegar a una paz honorable. Dice estar convencido de que, si se hace lo que él propone, se beneficiará del apoyo británico. Y añade que hay que obligar a Azaña a volver al país.

Negrín alega que no hay más remedio que resistir, puesto que ha fracasado en sus gestiones de paz. Lo lógico para un gobierno que se considera fracasado, es dimitir, pero Negrín no parece querer hacerlo.

Entonces es cuando Casado empieza a conspirar contra Negrín y los comunistas. Pronto encuentra apoyo en los anarquistas, con Cipriano Mera y García Pradas, y también muchos jóvenes libertarios. De los socialistas se le adhieren Wenceslao Carrillo y el catedrático Julián Besteiro. Este establece contactos diplomáticos, extranjeros, especialmente ingleses, los cuales se dijo entonces que le aseguraron la simpatía de Inglaterra para llegar a una paz honorable y sin represalias.

Negrín sabía todo esto, pero no se deja convencer de que prescinda de los comunistas; al contrario, el día 3 de marzo de 1939 nombra general al coronel Casado, pero le quita el mando del ejército del Centro, en el que coloca a Modesto, también nombrado general. Como Miaja se aparta cada día más de los comunistas porque el viejo militar ya ve claro, le apartan del mando, nombrándole Inspector General. Líster, Galán y Maiquez son ascendidos al generalato.

A los pocos puestos que quedan en manos leales, también manda Negrín a comunistas o comunistoides. A Cartagena, base clave, va Francisco Galán, el hermano del mártir de Jaca, que se ha convertido en un furibundo comunista.

En estas condiciones comienza la reacción popular contra los comunistas. La gente está harta de consignas absurdas y persecuciones inmotivadas; esta enemiga va desde los anarquistas a los militares de carrera; todos buscan la manera de llegar a un acuerdo con los sublevados, que pueda permitir, todavía, si no salvar posiciones, sí, por lo menos, vidas y sufrimientos.

En Cartagena, donde los comunistas no han logrado influencia, la flota no admite el nombramiento de Galán, que, además, no es marino, y se declara francamente en rebeldía contra Negrín, al mando del almirante Buina. En tierra se subleva el coronel Armentia. Para no caer en manos de los comunistas, la armada se hace a la mar y ya no vuelve, puesto que, después de muchas dudas, acaba por recalar en Bizerta, donde los marinos desembarcan y son desarmados e internados.

Negrín, entretanto, ha enviado a Cartagena una división al mando del comunista Frutos. Cuando aquella fuerza llega a la base marítima, no encuentra enemigo, pues los soldados de Armentia «se han perdido».

Todo lo que consiguió Negrín, con su sumisión absoluta a Moscú, fue perder la escuadra, que podía haber sido piedra angular de la evacuación. Aquella escuadra podía haber acudido a Alicante y salvar a aquellos miles de seres que fueron

sacrificados criminalmente en las playas y en el campo de Albatera.

En Madrid se ha sabido todo esto y Casado busca apoyo para acabar la tragedia de la mejor manera posible. Logra que se le adhieran Gómez Osorio, que es gobernador; Matallana, Miaja, militares; García Pradas, anarquista; Pedrero, del SIM, el director de Seguridad. Mera se ofrece con las fuerzas a su mando; Francisco Castro, con los carabineros, que abandonan a su «padre», Negrín. Los guardias de asalto siguen el ejemplo.

Los conjurados se reúnen en los sótanos del Ministerio de Hacienda, y desde allí se escribe el manifiesto, redactado por García Pradas. Besteiro habla al pueblo; aconseja a Negrín que abandone un poder ficticio, y hace un llamamiento al país para saber perder con dignidad y evitar más catástrofes inútiles. Allí mismo se constituye la Junta de Defensa, así formada:

Presidencia	general Miaja
Defensa	general Casado
Estado	Julián Besteiro, socialista
Gobernación	Wenceslao Carrillo, socialista
Hacienda	González Marín, CNT
Comunicaciones	Eduardo del Val, CNT
Justicia	Miguel San Andrés, republicano



Instrucción

José del Río, republicano

Trabajo

Antonio Pérez, UGT

Los comunistas deciden jugar el todo por el todo, y haciendo descender fuerzas de la Sierra de Guadarrama, ocupan varios lugares estratégicos de Madrid; hacen detenciones y efectúan fusilamientos.

Para restablecer la situación no hay más remedio que apelar a Cipriano Mera, que entra en la capital con su Cuarto Cuerpo de Ejército y derrota, en toda la línea, a los comunistas; inmediatamente se procedió al fusilamiento del teniente coronel Barceló y del comisario Conesa, como represalia a los anteriores fusilamientos.

Se ha dicho que en aquellos días fueron muertos muchos comunistas sin procedimiento alguno de causa, seguramente como contrapartida de los muchos asesinatos que ellos habían llevado a cabo.

Aquella junta, que después ha sido muy discutida y sobre todo combatida por los comunistas de todo el mundo, llegó a establecer contactos con los facciosos, quienes prometieron que, al rendirse Madrid, se respetarían vidas y haciendas. En realidad, así se hizo durante un muy corto período, pero cuando los nacionalistas se consideraron seguros, procedieron ferozmente a las represalias, asesinando a mansalva a cuantos se les antojó, lo mismo que se hizo en todo el país.

En los últimos aviones salieron para Valencia buena parte de los hombres representativos de la república. Sin embargo, otros prefirieron arrostrar todas las consecuencias, dando ejemplo el señor Besteiro que, hecho prisionero, fue juzgado militarmente y condenado a cadena perpetua, muriendo, poco después, en la cárcel de Cardona.

Sobre aquellos últimos días de la defensa de Madrid se han escrito muchas cosas, pero acaso falta, todavía, un trabajo absolutamente verídico e imparcial.

El epílogo terrible de la guerra fue la concentración, primero en Valencia y después en Alicante, de miles de seres que esperaban embarcarse rumbo a Francia o Inglaterra, pero que se encontraron con que ningún barco se arrimó para recoger a los fugitivos. Nadie, hasta ahora, ha sabido o querido explicar esta incalificable conducta de los gobiernos de Francia e Inglaterra, que pudiéndolo haber hecho (a pesar de la presencia de los navíos de guerra alemanes e italianos), no salvó a tantos desgraciados, hombres, mujeres y niños: obreros, campesinos y también catedráticos, abogados, médicos, escritores, poetas, músicos... la mayoría de los cuales murieron en las criminales manos de los falangistas.

## Apéndice III

### **FRAGMENTO DEL ARTÍCULO DE CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ "MI ANECDOTARIO POLÍTICO", aparecido en la revista *Índice*, n.º 318 (1 noviembre 1972)**

Noticias sobre la ayuda rusa. He escuchado a Gordon Ordax, en Buenos Aires, referir las peripecias de su compra de aviones norteamericanos para el gobierno de la República, en los primeros tiempos de la guerra civil, y cómo logró, con gran celo y con grandes dificultades, que volaran a Europa rumbo a Arcángel.

Gordon Ordax completaba su relato declarando que tales aviones 'no' llegaron a España; los rusos se quedaron con ellos y enviaron un número igual de viejos aparatos.

He escuchado a Giral que el material de guerra ruso que, muy despacio y muy bien pagado, iba llegando a los puertos españoles republicanos, no desembarcaba si el Gobierno no accedía antes a que fueran entregados a los comunistas importantes puestos militares y policíacos.

Y he escuchado a Giménez Asúa referir que por intermedio de los socialistas alemanes fue conociendo, en Praga, las negociaciones entre los gobiernos de Hitler y Stalin, que se iban traduciendo en contra de la República española. Y, añadía Giménez Asúa, que no pudo ser creído por el Gobierno Negrín.



## ACERCA DEL AUTOR

BUESO GARCÍA, ADOLFO. Valladolid, 1889 – Barcelona, 1979.  
Tipógrafo, sindicalista y político.

Fue una de las principales figuras del sindicalismo catalán del primer tercio del siglo XX, cuyas memorias constituyen hoy una de las principales fuentes de información para el estudio del movimiento obrero del período. Obrero tipógrafo, los hechos de la Semana Trágica barcelonesa de 1909 le abrieron las puertas del activismo social de la mano de su hermano y mentor político, Joaquín, y durante los años de la Primera Guerra Mundial era ya en Barcelona uno de los principales dirigentes de la Junta del Arte de Imprimir y del llamado Comité de Defensa Obrera.

En 1919, tras haber militado en las Juventudes Socialistas, ingresaba formalmente en la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) y tres años más tarde se erigió en uno de los responsables de la edición valenciana del periódico *Solidaridad Obrera* mientras éste estuvo suspendido en Barcelona. Durante la dictadura de Primo de Rivera sufrió diversas condenas de prisión a causa de un compromiso social y político que en estos años ya tendía a situarse cada vez más próximo al de los grupos comunistas de la CNT encabezados, entre otros, por Joaquín Maurín desde el periódico *La Batalla*.

En 1930, coincidiendo con la reorganización de la CNT tras la caída de la dictadura primorriverista, se erigió nuevamente en Barcelona en uno de los máximos dirigentes locales del Sindicato de Artes Gráficas de la CNT, pero su filiación política comunista le llevó finalmente a abandonar definitivamente la CNT a finales de 1933 y a ingresar tres años después en la Federación Obrera de Unidad Sindical (FOUS), organización sindical vinculada a los comunistas antiestalinistas del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).

Durante la Guerra Civil española ejerció como fiscal en el tercer Tribunal Popular de Barcelona y en mayo de 1937. Para afrontar la represión desencadenada en la retaguardia republicana contra el POUM, reingresó en la CNT, aunque no desempeñó en adelante cargo alguno de relevancia. Tras la Guerra Civil se exilió en Francia, de donde regresó a Barcelona a finales de la década de 1960.

Obras: *La Semana Trágica de Barcelona: recuerdos históricos, Toulouse*, Ediciones CNT, 1970; *Cómo fundamos la CNT*, Barcelona, Avance, 1976; *Recuerdos de un cenetista. De la Semana Trágica (1909) a la Segunda República (1931)*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1976; *Recuerdos de un cenetista. De la Segunda República al final de la Guerra Civil*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1978.